

NACIDOS DE LA BRUMA (MISTBORN)-VI

BRANDON SANDERSON

BRAZALES DE DUELO



Lectulandia

Brandon Sanderson regresa con la sexta entrega de Nacidos de la Bruma (Mistborn) Brazales de Duelo: legendarios brazales que portaba el lord Legislador hace siglos, hasta que la Guerrero de la Ascensión se los arrebató, precipitando su muerte. Dicen de ellos que contienen un poder increíble, aunque, como todo el mundo sabe, hace tiempo que se perdieron entre las brumas del tiempo. Solo que alguien acaba de encontrarlos. La cuenca de Elendel es un polvorín. El descontento de los trabajadores solo es la punta del iceberg; las diferencias son cada vez más irreconciliables entre la capital y las demás ciudades de la cuenca, ciudades que Elendel asegura gobernar mientras sus habitantes denuncian la opresión a la que se sienten sometidos. En medio de todo esto, llega a oídos de Waxillium Ladrian el rumor de que un académico kandra podría haber localizado los legendarios Brazales de Duelo, un arma capaz de sembrar la destrucción y dar al traste con el actual equilibrio de poder imperante en la cuenca.

Lectulandia

Brandon Sanderson

Brazales de duelo

Nacidos de la Bruma - 6

ePub r1.0

Titivillus 27.12.2017

Título original: *The Bands of Mourning* (*Mistborn 6*)

Brandon Sanderson, Junio 2016

Traducción: Manuel de los Reyes García Campos

Diseño de portada: Marc Simonetti

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARA BEN OLSEN

*Quien nunca pierde la paciencia
con el hatajo de escritores chiflados
que tiene por amigos,*

*y siempre encuentra tiempo para,
a pesar de todo, mejorar nuestros libros.*

Henri Heine

Agradecimientos

Este libro se publica el mismo año que señala el décimo aniversario de la serie de Nacidos de la Bruma. Habida cuenta de todos los demás proyectos en los que he estado implicado, yo diría que seis libros en diez años es un auténtico logro. Todavía recuerdo los primeros meses en los que me dedicaba a escribir la trilogía con todo mi empeño, esforzándome por generar algo que atestiguara lo que verdaderamente soy capaz de conseguir como autor. Nacidos de la Bruma se ha convertido en una de mis sagas insignia, y espero que este volumen os parezca digno de ingresar en el canon.

Para producir este título, como siempre, ha hecho falta el empeño combinado de numerosas personas. Tenemos las extraordinarias dotes artísticas de Ben McSweeney e Isaac Stewart; a este último pertenecen los mapas y los iconos, mientras que todas las ilustraciones del pasquín son obra de Ben. Ambos contribuyeron en gran medida a ampliar los textos de *El Nuevo Ascendiente*, además, y la parte que habla de Nicki Savage fue idea exclusiva de Isaac; puesto que la premisa de partida consistía en presentar a Jak alquilando sus servicios, nos propusimos darle una voz distinta a esa entrada. ¡El resultado me parece excelente!

La ilustración de cubierta es obra de Chris McGrath, en los Estados Unidos, y de Sam Green para la edición británica. Ambos artistas llevan mucho tiempo implicados en esta serie, y sus dibujos nunca dejan de superarse a sí mismos. El proceso editorial recayó sobre Moshe Feder, en Tor, mientras que Simon Spanton se encargó de coordinar el proyecto en el Reino Unido para Gollancz. Entre los agentes implicados se cuentan Eddie Schneider, Sam Morgan, Krystyna Lopez, Christa Atkinson y Tae Keller, de Jabberwocky (en los Estados Unidos), todos ellos bajo la asombrosa supervisión de Joshua Bilmes. En el Reino Unido podéis darle las gracias a John Berlyne, de Zeno Agency, un tipo increíble donde los haya que se dejó la piel durante años para conseguir que mis libros penetraran por fin en el mercado británico.

Entre los empleados de Tor Books a los que también me gustaría darles las gracias se cuentan Tom Doherty, Linda Quinton, Marco Palmieri, Karl Gold, Diana Pho, Nathan Weaver y Rafal Gibek. Las labores de corrección recayeron sobre Terry McGarry. El narrador del audiolibro es Michael Kramer, mi profesional favorito... el cual debe de estar ruborizándose en estos precisos instantes, puesto que no le queda más remedio que leer estas líneas en voz alta para todos los que las estéis escuchando. En Macmillan Audio, gracias también a Robert Allen, Samantha Edelson y Mitali Dave.

Controlar la continuidad, realizar observaciones sobre la revisión en general e innumerables labores más recayeron sobre Peter Ahlstrom, el Inmaculado. Otros miembros de mi equipo son Kara Stewart, Karen Ahlstrom y Adam Horne. Y mi encantadora esposa, ni que decir tiene, Emily.

En esta ocasión hemos sido especialmente exigentes con los lectores beta, puesto que el libro no tuvo ocasión de pasar por las manos de nuestro grupo de escritura. Ese

equipo lo conforman: Peter Ahlstrom, Alice Arneson, Gary Singer, Eric James Stone, Brian T. Hill, Kristina Kugler, Kim Garrett, Bob Kluttz, Jakob Remick, Karen Ahlstrom, Kalyani Poluri, Ben «¡bieeen, me dedican un libro, mirad lo importante que soy!» Olsen, Lyndsey Luther, Samuel Lund, Bao Pham, Aubree Pham, Megan Kanne, Jory Phillips, Trae Cooper, Christi Jacobsen, Eric Lake e Isaac Stewart. (Por si alguien siente curiosidad, Ben fue uno de los miembros fundadores de mi grupo de escritura original, junto con Dan Wells y Peter Ahlstrom. Informático de profesión y el único de nosotros que no aspiraba a trabajar en el mundo de la edición, durante muchos años ha sido mi amigo y un valioso lector. También fue el que me introdujo en el mundo de la serie de videojuegos de Fallout, dicho queda.) En la comunidad de correctores de pruebas se incluyen la mayoría de los nombres antes mencionados, más Kerry Wilcox, David Behrens, Ian McNatt, Sarah Fletcher, Matt Wiens y Joe Dowswell.

¡Caray, vaya lista! Estas personas son estupendas, y si comparáis mis primeros libros con los últimos, creo que os daréis cuenta de que la contribución de toda esta gente ha sido crucial, no solo para exterminar las erratas, sino para ayudarme también a imprimir un carácter más sólido a la narración en general. Por último, sin embargo, no puedo dejar de daros las gracias a vosotros, los lectores, tanto por acompañarme durante estos diez años como por aceptar tan de buen grado las extrañas ideas que os lanzo. Todavía no hemos cruzado el ecuador de la evolución planeada para Nacidos de la Bruma. No veo el momento de que descubráis todas las sorpresas que aún os depara la serie; en este libro es donde algunos de los misterios comienzan a desvelarse por fin.

¡Que lo disfrutéis!

Prologo



Telsin! —siseó Waxillium mientras salía a hurtadillas de la cabaña de entrenamiento.

Telsin miró atrás de reojo, hizo una mueca y se agazapó un poco más. A sus dieciséis años, la hermana de Waxillium contaba uno más que él. Sus largos cabellos oscuros enmarcaban una nariz de botón y unos labios refinados; un colorido patrón de uves estampadas engalanaba la pechera de su tradicional túnica terrisana. El atuendo siempre parecía quedarle mejor que a él. En Telsin, resultaba elegante. Waxillium, en cambio, se sentía como si le hubieran echado un saco por encima.

—Lárgate, Asinthew —replicó la muchacha mientras seguía rodeando el costado de la cabaña, furtiva.

—Te vas a perder la recitación vespertina.

—No se darán cuenta de que me he ido. Nunca se fijan.

Dentro de la cabaña, el maestro Tellingdwar enumeraba con voz monótona las cualidades que se consideraban virtudes en Terris. Sumisión, docilidad y algo denominado «respetuosa dignidad». Se dirigía a los alumnos más jóvenes; los mayores, como Waxillium y su hermana, en teoría deberían estar meditando.

Telsin apretó el paso y continuó alejándose, atravesando el área forestal de Elendel que se conocía sencillamente como la Aldea. Sobresaltado, Waxillium se apresuró a seguir a su hermana.

—Te vas a meter en un lío —le dijo al llegar a su altura. Juntos, rodearon el tronco de un roble inmenso—. Y conseguirás meterme en otro también a mí.

—¿Qué más da? Además, ¿a qué viene esa obsesión con las reglas?

—No es ninguna obsesión. Lo que pasa es que...

La muchacha se adentró en el bosque. Con un suspiro, Waxillium continuó pisándole los talones, y al cabo se reunieron con otros tres jóvenes terrisanos: dos muchachas y un chico muy alto. Una de ellas, Kwashim, morena y espigada, miró a Waxillium de arriba abajo.

—¿Has venido con él?

—Me ha seguido —se defendió Telsin.

Waxillium le dedicó una sonrisita compungida a Kwashim, primero, y después a Idashwy, la otra muchacha. Esta, además de tener la misma edad que él, poseía unos ojos enormes. Armonía... era preciosa. Idashwy se fijó en cómo la observaba, pestañeó varias veces seguidas y apartó la mirada con una sonrisa recatada en los labios.

—Se chivará de nosotros —dijo Kwashim, provocando que su atención se desviara de la otra muchacha—. Lo sabes.

—No voy a chivarne —le espetó Waxillium.

Kwashim lo fulminó con la mirada.

—Te perderás la clase de esta noche. ¿Quién va a responder a todas las preguntas? El aula estará herrumbrosamente tranquila sin nadie que le haga la pelota al maestro.

Forch, el larguirucho, se había quedado guarecido entre las sombras. Waxillium, que no quería cruzar la mirada con él, se esforzaba por no girar la cabeza en su dirección. «No lo sabe, ¿verdad? ¿Cómo podría saberlo?» Forch era el mayor de todos, pero rara vez abría la boca.

Era nacidoble, al igual que Waxillium, aunque ninguno de los dos utilizaba mucho la alomancia en los últimos tiempos. En la Aldea, lo que se elogiaba era su legado terrisano: su feruquimia. A los de Terris les traía sin cuidado el hecho de que tanto Forch como él fuesen lanzamonedas.

—Venga —dijo Telsin—. Se acabó la discusión. Disponemos de poco tiempo, lo más probable. Si a mi hermano le apetece apuntarse, que lo haga.

La siguieron bajo el dosel del ramaje, con las hojas secas crujiendo bajo sus pies. Con semejante abundancia de vegetación, resultaba sencillo olvidar que uno se encontraba en el corazón de una ciudad gigantesca. El humo no se podía ver ni oler desde allí, y tanto la algarabía de voces como el repicar de los cascós herrados contra el empedrado sonaban distantes. Los terrisanos ponían todo su empeño en mantener esa sección de la ciudad plácida, serena y tranquila.

Waxillium debería estar encantado de vivir aquí.

El quinteto de jóvenes no tardó en llegar a la Cabaña del Sínodo, sede de los ancianos más influyentes de Terris. Por señas, Telsin indicó al grupo que la esperase mientras ella se acercaba corriendo a una ventana en concreto para escuchar. Waxillium se descubrió mirando a su alrededor, nervioso. Anochecía, el bosque comenzaba a poblar de sombras, pero cualquiera podría aparecer de un momento a otro y descubrirlos.

«No te preocupes tanto», se dijo. Necesitaba formar parte de sus travesuras, como hacía su hermana. Así lo considerarían uno de ellos. ¿O no?

Regueros de sudor corrían por sus mejillas. Kwashim se había apoyado en un árbol a escasa distancia, la viva imagen de la despreocupación, con una mueca burlona cincelada en los labios al percibirse de lo nervioso que estaba. Forch se mantenía en la sombra, sin agazaparse del todo, pero... ¡Herrumbres! Su ausencia de emoción era tan absoluta que se mimetizaba a la perfección con los árboles. Waxillium echó un vistazo de reojo a Idashwy, la de ojos inmensos, y la muchacha apartó la mirada, ruborizándose.

Telsin regresó junto a ellos, furtiva.

—Está ahí dentro.

—Ese es el despacho de nuestra abuela —dijo Waxillium.

—Claro que lo es —replicó Telsin—. Y la llamaron para que acudiera porque se había producido una emergencia. ¿Verdad, Idashwy?

La chica, tan reservada como siempre, asintió en silencio con la cabeza.

—La venerable Vwafendal pasó corriendo por delante de mi sala de meditación. Kwashim sonrió de oreja a oreja.

—Así que no estará vigilando.

—¿Vigilando el qué? —preguntó Waxillium.

—La Puerta de Estaño —respondió Kwashim—. Podemos salir a la ciudad. ¡Esto va a ser todavía más fácil que de costumbre!

—¿Qué de costumbre? —repitió Waxillium, mirando horrorizado primero a Kwashim y luego a su hermana—. ¿Ya habéis hecho esto antes?

—Pues claro —admitió Telsin—. En la Aldea es imposible encontrar un trago decente. Dos calles más adelante, sin embargo, hay dos tabernas buenísimas.

—Eres un forastero —declaró Forch mientras se acercaba. Pronunció las palabras despacio, pausadamente, como si cada una de ellas requiriera una atención especial—. ¿Qué más te da que salgamos? Mírate, pero si estás temblando. ¿De qué tienes miedo? Has pasado la mayor parte de tu vida ahí fuera.

«Eres un forastero», decían todos. ¿Cómo se las apañaría su hermana para que la aceptasen en todos los grupos? ¿Por qué tenía que ser siempre él el que se quedara excluido?

—No estoy temblando —le espetó Waxillium a Forch—. Lo que pasa es que no me apetece buscarme problemas.

—Se va a chivar de nosotros —insistió Kwashim—, está clarísimo.

—Que no. —«Por esto no, al menos», matizó para sus adentros Waxillium.

—En marcha —ordenó Telsin, encabezando la comitiva por el bosque en dirección a la Puerta de Estaño, un nombre rimbombante para lo que en realidad no era más que otra calle; aunque, eso sí, con un arco de piedra en el que se habían grabado los antiguos símbolos que representaban los dieciséis metales en Terris.

Al otro lado se extendía un mundo distinto. Refulgentes farolas de gas jalonaban las calles por las que los jóvenes repartidores de periódicos caminaban arrastrando los pies en dirección a sus hogares, terminada ya la jornada, con los pasquines que no habían podido vender bajo el brazo. Los trabajadores buscaban bulliciosas tabernas en las que echar algún trago. Waxillium, que se había criado en una lujosa mansión repleta de elegantes ropajes, vino y caviar, en realidad nunca había conocido ese mundo.

Había algo en aquella vida tan sencilla que lo atraía. Quizás encontrara allí aquello que aún no había encontrado. Algo que todos parecían poseer, aunque él ni siquiera fuese capaz de ponerle nombre.

Los otros cuatro jóvenes se dispersaron con sigilo, pasando junto al edificio de ventanas en sombra donde la abuela de Waxillium y Telsin estaría sentada, leyendo, a

esa hora de la noche. Los terrisanos no apostaban guardias en los accesos a su dominio, pero eso no significaba que no fuese a haber nadie vigilando.

Waxillium no los acompañó, todavía no. Bajó la mirada mientras se subía las mangas de la túnica para exponer los brazaletes de mente de metal que llevaba puestos.

—¿Vienes? —lo llamó Telsin.

No respondió.

—Claro que no. Nunca te arriesgas a meterte en problemas.

Telsin reanudó la marcha, seguida de cerca por Forch y Kwashim. Idashwy, sorprendentemente, se demoró. La tímida muchacha se quedó observándolo, interrogándolo con la mirada.

«Puedo hacerlo», se dijo Waxillium. «No es nada.» Con la pulla de su hermana resonando todavía en los oídos, se obligó a caminar y se reunió con Idashwy. Se sentía mareado cuando llegó junto a ella, pero eso no le impidió disfrutar de la recatada sonrisa de la muchacha.

—Bueno, ¿y qué emergencia era esa? —le preguntó a Idashwy.

—¿Eh?

—La emergencia por la que habían llamado a la abuela.

Idashwy se encogió de hombros mientras se quitaba la túnica terrisana, escandalizándolo por un instante, hasta que Waxillium vio que llevaba puestas una falda y una blusa convencionales debajo. La muchacha dejó la túnica tirada entre los arbustos.

—No sé gran cosa. Vi que tu madre llegaba corriendo a la Cabaña del Sínodo y oí que Tathed le preguntaba algo al respecto. No sé qué de una crisis. Planeábamos escaquearnos esta noche de todas formas, así que supuse, ya sabes, que podríamos aprovechar la ocasión.

—Pero la emergencia... —dijo Waxillium, mirando atrás por encima del hombro.

—Algo relacionado con un capitán de los alguaciles que había venido para interrogarla.

¿Un alguacil?

—Vamos, Asinthew. —La muchacha lo cogió de la mano—. Seguro que tu abuela despacha al forastero enseguida. ¡A lo mejor se dirige ya incluso hacia aquí!

Waxillium se había quedado petrificado en el sitio.

Idashwy lo miró. Aquellos ojos castaños, tan expresivos, le impedían pensar con claridad.

—Vamos —insistió la joven—. Escaquearse un rato ni siquiera debería contar como infracción. ¿No has vivido catorce años ahí fuera?

Herrumbres.

—Me tengo que ir. —Waxillium giró sobre los talones y volvió a internarse en el bosque, a la carrera.

Idashwy se quedó observándolo mientras la abandonaba. Waxillium sorteó los

árboles a toda velocidad, en dirección a la Cabaña del Sínodo. «Sabes que ahora va a pensar que eres un cobarde», observó una parte de él. «Como todos los demás.»

Frenó en seco frente a la ventana del despacho de su abuela, con el corazón martilleando en el pecho. Se pegó a la pared; en efecto, podía oírse algo a través de la ventana abierta.

—Nos encargamos de mantener el orden sin ayuda de nadie, alguacil —estaba diciendo la abuela Vwafendal dentro del edificio—. Eso usted ya lo sabe.

Waxillium se atrevió a incorporarse un poco para asomarse a la ventana, desde donde vio a la abuela sentada a su escritorio, la viva imagen de la rectitud terrisana, con el cabello recogido en una trenza y ataviada con una túnica inmaculada.

El hombre que estaba sentado frente a ella al otro lado de la mesa sujetaba su sombrero de alguacil bajo el brazo en señal de respeto. Se trataba de un hombre mayor, con el bigote lacio; la insignia que lucía en el pecho lo señalaba como capitán y detective. Un oficial de alta graduación. Alguien importante.

«¡Sí!», pensó Waxillium mientras hurgaba en el bolsillo en busca de sus apuntes.

—Los terrisanos se encargan de mantener el orden sin ayuda de nadie —replicó el alguacil— porque rara vez ocurre algo que lo altere.

—Tampoco ahora se ha producido ninguna alteración

—Según mi informador...

—De modo que tiene usted un informador —lo interrumpió la abuela—. Pensaba que habían recibido un mensaje anónimo.

—Anónimo, sí —dijo el aguacil mientras dejaba una hoja de papel encima de la mesa—. Aunque el «mensaje» no deja de ser menos preocupante por ello.

La abuela levantó la hoja. Waxillium sabía lo que ponía en ella, pues él era el que se la había enviado a los alguaciles, acompañada de una misiva.

Una camisa que huele a humo, colgada detrás de su puerta.

Botas manchadas de barro cuya talla encaja con las huellas encontradas alrededor del edificio incendiado.

Redomas de aceite escondidas en el baúl que hay debajo de su cama.

La lista desgranaba una docena de pistas que apuntaban a Forch como el responsable de haber arrasado la cabaña comedor hasta los cimientos a principios de mes. Waxillium experimentó una oleada de emoción al ver que los alguaciles se habían tomado en serio sus descubrimientos.

—Perturbador —dijo la abuela—, pero no veo nada en esta lista que lo autorice a entrometerse en nuestro dominio, capitán.

El alguacil se agachó hasta apoyar las manos en el canto de la mesa, desafiándola con la mirada.

—No recuerdo que se apresurase usted tanto a rechazar nuestra ayuda cuando enviamos una brigada de bomberos para sofocar aquella conflagración.

—Siempre aceptaré cualquier ayuda destinada a salvar vidas —replicó la abuela—, pero no para meter a nadie entre rejas. Gracias.

—¿Es porque Forch es un nacidoble? ¿La asustan sus poderes?

La abuela le lanzó una mirada cargada de desdén.

—Venerable —dijo el hombre, tras llenarse los pulmones de aire—. Tienen un delincuente entre sus...

—Si lo tuviéramos —lo interrumpió ella—, nos encargaríamos nosotros mismos de él. He visitado las casas de destrucción y pesar que ustedes, los forasteros, denominan prisiones, capitán. Me niego a ver a uno de los míos encerrado allí sin más fundamento que un montón de habladurías y fabulaciones anónimas remitidas por correo.

El alguacil exhaló un suspiro y enderezó la espalda de nuevo. Con un sonoro golpetazo, depositó otro objeto encima de la mesa. Waxillium entornó los párpados, esforzándose por ver de qué se trataba, pero quedaba oculto bajo la mano del hombre.

—¿Sabe usted algo sobre los incendios provocados, venerable? —preguntó el alguacil con voz meliflua—. Suelen calificarse como delitos accesorios. A menudo se utilizan para encubrir algún robo, perpetrar algún fraude o como acto de agresión inicial. En casos como el que nos ocupa, el incendio es, por lo general, tan solo un presagio. En el mejor de los casos, se enfrentan a un amante de las llamas que únicamente espera la ocasión de volver a prender fuego a cualquier otra cosa. En el peor... en fin, se avecina algo más grave, venerable. Algo que lamentarán todos ustedes.

La abuela apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. El alguacil levantó la mano, desvelando así lo que había plantado encima de la mesa. Una bala.

—¿Qué es esto?

—Un recordatorio.

La abuela la barrió del escritorio de un manotazo, estrellándola contra la pared con un estampido, cerca del parapeto de Waxillium. El muchacho dio un salto hacia atrás y se agachó un poco más, desbocadas sus pulsaciones.

—No se atreva a traer sus instrumentos de muerte a este sitio —siseó la abuela.

Waxillium regresó a la ventana a tiempo de ver cómo el alguacil volvía a ponerse el sombrero.

—Avíseme cuando el chico ese queme algo más —murmuró—. Con suerte, no será demasiado tarde. Buenas noches.

Se fue sin pronunciar otra palabra. Waxillium se acurrucó contra el costado del edificio, temeroso de que el alguacil volviera la vista atrás y lo descubriera. No fue así. Con paso airado, el hombre se alejó por el sendero hasta desvanecerse entre las sombras del anochecer.

Pero la abuela... no se lo había creído. ¿Acaso no lo veía? Forch había cometido un delito. ¿Iban a dejarlo tranquilo? ¿Por qué...?

—Asinthew —dijo la abuela, llamándolo por su nombre terrisano, como hacía siempre—. ¿Te importaría hacerme el favor de entrar ahora mismo?

Waxillium sintió de súbito un alfilerazo de alarma, seguido de una punzada de

vergüenza. Se levantó.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó a través de la ventana.

—Te he visto reflejado en el espejo, muchacho —respondió ella, sin mirarlo, sosteniendo una taza de té en las manos—. Obedece. Si eres tan amable.

A regañadientes, Waxillium rodeó el edificio arrastrando los pies y traspuso la puerta principal de la cabaña de madera, impregnada por completo por el olor del barniz que él mismo había ayudado a aplicar recientemente. Todavía le quedaban restos de aquella sustancia bajo las uñas.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Por qué has...?

—Por favor, Asinthew —lo interrumpió con delicadeza la abuela—. Siéntate.

El muchacho se acercó al escritorio, pero permaneció de pie en vez de tomar el asiento de los invitados, justo donde había estado el alguacil hacía apenas unos instantes.

—Tu letra —comenzó la abuela, indicando con un ademán el papel que le había entregado el alguacil—. ¿No te había dicho que el asunto de Forch estaba bajo control?

—Dices muchas cosas, abuela. Me las creeré cuando vea con mis propios ojos algo que lo demuestre.

Vwafendal se inclinó hacia delante. La taza humeaba aún en sus manos.

—Ay, Asinthew —murmuró—. Creía que estabas decidido a encajar aquí.

—Y lo estoy.

—Entonces, ¿qué haces espiando junto a mi ventana en vez de asistir a las meditaciones nocturnas?

El muchacho apartó la mirada, ruborizándose.

—En Terris aspiramos al orden, muchacho —dijo la abuela—. Respetamos las normas por una razón.

—¿E incendiar edificios no va contra las normas?

—Por supuesto que sí. Pero Forch no es responsabilidad tuya. Ya hemos hablado con él. Se arrepiente de lo que hizo. Su delito fue algo propio de un joven desorientado que se pasa demasiado tiempo solo. Les he pedido a algunas personas que entablen amistad con él. Cumplirá la pena correspondiente a su crimen, a nuestra manera. ¿O preferirías que se pudriera en la cárcel?

Waxillium no respondió de inmediato. Con un suspiro, al cabo, se dejó caer de golpe en la silla frente a la mesa de su abuela.

—Lo que me gustaría es saber qué es lo correcto —murmuró— y hacerlo. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

La abuela arrugó el entrecejo.

—Saber qué está bien y qué está mal es lo más fácil del mundo, muchacho. Reconozco que elegir actuar siempre como sabes que deberías es...

—No. —Waxillium hizo una mueca. No era recomendable interrumpir a la

abuela. Vwfendal nunca levantaba la voz, pero su desaprobación se dejaba sentir con tanta claridad como la inminencia de una tormenta. Suavizando el tono, añadió —: No, abuela. Saber qué está bien y qué está mal no tiene nada de fácil.

—Está escrito en nuestras costumbres. Lo aprendéis a diario en vuestras lecciones.

—Esa es una sola voz —protestó Waxillium—, una sola filosofía. Pero hay tantas...

La abuela estiró los brazos sobre la mesa y apoyó una mano en las suyas. Su piel aún conservaba el calor de la taza.

—Ay, Asinthew —dijo—. Comprendo lo difícil que debe de ser para ti, como hijo de dos mundos distintos que eres.

«Dos mundos —pensó él de inmediato— pero ningún hogar.»

—Sin embargo —continuó la abuela—, tienes que hacer lo que se te enseña. Me prometiste que obedecerías nuestras normas mientras estuvieras aquí.

—Lo intento.

—Lo sé. Tellingdwar y los demás instructores me han hablado muy bien de ti. Dicen que aprendes las materias mejor que nadie... ¡Que es como si llevaras aquí toda la vida! Me enorgullece que te esfuerces tanto.

—Los demás chicos no me aceptan. Procuro hacerte caso..., ser más terrisano que nadie, demostrarles cuál es la sangre que corre por mis venas. Pero los otros... Nunca seré uno de ellos, abuela.

—«Nunca» es una palabra que los jóvenes utilizáis a menudo. —La abuela probó un sorbo de té—. Sin comprender del todo su significado, por lo general. Deja que las normas te guíen. En ellas encontrarás la paz. Que no te afecte si tu fervor suscita el resentimiento de algunos. Tarde o temprano, a través de la meditación, aprenderán a reconciliarse con sus emociones.

—¿No podrías... ordenarles a algunos de los otros que se hagan amigos míos? —se descubrió preguntando Waxillium, avergonzado por la debilidad que denotaban semejantes palabras—. ¿Como hiciste con Forch?

—Me lo pensaré —dijo la abuela—. Y ahora, largo de aquí. No voy a dar parte de esta indiscreción, Asinthew, pero prométeme, por favor, que te olvidarás de esta obsesión que tienes con Forch y dejarás su castigo en manos de los demás miembros del sínodo.

Waxillium resbaló con algo cuando intentó ponerse de pie. Se agachó. «La bala.»

—¿Asinthew? —preguntó la abuela.

El muchacho se guardó el proyectil en el puño mientras se incorporaba, terminó de levantarse y se apresuró a salir de la habitación.

—El metal es vuestra vida —recitó Tellingdwar delante de la cabaña, abordando los últimos compases de la recitación vespertina.

Waxillium meditaba arrodillado, atento a cada una de las palabras. Lo rodeaban

varias hileras de terrisanos igualmente plácidos, con la cabeza agachada en señal de veneración, rindiendo tributo a Conservación, la antigua deidad de su fe.

—El metal es vuestra alma —declaró Tellingdwar.

La serenidad de este mundo rozaba la perfección. ¿Por qué se sentía a veces Waxillium como si estuviese mancillándolo con su mera presencia? ¿Como si todos formaran parte de un gran lienzo blanco y él no fuese más que una mancha en la esquina?

—Velas por nosotros —dijo Tellingdwar—, por eso te pertenecemos.

«Una bala —pensó Waxillium, aún con el trocito de metal aplastado con firmeza contra la palma de su mano— ¿Por qué dejaría una bala a modo de recordatorio? ¿Cuál será su significado?» Como símbolo, se le antojaba demasiado enigmático.

Completada ya la recitación, jóvenes, niños y adultos por igual se incorporaron y se desperezaron. Se entablaron unas cuantas conversaciones distendidas, pero faltaba poco para el toque de queda, lo que significaba que los más pequeños deberían estar dirigiéndose ya a sus hogares... o, en el caso de Waxillium, a los dormitorios. Se quedó de rodillas, no obstante.

Tellingdwar empezó a recoger las esterillas en las que habían estado apoyados los fieles. Era menudo y llevaba siempre la cabeza afeitada; su manto era naranja y amarillo, resplandeciente. Cargado con una brazada de esterillas, se interrumpió al ver que Waxillium no se había marchado con los demás.

—¿Asinthew? ¿Estás bien?

Waxillium asintió en silencio y se puso de pie con movimientos cansados, entumecidas las piernas tras llevar tanto tiempo de rodillas. Arrastró los pies hasta la salida, donde se detuvo.

—¿Tellingdwar?

—Sí, Asinthew?

—¿Alguna vez se ha producido un crimen violento en la Aldea?

El asistente se quedó congelado. Sus brazos se crisparon sobre el cargamento de esterillas que acarreaba.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad.

—No te preocupes. De eso hace ya mucho tiempo.

—¿Qué es «eso» de lo que hace ya mucho tiempo?

Tellingdwar terminó de recoger las esterillas que faltaban, dándose ahora más prisa que antes. Otra persona podría haber esquivado la pregunta, pero Tellingdwar era la franqueza encarnada. Una clásica virtud terrisana: a sus ojos, evitar una pregunta era tan grave como mentir.

—No me extraña que todavía circulen rumores al respecto —comenzó el hombrecillo—. Supongo que quince años no bastan para lavar toda esa sangre. Las habladurías se equivocan, sin embargo. Solo hubo una víctima mortal. Una mujer, muerta a manos de su marido. Ambos de Terris. —Tellingdwar titubeó antes de

añadir—: Los conocía.

—¿Cómo la asesinó?

—¿Necesitas esa información?

—Bueno, los rumores...

—Con una pistola —suspiró Tellingdwar—. Un arma del exterior. Ignoramos de dónde la sacó. —Sacudió la cabeza mientras soltaba las esterillas en un montón contra una de las paredes del cuarto—. Supongo que no debería sorprendernos. Los hombres son iguales en todas partes, Asinthew. Recuérdalo bien. No te consideres mejor que nadie tan solo por llevar puesto ese hábito.

Típico de Tellingdwar, convertir cualquier conversación en una lección. Waxillium asintió con la cabeza, en silencio, y salió a la noche. El cielo reverberaba en lo alto, presagiando lluvia, pero aún no se había levantado la niebla.

«Los hombres son iguales en todas partes, Asinthew...» ¿Qué sentido tenía, entonces, todo lo que les enseñaban allí? ¿Cuando nada podía evitar que las personas se comportasen como monstruos?

Llegó al dormitorio masculino, que estaba en calma. Acababan de dar el toque de queda, por lo que Waxillium tuvo que disculparse agachando la cabeza ante el encargado del dormitorio antes de cruzar el pasillo corriendo y entrar en su habitación, ubicada en la planta baja. Su padre había insistido en que se le diera un cuarto para él solo, debido a su linaje noble. Lo cual solo había servido para aislarlo todavía más de los demás.

Se quitó el hábito y abrió la puerta del armario de par en par. Allí estaba su antiguo atuendo. La lluvia empezó a tamborilear contra la ventana mientras se ponía los pantalones y se abotonaba la camisa, prendas que le resultaban mucho más cómodas que aquel herrumbroso manto. Ajustó la intensidad de su lamparilla, se sentó en el catre y abrió un libro, dispuesto a leer algo antes de quedarse dormido.

En el exterior, el firmamento rugía como un estómago vacío. Waxillium pasó varios minutos esforzándose por concentrarse en la lectura, en vano, antes de tirar el libro a un lado (a punto estuvo de volcar la lámpara con su impetuosidad) y volver a levantarse de un salto. Se acercó a la ventana, detrás de la cual había comenzado a caer una verdadera tromba de agua que el tupido follaje dividía en telones y columnas. Estiró el brazo y apagó la lámpara.

Los pensamientos se agolparon en su cabeza mientras contemplaba fijamente la lluvia. No podía seguir posponiendo la decisión que debía tomar. El acuerdo al que habían llegado su abuela y sus padres requería que Waxillium viviera durante un año en la Aldea, y solo faltaba un mes para que venciera ese plazo. Después, marcharse o seguir allí dependería por completo de él.

¿Qué lo aguardaba en el exterior? Manteles blancos, petimetros de acento nasal y politiqueos.

¿Y aquí? Habitaciones en silencio, meditación y tedio.

Una vida que aborrecía u otra de embotadora repetición. Un día tras otro, tras

otro, tras...

¿Había alguien moviéndose entre los árboles?

Alertado, Waxillium se pegó al frío cristal. Había alguien caminando por el bosque empapado, sin duda, una figura alta cuyo porte le resultaba familiar incluso a pesar de las sombras, encorvada y con un saco colgado del hombro. Forch lanzó una mirada de reojo al dormitorio y continuó adentrándose en la noche.

Así que habían vuelto, y antes de lo esperado. ¿Cuál sería el plan de Telsin para colarse en las habitaciones? ¿Entrar por alguna ventana, alegar que habían llegado a casa antes del toque de queda y asegurar que el celador no los había visto?

Waxillium se quedó esperando, preguntándose si divisaría también a las tres chicas, pero no vio a nadie más. Solo a Forch, desvaneciéndose entre las sombras. ¿Adónde iría?

«Otro fuego», pensó de inmediato. Aunque a nadie se le ocurriría incendiar nada con la que estaba cayendo, ¿verdad?

Consultó de soslayo el reloj que marcaba discretamente el paso del tiempo en la pared de su cuarto. Había transcurrido una hora desde que se decretara el toque de queda. Le sorprendió descubrir que llevaba tanto rato absorto en la lluvia.

«Lo que haga Forch no es de mi incumbencia», se reconvino con firmeza. Volvió a tumbarse en la cama, pero no tardó en levantarse de nuevo y empezar a deambular con paso inquieto de un lado a otro de la habitación. Escuchando el golpeteo de las gotas de agua, nervioso, incapaz de evitar que su cuerpo continuara moviéndose.

El toque de queda...

«Deja que las normas te guíen. En ellas encontrarás la paz.»

Se detuvo junto a la ventana. La abrió de golpe y salió de un salto. Sus pies descalzos se hundieron en el terreno, embarrado y viscoso. Al avanzar, titubeante, una cortina de agua le salpicó la cabeza y se deslizó en regueros por la espalda de su camisa. ¿En qué dirección se había ido Forch?

Se confió a la suerte y dejó atrás unos árboles gigantescos, como monolitos tallados. El estruendo de la tormenta ahogaba cualquier otro sonido. La huella de una bota en el fango, junto a uno de los troncos, le sugirió que su intuición era acertada. Tuvo que agacharse para verla mejor. ¡Herrumbres! La oscuridad era prácticamente impenetrable.

¿Y ahora adónde? Waxillium giró sobre los talones. «Allí», se dijo. «El almacén.» Un antiguo dormitorio, ahora desocupado, donde los terrisanos guardaban las alfombras y los muebles que no utilizaban. El objetivo perfecto para un incendio provocado, ¿verdad? Dentro había material inflamable de sobra, y nadie se esperaría algo así en esta noche de lluvia.

«Pero la abuela ya ha hablado con él —pensó Waxillium mientras avanzaba bajo el aguacero, aplastando las hojas caídas y el musgo bajo sus pies congelados— Sabrán que ha sido él.» ¿Acaso no le importaba? ¿Querría meterse en un lío a sabiendas?

Se acercó al antiguo dormitorio, una mole de tres pisos cuya sombra se recortaba en la oscuridad de la noche, con grandes telones de agua descolgándose de sus aleros. Probó a abrir la puerta... y descubrió que no estaba cerrada con llave, por supuesto; aquello era la Aldea. Se coló dentro.

Ahí. Un charco de agua en el suelo. Alguien había pasado por allí hacía poco. Siguió avanzando en cuclillas, tocando una pisada tras otra, hasta llegar al hueco de la escalera. Un tramo conducía arriba; el otro, hacia abajo. ¿Qué habría en lo alto? Una vez en el piso superior, vio una luz frente a él. Sigilosamente, Waxillium recorrió el pasillo, por cuyo centro se extendía una alfombra, hasta llegar a lo que resultó ser una vela cuya llama oscilaba sobre una mesa situada en un cuarto minúsculo, atestado de muebles, con las paredes cubiertas por recias cortinas oscuras.

Se acercó a la vela. Su luz titilaba frágil y solitaria. ¿Por qué la habría dejado allí Forch? ¿Qué pre...?

Algo pesado se estrelló contra la espalda de Waxillium. Jadeó de dolor mientras el impacto lo arrojaba contra un par de sillas apiladas una encima de otra. Oyó el martilleo de unas botas contra el suelo tras él. Consiguió impulsarse a un lado y rodó por el piso mientras Forch golpeaba las sillas con un viejo poste de madera, astillándolas.

Se puso en pie con dificultad. Le dolían los hombros. Forch se giró hacia él, embozado por las sombras su rostro.

Waxillium retrocedió un poco más.

—¡Forch! No pasa nada. Solo quería hablar. —Se le escapó un gesto de dolor al chocar contra la pared con la espalda—. No hace falta que...

Forch se abalanzó sobre él, amenazador. Waxillium contuvo un gemido y salió al pasillo.

—¡Socorro! —gritó mientras Forch lo seguía—. ¡Que alguien me ayude!

Su intención era correr en dirección a las escaleras, pero se había desorientado y descubrió que estaba alejándose de ellas. Utilizó el hombro para embestir contra la puerta que había al final del pasillo. Debía de conducir a la sala de reuniones de la planta de arriba, si la distribución de este antiguo dormitorio era igual que la del suyo. ¿Y a otro tramo de escalones, quizás?

Waxillium abrió la puerta de golpe y entró en una habitación más luminosa. Varios montones de mesas viejas rodeaban un espacio despejado en medio del cuarto, como espectadores ante un escenario.

Allí, en el centro e iluminado por una docena de velas, había un niño de unos cinco años amarrado a un tablón que se extendía entre dos de las mesas. Su camisa, desgarrada, yacía tirada en el suelo. Una mordaza sofocaba sus gritos mientras forcejeaba con las ligaduras, sin fuerza.

Waxillium se detuvo de golpe al tiempo que reparaba en el chico, en la hilera de cuchillos resplandecientes desplegados sobre otra mesa cercana y en los regueros de sangre que manaban de los cortes que presentaba el pequeño en el pecho.

—Ay, rayos —murmuró.

Forch entró detrás de él y cerró la puerta con un chasquido.

—Ay, rayos —repitió Waxillium mientras se daba la vuelta, con la mirada desorbitada—. Forch, pero ¿a ti qué te pasa?

—No lo sé —respondió el muchacho en voz baja—. Tengo que ver lo que hay dentro, ¿sabes? Eso es todo.

—Te fuiste con las chicas —dijo Waxillium— para tener una coartada. Si ven tu cuarto vacío, dirás que estabas con ellas. Una infracción sin importancia con la que encubrir el auténtico crimen. ¡Herrumbres! Mi hermana y las otras no saben que has vuelto a hurtadillas, ¿verdad? Andarán por ahí fuera, borrachas. Ni siquiera recordarán exactamente cuándo te fuiste. Jurarán que estabas con...

Dejó la frase inacabada, flotando en el aire, cuando Forch levantó la cabeza y el resplandor de las velas se reflejó en sus ojos, iluminando sus facciones inexpresivas. Sostenía un puñado de clavos.

«Claro. Forch es un...»

Con un alarido, Waxillium se lanzó de un salto sobre una montaña de muebles al tiempo que los clavos salían disparados de la mano de Forch, empujados por su alomancia. Impactaron como una granizada, incrustándose en las mesas de madera, las patas de las sillas y el suelo. Wax sintió un fogonazo de dolor en el brazo mientras gateaba de espaldas.

Se le escapó un grito y se agarró el brazo mientras se ponía a cubierto. Uno de los proyectiles le había arrancado un pedazo de carne a la altura del codo.

Metal. Necesitaba metal.

Llevaba meses sin quemar nada de acero. La abuela quería que abrazara su naturaleza terrisana. Levantó los brazos, pero los encontró desnudos. Sus brazaletes...

«Se han quedado en la habitación, memo», pensó Waxillium. Rebuscó en uno de los bolsillos de su pantalón. Siempre llevaba encima...

Un puñado de virutas metálicas. Las sacó mientras huía de Forch, que lo perseguía apartando todas las mesas y las sillas que se interponían en su camino. El estruendo amortiguó los sollozos que emitía el chiquillo maniatado.

A Waxillium le temblaban los dedos cuando intentó abrir el paquete de virutas metálicas. De improviso, el envoltorio escapó de sus manos y voló hasta la otra punta del cuarto. Se volvió hacia Forch, desesperado, a tiempo de ver cómo agarraba una barra metálica que había encima de una de las mesas y se la lanzaba.

Intentó esquivarla. Demasiado lento. Empujado por el acero, el barrote impactó en su pecho y lo derribó de espaldas. Forch profirió un gruñido, tambaleándose. Aún no dominaba su alomancia y no se había preparado lo suficiente. El empujón lo había lanzado hacia atrás tanto como a Waxillium.

Este, sin embargo, se golpeó contra la pared y sintió que algo se fracturaba dentro de él. Se le nubló la vista mientras caía de rodillas al suelo, jadeante. La habitación

entera oscilaba ante sus ojos.

«La bolsa... ¡Recoge la bolsa!»

Tanteó a ciegas a su alrededor, presa de la desesperación, incapaz de pensar con claridad. ¡Necesitaba el metal! Sus dedos ensangrentados rozaron el envoltorio. Frenético, agarró la bolsita de tela y la abrió de un tirón. Echó la cabeza hacia atrás para verterse el contenido en la boca.

Una sombra atronó sobre él y le propinó una patada en el estómago. Waxillium profirió un alarido cuando el hueso que se le había roto dentro cedió. Solo había conseguido meterse una pizca de metal en la boca. Forch le arrebató la bolsa de un manotazo, desperdigando las virutas, y lo levantó en volandas.

El muchacho parecía más corpulento de lo habitual. Debía de estar sondeando una mente de metal. Una parte desesperada del cerebro de Wax intentó empujar contra los brazaletes de su adversario, pero las mentes de metal feruquínicas eran tristemente célebres por su resistencia a la alomancia. El empujón no fue lo bastante fuerte.

Forch lo envió al otro lado de la ventana abierta de un empujón, sujetándolo por el cuello. El agua que seguía cayendo bañó a Waxillium mientras se esforzaba por respirar.

—Por favor... Forch...

Forch lo soltó.

Waxillium se precipitó al vacío, junto con la lluvia.

Tres pisos de altura, entre las ramas de un arce, proyectando hojas empapadas en todas direcciones.

El acero cobró vida con un fogonazo dentro de él, y de su pecho brotó un abanico de líneas azules en dirección a las fuentes de metal más cercanas. Todas estaban en lo alto, abajo no había ninguna. No podía empujar contra nada para salvarse.

Salvo por el resto que conservaba en el bolsillo del pantalón.

Waxillium empujó contra él, desesperado, sin dejar de rodar por los aires. La pieza desgarró la tela al salir disparada del bolsillo para deslizarse a lo largo de su pierna, trazando una línea en el lateral de la bota antes de que su peso la proyectara hacia abajo. Waxillium comenzó a frenar en el aire con una sacudida, aminorando su caída en cuanto el trozo de metal hubo tocado el suelo.

Una dolorosa conmoción le dejó las piernas entumecidas cuando impactó en el sendero embarrado con los pies por delante. Una vez que se hubo dejado caer por completo en el suelo comprobó que estaba aturdido, pero con vida. El empujón lo había salvado.

La lluvia caía sobre su rostro. Esperó, pero Forch no acudió a su encuentro para rematarlo. El muchacho había cerrado los postigos de golpe, temeroso tal vez de que alguien viera la luz de las velas.

A Waxillium le dolía todo el cuerpo. Los hombros después del asalto inicial, las piernas a causa de la caída, el pecho tras haber recibido el impacto de aquel barrote... ¿Cuántas costillas se habría roto? Se quedó tendido bajo la lluvia, tosiendo, antes de

rodar de costado para buscar el trozo de metal que le había salvado la vida. No le costó encontrarlo siguiendo su línea alomántica. Lo extrajo del fango y lo sostuvo ante sus ojos.

La bala del alguacil. La lluvia le bañó la mano, limpiando el metal. Ni siquiera recordaba habérsela guardado en el bolsillo.

«En casos como el que nos ocupa, el incendio es, por lo general, tan solo un presagio...»

Debería ir a pedir ayuda. Pero recordó al niño prisionero allí arriba, que empezaba ya a desangrarse, rodeado de cuchillos desenfundados.

«Se avecina algo más grave, venerable. Algo que lamentarán todos ustedes.»

Waxillium odió de repente a su compañero. Este lugar era perfecto, un remanso de belleza y serenidad. Aquí las tinieblas no tenían cabida. Si él no era más que una mancha en la esquina de aquel gran lienzo blanco, Forch era un pozo de oscuridad absoluta.

Se levantó con un grito, se abalanzó sobre la puerta trasera del viejo edificio y regresó al interior. Remontó los dos tramos de escalones a trompicones, medio aturdido por el dolor, y embistió contra la puerta de la sala de reuniones. Forch se cernía sobre el chiquillo gimoteante, con un cuchillo ensangrentado en la mano. Giró la cabeza despacio hasta quedar de perfil, enseñándole tan solo un ojo a Waxillium, la mitad de su cara.

Waxillium arrojó la bala al espacio que mediaba entre ambos, rutilante el casquillo a la luz de las velas, y empujó con todas sus fuerzas. Forch se volvió y contraatacó empujando a su vez.

La reacción fue instantánea. La bala se detuvo en el aire, a escasos milímetros del rostro de Forch. Los dos contrincantes se vieron lanzados hacia atrás, pero Forch logró conservar el equilibrio apoyándose en una pila de mesas. En cambio, Waxillium se estrelló contra la pared, junto al marco de la puerta.

Forch sonrió mientras se le abultaban los músculos, extrayendo fuerzas de su mente de metal. Recogió la barra de la mesa de los cuchillos y se la lanzó a Waxillium, al que se le escapó un grito mientras empujaba contra ella para evitar que le golpeará.

No era lo bastante fuerte. Forch continuaba empujando, y Waxillium tenía muy poco acero al que recurrir. El barrote surcó el aire, deslizándose, hasta presionar contra el pecho de Wax y oprimirlo contra la pared.

El tiempo se detuvo. La bala flotaba todavía en el aire ante Forch, pero el auténtico duelo tenía como objetivo la barra metálica que, inexorable, amenazaba con aplastar a Waxillium. Una llamarada de dolor se extendió por su pecho al tiempo que de sus labios escapaba otro grito.

Iba a morir aquí.

«Solo quiero hacer lo correcto, eso es todo. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?»

La sonrisa de Forch se ensanchó mientras daba un paso adelante.

Waxillium clavó la mirada en aquella bala dorada, resplandeciente. Le costaba respirar. Pero la bala...

«El metal es vuestra vida.»

Una bala. Tres segmentos metálicos. La punta.

«El metal es vuestra alma.»

El casquillo.

«Velas por nosotros...»

Y la espoleta de la parte inferior. El punto donde impactaba el percutor.

En ese momento, a ojos de Waxillium, se dividieron en tres líneas, tres partes distintas. Las recogió todas. Y, a continuación, mientras el barrote continuaba aplastándolo, soltó dos de ellas.

Y empujó contra la base del proyectil.

La bala explotó. El casquillo voló hacia atrás por los aires, empujado por la alomancia de Forch, mientras la punta del proyectil salía propulsada hacia delante como una exhalación, sin impedimento alguno, hasta perforarle el cráneo al muchacho.

Waxillium se cayó de súbito, repelido el barrote lejos de él. Se desplomó hecho un ovillo, jadeando sin aliento. El agua de lluvia que chorreaba de su rostro formó un charco en el suelo.

Aturdido, oyó voces procedentes de la planta de abajo. La gente acudía por fin, atraída por los gritos y la detonación. Se obligó a incorporarse y cruzó la habitación, renqueante, desoyendo las voces de los terrisanos que empezaban a subir por la escalera. Llegó hasta el pequeño y desgarró sus ligaduras, liberándolo. En vez de huir aterrado, sin embargo, el niño se aferró a la pierna de Waxillium y la abrazó con todas sus fuerzas, sollozando.

Varias personas entraron en tromba en la habitación. Waxillium se agachó, recogió el casquillo de bala del suelo mojado, enderezó la espalda y se enfrentó a los recién llegados. Tellingdwar. Su abuela. Los ancianos. Al fijarse en sus facciones horrorizadas, supo sin lugar a dudas que lo odiarían siempre por haber llevado la violencia a su aldea.

Lo odiarían por haber tenido razón.

En pie junto al cadáver de Forch, cerró el puño alrededor del casquillo mientras apoyaba la otra mano en la cabeza del niño, que continuaba temblando.

—Encontraré mi propio camino —murmuró.

VEINTIOCHO AÑOS DESPUÉS

La puerta del escondrijo levantó una nube de polvo al estamparse contra la pared. Un muro de niebla envolvió al hombre que acababa de abrirla de una patada, recortando su silueta: los faldones de su gabán de bruma ondeaban a su alrededor, acariciando la escopeta de combate que empuñaba a un costado.

—¡Fuego! —ordenó Migs.

Los muchachos obedecieron. Ocho hombres armados hasta los dientes dispararon contra la figura, parapetados tras una barricada improvisada en el interior de la vieja taberna. Las balas formaron un enjambre en el aire, como insectos, pero se dispersaron en todas direcciones al llegar a la altura del individuo embozado en el largo abrigo. Acribillaron la pared, perforando la hoja de la puerta y reduciendo su marco a un amasijo de astillas. Abrieron surcos en la niebla condensada, pero el vigilante, una sombra más oscura que el resto en medio de la penumbra, ni siquiera pestañeó.

Migs apretó el gatillo una y otra vez, desesperado. Vació el cargador de una pistola, primero, y después el de la segunda; se apoyó la culata del rifle en el hombro y disparó tan deprisa como era capaz de amartillarlo. ¿Cómo se habían metido en ese atolladero? Herrumbres, ¿cómo había podido ocurrir? Esto se alejaba por completo de lo planeado.

—¡No sirve de nada! —exclamó uno de los chicos—. ¡Va a matarnos a todos, Migs!

—¿Por qué te quedas ahí plantado? —le espetó Migs al alguacil—. ¡Acaba de una vez! —Disparó dos veces más—. ¿Qué te pasa?

—A lo mejor está intentando distraernos —aventuró otro de los muchachos— para que su compañero nos pueda sorprender por la espalda.

—Oye, pues ahora que... —Migs vaciló mientras observaba al hombre que acababa de hablar. Tenía las facciones rechonchas y llevaba un sencillo sombrero de cochero en la cabeza, redondeado como un bombín, aunque más plano en lo alto. ¿Quién era ese hombre? Pasó revista a sus filas.

¿Nueve?

El muchacho que estaba a su lado sonrió, se ladeó el sombrero y le arreó un golpe en la cara.

Todo acabó en un vertiginoso abrir y cerrar de ojos. El desconocido del bombín dejó fuera de combate a Slink y a Guillian, sin esfuerzo aparente, y acto seguido se situó junto a los dos que estaban más lejos de él, a los que derribó esgrimiendo un par de bastones de duelo. Mientras Migs se giraba, tanteando en busca del arma que se le había caído, los faldones del abrigo del vigilante se desplegaron cuando este sorteó la barricada de un salto y conectó un puntapié con la barbilla de Drawers. Se volvió sin perder tiempo y apuntó con la escopeta a los hombres que quedaban conscientes tras el parapeto.

Soltaron las armas. Empapado de sudor, Migs se arrodilló junto a una mesa volcada. Esperó a que sonaran las detonaciones.

No se produjo ninguna.

—¡Ya pueden pasar, capitán! —anunció el vigilante. Las brumas se arremolinaron cuando un tropel de alguaciles cruzó la puerta corriendo. En el exterior, la luz del amanecer comenzaba a despejar los jirones de niebla. Herrumbres. ¿En serio se

habían pasado la noche entera encerrados allí?

La escopeta del vigilante trazó un arco en el aire para apuntar a Migs.

—Te aconsejo que sueltes ese rifle, amigo —dijo plácidamente.

Migs titubeó.

—Pégame un tiro y acabemos con esto, vigilante. Estoy metido en esto hasta el cuello.

—Disparaste contra dos alguaciles —dijo el hombre, con el dedo apoyado en el gatillo—. Pero sobrevivirán, hijo. No te ahorcarán, si me salgo con la mía. Suelta el arma.

Eran las mismas palabras que le habían dirigido antes, desde el exterior. En esta ocasión, a Migs le sorprendió descubrir que ya no le costaba tanto creérselas.

—¿Por qué? —preguntó—. Podrías habernos aniquilado a todos sin arrugarte la camisa siquiera. ¿Por qué?

—Porque —respondió el vigilante—, la verdad, matarlos no vale la pena. —Esbozó una sonrisa amigable—. Bastantes cosas pesan ya sobre mi conciencia. Suelta el rifle. Vamos a arreglar este embrollo.

Migs obedeció al fin, se puso de pie y apaciguó con un gesto a Drawers, que había empezado a incorporarse con una pistola en la mano. También él dejó caer el arma, a regañadientes.

El vigilante se dio la vuelta, empleó la alomancia para sortear la barricada de un salto y encajó su escopeta recortada en la funda que llevaba sujetada a la pierna. El joven del sombrero se reunió con él, silbando tranquilamente. A juzgar por la empuñadura de marfil que sobresalía de uno de sus bolsillos, se diría que había requisado el cuchillo favorito de Guillian.

—Todo tuyos, capitán.

—¿No vas a quedarte hasta que les hayamos hecho la ficha, Wax? —preguntó el capitán de los alguaciles, girándose.

—No me es posible —se disculpó el vigilante—. Tengo una boda.

—¿Quién se casa?

—Me temo que yo.

—¿Tenías que apuntarte a una redada precisamente el día de tu boda?

El vigilante, Waxillium Ladrian, se detuvo en la puerta.

—En mi defensa diré que la idea no ha sido mía. —Se despidió del colectivo de alguaciles y delincuentes con una última inclinación de cabeza, traspuso el umbral de una zancada y se perdió de vista en la bruma.



PRIMERA PARTE



Mientras se apresuraba a bajar los escalones del exterior de la taberna convertida en escondrijo, Waxillium Ladrian hubo de sortear el ajetreo de alguaciles que, con sus uniformes marrones, correteaban sin descanso de acá para allá. El amanecer, además de disipar la niebla, anunciaba el cambio de guardia. Se miró el brazo, donde una bala había practicado un agujero de considerable tamaño en el puño de la camisa antes de perforar el lateral de la chaqueta.

—Bueno —dijo Wayne, situándose junto a él—. Qué plan más redondo, ¿eh?

—El mismo que se te ocurre siempre —dijo Wax—, consistente en utilizarme como señuelo.

—Qué culpa tendrá yo de que a la gente le guste disparar contra ti, compañero —replicó Wayne mientras llegaban a la altura del carruaje—. Alegra esa cara. Estás aprovechando tus talentos, como decía mi abuela que deberían hacer todas las personas de provecho.

—Preferiría que mi talento consistiera en algo más que hacer de diana.

—En fin, uno ha de apañarse con lo que tiene. —Wayne se apoyó en el costado del carruaje mientras Cob, el cochero, le abría la puerta a Wax—. De ahí que en mis estofados siempre haya tropezones de carne de rata.

Wax se asomó al interior del carruaje, con sus elegantes cojines y su refinada tapicería, pero no subió de inmediato.

—¿Va todo bien? —preguntó Wayne.

—Sobre ruedas —replicó Wax—. Ya es la segunda vez que me caso. Empiezo a ser todo un experto.

La sonrisa de Wayne se ensanchó.

—Ah, pero ¿seguro que funciona así esto? Porque la experiencia me dice que casarse es una de esas cosas que, cuanto más las haces, peor se te dan. Bueno, eso y lo de mantenerse con vida.

—Qué profundo, Wayne.

—Maldición. Yo quería que me quedara más perspicaz que otra cosa.

Wax permanecía inmóvil aún, con la mirada fija en el interior del vehículo. El cochero, que todavía estaba sujetándole la puerta, se aclaró la garganta.

—Es como echarse la soga al cuello uno mismo, ni más ni menos —observó Wayne.

—No te pongas melodramático —dijo Wax, agachándose para montar en el carruaje.

—¡Lord Ladrian! —sonó una voz a su espalda.

Al mirar atrás por encima del hombro Wax vio que un hombre muy alto, vestido con un traje de color marrón oscuro y una pajarita, se abría paso a empujones entre un par de alguaciles.

—Lord Ladrian —repitió el desconocido—, por favor, ¿me concede un momento?

—Todos los que usted quiera —contestó Wax de inmediato—. Siempre y cuando lo que haga luego con ellos no me robe a mí el tiempo.

—Pero...

—Te veré allí —dijo Wax, inclinando la cabeza en dirección a Wayne. A continuación, dejó caer un casquillo de bala y se impulsó por los aires. ¿Para qué perder el tiempo con un carroaje?

Con la placentera sensación del acero ardiendo en su estómago, empujó contra una farola eléctrica que se erguía en las proximidades (todavía encendida, pese a ser ya de día) y ganó aún más altura. Elendel se desplegó a sus pies, una ciudad prodigiosa tiznada de hollín cuyos hogares y fábricas sumaban cien mil chimeneas distintas que escupían al cielo sus columnas de humo. Wax empujó contra el armazón de acero de un edificio en construcción y emprendió una serie de saltos portentosos que lo condujeron al otro lado del cuarto octante.

Sobrevoló un parque de carroajes de alquiler, con sus ordenadas filas de vehículos aguardando pacientemente a que alguien requiriera su uso, y los trabajadores del turno de mañana levantaron la cabeza para observarlo. Uno de ellos lo señaló con el dedo; quizás le había llamado la atención su gabán de bruma. Los mensajeros lanzamonedas constituían un espectáculo habitual en Elendel, y verlos surcar el aire rara vez suscitaba ninguna emoción.

Unas cuantas piruetas más transportaron a Wax sobre una serie de almacenes distribuidos en apretadas hileras. Cada nuevo salto le producía un alfilerazo de trepidación. Se asombró ante el hecho de que esa experiencia aún pudiera parecerle tan maravillosa. La brisa en el rostro, la efímera sensación de ingrávida cada vez que se quedaba en suspensión al alcanzar el vértice de un nuevo arco...

Demasiado pronto, por desgracia, tanto la fuerza de la gravedad como el deber reclamaban su puesto. Wax abandonó el distrito industrial y sobrevoló unas calzadas más elegantes, pavimentadas con brea y grava en vez de con adoquines para formar una superficie relativamente lisa por la que pudieran circular todos aquellos condenados motocarros. No le costó ningún esfuerzo divisar la iglesia supervivencialista, con su gigantesca cúpula de acero y cristal. En Erosión se conformaban con una modesta capilla de madera, pero eso no era lo bastante majestuoso para Elendel.

La estructura estaba diseñada para permitir que los fieles contemplaran las brumas nocturnas en todo su esplendor. Wax pensó que, si de verdad querían verlas, acabarían antes saliendo a la calle. Aunque quizás estuviera pecando de cínico. Al fin

y al cabo, la cúpula (compuesta de segmentos de cristal instalados entre soportes de acero que semejaban las secciones de una naranja) podía abrirse hacia dentro en ocasiones especiales y permitir que la niebla cayera sobre la congregación.

Aterrizó en lo alto del depósito de agua que se alzaba frente a la iglesia. Cuando la construyeron, la cúpula debía de haber sido lo bastante alta como para hacer sombra a los demás edificios de los alrededores. Seguro que había exhibido un perfil espectacular. Ahora, sin embargo, las edificaciones eran cada vez más altas y la iglesia se veía empequeñecida por el entorno. Sin duda Wayne sabría encontrar una metáfora ahí, en alguna parte. Grosera y vulgar, lo más probable.

Se quedó de pie en la cúspide del depósito de agua, señoreando sobre la iglesia. Había llegado a su destino, por fin. Sintió que unas pulsaciones espasmódicas se apoderaban de su ojo, al tiempo que un dolor indeterminado florecía en su pecho.

«Creo que te quise incluso aquel día. Tan ridículo, pero al mismo tiempo tan serio...»

Seis meses antes, había apretado el gatillo. Aún podía oír la detonación.

Enderezó los hombros y se armó de valor. Ya había restañado esta herida una vez. Podía hacerlo de nuevo. Y si eso le dejaba el corazón enterrado bajo un manto coriáceo de cicatrices, quizás fuese porque lo necesitaba. Se impulsó desde lo alto del depósito de agua y soltó un casquillo de bala contra el que empujó para aminorar su caída.

Una vez en la calle, sus pasos lo condujeron junto a una interminable hilera de carruajes. Los invitados habían llegado ya; los preceptos supervivencialistas dictaban que los enlaces se celebraran a primera hora de la mañana o entrada la noche. Tras saludar con la cabeza a varias de las personas con las que se cruzó, Wax no pudo evitar la tentación de desenfundar la escopeta y apoyarla en su hombro mientras subía la escalera de un salto. Utilizó un empujón de acero para abrir la puerta que le salió al paso en lo alto del pequeño tramo de escalones.

Encontró a Steris en el recibidor, deambulando de un lado para otro, ataviada con un estilizado vestido blanco que había elegido porque las revistas de moda decían que era lo que estilaba. Con el cabello trenzado y el maquillaje aplicado por una profesional para la ocasión, estaba realmente guapa. Sonrió al verla. Su ansiedad y sus nervios se redujeron una fracción.

Steris levantó la cabeza en cuanto Waxillium hubo traspuesto el umbral y corrió a situarse a su lado.

—¿Y?

—No me han matado, por lo menos eso.

Steris consultó el reloj de soslayo.

—Llegas tarde —dijo—, pero no demasiado.

—¿Lo... siento? —Era ella la que había insistido para que participase en la redada. La había incluido en sus planes, de hecho. Así era vivir con Steris.

—Estoy segura de que hiciste todo lo posible. —Se agarró a su brazo. Estaba

caliente al tacto; temblorosa, incluso. Steris podía ser muy reservada, pero, al contrario de lo que asumían algunos, no carecía de sentimientos—. ¿La redada?

—Fue bien. Sin víctimas mortales. —La condujo a una habitación ubicada en uno de los laterales, donde Drewton (su ayuda de cámara) aguardaba junto a una mesa cubierta por el traje de novio blanco de Wax—. Ya sabes que, participando en una redada la mañana de mi boda, lo único que consigo es reforzar la imagen que la sociedad tiene de mí.

—¿Qué imagen?

—La de rufián. —Wax se quitó el gabán de bruma y se lo entregó a Drewton—. La de bárbaro de los Áridos sin civilizar que maldice en la iglesia y se presenta armado en las fiestas.

Steris lanzó una mirada de reojo a la escopeta, que Wax había dejado tirada encima del diván.

—Te gusta jugar con la percepción que tiene la gente de ti, ¿no es así? Incomodas a los demás a propósito, para que no sepan cómo reaccionar.

—Es uno de los pocos placeres que me quedan, Steris. —Waxillium sonrió mientras Drewton le desabrochaba el chaleco y se lo quitaba, seguido de la camisa, dejándolo con el torso desnudo.

—Ya veo que estoy incluida en el grupo de personas a las que intentas incomodar.

—Uno ha de apañarse con lo que tiene

—¿De ahí que en tus estofados siempre haya tropezones de carne de rata?

Wax titubeó un momento antes de seguir entregándole prendas a Drewton.

—¿A ti también te lo ha dicho?

—Sí. Cada vez estoy más convencida de que ensaya sus líneas conmigo. —Steris cruzó los brazos sobre el pecho—. Sabandija.

—¿No vas a esperar fuera mientras me cambio? —preguntó Wax con una sonrisa.

—Dentro de menos de una hora estaremos casados, lord Waxillium. Creo que podré soportar verte desnudo de cintura para arriba. Además, el que profesa la fe de los caminantes eres tú. La mojigatería forma parte de tus creencias, no de las mías. He leído sobre Kelsier. Según mis estudios, me extrañaría que le importara si...

Wax se desabrochó los botones de madera de los pantalones. Steris se ruborizó, comenzó a girarse y, por último, se situó de espaldas a él. Cuando continuó hablando, instantes después, su voz parecía alterada.

—En fin, por lo menos accediste a que se celebrase una ceremonia como es debido.

Wax sonrió mientras se ajustaba las calzas y dejaba que Drewton le diera un somero afeitado. Steris se quedó donde estaba, escuchando. Al final, mientras Drewton retiraba la espuma de las mejillas de Wax, preguntó:

—¿Has traído los colgantes?

—Se los di a Wayne.

—Que se los... ¿¡qué!?

—Pensaba que eras tú la que quería darle algo de emoción a la boda —dijo Wax, al que Drewton acababa de entregarle un nuevo par de pantalones. Se los puso. No acostumbraba a vestirse de blanco desde que regresó de los Áridos. No ensuciarse allí era un auténtico reto, lo cual le proporcionaba un aliciente especial a intentarlo—. Supuse que esto podría servir.

—Emoción, sí, lord Waxillium, pero controlada —replicó Steris—. Si se trata de algo que todos entiendan, algo para lo que la gente esté preparada y que no se nos pueda ir de las manos, será memorable en el mejor sentido de la palabra. Pero coincidirás conmigo en que Wayne es todo lo opuesto a esa definición que te acabo de dar.

Mientras Wax terminaba de abrocharse los botones, Drewton descolgó su camisa de una percha cercana. Steris se giró de inmediato al percibir el sonido, cruzada todavía de brazos, y siguió hablando como si no hubiera pasado nada, resistiéndose a reconocer que su prometido pudiera haberle sacado los colores.

—Menos mal que encargué hacer copias.

—¿Has hecho copias de nuestros colgantes de boda?

—Sí. —Tras mordisquearse el labio un momento, Steris añadió—: Seis juegos.

—¿Seis!?

—Los otros cuatro no llegaron a tiempo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Wax se abotonó la camisa y dejó que su ayuda de cámara se encargase de los puños.

—Eres única, Steris.

—También Wayne, técnicamente hablando... o Ruina, ya puestos. Pensándolo bien, como cumplido deja bastante que desear.

Wax se ajustó los tirantes y dejó que Drewton le arreglara el cuello de la camisa.

—No lo entiendo, Steris —dijo, quedándose inmóvil mientras el ayuda de cámara se atareaba con los últimos arreglos—. Te preparas tan a conciencia para que las cosas se tuerzan... como si supieras y esperaras que la vida es impredecible.

—Sí, ¿y?

—Y lo es. Así que lo único que consigues preparándote para cuando algo salga mal es que al final salga mal algo completamente distinto.

—Me parece un punto de vista de lo más fatalista.

—Gajes de haber vivido en los Áridos. —Wax la observó. Estaba resplandeciente con ese vestido, incluso enfurruñada, mientras tamborileaba sobre su brazo izquierdo con el índice de la mano derecha.

—Es solo que... me siento mejor si lo intento —murmuró Steris, al cabo—. Así, aunque todo se tuerza, por lo menos habré hecho algo por evitarlo. ¿Te parece que tiene sentido?

—A decir verdad, sí. Todo el del mundo.

Drewton dio un paso atrás, complacido. Complementaban el traje un elegante chaleco y un pañuelo negro para el cuello. El atuendo en su conjunto era tradicional,

como Wax prefería. Las pajaritas eran para los agentes de ventas. Cuando deslizó los brazos en las mangas de la chaqueta, los faldones le rozaron las pantorrillas. Luego, tras un instante de vacilación, se ciñó el cinto y embutió a Vindicación en su funda. Había ido con pistola a su última boda, así que, ¿por qué no iba a llevar una a esta? Steris asintió con aprobación, en silencio.

Por último, los zapatos. Un par nuevo. Serían atrozmente incómodos.

—¿Llegamos ya lo bastante tarde? —le preguntó a Steris.

—Según lo planeado —respondió esta, tras consultar de soslayo el reloj de la esquina—, deberíamos salir dentro de dos minutos a partir de este preciso momento.

—Ah, estupendo. —Wax la tomó del brazo—. Eso significa que podemos ser espontáneos y llegar con tiempo de sobra. O con el tiempo de sobra justo, al menos.

Aferrada a su brazo, Steris dejó que la condujese fuera de la cámara lateral en dirección a la entrada de la cúpula y la iglesia propiamente dicha. Drewton caminaba tras ellos.

—¿Estás... seguro de que quieres seguir adelante con esto? —preguntó Steris, deteniéndolo antes de tomar el pasillo que comunicaba con la cúpula.

—¿Has decidido cambiar de opinión?

—De ninguna manera —fue la respuesta de Steris, tan categórica como instantánea—. Este enlace será sumamente beneficioso para mi casa y mi prestigio social. —Envolvió la mano de Wax en las suyas—. Pero, lord Waxillium —prosiguió, bajando la voz—, no quiero que te sientas acorralado, y menos después de lo que sucedió hace unos meses. Si deseas echarte atrás, acataré tu voluntad sin rechistar.

El modo en que le apretaba la mano mientras pronunciaba esas palabras desmentía su sinceridad, pero ella no pareció darse cuenta. Mientras la observaba, Wax se descubrió sondeando sus sentimientos. Al principio, cuando accedió a que se celebrase esta boda, lo había hecho empujado por el sentido del deber para con su casa.

Ahora, sin embargo, sintió que sus emociones experimentaban un vuelco. El modo en que Steris había estado siempre ahí los últimos meses, prestándole apoyo mientras él lamentaba su pérdida... El modo en que lo miraba en esos momentos...

Herrumbre y Ruina. Lo cierto era que Steris le gustaba. Quizá no cupiera calificarlo de amor, pero dudaba de que alguna vez volviera a sentir algo así. Tendría que conformarse con esto.

—No, Steris —dijo—. No deseo echarme atrás. No sería... justo con tu casa, después de todo el dinero que habéis invertido.

—El dinero no...

—No te preocupes. —Wax le apretó la mano con suavidad a su vez—. Me he recuperado lo suficiente de mi tragedia. Soy lo bastante fuerte como para seguir adelante con esto.

Steris se disponía a replicar algo cuando sonó un golpe en la puerta, justo antes de que Marasi asomase la cabeza para preguntar si ya estaban listos. La muchacha, de

cabellos morenos y facciones más suaves y redondeadas que Steris, se había pintado los labios de un rojo intenso. Su atuendo, que combinaba una falda plisada con una chaqueta de botones ceñida, era un fiel reflejo de su mentalidad, tan femenina como progresista.

—Por fin —dijo—. La concurrencia empieza a ponerse nerviosa. Wax, ha venido un hombre que quiere verte. He intentado pedirle que se marchara, pero... en fin...

Entró en la habitación y sostuvo la puerta abierta para revelar al mismo desconocido espigado de antes, con su traje marrón y su pajarita, flanqueado por las empavesadoras en la antecámara que comunicaba con la cúpula.

—Usted —dijo Wax—. ¿Cómo ha llegado aquí antes que Wayne?

—Sospecho que su amigo no va a venir —replicó el hombre. Se situó junto a Marasi, a la que saludó con una inclinación de cabeza, y cerró la puerta, tras la cual se quedaron esperando las empavesadoras. Se giró sobre los talones y le lanzó a Wax una pelotita de papel firmemente prensada.

El envoltorio emitió un tintineo cuando Wax lo atrapó al vuelo. Una vez abierto, entre sus pliegues se desvelaron dos colgantes de boda. Garabateadas en el papel se podían leer las siguientes palabras: Me pienso agarrar tal tajada que al final no voy a poder ni apuntar cuando mee. Felices desposorios y tal.

—Qué estampa tan bonita —observó Steris, recogiendo el colgante de Wax con una mano enguantada de blanco mientras Marasi se ponía de puntillas para leer la nota por encima de su hombro—. Por lo menos no se le han olvidado.

—Gracias —le dijo Wax al hombre vestido de marrón—, pero, como puede usted comprobar, estoy ocupado intentando casarme. Lo que necesite de mí puede es...

El rostro del hombre se tornó translúcido, revelando los huesos de su cráneo y su espinazo bajo la piel.

Steris se quedó rígida.

—Santo... —exhaló, sin aliento.

—Santo dolor —dijo Wax—. Dile a Armonía que se busque a otro esta vez. Estoy ocupado.

—Que le diga a... Armonía... —musitó Steris, cuyos ojos amenazaban con escapar de sus órbitas.

—Me temo que ahí radica el problema, en parte —repuso el hombre vestido de marrón mientras su piel recuperaba la normalidad—. Armonía lleva una temporada como ausente.

—¿Cómo puede estar «ausente» una deidad? —preguntó Marasi.

—Lo ignoramos, pero nos tiene muy preocupados. Te necesito, Waxillium Ladrian. Creo que te podría interesar el encargo que voy a ofrecerte. Sé que te aguarda la ceremonia, pero quizás a la postre te podría robar unos instantes de...

—No —lo atajó Wax.

—Pero...

—Que no.

Wax tiró del brazo de Steris, abrió la puerta de un empujón, pasó por delante de Marasi con paso vivo y dejó atrás al kandra. Habían transcurrido seis meses desde que aquellas criaturas lo manipularan, embaucándolo y mintiéndole. ¿El resultado? Una mujer muerta en sus brazos.

Hijos de perra.

—¿Realmente era ese uno de los Inmortales Sin Rostro? —musitó Steris, mirando atrás por encima del hombro.

—Sí. Como comprenderás, no me apetece volver a relacionarme con ellos.

—Paz. —Steris le apretó el brazo—. ¿Necesitas pasar un momento a solas con tus pensamientos?

—No.

—¿Seguro?

Wax se detuvo de golpe. Steris esperó mientras él tomaba aliento y lo expulsaba despacio, desterrando de su mente aquella escena atroz, espantosa, en la que él estaba arrodillado en un puente, solo, abrazando a Lessie. Una mujer a la que sabía que no había llegado a conocer nunca de veras.

—Estoy bien —le dijo a Steris, apretando los dientes—. Pero dios no debería haber enviado a nadie a buscarme. Y menos hoy.

—Tu vida es... muy extraña, lord Waxillium.

—Lo sé. —Wax reanudó la marcha y se situó con ella junto a la última puerta que los separaba de la cúpula—. ¿Preparada?

—Sí, gracias. —¿Tenía los ojos... llorosos? Era la primera vez que veía esa expresión de emoción en ella.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —respondió Steris—. Te ruego que me disculpes. Es que esto es... más maravilloso de lo que jamás había soñado.

Empujaron contra las puertas, que, al abrirse, revelaron la cúpula resplandeciente. La luz del sol que la atravesaba a raudales bañaba a la multitud que estaba esperándolos. Conocidos. Parientes lejanos. Costureras y forjadadores de su casa. Wax buscó a Wayne con la mirada; a pesar de lo que ponía en la nota, le sorprendió no encontrarlo entre los presentes. Era la única familia de verdad que tenía.

Las empavesadoras se adelantaron, desplegándose, para espolvorear pequeños puñados de cenizas sobre el pasillo alfombrado que rodeaba el perímetro de la cúpula. Wax y Steris reanudaron la marcha caminando despacio tras ellas, con porte distinguido, exhibiéndose al escrutinio de todos los invitados. No había música en las ceremonias supervivencialistas, por lo que solo se oía el crepitar de los braseros que, recubiertos de hojas verdes, proyectaban hacia el techo abovedado volutas de humo que representaban las brumas.

«El humo asciende, mientras que las cenizas solo saben caer», pensó Wax, rememorando las palabras del sacerdote que oficiaba las ceremonias supervivencialistas a las que había asistido de joven. Trazaron un círculo completo

alrededor de la congregación. Por lo menos la familia de Steris había hecho acto de aparición en su práctica totalidad, incluido su padre; el hombre, de facciones rubicundas, le dedicó a Waxillium un entusiasta saludo con el puño en alto cuando desfilaron por su lado.

Wax se descubrió sonriendo. Esto era lo que Lessie siempre había querido. Bromeaban una y otra vez acerca de su sencilla ceremonia de caminantes, con huida a galope tendido al final para escapar de la turba enfurecida como guinda del pastel. Según ella, algún día conseguirían hacerlo como se debía.

Destellos de colores en el cristal. El silencio del público. Pasos sobre una alfombra jaspeada de ceniza gris. La sonrisa de Waxillium se ensanchó mientras giraba la cabeza para contemplar a su amada.

Pero, naturalmente, era la mujer equivocada la que caminaba a su lado.

A punto estuvo de caerse, de tal manera se le enredaron los pies. «No seas imbécil», se dijo. «Concéntrate.» Esta era una ocasión especial para Steris; lo mínimo que podía hacer era no estropeársela. O no estropeársela, al menos, de un modo que ella no hubiera sabido prever. Significase lo que significara eso.

Por desgracia, conforme cubrían el último tramo de su paseíllo alrededor de la nave redonda, su malestar no hizo sino incrementarse. Sentía náuseas. Estaba empapado de sudor. Mareado, como le ocurría las contadas ocasiones en que se veía obligado a huir de un asesino y dejar personas inocentes en peligro.

Todo ello le obligó, en definitiva, a reconocer una verdad difícil de aceptar. No estaba listo. No era por Steris, ni por el entorno. Sencillamente no estaba preparado para eso.

Casarse ahora significaba despedirse de Lessie.

No le quedaba otra salida, sin embargo, así que debía ser fuerte. Apretó los dientes y subió con Steris al altar, donde el sacerdote los esperaba flanqueado por dos columnas que sostenían sendos jarros de cristal con flores de voluntad de Mare. La ceremonia se basaba en los antiguos preceptos de Larsta, en las *Creencias renacidas* de Armonía, uno de los volúmenes que componían las Palabras de Instauración.

El sacerdote comenzó a hablar, pero sus palabras no llegaban hasta los oídos de Wax. Se sentía insensibilizado, rechinando los dientes, fija al frente la mirada, tensos todos sus músculos. Habían encontrado un sacerdote asesinado en esta misma iglesia. Muerto a manos de Lessie cuando esta enloqueció. ¿No podrían haber hecho algo por ella, en vez de enviarlo a él tras su pista? ¿No podrían haberle avisado?

Fuerza. No iba a batirse en retirada ahora. No pensaba ser un cobarde.

Aunque sostenía las manos de Steris entre las suyas, era incapaz de mirarla. En vez de eso, volvió el rostro hacia arriba para contemplar el firmamento tras la cúpula de cristal. Los edificios bloqueaban casi toda la vista. Hileras de rascacielos a los lados, resplandecientes sus ventanas con el sol de la mañana. Aquel depósito de agua estaba especialmente en medio, aunque empezó a moverse mientras lo observaba...

¿A moverse?

Horrorizado, Wax vio que las patas se doblaban bajo el gigantesco cilindro metálico, como si el depósito estuviera intentando ponerse de rodillas, desplazando poco a poco su carga a un costado. El techo de la estructura se desgarró de súbito, vertiendo toneladas de agua en una oleada torrencial.

Atrajo a Steris hacia él de un tirón, rodeándole firmemente la cintura con un brazo, se arrancó el segundo botón empezando por abajo del chaleco y lo dejó caer al suelo. Al empujar contra esa solitaria pieza metálica, Steris y él salieron disparados del altar mientras el sacerdote profería un chillido de sorpresa.

El agua impactó contra la cúpula, que resistió durante una fracción de segundo antes de que uno de sus segmentos se abriera con un chasquido, forzados hacia dentro los goznes por el ímpetu de la oleada.



Seguro que os encontráis bien, mi señor? —preguntó Wax mientras ayudaba a lord Drapen, alguacil general del sexto octante, a bajar los escalones en dirección a su carruaje. Los regueros de agua que discurrían a su alrededor confluían en la cuneta, formando un regato.

—La mejor de mis pistolas ha quedado inservible, entendedlo —se lamentó Drapen—. ¡Tendré que pedir que la vuelvan a limpiar y engrasar!

—Enviadme la cuenta, mi señor —dijo Wax, prefiriendo obviar el hecho de que un arma tan extraordinaria no debería estropearse por culpa de un poco (de acuerdo, un montón) de agua. Dejó al anciano noble al cuidado de su cochero, con el que intercambió una mirada de resignación, antes de girar sobre los talones y remontar la escalera para volver a entrar en la iglesia. La alfombra hacía ruiditos a cada paso que daba por ella. O quizás fueran sus zapatos.

Se cruzó con el sacerdote, enfrascado en una acalorada discusión con el agente de seguros de Erikell (el cual se había personado para elaborar un informe inicial en cuanto la iglesia reclamó el pago estipulado en su póliza), mientras se encaminaba a la cúpula. La sección de cristal que se había abierto seguía colgando de los goznes sobre sus cabezas, y el depósito de agua derribado, cuyas patas opuestas a las afectadas habían evitado que se desplomara por completo, bloqueaba aún la mayor parte del cielo.

Lo rodeaban bancos volcados, pétalos de voluntad de Mare desperdigados y un estropicio generalizado. El incesante goteo del agua era lo único que se oía en la nave, aparte de los ecos de la voz del sacerdote. Wax se acercó al altar, en cuyo borde Steris lo esperaba sentada, con el vestido chorreante pegado al cuerpo y las mejillas surcadas de cabellos sueltos, empapados, que habían escapado de sus trenzas nupciales. Tenía los brazos cruzados sobre las rodillas y la mirada fija en el suelo.

Wax se sentó junto a ella.

—Bueno, la próxima vez que nos caiga una inundación sobre la cabeza, procuraré recordar que saltar hacia arriba no es buena idea.

Se sacó el pañuelo del bolsillo y lo escurrió.

—También intentaste lanzarnos hacia atrás. Solo que no fuiste lo bastante rápido, lord Waxillium.

Este refunfuñó.

—Parece un simple fallo estructural. Si se tratara de un intento de asesinato, no obstante..., en fin, habría sido muy incompetente. El depósito no contenía agua

suficiente como para resultar peligroso de veras. El peor parado ha sido lord Steming, que se cayó y se golpeó en la cabeza mientras intentaba escapar de su asiento.

—Así que un accidente —murmuró Steris—, nada más que eso. —Se sentó de golpe en el estrado, cuya alfombra emitió un suave chirrido mojado.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. —Steris exhaló un suspiro—. ¿Alguna vez te has preguntado si no es posible que el cosmere esté empeñado en poner a prueba tus límites, lord Waxillium?

—¿El cosmere? ¿Te refieres a Armonía?

—No, no me refiero a Él. Es como si a una especie de azar cósmico le gustase tirar los dados a la menor ocasión y siempre sacara nada más que unos. La idea tiene algo de poético. —Steris cerró los ojos—. La boda tenía que salir mal, por supuesto. El techo desplomado bajo toneladas de agua... ¿Cómo es posible que no previera algo así? Es tan absolutamente descabellado que no podía por menos de suceder. Al menos el sacerdote no ha muerto esta vez.

—Steris —dijo Wax, apoyando una mano en su brazo—. Lo arreglaremos. Todo se va a solucionar.

La muchacha volvió a abrir los ojos y lo miró.

—Gracias, lord Waxillium.

—¿Por qué, exactamente?

—Por ser tan amable. Por estar dispuesto a someterte a... en fin, a mí. A aguantarme. Comprendo que no sea una perspectiva agradable.

—Steris...

Esta se sentó y respiró hondo.

—No temas por mi autoestima, lord Waxillium. Ni pienses tampoco que intento pecar de falsa modestia, por favor. Me conozco y me acepto tal y como soy. Pero sé cuál es la consideración que te merece mi compañía. Gracias. Por no hacerme sentir como han hecho otros.

Wax se quedó sin saber qué decir. ¿Cómo respondía uno a algo así?

—Te equivocas, Steris. Me pareces encantadora.

—¿Y el hecho de que estuvieras rechinando los dientes al comienzo de la ceremonia, con los puños apretados como si estuvieras colgado de un puente y te fuese la vida en ello?

—Me...

—¿Te apena que se vaya a retrasar nuestra boda? ¿Serías capaz de afirmarlo con la mano en el pecho, lord Waxillium, por tu honor de vigilante?

Maldición. Wax vaciló. Sabía que bastaría con unas pocas palabras para esquivar la pregunta o restarle importancia, pero no dio con ellas, pese a invertir un rato embarazosamente prolongado en buscarlas. Hasta que cualquier cosa que pudiera haber dicho habría sonado condescendiente.

—A lo mejor —replicó con una sonrisa—. Tendré que probar a relajarme de

alguna manera la próxima vez que lo intentemos, eso es todo.

—Sospecho que presentarte en la ceremonia borracho como una cuba sería contraproducente.

—No he dicho que vaya a beber. Podría practicar algún ejercicio de meditación terrísono con antelación, por ejemplo.

Steris se quedó un momento observándolo en silencio antes de preguntar:

—¿Estás dispuesto a seguir adelante con esto?

—Pues claro que sí. —Siempre y cuando pudiera ser cualquier otro día—. ¿Me equivoco al dar por sentado que guardas un vestido de recambio en la recámara?

—Dos —confesó la muchacha mientras permitía que la ayudara a ponerse de pie—. Y también he reservado otra fecha para el enlace, dentro de dos meses. En una iglesia distinta. Por si esta saltaba por los aires.

—Hablas igual que Wayne —refunfuñó Wax.

—Bueno, lord Waxillium, reconoce que las cosas tienen la mala costumbre de volar en pedazos a tu alrededor. —Steris elevó la mirada a la cúpula—. Habida cuenta de lo cual, terminar calado hasta los huesos ha debido de suponer toda una novedad.

Con las manos enlazadas a la espalda y el familiar peso de su libreta en el bolsillo de la chaqueta, Marasi deambulaba por el perímetro de la iglesia inundada, donde un puñado de alguaciles —cabos de graduación todos ellos— revoloteaban de aquí para allá con cara de tener la situación controlada. Detalles así resultaban cruciales en situaciones de emergencia como esta; las estadísticas demostraban que la población era menos propensa a sucumbir al pánico si había alguna autoridad uniformada en los alrededores.

Aunque, por otra parte, tampoco convenía olvidarse del reducido porcentaje de la población entre el cual el pánico era más susceptible de propagarse en presencia de según qué uniformes. Porque las personas eran eso, personas, y si podía contarse con algo era con que algunas de ellas fuesen muy raras. O, mejor dicho, con que todas lo fuesen cuando a las circunstancias les daba por alinearse con su chifladura idiosincrática particular.

Dicho lo cual, hoy Marasi andaba tras la pista de una clase de locura especial. Había mirado primero en las tabernas cercanas, pero eso era demasiado evidente. Después había registrado las alcantarillas, un comedor social y (desoyendo los dictados de la razón) una tienda de suministro de «novedades». Sin suerte, aunque sus posaderas habían recibido hasta tres cumplidos distintos, así que ahí quedaba eso.

Por último, agotadas ya las ideas, había ido a ver si al sospechoso se le habría ocurrido sustraer los cubiertos del desayuno nupcial. Allí, en los fogones del salón de la acera opuesta a la iglesia, se había encontrado con Wayne. Este, ataviado con una chaqueta blanca y un gorro de chef, estaba regañando a un equipo de auxiliares de cocina enfascados en la decoración de tartas con frutas escarchadas.

Marasi se quedó observando, apoyada en el quicio de la puerta, tamborileando en la libreta con el lapicero. Wayne, que se expresaba con una voz aguda y nasal y un acento indiscernible, parecía una persona completamente distinta. ¿Oriental, tal vez? El acento de algunas de las ciudades limítrofes de aquella zona era muy fuerte.

Los atribulados pinches, lejos de poner su autoridad en tela de juicio, se apresuraban a cumplir con sus indicaciones, soportando resignadamente su reprobación cada vez que probaba un caldo demasiado frío y los maldecía por incompetentes. Si se había fijado en Marasi, no dio muestras de ello; antes bien, se limpió las manos en un trapo y exigió ver la nueva remesa de víveres que los repartidores habían traído esa mañana.

La muchacha entró en la cocina un rato después, esquivando a una ayudante de cocina bajita que acarreaba una olla casi más grande que ella, y se acercó a Wayne.

—¡He visto lechugas más frescas en el cubo de la basura! —estaba diciéndole este a uno de los sufridos repartidores—. ¿Y me quieres colar estas uvas? ¡Pero si van a fermentar de un momento a otro de lo pasadas que están! Y... ah, hola, Marasi. —Esto último lo pronunció con su habitual jovialidad.

El repartidor aprovechó la ocasión para escabullirse.

—¿Qué haces? —preguntó la joven.

—Sopa —respondió Wayne, enseñándole un cucharón de madera. A su alrededor, varios de los ayudantes se quedaron petrificados, observándolo fijamente con expresión consternada—. ¡Largo de aquí! —añadió, recuperando su timbre de chef—. ¡Necesito tiempo para prepararme! ¡Fuera, zape, a correr!

El equipo de auxiliares de cocina se desbandó en todas direcciones, dejándolo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sabrás que el desayuno nupcial se ha cancelado —dijo Marasi, apoyándose en una de las mesas.

—Me consta.

—Entonces, ¿por qué...?

Dejó la frase inacabada flotando en el aire mientras Wayne se metía un pastel entero en la boca con una sonrisa.

—Te'ía que cherchorarme fe que no inchompleran zu promeza y ño preparazen nafa pa'a comer —farfulló mientras masticaba, con los labios salpicados de migas—. Hemos pagado por esto. Bueno, lo pagó Wax. Además, que se haya cancelado la boda no significa que no haya nada que celebrar, ¿no?

—Depende. —Marasi abrió su cuaderno de notas de golpe—. Alguien aflojó los pernos que estabilizaban el depósito de agua en su sitio, eso está claro. La carretera que pasa por debajo estaba sospechosamente desierta, después de que unos rufianes... procedentes de otro octante, cabría añadir..., detuvieran el tráfico protagonizando una trifulca en medio de la herrumbrosa calzada.

Wayne gruñó algo mientras rebuscaba en una de las alacenas.

—Esa libretita tuya a veces me da una rabia tremenda.

Marasi respondió con un gemido mientras cerraba los ojos.

—Alguien podría haber resultado herido, Wayne.

—Bueno, eso es falso. Alguien resultó herido. El gordínflón ese sin pelo.

Marasi se masajeó las sienes.

—¿Te das cuenta de que ahora soy alguacil, Wayne? No puedo hacer la vista gorda frente a un flagrante delito de menoscabo contra la propiedad pública.

—Venga ya, que no es para tanto —replicó Wayne, revolviendo aún el interior del armario—. Wax costeará las reparaciones.

—¿Y si hubiera habido heridos que lamentar? Heridos de veras, quiero decir.

Wayne continuaba enfrascado en su búsqueda.

—Los chicos se emocionaron. «Quiero ver esa iglesia inundada», les había dicho. La idea era que el cura llegase por la mañana y descubriera que las cañerías habían reventado y lo habían dejado todo como para dedicarse a la cría de ranas. Pero se ve que le pusieron demasiado entusiasmo, eso es todo.

—¿Qué «chicos»?

—Nada, unos amiguetes.

—Saboteadores.

—Qué va —dijo Wayne—. Pero si ni siquiera sabrían si eso se escribe con be o con uve.

—Wayne...

—Ya les he dado yo para el pelo, Marasi. Te lo aseguro, créeme.

—Se va a enterar. ¿Y qué harás entonces?

—Nah, te equivocas —dijo Wayne, extrayendo de la alacena por fin una jarra de cristal de gran tamaño—. Cuando de cosas como esta se trata, a Wax le cuesta enterarse de lo que pasa. En el fondo se alegrará de que se haya detenido la boda. Quizás acabe deduciendo que he sido yo, muy en su subconsciente, pero pagará por los daños sin importarle los consejos de su asesor. Y no dirá ni pío, ni investigará el caso siquiera. Espera y verás.

—No sé yo...

Wayne se encaramó de un salto a lo alto de la encimera y dio unas palmaditas en la superficie, a su lado. Tras observarlo durante unos instantes, Marasi exhaló un suspiro y se sentó junto a él.

El muchacho le ofreció la jarra.

—Eso es vino para cocinar, Wayne.

—Ya —dijo él—, en las tabernas no sirven más que cerveza a esta hora. Hay que echarle creatividad al asunto.

—Estoy segura de que podríamos encontrar algo más...

Wayne le pegó un buen trago al mejunje.

—Olvida lo que estaba diciendo —suspiró Marasi.

Wayne bajó la jarra, se quitó el gorro de chef y lo soltó sobre el aparador de la cocina.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado hoy, que andas tan quisquillosa? Pensaba que estarías dando gritos de alegría y correteando por ahí, recogiendo florecillas y eso. No va a casarse con ella. Hoy no, por lo menos. Todavía tienes una oportunidad.

—No quiero ninguna oportunidad, Wayne. Ya ha tomado su decisión.

—Pero, bueno, ¿qué forma de hablar es esa? —replicó él—. ¿Te rindes? ¿Se comportaría así la Guerrero de la Ascensión, eh?

—Pues no —dijo Marasi—. Lo que hizo ella en su momento fue acercarse al hombre que quería, arrancarle de un manotazo el libro que estaba estudiando y plantarle un beso en los labios.

—¡Toma ya, como tiene que ser!

—Por otra parte, otra cosa que hizo la Guerrero de la Ascensión fue ir y asesinar a la mujer con la que Elend planeaba casarse.

—Anda... ¿En serio?

—Pues sí.

—Qué truculencia —murmuró Wayne, en tono de aprobación, antes de pegarle otro trago a la jarra de vino para cocinar.

—Aún no has oído ni la mitad —dijo Marasi, apoyando las manos a su espalda para reclinarse en la encimera—. ¿Quieres truculencia? También le arrancó las tripas al lord Legislador, supuestamente. Lo he visto ilustrado en varios manuscritos iluminados.

—Qué gráfico para tratarse de una historia religiosa.

—Son todas por el estilo, de hecho. Sospecho que tienen que intercalar partes más jugosas para que la gente se lea el resto.

—Ja. —El muchacho parecía algo incrédulo.

—Wayne, ¿no te has leído nunca ningún texto religioso?

—Pues claro que sí.

—¿De veras?

—Que sí, muchas de las cosas que leo contienen citas religiosas. «Maldición.» «Infierno.» «Flatulento patán lameculos.»

Marasi se lo quedó mirando sin parpadear.

—Eso último sale en el Testimonio de Hammond. Palabra. Letra por letra, aunque quizás no en ese orden. —Otro trago. Wayne poseía una tolerancia al alcohol superior a la de cualquier otra persona que ella conociera. Circunstancia que se debía, claro está, al hecho de que podía sondear su mente de metal, quemar los efectos de la bebida en un abrir y cerrar de ojos, recuperarse... y volver a empezar—. Mira —continuó el muchacho—, lo que deberías hacer es lo siguiente. Sigue el ejemplo de lady Nacida de la Bruma. Mánchate las manos de sangre. No te amilanes. Debería ser tuyo, y tienes que conseguir que la gente se entere.

—¿Que... que me manche las manos de sangre?

—Ni más ni menos.

—Estamos hablando de mi hermana.

—Empieza con suavidad —dijo Wayne—. En plan, no sé, con una puñalada flojita de advertencia o algo por el estilo.

—No, gracias.

—Tampoco hace falta que te cargues a nadie, Marasi. —El muchacho bajó de la encimera de un salto—. Tómatelo en plan metafórico, si quieras, pero deberías luchar. No permitas que se case con ella.

Marasi echó la cabeza hacia atrás y contempló el juego de cucharones que se mecían sobre el aparador de la cocina.

—Yo no soy como la Guerrero de la Ascensión, Wayne. Ni me interesa serlo. No quiero estar con alguien a quien haya tenido que convencer para que se quede a mi lado, alguien maniatado y sumiso. Prefiero reservar mi faceta más agresiva para los tribunales y dejarla fuera de los asuntos de alcoba.

—Bueno, veamos, más de uno diría...

—Atención.

—... que esa es una forma excepcionalmente noble de enfocar todo este asunto.

—El muchacho pegó otro trago de vino.

—No soy ninguna damisela atormentada porque la hayan abandonado, Wayne. —Marasi se descubrió sonriendo en el reflejo distorsionado de uno de los cucharones—. No voy a quedarme sentada de brazos cruzados, suspirando y soñando con que alguien decida hacerme feliz. Ese camino no conduce a ninguna parte. Que se deba a una ausencia de afecto real por su parte o a mera cabezonería me trae sin cuidado. Por mi parte, yo ya he pasado página.

Se giró para mirar a los ojos a Wayne, que ladeó la cabeza.

—Hmm. Lo dices en serio, ¿verdad?

—Totalmente en serio.

—Conque ya has pasado página... ¡Herrumbres! No te creía capaz.

—Y, sin embargo, así es.

—Hmm. ¿Crees que...? ¿Debería...? Ya sabes... Ranette...

—Wayne, si hay alguien que debería aprender a captar las indirectas, ese eres tú. Sí. Reanuda tu vida. De verdad.

—No, si las indirectas las capto —le aseguró él, bebiendo otro poco de vino—. Lo que pasa es que luego no sé qué hacer con ellas. —Contempló la jarra—. ¿Estás segura?

—Tiene novia, Wayne.

—Solo es una fase —murmuró el muchacho—. Vale que le dura desde hace ya quince años, pero... —Dejó la jarra con un suspiro, rebuscó en la misma alacena de antes y sacó una botella de vino.

—Por el amor de Conservación, no me fastidies —dijo Marasi—. ¿Eso lleva ahí dentro todo este rato?

—Sabe mejor si antes te has tomado algo que sepa como el agua de fregar los platos. —Wayne descorchó la botella con los dientes (lo cual no dejaba de ser

impresionante, hubo de reconocer para sus adentros Marasi) y le sirvió una copa a ella primero—. ¿Por pasar página?

—Eso. Por pasar página. —Al levantar la copa, la muchacha vio que había alguien detrás de ella reflejado en el vino.

Se giró con un jadeo, buscando su bolso. Wayne se limitó a alzar su copa en dirección al recién llegado, que rodeó la encimera con paso lúgido. Se trataba del hombre del traje marrón y la pajarita. No, «el hombre» no. El kandra.

—Si has venido para convencerme a mí de que lo convenza a él —dijo Wayne—, deberías saber que nunca me hace caso a menos que esté borracho como una cuba. —Apuró el vino de un trago—. Lo cual explicaría que haya conseguido sobrevivir tanto tiempo.

—En realidad —replicó el kandra—, mi presencia aquí no se debe a ti. —Se volvió hacia Marasi e inclinó la cabeza—. El candidato principal para esta empresa ha rechazado mi propuesta. Espero que no la ofenda ser mi segunda elección.

—¿Qué quieres? —preguntó Marasi, cuyo corazón martilleaba desbocado en su pecho.

La sonrisa del kandra se ensanchó.

—Dígame, señorita Colms. ¿Qué sabe sobre la naturaleza de Investidura e Identidad?



Por lo menos Wax disponía de un conjunto de ropa que no estaba empapado: el traje que se había puesto para la redada. Se encontraba agradablemente seco por tanto, cuando su carrozón se detuvo frente a la Mansión Ladrian. Steris había optado por retirarse al hogar de su padre para reponer fuerzas.

Wax dejó a un lado el pasquín que estaba leyendo y esperó a que Cob, el nuevo cochero, bajara del pescante de un salto y abriese la puerta del carrozón. Los movimientos del hombrecillo denotaban un entusiasmo impostado, como si supiera que Wax solo utilizaba el vehículo para guardar las formas. Viajar hasta la mansión saltando de una línea de acero a otra habría sido más rápido, pero del mismo modo que un noble no podía ir a todas partes andando, excederse empujando contra el acero por toda la ciudad a plena luz del día sin la excusa de estar persiguiendo a algún delincuente ponía nerviosos a los miembros de su casa. Era algo sencillamente impropio del representante de una familia noble.

Wax le dio las gracias a Cob con un ademán y le entregó el noticiario. Una sonrisa iluminó las facciones del cochero; le encantaban esas publicaciones.

—Tienes el resto del día libre —anunció Wax—. Sé que te hacía ilusión aprovechar los festejos nupciales para tomarte un descanso.

Cob ensanchó todavía más su sonrisa, asintió vigorosamente con la cabeza y volvió a encaramarse a lo alto del carrozón para dejarlo, junto con los caballos, a buen recaudo antes de irse. Lo más probable era que se pasase el resto de la jornada en las carreras.

Con un suspiro, Wax emprendió el ascenso de la escalinata de la mansión. Esta era una de las más elegantes de la ciudad, construida con suntuosa piedra labrada y maderas nobles, rematada con sofisticados detalles de mármol. Todo lo cual no evitaba que fuese una prisión. Solo que extraordinariamente bonita.

En vez de entrar, se quedó un momento esperando antes de darse la vuelta y sentarse en los escalones. Con los ojos cerrados, se esforzó por asimilar todo cuanto había ocurrido.

Se le daba bien ocultar sus cicatrices. Ya había recibido casi una docena de disparos, y la gravedad que revistieron algunas de esas heridas era considerable. En los Áridos había aprendido a apretar los dientes y seguir siempre adelante, pasara lo que pasara.

Por otra parte, era como si por aquel entonces las cosas hubieran sido más simples. No necesariamente fáciles, pero sí más sencillas. Algunas cicatrices

continuaban produciéndole molestias. Se diría que estas no hacían sino empeorar con el paso del tiempo.

Se incorporó con un gemido, envaradas las piernas, y reanudó el ascenso de la escalinata. Nadie le abrió la puerta ni recogió su abrigo cuando entró. Conservaba un reducido equipo de sirvientes en la casa, pero solo los que consideraba imprescindibles. Con demasiados criados, estos murmurarían preocupados cada vez que hiciese algo por su cuenta. Como si la mera idea de que fuese capaz de valerse por sí solo les hiciera sentir prescindibles.

Wax frunció el ceño, extrajo a *Vindicación* de su funda y la levantó por encima de la cabeza. Algo lo había alertado, aunque no habría sabido precisar de qué se trataba. Quizá los pasos que se oían arriba, pese a haberles dado el día libre a las amas de llaves. O el poso de vino que contenía esa copa abandonada en una de las mesas de centro.

Sacó uno de los pequeños frasquitos que portaba en el cinturón y consumió su contenido: copos de acero suspendidos en whiskey. El metal, al arder, propagó una calidez familiar por su interior, irradiando desde su estómago, y unas líneas azules se materializaron de súbito a su alrededor. Lo acompañaron mientras avanzaba sigilosamente, como si un millar de hilos diminutos convergieran sobre él.

Dio un salto y empujó contra las incrustaciones del suelo de mármol, impulsándose por los aires para elevarse junto a las escaleras hasta el balcón de la segunda planta, ubicado sobre el majestuoso camino de entrada. Superó la barandilla sin contratiempos y aterrizó con el arma preparada en la mano. La puerta que comunicaba con su estudio se estremeció antes de abrirse.

Wax avanzó de puntillas.

—Un momento nada más, me... —El hombre del traje marrón se quedó paralizado al notar que la pistola de Wax se le clavaba en la sien.

—Tú.

—Le tengo cariño a este cráneo —comentó el kandra—. Antevergel del siglo VI, la cabeza perteneció a un comerciante de metales de Urteau cuya tumba fue trasladada y declarada protegida durante la reconstrucción de Armonía. Una antigüedad, por así decirlo. Como le haga un agujero, voy a tener que enfadarme.

—Ya te he dicho que no me interesa —gruñó amenazador Wax.

—Sí. Y me lo tomé muy en serio, lord Ladrian.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Soy un simple invitado. —El kandra levantó una mano, agarró el cañón de la pistola de Wax con dos dedos y lo apartó con delicadeza—. Necesitábamos conversar en alguna parte. Su socio me sugirió acudir aquí, habida cuenta de que la servidumbre ha recibido el día libre, o eso tengo entendido.

—¿Mi socio? —Oyó risas procedentes de otra habitación en ese momento—. Wayne. —Observó al kandra, suspiró y enfundó la pistola—. ¿Quién eres? ¿TenSoon?

—¿Yo? —se carcajeó el kandra—. ¿TenSoon? ¿Acaso ve que esté jadeando o algo por el estilo? —Riéndose aún por lo bajo, invitó por señas a Wax a ponerse cómodo en su propio estudio, como si estuviera dispensándole un trato de extraordinario favor—. Soy VenDell, de la sexta generación. Encantado de conocerle, lord Ladrian. Si tiene que dispararme, hágalo en la pierna izquierda, por favor. Por esos huesos no siento ningún cariño especial.

—No voy a dispararte —dijo Wax, apartando al kandra de un empujón para entrar en la sala. Las persianas bajadas y las recias cortinas corridas sumían el cuarto en una oscuridad casi absoluta, dispersada tan solo por las dos lamparillas eléctricas de nuevo diseño que había encendidas. ¿Por qué tanto secretismo? ¿Le preocupaba al kandra que alguien lo viera?

Wayne holgazaneaba en la butaca de Wax, con los pies apoyados en la mesa del mueble-bar, dando cuenta de una fuente de frutos secos. En la silla adyacente había una mujer lúgicamente estirada a su vez, ataviada con pantalones ceñidos y una blusa holgada, repantigada con los ojos cerrados y las manos enlazadas tras la cabeza. No lucía el mismo cuerpo que la última vez que Wax la había visto, pero tanto su actitud como su altura la señalaban sin lugar a dudas como MeLaan.

Al fondo de la habitación, Marasi se dedicaba a inspeccionar un equipo de curioso aspecto instalado en lo alto de un pedestal: una caja dotada de pequeñas lentes en la parte frontal. En cuanto lo vio, enderezó la espalda de golpe y (como no podía ocurrir de otra manera, tratándose de Marasi) se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

—Lamento muchísimo todo esto —dijo—. Íbamos a ir a hablar a mi piso, pero Wayne se empeñó...

—Necesitaba unas nueces —la interrumpió Wayne, masticando un puñado de frutos secos—. Cuando me invitaste a quedarme aquí, compañero, dijiste que estaba en mi casa.

—Sigo sin entender para qué necesitabais hablar en ninguna parte —replicó Wax—. Ya he dicho que no pensaba ayudar.

—Ciento —dijo VenDell desde el umbral de la habitación—. Puesto que usted no estaba disponible, me vi obligado a explorar otras opciones. Lady Colms ha tenido la amabilidad de escuchar mi propuesta.

—¿Marasi? ¿Acudiste a Marasi?

—¿Qué? —se extrañó VenDell—. ¿Tan sorprendente le parece? Representó un papel fundamental en la derrota de Miles Cienvidas. Por no hablar de su contribución durante los disturbios instigados por Paalm.

Wax clavó la mirada en el kandra.

—Intentas engatusarme con subterfugios, ¿verdad?

—Mira quién es un engreído insufrible —observó desde su silla MeLaan.

—Siempre lo ha sido —apostilló Wayne mientras partía una nuez—. Incluso prefiere comerse las uñas en vez de cortárselas, hasta ese punto se gusta a sí mismo.

Que lo he visto yo con estos ojitos.

—¿Tan ridículo te parece —inquirió Marasi— que alguien busque mi ayuda?

—Lo siento, no lo decía en ese sentido —replicó Wax, volviéndose hacia ella.

—Entonces, ¿en cuál?

—No lo sé, Marasi —suspiró Wax—. Ha sido un día muy largo. Me han disparado, me han tirado un depósito de agua encima de la cabeza y mi boda se ha ido al garete. Y, ahora, para colmo de males, Wayne está dejándome la butaca cubierta de trocitos de cáscaras. Francamente, creo que necesito un buen trago.

Se acercó al bar que había al fondo de la habitación. Marasi se quedó observándolo, y cuando se cruzó con ella, murmuró:

—¿Te importaría servirme otro también a mí? Porque todo esto me está dejando un poquito tarumba.

Wax sonrió mientras localizaba una botella de whiskey de malta, que usó para servir sendos vasos a Marasi y a él mismo. VenDell desapareció de la puerta, pero reapareció instantes después, en esta ocasión con un artilugio que acopló al extraño aparato del pedestal. Desde este, extendió un cable hasta una de las lámparas de la pared, cuya bombilla desenroscó y sujetó al extremo del cable.

Marcharse ahora sería una chiquillada, de modo que Wax se apoyó en la pared y se dedicó a degustar su whiskey, sin decir nada mientras VenDell encendía su máquina. Apareció una imagen en la pared.

Wax se quedó petrificado. Era como un cuadro, algo parecido a un evanotipo, solo que proyectado sobre la pared y de grandes dimensiones. Representaba el Campo del Renacimiento, en el centro de Elendel, donde se encontraban las tumbas de Vin y Elend Venture. No había visto nunca nada semejante a esa imagen. Parecía componerse por entero de luz.

Marasi contuvo el aliento.

Wayne le lanzó una nuez.

—¿Qué? —preguntó cuando los demás lo fulminaron con la mirada—. Quería comprobar si era real. —Tras un instante de vacilación, le lanzó otra nuez. Esta proyectó una sombra sobre la imagen, donde esta se movía entre el artefacto y la pared. Así que estaba hecha realmente de luz.

—Un proyector de imágenes —explicó VenDell—. Lo llaman evanoscopio. No me extrañaría nada que para el año que viene se hubiera convertido en algo de uso común. —Hizo una pausa—. Armonía dice que, si esto nos parece espectacular, cuando las imágenes empiecen a moverse se nos fundirán los metales.

—¿Moverse? —Wax dio un paso adelante—. ¿Cómo sería posible tal cosa?

—No lo sabemos —respondió MeLaan, haciendo una mueca—. Se le escapó por accidente, pero se niega a decir nada más.

—¿Cómo es posible —preguntó Marasi, sin apartar la vista de la imagen— que a Dios se le escape algo «por accidente»?

—Como ya he dicho antes —repuso VenDell—, últimamente tiene muchas

preocupaciones. Hemos intentado sonsacarlo acerca de las imágenes en movimiento, pero sin éxito, hasta la fecha. No es algo infrecuente. Según él, es fundamental que aprendamos a descubrir las cosas por nosotros mismos.

—Como el pollito que tiene que romper su cascarón —añadió MeLaan—. Dice que si no nos esforzamos y aprendemos a valernos por nuestra cuenta, no seremos lo bastante fuertes para sobrevivir a lo que se avecina.

Dejó sus palabras flotando en la estancia, ominosas, y Wax cruzó la mirada con Marasi.

—Caray... —musitó la muchacha, despacio—. Qué mal augurio. ¿Ha dicho algo más acerca de Trell?

Wax cruzó los brazos. Trell. Una deidad de los antiguos escritos, muy anterior al Catacendro; anterior incluso, de hecho, al lord Legislador. Armonía había memorizado su religión, con tantas otras, durante sus días como mortal.

Marasi estaba obsesionada con ese dios, y no sin motivo. Wax albergaba sus dudas sobre la veracidad de la teoría de la muchacha, según la cual el culto de Trell habría estado implicado en lo ocurrido con Lessie, pero lo cierto era que las púas que habían descubierto no parecían estar hechas de ningún metal conocido.

Púas confiscadas después por los kandra. En aquel momento Wax estaba tan sumido en su pena que, para cuando quiso empezar a recuperarse, ya se las habían llevado.

—No —declaró VenDell—. Y no poseo ninguna información nueva que esté relacionada con las púas, si es eso lo que os estáis preguntando. Pero esta misión que me gustaría encomendarle, señorita Colms, podría arrojar algo de luz sobre ese particular. Baste decir que nos preocupa la posible intromisión de otra deidad en este dominio.

—Eh —intervino MeLaan—, ¿qué tiene que hacer una chica para conseguir un poco de ese whiskey?

—Hermana —dijo VenDell mientras manipulaba una ruedecilla en la máquina, intensificando el brillo de la imagen—, recuerda que actúas en representación de Armonía y Su esplendor.

—Eso —dijo MeLaan—, y que estoy trágicamente sobria, además.

Sonrió en señal de agradecimiento cuando Wax le procuró un vaso.

—Eso es galantería —dijo MeLaan, levantando la bebida.

—Y manipulación —refunfuñó VenDell—. Señorita Colms, antes le he hablado de Investidura e Identidad. Prometí ofrecerle una explicación. Aquí está. —Accionó otro de los controles de la máquina, cambiando la imagen de la pared por una lista de metales feruquínicos, sus atributos y sus respectivas naturalezas. No se trataba de la representación estilizada y artística que Wax solía encontrarse en el saber popular, sino de algo menos vistoso pero mucho más detallado—. Las propiedades físicas elementales de la feruquimia no entrañan ningún misterio. —VenDell se adelantó y utilizó un largo junco a modo de puntero para señalar una sección de la tabla

proyectada—. La tradición y la herencia terrisanas llevan al menos quinientos años estudiándolas. Armonía dejó explicaciones detalladas en las Palabras de Instauración.

»Del mismo modo, se han perfilado, discutido, analizado y definido las propiedades del denominado cuadrante mental de la tabla. Nuestros conocimientos no llegan tan lejos en este caso... ignoramos por qué los recuerdos almacenados en una mente de metal se deterioran al extraerse de ella, o por qué sondear la velocidad del metal provoca que a uno le entre hambre, de entre todos los efectos secundarios posibles... pero, con todo y con eso, poseemos experiencia en abundancia sobre este particular.

Hizo una pausa antes de usar el puntero para trazar un círculo alrededor de uno de los grupos de metales, con sus propiedades especificadas al pie: Fortuna, Investidura, Identidad y Conexión. Wax se inclinó hacia delante. Habían hablado de ellas durante su año de estancia en la Aldea, pero solo como parte de los catequismos de feruquimia y fe terrisana. En ninguno de ellos se especificaba exactamente qué hacían esos poderes. Se consideraba que escapaban a toda comprensión, como Dios mismo, o el tiempo.

—Cromo —dijo VenDell—, nicrosil, aluminio, duralumín. Estos no son metales que conociera mucha gente en la antigüedad. Si se han extendido en los últimos tiempos es únicamente gracias a los procesos metalúrgicos más modernos.

—¿Extenderse? —acotó Wayne—. Amigo, con una sola bala de aluminio podría comprarte un traje menos ridículo que ese y me sobraría dinero para uno o dos sombreros.

—Aunque así sea —insistió VenDell—, comparado con la cantidad de aluminio que había en el mundo antes del Catacandro, lo cierto es que ese metal ahora es común. El refinado de bauxita y los procesos químicos contemporáneos nos han permitido acceder a metales que antes quedaban fuera de nuestro alcance. Recordemos que en la autobiografía del Último Obligador se explica cómo antes el aluminio se extraía del interior de los Montes de Ceniza.

Wax avanzó siguiendo el cono de luz que emanaba de la máquina.

—Entonces, ¿qué hacen?

—Estamos investigándolo —dijo VenDell—. Los ferrins con estas propiedades son muy muy raros, y solo en las últimas décadas hemos gozado de acceso suficiente a estos metales como para comenzar a experimentar. Reconstruir la sociedad ha sido un... arduo proceso.

—Ya estabais vivos entonces —dijo Marasi—. En los días de la Guerrero de la Ascensión.

VenDell se giró, enarcando las cejas.

—En efecto, aunque no llegué a conocerla. TenSoon fue el único.

—¿Cómo era la vida?

—Difícil —dijo VenDell—. Era... eso, difícil.

—Tenemos algunas lagunas en nuestra memoria —añadió en voz baja MeLaan—.

De cuando nos retiraron las púas. Cada una de ellas se llevó un trozo de nosotros. Hay cosas que no recuperaremos jamás.

Wax bebió un trago. Lo infundía a uno una sensación de gravidez al hablar con los kandra, al comprender que la mayoría de ellos ya tenían siglos de edad cuando el Mundo de Ceniza tocó a su fin. Estos seres eran muy antiguos. Quizá no debería sorprenderle tanto su presuntuosidad. Para ellos, él (cualquier otra persona con vida, de hecho) era poco más que un chiquillo.

—Identidad —dijo VenDell, proyectando una sombra sobre la imagen al golpear la pared con el juncos—. Lord Ladrian, ¿podría utilizar sus mentes de metal otro feruquimista?

—Por supuesto que no —respondió Wax—. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Por qué?

—Bueno, pues... porque no. Son mías.

La feruquimia era simple, elegante. Tras introducir un atributo (como el peso de Wax, o la salud y la facilidad para curarse de Wayne) en tu mente de metal durante una hora, más adelante se podía extraer ese mismo atributo por valor de una hora. O si no, podía extraerse un estallido de poder sumamente intenso que duraba tan solo un momento.

—La fuerza pura de la alomancia y la feruquimia —explicó VenDell— es algo que llamamos Investidura. Esta es muy importante, puesto que, en la feruquimia, la Investidura de un individuo en particular está vinculada específicamente a él. A lo que denominamos Identidad.

—Has despertado mi curiosidad —dijo Wax, contemplando la pared mientras VenDell regresaba con parsimonia junto a su máquina—. ¿Cómo se sabe algo así? ¿Mis mentes de metal... me «reconocen»?

—En cierto modo, así es —respondió VenDell, cambiando la imagen por otra en la que una feruquímica estaba sondeando la fuerza. Los músculos de la mujer habían multiplicado varias veces su tamaño normal para levantar un caballo por encima de su cabeza—. Todas las personas poseen un aspecto espiritual, una parte de sí que existe en otro reino distinto. Es lo que se podría calificar de alma. Vuestra Investidura está vinculada a vuestra alma... Quizá forme parte de ella, en realidad, tanto como la sangre forma parte de vuestro cuerpo.

—En tal caso —dijo Marasi—, si alguien consiguiera almacenar su Identidad, como hace Waxillium con su peso...

—Se quedaría sin ella temporalmente —concluyó VenDell—. Se convertiría en una hoja en blanco, por así decirlo.

—¿Y podría utilizar la mente de metal de cualquiera? —preguntó Marasi.

—Posiblemente —dijo VenDell, que pasó a proyectar una rápida sucesión de imágenes en las que varios feruquimistas ponían en práctica sus dones, hasta detenerse en la representación de un juego de brazaletes. Sencillas bandas metálicas, como aros muy anchos, diseñados para ceñir los brazos bajo la ropa. Resultaba

imposible distinguir el tipo de metal que los componía, sin color, pero lucían antiguas marcas terrisanas grabadas en la superficie—. Hay quienes han experimentado con esa idea y los resultados iniciales son prometedores. Sin embargo, aunque el hecho de que un feruquimista pueda usar las mentes de metal de otra persona resulta intrigante, en realidad tampoco es nada revolucionario. Nuestra sociedad está plagada de individuos que poseen habilidades extraordinarias... Esta podría ser una variedad más, solo eso. No, lo que me interesa es lo opuesto, señorita Colms. ¿Y si un feruquimista quisiera despojarse de toda su Identidad e infundir algún atributo en otra mente de metal? Fuerá, por ejemplo. ¿Cuál sería el resultado?

—¿Crearía una mente de metal sin vínculo —aventuró Marasi— a la que podría acceder otro feruquimista?

—Tal vez —dijo VenDell—. ¿O cabe otra posibilidad? La mayoría de la población viva en estos momentos posee al menos una gota de sangre feruquírica. ¿Sería descabellado pensar que una mente de metal como la antes descrita, sin vincular a ningún individuo en particular, podría ser utilizada por cualquiera?

La comprensión se asentó sobre Wax muy despacio, como un manto de acero fundido. Wayne silbó lentamente desde su asiento, junto al artefacto de las imágenes.

—Cualquiera podría convertirse en feruquimista —murmuró Wax.

VenDell asintió con la cabeza.

—La Investidura... la capacidad innata de quemar metales o sondar mentes de metal... es otra de las cosas que pueden almacenarse mediante la feruquimia. Lord Waxillium... estas son artes sobre las que aún sabemos muy poco. Pero los secretos que contienen podrían cambiar el mundo.

»En la antigüedad, el Último Emperador descubrió un metal que lo transformó en Nacido de la Bruma. Un metal que cualquiera podía quemar, cuentan. Esto apunta a una posibilidad oculta, algo menos espectacular, pero así y todo asombrosa. ¿Y si alguien pudiera manipular la Identidad y la Investidura para, de alguna manera, crear unos brazaletes que concediesen habilidades feruquínicas o alománticas a la persona que se los pusiera? Cualquiera podría convertirse en Nacido de la Bruma, o en feruquimista, o en las dos cosas a la vez.

El silencio se apoderó de la habitación.

En la cabeza de VenDell rebotó una nuez.

El kandra se giró de inmediato para fulminar a Wayne con la mirada.

—Lo siento —se disculpó el muchacho—. Es que me costaba creer que alguien pudiera ser tan melodramático, así que supuse que no eras real. Tenía que cerciorarme, ¿sabes?

VenDell se acarició la frente mientras exhalaba un resoplido de irritación.

—Todo esto es fascinante —reconoció Wax—. Pero, por desgracia, también es imposible.

—¿Y eso por qué? —preguntó el kandra.

—Ni siquiera sabéis cómo funcionaría algo así, o si podría llegar a funcionar

siquiera —dijo Wax, indicando la pantalla con un ademán—. Y aunque consiguierais averiguarlo, necesitarías un feruquimista absoluto. Alguien que poseyera al menos dos poderes feruquínicos, puesto que necesitaría ser capaz de almacenar su Identidad en una mente de metal junto con otro atributo feruquímicoo. ¡Herrumbres! Para hacer lo que sugerías antes y crear también alomantes, básicamente necesitarías a alguien que ya fuese Nacido de la Bruma y feruquimista absoluto.

—Eso es verdad —admitió VenDell.

—¿Y cuánto hace que no nace ningún feruquimista absoluto?

—Mucho, muchísimo tiempo. Pero ser feruquimista de nacimiento no es la única forma de conseguir algo así.

Wax titubeó e intercambió una mirada con Marasi. Cuando esta asintió con la cabeza, cruzó la habitación para retirar el panel de madera que ocultaba la caja fuerte disimulada en la pared. Introdujo la combinación adecuada y sacó el libro que le había dado Ojos de Hierro. Se giró, sosteniéndolo en alto.

—¿Hemalurgia? Armonía la odia. He leído todo lo que el lord Nacido de la Bruma tenía que decir al respecto.

—Sí —dijo VenDell—. La hemalurgia es... problemática.

—En parte porque no existiríamos sin ella —añadió MeLaan—. No es un conocimiento agradable... saber que alguien tuvo que ser asesinado para traerte a la vida.

—La creación de nuevos punzones es una práctica horrenda —convino VenDell—. No tenemos la menor intención de hacer nada por el estilo para experimentar con la Identidad. En vez de eso, esperamos. Tarde o temprano deberá nacer algún feruquimista absoluto, sobre todo ahora que la élite terrisana está esforzándose tanto por preservar y condensar sus linajes. Lamentablemente, nuestra... contención no será compartida por todos. Hay quienes ya están muy cerca de desentrañar el funcionamiento de todo esto.

«Mi tío», pensó Wax, contemplando el libro que sostenían sus dedos. Hasta donde llegaba su información, Edwarn (el hombre conocido como «míster Elegante») estaba intentando criar alomantes. ¿Qué haría con la hemalurgia si conociera su existencia?

—Es imprescindible que les llevemos algo de delantera a quienes podrían utilizar esto con fines perversos —continuó VenDell—. Debemos experimentar y determinar cómo funcionarían estas mentes de metal libres de Identidad.

—No estará exento de riesgos —le advirtió Wax—. Mezclar los poderes es extremadamente peligroso.

—Dijo el nacidoble —repuso MeLaan.

—Yo estoy a salvo —explicó Wax—, puesto que mis poderes no se combinan. Pertenecen a metales distintos.

—Es posible que no se combinen, lord Waxillium —dijo VenDell—, pero siguen siendo fascinantes. Cualquier mezcla de alomancia y feruquimia tendrá efectos imprevisibles.

—¿Por qué será —masculló Wax— que cada vez que abres la boca me dan ganas de volver a cerrártela a puñetazos, por muy útil que sea lo que estés diciendo?

—Muchos nos preguntamos lo mismo y ninguno hemos conseguido averiguarlo todavía —intervino MeLaan mientras avisaba a Wayne por señas para que le lanzara una nuez—. Es uno de los grandes misterios del cosmere.

—Bueno, bueno, lord Ladrian —replicó VenDell, levantando las manos—. ¿Es esa forma de dirigirse a quien tiene las manos de su ancestro?

—¿Sus... manos? Metafóricamente hablando, espero.

—Ah, no. Brisa me dijo que podía quedarme con ellas cuando muriera. Los metacarplos son extraordinarios. Acostumbro a sacarlos en ocasiones especiales.

Wax se quedó paralizado un momento, con el libro en la mano, esforzándose por digerir lo que acababa de decir el kandra. Su ancestro, el primer lord Ladrian, Consejero de los Dioses, le había dado sus manos a esa criatura.

En cierto modo, Wax le había estrechado la mano al cadáver de Brisa. Contempló fijamente su copa, le sorprendió encontrarla vacía y se sirvió otro trago de whiskey.

—Ha sido una lección muy ilustrativa —intervino Marasi—, pero con permiso, Su Santidad, todavía no me habéis explicado qué necesitáis de mí.

VenDell cambió la imagen por una ilustración. En ella aparecía un hombre de largos cabellos morenos que, con el torso desnudo, lucía una capa que ondeaba a su espalda hasta perderse de vista en la eternidad. Ceñían sus brazos cruzados unos intrincados brazaletes de llamativo diseño. Wax reconoció la iconografía, ya que no la imagen en particular. Rashek. El Primer Emperador.

Lord Legislador.

—¿Qué sabe usted de los Brazales de Duelo, señorita Colms? —preguntó VenDell.

—Eran las mentes de metal del lord Legislador —respondió Marasi, encogiéndose de hombros—. Reliquias mitológicas, como los cuchillos de lady Nacida de la Bruma o la Lanza de las Fuentes.

—Que nosotros sepamos —dijo VenDell—, son cuatro los individuos que han ostentado el poder de la Ascensión. Rashek, el Superviviente, la Guerrero de la Ascensión y lord Armonía. A este último la Ascensión le otorgó un conocimiento tan preciso como profundo de las artes metálicas. Cabe suponer que el lord Legislador obtuviera la misma información. Entendía la Identidad como una habilidad feruquírica y conocía los metales ocultos. Dio el aluminio a sus inquisidores, eso es de dominio público.

VenDell cambió la imagen por una ilustración más detallada de aquellos brazos ceñidos por bandas metálicas.

—Curiosamente, sin embargo, nadie sabe con exactitud qué ocurrió con los Brazales de Duelo. TenSoon aún no se había unido a la Guerrero de la Ascensión cuando cayó el lord Legislador, y aunque jura haberlos oído mencionados, las lagunas de su memoria le impiden precisar cómo o cuándo.

»La mitología que rodea a los brazaletes es muy abundante. Se pueden encontrar leyendas relacionadas con ellos que datan de antes del Catacandro, incluso, y seguro que hay alguien contando alguna nueva en la taberna de la esquina, inventándosela sobre la marcha para alborozo de quienes lo estén escuchando. Pero todas estas historias comparten un hilo conductor: supuestamente, quien posea los brazaletes del lord Legislador obtendrá también sus poderes.

—Fabulaciones —dijo Wax—. Un sueño comprensible al que aspirar y en torno al que tejer toda clase de cuentos, pero carente de fundamento.

—¿Seguro? —preguntó VenDell—. El folclor tradicional atribuye a los brazaletes el mismo poder cuya obtención la ciencia consideraba implausible hasta hace muy poco.

—Casualidad —insistió Wax—. Que pudiera haber creado algo no significa que llegase a hacerlo, del mismo modo que el hecho de que penséis que Identidad funciona como decís no significa que estéis en lo cierto. Además, es lógico suponer que los brazaletes se habrían destruido cuando Armonía reconstruyó el mundo. Por no mencionar la imprudencia que habría cometido el lord Legislador diseñando unas armas que cualquiera de sus adversarios podría haber utilizado contra él más adelante.

VenDell oprimió uno de los botones de la máquina, que les mostró otro evanotipo: un mural sobre la pared, en esta ocasión. Mostraba una habitación con un estrado con forma de pirámide truncada en el centro. Sobre este pedestal había una pareja de brazaletes de delicado metal recurvado, a modo de espirales.

Un mural, solo eso. Pero parecía estar enseñándoles los Brazales de Duelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Marasi.

—La imagen la tomó uno de nuestros hermanos —dijo MeLaan, enderezando la espalda en su silla—, un kandra llamado ReLuur.

—Los Brazales de Duelo le fascinaban —añadió VenDell—. ReLuur se ha pasado los últimos dos siglos persiguiéndolos. Hace poco regresó a Elendel con una cámara de evanotipos en la mochila y estas imágenes. —Pasó a la imagen siguiente, la cual mostraba una placa metálica de gran tamaño montada en una pared, inscrita con una serie de símbolos extraños.

Wax entornó los párpados.

—No conozco ese idioma.

—Nadie lo conoce —dijo VenDell—. Nos resulta totalmente extraño, ajeno a Terris, el Imperio o cualquier otro origen. Ni siquiera los antiguos lenguajes de los archivos de Armonía guardan el menor parecido con esta escritura.

Wax sintió un escalofrío mientras las imágenes se sucedían. Otra imagen de aquel idioma misterioso. Una estatua que se parecía al lord Legislador, armado con una larga lanza que daba la impresión de estar recubierta de escarcha. Otra perspectiva del mural, más detallada, en la que los brazaletes desvelaban estar compuestos de numerosos metales distintos entrelazados. No eran los brazaletes de un ferrin como

Wax, sino de un feroquímista absoluto.

Nada más que un mural, sí. Pero resultaba intrigante.

—ReLuur creía en los brazaletes —dijo VenDell—. Asegura haberlos visto, aunque su cámara no capturó ninguna imagen de las verdaderas reliquias. Me siento inclinado a creer sus palabras.

El kandra les mostró otra imagen, un mural distinto. En él aparecía un hombre en lo alto de una montaña, con las manos levantadas sobre la cabeza y una lanza resplandeciente flotando en el aire, casi al alcance de sus dedos. A sus pies yacía un cadáver. Wax avanzó, adentrándose en el chorro de luz hasta plantarse justo delante de la imagen, contemplando la porción que quedaba sin bloquear por su cuerpo. El rostro del hombre del mosaico tenía los ojos vueltos hacia arriba y los labios entreabiertos, como si le maravillara lo que acababa de hacer.

Los brazaletes le ceñían los brazos.

Wax se giró sobre los talones, pero bañado por el chorro de luz como estaba le resultaba imposible ver nada en el cuarto.

—¿Insinúas que vuestro hermano, este tal ReLuur, encontró los Brazales de Duelo?

—Encontró algo —dijo VenDell.

—¿Dónde?

—No lo sabe —respondió VenDell, en voz baja.

Wax salió de la luz, con el ceño fruncido. Miró a VenDell y después a MeLaan.

—¿Cómo?

—Le falta una púa —dijo MeLaan—. Suponemos que recibió algún tipo de agresión antes de que pudiera volver de las montañas colindantes con la zona meridional de los Áridos.

—No puede ofrecernos ninguna respuesta coherente —añadió VenDell—. Cuando un kandra pierde uno de sus punzones... en fin, deja de estar en sus cabales. Como usted bien sabe.

Wax se estremeció, sintiendo como si se abriera un abismo en su seno.

—Sí.

—Bueno, señorita Colms. —VenDell se apartó de su máquina—. Aquí es donde interviene usted. ReLuur era... es... uno de nuestros hermanos más destacados. Fruto de la tercera generación, explorador, experto en anatomía y un auténtico genio. Su pérdida constituiría un golpe tremendo para nosotros.

—No podemos reproducirnos —dijo MeLaan—. Nuestro número es fijo. Los de tercera generación como ReLuur... son nuestros padres, nuestro ejemplo a seguir. Nuestros líderes. Su valor es incalculable.

—Nos gustaría que recuperasen su púa —continuó VenDell—. De manos de quienquiera que se la haya quitado. Eso le devolvería la cordura y, con suerte, todos sus recuerdos.

—Cuanto más tiempo pase sin ella —añadió MeLaan—, mayores serán las

lagunas de su memoria.

—Quizás ahora entiendan nuestra preocupación —dijo VenDell—, y por qué consideré justificado abordar a lord Ladrian, interrumpiendo incluso lo que a todas luces era una ocasión importante. Cuando ReLuur regresó a nuestro lado le faltaba un brazo entero y la mitad del pecho. Aunque no quiera... o no pueda... hablar de dónde obtuvo estas imágenes, recuerda que lo atacaron en Nueva Seran. Creemos que alguien le tendió una emboscada mientras viajaba de regreso hacia aquí, y le robó los artefactos que había encontrado.

—Tienen su púa —masculló con voz tensa MeLaan—. Todavía está allí. Tiene que estarlo.

—Esperad, esperad —dijo Marasi—. ¿Por qué no le dais otra púa? Tenéis de sobra, incluso hacéis pendientes con ellas, como el que le disteis a Waxillium.

Los dos kandra la miraron como si se hubiese vuelto loca, aunque Wax no entendía por qué. La pregunta le parecía excelente.

—Malinterpretáis la naturaleza de estos punzones —poco menos que farfulló VenDell—. Para empezar, no tenemos bendiciones kandra «de sobra». Los pendientes a los que alude usted están hechos de antiguas púas de inquisidor y apenas si contienen un ápice de potencia real. Quizás uno de ellos fuese suficiente para que lord Waxillium realizara su pequeña proeza de hace seis meses, pero de ninguna manera bastaría para recomponer a un kandra.

—Eso —convino MeLaan—. Si tal cosa fuera posible, habríamos utilizado ya todos esos punzones para crear nuevos descendientes. Pero no lo es. La creación de una bendición kandra obedece siempre a un motivo muy específico.

—Ciento es que en cierta ocasión intentamos hacer algo parecido a lo que usted sugiere —reconoció VenDell—. TenSoon... renunció a una de sus púas para que nuestro hermano caído gozara de unos instantes de lucidez. Fue muy doloroso para TenSoon, y... por desgracia... no consiguió nada. ReLuur no hacía más que gritar, implorando que le devolvieran su púa. Escupió la de TenSoon un momento después. Intentar usar los punzones de otro kandra en ausencia de los propios puede provocar cambios radicales en la personalidad, la memoria y el temperamento.

—Lessie —murmuró Wax con voz ronca—. Ella... ella cambiaba de púas con asiduidad.

—Y cada uno de aquellos punzones estaba diseñado específicamente para ella —le recordó VenDell—. Ningún otro kandra los había utilizado antes. Al margen de eso, ¿la calificaría usted de particularmente estable, lord Waxillium? Confíe en nosotros; hemos hecho todo cuanto está en nuestra mano. Aquí, al menos.

»MeLaan viajará a Nueva Seran para investigar y recuperar la púa ausente de ReLuur. Señorita Colms, nos gustaría pedirle que se una a ella y nos ayude a recuperar la mente de nuestro hermano. Podemos interceder ante sus superiores en la comisaría y asegurarnos de que se le asignen labores de campo en representación del gobierno, actuando de forma encubierta. Si consigue restaurar el punzón de ReLuur,

averiguaremos las respuestas que necesitamos.

VenDell miró a Wax.

—Esta no es la búsqueda imposible de un artefacto inexistente. Lo único que queremos es recuperar a nuestro amigo. Por supuesto, les agradeceremos cualquier pista que encuentren relacionada con el lugar al que lo condujeron sus investigaciones y dónde obtuvo estas imágenes. Hay algunas personalidades de interés en Nueva Seran, nobles con los que ReLuur está obsesionado por razones que no somos capaces de sonsacarle.

Wax dedicó unos últimos instantes a analizar la última imagen. Era tentador. Los artefactos místicos estaban muy bien, pero ¿que alguien atacara y dejase tan malherido a uno de los Inmortales Sin Rostro? Eso sí que resultaba intrigante.

—Iré —dijo Marasi, a su espalda—. Lo haré. Pero... no me vendría mal algo de ayuda. ¿Waxillium?

Una parte de él ansiaba sumarse a la empresa. Escapar de las fiestas y los bailes, de los politiqueos y las reuniones de negocios. Los kandra lo sabían, al igual que Armonía.

La idea reavivó los rescoldos de la ira en el fondo de su ser. Había seguido la pista de Lessie, y nadie le había avisado.

—Me parece el desafío perfecto para tus habilidades, Marasi —se descubrió diciendo—. No creo que me necesites. Te considero perfectamente capaz y me siento como un memo por haber insinuado lo contrario, aunque fuese accidentalmente. Si deseas compañía, no obstante, quizá Wayne estaría dispuesto a proporcionarte algo de protección extra. Me temo que yo, sin embargo, debo...

La imagen de la pared cambió a la representación de una ciudad con majestuosos saltos de agua. ¿Nueva Seran? Nunca había estado allí. Las calles estaban cubiertas de vegetación, y la gente paseaba ataviada con trajes marrones de rayas y vaporosos vestidos blancos.

—Ah, se me olvidaba —dijo VenDell—. Había otra imagen entre las pertenencias de ReLuur. Fue la última que descubrimos, puesto que las otras estaban meticulosamente guardadas, a la espera de revelarse. Sospechamos que esta se sacó en Nueva Seran, justo antes del ataque.

—¿Y por qué debería importarme? —preguntó Wax—. Me...

Dejó la frase inacabada, flotando en el aire, atenazado por una sorpresa paralizante al reconocer a una de las personas que salían en la imagen. Volvió a adentrarse en el chorro de luz, presionando la mano contra la pared en un intento infructuoso por tocar la proyección.

—Imposible.

Estaba entre dos hombres que le sujetaban los brazos con firmeza, como si estuvieran obligándola a caminar contra su voluntad. Apresándola a plena luz del día. Había mirado hacia atrás de reojo por encima del hombro, hacia la cámara, en el momento en que se tomaba el evanotipo. Debía de tratarse de uno de aquellos

modelos nuevos de los que Wax había oído hablar, los cuales no requerían que el sujeto permaneciese quieto para que se fijara la imagen.

La mujer, que contaba unos cuarenta años de edad, era esbelta pero fornida, y sus largos cabellos oscuros enmarcaban unas facciones que Wax, pese a los años transcurridos desde la última que se vieran, conocía muy bien.

Telsin. Su hermana.



Dos horas después de aquella extraña reunión, Wayne se dedicaba a registrar la mansión de Wax, explorando detrás de los cuadros y debajo de los jarrones. ¿Dónde guardaría el material de calidad?

—Es ella, Steris —estaba diciendo Wax no muy lejos de allí, en la salita de la planta baja—. Y ese hombre que está de espaldas, sujetándola por el brazo, podría ser mi tío. Están metidos en esto. Tengo que ir.

A Wayne siempre le había hecho gracia la forma que tenían los ricos de decidir qué tenía valor y qué no. Inspeccionó el marco de un cuadro que, casi con toda seguridad, era de oro macizo. ¿Por qué le gustaba tanto a la gente esa substancia brillosa? El oro servía para hacer alguna que otra cosa divertida con la feruquimia, pero para la alomancia era una verdadera basura.

En fin, a los ricos les gustaba. Pagaban mucho dinero por él, así que tenía valor para ellos. No había ningún otro motivo.

¿Cómo decidían qué era valioso? ¿Se reunirían todos, se sentarían con sus trajes y sus vestidos y dirían: «Huy, vamos a empezar a comer huevas de pescado y les vamos a poner un precio prohibitivo. Verás cómo se les funde el cerebro, garantizado»? Seguro que después se carcajeaban a mandíbula batiente, como hacen los ricos, y subían a la azotea con sus criados para despeñarlos uno por uno y ver las manchas que dejaban al estamparse contra el suelo.

Wayne dejó el cuadro en su sitio. Se negaba a jugar según las reglas de los ricos. Él decidía por sí mismo qué tenía valor y qué no. Y ese marco era un espanto. Tampoco contribuía a arreglarlo el hecho de que las primas de Steris, retratadas en el evanotipo, tuviesen cara de pez.

—En tal caso, lord Waxillium —dijo Steris—, deberías ir. ¿A qué viene tanta preocupación? Podemos organizarlo y aplazar cualquier otro compromiso.

—¡Es algo que me saca de quicio, Steris! —Incluso desde el pasillo, Wayne detectó el «estoy dando vueltas de aquí para allá mientras hablo» que denotaba su tono—. Ni una palabra de disculpa por parte de ellos o de Armonía, después de lo que me hicieron. VenDell hizo un comentario de pasada... refiriéndose a mis disparos contra Lessie como «pequeña proeza». Me utilizaron. A su equivocada manera, Lessie solo intentaba liberarme de ellos. Ahora reaparecen pavoneándose, no se dignan mencionar mi pérdida y esperan que me apresure a hacer las maletas y vuelva a acatar sus órdenes.

Pobre Wax. Estaba que se subía por las paredes, vaya que sí. Y Wayne entendía

por qué. Así y todo, ¿una disculpa? ¿Esperaba disculpas de Dios la gente que perecía ahogada en una inundación? Dios hacía lo que le daba la gana. Uno solo podía esperar no cruzarse en Su camino. Era un poco como el portero del club aquel, el que tenía una hermana tan guapa.

Armonía no era la única deidad que pululaba por ahí, en cualquier caso. A eso se aferraba Wayne hoy en día.

—Tengo que ir —continuó Wax, bajando la voz, después de que el silencio se prolongara durante unos instantes—. Incluso después de lo que hicieron, si mi tío está implicado en esto realmente... si puedo liberar a Telsin... tengo que ir. La élite política de las ciudades exteriores se reunirá en Nueva Seran mañana por la noche. El gobernador Aradel está preocupado, con razón, e iba a enviar un representante de todas maneras. Eso me proporciona una excusa plausible para estar en la ciudad. Marasi puede buscar la púa desaparecida; yo seguiré la pista a mi tío.

—Decidido, en tal caso —dijo Steris—. ¿Cuándo nos vamos?

Wax se quedó callado un momento.

—¿«Nos»?

—Daba por sentado... quiero decir, si vas a llevarte a mi hermana, quedaría raro que yo no os acompañara. —A Wayne le dio la impresión de que podía oírse el rubor en su voz—. Tampoco quiero pecar de presuntuosa. Puedes hacer lo que te plazca, desde luego, pero...

—No —la interrumpió Wax—. Tienes razón. Llamaría la atención yendo solo. La reunión incluirá una recepción, al fin y al cabo. No me gustaría dar a entender que... quiero decir...

—Aunque te acompañe, me quedaré al margen.

—Podría ser peligroso. No quiero que te sientas obligada a hacer nada.

—Si esto es lo que debes hacer, aceptaré el riesgo de mil amores.

—Me...

Herrumbres. A uno se le podría escapar un cuesco en la iglesia y seguiría pasando menos vergüenza que esa pareja. Wayne sacudió la cabeza mientras levantaba uno de los jarrones del recibidor. Bonita cerámica, con un agradable diseño arremolinado. Podría servir como ofrenda.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos, y Wayne volvió a dejar la vasija en su sitio. No terminaba de convencerlo. Se llevó una de las flores, no obstante, y dejó a cambio uno de los calcetines de sobra que guardaba en el bolsillo de atrás. Vaya. Había unos cubiertos de plata en el otro bolsillo. ¿Del desayuno nupcial? Claro, eso era. Le habían reservado un juego completo, con su nombre y todo. Lo cual significaba que le pertenecían.

Volvió a guardarse el tenedor, el cuchillo y la cuchara en el bolsillo, se puso la flor en la oreja y se encaminó a la puerta, a la que llegó justo antes que el mayordomo. Tras lanzarle una mirada iracunda (solo era cuestión de tiempo que aquel hombre sucumbiese a sus instintos asesinos e intentase matarlos a todos), tiró

de la manilla.

En el umbral apareció el kandra aquel, cuyo traje marrón parecía ligeramente más claro esta vez.

—Tú —dijo Wayne, señalándolo con el dedo—. ¡Pero si acabamos de librarnos de ti! —Solo habían transcurrido... ¿qué, dos horas desde que se marchara?

—Buenas tardes, jovencito —lo saludó el kandra—. ¿Están los adultos en casa?

Darriance apartó a Wayne con un educado empujón e invitó a VenDell a pasar con un ademán.

—Lo están esperando, caballero.

—¿En serio? —preguntó Wayne.

—El amo Ladrian me ha encargado que lo invite a ponerse cómodo —continuó el mayordomo, apuntando en dirección a la sala de estar.

—Gracias —dijo VenDell, dirigiéndose con paso vivo a la habitación indicada.

Wayne se apresuró a darle alcance de una zancada.

—Bonita flor —observó el kandra—. ¿Puedo quedarme con tu esqueleto cuando te mueras?

—Con mi... —Wayne se palpó la cabeza.

—Eres hacedor de sangre, ¿correcto? Te puedes curar a ti mismo. Los huesos de los hacedores revisten un interés especial, dado que el tiempo que pasáis enfermos y debilitados provoca unas alteraciones de lo más peculiar en vuestros huesos y articulaciones. Me encantaría poseer tu esqueleto. Si a ti no te importa.

En apariencia escandalizado ante aquella petición tan inusitada, Wayne se quedó clavado en el sitio. A continuación, adelantó corriendo a su interlocutor e irrumpió en la sala en la que Steris y Wax estaban hablando.

—Wax —protestó enfurruñado, apuntando con el dedo a su espalda—, el fulano inmortal este está poniéndome los pelos de punta otra vez.

—Saludos, lord Ladrian —dijo VenDell, sosteniendo en alto una carpeta mientras entraba—. Sus billetes, junto con las transcripciones de todo cuanto hemos podido sonsacarle a ReLuur. Le advierto que, por lo general, su coherencia deja bastante que desear.

Wayne observó el mueble bar de Wax de soslayo. Quizás allí dentro encontrase la ofrenda que necesitaba.

—Aún no he dicho que vaya a aceptar —replicó Wax—. Estáis empujándome a esto, como una oveja al corral.

—Sí —se limitó a decir el inmortal. Volvió a ofrecerle la carpeta—. Aquí dentro encontrará una lista con todas las personas que ha mencionado ReLuur. Le interesará saber que varios nombres de la lista, entre ellos el de la mujer que celebra la fiesta a la que usted va a asistir, han interaccionado con su tío de una forma u otra.

Wax aceptó la documentación con un suspiro y señaló a Steris, que se había levantado para hacer una reverencia.

—Mi prometida. Estábamos debatiendo sobre si debería acompañarme o no.

—Hemos dispuesto preparativos para cualquiera que sea la decisión que tomen — le aseguró VenDell—. Aunque despertará menos sospechas si va usted también, señorita Harms, no puedo garantizarle su seguridad.

—Lo más práctico sería que nos acompañaras tú, VenDell —dijo Wax—. Nos vendría bien tener un nacido del metal extra.

Los ojos del kandra amenazaron con salirse de sus órbitas mientras palidecía, como si acabaran de informarle de que el bebé que estaba esperando iba a nacer con una nariz de más en la cara.

—¿Salir al campo? ¡Yo!? No sabe lo que dice, lord Ladrian, se lo aseguro.

—¿Por qué no? —Wax apoyó la espalda en la pared—. Eres prácticamente imposible de matar y puedes cambiar tu herrumbrosa forma por la que se te antoje.

—Espera —dijo Wayne, apartándose del mueble bar—. ¿Te puedes convertir en cualquier cosa? ¿En un conejito, por ejemplo?

—Transformarse en animales de pequeño tamaño es extraordinariamente complicado, puesto que necesitamos un mínimo de masa para albergar nuestras funciones cognitivas y...

—Conejito —insistió Wayne—. Que si te puedes convertir en un conejito.

—Si fuese absolutamente imprescindible...

—Así que de eso iba el dichoso libro.

VenDell exhaló un suspiro y se volvió hacia Wax.

—MeLaan puede realizar todas las transformaciones que necesiten. Yo respeto el Primer Contrato, lord Ladrian. Además, el exterior no casa conmigo. Hay demasiado... —Comenzó a hacer aspavientos.

—¿Demasiado qué? —preguntó Wax, frunciendo el ceño.

—Demasiado de todo —respondió VenDell, al cabo, aunque a Wayne no se le pasó por alto que el herrumbroso conejito lo miraba de reojo cuando lo dijo.

Wayne sacudió la cabeza mientras probaba a abrir la puerta del mueble bar. Estaba cerrada con llave, por desgracia. Valiente montón de confianza depositaba en él Wax.

—Mi hermana se reunirá con ustedes en la estación —continuó VenDell—. Andén diecisiete, dentro de cuatro horas.

—¡Cuatro horas!? —exclamó Steris—. ¡Todavía tengo que avisar a las doncellas! ¡Y al ayuda de cámara! Y... —Se llevó una mano a la frente, como si amenazara con desmayarse—. Y necesito elaborar una lista.

—Allí estaremos, VenDell —dijo Wax.

—Excelente —celebró el kandra, mientras rebuscaba en uno de sus bolsillos. El interés de Wayne se avivó, hasta que VenDell sacó un pendiente de aspecto viejo y ajado, tan sencillo como anticuado—. Le he traído esto.

—No, gracias.

—Pero, si necesita...

—Que no —lo interrumpió Wax—. Gracias.

Se sostuvieron la mirada hasta que la situación acabó volviéndose realmente incómoda, como si cada uno de ellos estuviera culpando al otro de algún tipo de sutil mal olor que solo ellos fuesen capaces de percibir.

—Bueno, bueno —dijo Wayne, escabulléndose en dirección a la puerta—. Os veré a todos en la estación.

—¿No vas a hacer la maleta? —le preguntó Steris.

—Tengo el petate en mi cuarto —contestó Wayne—. Bajo la cama. Siempre estoy listo para salir pitando, amiga. Nunca se sabe cuándo va a surgir el próximo malentendido. —Giró sobre los talones, recogió su sombrero de la percha, se lo caló en la cabeza y salió por la puerta principal como una exhalación.

Allá ellos con sus intrigas, sus discusiones y sus inquietantes conejitos inmortales. A él le quedaban cosas que hacer. En fin... una, por lo menos.

Wayne tenía una misión.

Bajó los escalones con paso alegre, silbando. Una tonada sencilla, básica y familiar, con un acompañamiento rítmico resonando en su mente. Ba-bum, ba-bum, ba-bum. Enérgica y vivaz. Llegó a la calle caminando con parsimonia, pero descubrió que su flor le gustaba cada vez menos. No era la ofrenda indicada para la divinidad con la que debía reunirse. Demasiado blanda y evidente.

Le dio vueltas entre los dedos, pensativo, sin dejar de silbar su tonada. No se le ocurría nada mejor. Esta zona era demasiado elegante, con sus mansiones, sus jardines y sus esmerados podadores de setos. Las calles ni siquiera oían a estiércol. Costaba reflexionar en un sitio así; todo el mundo sabía que la inspiración aguardaba en los callejones y en los arrabales. Sitios en los que el cerebro debía permanecer alerta, incluso en vilo. Sitios donde el muy desgraciado sabía que, como no espabilara y agudizase el ingenio, lo más probable era que alguien acabara pegándote una puñalada. Y a saber dónde, encima.

Había que convertir al cerebro en rehén para protegerlo de su propia estupidez, así se hacían las cosas. Wayne encaminó sus pasos hasta la orilla de uno de los canales cercanos y buscó un gondolero que tuviese cara de estar aburrido.

—Por favor, amigo —murmuró para sí—. Por favor, amigo.

Sí, eso era. Tenía que hablar como si le costase respirar para conseguir ese acento tan atildado del primer octante, con unas gotitas de Terris. El acento de la gente con dinero. Con mucho dinero.

—¡Oye, barquero! —exclamó de repente Wayne, agitando los brazos—. ¡Oye! ¡Venga, date prisa, que no tengo tiempo!

El gondolero acercó su embarcación a la orilla.

—¡Vamos, más rápido! ¡Por favor, amigo, deprisa! —insistió Wayne—. Dime. ¿Cuánto por toda la jornada?

—¿Por toda la jornada? —se extrañó el gondolero.

—Sí, eso he dicho. —Wayne montó en la barca de un salto—. Necesitaré que me prestes tus servicios durante el día entero. —Se puso cómodo sin aguardar respuesta

—. Venga, adelante. Canal cuarto arriba, hasta el quinto, gira a la derecha para rodear el Eje y pon rumbo al este, hacia la Puerta de Hierro. La primera parada será en el tercer octante. Ella cuenta conmigo, ¿sabes?

—El día entero —musitó el gondolero, entusiasmado—. Sí, señor, esto... lord...

—Ladrian —dijo Wayne—. Waxillium Ladrian. No veo que nos estemos moviendo. ¿Qué hacemos parados?

El gondolero hundió su pértiga en el agua, tan complacido con la idea de disfrutar de tantas horas de empleo seguidas que se le olvidó solicitar al menos un adelanto.

—Cincuenta —anunció el hombre momentos después.

—¿Hmm?

—Cincuenta. Por toda la jornada.

—Claro, sí, estupendo —replicó Wayne, mientras para sus adentros refunfuñaba: «Cochino usurero. ¿Conque intentando timar a un honrado ciudadano, y representante de su noble casa, además, tan solo porque aparenta estar un poquito distraído?» ¿Adónde se dirigía este mundo? Cuando el representante de su casa era el abuelo Ladrian, la gente sabía portarse con el debido respeto. ¡En aquellos tiempos un barquero habría preferido tirarse de cabeza al canal antes de cobrar un ardite más de lo debido!

—Si me perdoná la pregunta, mi señor —dijo el barquero—. Y no se ofenda, pero... su atuendo...

—¿Sí? —Wayne se alisó el abrigo de los Áridos.

—¿Le pasa algo?

—¿«Algo»? —replicó Wayne, imprimiéndole tal carga de noble indignación a su acento que prácticamente se podría palpar—. ¿Que si «le pasa algo»? Amigo, pero ¿tú sabes algo de moda?

—Pues...

—¡El mismísimo Thomton Delacour ha diseñado este atuendo! —continuó Wayne—. Inspirándose para ello en las últimas tendencias de las regiones septentrionales. ¡Es el culmen de la elegancia! El culmen, te digo. ¡Está tan por encima de todo que ni un lanzamonedas podría llegar a su altura!

—Lo siento. Discúlpeme, mi señor. ¡Le dije que no se ofendiera!

—¡Pero es que no puedes pedirme que no me ofenda y a continuación soltarme algo tan ofensivo, amigo! Así no funcionan las cosas. —Wayne se recostó en su asiento y cruzó los brazos.

El barquero, prudentemente, no volvió a dirigirle la palabra. Transcurridos alrededor de diez minutos de travesía, llegó el momento de iniciar la segunda fase del plan.

—Bueno —murmuró Wayne, como si estuviera pensando en voz alta—, habrá que parar en los muelles de Punta Espejeo. Y después nos daremos una vuelta por el Cinturón de Stansel.

Dejó que su acento cambiara, adoptando un sutil dejo de los Nudos, un barrio

bajo. Apagado y sin gracia, como si tuviera la boca llena de algodón. Allí la gente utilizaba la expresión «dar una vuelta» prácticamente para todo. Era algo muy característico. Dar una vuelta... Según cómo se dijera, podía tener incluso connotaciones obscenas.

—Esto... ¿Mi señor?

—¿Hmm? —dijo Wayne—. Oh, es que tengo que hacer unos recados, eso es todo. Se casa mi sobrino... Quizás hayas oído hablar de la boda, es la comidilla de toda la ciudad. Tantos asuntos pendientes... Voy a tener que dar muchas vueltas hoy, ya lo creo.

La entonación tenía algo de rufianesca, pero nada más que un matiz, como el regusto a limón de los buenos ponches calientes. Lo barrió bajo el manto de su fingido acento de noble cuna.

El barquero daba muestras de estar empezando a sentirse incómodo.

—¿El Cinturón de Stansel, ha dicho? No es una zona recomendable.

—Tengo que contratar mano de obra —respondió Wayne, distraído.

El gondolero continuó impulsando la embarcación con su pértiga, pero ya se había puesto inconfundiblemente nervioso. Tamborileaba con el pie en el suelo, remaba cada vez más deprisa y hacía oídos sordos a los saludos de los colegas con los que se cruzaba. Algo olía mal. Como una empanada de carne que llevase días escondida bajo el sofá. ¿Toda una jornada de trabajo? ¿A cambio de una suma astronómica? Podría ser una trampa. Quizás aquel individuo estuviera fingiendo ser un noble con la intención de conducirlo a los arrabales para que lo atracaran...

—¡Mi señor! —exclamó de repente el barquero—. Acabo de caer en la cuenta... Debería volver. No me puedo ausentar el día entero. Mi madre podría necesitarme.

—¿Qué monsergas son estas? —preguntó Wayne, indignado—. ¡No tengo tiempo para majaderías, amigo? Perdería un tiempo precioso buscando otra barca. Te pagaré el doble.

El nerviosismo del hombre se intensificó.

—Lo siento, mi señor —dijo, remando en dirección a la pared del canal—. Lo siento en el alma. No puedo.

—Llévame por lo menos a Stansel...

—¡Que no! —chilló el hombre—. No, no puedo hacerlo. Me tengo que ir.

—Increíble —refunfuñó Wayne mientras desembarcaba—. ¡No había sufrido semejante desaire en mi vida! ¡Ni siquiera hemos cubierto la mitad del trayecto!

—¡Lo siento, mi señor! —repitió el hombre, alejándose de la orilla tan deprisa como era capaz de manejar la pértiga—. ¡Lo siento de veras!

Wayne se ladeó el sombrero y sonrió de oreja a oreja mientras leía el cartel que colgaba de la farola bajo la cual se encontraba. Lo había dejado justo donde quería, y sin pagar ni un recorte. Empezó a silbar mientras caminaba siguiendo el canal, atento por si encontraba alguna ofrenda mejor. ¿Qué le gustaría a su divinidad?

«¿A lo mejor eso?», se preguntó al ver la cola de personas que había ante la

carreta del Viejo Dent, esperando para comprar uno de sus cucuruchos de patatas fritas. Parecía una apuesta segura.

Wayne se acercó al puesto ambulante.

—¿Necesitas que te eche una mano, Dent?

El anciano levantó la cabeza y se enjugó la frente.

—Cinco recortes el cucuricho pequeño, Wayne, ocho por el grande. Y no te comas la mercancía o te frío los dedos.

Wayne sonrió y se colocó detrás de la carreta mientras el hombre volvía a concentrarse en su brasero y removía las patatas que estabariendo. Wayne se dedicó a aceptar el dinero de los clientes (sin probar apenas la mercancía) hasta que llegó el último de la cola, un fulano de aspecto atildado que llevaba puesta una chaqueta de portero. Seguramente trabajaba en alguno de los hoteles de la avenida. En esos sitios dejaban buenas propinas.

—Tres raciones —le pidió el hombre—, de las grandes.

Wayne sirvió las patatas, recogió el dinero y titubeó.

—Ya puestos —dijo, sosteniendo en alto un billete—, ¿no tienes cambio? Nos dan demasiados de los gordos.

—Supongo que sí. —El hombre hurgó en su elegante cartera de piel de anguila.

—Estupendo, ahí van los veinte.

—Tengo dos de cinco y diez de uno —dijo el hombre, soltando el cambio encima de la carreta.

—Gracias. —Wayne guardó el dinero, pero volvió a vacilar—. Aunque, ahora que lo pienso, tengo unos de sobra. ¿Podrías darme esa de diez que he visto en tu cartera?

—Bueno.

Wayne le entregó un puñado de monedas y se quedó los diez.

—Oye —dijo el hombre—, que aquí solo hay siete.

—¡Ooops!

—¿Qué estás haciendo, Wayne? —preguntó el Viejo Dent—. Tienes más cambio en ese cajetín de ahí abajo.

—¿En serio? —Wayne echó un vistazo de reojo—. ¡Herrumbres! Vale, ¿por qué no me devuelves entonces los veinte? —Contó trece de vuelta para el hombre y le dejó un puñado de monedas y billetes en la palma de la mano.

El hombre suspiró mientras le daba los veinte.

—¿Te importaría echarme un poco de salsa?

—Claro, cómo no. —Wayne exprimió un chorretón en cada cucuricho, junto a las patatas—. Bonita cartera. ¿Cuánto pides por ella?

El hombre titubeó, mirando su monedero.

—Te doy esto a cambio. —Wayne se quitó la flor de detrás de la oreja y se la ofreció junto con un billete de diez.

El hombre se encogió de hombros antes de entregarle la cartera vacía, cogió el

billete y se lo guardó en el bolsillo. Dejó la flor tirada en el suelo.

—Cretino —masculló mientras se alejaba con sus patatas.

Wayne lanzó la cartera al aire y la atrapó al vuelo.

—¿Le has dado cambio de menos a ese hombre, Wayne? —preguntó el Viejo Dent.

—¿Cómo dices?

—Conseguiste que te diera cincuenta y le has devuelto cuarenta.

—¿Qué? —Wayne se guardó la cartera en el bolsillo de atrás—. Ya sabes que me cuesta echar cuentas con cifras tan grandes, Dent. Además, al final le di diez de más.

—Por la cartera.

—Qué va. La flor era a cambio de la cartera. El billete se lo he dado porque, no sé cómo, acabé con uno extra de diez totalmente por casualidad, inocente de mí. —Wayne sonrió, agarró un cucuricho de patatas fritas y se alejó con paso despreocupado.

La cartera era preciosa. A su divinidad iba a gustarle. Todo el mundo necesitaba una, ¿verdad? La sacó y la abrió y volvió a cerrar repetidamente, hasta que se percató de que tenía un lateral desgastado.

Herrumbres. ¡Lo habían timado! Esto no tendría ningún valor como ofrenda. Sacudió la cabeza mientras recorría el paseo del canal. Había un par de pícaros sentados en la acera, mendigando monedas. Algo más adelante se oía la melancólica tonada de un músico callejero. Wayne estaba cerca de Evasiones, una bonita barriada, cuyos característicos olores comenzaban a llegar hasta su nariz. Por suerte, la fragancia que escapaba de una panadería cercana se encargaba de contrarrestarlos.

—Os propongo una cosa —le dijo a uno de los pequeños pordioseros, una niña que aún no debía de haber cumplido los siete, mientras se acuclillaba ante ellos—. Todavía no he hecho las suficientes gestas.

—¿Señor...? —preguntó la muchacha, extrañada.

—Las hazañas de antaño se recogen en los cantares de «gesta». Estas no conviene confundirlas con los gestos, porque son mucho más fatigosas. Y suelen conllevar quebraderos de cabeza, cuando no es el espinazo directamente lo que te quiebra.

—¿Le... le sobra alguna moneda, señor?

—No llevo suelto encima ahora mismo —replicó Wayne, pensativo—. Maldición. En las historias siempre les dan limosna a los pícaros callejeros, ¿verdad? Para que se note quién es el héroe y demás. Espera un momento.

Se levantó e irrumpió con aplomo en la panadería. La mujer que estaba detrás del mostrador acababa de sacar una bandeja de panecillos del horno. Wayne plantó su tenedor encima del sencillo mostrador de madera de una palmada, dejándolo allí expuesto a la vista de todos, como una herrumbrosa espada de leyenda.

—¿Cuántos bollos me das a cambio de esto? —preguntó.

La panadera frunció el ceño, mirándolo, y cogió el tenedor. Le dio unas cuantas vueltas entre los dedos.

—Caballero —dijo—, esto es de plata.

—Bueno... ¿Cuántos?

—Un puñado.

—Con un puñado bastará, noble comerciante.

Salió de la panadería instantes después, cargado con tres grandes bolsas que contenían una docena de panecillos cada una. Depositó en las manos de los pequeños mendigos el puñado de cambio que la panadera se había empeñado en darle y levantó un dedo ante la atónita mirada de los niños.

—Esto —dijo— os lo tenéis que ganar.

—¿Cómo, señor?

—Tomad estos panes —les instruyó Wayne, soltando las bolsas— y repartid su contenido.

—¿Entre quién? —preguntó la muchacha.

—Entre quienes los necesiten. Pero a ver, con una condición. No os comáis más de cuatro cada uno, ¿entendido?

—¡Cuatro!? —exclamó la niña—. ¿Para mí sola?

—Vale, cinco, pero ni uno más. Eres una negociadora implacable, trámposa. —Dejó a los pequeños en su soportal, boquiabiertos, y avivó el paso mientras reanudaba su recorrido por la orilla del canal. Se cruzó con el músico callejero, que rasgueaba una vieja guitarra sentado en el suelo—. ¡Algo alegre, juglar! —lo azuzó Wayne, soltando la cuchara de plata en el sombrero para las monedas del hombre.

—Tranquilidad —dijo el hombre—. ¿Esto qué es? —Entornó los párpados—. ¿Una cuchara?

—¡Los mercaderes me las quitan de las manos! —replicó Wayne—. Te darán medio centenar de bollitos llenos por ella, e incluso les sobrará cambio. ¡Venga, juglar, toca «El último aliento»!

El hombre se encogió de hombros y empezó a puentear los acordes de la canción que sonaba en la cabeza de Wayne. Ba-bum, ba-bum, ba-bum. Enérgica y vivaz. Wayne empezó a mecerse sobre los talones, con los ojos cerrados. «El fin de una era —pensó—. Una deidad a la que apaciguar.»

Oyó reírse a los dos pillastres de antes y volvió a abrir los ojos para descubrirlos bombardeando con andanadas de panecillos a la gente que pasaba por delante de ellos. Wayne sonrió y reanudó animadamente la vuelta que había empezado a dar siguiendo el canal, resbaladiza su orilla a causa de la capa de légamo que la recubría. Consiguió cubrir aproximadamente tres metros antes de perder el equilibrio y caerse.

De cabeza, huelga decirlo, al canal.

Salió a la superficie, tosiendo, y se izó a pulso hasta la orilla. En fin, quizás esto contara como gesta. De lo contrario tendría que tomárselo como un acto de justicia poética, habida cuenta de lo que le había hecho a Wax esa mañana.

Pescó el sombrero, que se había quedado flotando en el agua, y le dio la espalda al canal. Ese era el camino a seguir. Con la vista al frente, despreciando el pasado. De

nada servía obsesionarse con temas que ya no revestían el menor interés para nadie. Empezó a andar dejando un rastro de agua a su paso, dándole vueltas entre los dedos al último cubierto de plata que le quedaba (el cuchillo). Esta no era la ofrenda adecuada para su misión. Estaba seguro de ello. Pero, entonces, ¿dónde encontrarla?

Se detuvo al llegar al siguiente puente del canal y dio un paso atrás. Había un tipo bajito, vestido de uniforme, caminando con un pequeño cuaderno en la mano por una de las calles cercanas. Aquí había varios motocarros aparcados de cualquier manera, medio subidos a la acera la mayoría de ellos. El uniformado desconocido iba parándose al llegar a la altura de cada uno de ellos y apuntaba algo en su libretita.

Wayne comenzó a seguirlo.

—Oiga —lo llamó—. ¿Qué hace?

El hombrecillo lo miró de reojo antes de volver a concentrarse en su cuaderno.

—La nueva ordenanza municipal sobre el estacionamiento de vehículos motorizados dicta que todos los motocarros aparquen de forma ordenada, sin invadir la orilla de la calzada de esta manera.

—Así que...

—Así que estoy apuntando los números de registro de todos y cada uno de ellos —dijo el hombre—. Buscaremos a sus propietarios y les pondremos una multa.

Wayne soltó un silbidito.

—Qué mala leche.

—De eso nada. Es la ley.

—¿Es usted poli, entonces?

—Oficial al servicio de la justicia —matizó el hombre—. Hace un mes me dedicaba a inspeccionar cocinas. Esto es mucho más productivo, permita que le diga. Es...

—Estupendo —dijo Wayne—. ¿Cuánto quiere por la libreta?

El hombre se quedó mirándolo.

—No está en venta.

—Tengo aquí una cartera monísima. —Wayne le enseñó el monedero, del que cayó un chorrito de agua—. Recién lavada.

—Circule, caballero —dijo el hombre—. No voy a...

—¿Y esto? —lo interrumpió Wayne, sacando el cuchillo.

El hombre dio un salto hacia atrás, alarmado, y se le cayó la libreta. Wayne la agarró y soltó el cuchillo.

—Un trato sensacional. Gracias. Adiós. —Salió corriendo.

—¡Oiga! —exclamó el hombre, emprendiendo la persecución—. ¡Usted!

—¡No se admiten devoluciones! —gritó Wayne por encima del hombro, sujetándose el sombrero con una mano sobre la cabeza mientras corría como si le fuera la vida en ello.

—¡Vuelva aquí!

Wayne se adentró en la calle principal que discurría en paralelo al canal, pasando

frente a una pareja de ancianos sentados en los escalones de una vivienda, junto a la entrada del arrabal.

—Ahí va el hijo de Edip —murmuró uno de ellos—. Un buscalíos de cuidado, te lo digo yo.

Acababa de pronunciar la última palabra cuando recibió el impacto de un bollo relleno en la cara.

Desentendiéndose, Wayne reafirmó la presa sobre su sombrero y apretó el paso. El poli era terco. Lo siguió durante al menos diez calles más antes de aminorar y detenerse, con las manos apoyadas en las rodillas. Wayne sonrió y dobló una última esquina antes de pegar la espalda a los ladrillos del lateral de un edificio, junto a la ventana. También a él le faltaba el resuello.

«Seguro que presenta una denuncia —pensó—. Espero que no se pasen con la multa que le pongan a Wax.»

Debería buscar algo que llevarle a modo de disculpa. A lo mejor necesitaba cambiar de cartera.

A Wayne le pareció oír algo a su lado. Al girarse descubrió que había una mujer con gafas asomada a la ventana, observándolo con curiosidad. Sostenía una pluma en la mano, y encima del escritorio que se entreveía a su lado había una carta a medio redactar. Perfecto.

Wayne se ladeó el sombrero y le arrebató la pluma de las manos.

—Gracias —dijo, abriendo la libreta para estampar unos garrapatos. Mientras la mujer lo increpaba, le lanzó la pluma de vuelta y prosiguió su camino.

Su destino, la morada de la diosa, ya no quedaba lejos. Se internó por una calle ribeteada de árboles y pintorescas casitas. Tras contar las viviendas para sus adentros, giró a la derecha y apareció ante él. El nuevo templo de su deidad. Se había mudado aquí hacía unos meses.

Respiró hondo para desterrar la música de su cabeza. Esto requería silencio. Recorrió con sigilo el largo paseo que conducía a la puerta principal. Una vez allí, encajó el libro sin hacer ruido entre la manilla y el marco. No se atrevía a llamar. Ranette era una divinidad muy celosa de su intimidad, conocida por su afición a disparar a la gente; para ella era poco menos que un decreto gubernamental. Como pasara una semana sin que los alguaciles descubriesen unos cuantos cadáveres desparramados en su umbral, empezarían a preguntarse si se encontraba bien.

Furtivo, se retiró. Sonrió al imaginarse la reacción de Ranette cuando abriera la puerta... y tan distraído estaba que a punto estuvo de estrellarse de bruces con ella, que llegaba a casa en ese preciso momento.

Wayne retrocedió trastabillando de espaldas, obnubilado ante la aparición de aquellos cabellos castaños, recogidos en una coleta para exponer unas facciones bellísimas, atezadas por su estancia en los Áridos. Y qué figura tan fabulosa, trufada de curvas que no podrían estar mejor en su sitio. Era alta. Más alta que él. Para poder tener algo hacia lo que elevar la mirada, arrobado.

—¡Wayne! ¿Qué haces tú aquí?

—Me...

—Cretino —lo interrumpió Ranette, apartándolo de un empujón—. Más te vale no haber forzado la cerradura. Dile a Wax que acabo de entregarle los cordeles que quería. No hacía falta que enviara a nadie para asegurarse de que cumplía con mi parte del trato.

—¿Cordeles? —se extrañó Wayne—. ¿Qué cordeles?

—Prometo que acabaré pegándote un tiro —masculló Ranette, haciendo oídos sordos a la pregunta—, sabandija.

Wayne se quedó observándola con una sonrisa, se dio la vuelta y reanudó la marcha.

—¿Qué es esto? —inquirió Ranette a su espalda.

Wayne no se detuvo.

—¡Wayne! Que te lleno de plomo ahora mismo, te lo juro. Dime qué has hecho ahora.

Wayne se giró.

—Solo es un regalo, Ranette.

—¿Un cuaderno? —preguntó esta, pasando las hojas.

Wayne hundió las manos en los bolsillos del pantalón y se encogió de hombros.

—Para escribir —dijo—. Siempre estás anotando cosas, dándole vueltas a la cabeza. Se me ocurrió que, si hay algo de lo que no vas a aburrirte nunca, eso es un cuaderno. Todas esas ideas tuyas deben de ocupar mucho espacio. Es lógico que necesites sitio para guardarlas.

—¿Por qué está mojado?

—Lo siento. Me distraje un momento y lo metí en uno de mis bolsillos. Pero lo volví a sacar. Tuve que enfrentarme a diez alguaciles por eso, por si te interesa saberlo.

Ranette lo hojeó con suspicacia, entornados los párpados, hasta que llegó a la última página.

—¿Qué es esto? —Se lo acercó a la cara para leer las palabras garabateadas en la hoja del final—. ¿Gracias y adiós? Pero ¿a ti te falta un tornillo?

—Están todos en su sitio —dijo Wayne—. Supuse que había llegado el momento, nada más.

—¿Te marchas?

—Voy a ausentarme durante una temporada, pero no van por ahí mis palabras. Estoy seguro de que volveremos a vernos. Quizás incluso con cierta frecuencia y demás. Coincidiremos... pero no estaremos juntos. ¿Me explico?

Ranette se quedó observándolo largo rato. Al cabo, visiblemente más relajada, preguntó:

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Por fin.

—Alguna vez tenía que madurar, ¿no? He descubierto que... en fin, no basta con desear mucho una cosa para que se convierta en realidad, ¿sabes?

Ranette sonrió. Debía de hacer una eternidad que no la veía tan contenta. Se acercó a él, y Wayne ni siquiera se encogió cuando le tendió la mano. Otro motivo para sentirse orgulloso.

Aceptó la mano que le ofrecía Ranette, esta se la levantó y le dio un beso en el dorso.

—Gracias, Wayne.

Con una sonrisa, el muchacho se soltó y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. Tras haber dado el primer paso, sin embargo, titubeó, cargó el peso del cuerpo sobre el otro pie y volvió a girarse hacia ella.

—Dice Marasi que estás cortejando a otra chica.

—Así es.

Wayne asintió con la cabeza.

—A ver, no te lo tomes a mal ahora, visto que me he vuelto tan caballeroso y adulto y demás, pero tampoco se le puede culpar a uno porque se le ocurran ideas cuando se entera de este tipo de cosas. Total... que no sé si habrá a lo mejor una oportunidad de que nos juntemos los tres para...

—Wayne.

—Te aseguro que no me importa si está rellenita, Ranette. Antes bien, prefiero las chicas que tengan donde agarrar.

—¡Wayne!

—Ya —dijo él, reparando en lo tormentoso de su semblante—. Vale. De acuerdo. En fin, ¿podríamos borrar de nuestra memoria lo último que he dicho y recordar con cariño nuestro razonable y afectuoso último adiós?

—Haré lo que pueda.

Wayne sonrió, se quitó el sombrero y le dedicó la honda reverencia que le había enseñado un portero, el último descendiente de seis generaciones consagradas a tan noble oficio, durante uno de los bailes que solía celebrar en el cuarto octante lady ZoBell. Enderezó la espalda, volvió a calzarse el sombrero y se dio la vuelta. Se descubrió silbando mientras emprendía la marcha.

—¿Cuál es esa canción? Me suena.

—*El último aliento* —respondió él, sin girarse—. Estaban tocándola con el piano forte la primera vez que nos vimos.

Dobló la esquina sin mirar atrás. Ni siquiera se molestó en comprobar que Ranette no estuviera vigilándolo tras la mirilla de un rifle o algo por el estilo. Animado, tiró el monedero vacío a la cuneta de la primera intersección transitada a la que llegó. No hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que un carroaje de alquiler aminorase al llegar al cruce, y el cochero, al divisar la cartera, se apeó para recogerla.

Wayne salió corriendo del callejón en el que se había apostado, se abalanzó sobre

la cartera, alcanzándola antes que el hombre, y rodó por los suelos con ella.

—¡Es mía! —exclamó—. ¡Yo la he visto primero!

—Bobadas —repuso el cochero, azotando a Wayne con la fusta de caña para los caballos—. Se me había caído, rufián. ¡Es mía!

—¿Ah, sí? ¿Cuánto dinero hay dentro?

—No pienso responder a eso.

La sonrisa de Wayne se ensanchó mientras sostenía en alto la cartera de la discordia.

—Te propongo una cosa. Puedes quedártela, con todo lo que contenga, si me llevas a la estación de ferrocarril occidental del cuarto octante.

Tras observarlo fijamente durante unos instantes, el cochero extendió la mano.

Media hora después el carroaje se detenía junto a la estación de ferrocarril indicada, un tétrico edificio erizado de torres puntiagudas y salpicado de diminutas ventanas, como si su diseñador se hubiera propuesto escatimar la vista del firmamento a los viajeros atrapados en su interior. Wayne viajaba sentado en el pescante de atrás, balanceando las piernas en el aire. Los trenes propulsaban nubes de vapor por los aires al detenerse en sus correspondientes andenes, listos para darse un atracón de nuevos pasajeros.

Bajó al suelo de un salto, se tocó el ala del sombrero para despedirse del enfurruñado cochero (el cual parecía ser plenamente consciente de que se la habían dado con queso) y atravesó las puertas abiertas de la estación caminando como si no tuviera ninguna prisa. Hundió las manos en los bolsillos y miró en rededor hasta divisar a Wax, Marasi y Steris, rodeados de una montaña de maletas junto a las que esperaban los criados que habrían de acarrearlas.

—¡Por fin! —exclamó Wax—. Wayne, nuestro tren está a punto de salir. ¿Dónde te habías metido?

—Fui a presentarle una ofrenda a una bella deidad. —Wayne contempló el elevado techo del edificio—. ¿Por qué harían este sitio tan grande? Ni que hubiese trenes entrando y saliendo sin parar o algo por el estilo.

—¿Wayne? —preguntó Steris, arrugando la nariz—. ¿Estás borracho?

—Por supuesto que no —replicó él, arrastrando ligeramente las palabras—. ¿Por qué... por qué tendría que estar borracho a esta hora? —Le lanzó una miradita indolente.

—Eres insufrible. —Steris realizó un gesto para llamar a una de sus doncellas—. No me puedo creer que te hayas arriesgado a llegar tarde por un poco de alcohol.

—Es que no ha sido «un poco».

Subió al tren junto a los demás. Steris y Wax habían reservado un vagón entero solo para ellos. Puesto que lo habían encargado con tan poca antelación, sin embargo, habían tenido que engancharlo el último de todos, lo cual significaba que Wayne debía compartir habitación con el lacayo de Herve. Cochina suerte la suya. Le constaba que el tipo roncaba. Tendría que buscar otro sitio si quería pegar ojo, o

resignarse a pasar en vela esa noche. El trayecto hasta Nueva Seran tampoco duraba tanto. Llegarían antes del amanecer.

Cuando el tren se hubo puesto en marcha por fin, se descolgó por la ventana de su compartimento (para pasmo de Herve) y se encaramó al techo, donde se quedó sentado silbando plácidamente y viendo pasar Elendel, con el viento alborotándole el pelo. Era una tonada sencilla, básica y familiar, con un acompañamiento rítmico que resonaba al compás de las vías. Ba-bum, ba-bum, ba-bum. Enérgica... vivaz.

Se tumbó y fijó la mirada en el cielo, las nubes, el sol.

Siempre con la vista al frente, despreciando el pasado.



SEGUNDA PARTE





Mientras los elementos del paisaje desfilaban ante sus ojos, lo primero que le llamó la atención a Wax fue lo densamente poblados que estaban los territorios al sur de Elendel.

Resultaba sencillo olvidar cuánta gente vivía en otros lugares, aparte de en la capital. Los ríos discurrían paralelos a un río lo bastante ancho como para sumergir poblaciones de los Áridos enteras. Salpicaban la ruta villas, aldeas e incluso pequeñas ciudades, tan frecuentes que el tren apenas si dejaba pasar cinco minutos antes de cruzarse con alguna. Entre una y otra se extendían huertos que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. Las espigas de trigo se combaban y danzaban al viento. Todo era verde y vibrante, vigorizado por las noches de bruma.

Wax se apartó de la ventana y hurgó en el paquete que le había enviado Ranette. Dentro, protegida por una funda hecha a medida con revestimiento de felpa, había una voluminosa escopeta de dos cañones, y junto a ella, en sendos compartimentos, tres esferas envueltas en finos cordeles.

Las esferas y los cordeles se los esperaba. La escopeta era de propina.

Experimentando con cargas extrafuertes, se podía leer en la nota que acompañaba al equipo, y cartuchos gigantes, capaces de parar los pies a un violento o a un koloss de pleno derecho. Pruébalos, por favor. Necesitarás aumentar tu peso para disparar. El retroceso debería ser excepcional.

Herrumbre y Ruina, la munición de ese chisme tenía casi el mismo perímetro que la muñeca de un hombre. Era como un cañón. Levantó uno de los cartuchos mientras el tren aminoraba al entrar en otra estación. Todavía no era de noche, pero las ventanas de la ciudad se veían iluminadas ya desde el interior.

Luces eléctricas. Bajó el cartucho, observándolas. ¿Conocían la electricidad en las ciudades de las afueras?

«Pues claro que sí, majadero», se reconvino de súbito. ¿Por qué no iban a conocerla? Había incurrido en el mismo error que en otros tiempos lo habría llevado a burlarse de quienes lo cometieran. Había empezado a dar por sentado que todo lo que fuese importante, moderno o emocionante solo podía ocurrir dentro de los confines de Elendel. Esa era precisamente la clase de actitud que tanto lo había irritado cuando vivía en los Áridos.

El tren soltó un puñado de pasajeros y recogió a unos cuantos menos, lo cual sorprendió a Wax, habida cuenta de lo atestado que estaba el andén. ¿Estarían esperando otro tren? Se inclinó de costado para ver mejor por la ventanilla. No... la

gente se agolpaba, escuchando a alguien cuyos gritos no llegaban hasta los oídos de Wax. Mientras se esforzaba por leer la pancarta que sostenía en alto una de aquellas personas, alguien lanzó un huevo que fue a estrellarse justo al lado de su ventana.

Se apartó del cristal. El tren reanudó la marcha, tras aguardar tan solo una fracción del tiempo que solía dedicar a cada parada. Más huevos volaron hacia él mientras salía de la estación. Wax por fin pudo ver la pancarta con claridad.

¡ABAJO LA OPRESIÓN DE ELENDEL!

¿Opresión? Wax arrugó el entrecejo. Volvió a inclinarse con la inercia del tren cuando este describió una curva, lo que le permitía fijarse mejor en el gentío que se arracimaba en el andén. Unos cuantos manifestantes saltaron a las vías, esgrimiendo los puños en alto.

—¿Steris? —preguntó mientras guardaba la caja de Ranette—. ¿Sabes algo de la situación de las ciudades de las afueras?

No obtuvo respuesta. Lanzó una mirada de reojo a su prometida, sentada frente a él en el compartimento, arrebujada con los hombros envueltos en una manta. No daba muestras de haberse fijado ni en la parada ni en la lluvia de huevos; estaba tan absorta en su libro que, si alguien hubiera decidido cerrarlo ahora de golpe, le habría atrapado la nariz entre sus páginas.

Landre, la doncella, se había ido a preparar la cama de su señora, y Wayne estaría haciendo quién sabía qué. De modo que los dos estaban a solas en la habitación.

—¿Steris?

Nada. Wax ladeó la cabeza, esforzándose por leer el lomo del libro y averiguar qué era lo que tanto la fascinaba, pero Steris había protegido el volumen con una cubierta de tela. Se deslizó ligeramente a un costado y vio que tenía los ojos abiertos de par en par mientras leía. Pasó de golpe la página que acababa de terminar.

Wax frunció el ceño de nuevo, se levantó y se cernió sobre ella para asomarse a las hojas. Al verlo, Steris dio un respingo y cerró el libro con un estampido.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Me has dicho algo?

—¿Qué lees?

—La historia de Nueva Seran —respondió Steris, guardándose el libro debajo del brazo.

—Parecías atónita.

—Bueno, es que no sé si lo sabes, pero el nombre de Seran tiene una historia perturbadora. ¿Qué querías preguntarme?

Wax regresó a su asiento.

—Había una manifestación en el andén. Protestaban contra Elendel.

—Ah, hmm, sí. Veamos. Ciudades exteriores... situación política. —Pareció necesitar un momento para centrarse. ¿Qué habría leído en ese libro de historia para mostrarse tan desconcertada?—. En fin, no me sorprende. Es evidente que no están

nada contentos.

—¿Te refieres al tema de los impuestos? ¿Tan molestos están por eso? —Miró por la ventana, pero la multitud ya se había perdido de vista en la lejanía—. Los tributos que pagan son mínimos, lo justo para mantener las infraestructuras y el gobierno.

—Bueno, lo que alegan ellos es que no necesitan nuestro gobierno, puesto que cuentan con sus propias administraciones municipales. Waxillium, la opinión generalizada en la cuenca es que Elendel se comporta como si nuestro gobernador fuese una especie de emperador... algo que supuestamente había tocado a su fin cuando el lord Nacido de la Bruma claudicó tras un siglo ostentando la autoridad.

—Pero nuestros impuestos no son para el gobernador Aradel —dijo Wax—, sino para pagar a los alguaciles que patrullan los muelles y costear el mantenimiento de los tendidos ferroviarios.

—Eso es correcto, en teoría. Sin embargo, a todos los productos que entran en Elendel por esas mismas vías y rutas fluviales se les impone un gravamen. ¿Te has fijado en que apenas hay ferrocarriles que unan directamente una ciudad con otra aparte de Elendel? Aparte de la estación de transbordo de Doriel, quien desee viajar de una ciudad exterior a otra tiene que pasar por Elendel. ¿Que quieres transportar algo de Elmsdel a Rashekin? Deberás cruzar Elendel. ¿Que quieres vender metales en Tathingdwel? Deberás cruzar Elendel.

—Se trata de un sistema práctico y centralizado —replicó Wax.

—Que nos permite gravar prácticamente todas las mercancías que transitan a lo largo y ancho de la cuenca —dijo Steris—. Desde el punto de vista de las ciudades exteriores, eso significa que les estamos cobrando los impuestos dos veces. Primero las levas para mantener los tendidos ferroviarios, y después obligándoles a transportarlo todo a través de nosotros. Llevan años reclamando la construcción de rutas que rodeen la cuenca, pero todas sus solicitudes se ven denegadas.

—Vaya —dijo Wax, arrellanándose en el asiento.

—Con los ríos pasa otro tanto —continuó Steris—. No controlamos su ubicación, claro, pero todos fluyen hacia Elendel, por lo que controlamos el tráfico fluvial. Hay carreteras entre las ciudades, pero son escandalosamente inefficientes comparadas con el transporte por agua o en tren, de modo que las tarifas de la capital dictan los precios a lo largo y ancho de la cuenca. Podemos estar seguros de que el precio de cualquier producto que se origine en Elendel será siempre imbatible, y con los incentivos que ofrecemos se garantiza que nada de lo que no produzcamos nosotros mismos pueda beneficiarse de ningún descuento en la ciudad.

Wax asintió con la cabeza, meditabundo. Ya tenía antes alguna noción básica de lo que sucedía, y había oído hablar de las quejas de las ciudades limítrofes. Pero su única fuente de información eran los pasquines de Elendel; escuchar la pormenorizada explicación de Steris hacía que se maravillara ante su propia miopía.

—Debería haber prestado más atención. Creo que tendría que hablar de esto con

Aradel.

—Bueno, Elendel tiene motivos para actuar como lo hace. —Steris dejó el libro a un lado y se levantó para bajar una de las maletas. Wax se fijó en que había dejado señalada una página. Alargó el brazo, pero un brusco vaivén provocó que Steris volviera a sentarse de golpe, depositando la maleta encima del libro—. ¿Lord Waxillium?

—Disculpa. Continúa.

—Veamos, el gobernador y el Senado procuran mantener una sola nación unificada en la cuenca, evitando que se fracture en un puñado de ciudades-estado. Utilizan la economía para obligar a las ciudades exteriores a aceptar un gobierno centralizado a cambio de ventajas fiscales. Incluso Aradel, como liberal moderado que es, acepta que la situación actual redunda en beneficio de toda la cuenca en su conjunto. A las casas nobles, por su parte, no les importa tanto la unidad como cosechar los beneficios consustanciales al monopolio comercial actual.

—Deduzco que se aprovechan de estas políticas, por tanto.

—¿Aprovecharse? Prácticamente viven de ellas, lord Waxillium. La industria textil y la metalurgia sufrirían drásticos recortes sin estos aranceles. Tú mismo has votado en dos ocasiones a favor de mantenerlas como están, y una incluso a favor de aumentarlas.

—Que yo... ¿Sí?

—A través de mí —dijo Steris—. Recuerda que me pediste que velara por los intereses de tu casa cuando se celebrase alguna asamblea.

—Ciento, tienes razón —suspiró Wax.

El tren se mecía sobre los raíles, traqueteando rítmicamente a sus pies. Wax se volvió hacia la ventanilla, pero no estaban cruzando ninguna ciudad en esos momentos, y la oscuridad comenzaba a apoderarse de todo. No había niebla esa noche.

—¿Ocurre algo, lord Waxillium? —preguntó Steris—. Cada vez que hablamos de política o de finanzas domésticas te vuelves distante.

—Eso es porque a veces soy como un niño, Steris. Por favor, continúa con la instrucción. Debo aprender estas cosas. No permitas que te desanime mi ineptitud.

Steris se inclinó hacia delante y le apoyó una mano en el brazo.

—Los últimos seis meses han sido muy complicados. Es comprensible que tu interés por la política sufra altibajos.

Wax siguió mirando por la ventana. Había perdido el norte tras la primera muerte de Lessie. Decidido a no volver a reaccionar del mismo modo, había volcado toda su atención en colaborar con los alguaciles. Cualquier cosa con tal de mantenerse ocupado y no recaer en la misma apatía melancólica que se había apoderado de él al perderla.

—Nada excusa mi estupidez. Y quizás haya algo más, Steris. Nunca he tenido cabeza para la política, ni siquiera cuando me esforzaba por cumplir con mi deber. Es

muy posible que mis aptitudes no estén a la altura.

—En los meses que llevamos juntos he aprendido a reconocer tu feroz intelecto. Los rompecabezas que te he visto resolver, las respuestas que te he visto desentrañar... Eres una persona asombrosa. Más que capaz de gobernar tu casa, eso sin duda. Con el debido permiso, me parece que el problema no está en lo que te preocupa, sino en todo lo que te ocupa.

Wax la miró con una sonrisa.

—Steris, eres un encanto. ¿Cómo podría aburrirse nunca nadie a tu lado?

—Es que soy muy aburrida.

—Bobadas.

—¿Y cuando te pedí que me ayudaras a repasar la lista de preparativos para el viaje?

Una «lista» de veinte páginas.

—Sigue costándome creer que consiguieras meter todo aquello en las maletas.

—Todo... —Steris pestañeó varias veces seguidas—. Lord Waxillium, no me he traído «todo aquello».

—Pero si estaba en la lista.

—Para pensar en todo lo que nos podría hacer falta. Cuando algo sale mal, me siento mejor si ya había contemplado la posibilidad de que sucediera. Al menos así, si nos encontramos con algo que se nos haya olvidado, me consolaré pensando que sabía que podríamos necesitarlo.

—Pero, si no has traído todo lo que había en la lista, ¿qué hay en esas cajas? Vi a Herve acarreando unas cuantas para subirlas al tren.

—Oh —dijo Steris mientras abría la maleta que había bajado antes—. Bueno, nuestras finanzas domésticas, por supuesto.

Y, efectivamente, dentro había una montaña de libros de contabilidad.

—Este viaje ha sido algo espontáneo —continuó explicándole Steris—, y debo preparar un informe de contabilidad para presentárselo a los bancos el mes que viene. La Casa Ladrian se ha recuperado casi por completo de los gastos de tu tío, pero es preciso que llevemos las cuentas al día si queremos convencer a los prestamistas de que somos solventes. De lo contrario, nadie querrá trabajar con nosotros.

—Tenemos contables, Steris.

—Sí, y este es su trabajo. Pero necesito corroborarlo. No se pueden presentar los resultados de otra persona sin haberse cerciorado antes de que todo esté en regla. Además, el balance de este trimestre arroja una discrepancia de tres recortes.

—¿Tres recortes? ¿A cuánto asciende el total?

—Cinco millones.

—Una discrepancia de tres centésimas partes de arquilla —calculó Wax— tras contabilizar cinco millones. No está mal, diría yo.

—Bueno, entra dentro de los límites fijados por los bancos, pero sigue siendo una chapuza. Estos informes son nuestra tarjeta de presentación ante el mundo, lord

Waxillium. Si quieres que la gente cambie de opinión acerca de la Casa Ladrian y sus indulgencias, estarás de acuerdo con que tenemos la responsabilidad de... Lo estás haciendo otra vez.

Wax enderezó la espalda, sobresaltado.

—Perdona.

—La misma mirada ausente de antes —observó Steris—. ¿No eres tú el que siempre está hablando de que todos los ciudadanos tenemos la obligación de respetar la ley?

—Son dos cosas completamente distintas.

—Pero tu responsabilidad se detiene en tu casa...

—Es el motivo de que esté en este tren, Steris —la interrumpió Wax—. Es lo que me empujó a regresar a Elendel. Reconozco esa responsabilidad. Y la asumo.

—Solo que no te hace gracia.

—Que a uno le guste su deber o no es irrelevante. Lo que cuenta es que cumpla con él.

Steris entrelazó las manos en su regazo, estudiándolo.

—Mira, deja que te enseñe una cosa. —Se puso de pie y bajó otra de las maletas apiladas en el portaequipajes que había sobre su asiento.

Wax aprovechó que estaba distraída para sacar de su escondite el libro que había estado leyendo. Buscó directamente la página señalada, deseoso de descubrir qué era lo que tanto la fascinaba de Nueva Seran.

Le sorprendió ver que la hoja en cuestión no contenía ninguna descripción histórica, sino bocetos de anatomía... ¡acompañados de prolíjas descripciones sobre el sistema reproductor humano!

En el compartimento se había hecho el silencio. Wax miró de reojo para descubrir a Steris observándolo fijamente, horrorizada. Roja como una amapola, se dejó caer en el asiento, se tapó la cara con las manos y emitió un estruendoso lamento.

—Esto... —balbució Wax—. Supongo que... hmm...

—Me parece que estoy a punto de vomitar.

—No era mi intención pecar de indiscreto, Steris. Pero te comportabas de una forma tan extraña, y parecías tan fascinada por lo que ponía en el libro...

Otro lamento.

Wax se rebulló incómodo, zarandeado por los vaivenes del tren, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Así que... no tienes ninguna... experiencia en estos menesteres, deduzco.

—No dejo de preguntar por los detalles. —Arrumbada en su asiento, Steris apoyó la cabeza en el respaldo y clavó la mirada en el techo—. Pero nadie quiere contarme nada. «Ya lo averiguarás por ti misma», me dicen con una sonrisita, guiñándose el ojo. «El cuerpo sabe lo que tiene que hacer.» Pero ¿y si resulta que el mío no sabe nada? ¿Y si lo hago... mal?

—Podrías haberlo consultado conmigo.

—Me habría muerto de vergüenza —dijo Steris, cerrando los ojos—. Además, conozco lo más básico, no soy idiota. Pero necesito darte un heredero. Es crucial. ¿Cómo se supone que voy a hacerlo correctamente sin información? Me he entrevistado con algunas prostitutas para interrogarlas al respecto...

—Espera. ¿En serio?

—Sí. Un trío de jovencitas encantadoras. Nos reunimos para tomar el té, pero se cerraron en banda en cuanto averiguaron quién era... Incluso llegaron a ponerse a la defensiva y se negaron a proporcionarme ningún detalle. Me da la impresión de que les parecí muy graciosa. ¿Qué tiene de gracioso ser una solterona? ¿Te das cuenta de que ya casi he cumplido los treinta?

—Tienes un pie en la tumba, está claro —bromeó Wax.

—Qué fácil es hacer chistes cuando eres un hombre —le espetó Steris—. Tú no tienes ninguna fecha límite para aportar algo de provecho a nuestra relación.

—Tu valía no se mide exclusivamente por tu capacidad para tener hijos, Steris.

—Ciento. También está mi dinero.

—Y lo único que aporto yo a nuestra relación es mi título —dijo Wax—. Se puede enfocar desde los dos ángulos, ya lo ves.

Steris se sentó, respirando entre los dientes durante unos instantes. Entreabrió un ojo, al cabo.

—También sabes disparar.

—Lo que toda dama necesita de un hombre.

—Asesinar es una tradición de lo más asentada. Se remonta a tiempos inmemoriales.

Wax esbozó una sonrisa.

—En realidad, si nos ponemos estrictamente tradicionales y pensamos en la Pareja Imperial, era la mujer la que se encargaba de los asesinatos.

—En cualquier caso, me disculpo por mi salida de tono. Ha estado fuera de lugar. Prometo ser más estricta contigo misma cuando nuestra unión se haya consolidado.

—No seas tonta —dijo Wax—. Me gusta verte así a veces.

—¿Te gusta que las damas pierdan los papeles?

—Me gusta que me enseñes cosas nuevas de ti. Está bien recordar que las personas tenemos numerosas facetas.

—Bueno —replicó Steris, cogiendo el libro—, proseguiré con la investigación en otro momento. Nuestra boda se ha retrasado, después de todo.

«Este iba a ser el momento —comprendió Wax—. Nuestra noche de bodas.» Lo sabía ya, por supuesto, pero pensar en ello le hacía sentir... ¿qué? ¿Aliviado? ¿Triste? ¿O ambas cosas?

—Por si te tranquiliza saberlo —dijo Wax mientras Steris guardaba el libro en la maleta—, no hará falta que nos... relacionemos con excesiva frecuencia ni nada por el estilo, sobre todo cuando haya un niño ya de por medio. Calculo que tu intervención no será necesaria más que una docena de veces o así.

Fue como si Steris comenzara a marchitarse mientras él hablaba, agachando la cabeza y encorvando los hombros. Rehuía aún su mirada, escarbando en la maleta, pero Wax se percató de inmediato.

Maldición. Había dicho una estupidez, ¿verdad? Si Lessie estuviera aquí, le pegaría un pisotón por idiota. Carraspeó, sintiéndose como un miserable.

—Eso ha sido una descortesía por mi parte, Steris. Perdona.

—Nadie debería tener que disculparse por decir la verdad, lord Waxillium. —Enderezó la espalda y lo miró de frente, recuperada la compostura de nuevo—. Estas eran las condiciones de nuestro acuerdo, como sé perfectamente. No en vano, la que redactó el contrato fui yo.

Wax cruzó el compartimento y se sentó junto a ella, apoyando una mano en la suya.

—No me gusta que hables así. Ni quiero yo hablar así tampoco. Se ha convertido en una costumbre fingir que nuestra relación solo se sustenta sobre los títulos y el dinero. Pero, Steris, cuando falleció Lessie... —Se le truncó la voz, y hubo de respirar hondo antes de continuar—. Todo el mundo quería hablar conmigo. Hablaban y hablaban sin cesar, asegurándome que sabían cómo me sentía. Pero tú te limitaste a dejarme llorar. Lo que necesitaba más que nada en el mundo. Gracias.

Steris lo miró a los ojos y le dio un apretón en la mano.

—Lo que somos juntos —prosiguió Wax— y lo que hagamos con nuestro futuro no va a dictarlo ninguna hoja de papel. —O ninguna montaña de ellas, más bien—. El contrato no tiene por qué imponernos ninguna limitación.

—Disculpa, pero creía que esa precisamente era la función del contrato. Definir y fijar nuestros límites.

—Y la función de la vida es empujar contra ellos —replicó Wax—, romperlos y dejarlos atrás.

—Curioso punto de vista —dijo Steris, ladeando la cabeza—, viniendo de un vigilante.

—Es menos contradictorio de lo que pueda parecer. —Wax se quedó pensativo un momento, regresó a su lado del compartimento y rebuscó en la caja de Ranette, de la que sacó una de las esferas metálicas envuelta en cordel—. ¿Sabes qué es esto?

—Te vi examinándolo antes.

Wax asintió con la cabeza.

—Es la tercera versión de su mecanismo de garfios, como el que utilizamos para escalar la Torre ZoBell. Fíjate.

Quemó acero y empujó contra la esfera. Esta saltó de sus dedos y voló hasta la barra del portaequipajes, arrastrando tras ella el cordel, que Wax sujetaba en su mano. Cuando la esfera hubo llegado a la balda, Wax empujó contra una de las delicadas líneas azules que se revelaban a sus sentidos alománticos. La línea apuntaba a un pestillo oculto en el interior de la esfera, similar al que liberaba el seguro dentro de Vindicación.

Se desplegó un juego de garfios ocultos en la esfera. Wax tiró del cordel y le complació comprobar que se afianzaba en su sitio, enganchado a la balda del portaequipajes.

«Mucho más práctico que los otros diseños», pensó, impresionado. Empujó contra el pestillo por segunda vez, los garfios se retrajeron con un chasquido y el mecanismo se desenganchó. La bola cayó encima del asiento, junto a Steris, y Wax tiró del cordel para devolverla a su mano.

—Ingenioso —dijo Steris—. ¿Y qué tiene que ver esto con nuestra conversación?

Wax empujó otra vez contra la esfera, pero en esta ocasión no accionó el mecanismo. Sujetando el cordel con firmeza, dejó que se desenrollara durante aproximadamente un metro. La bola se detuvo de repente en el aire, flotando. Wax siguió empujando hacia arriba y en ángulo, sin soltar el cordel, impidiendo que se cayese la esfera.

—Las personas, Steris, somos como este cordel. Nos extendemos serpenteando, zigzagueantes, buscando siempre algo nuevo. Descubrir lo que esté oculto forma parte de la naturaleza humana. Las cosas que podemos hacer, los sitios a los que podemos viajar... son innumerables.

Cambió de postura en su asiento, alterando su centro de gravedad y provocando que la esfera rotase hacia arriba sobre su cabo de sujeción.

—Pero sin límites —continuó— nos enredaríamos. Imagínate un millar de cordeles como este, surcando la habitación de un lado a otro. La ley existe para impedirnos estropear la capacidad de explorar de los demás. Sin ella, no hay libertad. Por eso soy lo que soy.

—¿Y la caza? —preguntó Steris, con genuina curiosidad—. ¿Eso no te interesa?

—Claro que sí —respondió Wax, sonriendo—. Forma parte del descubrimiento, de la búsqueda. Averiguar quién lo hizo. Sacar a la luz los secretos, encontrar las respuestas.

Había otra parte, por supuesto; la parte que Miles le había obligado a aceptar. Los vigilantes descargaban una especie de ira perversa, algo parecido a los celos, sobre quienes quebrantaban la ley. ¿Cómo osaban escapar esas personas? ¿Cómo se atrevían a visitar aquellos lugares a los que nadie más tenía permiso para acceder?

Dejó caer la esfera, y Steris la recogió, observándola con meticuloso detenimiento.

—Hablas de respuestas, secretos y búsquedas. ¿Por qué odias tanto la política?

—Bueno, quizá se deba a que sentarse en una sala atestada de gente para escuchar sus quejas me parece el polo opuesto del descubrimiento.

—¡Qué va! —dijo Steris—. Cada reunión es un nuevo misterio, lord Waxillium. ¿Cuáles son sus motivaciones? ¿Qué mentiras intentan colarte, y qué verdades serás capaz de sacar a la luz? —Le lanzó de vuelta la esfera, cogió su maleta y la dejó encima de la mesita que había en el centro del compartimento—. Con las finanzas domésticas ocurre lo mismo.

—Finanzas domésticas —repitió Wax, impasible.

—En serio. —Steris revolvió en la maleta hasta dar con el cuaderno que buscaba

—. Ya lo verás, mira. —Lo abrió de golpe y señaló unas cifras con el dedo.

Wax contempló fijamente la página, primero, y después a ella. «Menuda emoción», pensó. Un libro de cuentas...

—Tres recortes —dijo—. En las tablas hay tres recortes de diferencia. Lo siento, Steris, me parece una cantidad absurda. No entiendo...

—No tiene nada de absurdo. —Steris se deslizó en el asiento hasta pegarse a su lado—. ¿No lo ves? La respuesta está aquí, en alguna parte, en este libro. ¿No te pica la curiosidad? ¿No te intriga saber adónde han ido a parar? —Inclinó la cabeza hacia él, agitada.

—Bueno, supongo que podrías enseñarme a buscar. —La mera idea le provocaba escalofríos, pero se la veía tan contenta...

—Toma. —Steris le pasó el volumen y cogió otro—. Fíjate en los bienes percibidos. ¡Compara las fechas y los pagos con el libro de cuentas! Yo voy a estudiar las cifras de mantenimiento.

Wax lanzó una mirada de reojo a la puerta del compartimento, medio esperando que Wayne estuviera en el pasillo, desternillándose de risa en silencio ante el éxito de lo que solo podía ser una broma planeada por él. Pero no vio ni rastro de Wayne. Esto no era ninguna broma. Steris agarró un puñado de cuadernos y se enfascó en ellos con la voracidad de quien ataca un buen filete tras varios días de ayuno.

Con un suspiro, Wax se arrellanó en el asiento y empezó a contrastar cifras.



Nicki Savage, detective de lo paranormal en...

Los artefactos de la antigüedad

Cuando alguien roba un enorme mapa de Nueva Seran, la señorita Savage se encarga de investigar el caso. Oculto en un compartimento secreto, el mapa contiene el último regalo que le hiciera su padre: la ubicación de una tribu de seres metálicos (los kalkis), creaciones perdidas del lord Legislador. ¡El único obstáculo que se interpone entre nuestra intrépida damisela y el secreto de estos misteriosos artefactos de la antigüedad es el ladrón arcano al que ella se refiere como el Hombre Encantado!

Segunda parte «¡El funesto funicular!»

Llegué justo cuando las puertas del funicular se cerraban y la cabina se ponía en marcha con una sacudida. El hombre encantado sonreía tras las puertas de cristal, iluminado desde abajo por el resplandor verde de sus artefactos.

Corri en paralelo al vagón, igualando su velocidad mientras sacaba

mi infalible botellín para pegar un rápido trago de cromo. La calidez se propagó desde mi estómago hasta mi garganta, aumentando a la par que mi confianza.

Cuando la cabina empezaba a alejarse ya del andén, me impulsé por los aires de un salto.

(Continúa por debajo del pliegue.)

Pasajeros atrapados por la avería de un funicular

Según la Autoridad de Transportes de Nueva Seran, un fallo no identificado detuvo ayer la Línea de Zinc alrededor del anochecer. La ATNS llevó a los pasajeros a sus hogares a la antigua usanza, recorriendo los caminos llenos de altibajos montados en burros y velocipedos. Consideramos esto prueba suficiente de que sería necesario diseñar un sistema de transporte de emergencia.

(Continúa en la parte de atrás.)

Reha a la salud de Elendel

Los nuevos buques tienen» a las autor

Hace una semana, el lord alcalde de Bilmung, Bastien Severington, acudió al impresionante puerto de la ciudad para recibir a las autoridades y los nobles del senado de Elendel. Al igual que la apacible tortuga (símbolo de la gran ciudad de Bilmung), la cordial invitación del gobernador Severington a la élite de Elendel ha sido vista como un gesto de amistad y unidad.

Aún más impresionantes que el puerto son las filas de barcos amarrados en él. Cliperes y cargueros convencionales, en su mayoría, pero entre ellos flotan bestias metálicas como tiburones entre sardinas. Se trata de los buques de guerra diseñados por el lord alcalde Severington y el difunto doctor Florin Malin, predecesor en el cargo del actual ministro de Ciencia y Tecnología de la cuenca.

«Cada uno de estos navios está equipado con ocho cañones gemelos de 12 pulgadas, con un alcance de diecisiete millas», según palabras de Severington. «Entre otras mejoras, cuentan con varios cascos de blindaje reforzado, telémetros



eléctricos y una velocidad punta de 24 millas por hora. Los llaman Peltrenautas.»

Algunos de los integrantes de la delegación de Elendel, sin embargo, no se mostraron impresionados.

«Qué colección de juguetes más graciosos, observó el senador Inis Julien. «Para qué necesitamos acoyazados? La cuenca no tiene rival ni por mar ni por tierra. ¿De quién necesitamos defendernos?»

(Continúa en la parte de atrás.)



ESTRENO! En el Teatro Trío del Gento GUARIDA DEL SUPERVIVIENTE!

Un equipo de luchadores por la libertad
SE ALZA CONTRA LA OPRESIÓN
y
DERROCA UN GOBIERNO CORRUPTO

¡El funesto funicular!

Los monjes de Baz-Kor me habían entrenado bien; sus ágiles movimientos están diseñados para conseguir que las sanguisugras se acerquen lo suficiente a otro alocante y drenar sus reservas. Pero fueron las clases de danza lo que



Marasi se concentró en la imagen del monstruo.

Era de noche. La gente conversaba en voz baja a su alrededor en el vagón comedor y el tren circulaba por un paraje pintoresco, pero aquella imagen la dejó absorta un momento. De alguna manera el dibujo, compuesto de trazos violentos y crudos, le infundía un pavor espantoso. La mayoría de las páginas que les había entregado VenDell contenían transcripciones de las respuestas (o, lo más frecuente, de las nuevas incógnitas) aportadas por el kandra herido.

Esta era distinta. En el salvaje boceto se combinaban lápices de dos colores distintos para representar un semblante sobrecogedor. Un rostro rojo y llameante, una boca distorsionada, cuernos y pinchos que tachonaban sus contornos. Los ojos eran negros, dibujados como vacíos sobre la piel encendida. Parecía una criatura surgida de la peor pesadilla de un niño.

Al pie de la hoja había una nota. *Dibujo realizado por ReLuur de la criatura descrita el 8/7/342. Ayer.*

La página siguiente contenía una entrevista.

VenDell: Describenos otra vez lo que viste.

ReLuur: La bestia.

VenDell: La bestia, sí. ¿Protegía los brazaletes?

ReLuur: No. ¡No! Eso fue antes. Cayó del cielo.

VenDell: ¿Del cielo?

ReLuur: La oscuridad de las alturas. Pertece al vacío. No tiene ojos. ¡Me mira! ¡Está mirándome ahora!

El interrogatorio se aplazó durante una hora mientras ReLuur gimoteaba en la esquina, desconsolado. Cuando hubo recuperado el control de sí mismo realizó este dibujo sin que nadie se lo pidiera, balbuceando acerca de la «cosa» que había visto. A los ojos de la criatura les ocurre algo. ¿Púas, quizá?

Púas. Marasi sacó su bolso de debajo de la mesa y rebuscó en él mientras la pareja que tenía detrás se carcajeaba y pedía más vino. Apartó la pistola de dos disparos que había tenido la precaución de traer consigo y sacó un librito delgado, copia del que Ojos de Hierro le diera a Waxillium.

Dentro encontró la descripción que buscaba, en palabras del lord Nacido de la Bruma, Lestibournes. *Hasta donde he sido capaz de dilucidar, la hemalurgia puede crearlo prácticamente todo reescribiendo su aspecto espiritual. Pero, diablos, incluso al lord Legislador le costaba entenderla. Sus koloss eran grandes soldados (quiero*

(decir, comían tierra y cosas por el estilo para mantenerse con vida), pero básicamente se pasaban el día matándose entre ellos sin motivo aparente y lamentaban haber perdido su humanidad. Los kandra son mejores, pero sin sus púas se quedan reducidos a charcos informes... y no pueden reproducirse por sus propios medios.

Supongo que lo que intento decir es que no se debería experimentar en exceso con este aspecto de la hemalurgia. En pocas palabras, no sirve de nada; por cada forma de obtener un resultado aceptable hay un millón de posibilidades de pifiarla. Atengámonos a la transferencia de poderes y nos irá mejor. Hacedme caso.

Qué extraño era leer las palabras del lord Nacido de la Bruma y que sonaran tan informales. Este era el Superviviente de las Llamas, el gobernador que había guiado con benevolencia a la humanidad durante un siglo, conduciéndola por la sinuosa senda que conducía a la reconstrucción de la civilización. Parecía tan... normal. Incluso llegaba a reconocer en una de aquellas secciones que la mayoría de sus discursos se los había escrito Brisa, el Consejero de los Dioses. Todas las célebres palabras, citas e inscripciones atribuidas al lord Nacido de la Bruma, por tanto, no eran más meras fabulaciones.

No era ningún botarate, sin embargo. Antes bien, el libro estaba repleto de lúcidas revelaciones. Perturbadoras, sí, pero no por ello menos interesantes. El lord Nacido de la Bruma abogaba por reunir a todos los nacidos del metal que estuvieran demasiado mayores o terminalmente enfermos y pedirles que se sacrificaran para obtener esas... púas, las cuales a su vez se emplearían en la creación de nuevos individuos, dotados de un poder asombroso.

El libro exponía sus argumentos de forma muy convincente. Su razonamiento no habría sido tan inquietante si se hubiera podido descartar con facilidad.

Marasi estudió la descripción de los experimentos hemalúrgicos que se detallaban en el libro, esforzándose por desoir la conversación de la alborotadora pareja que tenía a su espalda. ¿Sería este dibujo la representación de un nuevo tipo de monstruo hemalúrgico, como los que había encontrado Wax bajo la superficie de Elendel? ¿Diseñado por el Grupo, tal vez, o el resultado de algún experimento fallido? ¿O guardaría quizás relación con Trell, la elusiva deidad cuyo metal se desconocía?

Tras abstraerse en cavilaciones durante unos instantes, dejó los libros a un lado y se concentró en su labor principal. ¿Cómo encontrar la púa de ReLuur? Había resultado herido en algún tipo de explosión que lo había mutilado y se había visto obligado a huir, dejando atrás pedazos de su cuerpo... y la púa.

La carne de kandra conservaba su apariencia humanoide incluso separada del cuerpo, por lo que quienes hubieran limpiado el estropicio tras la explosión se habían desembarazado de ella sin más, ¿no? Necesitaba averiguar si habían cavado algún tipo de fosa común para las víctimas mortales de aquella explosión. Por otra parte, si el Grupo sabía cómo investigar el cadáver de un kandra, quizás hubieran rescatado el punzón. Las imágenes (y la posibilidad de que estuvieran experimentando con la

hemalurgia) prestaban plausibilidad a esa hipótesis, y...

—¿Y era esa la voz de Wayne? Marasi se giró hacia la achispada pareja que no dejaba de reírse a su espalda. En efecto, Wayne se había sentado con ellos y ahora todos conversaban amigablemente. La pareja, vestida con elegantes atuendos de gala; Wayne, como de costumbre, con sus pantalones con tirantes de los Áridos, colgado su gabán en la percha que había junto a la mesa.

Sonrió al verla, apuró una de las copas de vino de la pareja y se despidió de ellos. El tren experimentó una sacudida, provocando que los platos repicaran sobre las mesas mientras Wayne se deslizaba en el asiento frente a Marasi, exultante y jovial.

—¿Rapiñando alcohol?

—Nah. Están bebiendo espumoso. No soporto ese brebaje. Rapiñando acentos, más bien. Esa gente es de Nueva Seran. Hay que pillarle el tranquillo a la forma de hablar que tienen allí.

—Ah. Sabes que es de buena educación descubrirse la cabeza cuando se está bajo techo, ¿verdad?

—Por supuesto. —Wayne se tocó el ala del sombrero, se repantingó en la silla y, de alguna manera, consiguió apoyar las botas encima de la mesita—. ¿Qué haces tú aquí?

—¿En el vagón comedor? Necesitaba algo de espacio.

—Wax nos ha alquilado un vagón entero, mujer —dijo Wayne, apuntando con el dedo a un camarero que pasaba por su lado en esos momentos. Después se señaló la boca e hizo ademán de empinar el codo—. Tenemos como seis compartimentos o así enteritos para nosotros.

—A lo mejor es que me apetecía rodearme de personas, sin más.

—¿Acaso nosotros no somos personas?

—Albergo serias dudas al respecto, en tu caso.

Wayne ensanchó su sonrisa y le guiñó un ojo mientras el camarero por fin se acercaba para atenderlo.

—¿Deseaba...? —comenzó el hombre.

—Licor.

—¿Le importaría ser más específico, caballero?

—En grandes cantidades.

El camarero exhaló un suspiro y observó de reojo a Marasi, que sacudió la cabeza.

—Para mí, nada.

—¡Que no sea espumoso! —le advirtió Wayne mientras se retiraba, ganándose más de una mirada furibunda por parte de los demás ocupantes del vagón. Después se giró hacia su interlocutora—. Bueno, ¿qué? ¿Piensas contestar a mi pregunta? ¿De qué te escondes, Marasi?

La muchacha se quedó sentada en silencio un momento, sintiendo el rítmico traqueteo del movimiento del tren.

—¿No te molesta estar a su sombra, Wayne?

—¿A la sombra de quién? ¿Wax? A ver, ha echado unos kilitos, pero todavía no está tan gordo, ¿no crees?

Sonrió, pero su gesto se desvaneció al ver que Marasi no lo correspondía. A continuación, en un insólito arrebato de solemnidad, retiró los pies de la mesa y se acodó en ella, inclinándose hacia delante.

—Nah —continuó, después de meditar durante unos instantes—. Nah, qué va. Pero es que a mí me trae sin cuidado que la gente se fije en mí o no. A veces mi vida es más fácil cuando nadie me mira, ya sabes. Me gusta escuchar. —La observó fijamente—. ¿Tanto te dolió que pensara que no serías capaz de encargarte de esto tú sola?

—No —respondió Marasi—. Pero... no sé, Wayne. La razón principal de que me matriculara en Derecho y estudiase la vida de abogados famosos fue que quería convertirme en algo más de lo que los demás esperaban de mí. Cuando conseguí el empleo en la comisaría, me pareció una proeza, pero más adelante Aradel me confesó que solo me había contratado porque buscaba a alguien que pudiera acercarse a Waxillium y controlara sus movimientos.

»Ambos sabemos que los kandra lo querían a él para esta misión, solo organizaron aquella reunión conmigo en un intento por despertar su interés. En la comisaría, cada vez que soluciono algún caso, todo el mundo da por sentado que ha sido gracias a la ayuda de Waxillium. A veces me siento como si no fuera más que un apéndice.

—Nada de eso, Marasi —dijo Wayne—. Eres muy importante. Tu ayuda es inestimable. Además, hueles bien, no a sangre y casquería y demás.

—Estupendo. No me estoy enterando de nada.

—Los apéndices no huelen tan bien como tú —le explicó Wayne—. Y dan un poquito de grima. Una vez le extirpé el suyo a un fulano.

—¿Porque padecía de apendicitis?

—Claro. —Wayne titubeó—. Total, que...

—No estamos hablando de lo mismo.

—Que sí. Lo que pasa es que es todo como muy metafórico, por eso de que la gente no necesita el apéndice y tal.

Con un suspiro, Marasi se arrellanó en el asiento y se frotó los ojos con las palmas de las manos. ¿Qué hacía manteniendo esa conversación con Wayne otra vez?

—Lo entiendo —dijo él—. Sé cómo te sientes, Mara. Wax... es abrumador, ¿verdad?

—Él no tiene la culpa de nada. Es eficiente, y creo que ni siquiera se da cuenta de lo mucho que impone. Arregla las cosas... ¿Por qué debería molestarme algo así? Herrumbres, Wayne, he estudiado su vida, era admiradora suya. Debería sentirme afortunada por formar parte de todo esto. Y así es, la mayoría de las veces.

Wayne asintió con la cabeza.

—Pero también te gustaría hacerte valer por ti misma.

—¡Exacto!

—Nadie te obliga a quedarte con nosotros —observó Wayne—. Que yo recuerde, al principio Wax invirtió mucho tiempo y esfuerzo intentando evitar que te implicaras en exceso.

—Lo sé, ya lo sé. Es solo que... En fin, creía que por una vez sería capaz de hacer algo importante yo sola. —Respiró hondo y volvió a soltar el aire, despacio—. Es una tontería, lo reconozco, pero me sigue pareciendo frustrante. Haremos todo este trabajo, encontraremos la dichosa púa, se la devolveremos a los kandra... y estos se lo agradecerán todo a Waxillium.

Wayne asintió sin decir nada, pensativo.

—Conocí a un tipo una vez —comenzó, retrepándose y apoyando de nuevo los pies en la mesa— al que se le ocurrió que sería buena idea llevarse a la gente de caza. Gente de la ciudad, ya sabes. De la que no ha visto nunca un animal más grande que una rata bien cebada. En los Áridos hay leones. Unos bichos muy fieros, con unos colmillos enormes y...

—Sé lo que es un león, Wayne.

—Vale. Total, que Chip... así se llamaba el fulano... imprimió unos cuantos anuncios, pero para ello tuvo que pedirle dinero prestado a su chica. Y a esta se le metió en la cabeza que, cuando la gente pagara por el viaje, a ella le debería corresponder una parte. El caso es que llegaron las primeras reservas, se pelearon y ella acabó metiéndole una puñalada en toda la funda de la pistola, no sé si me explico. Así que él sale a la calle dando tumbos, desangrándose, se lo encuentran unos alguaciles y lo primero que le dicen es que uno no puede andar por ahí pegando tiros a los leones. Resulta que hay una ley al respecto, ¿sabes?, están más protegidos que las arcas de la nobleza o algo por el estilo.

»Así que nada, agarraron a Chip y lo metieron en la cárcel, donde al cerrar la puerta de la celda le pillaron los herrumbrosos dedos entre los barrotes... siempre por accidente, claro. Le partieron la mano por siete sitios distintos, y desde entonces ya no puede doblar las puntas de los dedos ni nada.

Llegó la bebida: una botella de whiskey y una copita. Wayne le dijo al camarero que lo cargara a la cuenta de Wax, se sirvió un trago y volvió a arrellanarse en su asiento.

—¿Fin de la historia? —preguntó Marasi.

—¿Cómo? Pero ¿qué más quieres que le pase a ese pobre diablo? Estás hecha una sádica, Marasi. Una sádica redomada.

—No pretendía... —La muchacha respiró hondo—. ¿Guardaba eso alguna relación con el dilema que me ocupa en estos momentos?

—Pues no, la verdad. —Wayne bebió de la copa, sacó una cajita de madera de un bolsillo y cogió una bola de chicle—. El caso es que ahora Chip lo tiene muy crudo, créeme. Cada vez que pienso que mi vida es un asco, me acuerdo de él y me digo:

«Consuélate, Wayne, por lo menos no eres un triste patán descapullado y sin blanca que ya no puede ni sacarse los mocos él solo.» Y enseguida me siento mejor.

Le guiñó un ojo, se metió el chicle en la boca y se levantó de la mesa. Saludó con la mano a MeLaan, que acababa de aparecer ataviada con un elegante vestido de encaje y un sombrero de desmesurado tamaño. Una mujer normal habría necesitado un corsé espectacular para que semejante conjunto le sentara bien, pero el kandra seguramente se había limitado a esculpir su cuerpo para conseguir las dimensiones adecuadas. Lo cual era espantosamente injusto.

Marasi clavó la mirada en sus notas. Wayne la había dejado desconcertada, cosa que no tenía nada de inusitado, pero quizás sus palabras fuesen más perspicaces de lo que parecía a simple vista. Volvió a concentrarse en la investigación, pero no tardó en sucumbir al cansancio. Era tarde, el sol había terminado de ponerse hacía tiempo, y aún tardarían unas cuantas horas en llegar a su destino. Guardó el montón de hojas en su cartapacio.

Se cayó algo mientras lo hacía. Marasi frunció el ceño, sosteniéndolo en alto. Una bolsita de tela. En su interior encontró un pendiente de los caminantes y una nota.

Por si acaso, Waxillium.

Bostezó, lo guardó todo y salió del comedor. Mediaban otros dos vagones entre ese y el que había alquilado Waxillium, situado en la cola del tren. Azotada por el viento, sujetó con firmeza las hojas mientras cruzaba la pasarela descubierta que unía los coches. Había un revisor allí plantado, observándola mientras entraba en el siguiente vagón. En esta ocasión no le dijo nada, aunque la última vez había intentado persuadirla para que no se jugase el tipo saltando de un coche a otro, llegando a insistir en que él le mismo le llevaría la cena si lo deseaba.

El vagón en el que se encontraba ahora era de primera clase, con una fila de compartimentos privados en uno de los laterales. Mientras lo cruzaba, Marasi dejó atrás varias lámparas eléctricas que refulgían en las paredes. Habían sido de gas la última vez que viajó en tren, protegidas por recias mamparas brillantes. Aunque le gustaba el progreso, estas parecían mucho menos fiables; la claridad que proyectaban, por ejemplo, se atenuaba cada vez que la máquina aminoraba la marcha.

Llegó al último vagón, pasó por delante de su cuarto y se dirigió al compartimento en el que habían cenado Waxillium y Steris, con la intención de comprobar cómo estaban. La sorprendió encontrarlos a ambos allí todavía. De Waxillium se lo esperaba, pero Steris no tenía por costumbre trasnochar.

Marasi abrió la puerta corredera y asomó la cabeza.

—¿Waxillium?

El hombre estaba arrodillado en el suelo, con su asiento cubierto de libros de cuentas y hojas sueltas. Sin apartar la mirada de una de ellas, levantó una mano para rogarle que guardara silencio justo cuando Marasi se disponía a preguntarle qué estaba haciendo.

La muchacha arrugó el entrecejo. ¿Por qué...?

—¡Ajá! —exclamó Waxillium, incorporándose de repente—. ¡Lo encontré!

—¿Qué? —preguntó Steris—. ¿Dónde?

—Propinas.

—Ya había mirado yo en ese apartado.

—Uno de los estibadores entregó tarde un pedido —dijo Waxillium, agarrando una de las hojas y mostrándosela a Steris—. Le dio cuatro recortes a un mensajero para que avisara del retraso en su nombre y solicitó que se le reembolsaran. El capitán de puerto así lo hizo y presentó el recibo correspondiente, pero había escrito el cuatro como si fuera un tres y de ese modo lo registraron los contables.

Steris repasó la página con los ojos abiertos de par en par, sin pestañear.

—Qué hijo de perra —masculló, provocando que Marasi sí que parpadeara varias veces seguidas. Nunca antes había escuchado una palabrota en boca de Steris—. ¿Cómo lo has descubierto?

Waxillium sonrió de oreja a oreja mientras cruzaba los brazos.

—Wayne diría que es porque soy un genio.

—Wayne tiene la capacidad mental de un mosquito —replicó Steris—. Comparado con él, cualquiera es un genio. Me... —Dejó la frase a medias, reparando en la presencia de Marasi. Parpadeó, y su expresión se tornó más reservada—. Marasi. Bienvenida. ¿No quieres sentarte?

—¿Dónde? —preguntó la muchacha. Hasta la última superficie estaba cubierta de cuadernos y hojas sueltas—. ¿En el portaequipajes? ¿Eso son finanzas domésticas?

—He encontrado un recorte perdido —dijo Waxillium—. El último, debería añadir, lo que supone dos para mí esta noche, el doble que Steris.

Marasi miró fijamente a esta última, que había empezado a despejar un hueco para que pudiera sentarse. Miró después a Waxillium, que se había puesto en pie y sostenía ufano su página, contemplándola de arriba abajo como si de algún tipo de metal ignoto recién rescatado de un laberinto se tratara.

—Un recorte perdido —murmuró—. Estupendo. A lo mejor tú eres capaz de encontrar algo más en estas de aquí. —Le enseñó las páginas que le había dado VenDell—. Yo voy a tumbarme en la cama unas horas.

—¿Hmm? —dijo Waxillium—. Ah, claro. Gracias. —A regañadientes, soltó su hoja y cogió la carpeta.

—No dejes de fijarte en los dibujos con monstruos —bostezó Marasi—. Oh, y esto estaba aquí dentro. —Le lanzó la bolsita que contenía el pendiente y volvió a salir al pasillo.

Camino de su habitación, se percató de que el tren estaba frenando de nuevo. ¿Otra ciudad? ¿U otro rebaño de ovejas cruzando las vías? Debían de estar llegando a la parte más bonita de la ruta. Lástima que ya fuese noche cerrada.

Una vez ante su puerta, la primera del vagón, miró de reojo por la ventana para ver el resto del tren, el cual la sorprendió descubrir que se estaba alejando de ellos. Boquiabierta, aún no se había repuesto de su asombro cuando se abrió de golpe la

puerta del otro extremo del coche.

Tras ella, el hombre que estaba de pie en la plataforma levantó una pistola, apuntó hacia el pasillo y disparó.



Bueno, me parece que has demostrado tener madera para esto, lord Waxillium, como creo recordar que ya te había dicho...

Wax dejó de escuchar a Steris.

El tren estaba frenando.

Los ecos de su traqueteo sonaban cada vez más lejanos.

Una puerta acababa de abrirse de golpe.

Quemó acero.

Steris aún seguía hablando, de modo que Wax asintió distraídamente con la cabeza, cumpliendo por compromiso con la reacción que se esperaba de él mientras el resto de su ser entraba en situación de alerta. Oyó un chasquido, empujó hacia su izquierda y mantuvo la presión, empujando al mismo tiempo a la derecha, contra el armazón del vagón, para anclarse en el sitio.

Cuando la bala surcó el pasillo, su empujón (preparado de antemano) la desvió de su trayectoria hasta incrustarla en la pared.

«Vamos.» Su maniobra había abierto la puerta de golpe. Dejó caer el pendiente (condenado VenDell) y empujó a la derecha, contra el marco metálico de la ventanilla del tren. Propulsó de ese modo hacia la izquierda, salió al pasillo como una exhalación. Golpeó la pared contra la que había empujado la bala, *Vindicación* en mano, y agujereó la frente del atónito desconocido apostado al final del pasillo.

Marasi reprimió un alarido. Steris asomó la cabeza al pasillo, con la mirada desorbitada por el asombro. No era el movimiento más astuto del mundo, pero tampoco había estado en muchos tiroteos.

—Gracias —jadeó Marasi.

Wax asintió secamente con la cabeza.

—Dile a tu hermana que se ponga a cubierto. —La dejó atrás y salió a la pequeña plataforma que unía los vagones... solo que el suyo estaba desenganchado y se había quedado rezagado. Un grupo de tres hombres con expresión desconcertada cabalgaban junto al coche, que circulaba cada vez más despacio.

«¿Caballos? —pensó Wax—. ¿En serio?»

A la luz de las estrellas (que brillaban con fuerza esa noche, en un firmamento sin nubes sobre cuyo horizonte refulgía la Grieta Roja) vio que lucían chalecos sobre sus camisas y recios pantalones. Otro grupo más numeroso galopaba junto al tren, más adelante. No se trataba de un ataque específico contra su vagón, por tanto, sino de un asalto a mano armada con todas las de la ley.

Lo cual significaba que debía actuar cuanto antes.

Empujó contra la plataforma bajo sus pies y redujo su peso. Los tres atracadores que tenían más cerca comenzaron a disparar, pero el empujón de Wax lo impulsó por los aires, sobre sus balas, y el haber disminuido de peso provocó que la resistencia del viento lo empujara hacia atrás, hasta el techo del vagón. Volvió a aumentar su peso al aterrizar y abatió a uno de los jinetes.

Los bandidos restantes espolpearon a sus monturas y aceleraron en pos de sus compañeros, gritando:

—¡Alomante! ¡Alomante!

«Rayos», pensó Wax, derribando a uno de los hombres mientras el otro desviaba a su caballo para internarse en una arboleada. No tardó en alejarse del alcance de la pistola, y pronto se reuniría con sus compañeros.

Wax bajó a la plataforma de un salto y cruzó el pasillo a la carrera. El cuarto que había compartido con Steris estaba desierto, pero divisó unas temblorosas líneas azules en el reservado adyacente. Marasi había tenido la precaución de agrupar a todo el mundo en la habitación de los sirvientes.

—Salteadores —anunció mientras abría la puerta de golpe, asustando a los criados, Marasi y Steris. La mayoría de ellos estaban sentados en el suelo, aunque Marasi se había apostado junto a la ventana para controlar lo que ocurría en el exterior. Steris, instalada en el asiento adosado, parecía sorprendentemente tranquila. Fue ella la que replicó:

—¿Salteadores? De verdad, lord Waxillium, ¿es preciso que te traigas tus *hobbies* adondequiera que vamos?

—Están persiguiendo al resto del tren —dijo Wax, apuntando con el dedo—. Los primeros bandidos debieron de reconocer este vagón como perteneciente a un particular, seguramente repleto de riquezas que saquear, de modo que lo desengancharon. Pero algo anda mal.

—¿Aparte del hecho de que alguien esté intentando matarnos? —preguntó Marasi.

—No —contestó Steris—, según mi experiencia, esto es lo habitual.

—Lo que anda mal —dijo Wax— es que van a caballo.

Todos se quedaron mirándolo.

—Asaltar un tren a caballo es algo que solo sale en las revistas de relatos. A nadie se le ocurriría hacerlo en la vida real. ¿Para qué abordar un tren en movimiento, jugándose el tipo, cuando podrías limitarte a parar el vehículo como hacían los Desvanecedores?

—Así que nuestros villanos... —dijo Marasi.

—Son nuevos en esto —concluyó Wax—. O han leído demasiadas novelas baratas. En cualquier caso, siguen siendo peligrosos. No puedo arriesgarme a dejarlos aquí, por si vuelven a por vosotros. Así que agachad la cabeza y agarraos bien.

—¿Que nos agarremos? —preguntó Herve—. ¿Por qué...?

Wax salió de nuevo al pasillo y corrió hasta el extremo posterior del vagón. Tras asomarse a la puerta, bajó de un salto a las vías detrás del coche privado, detenido ya casi por completo. A continuación, sondeó sus mentes de metal e incrementó su peso.

Mucho.

La grava se hundió bajo sus pies a medida que su cuerpo se volvía cada vez más pesado. Apretó los dientes, consumió su metal con un fogonazo y empujó.

El vagón se estremeció como si acabara de chocar de frente con otro vehículo. El empujón lo impulsó traqueteando por los raíles, y Wax soltó un resoplido. No le dolían los músculos, pero se sentía como si lo hubieran estampado contra una pared.

Liberó su mente de metal, devolviendo la normalidad a su peso, y empujó contra los raíles para escapar de la grava. A punto estuvo de perder una bota en el proceso.

Empujó contra las vías una vez más, propulsándose en persecución del coche en movimiento. «Demasiado lento todavía», pensó mientras se dejaba caer al suelo y aumentaba su peso de nuevo. El vagón experimentó otra sacudida cuando lo empujó. Wax dio un salto y lo siguió, repitiendo la maniobra hasta en tres ocasiones para imprimirle velocidad. Lo embistió desde atrás con un último empujón, encajando el hombro en la pared posterior mientras utilizaba la alomancia sobre los raíles que se extendían a su espalda para sostener el impulso, primero, e incrementarlo a continuación.

El suelo se deslizaba borroso a sus pies, una interminable concatenación de traviesas de madera entre los raíles de acero, con un incesante torrente de líneas metálicas que confluyan en el pecho de Wax. Gimiendo a causa del esfuerzo, se giró hasta quedar de espaldas a la parte posterior del vagón. El empujón amenazaba con aplastarlo, así y todo, pero no podía arriesgarse a aumentar su peso ahora, so pena de arrancar las vías de cuajo.

Pasaron frente a un grupo de caballos vigilados por unos cuantos muchachos; las monturas de refresco de los bandidos. Wax levantó a *Vindicación* y disparó unas cuantas veces al aire, pero los caballos estaban demasiado bien adiestrados como para dejarse asustar por los estampidos.

Redobló su empujón mientras le parecía oír tiros por delante de él. Instantes después, el vagón impactó con el grueso del tren. Con la espalda dolorida, Wax se soltó y se dejó caer encima de la plataforma. Los cabrestantes se habían enganchado, sin embargo, por lo que el coche permaneció unido al resto del vehículo.

Se asomó al interior del vagón y, agazapado, pasó por delante del compartimento en el que estaban escondidos los otros. Una vez en su cuarto, guardó a *Vindicación* en su funda y bajó del portaequipajes el estuche que contenía el resto de su arsenal.

—¿Waxillium? —preguntó Marasi, entrando en la habitación.

—¿Has visto a Wayne?

—Estaba en el vagón comedor hace un rato.

—Ya habrá empezado a enfrentarse a los salteadores. Si lo ves, dile que me propongo golpear la parte frontal de la locomotora y salir disparado hacia atrás. —

Wax cerró el tambor de uno de los Sterrion, ya cargado, y empuñó el otro.

—Entendido. —Marasi titubeó—. Estás preocupado.

—No llevan máscaras.

—No...

—Los bandidos siempre se tapan la cara. —Wax cerró el tambor del segundo Sterrion y se ciñó el cinto. *Vindicación*, recargada también a su vez, fue a parar a la funda de su hombro.

—¿Y si no lo hacen?

—Es que les da igual que los reconozcan. —La miró a los ojos—. Ya son forajidos perseguidos por la justicia y no tienen nada que perder. A la gente así no les importa matar. Es más, me parece evidente que nunca hasta ahora habían intentado atracar ningún tren. O bien están muy muy desesperados... o bien este asalto no ha sido idea suya.

La muchacha palideció.

—No crees que este ataque sea ninguna casualidad.

—Si lo es, me como el sombrero de Wayne. —Echó un vistazo a la escopeta que le había dado Ranette, se anudó la funda de la cadera y la guardó dentro. A continuación, enganchó en el cinto dos de las esferas con cordeles. Por último, se estiró para recoger una bolsa con un rifle de la balda de arriba y se la lanzó a Marasi —. Cuida de Steris —le dijo—. Y ve a buscar a Wayne; mira en los vagones cercanos, pero no avances más si te encuentras resistencia. Mantén la posición y protege a estas personas.

—De acuerdo.

Wax se dirigió al pasillo, pero una tormenta de disparos le obligó a volver al compartimento en cuanto hubo puesto un pie fuera. Masculló una maldición. Una sola bala de aluminio, contra la que no podría empujar, y estaría muerto.

Respiró hondo, se asomó rápidamente mientras empujaba, y contó hasta cuatro bandidos apostados en la plataforma trasera del vagón que tenían delante.

Dispararon de nuevo. Wax se replegó y observó las líneas azules que trazaban las balas al surcar el aire, arrancando trozos de madera de los paneles de la pared y astillando el marco de la puerta. Ninguna daba la impresión de ser de aluminio.

—¿Maniobra de distracción? —preguntó Marasi.

—Sí, por favor. —Wax incrementó su peso y empujó contra el marco de la puerta, que salió proyectado fuera del vagón y fue a estrellarse contra uno de los árboles que desfilaban como una exhalación junto al tren—. Dispara unas cuantas veces mientras yo salgo, cuenta hasta veinte y proporcioname esa distracción.

—Hecho.

Wax se catapultó por la ventana. Inmediatamente disparó con *Vindicación*, enterrando una bala en el suelo para concederse algo contra lo que empujar y propulsarse hacia arriba. Marasi disparó varias seguidas en el interior del vagón; con suerte, los salteadores pensarían que su detonación también se había producido

dentro.

Planeando a gran altura, con el viento azotando sus cabellos y el abrigo de su traje, incrustó una segunda bala en el suelo, algo más lejos, y la usó para virar hacia la derecha y situarse encima del tren.

No se permitió aterrizar, sino que se sirvió de un empujón contra los clavos del techo del tren para continuar impulsándose hacia delante. Sobrevoló su coche y el que ocupaban los atracadores, y se posó al fin en el vagón comedor, el tercero empezando desde atrás.

Mientras se giraba hacia la cola del convoy, su recuento mental llegó a veinte. Un segundo después oyó una serie de disparos, provocados por Marasi. Esa era su señal; Wax se dejó caer entre el vagón comedor y el coche de los ladrones.

Cayó prácticamente encima de uno de ellos, el cual en esos momentos estaba saliendo de espaldas del segundo coche empezando por detrás. No había contado con eso. Wax levantó la pistola, pero el hombre, sorprendido, le atizó un puñetazo en la boca del estómago.

Con un gruñido, Wax incrementó su peso. La plataforma se combó a sus pies, pero cuando empujó al ladrón con el hombro, lo envió rodando a las vías. El hombre había tenido la delicadeza de dejarle la puerta abierta, de modo que gozaba de una inmejorable línea de tiro contra la espalda de sus compinches, situados en el otro extremo y concentrados en el último de los vagones. En Marasi.

Wax no disparó, sin embargo; se limitó a empujar contra el metal que portaban. Los hombres se cayeron de la plataforma trasera, precipitándose al vacío entre los coches. Uno de ellos se agarró a la barandilla. Wax le metió una bala en el brazo y se giró, apuntando con la pistola hacia el vagón comedor.

Sus ocupantes se habían escondido debajo de las mesas, sollozantes y acobardados. Herrumbres... Sin pañuelos que les ocultaran el rostro ni otro tipo de distintivos, le costaría distinguir a los bandidos. Conjuró su burbuja de acero, proyectándola en todas direcciones con un suave empujón y dejando sus propias armas fuera de ella. Distaba de ser el escudo perfecto (ya le habían disparado en varias ocasiones mientras la utilizaba), pero le echaría una mano.

Se giró y entró en el segundo de los vagones por la cola, el que habían estado usando los atracadores. La burbuja de acero zarandeó las manillas de las puertas mientras lo registraba en busca de antagonistas. Solo encontró pasajeros de primera clase escondidos allí, todos aparentemente ilesos.

De regreso en su coche, Marasi salió del compartimento sujetando uno de los sombreros preferidos de Wax. Lo habían acribillado a balazos. La muchacha se disculpó con un encogimiento de hombros.

—Si encuentro a Wayne —dijo Wax, tanteando su cinturón en busca de una ampolla de metal—, le diré que se reúna contigo. —Retiró los dedos humedecidos al tiempo que reparaba en el tintineo de cristales rotos que emitía su cinto.

Maldición. El puñetazo de aquel salteador debía de haber hecho añicos todos sus

frascos. Se apresuró a salvar de un salto el espacio que mediaba entre los vagones y entró de nuevo en su coche privado.

—Necesito metal —se explicó ante la inquisitiva mirada de Marasi.

Cuando se encaminaba ya a su compartimento, titubeó al ver una mano que sobresalía de la habitación contigua, sosteniendo un bote de pequeño tamaño.

—¿Steris? —preguntó, acercándose a ella. Todavía estaba sentada en el banco acolchado del tren, aunque sus facciones se veían más pálidas incluso que antes.

—Copos de acero en suspensión —dijo ella, agitando el frasquito.

—¿Desde cuándo llevas tú encima algo así?

—Desde hace seis meses, más o menos. Guardé uno en el bolso por si lo necesitabas. —Levantó la otra mano para enseñarle dos más—. Estos los traje porque soy una neurótica.

Wax sonrió mientras aceptaba los tres. Se tomó el primero, y a punto estuvo de atragantarse.

—¿Qué diablos es esto?

—¿Aparte de acero? —replicó Steris—. Aceite de hígado de bacalao.

Wax se quedó mirándola fijamente, boquiabierto.

—El whiskey es perjudicial para ti, lord Waxillium. Una mujer debe velar por la salud de su esposo.

Con un suspiro, Wax se tomó otra ampolla y ocultó la última en su cinturón.

—No salgas de aquí. Voy a explorar el tren.

Salió del compartimento y se dirigió a la puerta del extremo posterior del vagón. Empujando contra los raíles, se impulsó trazando un gran arco ascendente.

Bañado por la luz de las estrellas, el terreno se extendía a sus pies. La orografía de la linde meridional de la cuenca, cerca ya de la cordillera de Seran, era mucho más heterogénea que la vertiente septentrional. Aquí las colinas se sucedían formando un manto que cubría todo el terreno, el cual aumentaba gradualmente su elevación.

El río Seran trazaba una senda sorprendentemente recta a través del abrupto paisaje, salpicado de cañones y quebradas. El tendido ferroviario se extendía a lo largo de las cotas más elevadas de la sierra, abrazando las cimas de lomas y cerros, aunque en dos o tres ocasiones su ruta le exigía cruzar el río a hombros de gigantescos puentes enrejados.

Componían el convoy ocho coches de pasajeros, varios más de mercancía y el vagón comedor. Wax se dejó caer concentrándose en la parte delantera del tren, donde se oían disparos. Al aterrizar, justo detrás del vagón que había elegido, alguien salió a la plataforma dando tumbos y tapándose la cara con las manos.

«Vigilante de seguridad, armado», pensó, reparando en el uniforme del hombre. El tren transportaba un cargamento de nóminas en un vagón de correo, camuflado como si se tratara de otro tipo de mercancía más convencional. ¿Qué era ese olor que flotaba en el aire? ¿Formaldehído? Apareció otro guardia tambaleándose detrás del primero, que jadeaba y respiraba con dificultad.

Ambos se desplomaron un instante después, abatidos por unos disparos realizados desde el interior del vagón de correo. Wax bajó a la plataforma de un salto, junto a los hombres derribados, para tomarles el pulso. Uno de ellos aún se movía; Wax se arrodilló, le cogió una mano y la usó para cubrir el agujero que presentaba en el hombro.

—Aprieta con fuerza —le dijo, amortiguadas sus palabras por el traqueteo del tren—. Volveré a por ti.

El hombre asintió con la cabeza, sin fuerzas. Wax respiró hondo y entró en el vagón de correo, donde inmediatamente comenzaron a escocerle los ojos. Había figuras moviéndose dentro, luciendo unas máscaras extrañas y manipulando una caja fuerte de gran tamaño ubicada en el centro del coche. Media docena de guardias yacían desperdigados a su alrededor, sin vida.

Wax empezó a disparar, eliminando a varios de los salteadores, volvió a propulsarse afuera de un empujón y se elevó mientras los demás se ponían a cubierto y abrían fuego a su vez. Aterrizó en el coche enganchado detrás del vagón de correo, enfundó a *Vindicación* (que se había quedado sin balas) y empuñó un Sterrion.

Se preparó para descender de nuevo e intentar abatir a algún ladrón más, pero lo interrumpió un estallido procedente del vagón de correo. La sacudida había sido moderada, para tratarse de una explosión, pero así y todo a Wax le pitaban los oídos. Hizo una mueca mientras se dejaba caer a la plataforma, desde donde distinguió varias figuras que deambulaban en medio del humo, agachándose junto a la caja de caudales para desvalijarla. Alguien empezó a disparar contra él.

Se parapetó arrojándose a un lado y empujó contra la puerta del vagón de correo para cerrarla de golpe, bloqueando los proyectiles con la hoja de metal reforzado. Agarró al vigilante lastimado por las axilas y tiró de él hacia atrás, sobre la pequeña brecha que mediaba entre las dos plataformas, hasta entrar en el vagón de pasajeros contiguo. Se trataba de otro coche dotado de compartimentos privados, aunque de segunda clase, diseñado para dar cabida a grupos más numerosos en sus habitaciones.

En esos momentos se encontraba desierto; los pasajeros, al escuchar el tiroteo en el coche adyacente, habían huido tren abajo. Comprobó cada uno de los compartimentos de todas maneras. Después, dejó al herido apoyado en la pared de un habitáculo y anudó un pañuelo alrededor de la herida, apretando con fuerza.

—El dinero... —dijo el vigilante.

—Lo tienen —replicó Wax—. No merece la pena arriesgar la vida para detenerlos.

—Pero...

—Me he fijado bien en varios de ellos, y espero que tú también. Daremos su descripción a las autoridades, los perseguiremos y les prepararemos una trampa en nuestros propios términos. Además, si se marchan ahora, quizás nos dé tiempo a ayudar a alguno de tus amigos.

El guardia asintió débilmente con la cabeza.

—No pudimos frenarlos. Arrojaron unas botellas por las ventanas... y las puertas saltaron por los aires. Puertas de acero, empujadas hacia el interior del vagón, arrancadas de sus goznes como si estuvieran hechas de papel...

Wax sintió un escalofrío. De modo que también había nacidos del metal entre los bandidos. Se asomó al otro lado de la pared, mirando hacia el vagón de correo, y descubrió que la puerta que él había cerrado estaba abierta de nuevo. Había un hombre delgado en la plataforma, vestido con un abrigo largo y apoyado en un bastón. Gesticuló, hablando con tono de urgencia y apremiando a otro de los salteadores (una mole amenazadora que debía de medir más de dos metros) para que irrumpiera en el coche de Wax.

Maravilloso.

—Métete aquí —le dijo Wax al guardia, mientras abría la trampilla del compartimento para el equipaje que había en el suelo de la habitación—. Mantén la cabeza agachada.

El vigilante entró arrastrándose en el compartimento, estrecho y poco profundo pero suficiente para una persona, incluso con las maletas que lo ocupaban. Agazapado en el umbral del reservado, Wax desenfundó ambos Sterrions. El tren, que continuaba meciéndose, estaba tomando una curva. La locomotora no se había detenido en ningún momento. ¿Ignoraba el conductor que se había producido un ataque, o estaría esforzándose por llegar a la siguiente ciudad?

Herrumbres, el vagón de correo cambiaba por completo la evaluación inicial que había hecho Wax de la situación. Quizás esto no guardase ninguna relación con él. Pero ¿por qué no parar el tren sin más y saquearlo en medio de la nada? Demasiadas incógnitas, sin tiempo para resolverlas. Tenía un bandido al que matar. Debería abalanzarse sobre el bruto y eliminarlo sin darle tiempo a reaccionar. Si se trataba del nacido del metal, la sorpresa sería...

Algo rebotó pasillo abajo y fue a detenerse en el suelo, junto a Wax, justo frente al umbral en el que estaba agachado. Un pequeño tubo metálico. Dio un salto hacia atrás, temiendo que fuese algún tipo de explosivo, pero no sucedió nada. ¿A qué venía aquello?

Horrorizado hasta la médula, en ese momento se dio cuenta de que ya no estaba quemando metal. Dentro de él ya no quedaba nada que consumir.

De alguna manera, sus reservas de acero se habían desvanecido.

Marasi disparó tres veces con el rifle, obligando a los bandidos del vagón contiguo a ponerse a cubierto. «Impresionante», pensó, pasándole distraídamente el arma a Steris para que la recargara. Hasta entonces siempre había utilizado rifles de tiro al blanco. Con ellos había que amartillar el percutor cada vez que se apretaba el gatillo, pero el arma de Waxillium disponía de un tambor de cartuchos que giraba de forma automática, como el de los revólveres.

Steris le devolvió el rifle y Marasi apuntó de nuevo, esperando a que alguno de

los bandidos asomara cualquier parte del cuerpo. Se había parapetado tras el marco de la puerta del compartimento de los criados, y los salteadores no habían realizado ningún intento serio por acercarse a su posición.

Alguien dijo algo a su lado. Marasi echó un vistazo al interior de la habitación, donde Drewton estaba hablando. Se quitó uno de los tapones de cera para los oídos.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Eso son tapones para los oídos? —preguntó el ayuda de cámara.

—¿A ti qué te parece? —Marasi apuntó con la mirilla y efectuó otro disparo.

Drewton se tapó las orejas con las manos. En los reducidos confines del compartimento, la detonación resonó tan atronadora que a la muchacha le irritó que la hubieran obligado a desproTEGERSE los tímpanos.

—¿Siempre los llevas encima? —preguntó Drewton.

—Yo no, Steris. —Por lo visto. La sorpresa de Marasi había sido moderada cuando su hermanastra sacó un par para sí misma antes de (sin concederle al gesto mayor importancia, como si fuese lo más natural del mundo) entregarle a ella otro juego.

—Entonces, ¿esperabais que ocurriera algo así?

—Más o menos —dijo Marasi, atenta a cualquier posible movimiento por parte de los bandidos.

Drewton parecía horrorizado.

—¿Este tipo de cosas ocurren a menudo?

—¿Dirías tú que ocurren a menudo, Steris? —preguntó Marasi.

—¿Hmm? —Steris se quitó uno de los tapones para los oídos—. ¿Decías algo?

Marasi apretó el gatillo y levantó la cabeza. «Me parece que a ese le he dado.»

—El ayuda de cámara quiere saber si este tipo de cosas nos ocurren a menudo.

—A ti más que a mí —respondió tranquilamente Steris—. Las aguas tienden a salirse de su cauce cuando lord Waxillium anda cerca.

—¿«Aguas»? —dijo Drewton—. ¿«Cauce»? ¡Estamos atrapados en un herrumbroso asalto al tren!

Steris lo observó sin inmutarse.

—¿No te informaste acerca de tu futuro señor antes de entrar al servicio de lord Waxillium?

—Sí, bueno... sabía que sentía interés por la comisaría. Igual que otros nobles se interesan por la sinfonía o por los asuntos civiles. Me pareció extraño, pero no impropio. Quiero decir... si guardara alguna relación con el teatro, por ejemplo, eso ya sería harina de otro costal.

«Qué silencio se ha hecho allí de repente», pensó Marasi, tamborileando nerviosamente con un dedo sobre el cañón del rifle. ¿Se propondrían volver a encaramarse a lo alto de su vagón? Aún goteaba sangre de uno de los boquetes del techo, recuerdo de su último intento.

Junto a ella, su hermana chasqueó la lengua con desaprobación ante las palabras

de Drewton. El hombre no había hecho los deberes, lo cual constituía una falta imperdonable a los ojos de Steris. Para ella, pocas cosas más censurables había en el mundo que descuidar los preparativos antes de afrontar cualquier situación.

—¿Vo-volverá? —preguntó Drewton.

—Cuando haya terminado —respondió Steris.

—¿Terminado de qué?

—De matarlos a todos, espero.

La insólita sed de sangre que demostraba Steris sorprendió a Marasi. Por otra parte, no había vuelto a ser la misma desde su secuestro, hacía dieciocho meses. No es que Steris se comportase como si estuviera traumatizada, pero era innegable que había cambiado.

—Ya no intentan llegar hasta nosotros —observó Drewton—. ¿Se habrán retirado?

—Es posible —dijo Marasi. «Seguramente, no.»

—¿Deberíamos ir a echar un vistazo?

—¿«Deberíamos»?

—Bueno, tú. —El hombre se tiró del cuello de la camisa—. Este tiroteo... no me esperaba ninguno. ¿Los criados no suelen quedarse al margen de tales extravagancias?

—Casi siempre —dijo Marasi.

—A menos que la casa entera salte por los aires —matizó Steris.

—Eso.

—Porque entonces... en fin.

—Mejor no mencionarlo siquiera.

—¿Mencionar qué? —quiso saber Drewton.

—Nada, no te preocupes —dijo Marasi, fulminando a Steris con la mirada. En serio, si el hombre era incapaz de documentarse un poquito antes de aceptar un empleo...

—Un momento. —Drewton arrugó el entrecejo—. ¿Exactamente qué le pasó al último ayuda de cámara de lord Waxillium?

Movimientos en el pasillo de nuevo. Marasi levantó el rifle de golpe, lista para disparar. La persona que apareció ante sus ojos no era uno de los bandidos, sin embargo, sino una mujer mayor con un elegante vestido de viaje. Uno de los salteadores caminaba tras ella, apoyándole una pistola en la cabeza.

El proyectil de Marasi le acertó de pleno en la frente.

Se quedó boquiabierta, sorprendida consigo misma, y a punto estuvo de que se le cayese el arma. Por suerte, el bandido que quedaba (al ver que la estratagema no había dado resultado) salió corriendo despavorido del coche, huyendo hacia la parte delantera del tren.

¡Herrumbres! Marasi notó que un reguero de sudor se deslizaba por su sien. Había apretado el gatillo en un acto reflejo, sin pensar siquiera. La pobre rehén

todavía estaba plantada en el sitio, bañada de pies a cabeza por la sangre de su captor. Era una sensación que Marasi conocía muy bien. Sí, demasiado.

A su lado, Drewton profirió una sarta de maldiciones que habrían hecho ruborizarse incluso a Armonía.

—¿En qué estabas pensando? —la increpó—. Podrías haberle dado a esa mujer.

—Las estadísticas... las estadísticas dicen que... —Marasi respiró hondo—. Cierra el pico.

—¿Eh?

—Que te calles. —Se incorporó, sosteniendo el rifle entre sus manos nerviosas, y se dirigió al vagón contiguo.

La mujer había encontrado a su marido (con vida, por suerte) y estaba llorando entre sus brazos. Marasi se acercó al cuerpo inerte del salteador y volvió la mirada atrás, hacia el techo de su vagón, donde yacía otro cadáver. Odiaba esta parte. Tras año y medio trabajando con Waxillium, matar no se había vuelto más fácil. La enervaba y era un desperdicio. Cada persona a la que había que abatir a disparos constituía un nuevo fracaso para la sociedad.

Marasi se armó de valor y, tras efectuar un rápido registro de los compartimentos del vagón de primera, determinó que los salteadores se habían retirado del todo. Después de que un pasajero le asegurara que poseía experiencia con armas de fuego, dejó el rifle a su cargo y le encomendó montar guardia para asegurarse de que ningún bandido volviera a dar señales de vida.

Se trasladó, a continuación, al vagón comedor, donde comprobó el estado de sus ocupantes y procuró tranquilizarlos. Se oían disparos más adelante. Waxillium estaba cumpliendo con su cometido, eficiente y brutal. El coche siguiente (el cuarto desde la cola), de segunda categoría, estaba atestado de habitaciones. También allí se detuvo a ver cómo estaban los pasajeros.

Entre ambos vagones se encontró con cuatro personas a las que había disparado. Una de ellas estaba muerta; otra, gravemente herida, por lo que Marasi fue a ver si Steris, por casualidad, había traído vendas o cualquier otro tipo de material de primeros auxilios. Las probabilidades eran escasas, pero su hermana era su hermana. ¿Quién sabía para qué imprevistos habría decidido aprovisionarse?

Marasi se cruzó con Drewton. El hombre, malhumorado, se había acomodado en uno de los reservados de primera y daba la impresión de estar preguntándose cómo se las había apañado un experto en anudar corbatas para acabar en medio de una batalla campal. Steris, sin embargo, no estaba en el compartimento de los criados. Ni en el que había ocupado con Waxillium.

Cada vez más preocupada, Marasi registró todas las habitaciones del vagón de primera clase. Ni rastro de Steris. Al cabo, se le ocurrió preguntar al guardia que ella misma había apostado.

—¿Esa mujer? —dijo el hombre—. Sí, señorita. Pasó por aquí hace unos minutos, tren arriba. ¿Debería haberla parado? Parecía muy decidida.

A Marasi se le escapó un gemido. Steris debía de haber salido mientras ella comprobaba las habitaciones del vagón de segunda. Contrariada, recuperó el rifle y emprendió la persecución de su hermana.

Las reservas de metal de Wax habían desaparecido.

Se quedó postrado de rodillas, estupefacto. Por el amor de Armonía, era imposible.

Al girarse, descubrió que el gigantesco bandido había entrado en su coche. Las puertas traqueteaban alrededor del hombre, estremeciéndose como si alguien estuviera zarandeándolas violentamente. Wax se metió en el pasillo de un salto y levantó la pistola, pero un empujón se la arrebató de entre los dedos. Inmediatamente después, él mismo se vio empujado hacia atrás, arrastrado por sus cananas. Se estrelló contra la pared del fondo del vagón, justo al lado de la puerta cerrada que comunicaba con la cola del tren.

Gimió de dolor. ¿Cómo? ¿Cómo habían...?

Zangoloteó la cabeza, se apoyó en la pared y usó las hebillas de seguridad para liberarse de sus cintos. Se dejó caer al suelo, dejando las pistolas y el frasquito de metal pegados a la pared mientras el bruto se cernía sobre él como una mole bamboleante.

Se agachó para esquivar el primer ataque del hombre y le golpeó en el costado con un puñetazo con la derecha. Fue como estamparse contra una pared de acero. Retrocedió de un salto, pero, herrumbres, hacía años que no se enzarzaba en un combate cuerpo a cuerpo de verdad... y ya no era tan veloz como antes. El gancho que le lanzó el gigante conectó con él cuando intentaba acertarle en la cara.

Lo deslumbró un fogonazo al tiempo que un estallido de dolor se apoderaba de su mejilla. El impacto lo aplastó contra la pared lateral. ¡Herrumbres! ¿Dónde se había metido Wayne? El bruto volvió a la carga. Wax se lanzó a un lado, esquivándolo a duras penas, y consiguió conectar con el rostro de su agresor. Uno, dos, tres puñetazos en rápida sucesión.

El bruto sonrió. Las puertas traqueteaban aún a su alrededor; era un lanzamonedas, evidentemente, envuelto en una burbuja parecida a la que había empleado antes Wax. Ejercía incluso una tenue presión sobre las mentes de metal que Wax llevaba en los brazos, resistentes a la alomancia.

Su agresor podría haber puesto punto final a la pelea en cualquier momento agarrando un trozo de metal y disparándolo, pero prefería intercambiar porrazos. Como si le hubiera leído el pensamiento, el hombre levantó los puños y asintió con la cabeza en dirección a Wax, sin dejar de sonreír, invitándolo a librarse otro asalto.

«Al diablo con eso.»

Wax se giró, utilizó el hombro como un ariete para forzar la puerta de un compartimento de segunda vacío y corrió en dirección a la ventana.

—¡Eh! —gritó el hombre a su espalda—. ¡Eh!

Wax cargó contra la ventana de un salto e incrementó su peso. Impactó con el hombro por delante, cubriéndose el rostro con los brazos, atravesó el cristal... y a duras penas consiguió agarrarse a la parte inferior del marco mientras se precipitaba al exterior.

Con los dedos goteando sangre a causa de las esquirlas de vidrio, Wax se izó a pulso, afianzó los pies en el marco de la ventana y trepó por la pared del vagón hasta encaramarse al techo del tren. Azotado por el viento que aullaba a su alrededor, le sorprendió descubrir que no estaba solo allí arriba. Cuatro vagones más adelante, un grupo de hombres armados avanzaba en dirección a la locomotora, acarreando un objeto de grandes dimensiones y aparentemente pesado. Por el metal perdido, ¿qué era aquello?

—¡Eh! —dijo de nuevo el gigantón mientras escalaba por el costado del coche.

Con un suspiro, Wax le pegó una patada en la cara cuando intentaba auparse a su posición. El hombre soltó un gruñido. Wax le dio otro puntapié y le pisoteó una mano. El hombre lo miró con expresión iracunda, se dejó caer hasta la ventana y regresó al interior del vagón.

«Se puede derrotar a cualquiera —decía Wayne siempre—, siempre y cuando no le permitas luchar como él quiere.»

Wax se dirigió al centro del coche. Debería perseguir a los hombres que tenía delante, pero ahora estaba desarmado, y lo más probable era que el lanzamonadas de abajo continuase entorpeciéndolo.

«Ya tenéis lo que queríais —pensó—. ¿Por qué seguís peleando?»

La cabeza del bruto reapareció un instante después, descollando sobre el borde del techo del vagón a la altura de la plataforma trasera, donde había una escalera. Wax se abalanzó sobre él a la carrera, dispuesto a pegarle otra patada, pero el gigantón no le dio tiempo a llegar hasta él. Sostenía algo con una mano.

Uno de los cintos de Wax. Maldición.

El hombre sonrió de oreja a oreja mientras se encaramaba a lo alto del tren, desenfundó la enorme escopeta de Ranette y soltó la canana. A sus pies, el tren abandonó el bosque como una exhalación y continuó circulando hacia un puente abierto, bajo el cual, a varias decenas de metros de distancia, serpenteaba un río.

El bruto levantó la escopeta como si se dispusiera a disparar desde la cintura.

«Excelente.»

Wax se tiró al techo del coche mientras el gigantón apretaba el gatillo; el descomunal retroceso que Ranette había instalado en el arma lo pilló completamente desprevenido. La escopeta salió disparada de sus dedos, saltó hacia atrás y se perdió de vista entre los vagones. El hombre profirió un aullido, acunándose la mano.

Wax lo embistió a la altura del pecho. El hombre gruñó, trastabillando de espaldas, pero recuperó el equilibrio antes de caerse del tren. A Wax le dio igual.

Su objetivo era el cinturón, abandonado a los pies del gigantón. Lo recogió con los dedos todavía mojados de sangre. Contenía dos de los ingenios de Ranette, junto

con la última y bendita redoma de metal.

Wax la sacó de un tirón mientras se guardaba la canana en la cinturilla del pantalón. El vial, sin embargo, se le resbaló entre los dedos. Lo recuperó a tiempo, sujetándolo con más firmeza esta vez, pero el empujón del bruto lo lanzó hacia atrás deslizándose por el techo del tren. Maniobró hasta ponerse de rodillas y se agarró al lateral del vagón.

El lanzamoneda seguía empujando. Wax se afianzó con la mano izquierda, pero el brazo derecho (con el que sujetaba el vial) amenazaba con desencajársele a la altura del hombro. El bruto sonrió y comenzó a avanzar sobre él. Cada paso que daba le permitía aumentar la presión de su empujón.

Wax rechinó los dientes. Aunque los cortes que tenía en los dedos eran superficiales, le escocían como mil demonios y la sangre tornaba su presa resbaladiza. Forcejeó, intentando acercarse el frasquito a la boca, pero sin éxito.

Los artilugios esféricos de Ranette. Colgaban de la canana sujetada a su cintura. ¿Podría utilizarlas? ¿Cómo? A sus pies, el tren comenzó a circular por el puente.

El gigantón se cernió sobre Wax, levantó el hombro e intentó formar un puño, pese al pulgar que se había roto. Algo se movió en la escalera, a su espalda. ¿Era una cabeza aquello que asomaba por allí ahora? ¡Wayne!

No. Vio oscilar la punta de una pistola mientras la persona que la empuñaba seguía subiendo. Wayne no usaría un arma de fuego. ¿Marasi?

Al filo del techo apareció Steris, con los cabellos ferozmente alborotados por el viento. Miró al inmenso salteador y después a Wax, y pareció contener la respiración, aunque el estruendo le impidió a Wax, escuchar su jadeo. Terminó de encaramarse y apoyó una rodilla para equilibrarse, con la escopeta de Ranette en las manos.

«Oh, no».

—¡Steris!

El bruto se giró en redondo, alertado de la presencia de la mujer mientras esta afianzaba la culata del arma en su hombro, con los ojos abiertos de par en par y el vestido aplastado por el viento contra su cuerpo.

Apretó el gatillo. La bala se perdió en la distancia, como cabía esperar, pero no sin antes rozar el brazo de su rival, proyectando salpicaduras de sangre en todas direcciones. Con un gruñido de dolor, el descomunal salteador aflojó el empujón con el que mantenía inmovilizado a Wax.

Mientras tanto, por desgracia, el portentoso retroceso del arma (diseñada para enfrentarse a alomantes) había lanzado a Steris de golpe hacia atrás.

Se precipitó al vacío desde lo alto del tren.



Wax se catapultó fuera del tren y se llevó el frasquito a la boca.

Rodando por los aires sobre sí misma, Steris continuaba cayendo en picado hacia el río a sus pies.

Wax descorchó el vial con los dientes, se giró y sorbió el contenido de la redoma. La mezcla de aceite de hígado de bacalao y copos metálicos le llenó la boca. Tardó un valioso momento en tragarse.

Nada.

Nada.

Nada.

Poder.

Con un alarido, Wax consumió el acero y empujó contra los raíles sobre su cabeza. Salió propulsado hacia abajo como una exhalación, chocó con Steris, la agarró y empujó contra la escopeta que giraba descontrolada a sus pies.

El arma golpeó el agua.

Frenaron de inmediato. Debido a la viscosidad del líquido elemento, se podía empujar contra un objeto que estuviera hundiéndose. Un abrir y cerrar de ojos después la escopeta golpeó el fondo del río embravecido. Los dos se quedaron colgando a un par de palmos de la superficie del agua. Una tenue y solitaria línea azul comunicaba a Wax con la escopeta.

Jadeante, respirando con bocanadas cortas y desesperadas, Steris se aferró a él, parpadeó y miró abajo, al río.

—¡Pero qué le pasa a esa escopeta! —exclamó.

—Está diseñada para que la dispare yo —dijo Wax—, tras haber incrementado mi peso para contrarrestar la fuerza del retroceso.

Elevó la mirada hacia el tren, que continuaba alejándose. Ya había terminado de cruzar el río, pero ahora tendría que aminorar para descender por la tortuosa ladera que se extendía al otro lado. Una vez superada la antesala de los altiplanos, proseguiría su camino en dirección a Nueva Seran.

—Sujeta esto. —Le entregó el cinto a Steris y sacó las dos esferas—. ¿En qué estabas pensando? Te dije que te quedaras atrás, en el otro vagón.

—En realidad —replicó la muchacha—, no fue eso lo que me dijiste, sino que mantuviera la cabeza agachada.

—¿Y?

—Y precisamente eso fue lo que hice mientras te buscaba, lord Waxillium. La

experiencia me dicta que, en caso de que se produzca algún tiroteo, en ninguna parte estaré más a salvo que a tu lado.

—Contén la respiración —refunfuñó Wax.

—¿Qué? ¿Por qué debería...?

A Steris se le escapó un gritito cuando Wax empujó contra los estribos del puente de acero, zambulléndolos de golpe en el río. El agua helada los envolvió mientras Wax seguía empujando, impulsándose hacia abajo hasta alcanzar la escopeta (fácilmente localizable merced a su línea azul), posada en el légamo del fondo. Con los oídos palpitando a causa de la presión, recogió el arma, la sustituyó por una de las esferas de Ranette y empujó.

Volvieron a salir del río dejando tras de sí una estela de agua. Wax se elevó hasta donde se lo permitía su ancla y le pasó la escopeta a Steris para que la sujetara. A continuación, empujó contra uno de los pilares del puente a sus pies, propulsándose hacia arriba y a un lado. Otro empujón desde la dirección opuesta los elevó de rebote en el sentido inverso, y Wax consiguió maniobrar hasta aterrizar en lo alto del puente.

El ángulo de estos últimos empujones los había apartado de los raíles, por desgracia. Al sobrevolar el puente tuvo que sacar la otra esfera de Ranette y engancharla en una pequeña abertura que había entre dos de los estribos. Afianzó los garfios para que el siguiente empujón desde abajo, combinado con la tensión del cordel que sostenía en la mano, imprimiera un arco a su trayectoria.

Aterrizó en las vías, con Steris empapada en un brazo y el cordel en el otro. Podía imaginarse la sonrisa de Ranette cuando le contara lo bien que había funcionado su invento. Desacopló los garfios y dio un tirón para que el artefacto regresara a su mano, aunque hubo de recoger el cabo de forma manual.

A Steris le castañeteaban los dientes. Wax la observó de reojo mientras terminaba de enrollar el cordel, esperando verla temblorosa y angustiada. En vez de eso, a pesar de estar calada hasta los huesos, la mujer lucía una sonrisa bobalicona en los labios y un destello exultante en la mirada.

Wax no pudo por menos de sonreír a su vez mientras terminaba de recoger la esfera de Ranette y la sujetaba en su cinto antes de volver a enfundar la escopeta.

—Recuerda, Steris, que este tipo de cosas no deberían gustarte. Antes bien, deberían parecerte aburridas. Lo sé de buena tinta porque me lo ha contado una que yo me sé.

—Hasta alguien que esté sordo como una tapia —replicó ella— puede disfrutar de la actuación de un buen coro, aunque no le dejen cantar en él.

—No me lo trago, cariño —dijo Wax—. Ya no. Acabas de encaramarte al techo de un tren en marcha para descerrajarte un tiro a un salteador y rescatar a tu prometido.

—Es de esperar que una mujer demuestre siquiera cierto interés por las aficiones de su señor esposo. Aunque supongo que debería sentirme ofendida, lord Waxillium, puesto que este ya es el segundo remojón que me das en muy poco tiempo.

—¿No habíamos quedado en que el primero no fue culpa mía?

—Sí, pero este ha sido el doble de frío, así que la balanza queda igualada.

Wax sonrió.

—Prefieres esperar aquí o te vienes conmigo?

—Hmm... ¿Adónde?

Wax apuntó con la cabeza a su izquierda. A lo lejos, el tren estaba llegando al final del abrupto trazado de la ladera y se disponía a enfilar el último recodo antes de proseguir su camino hacia el sur. Steris abrió mucho los ojos y se sujetó a él con más fuerza.

—Cuando aterricemos —dijo Wax—, mantén la cabeza agachada y ponte a cubierto.

—Entendido.

Wax se llenó los pulmones de aire y los propulsó a gran altura en una poderosa parábola por el firmamento nocturno. Tras sobrevolar el río, se precipitaron como un ave de presa sobre la parte delantera del tren.

Ensayó un delicado empujón contra la locomotora para aminorar su descenso y se posó en el vagón carbonero. En el interior de la cabina, frente a ellos, una de las bandidas apuntaba a la cabeza del maquinista con una pistola. Wax soltó a Steris, giró sobre los talones y cargó la escopeta. Empujó contra los cartuchos vacíos cuando estos saltaron por los aires, proyectándolos a través de la pared del fondo de la cabina hasta impactar de lleno contra la cabeza de la mujer. La salteadora se desplomó sobre los controles de la máquina.

El tren aminoró de súbito, con un violento vaivén que a punto estuvo de provocar que Wax perdiera el equilibrio. Volvió a girarse y agarró a Steris del brazo. A su derecha, el sobresaltado maquinista accionó una palanca para suavizar la desaceleración. Estrechando a Steris contra él, Wax saltó de un pequeño empujón hacia la plataforma posterior de la locomotora, donde aterrizaron junto al conductor y el cadáver de la salteadora.

—¿Qué se proponen? —preguntó, soltando a Steris para arrodillarse y recoger la pistola de la mujer abatida.

—Tienen algún tipo de artilugio —balbuceó el maquinista, nervioso, señalando con el dedo—. Van a instalarlo entre el vagón carbonero y el primer coche de pasajeros. ¡Dispararon contra el fogonero cuando intentó defenderme, los muy malnacidos!

—¿Cuál es la ciudad más próxima?

—¡Pie de Hierro! Ya estamos muy cerca. Solo faltan unos minutos.

—Llévenos hasta allí cuanto antes y dé aviso para que los alguaciles de la localidad y algún cirujano nos estén esperando cuando lleguemos.

El hombre asintió desesperadamente con la cabeza. Wax cerró los ojos y respiró hondo mientras se orientaba.

«El último empujón. Vamos allá.»

En el centro del tren, Marasi tenía motivos para maldecir a Waxillium Ladrian. Más motivos todavía, mejor dicho. Los añadió a la lista.

Aunque debería estar buscando a Steris, se le escurría el tiempo entre los dedos apaciguando a los desconsolados pasajeros que no paraban de acosarla. Los bandidos, al parecer, habían pasado como una estampida por los vagones de segunda y tercera, amedrentando a todo el que se cruzaba en su camino para que les entregaran cuanto llevasen encima, por poco que fuera. La gente estaba aterrorizada, alterada y necesitada de alguien con un mínimo de autoridad que la socorriera.

Marasi hacía cuanto estaba en su mano, acomodándolos en los bancos y comprobando quiénes habían sufrido las heridas más graves. Ayudó a vendar a un joven que le había plantado cara a uno de los bandidos y, de resultas de ello, había recibido un balazo en el costado. Quizá consiguiera salir con vida de esta.

Los pasajeros habían visto a Steris pasar por allí. Marasi reprimió una punzada de preocupación y se asomó al vagón adyacente, desierto salvo por un hombre plácidamente instalado en la plataforma de atrás, bastón en mano, bloqueando el paso.

Marasi inspeccionó todos los compartimentos que le salían al paso, con el rifle cargado y amartillado, pero no divisó más bandidos. Este era el último coche de pasajeros antes de llegar a los vagones de mercancías, los cuales, curiosamente, en este tren se encontraban delante. El interior lucía una bonita colección de agujeros de bala en todas las superficies de madera, lo cual sugería que Waxillium había estado allí.

—¿Caballero? —preguntó Marasi, acercándose al hombre solitario. Era esbelto y más joven de lo que le había parecido de espaldas, teniendo en cuenta lo encorvado de su postura y el modo en que confiaba en aquel bastón para sostenerse derecho—. Señor, aquí no está a salvo. Debería trasladarse a los vagones de atrás.

El hombre se volvió hacia ella enarcando las cejas.

—Siempre me siento inclinado a obedecer los deseos de una muchacha bonita —dijo. Marasi vio que mantenía una mano crispada al costado, apretados los dedos, como si estuviera ocultando algo—. Pero ¿qué hay de usted, señorita? ¿Usted no corre peligro?

—Sé cuidar de mí misma. —Marasi se fijó en que el vagón adyacente estaba sembrado de cadáveres. Se le revolvió el estómago.

—¡Seguro que sí! Parece usted más que capaz, ya lo creo. —Se ladeó hacia ella—. ¿No será más de lo que cabría deducir a simple vista? ¿Una nacida del metal, tal vez?

Marasi frunció el ceño ante la inusitada pregunta. Había ingerido una dosis de cadmio, por supuesto, aunque no fuera a servirle de mucho. Su alomancia, por lo general, era algo risible; podía ralentizar el tiempo dentro de una burbuja a su alrededor, lo que conllevaba acelerarlo para todos los demás.

Un poder extraordinario para quien estuviera aburrido y quisiera matar el rato

hasta que comenzara la acción. Pero no servía de mucho en combate, cuando estarías paralizado en el sitio mientras tus adversarios huían o sencillamente se apostaban para acribillarte a balazos en cuanto estallase la burbuja. Esta podía ser de un tamaño considerable, cierto, y albergar dentro a más de una persona; pero eso seguiría dejándola atrapada en su interior y, para colmo de males, probablemente con elementos hostiles.

El hombre esbozó una sonrisa y levantó de repente la mano en la que parecía estar sosteniendo algo. Marasi reaccionó de inmediato, levantando el rifle. Pero, en ese momento, el tren sufrió un vaivén inesperado, aminorando como si alguien se hubiera dejado caer sobre el freno. Con una maldición, el hombre trastabilló y chocó con la pared antes de caerse al suelo. Marasi recuperó el equilibrio a tiempo, pero soltó el rifle.

Miró al hombre, que la observó con los ojos abiertos de par en par antes de incorporarse con esfuerzo (una de sus piernas no se movía con naturalidad) y salir del vagón a la plataforma, cerrando de golpe la puerta a su espalda.

Marasi se quedó petrificada en el sitio, desconcertada. Había dado por sentado que el hombre se disponía a desenfundar una pistola, pero no podía ser ese el caso en absoluto. El objeto era demasiado pequeño. Al agacharse para recoger su arma le sorprendió descubrir junto a ella, en el suelo, un cubo metálico cubierto de símbolos extraños.

Sonaron disparos al frente. Marasi dejó apartada su curiosidad y se colgó el rifle del hombro, decidida a encontrar a Waxillium y, con suerte, a la estúpida de su hermana.

Con los ojos cerrados, Wax sintió cómo ardía el metal. Aquel fuego era familiar y acogedor. El metal era su alma. Comparado con él, el helor del río no era más que una gota de lluvia sobre una hoguera.

Acarició el arma con los dedos. La pistola de un bandido, desconocida para él, y, sin embargo, la conocía; la conocía por las líneas que apuntaban a su cañón, el gatillo, las palancas y las balas del interior. Le quedaban cinco disparos. Podía verlos incluso con los ojos cerrados.

«Adelante.»

Abrió los ojos y salió de la locomotora de un salto, impulsándose a la velocidad del rayo con un empujón. Pasó por encima del vagón carbonero e irrumpió en el primer coche de mercancías, repleto de sacas de correo, para atravesarlo como un vendaval. Frenó de golpe en la plataforma de la parte de atrás y empujó a ambos lados, lanzando a los salteadores de guardia hacia arriba y hacia fuera, uno en cada dirección.

El tren circulaba paralelo al río en esta parte del trayecto. Los árboles se sucedían en vertiginosa sucesión a la izquierda; el agua, a la derecha. Wax se catapultó hacia arriba, hasta el techo del segundo vagón de mercancías, donde había visto a los

bandidos con su artefacto. Otro grupo, más numeroso, se había congregado en lo alto del coche contiguo, el que habían desvalijado.

Abatió a tres de los salteadores disparando con precisa frialdad y se acercó al «artilugio» que había mencionado el maquinista, el cual no era más que una gran caja de dinamita con un detonador acoplado a un reloj. Wax arrancó el detonador de cuajo, lo tiró a un lado y empujó contra la caja para asegurarse de que se hundiera en el río.

La pistola salió disparada de su mano. Se giró y vio al gigantesco bandido de antes, que se abalanzaba sobre él cruzando el techo del tren. Se había separado del grupo de salteadores más nutrido, dejando a sus compinches en el vagón adyacente.

«Otra vez tú», pensó Wax con un gruñido, desabrochándose el cinto pero sujetándolo con un pie para evitar que el viento se lo llevara. El hombre cargó contra él a la carrera. Cuando ya lo tenía encima, Wax se arrodilló y sacó una de las esferas de Ranette.

El bruto empujó contra ella, como cabía esperar, provocando que el artefacto saliera disparado hacia atrás. Wax sujetó con fuerza el cordel y, de un brusco tirón, envolvió con él una de las piernas del bandido.

Este se quedó mirando fijamente la cuerda, desconcertado.

Wax empujó para proyectar la esfera en dirección a unos árboles, donde los garfios encontraron asidero sin dificultad.

—Me parece que esta es tu parada.

El gigantón salió volando violentamente del tren, arrastrado por el cordel. Wax recogió su cinto y echó a andar en dirección al grupo de salteadores, azotado por el viento sobre el techo del tren.

Se enfrentaba al menos a una docena de ellos y estaba desarmado. Por suerte, los bandidos estaban atareados arrojando a uno de los suyos fuera del tren.

Wax pestañeó varias veces seguidas, sorprendido. Pero eso era lo que estaban haciendo, no cabía duda; acababan de tirar al vacío a uno de los suyos. Se trataba del hombre del bastón, que golpeó el agua junto a los raíles con un chapuzón. Los demás empezaron a seguir su ejemplo, lanzándose al río. Uno de ellos había divisado a Wax, sin embargo, y le apuntaba con el dedo. Seis de los salteadores que quedaban levantaron sus armas.

Y se quedaron paralizados.

Wax titubeó, empujado por el viento a su espalda. Los hombres no se movían. Ni parpadeaban siquiera. Wax llegó a su vagón de un salto, sacó un tapón de corcho de su bolsillo (de uno de sus viales) y se lo tiró a los bandidos.

El tapón golpeó algún tipo de barrera invisible y se quedó congelado a su vez, suspendido en el aire. Con una sonrisa de oreja a oreja, Wax se dejó caer entre los vagones y empujó contra el que servía de plataforma a los salteadores. Allí encontró a Marasi, encaramada a una montaña de maletas, con los hombros pegados al techo justo a la altura de los hombres que estaban arriba. La burbuja de velocidad que había generado los mantenía clavados en el sitio.



Wax no había disparado nunca contra ningún médico, pero estaba a favor de probar nuevas experiencias. Quizás hoy fuese el día indicado.

—Que estoy bien —refunfuñó mientras la mujer le limpiaba con algodón la herida del rostro, allí donde lo había golpeado el gigantesco bandido. Se le había partido el labio.

—Eso lo decidiré yo.

Cerca de allí, los alguaciles de Pie de Hierro escoltaban a cuatro bandidos patidifusos por el andén, inundado por la luz que proyectaban las altas farolas eléctricas. Wax estaba sentado en un banco, junto al equipo de cirujanos que estaban atendiendo a los heridos. Algo más lejos, entre las sombras de la noche, una lona cubría los cadáveres que habían recuperado. Demasiados.

—Parece peor de lo que es.

—Tenía usted la cara bañada de sangre, mi señor.

—Me pasé una mano lastimada por la frente, eso es todo. —La doctora ya se la había envuelto con gasas, aunque reconocía que los cortes eran superficiales.

Por fin la mujer dio un paso atrás y suspiró, asintiendo con un ademán. Wax se levantó, recogió el abrigo empapado de agua y se encaminó con paso vivo hacia el tren. Vio a Marasi asomada en la parte delantera. Sacudió la cabeza.

Ni rastro de Wayne ni de MeLaan.

El nudo que tenía Wax en el estómago duplicó su tamaño. «Seguro que Wayne está bien —se dijo—. Puede curarse prácticamente de todo.» Aunque seguía habiendo formas de acabar con un hacedor de sangre. Un tiro en la nuca. Asfixia prolongada. Básicamente, cualquier cosa que obligase a Wayne a sanarse una y otra vez, hasta que sus reservas feruquímicas se agotaran.

Y, por supuesto, tampoco podía olvidarse del extraño efecto que, de alguna manera, le había robado sus poderes alománticos a Wax. Si aquello surtiera efecto también sobre la feruquimia...

Wax montó de un salto, pasó junto a Marasi sin decir palabra y comenzó su propio registro. El interior del tren estaba oscuro, ahora que se había detenido, y la única claridad provenía del andén. No se veía gran cosa.

—¿Lord Waxillium? —lo llamó el alguacil Matieu, asomando la cabeza entre dos de los coches. Era un hombre desgarbado y de sonrisa fácil, pero esta se le borró de los labios cuando Wax lo dejó atrás sin prestarle atención.

—Ocupado.

Una vez en el coche adyacente, las líneas azules le permitirían distinguir cualquier fuente de metal, incluso en la oscuridad. Wayne debía de llevar encima sus brazaletes y sus viales. «Busca fuentes de metal tenues, ocultas detrás de algo.» Quizá... quizá se hubieran limitado a dejarlo sin sentido antes de abandonarlo en alguna parte.

—Hmm... —carraspeó el alguacil a su espalda—. Me preguntaba si alguno de sus sirvientes podría necesitar, esto... asistencia emocional.

Wax frunció el ceño y miró por la ventanilla hacia donde Drewton estaba sentado, rodeado por lo menos de tres enfermeras. El hombre aceptó una taza de té mientras se lamentaba de su espantosa experiencia. Wax podía oírlo incluso desde el interior del vagón.

—No —respondió—. Gracias.

Matieu lo siguió a lo largo del tren. Era el capitán de la zona, aunque, por lo que Wax había podido colegir, esta localidad era tan pequeña que la mayoría de sus casos debían de consistir en investigar quién había robado la leche del portal de la señora Hutchen. Se alegraba de haber encontrado cirujanos, eso sí. Seguramente se pasaban la mitad del tiempo atendiendo a las vacas, pero eso era mejor que nada.

Ocupaban el andén no pocos agentes más jóvenes. Ya habían guardado sus estúpidos libros de autógrafos, por suerte, aunque parecían desolados ante el hecho de que su capitán no les permitiera acosar a Wax.

«¿Dónde?», pensó este, sintiéndose cada vez más angustiado. Un instante después apareció Marasi con una lámpara de aceite, iluminando con su luz el vagón para él mientras registraba un compartimento repleto de sacas de correo.

«No estará aquí.» Se hallaban en la parte delantera del coche que transportaba el cargamento secreto de nóminas. Era imposible que Wayne hubiese conseguido cruzarlo; estaría bloqueado incluso antes de la llegada de los bandidos. Necesitaba ser concienzudo, sin embargo. Comenzó a inspeccionarlo, llamando por señas a Marasi y sorteando los restos del vagón asaltado.

Matieu lo seguía pegado a sus talones.

—Debo decir, lord Waxillium, que hemos tenido mucha suerte de que viajara usted a bordo de este tren. La Banda de los Nocturnos estaba volviéndose cada vez más atrevida, aunque no los creía capaces de intentar algo así.

—Entonces —intervino Marasi—, ¿se trata de una formación ya establecida?

—Sí, claro —respondió Matieu—. Todo el mundo conoce a los Nocturnos por estos lares, aunque suelen actuar en poblaciones más próximas a los Áridos. Me imagino que el botín será escaso al otro lado de las montañas, así que han empezado a aventurarse en el interior. ¡Pero esto! ¿Asaltar todo un tren? ¿Y robar los pagos de Erikell? Hace falta valor. Esa gente se dedica a fabricar armas, ya sabe.

—Los acompañaba al menos un alomante —observó Wax mientras encabezaba la comitiva a través del vagón de correos deserto, el cual olía aún débilmente a formaldehído.

—Ignoraba ese detalle —dijo Matieu—. ¡Más afortunados todavía de que estuviera usted presente!

—No evité que escaparan, ni que robaran las nóminas.

—Abatió o capturó a más de la mitad de ellos, mi señor. Los prisioneros nos conducirán hasta el resto. —El alguacil titubeó—. Habrá que organizar una batida, mi señor. Se estarán dirigiendo a los Áridos. Nos vendría bien su ayuda.

Wax barrió el interior del vagón con la mirada, atento al menor indicio de cualquier línea azul.

—¿Y el cojo?

—¿Mi señor?

—Daba la impresión de estar al mando —dijo Wax—. Un hombre, vestido de forma elegante, que se ayudaba de un bastón para caminar. De un metro ochenta de alto, aproximadamente, de facciones enjutas y el pelo moreno. ¿Quién es?

—No conozco a esa persona, mi señor. El líder de la Banda de los Nocturnos responde al nombre de Donny.

—¿Grande? —preguntó Wax—. ¿Con el cuello como un tronco?

—No, mi señor. Donny es menudo y jovial. El kig más herrumbrosamente perverso que se haya echado jamás a la cara.

Kig. En términos coloquiales, una persona por cuyas venas corría sangre de koloss. Wax no había visto entre los salteadores a nadie con el tono de piel necesario para encajar en esa categoría.

—Gracias, capitán.

El hombre pareció darse cuenta de que Wax estaba dándole permiso para marcharse, pero vaciló.

—Entonces, ¿podemos contar con su ayuda, mi señor? ¿Cuando persigamos a Donny y su banda?

—Ya se lo haré saber.

Matieu ensayó un saludo marcial, lo cual era completamente inapropiado (Wax no formaba parte de esta jurisdicción), y se retiró. Wax reanudó la búsqueda, abriendo un compartimento para el equipaje bajo el primer coche de pasajeros. Las líneas de metal que lo habían conducido hasta allí señalaban tan solo a unas cuantas maletas.

—Waxillium —dijo Marasi—, no puedes sumarte a su cacería. Ya tenemos una misión.

—Las dos podrían estar relacionadas.

—O no. Ya lo has oído, Waxillium. Estos individuos son criminales reincidentes.

—A los cuales les ha dado por asaltar precisamente el tren en el que viajábamos.

—Pero, al mismo tiempo, se quedaron pasmados al encontrarse con un pistolero alomante en el último vagón. En vez de bombardearnos con dinamita y acribillar el coche a balazos, enviaron un par de hombres a desvalijar a quienes daban por sentado que serían víctimas fáciles.

Wax reflexionó sobre aquello mientras registraba otro compartimento para el

equipaje, preparándose para lo peor. Ningún cadáver. Dejó escapar el aliento.

—No puedo pensar en esto ahora mismo —dijo.

Marasi asintió con la cabeza, comprensiva. Inspeccionaron los demás compartimentos; Wax no vio ninguna línea sospechosa, de modo que prosiguieron su camino. Diviso a Steris al cruzar el espacio que mediaba entre ambos vagones, observándolo. Se encontraba sola, sentada en un banco con una manta sobre los hombros, sosteniendo una taza humeante en las manos. Su actitud denotaba una tranquilidad absoluta.

Wax reanudó la marcha. Perder amigos formaba parte de la vida de un vigilante; le había sucedido más veces de las que podía contar. Pero después de lo que había pasado en la ciudad, hacía seis meses... en fin, no estaba seguro de cuál sería su reacción si se quedaba sin Wayne. Se armó de valor, entró en el vagón adyacente y abrió el primer compartimento para el equipaje. Momento en el cual se quedó petrificado. Distinguió unas tenues líneas azules procedentes de otro rincón del coche. Se movían.

Wax se abalanzó sobre ellas. Marasi lo siguió, alerta de súbito, sosteniendo la lámpara en alto. Las líneas provenían del suelo, en el interior de uno de los compartimentos. Solo que no había ninguna maleta en el portaequipajes, ni bultos desperdigados por el suelo. Se trataba de un cuarto privado que debía de haberse quedado sin reservar este viaje.

Wax entró y arrancó de cuajo la trampilla del compartimento para el equipaje del suelo. Wayne lo observó desde abajo, parpadeando. El chico tenía el pelo alborotado y la camisa desabrochada, pero no estaba maniatado, que Wax pudiera ver. No parecía haber sufrido ningún daño. De hecho...

Wax se puso en cuclillas. La luz de Marasi reveló lo que hasta entonces le había ocultado la cortina del compartimento: a MeLaan, desnuda de cintura para arriba. El kandra se sentó inmediatamente, enderezando la espalda en un ejercicio de falta de timidez e impudicia.

—¡Pero si nos hemos parado! —exclamó—. ¿Es que hemos llegado ya?

—Bueno —protestó Wayne, ya completamente vestido, aunque todavía llevaba el pelo hecho un desastre—, ¿y cómo herrumbres esperabas que supiera que nos estaban asaltando?

Wax lo escuchaba solo a medias, sentado en la dependencia de la estación que los empleados del ferrocarril les habían abierto para que pudieran hablar a solas. Sabía que debería mostrarse enfadado, pero la sensación predominante que lo embargaba era el alivio.

—Porque se trata de nosotros —dijo Marasi, con los brazos cruzados—. Porque nos dirigimos a una situación peligrosa. No sé. Por lo menos podías habernos avisado de lo que ibas a hacer. —Titubeó—. Que, por cierto, ¿a quién se le ocurre!?

Wayne se quedó callado en su asiento, ante ella, con la cabeza agachada. MeLaan

estaba apoyada en la pared, junto a la puerta. Tenía la mirada fija en el techo, aparentando ser la viva imagen de la inocencia.

—Solo quería seguir tu consejo —replicó el muchacho al final, señalando a Marasi— y pasar página.

—¡Eso no es «pasar página», Wayne! ¡A eso lo llamo yo saltarse todos los capítulos y descuadernar el libro entero de golpe!

—No me gusta hacer las cosas a medias —replicó él solemnemente, con la mano en el pecho—. Hacía tiempo que no me pegaba un buen revolcón a cuenta de mi esmerada y monógama idealización de una bella pero inalcanzable...

—¿Y cómo —lo interrumpió Marasi— es posible que no oyeras nada de la pelea? Se produjo un tiroteo, Wayne. Prácticamente encima de ti.

—Bueno, verás —dijo el muchacho, poniéndose colorado—, es que estábamos de lo más ocupados. Y pegados a las vías, además, que arman un buen escándalo. Buscábamos un rinconcito en plan íntimo, ya sabes, y... —Se encogió de hombros.

—¡Bah! ¿Te das cuenta de lo preocupado que estaba Waxillium?

—A mí no me metas en esto —dijo Wax, con los pies apoyados en el banco adyacente.

—Ah, conque apruebas esta conducta. —Marasi se volvió hacia él.

—Cielos, no. Si aprobase siquiera la mitad de las cosas que hace Wayne, Armonía seguramente me dejaría fulminado en el acto. Pero está vivo, y nosotros también, y no podemos tenerle en cuenta que buscase algo de distracción durante lo que asumíamos que iba a ser un simple paseo en tren.

Marasi lo observó en silencio durante unos instantes, exhaló un suspiro y salió a la plataforma, pasando por delante de MeLaan sin mirarla ni de reojo.

Wayne se puso de pie. Mientras se acercaba a Wax, sacó su caja de goma de mascar del bolsillo y le dio unos golpecitos contra la palma de la mano para asentar el azúcar de su interior.

—Los salteadores esos —dijo—, ¿no le pegarían un tiro de refilón en salva sea la parte cuando tú no mirabas, por casualidad? Porque me da que anda un pelín escocida.

—Estaba preocupada por ti —replicó Wax—. Hablaré con ella cuando se hayan enfriado los ánimos.

MeLaan se separó de su posición junto a la puerta.

—¿Algún detalle extraño relacionado con el ataque?

—Por dónde empezar —dijo Wax, poniéndose en pie y desperezándose. Herrumbres. ¿Estaría volviéndose realmente demasiado viejo para esto, como le gustaba bromear a Lessie cuando quería tomarle el pelo? Antes solía sentirse revitalizado después de una buena pelea.

«Son las muertes», pensó. Solo había fallecido uno de los pasajeros, un señor mayor. Pero habían perdido a media docena de los guardias que custodiaban las nóminas, por no decir nada de los numerosos heridos.

—Uno de los bandidos —le dijo a MeLaan— hizo algo que anuló mi alomancia.

—¿Una sanguijuela?

Wax negó con la cabeza.

—No llegó a tocarme.

Las sanguijuelas que quemaban cromo podían bloquear el acceso a los metales de un alomante, pero necesitaban recurrir al contacto.

—La sensación era idéntica, sin embargo. El metal estaba allí, y al instante siguiente había dejado de estarlo. Pero, MeLaan, había algún tipo de artefacto implicado. Un cubo metálico de pequeñas dimensiones.

—Espera —dijo una voz. Marasi reapareció en el umbral—. ¿Un cubo?

Ante el intenso escrutinio de los tres, se ruborizó bajo la intensa iluminación eléctrica.

—¿Qué pasa?

—Que te habías ido —señaló Wayne—, toda enrofuñada.

—Pues ya he vuelto. —Marasi se acercó a Wax con paso vivo mientras rebuscaba en uno de sus bolsillos—. Puedo enrofu... enfurruñarme igual aquí dentro. —Extendió la mano, en la que sostenía un pequeño cubo metálico.

El mismo que Wax había visto antes de que le drenaran su acero. Lo recogió de la palma de la muchacha.

—¿De dónde has sacado esto?

—Se le cayó al tipo del bastón —respondió Marasi—. Hizo ademán de apuntarme con una pistola y sacó esto.

Wax se lo enseñó a MeLaan, que sacudió la cabeza.

—Qué pistola más rara —señaló Wayne.

—¿En alguna parte de esos documentos de los que hablaba VenDell —preguntó Wax— se menciona algún artilugio que anule la alomancia?

—No, que yo sepa —dijo el kandra.

—Es que, a ver —insistió Wayne—, ni siquiera tiene cañón ni nada.

—Por otra parte —matizó Marasi, recuperando el cubo—, ¿tú no habías dicho que no estabas prestándole atención a la investigación, MeLaan?

—Ciento.

—Además, si el herrumbroso chisme ese se disparara —añadió Wayne—, la bala sería como una pulga.

—Wayne —suspiró Marasi—, ¿no sabes cuándo dar un chiste por muerto?

—El chiste nació ya sin pulso, bonita. Lo que intento es darle un entierro medianamente digno.

—Necesitamos otro tren que se dirija al sur —dijo Marasi, volviéndose hacia los demás.

—Estos bandidos quizás posean información —apuntó Wayne—. Perseguirlos podría ser práctico. Además, no he tenido ocasión de patear a ninguno, entretenido como estaba con mis inoportunos besuecos.

—Inoportunos, tal vez, pero sabrosos —añadió MeLaan. Ante la iracunda mirada que le lanzó Marasi, añadió—: ¿Qué? Es verdad. El pobre llevaba años sin dar rienda suelta a su fogosidad. Necesitaba liberar toda esa energía acumulada.

—Ni siquiera eres humana —dijo Marasi—. Debería darte vergüenza. Sin mencionar el hecho de que tienes seiscientos años.

—Soy joven de corazón. Literalmente. El que late en mi pecho es la copia exacta del de una chica de dieciséis años que me comí hace unos meses.

Un silencio incómodo se apoderó de la estancia.

—Oh... ¿Ha sido de mal gusto? —preguntó el kandra, haciendo una mueca—. Lo ha sido, ¿a que sí? Su sabor tampoco era nada del otro mundo, por si os sirve de consuelo. Llevaba muy poco tiempo descomponiéndose y, además... Debería ir pensando en cambiar de tema. Nueva Seran. ¿Vamos o nos quedamos persiguiendo bandidos?

—Vamos —dijo Wax, ganándose un gesto de aprobación por parte de Marasi—. Si esto está conectado, volveremos a cruzarnos con ellos. Si no, veré lo que puedo hacer para ayudar cuando nos hayamos encargado de mi tío.

—¿Y cómo piensas llegar a Nueva Seran? —quiso saber Wayne—. Nuestro tren no tiene pinta de ir a salir de esta estación tan deprisa.

—Viajaremos en un mercancías —respondió Wax mientras consultaba los horarios de la pared—. Pasará por aquí dentro de una hora. Van a desviar nuestro tren al taller de reparaciones, así que podremos preguntar si nos dejan montar en el otro. Será un poco incómodo, pero por la mañana habremos llegado ya a nuestro destino. Recoged las maletas. Espero que no estén demasiado agujereadas.

Wayne y MeLaan obedecieron, caminando hombro con hombro. Quizá hubiera realmente algo entre ellos. El recordatorio de lo extraña y anciana que era MeLaan, por lo menos, no parecía haber dejado a Wayne preocupado en lo más mínimo.

Por otra parte, Wayne tampoco destacaba por su buen gusto con las mujeres. Bueno, ni con ninguna otra cosa, en realidad. Wax observó de reojo a Marasi, que se había quedado atrás. Sostenía el pequeño cubo en las manos, dándole vueltas entre los dedos mientras inspeccionaba los intrincados grabados que recubrían sus caras.

—¿Te importaría prestarme los apuntes de VenDell otra vez? —preguntó la muchacha—. Quizá contengan algo relacionado con este chisme.

—¿Tú también estás convencida de que esto no ha sido ningún asalto al tren al azar?

—Un poquito, a lo mejor. Deberías hablar con mi hermana.

—Parecía de lo más tranquila cuando la vi antes.

—Por supuesto que está tranquila —dijo Marasi—. Se trata de Steris. Pero también ha empezado a hacer punto.

—... ¿Y eso es malo?

—Steris solo hace punto cuando la sobreviene un deseo irrefrenable de mostrarse normal —le explicó la muchacha—. Leyó en alguna parte que es el pasatiempo

apropiado para las mujeres de bien. Lo aborrece con toda su alma, aunque moriría antes de confesárselo a nadie. Hazme caso. Si hay agujas de punto por medio es que está preocupada. Podría hablar yo con ella, pero a mí nunca me ha hecho caso. Ni siquiera sabía que existía hasta que llegamos a la adolescencia. Además, será mejor que vayas acostumbrándote a esto.

Salió del cuarto andando a zancadas, y Wax se descubrió sonriendo, curiosamente. Podían decirse muchas cosas de ella, pero Marasi había progresado mucho desde la primera vez que se vieron.

Recogió su chaqueta del gancho de la pared, se la puso y salió a la noche. Marasi estaba buscando al jefe de estación, probablemente para garantizarles acceso al tren de mercancías. Wax caminó sin prisa junto a las vías, paseando bajo las frías luces eléctricas, hasta llegar al banco en el que Steris estaba atareada con sus lanas.

Se sentó a su lado.

—Dice Marasi que atraviesas un bache.

Las agujas de Steris se quedaron inmóviles.

—Nunca te ha gustado andarte con rodeos, lord Waxillium.

—Puede ser.

—Pero, como ambos sabemos, es todo fachada. Te criaste entre la élite de Elendel. Te asignaron tutores y maestros de dicción. De joven, asistías constantemente a fiestas y bailes.

—Y después me pasé veinte años en los Áridos —replicó Wax—. Los vientos que soplan allí son capaces de erosionar hasta el granito más resistente. ¿Te sorprende que puedan hacer lo mismo con una persona?

Steris se giró hacia él, con la cabeza ladeada.

Wax exhaló un suspiró y se repantigó, con las piernas estiradas cruzadas a la altura de los tobillos.

—¿Has estado alguna vez fuera de tu elemento? ¿En algún sitio donde todo el mundo parezca percibirte inmediatamente de ello? Los demás saben comportarse. Saben lo que hay que decir. Pero, herrumbres, tú eres incapaz de desenredar esa madeja.

—Acabas de describir toda mi vida —musitó Steris.

Wax la rodeó con un brazo y dejó que apoyara la cabeza en su hombro.

—Bueno, pues así eran para mí todas aquellas fiestas. Las reuniones sociales eran un suplicio. Todos riéndose y yo allí plantado, desquiciado por la ansiedad y devanándome los sesos para averiguar qué se esperaba de mí. No sonreía mucho por aquel entonces. Supongo que sigo sin hacerlo. En cuanto se me presentaba la menor ocasión, me escabullía y me refugiaba en alguna terraza tranquila.

—¿Y qué hacías allí? ¿Leer?

Wax se rio por lo bajo.

—No. No me importa hojear algo de vez en cuando, pero el auténtico apasionado de los libros es Wayne.

Steris levantó la cabeza, sorprendida.

—En serio —continuó Wax—. Vale, le gustan sobre todo los que tienen ilustraciones, pero le gusta leer. A menudo en voz alta. Deberías oírlo poniendo voces. Yo... me limitaba a buscar un balcón con vistas a la ciudad y miraba. Escuchaba. —Sonrió—. Cuando era pequeño, no pocas personas opinaban que era un poco lento porque me gustaba sentarme frente a la ventana con la mirada perdida.

—Hasta que acabaste en los Áridos.

—Me alegré de alejarme de Elendel y sus farsas. Dices que no me gusta andarme con rodeos... Pues bien, esa es la clase de persona que quiero ser. Esa es la clase de persona que admiro. Quizá finja ser así nada más, pero mi actuación es sincera. Que me aspen, vaya si lo es.

Steris se quedó callada un momento, con la cabeza en su hombro, y Wax dejó vagar la mirada por la oscuridad. Bonita noche, a pesar de todo lo que había pasado.

—Te equivocas. —Observó Steris, al cabo; su voz sonaba adormilada—. Sí que sonrías. Sobre todo cuando vuelas en alas de tus líneas de acero. Solo entonces me parece ver... ver que eres... verdaderamente feliz...

Wax la miró, pero Steris parecía haberse quedado dormida, a juzgar por lo acompasado de su respiración. Se acomodó en el banco y pensó en lo que acababa de decirle mientras esperaba a que el mercancías se detuviera por fin en la estación.

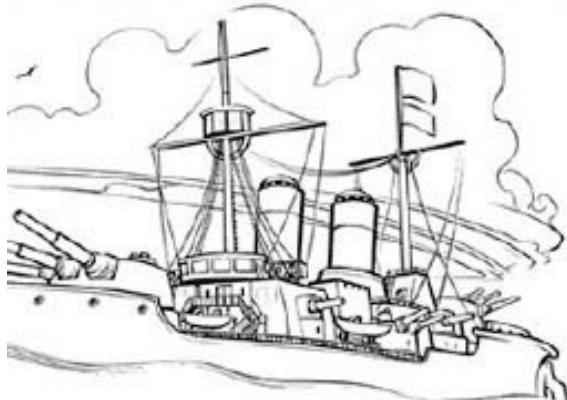


CENDIENTE

de cladence de 342

2 €

s de Bilmung «entre- ridades de Elendel



¿Tiene metal Armonía?

Galabris Menthon, filósofo de la Primera Era, planteó esta pregunta con carácter retórico, pero incluso el lord Nacido de la Bruma estaba pensando en ello cuando formuló sus famosas palabras:

«En teniendo metal que lo tiene Sazed?»

El debate se perpetúa en consejos y tabernas por igual, pero ahora, merced a los últimos adelantos científicos, por fin estamos un poco más cerca de descubrir la respuesta.

(Continúa en la parte de atrás.)



Golpe en la mansión de los Farthing!

Un acto de vandalismo y latrocínio tiene en vilo a la élite de la ciudad. Alguien entró en la Mansión Farthing ayer por la noche, se llevó algunos objetos y pintó un símbolo dorado invertido en la pared.

Lady Farthing ofrece una recompensa a quien le devuelva sus joyas. Tengan la bondad de presentar cualquier información que posean en la comisaría del centro.

(Continúa en la parte de atrás.)



The mark of the vandal

¡OBREROS, UNÍOS!

MULTITUDINARIO

¡OBREROS, UNÍOS!
ESTA NOCHE a la 7^a HORA
EN EL

Cruce de Embel con la 5^a
MANIFESTAOS CONTRA
LOS IMPUESTOS INJUSTOS
Y LA PRECARIEDAD
SALARIAL



GOMA DE MASCAR

Pasa de Elendel y compra productos locales
La Elección del Aplacador es la ENGA opción.



—En verdad —dije—, un ápice de cortesía por tu parte podría haber evitado toda esta debacle y ahora no estarías colgando a quince metros de tu muerte, agarrado a los hilos de un mapa mal dibujado. Sube. Lleguemos a un acuerdo.

Extendió la mano, como si se dispusiera a aceptar mi oferta, pero algo centelleó en ella a la luz de las estrellas. Quemé metal por instinto, liberando una mano para tocar el objeto.

Era un cuchillo de caza corriente y moliente.

—Cortesía —se burló—. Pero



Wax se despertó de golpe, sobresaltado por el sonido de unas explosiones lejanas.

Se puso en pie de inmediato y tanteó en busca de sus metales, legañoso y desorientado. ¿Dónde estaba? En la habitación de los empleados del tren comercial, espaciosa y dotada de unos rígidos divanes, ubicados al fondo, en los que los maquinistas aprovechaban para pegar una cabezada mientras esperaban a que terminara de descargarse la mercancía. Steris dormía en uno de ellos, arropada con su chaqueta. Wayne se sostenía en la esquina, con el ala del sombrero tapándole la cara.

Habían dejado atrás a los criados, por ahora; los seguirían en el siguiente tren de pasajeros. MeLaan había decidido viajar en la parte de atrás, con el equipaje; quería examinar sus colecciones de huesos y elegir el cuerpo adecuado para pasar la noche.

Wax engulló sus metales, desenfundó a *Vindicación* y avanzó a trompicones en dirección al sonido... el cual, ahora que estaba despierto, ya no estaba seguro en absoluto de que perteneciera a ninguna detonación. Se trataba más bien de una reverberación, como un terremoto, que retumbaba en la distancia. Salió a la cabina de la locomotora. Era esta una máquina de las nuevas, de combustión interna, sin necesidad de caldera para el carbón.

Marasi se encontraba en la parte delantera con el maquinista, un tipo alto de ojos brillantes y antebrazos como pistones.

Esos retumbos... Wax frunció el ceño y bajó el arma ante la mirada de soslayo que le lanzó Marasi. El cielo era azul y radiante; ya se había hecho de día. Al adentrarse en la cabina vio que Nueva Seran se alzaba ante ellos. La ciudad se desplegaba sobre una serie de gigantescas terrazas lisas de piedra. Había al menos una docena de ellas, surcadas todas por múltiples cauces de agua que las atravesaban y se precipitaban por el borde a la siguiente terraza. El sonido que lo había despertado no lo producía ningún terremoto ni explosión, sino aquellas cascadas.

En algunos puntos, el salto de agua no era más que un pequeño reguero, una caída de un metro y medio o así. Pero, en otros, las majestuosas cataratas surcaban el aire durante quince metros o más antes de estrellarse contra la siguiente plataforma de piedra. El efecto daba la impresión de deberse a la mano del hombre, puesto que los distintos arroyos y cascadas terminaban confluyendo todos en el mismo río, el cual fluía alejándose de la ciudad en dirección a la distante Elendel.

Wax guardó a *Vindicación* en su funda, aunque no a la primera; tan

hipnotizado estaba por el espectáculo de las cataratas. De la ciudad entera, en realidad. Los edificios brotaban como árboles entre los ríos, y profusas enredaderas verdes se descolgaban por los acantilados como trenzas exuberantes. Detrás se alzaban las montañas de Seran, solemnes y coronadas de nieve.

Sonriendo de oreja a oreja, Marasi asomó la cabeza fuera de la cabina para admirar la ciudad en todo su esplendor. Junto a sus palancas, válvulas y manivelas, el maquinista se esforzaba por aparentar una indiferencia impostada, visiblemente atento a la reacción de Wax y Marasi.

—A menudo me da por pensar —habló por fin el hombre— que Armonía quiso lucirse con la creación de este sitio.

—No tenía ni idea de que existiera algo así —admitió Wax, situándose junto a Marasi. A su espalda, Wayne bostezó y se incorporó, anquilosado.

—Ya, bueno —replicó el maquinista—, a la gente de Elendel se le suele olvidar que hay todo un país fuera de su ciudad. No se ofenda, mi señor. Elendel es un lugar apabullante, es normal que muchos acaben deslumbrados por él.

—¿Es usted de Nueva Seran? —preguntó Marasi.

—De pura cepa, capitana Colms.

—En tal caso, quizá pueda indicarnos dónde encontrar nuestro hotel. ¿El Puerta de Cobre?

—Oh, qué bonito. —El maquinista apuntó con el dedo—. Terraza superior, en el distrito del aguador. Busquen la estatua grande del lord Nacido de la Bruma. No está ni a dos bloques de allí.

—¿Hasta dónde podría acercarnos? —preguntó Marasi.

—No mucho, me temo. Este tren no es de pasajeros, e incluso esos solo pueden acceder a los niveles intermedios. Pararemos abajo del todo. Les llevará unas horas llegar arriba en los funiculares. También hay rampas, por si prefieren viajar en carroaje, pero se tarda más... y las vistas son más espectaculares desde el funicular.

Esa opción sería maravillosa, pensó Wax, si hubieran disfrutado de una noche de sueño reparador. Necesitaban descansar en condiciones y reponer fuerzas antes de la recepción que los aguardaba al cabo de la jornada.

—¿Atajo? —le preguntó a Marasi.

—Date cuenta de que llevo puesta una falda.

—Soy consciente de ello. ¿Qué pasó con aquel coqueto uniforme de alguacil nuevo y sus pantalones?

—Guardado. No a todo el mundo le gusta vestir de uniforme si no es por obligación, Waxillium.

—Bueno, siempre puedes esperar y coger el funicular. Pero acuérdate de mí, descansando plácidamente en la mullida cama del hotel, mientras tú parpadeas con los ojos llenos de legañas y se te cae la cabeza de...

—Vale, de acuerdo —claudicó Marasi, acercándose a él—. Procura pasar por donde no haya mucha gente, eso es todo.

Wax le pasó un brazo por la cintura.

—Volveré a por los demás —informó a Wayne, que asintió con la cabeza—. Maquinista, tenga la bondad de enviar nuestro equipaje al Puerta de Cobre.

—Sí, mi señor.

Wa

Wax abrió la puerta corredera de la cabina, se tomó otro trago de copos de metal (recuperados de las reservas que llevaba en el equipaje) y sujetó con firmeza a Marasi. Quemó acero y saltó. Un empujón llameante los alejó volando del tren, que comenzaba a aminorar la marcha ahora que se aproximaba a los edificios arracimados en torno a la base de Nueva Seran.

Cayeron en dirección a ellos, pero un disparo con *Vindicación* cuando se acercaban al suelo le proporcionó algo contra lo que rebotar. Wax se propulsó con Marasi hacia arriba, dejando atrás los niveles inferiores, aprovechando el metal que les salía al paso para mantenerlos en suspensión.

Aquí los edificios eran mucho más pequeños que en Elendel. Pintorescos, incluso. En la capital uno no podía permitirse el lujo de dilapidar el escaso espacio disponible construyendo viviendas individuales; allí las torres de apartamentos constituían la norma, incluso en los suburbios. Se vivía en una especie de fluctuación eterna, donde algunas secciones de la ciudad sucumbían al deterioro con el paso del tiempo y se llenaban de indigentes, mientras que quienes podían costearse algo nuevo se trasladaban a otras secciones. Siempre le había fascinado el hecho de que, si se consultaban los mapas antiguos, podía comprobarse que lo que ahora se consideraban barrios bajos habían sido terrenos de lujo en su día.

Vio pocos edificios de apartamentos en Nueva Seran, y solo tres rascacielos, confinados a un pequeño distrito comercial emplazado en el nivel superior. Aunque las terrazas acotaban los límites de la ciudad, daban la impresión de ser lo bastante espaciosas como para albergar holgadamente a toda su población. Abundaban los parques y los cursos de agua, si bien ninguno de ellos era lo bastante profundo como para resultar navegable, al contrario de lo que sucedía con los canales de Elendel.

Sobrevoló los tejados en vez de las calles pensando en Marasi, aunque esta no estaba teniendo muchos problemas con la falda. Se la había recogido alrededor de las piernas antes de empezar, y el movimiento, ascendente por lo general, evitaba que se desplegaran.

Wax los impulsó a ambos en grandes paráolas sobre las zonas residenciales hasta llegar a la siguiente cara del acantilado, donde encontró un funicular y lo usó de ancla para impulsarlos unos quince metros hacia arriba, hasta el nivel superior de las terrazas. Gozaba del momento, de la libertad, de la belleza que lo rodeaba. Tenía algo de majestuoso planear junto a una catarata atronadora, con un despliegue de estanques relucientes y jardines exuberantes a sus pies.

Coronaron la pared del acantilado, y Wax se posó con delicadeza junto a los saltos de agua. Marasi dejó escapar el aliento que estaba conteniendo cuando la soltó;

la tensión de su presa le indicó que la muchacha no había disfrutado tanto como él del trayecto. Empujar el acero no era algo natural para ella, como tampoco lo eran las alturas; se apartó del borde del precipicio en cuando Wax la hubo liberado.

—¿Vas a recoger a los otros?

—Busquemos primero el hotel —dijo Wax, señalando hacia una estatua que había divisado antes de aterrizar. Aún se entrevía la pátina verdosa que recubría la cabeza de la figura por encima de los tejados de las viviendas cercanas. Encaminó sus pasos en esa dirección.

Marasi siguió su ejemplo, y entraron en una calle generosamente transitada, con las esquinas ocupadas por vendedores de pasquines que anuncianan su mercancía a voz en cuello. Había menos caballos y carroajes que en Elendel; casi ninguno, aunque vio numerosos velocípedos. Dada la distribución de la ciudad, tenía su lógica. Le pareció interesante que el sistema de funiculares no se limitara a comunicar entre sí los distintos niveles; también había líneas que surcaban el cielo sobre sus cabezas, transportando a la gente de una sección a otra de la misma terraza.

—Como un tiburón rodeado de pececillos —murmuró Marasi.

—¿Disculpa?

—Mira cómo te evita la gente. Lord Cimines hizo un estudio una vez, comparando a los alguaciles con tiburones, para demostrar cómo las aglomeraciones de gente respondían exactamente igual que los animales ante la proximidad de un depredador.

Wax no se había fijado hasta ese momento, pero la muchacha tenía razón. Los viandantes lo esquivaban, aunque no porque hubiesen adivinado que era alguacil. Se trataba del gabán de bruma, más bien, de las armas, y quizás de su altura. Aquí todo el mundo parecía ser un poquito más bajo; podía ver por encima de la multitud por una diferencia de varios centímetros.

En Elendel, su atuendo era tan poco convencional como el de cualquiera. Constituía la capital un batiburrillo heterogéneo, como un viejo barril lleno a rebosar de casquillos usados en el que estuvieran representados todos los calibres imaginables.

Aquí, la gente usaba ropas más ligeras que en Elendel. Vestidos en tonos pastel para las damas, trajes blancos a rayas y canotíes para ellos. En comparación, Wax era como un agujero de bala en una vidriera de colores.

—Nunca se me ha dado bien pasar inadvertido.

—No te preocupes —dijo Marasi—. A propósito... ¿Necesitas a Wayne esta noche?

—¿En la fiesta? —preguntó Wax con una sonrisa—. Me cuesta imaginar qué tendría que ocurrir para que no terminara borracho como una cuba, abrazado a la ponchera.

—Me lo llevo prestado, en tal caso. Me gustaría rastrear los cementerios en busca de la púa de ReLuur.

—Será una tarea desagradable —refunfuñó Wax.

—Razón de más para que Wayne esté involucrado.

—Entendido. ¿Crees que tenéis muchas probabilidades de encontrar esa cosa enterrada por ahí?

Marasi se encogió de hombros.

—Supongo que no se pierde nada empezando por el método más evidente y sencillo.

—¿Profanar tumbas es el método más sencillo?

—Con la debida preparación, sí —dijo Marasi—. Tampoco pretendo ser yo la que excave, después de todo...

Wax dejó de escucharla.

La algarabía que lo rodeaba se apagó mientras se quedaba paralizado en el sitio, con la mirada fija en el pasquín que sostenía una vendedora en una esquina cercana. Aquel símbolo, el *mah* aserrado invertido... lo conocía de sobra. Dejó a Marasi con la frase sin terminar, se abrió paso a empujones hasta la muchacha y le quitó la publicación de las manos.

Aquel símbolo. Imposible. GOLPE EN LA MANSIÓN FARTHING, rezaba el titular. Sacó un puñado de recortes para pagar a la vendedora.

—La Mansión Farthing. ¿Dónde está?

—Justo al final del Camino de las Flores —respondió la muchacha, señalando con la barbillia mientras desaparecer las monedas depositadas en la palma de su mano.

—Vamos —interrumpió Wax a Marasi, que se disponía a decir algo.

Era cierto que la gente se apartaba de su camino, lo cual tenía sus ventajas. Podría haber elegido ir volando, pero encontró la mansión sin dificultad, en parte gracias a todas las personas que había congregadas a su alrededor, apuntando con el dedo. El símbolo pintado era de color rojo, exactamente igual que el que había visto en los Áridos, solo que ahora ensuciaba la pared de una elegante mansión de piedra de tres pisos en vez de una diligencia.

—Waxillium, por mi cordura —jadeó Marasi, dándole alcance—. ¿Qué mosca te ha picado?

Wax señaló el símbolo.

—Lo conozco —dijo la muchacha—. ¿De qué me suena?

—Has leído los informes de mi estancia en los Áridos. Está ahí. Es el símbolo de Ape Manton, mi antigua némesis.

—¡Ape Manton! ¿No fue él...?

—Sí —dijo Wax, rememorando las noches de tortura—. Se dedica a cazar alomantes.

Pero ¿qué estaría haciendo aquí? Wax lo había metido entre rejas, y no en un pueblucho cualquiera. Lo habían encerrado en Verdadero Madil, la población más grande de los Áridos del Norte, cuya prisión era como un cepo. Por el nombre real de

Armonía, ¿cómo había llegado hasta Nueva Seran, tan lejos de allí?

Las actividades de Manton no tendrían el robo por toda finalidad. Siempre había algún motivo oculto tras sus asaltos, un objetivo desconocido. «Tengo que averiguar qué se ha llevado y por qué...»

«No.»

No, ahora mismo, no.

—Vámonos al hotel —dijo Wax, obligándose a apartar la mirada de aquel símbolo rojo.

—Herrumbres —murmuró Marasi, apresurándose a seguirlo—. ¿Podría estar relacionado de alguna manera?

—¿Con el Grupo? Ni por lo más remoto. Odia a los alomantes.

—El enemigo de mi enemigo...

—Tratándose de Ape, no —dijo Wax—. No le daría la mano a un nacido del metal ni aunque estuviera colgando al borde de un precipicio y este se la tendiera para salvarlo.

—Así que...

—Así que no forma parte de esto. Haremos como si no existiera. Estoy aquí por mi tío.

Marasi asintió con la cabeza, pero parecía preocupada. Pasaron por delante de un malabarista atraedor que primero dejaba caer las bolas para después volverlas a impulsar por los aires... junto con algún que otro objeto perteneciente a la multitud de espectadores atraídos por su espectáculo. Un desperdicio de habilidades alománticas. Y toda esa gente... Resultaba asfixiante. Había abrigado la esperanza de que, al dejar atrás Elendel, escaparía de las calles abarrotadas. Hubo de contenerse para no desenfundar la pistola y ahuyentarlos a todos disparando un tiro al aire.

—Wax... —dijo Marasi, sujetándolo del brazo.

—¿Qué pasa?

—¿Que «qué pasa»? ¡Herrumbres, se podría clavar la cabeza de alguien a la pared con la dureza de tu mirada ahora mismo!

—Estoy bien —replicó él, zafándose de su presa.

—Esta *vendetta* contra tu tío es...

—No se trata de ninguna *vendetta*. —Wax apretó el paso, cortando el gentío con los faldones del gabán de bruma ondeando a su espalda—. Ya sabes lo que está haciendo.

—No, y tú tampoco.

—Se dedica a engendrar alomantes —dijo Wax—. Feruquimistas, tal vez. No me hace falta conocer cuál es su plan exacto para darme cuenta de la gravedad de la situación. ¿Y si formara un ejército de violentos y lanzamonedas? Nacidobles. Híbridos.

—Quizá tengas razón —admitió Marasi—. Pero no lo persigues por eso, ¿verdad? Te derrotó. En el caso de Cienvidas, mister Elegante demostró ser la horma de tu

zapato. Perdiste aquella batalla y ahora te propones ganar la guerra.

Wax se detuvo en seco y se volvió hacia ella.

—¿Cómo de rencoroso te crees que soy?

—Teniendo en cuenta lo que acabo de decir —replicó la muchacha—, me parece que tu pregunta se responde por sí sola. No te culpo por estar enfadado con Elegante, Waxillium. Retiene a tu hermana. Pero, herrumbres..., no permitas que eso te nuble el juicio, por favor.

Wax respiró hondo e hizo un gesto en dirección a la mansión que se elevaba al final de la calle.

—¿Preferirías que fuese detrás de Ape, mejor?

—No. —Marasi se ruborizó—. Estoy de acuerdo en que necesitamos concentrarnos en recuperar la púa.

—Esa es la misión que te ha traído hasta aquí a ti —dijo Wax—. Yo he venido para encontrar a Elegante. —Inclinó la cabeza para indicar el discreto rótulo de un hotel, apenas visible en la fachada del edificio—. Regístranos ahí. Iré a recoger a los demás.

—Con esta suite y las otras gozarán prácticamente de todo el piso superior en exclusiva para ustedes solos —declaró con una sonrisa exultante la directora del hotel (o «tía Gin», como insistía en que la llamaran).

Wayne bostezó, frotándose los ojos mientras husmeaba por el suntuoso bar de la habitación.

—Estupendo. Genial. ¿Me podría dar su sombrero?

—¿Mi... sombrero? —La anciana elevó la mirada al tocado en cuestión, cuyas alas caían majestuosas, festoneadas de flores. Montones de ellas. Serían de seda, pensó Wayne, pero como réplica daban el pego de sobra.

—¿Tiene usted alguna amiga —preguntó la tía Gin— a la que le gustaría regalárselo?

—Nah —dijo Wayne—. Es para ponérmelo la próxima vez que me toque hacer de señora mayor.

—¿¡La próxima que qué!? —La tía Gin palideció, aunque eso debía de ser porque Wax había elegido ese preciso momento para pasar por su lado como un torbellino, con su herrumbroso gabán de bruma a cuestas. No aprendería nunca a mezclarse con la gente normal.

—¿Se abren estas ventanas? —preguntó Wax, señalando las enormes ventanas saledizas de su suite en el ático. Se acercó a un diván y lo empujó contra una de ellas.

—Bueno, antes se abrían —respondió la tía Gin—, pero baqueteaban con el menor soplo de brisa, así que las sellamos con pintura y bloqueamos los pestillos. No soportaba la idea de que a alguien se le ocurriera...

Wax abrió la ventana de un empujón, rompiendo el pestillo y desgarrando la pintura del exterior con un sonoro chasquido. Cabía por entero la posibilidad de que

también la madera se hubiese hecho astillas.

—¡Lord Ladrian! —jadeó la tía Gin, escandalizada.

—Pagaré los desperfectos —dijo Wax mientras bajaba del diván de un salto—.

Necesito que se abra por si tengo que tirarme por ella.

—Por si...

—¡Ajá! —exclamó Wayne, abriendo de golpe el compartimento inferior del bar.

—¿Alcohol? —preguntó Marasi, que pasaba por su lado en esos instantes.

—Cacahuetes. —Wayne escupió el chicle y se metió un puñado de frutos secos en la boca—. Llevaba sin probar bocado desde que birlé la fruta aquella del equipaje de Steris.

—¿Con qué desvarías ahora? —inquirió la aludida desde el diván en el que se había sentado para escribir en su cuaderno.

—Te dejé un zapato a cambio. —Wayne rebuscó en el bolsillo de su guardapolvo y sacó la pareja del susodicho—. Hablando de lo cual, Gin, ¿aceptaría usted esto a cambio de su sombrero?

—¿Un zapato!? —La tía Gin, que se había vuelto hacia él, dio un respingo cuando Wax forzó otra de las ventanas.

—Claro. Las dos son prendas de vestir, ¿no?

—¿Para qué quiero yo un zapato de caballero?

—Póngaselo la próxima vez que desee hacerse pasar por uno. Tiene las facciones indicadas para ello. Y buenos hombros a juego, además.

—Pero ¿qué...?

—Por favor, no le haga usted caso —dijo Steris, levantándose y acercándose a ella—. Tenga, le he elaborado una lista con algunas de las situaciones que podrían desatarse durante nuestra estancia en su alojamiento.

—Steris... —Wax terminó de forzar la tercera y última de las ventanas.

—¿Qué? El personal debería estar preparado. Su seguridad nos incumbe.

—¿Incendios? —musitó la tía Gin, ojeando la lista—. Tiroteos. Atracos. Rehenes... ¿Explosiones?

—Eso es totalmente injusto —protestó Wax—. Has estado hablando con Wayne.

—Reconoce que las cosas suelen explotar a tu alrededor, compañero —dijo Wayne, masticando sus cacahuetes, que tenían un agradable punto de sal.

—Lamentablemente, lleva razón —apuntó Steris—. Tengo constancia de hasta diecisiete explosiones distintas en las que te has visto implicado. Toda una anomalía estadística, incluso para tu profesión.

—Me tomas el pelo... ¿Diecisiete?

—Eso me temo.

—Hmm. —Por lo menos tuvo la decencia de aparentar enorgullecerse de ello.

—Una vez saltó por los aires una pastelería en la que estábamos —dijo Wayne, arrimándose a la tía Gin—. Una tarta rellena de dinamita. Menudo estropicio. —Le ofreció un puñado de frutos secos—. ¿Y si le sumamos esto al zapato?

—¡Pero si esos cacahuetes son míos! ¡De esta misma habitación!

—Solo que ahora su valor se ha multiplicado —dijo Wayne—. Habida cuenta del hambre de lobo que tengo.

—Ya le dije que lo ignorara. —Steris dio unos golpecitos en la libreta que le había dado a la tía Gin—. Mire, solo se ha leído el índice. Las demás páginas detallan los posibles escenarios perfilados y contienen alguna sugerencia sobre cómo reaccionar ante ellos. He ordenado la lista según el potencial para los daños a la propiedad implicado.

Wax se plantó en el centro de la estancia de un salto e impulsó la mano hacia delante. La puerta se estremeció.

—¿Qué... qué hace ahora? —preguntó la tía Gin.

—Comprobando cuáles son los puntos del cuarto más indicados para aporrear la puerta con su mente —respondió Wayne—. Por si acaso a alguien le da por hacernos una visita sorpresa.

—Usted, léase esa libreta, ¿de acuerdo? —insistió diplomáticamente Steris.

La tía Gin se quedó mirándola, desconcertada.

—¿Estas cosas son... amenazas?

—¡No, claro que no! Quiero que esté preparada, eso es todo.

—Es muy concienzuda —dijo Wayne.

—Me gusta prestar atención a los detalles.

—Lo que significa que, como le pida que se cargue una mosca, lo más probable es que arrase toda la casa hasta los cimientos para asegurarse de que el pobre bicho acabe muerto y bien muerto.

—Wayne —dijo Steris—, al final conseguirás que esta buena señora se preocupe sin necesidad.

—Inundación resultado de la desviación de una cascada —murmuró la tía Gin, que había reanudado la lectura de la libreta—. Ataque de koloss... ¿Estampida de reses en el vestíbulo!?

—Eso último es sumamente poco probable —admitió Steris—, aunque nunca está de más tomar precauciones.

—Pero...

La puerta de la suite adyacente se abrió de golpe.

—Hola, humanos —saludó MeLaan, materializándose en el umbral vestida con nada más que unos pantalones cortos muy ajustados y el torso envuelto por una simple cinta de tela—. Necesito encontrar algo más apropiado que ponerme esta noche. ¿Qué me decís? ¿Pechos grandes? ¿Pequeños? ¿Extra grandes?

—¿Qué? ¡Escoger el tamaño de busto apropiado es uno de los preparativos fundamentales para una señorita antes de asistir a cualquier gala!

Silencio.

—Es... una pregunta un poquito indiscreta, MeLaan —replicó Steris, al cabo.

—Lo que pasa es que tienes envidia porque tú no te lo puedes reducir para salir a

correr —dijo el kandra—. A ver, ¿dónde se ha metido el botones con todas mis cosas? ¡Conoceréis mi furia como se le caigan las maletas y me rompa algún cráneo, os lo juro!

—Se marchó con cara de enfado.

—¿Ha dicho «algún cráneo»? —preguntó la tía Gin.

Sonó otro portazo.

—¡Ajá! —dijo Wax, bajando la mano—. Ahí está.

Marasi se acercó a la anciana, le rodeó los hombros con un brazo y comenzó a conducirla hacia la puerta.

—No se preocupe. No será tan calamitoso como pretenden darle a entender. Lo más probable es que al final no vaya a sucederles nada ni a usted ni a su hotel.

—Ventanas arrancadas de cuajo por Wax aparte —matizó Wayne.

—Aparte de eso, sí —dijo Marasi, fulminándolo con la mirada.

—Jovencita —susurró la tía Gin—, necesita alejarse de estas personas.

—Son buena gente —replicó Marasi mientras llegaban a la puerta—. Es solo que hemos tenido una noche muy larga.

La tía Gin asintió con la cabeza, dubitativa.

—Bueno —dijo Marasi—. Y ahora, cuando baje, ¿sería tan amable de pedirle a alguien que se acerque a la cámara de comercio por mí? Que recabe el nombre de todos los empleados de los cementerios de la localidad.

—¿Cementerios?

—Es de vital importancia —le aseguró Marasi, antes de enviarla fuera de la habitación y cerrar la puerta.

—¿Cementerios? —dijo MeLaan, asomándose al cuarto. Ahora estaba completamente calva—. Eso me recuerda una cosa. ¿Os importaría pedirme algo de comer? Un buen pedazo de carne curada.

—Podrida, querrás decir —masculló Wax.

—Nada como el olor de un chuleton tras pasarse al sol un día entero. —MeLaan volvió a meterse en su cuarto justo cuando alguien llamaba con los nudillos a la otra puerta—. ¡Ah! Mi equipaje. Excelente. ¿Qué? No, por supuesto que no hay ningún cadáver en estas maletas. ¿Para qué iba a querer unos huesos que tuvieran aún toda la carne pegada? Gracias. Adiós.

Wayne se zampó el último puñado de cacahuetes.

—No sé vosotros, pero yo voy a ver si encuentro dónde pasarme las próximas horas roncando.

—¿Cómo vamos a dormir, Waxillium? —preguntó Marasi.

—Steris y tú, en la suite de enfrente —respondió Wax—. Wayne y yo, aquí. MeLaan tendrá una habitación para ella sola.

Seguramente desee...

—¿Fundirse? —sugirió Marasi.

—... en la intimidad.

—No pasa nada, en serio —voceó el kandra desde la habitación contigua. Un segundo después abrió la puerta de nuevo. Lucía los mismos huesos y la misma constitución de antes, solo que esta vez llevaba el pecho completamente desnudo.

Un pecho que no tenía nada de femenino.

—Problema resuelto —dijo—. Iré de hombre. Así el disfraz será más completo, probablemente. Solo hay que elegir los huesos correctos.

Wayne ladeó la cabeza. MeLaan se había esculpido la cara también, confiriéndose unas facciones más viriles. Los ojos de Steris amenazaban con escapar de sus órbitas. Por lo menos esa imagen sí que era digna de verse.

—Eres... —balbuceó Steris—. Vas a convertirte en un...

—¿Hombre? Pues sí. El conjunto tendrá mejor aspecto cuando haya encontrado el cuerpo indicado. Habrá que escoger otra voz, además. —El kandra paseó la mirada por la habitación—. Hmm, ¿supone esto un problema?

Por alguna razón, todos se fijaron en Wayne. Tras quedarse pensativo un momento, el muchacho se encogió de hombros. A lo mejor tendría que haberle dado sus zapatos a ella.

—¿No te importa? —le preguntó Steris.

—Sigue siendo la misma.

—¡Pero parece un hombre!

—Igual que la señora que regenta este sitio —replicó Wayne—, pero tiene hijos, a pesar de todo, así que alguien tuvo que decidir alguna vez agarrarla y...

—Servirá, MeLaan —dijo Wax, apoyando una mano en el brazo de Steris—. Siempre y cuando consigas colarte en la fiesta.

—No te preocupes por eso —lo tranquilizó el kandra, girándose sobre los talones—. Entraré y estaré lista para prestarte todo mi apoyo. Pero este es tu juego, Ladrian, no el mío. Tú eres el detective. Yo solo estoy aquí para cuando toque intercambiar puñetazos y puñaladas.

Cerró la puerta. Wayne sacudió la cabeza. «Caray, esta situación es de las que no se encuentra uno todos los días.» Bueno, en ocasiones él se había hecho pasar por anciana, así que tampoco le costaba tanto entenderlo. Que una mujer se convirtiese en hombre alguna que otra vez debía de tener su parte positiva, siquiera para ver las cosas desde otro punto de vista. Y mear resultaba más fácil, encima. No convenía olvidarlo.

—Da por sentado —dijo Wax— que nuestra forma de jugar a los detectives excluye los intercambios de puñetazos y puñaladas.

—En honor a la verdad —matizó Wayne—, los intercambios suelen ser más bien de porrazos y tiros.

Marasi se masajeó la frente.

—¿Por qué estamos teniendo esta conversación?

—Porque estamos cansados —dijo Wax—. Todo el mundo a dormir. Wayne, esta noche te toca salir a investigar tumbas con Marasi. —Respiró hondo—. Y a mí, por

desgracia, me toca asistir a una fiesta.



A taviado con una elegante chaqueta y con un pañuelo de vestir anudado en el cuello, Wax no pudo por menos de recordar el primer año que había pasado tras salir de la Aldea. Un año en el que su tío se dedicó a engalanarlo con los arreos propios de un joven perteneciente a la nobleza para presentarlo ante la élite de la ciudad, tan exultante como si la expulsión de su sobrino lejos de aquella sociedad terrisana le hubiera concedido la victoria en algún tipo de guerra.

Wax había regresado al domicilio paterno, por supuesto, pero fue su tío el encargado de supervisar su educación, aleccionándolo específicamente como al heredero de su casa que era. Después de su estancia en la Aldea, la vida de Wax no tardó en alejarse cada vez más de su familia inmediata; apenas si había visto a sus padres durante aquel año, pese a vivir bajo el mismo techo que ellos.

Fue entonces cuando la presa de su tío realmente había empezado a estrangularlo. Wax tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos del carroaje mientras rememoraba todas aquellas fiestas de antaño. ¿Hasta qué punto estarían teñidos esos recuerdos por la presencia de su tío?

El vehículo acabó deteniéndose frente a una mansión resplandeciente con ventanas de cristales tintados y candilejas encendidas en el exterior. Un estilo de iluminación clásico, aunque el interior tuviera poco en común con los antiguos torreones de antaño que pretendía evocar (como bien sabía él gracias a los planos que había memorizado antes, mientras los otros dormían).

El diseño abigarrado de sus tejados picudos, diseñados como el perfil de una cordillera montañosa, conseguía que la mansión pareciera más desgarbada que imponente. Una fila de carroajes aguardaba a cruzar el pórtico de acceso para los vehículos y soltar a sus ocupantes.

—Estás nervioso —dijo Steris, apoyándole una mano en el brazo. Había seleccionado unos guantes blancos de encaje, y su vestido (alrededor del cual se había pasado revoloteando una hora, al menos, atenazada por la indecisión) presentaba la misma combinación de múltiples capas vaporosas que tan de moda estaba entre las damas más elegantes de Elendel ese año. Quizá por eso la falda fuera más acampanada y etérea que las que ella, de gustos tradicionales, solía ponerse.

Lo había sorprendido con su elección. La mayoría de su vestuario, sobre todo para este viaje, era de carácter práctico. ¿Por qué ponerse esto ahora?

—No estoy nervioso —respondió Wax—, sino contemplativo.

—¿Quieres que repasemos el plan?

—¿Qué plan?

Los delirios de ReLuur los habían conducido hasta esta fiesta de Kelesina Shores, dama que gozaba de cierto prestigio en Nueva Seran y que, en teoría, guardaba algún tipo de relación con todo este asunto. Era la pista más sólida de la que disponían, aunque en el cuaderno de ReLuur también se enumeraban otras cinco familias que podrían revestir algún interés.

El problema estribaba en que ninguna de aquellas notas mencionaba por qué eran de interés, ni qué era lo que ReLuur pensaba que sabían. ¿Por qué iba a tener un grupo de lores y damas pertenecientes a la élite de las ciudades exteriores nada que ver con una antigua reliquia arqueológica? Ciento, a algunos nobles les gustaba considerarse «intrépidos caballeros», pero esos individuos por lo general se dedicaban a fumar puros y chacharear. Por lo menos el petimetre de Jak realmente salía de su herrumbrosa casa de vez en cuando.

El tiempo continuó desgranándose con parsimonia. Los carruajes avanzaban por el camino de acceso a la velocidad de una yunta de bueyes obligados a tirar del arado bajo un sol de justicia. Al final, Wax abrió la puerta de una patada.

—Vayamos dando un paseo.

—Ay, cielos —suspiró Steris—. ¿Otra vez?

—No me digas que no lo habías previsto.

—Sí, lord Waxillium, pero la cola tampoco es tan larga. ¿No crees que podríamos esperar un poquito más, para variar?

—La herrumbrosa puerta principal se ve ya desde aquí —replicó Wax, señalando con el dedo—. Llegaremos en treinta segundos si vamos andando. Aunque también podemos quedarnos aquí sentados y seguir esperando a que a este hatajo de pollinos grandilocuentes al fin les dé por despegar las posaderas del asiento, no sin antes recomponerse el nudo del pañuelo por enésima vez.

—Me da que la noche promete —dijo Steris. Wax desmontó de un salto, haciendo como si no hubiera visto la mano que le tendía uno de los lacayos. Indicó al hombre por señas que se echara hacia atrás y ayudó personalmente a Steris a bajar del vehículo—. Tú sigue y aparca en la cochera —instruyó al conductor—. Te avisaremos cuando hayamos terminado. —Titubeó—. Si oyes disparos, vuelve al hotel. Ya regresaremos nosotros por nuestros propios medios.

El hombre dio un respingo en el pescante, sobresaltado, pero asintió con la cabeza. Wax le ofreció el brazo a Steris, y los dos siguieron el camino de acceso para internarse en los jardines de la mansión, dejando atrás carruajes repletos de personas que parecían intentar fulminarlos con la mirada sin dignarse girar la cabeza en su dirección.

—Te he preparado una lista —dijo Steris.

—Menuda sorpresa.

—No te quejes ahora, Waxillium. Te servirá de ayuda. La he puesto aquí —le explicó Steris, sacando una libreta del tamaño de la palma de su mano— para que

puedas consultarla más fácilmente. Cada página contiene una forma distinta de romper el hielo, catalogada según la persona con quien es más probable que dé el mejor resultado. Las notas al pie enumeran distintos métodos de conducir la conversación hacia terrenos más prácticos que podrían permitirte averiguar qué se proponen nuestros objetivos y cuál es su relación con los Brazales de Duelo.

—Mi incompetencia social no llega a tanto, Steris. Sé hablar con la gente.

—Me consta, pero preferiría evitar incidentes como el de la fiesta de los Cett...

—¿Qué fiesta de los Cett?

—Aquella en la que acabaste pegándole un testarazo a alguien.

Wax ladeó la cabeza.

—Ah, cierto. El adulador aquel, un fulano que lucía un bigotito ridículo.

—Lord Westweather Cett, sí —le recordó Steris—. Heredero de la fortuna de su familia.

—Correcto, eso es... Dichosos Cett. En mi descargo, debo decir que me provocó. Pretendía batirse en duelo con un lanzamoneda. Probablemente le salvé la vida.

—Rompiéndole la nariz en el proceso. —Steris levantó una mano—. No espero justificaciones ni explicaciones por tu parte, lord Waxillium. Quería hacer lo que pudiera por ayudar, eso es todo.

A regañadientes, Wax cogió la libreta y la hojeó a la luz de las farolas mientras cruzaban los jardines. La parte de atrás contenía la descripción de varios de los posibles asistentes a la fiesta. Había memorizado algunas de las definiciones que les había enviado VenDell, pero esta lista era mucho más pormenorizada.

El trabajo de documentación de Steris había sido exhaustivo, como de costumbre. Sonrió mientras se guardaba el cuaderno en el bolsillo de la chaqueta. ¿De dónde sacaba el tiempo esa mujer? Continuaron recorriendo el camino de acceso, pero Wax se quedó petrificado al oír unos ruidos extraños, procedentes de los arbustos cercanos. Al detectar unos puntos de metal que se movían, quemó acero de inmediato y acercó la mano a la pistola que llevaba oculta bajo la chaqueta.

Entre la vegetación se asomó un rostro mugriento en el que resplandecía una sonrisa de oreja a oreja. Los ojos eran de un blanco lechoso.

—Un recorte, mi señor, por caridad —dijo el mendigo, con la mano extendida, exhibiendo unas uñas tan largas como estropeadas y una camisa andrajosa.

Wax siguió empuñando el arma, sin desenfundarla, mientras observaba con atención al desconocido.

Steris ladeó la cabeza.

—¿Es colonia eso que hueles, buen hombre?

Wax asintió en silencio; también él había detectado una tenue vaharada.

El mendigo dio un respingo, sorprendido, pero su sonrisa no tardó en ensancharse de nuevo.

—Me gusta la pegada que tiene, mi señora.

—¿Has estado bebiendo colonia!? Cielos, eso no puede ser saludable.

—Deberías irte de aquí, mendigo —dijo Wax, observando de reojo a los invitados y los cocheros que formaban un corrillo cerca de la entrada del edificio—. Esto es propiedad privada.

—Ah, mi señor, ya lo sé. Vaya que sí. —El hombre se carcajeó—. El propietario soy yo, técnicamente hablando. Y ahora, en cuanto a esas monedas para el viejo Hoid, buen señor... —Extendió la mano un poco más hacia delante, fija en el vacío su mirada de invidente.

Wax rebuscó en el bolsillo.

—Toma. —Le lanzó un billete al pordiosero—. Sal de aquí y búscate una bebida decente.

—¡Sois muy generoso! —exclamó el hombre, arrodillándose para tantear el suelo en pos del dinero—. ¡Demasiado! ¡En exceso!

Wax tomó a Steris del brazo y la condujo hacia las imponentes puertas de la mansión.

—¡Mi señor! —chilló con voz estridente el mendigo—. ¡Vuestro cambio!

Vio la línea azul que se movía hacia él y reaccionó de inmediato, girando sobre los talones para atrapar al vuelo la moneda, arrojada contra su cabeza con una puntería infalible. Así que no estaba ciego, después de todo. Wax resopló mientras se guardaba la moneda en el bolsillo, al tiempo que un vigilante que pasaba por allí reparaba en la presencia del pordiosero y gritaba:

—¡Otra vez tú!

Riéndose por lo bajo, el mendigo se perdió de vista entre los arbustos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Steris.

—Que me aspen si lo sé —dijo Wax—. ¿Seguimos?

Avanzaron junto a la fila de carroajes aún a la espera. La cola se había reducido mientras ellos daban aquel breve paseo, pero así y todo llegaron a la entrada antes que si se hubieran quedado aguardando su turno. Tras saludar con una inclinación de cabeza a una mujer tan corpulenta que apenas si cabía por la puerta de su carroaje, Wax subió los escalones con Steris del brazo.

Presentó la invitación en la puerta, aunque debían de estar esperándolo. Esta no era una simple recepción; se trataba de un acontecimiento político. Aunque solo se pronunciara un discurso oficial (el de bienvenida por parte del anfitrión a sus invitados), todos sabían para qué estaban allí: para relacionarse, intercambiar ideas y, casi con toda seguridad, ser instados a contribuir con algún donativo a cualquiera de las innumerables causas que velaban por los intereses de las ciudades exteriores.

Cuando Wax hizo ademán de pasar sin detenerse por delante del portero, este carraspeó y apuntó con el dedo hacia el ropero instalado en uno de los laterales del recibidor, donde los criados estaban recogiendo sombreros, abrigos y chales.

—No tenemos nada que depositar —dijo Wax—, gracias.

El hombre, muy alto, apoyó una mano con delicadeza en su brazo cuando intentó reanudar la marcha.

—La señora de la casa ha dejado encargado que todos los asistentes se descarguen de cualquier artículo de naturaleza vulgar, mi señor. Por la seguridad de todos los invitados a la fiesta.

Wax pestañeó varias veces seguidas, hasta que por fin lo entendió.

—¿Tenemos que dejar las armas aquí? Me tomas el pelo.

El hombre guardó silencio.

—No tiene cara de bromista —observó Steris.

—Por si no lo sabes —dijo Wax—, soy lanzamonedas. Podría matar a una docena de personas con los gemelos que llevas en los puños.

—Le agradeceríamos que no lo hiciera —repuso el portero—. Con el debido respeto, lord Ladrian, esta regla no admite excepciones. ¿Será preciso avisar al atraedor de la casa para asegurarnos de su colaboración?

—No. —Wax zafó el brazo de la mano del hombre—. Pero, como algo salga mal esta noche, desearé que esta conversación no haya tenido lugar. —Se acercó con Steris al guardarropa, donde unos criados con las manos enfundadas en guantes blancos estaban repartiendo tickets a cambio de sombreros y otros accesorios. A regañadientes, sacó a *Vindicación* de la funda que llevaba bajo la axila y la depositó encima del mostrador.

—¿Eso es todo, mi señor? —preguntó la mujer que lo estaba atendiendo.

Tras un instante de vacilación, Wax suspiró y se puso de rodillas para extraer su arma de emergencia (diminuta, de tan solo dos disparos) de la funda que llevaba sujetada a la pantorrilla. Dejó caer el revólver encima del mostrador.

—¿Le importa que eche un vistazo al bolso de la señora? —preguntó la sirvienta.

Steris no opuso ninguna objeción.

—Como sabe —dijo Wax—, soy un alguacil en funciones. Si alguien debería ir armado, ese soy yo.

Los criados guardaron silencio, aunque parecían algo azorados cuando le devolvieron el bolso a Steris y le entregaron un ticket a Wax a cambio de su armamento.

—En marcha —dijo, guardándose la tarjeta de cartulina y esforzándose, sin éxito, por disimular el enfado. Se encaminaron juntos hacia el salón de baile.

A Wayne le gustaba cómo funcionaban los bancos. Tenían estilo. Mucha gente guardaba su dinero donde nadie pudiera verlo, debajo del colchón y cosas por el estilo. ¿Qué gracia tenía eso? Un banco, en cambio..., un banco era un objetivo. Construir un sitio así, para luego llenarlo de dinero hasta los topes, era como subir a lo alto de una montaña y desafiar a cualquiera que pasase por allí a intentar bajarte a pedradas.

Pensó que ese debía de ser el quid de la cuestión. Lo que le daba emoción al asunto. ¿Por qué, si no, querría poner nadie tantas cosas de valor en un mismo sitio? Seguro que se trataba de enviar un mensaje, de demostrarle a la gente de a pie que

había personas tan ricas que podían emplear su dinero en construir un sitio donde guardarlo y llenarlo después con todo lo que les había sobrado.

Atracar semejante lugar era un suicidio. Así que lo único que podía hacer cualquier ladrón en potencia era apostarse a las puertas y salivar, soñando con todas las cosas que había allí dentro. En serio, construir un banco era como erigir un cartel gigantesco en el que se pudiese leer el mensaje: «¡a la herrumbre!», dirigido a todo el que pasara por delante de él.

Lo cual a Wayne le parecía maravilloso.

Marasi y él se detuvieron en la majestuosa escalinata de la fachada, decorada con estandartes y vidrieras de colores, según los estándares clásicos de la arquitectura castrense. La muchacha quería pasar por aquí antes de ir a los cementerios. No sé qué de que los registros bancarios podrían orientarlos en la dirección adecuada.

—Vale, escucha —dijo Wayne—, lo tengo todo planeado. Soy un ricachón. Me he forrado con el sudor y la sangre de mis inferiores. Solo que dicho con otras palabras, claro, porque para eso estaré metido en la piel de mi personaje.

—¿Ah, sí? —Marasi reanudó el ascenso de las escaleras.

—Pues sí —respondió Wayne, alcanzándola—. Hasta me he traído un sombrero de lo más elegante y todo. —Le enseñó la chistera que llevaba mientras la hacía girar sobre un dedo.

—Te recuerdo que ese sombrero es de Waxillium.

—No, ya no —dijo Wayne, poniéndoselo en la cabeza—. Se lo he cambiado por una rata.

—¿Una... rata?

—Sin rabo —matizó Wayne—. No veas la de polvo que tenía encima este sombrero cuando lo cogí. Me haré pasar por un fulano adinerado, en cualquier caso. Y tú serás la hija del menor de mis hermanos.

—No soy tan joven como para hacerme pasar por tu sobrina —le advirtió Marasi—. Al menos no por una que... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire mientras Wayne hacía un mohín para encoger sus facciones, enfatizando las arrugas, y sacaba un bigote postizo—. Vale. Se me había olvidado.

—Y ahora, querida —dijo Wayne—, mientras yo distraigo a los empleados de este distinguido establecimiento con la solicitud de realizar un depósito, tú te cuelas en la sala de los archivos y buscas la información necesaria. No debería suponerte el menor desafío, puesto que estaré regalándoles los oídos con prolifas descripciones de mi acaudalado prestigio, las cuales deberían acaparar la atención de casi todos los que sigan trabajando a esta hora tan intempestiva.

—Fabuloso.

—Al margen de todo lo cual, querida —añadió Wayne—, permíteme expresar la desaprobación que me producen tus coqueteos con el labriego ese que se encarga de nuestros terrenos. No solo está su posición social muy por debajo de la tuya, sino que tamaña indiscreción constituirá, sin la menor duda, una mácula para nuestro buen

nombre.

—Ay, por favor.

—Además, tiene muchas verrugas —sentenció Wayne mientras coronaban la escalinata—. Y padece unos desaforados ataques de flatulencia. Y...

—¿Vas a pasarte todo el rato hablándome así?

—¡Por supuesto! Los empleados del banco necesitan saber del esfuerzo que me cuesta educar a la próxima generación y bregar con su atrozmente inadecuada capacidad a la hora de tomar decisiones que, para la mía, eran tan sencillas como evidentes.

—Genial —dijo Marasi, empujando las grandes puertas de cristal del banco.

Uno de los gerentes salió de inmediato a su encuentro.

—Lo siento. Nos disponíamos a cerrar ya.

—¡Buen hombre! —comenzó Wayne—. Estoy seguro de que sabrá encontrar un momento para escuchar la oportunidad de inversión que muy pronto habrá de materializarse ante sus...

—Somos de la comisaría de Elendel —lo interrumpió Marasi, sacando su placa con las credenciales correspondientes grabadas y sosteniéndola en alto—. Capitana Marasi Colms. Me gustaría echar un vistazo a sus archivos para consultar unos registros de ingresos. Tardaré apenas unos minutos y dejaré de molestarlo enseguida.

Wayne se quedó boquiabierto mientras el banquero (un tipo moreno y achaparrado cuya cabeza hacía juego con su panza, que parecía una bala de cañón) cogía su placa y la examinaba. Eso... ¡eso era trampa!

—¿Qué registros necesita? —preguntó el hombre, aún con reservas.

—¿Alguna de estas personas tiene cuenta abierta con ustedes? —Marasi le entregó una hoja de papel.

—Supongo que podría mirarlo... —El banquero exhaló un suspiro y se adentró en el edificio, donde otra empleada estaba repasando varios libros de cuentas. Se perdió de vista cruzando una puerta que había tras el mostrador, y Wayne lo oyó murmurar para sí desde el interior de la habitación.

—Debo decir —empezó el muchacho, quitándose la chistera— que ese ha sido el peor ejemplo de actuación que haya visto en mi vida. ¿Quién iba a creerse que el tío rico tiene una alguacil por sobrina?

—No hace falta mentir cuando la verdad puede dar el mismo resultado, Wayne.

—Que no hace falta... ¡Pues claro que hace falta! A ver, ¿qué pasará cuando tengamos que dejar sin conocimiento a toda esta gente y salir corriendo con sus cuadernos? Sabrán que hemos sido nosotros. La multa le va a salir a Wax por un ojo de la cara.

—Por suerte, no vamos a dejar a nadie sin conocimiento.

—Pero...

—A nadie.

Wayne se dio por vencido con un suspiro. Menudo latazo de misión iba a ser esta.

—Les informo de que nos tomamos muy en serio la intimidad de nuestros clientes —explicó el banquero, con una mano apoyada en actitud protectora sobre los libros de cuentas que había sacado de los archivos. Se encontraban ahora sentados en su despacho, donde la placa que había encima de su mesa lo identificaba como SR. ERIOLA. Ni él ni Marasi parecían entender a qué venían las risitas que se le escapaban a Wayne cada vez que leía ese nombre.

—Me hago cargo —dijo Marasi—, pero tengo la fundada sospecha de que uno de estos hombres es un delincuente. No querrá ser cómplice de sus actividades.

—No, pero tampoco quiero traicionar la confianza depositada en mí. ¿Por qué está tan segura de que estas personas han cometido algún crimen? ¿Tiene alguna prueba?

—La prueba —replicó Marasi— estará en los números. —Se inclinó hacia delante—. ¿Sabe usted cuántos delitos pueden demostrarse apelando a la estadística?

—Habida cuenta del modo en que formula usted su pregunta, asumiré que la cifra no es desdeñable. —El banquero se repantigó en la silla y entrelazó los dedos sobre su abultado vientre.

—Er... sí —dijo Marasi—. La mayoría de los delitos son de origen pasional o monetario. Cuando de dinero se trata, hay números en juego... y donde haya números en juego, la contabilidad forense nos proporcionará todas las respuestas que necesitemos.

El banquero no parecía muy convencido; por otra parte, a juicio de Wayne, ni siquiera parecía completamente humano tampoco. Por lo menos tenía una parte de delfín, eso seguro. El hombre no dejaba de acribillar a preguntas a Marasi, esforzándose a todas luces por ganar tiempo, fuera por el motivo que fuese. Aquello a Wayne lo ponía nervioso. Por lo general, cuando la gente se iba tanto por las ramas era para que a sus compinches les diese tiempo a presentarse sin previo aviso, con el consiguiente reparto de tundas a discreción.

Mató el rato jugueteando con los objetos que había encima del escritorio, probando a construir una torre con ellos, pero sin perder de vista la puerta. Si de veras aparecía alguien dispuesto a agredirlos, tendría que tirar a Marasi por la ventana para escapar.

La puerta se abrió de golpe un instante después. Wayne agarró a Marasi con una mano mientras buscaba sus bastones de duelo con la otra, pero solo era la misma empleada de antes. Se acercó con paso vivo al banquero (contoneando las caderas con un garbo que Wayne se dedicó a admirar sin que lo asaltara ni la menor punzada de remordimiento) y le entregó una cuartilla.

—¿Qué es eso? —preguntó Marasi cuando la mujer hubo salido de nuevo.

—Un telegrama —aventuró Wayne, relajándose—. Corroborando nuestra historia, ¿verdad?

El banquero titubeó antes de darle la vuelta a la hoja. Esta contenía la descripción de Wayne y Marasi, seguida de las palabras: *Son alguaciles que trabajan a mis*

órdenes, en efecto. Tenga la bondad de dispensarles toda la cortesía y colaboración de su establecimiento. No pierda de vista al bajito, eso sí, y compruebe que no falta nada cuando se vaya.

—Eh, a ver —protestó Wayne—. Me parece totalmente injusto. Enviar esas cosas cuesta un recorte por cada cinco palabras, si lo sabré yo. El viejo Reddi ha despilfarrado un montón de dinero con ese libelo.

—Técnicamente —matizó Marasi—, se trataría de una difamación.

—Eso —dijo Wayne—. Defecación pura y dura.

—«Difamación», no... Bah, déjalo. —Marasi miró al banquero a los ojos—. ¿Satisfecho?

—Supongo que sí. —El hombre deslizó los libros de cuentas en su dirección por encima de la mesa.

—Cifras —dijo Marasi, rebuscando en el bolso un momento. Sacó una libreta de pequeñas dimensiones y usó un dedo para darle unos golpecitos—. Esto contiene una lista con las tarifas habituales que cobran los empleados de las empresas fúnebres, según la actividad específica a la que se dediquen. —Abrió los cuadernos—. Ahora, si consultamos los depósitos efectuados por las personas que nos interesan, podremos encontrar una pauta. ¿Quién está ingresando en el banco más dinero del que cabría esperar que le reportara su nómina?

—Dudo que esto sea suficiente para inculpar a nadie.

—Es que no es esa nuestra intención —replicó Marasi mientras ojeaba el primer documento—. Solo necesitamos un poquito de orientación...

Wayne dedicó los minutos siguientes a equilibrar su torre con seis artículos distintos, entre ellos la grapadora, lo cual supuso para él un motivo de orgullo especial. Marasi, al cabo, tamborileó con los dedos sobre uno de los libros.

—¿Y bien? —preguntó el banquero—. ¿Ha averiguado ya quién es el culpable?

—Sí —respondió Marasi, con cara de preocupación—. Todos.

—... Todos.

—Manzanas podridas —insistió Marasi—, hasta el último de ellos. —Respiró hondo y cerró el cuaderno de golpe—. Supongo que podría haber elegido uno al azar, señor Eriola. Pero, así y todo, está bien saberlo.

—¿Saber qué?

—Que son todos unos corruptos. —La joven rebuscó en su bolso de nuevo—. Debería haberme dado cuenta antes. Casi todos los difuntos se entierran con algo de valor, aunque solo sea su atuendo. Es absurdo dejar que todo eso sea pasto de los gusanos.

El banquero palideció.

—Están vendiendo la ropa de los cadáveres...

—Eso —dijo Marasi, sacando una botellita de brandy Syles del bolso y dejándola encima de la mesa—, y posiblemente también las joyas y otros efectos personales enterrados con sus propietarios.

—Anda —terció Wayne—, qué bien, con lo seco que empezaba a tener el gaznate. Eso me va a sentar de bien como... no sé, como la primera meada mañanera después de haber trasegado nueve pintas la noche anterior.

—¡Espantoso!

—Sí —dijo Marasi—, pero, si lo piensa, no demasiado. Los únicos crímenes perpetrados aquí atentan contra los muertos, cuyos derechos legales están en tela de juicio.

Wayne rebuscó en uno de sus bolsillos un momento y sacó un abrecartas de plata. ¿Cuándo se habría hecho con eso? Lo dejó en la mesa, agarró la botella y la vació de un solo trago.

—Gracias por su tiempo, señor Eriola —continuó Marasi, empujando el abrecartas hacia el banquero—. Su ayuda ha sido inestimable.

El banquero se quedó mirando el abrecartas, sobresaltado, antes de fijarse mejor en el resto de su escritorio.

—Eh, pero si eso era mío —dijo, estirando el brazo para coger lo que daba la impresión de ser un trozo de cable—. ¿Y esto es una... cola de rata?

—La más larga que haya visto en mi vida —corroboró Wayne—. Todo un trofeo. Es usted una persona con suerte.

—¿Cómo diablos...? —El banquero miró a Wayne, primero, a continuación a Marasi, y se masajeó la frente—. ¿Hemos terminado ya?

—Sí. —Marasi se puso de pie—. Vámonos, Wayne.

—¿A arrestar a alguien? —preguntó el banquero mientras tiraba el rabo a la papelera, lo cual sí que debería estar tipificado como delito. ¡Pero si medía por lo menos dos palmos!

—¿Arrestar? Tonterías, señor Eriola. No estamos aquí para efectuar ninguna detención.

—Entonces, ¿por qué se ha tomado tantas molestias?

—Porque —respondió Marasi— tenía que saber a quién contratar, por supuesto. En marcha, Wayne.



Qué poco habían cambiado las cosas desde que Wax era joven. Ciento, los asistentes a esta fiesta vestían de forma ligeramente distinta: los opulentos chalecos se habían vuelto más recios y el dobladillo de las faldas había subido hasta la mitad de la pantorrilla al tiempo que los escotes caían en picado, con meros retazos de gasa alrededor del cuello y los hombros.

La gente, sin embargo, era igual. No dejaban de sopesarlo, de calcular su valía, ocultando puñales tras sus congraciadas sonrisas. Mientras correspondía a sus condescendientes saludos con la cabeza, pensó que tampoco echaba de menos sus armas tanto como en un principio se había temido. Esta batalla no se iba a librarse con pistolas.

—Antes me ponían nervioso estas cosas —le dijo Wax en voz baja a Steris—. Cuando era pequeño. Supongo que por aquel entonces todavía me importaba lo que pudieran pensar. Antes de aprender el poder sobre cualquier situación que se gana cuando decides que lo que piensen de ti los demás te trae sin cuidado.

Steris echó un vistazo a un par de damas que se cruzaron con ellos, con sus vestidos carentes por completo de encajes.

—No sé si estoy de acuerdo del todo. Cómo te perciben los demás es importante. Yo, por ejemplo, lamento haber elegido este atuendo. Aspiraba a estar a la moda, pero esta aquí es distinta. No me he vestido con estilo, sino de forma vanguardista.

—A mí me gusta —replicó Wax—. Destaca.

—Como una espinilla. ¿Por qué no nos buscas algo de beber mientras yo me doy una vuelta por la sala y averiguo dónde están nuestros objetivos?

Wax mostró su conformidad asintiendo con la cabeza. El sumuoso salón de baile estaba cubierto de alfombras y engalanado con candelabros dorados en los que se habían sustituido las velas por relucientes bombillas. Bajo un techo no muy alto, las paredes se veían decoradas con arcos falsos que enmarcaban murales de vivos colores. Imágenes clásicas, como la de la Guerrero de la Ascensión elevándose sobre una bandada de cuervos; la descripción tradicional de la cólera del lord Legislador, de quien solo quedaba la Muerte misma.

Si bien nadie se acercó a él, tampoco nadie lo evitaba. Antes bien, se obstinaban en bloquearle el paso sin moverse del sitio, negándose a apartarse, y después fingían no haberse percatado de su presencia cuando Wax se desviaba de su camino para rodearlos. Venía de Elendel, su rival en el ámbito de la política, y aquella inmovilidad de la que hacían gala pretendía ser toda una declaración de intenciones.

Herrumbres, cómo odiaba estos juegos.

Atendían el bar, que se extendía a lo largo de casi toda la pared del fondo de la sala, al menos dos docenas de camareros, como si la consigna de la velada fuese que ninguno de aquellos invitados tan importantes debía esperar ni un instante. Pidió vino para Steris y una sencilla copa de ginebra con tónica para él, lo cual le granjeó una ceja enarcada. Aquello no era lo suficientemente sofisticado, por lo visto. Debería haber encargado whiskey, sin más.

Se giró y paseó la mirada por la estancia mientras el camarero preparaba las bebidas. Las delicadas notas de un arpa contribuían a amortiguar el murmullo de las distintas conversaciones. Lo incomodaba saber que algunas de las palabras que tan a la ligera solían pronunciarse en este tipo de actos sociales podían tener un impacto mayor sobre la vida de los habitantes de la Cuenca que el hecho de meter a cualquier maleante, por sanguinario que fuera, entre rejas.

«Marasi siempre está dándole vueltas a este tipo de cosas —pensó—. En el futuro la justicia, según ella, se hará respetar mediante estadísticas en vez de con armas de fuego.» Intentó imaginarse un mundo en el que los asesinatos pudieran evitarse gracias a esmeradas campañas municipales de concienciación, y se descubrió incapaz de visualizarlo. La gente siempre seguiría matando.

En ocasiones, sin embargo, costaba no sentirse como el único candelabro de la habitación que todavía funcionaba con velas.

—Su pedido, mi señor —dijo el camarero, depositando las bebidas encima de unas elegantes servilletas de tela en las que se había bordado la fecha de la fiesta, para que los invitados pudieran llevárselas a casa, de recuerdo.

Wax sacó una moneda del bolsillo para dejársela de propina al hombre y la deslizó en su dirección. Recogió las copas, dispuesto a regresar junto a Steris, pero el camarero carraspeó. Sostenía en alto la moneda, que no era el quintejo que Wax pretendía darle. No se parecía a ninguna moneda que Wax hubiera visto en su vida, de hecho.

—¿Se trata quizás de un error, mi señor? —inquirió el hombre—. No pretendo mostrarme desagradecido, pero odiaría quedarme con algo que parece un recuerdo.

«Los símbolos de esa moneda... —pensó Wax mientras regresaba a la barra—. Son los mismos que salen en las paredes de las imágenes de ReLuur.» A punto estuvo de volcar la copa de vino de otro invitado en su precipitación por recuperar la moneda. La examinó mientras sacaba otra con expresión ausente y se la dejaba de propina al camarero.

Sí que eran los mismos símbolos, o al menos muy parecidos. Y lucía una efigie en el dorso, la de un hombre que miraba directamente al frente, con un ojo atravesado por una púa. La moneda, de gran tamaño, se componía de dos metales distintos, con un anillo exterior y otro interior.

No parecía antigua, sin duda. ¿Sería de nuevo cuño o sencillamente estaría bien conservada? Herrumbre y Ruina... ¿Cómo había llegado eso hasta su bolsillo?

«Me la lanzó el pordiosero», recordó Wax. Pero ¿de dónde la habría sacado él? ¿Habría más como esta en circulación?

Decidió reunirse con Steris, preocupado. Por el camino se cruzó con lady Kelesina, anfitriona de la fiesta y la mujer que era su objetivo final. Madura, se veía radiante con su vestido negro y plateado, presidiendo un concilio en miniatura ante el corrillo de personas interesadas en uno de sus proyectos civiles.

Wax se quedó escuchando un momento, pero aún no le apetecía abordarla. Acabó localizando a Steris de pie junto a una mesa alta y estilizada, cerca de la esquina. En el salón de baile no había ninguna silla. Ni bailarines, tampoco, aunque se había montado una pista elevada un par de centímetros sobre el suelo en el centro de la habitación.

Dejó la moneda encima de la mesa y la empujó hacia Steris, que preguntó:

—¿Qué es esto?

—La moneda que me tiró el mendigo de antes. Esos símbolos se parecen a los de las imágenes de ReLuur.

Steris frunció los labios, le dio la vuelta a la moneda y se fijó en la parte de atrás.

—Una cara con un punzón clavado en el ojo. ¿Significa algo?

—Ni idea. Lo que me interesa de veras es saber cómo llegó a manos del pordiosero... y por qué me la ha dado. Tiene que ser una de las reliquias que encontró ReLuur en aquel templo. ¿Se le perdería en esta ciudad, tal vez? ¿O la utilizaría para comprar algo con ella?

Wax tamborileó sobre la mesa con un dedo, convencido ya de que el misterioso mendigo ocultaba algo más de lo que dejaba translucir su humilde apariencia. Abrigaba, asimismo, la certidumbre de que, si salía ahora en busca de él, descubriría que el hombre se había evaporado sin dejar rastro.

Se guardó la moneda.

—No nos queda más remedio que confiar en que las respuestas estén en esta habitación, en alguna parte. Siempre y cuando Kelesina realmente esté involucrada.

—Va siendo hora de poner manos a la obra, en tal caso.

—Me he cruzado con ella cuando venía hacia aquí. ¿Nos acercamos?

—Todavía no. ¿Ves a esa pareja de ahí? El hombre lleva puesto un chaleco granate.

Wax miró de reojo en la dirección que Steris le señaló con una inclinación de cabeza. La pareja en cuestión era joven, vestían con elegancia y tenían cara de engreídos. Genial.

—Ese es lord Gave Entrone —le informó Steris—. Vuestras casas han mantenido alguna que otra relación comercial de poca monta; trabaja en la industria textil... lo cual debería darte pie a entablar conversación con él.

—Me suena —dijo Wax—. Cortejé a una prima suya una vez. No salió bien.

—Bueno, también aparece en la lista que tu kandra chiflado anotó en su libreta, así que quizá sepa algo. Es joven, le gusta relacionarse y goza de buena

consideración... pero no es especialmente importante, así que para romper el hielo nos vendrá de perlas.

—Vale —replicó él sin dejar de observar a Entrone, quien había conseguido rodearse de un corro de jovencitas mientras relataba algún tipo de anécdota con gran profusión de aspavientos. Respiró hondo—. ¿Quieres tomar la iniciativa?

—Deberías hablar tú primero.

—¿Seguro? No logro sacudirme de encima la sospecha de que sería más útil si estuviera con Wayne y Marasi, desenterrando ataúdes y dejando que tú te movieras por aquí como pez en el agua. Sabes desenvolverte en esta clase de situaciones, Steris. Es verdad... y no vuelvas a salirme con más sainetes sobre lo «aburrida» que eres.

—En el caso que nos ocupa —dijo su prometida, adoptando una expresión ausente—, el problema no es que sea aburrida, sino que me siento... desubicada. Por mucho que haya ensayado para fingirme normal, la eficacia de mis listas de comentarios y chistes prefabricados también tiene un límite. La gente se huele que no estoy siendo sincera, que no me gustan las mismas cosas ni pienso como ellos. En ocasiones me maravilla que los sujetos como Wayne, o incluso los kandra, puedan ser tan asombrosamente humanos cuando yo me siento como si viniera de otro planeta.

Wax deseó ser capaz de dilucidar la manera de evitar que Steris dijera ese tipo de cosas. Le faltaban las palabras adecuadas; cada vez que intentaba rebatir sus argumentos, lo único que conseguía era que ella se retrajera más todavía.

Steris le tendió un brazo. Wax lo aceptó, y juntos cruzaron la sala en dirección a lord Gave y la pequeña congregación arracimada a su alrededor. A Wax le preocupaba cómo inmiscuirse en la conversación, pero nada más acercarse, los interlocutores de Gave dieron un paso atrás para hacerle sitio. Su reputación y su estatus lo precedían, al parecer.

—¡Caramba, lord Waxillium! —exclamó Gave, con una sonrisita taimada—. ¡Me sentí entusiasmado al oír que pensaba usted asistir a nuestra humilde reunión! Llevaba años deseando conocerlo en persona.

Wax lo saludó con una inclinación de cabeza, así como a su acompañante y a una pareja con la que Gave había estado conversando. Esos dos no se habían apartado.

—¿Qué le parece Nueva Seran, mi señor? —le preguntó una mujer.

—Un incordio para moverse a pie por sus calles —respondió Wax—. Por lo demás, muy bonita.

Todo el mundo se carcajeó, como si acabara de decir algo ingenioso. Wax frunció el ceño. ¿Se le escapaba algo?

—Mucho me temo que aquí no encontrará usted gran cosa de interés —dijo Gave—. Nueva Seran es un remanso de paz.

—¡Pero qué dice, lord Gave! —intervino el otro muchacho—. No proyecte una imagen equivocada de nuestra ciudad. ¡La vida nocturna aquí es espectacular, lord Waxillium! Y la sinfonía acumula ya dos certificados de excelencia seguidos,

concedidos por otros tantos de sus antiguos gobernadores.

—Sí —reconoció Gave—, pero no abundan los tiroteos.

Todos se lo quedaron mirando, desconcertados.

—Fui vigilante —les explicó Wax— en los Áridos.

—Vigilante... —murmuró una de las mujeres—. ¿Dirigía acaso la comisaría de la ciudad?

—No, era un vigilante en el sentido estricto de la palabra —explicó Gave—. De los que montan a caballo y abaten bandidos a tiros. Deberíais leer sus crónicas... Causan furor en los pasquines de Elendel.

Los otros tres lo observaron con expresión divertida.

—Qué... singular —declaró una de las damiselas, al cabo.

—Las crónicas exageran —se apresuró a decir Steris—. Lord Waxillium solo ha sido el responsable directo de un centenar de muertes, no más. A menos que se incluya en el cómputo a los que fallecieron por culpa de la infección tras recibir alguno de sus disparos... Sigo sin saber muy bien qué hacer con ellos.

—Fue una vida complicada —dijo Wax con la mirada puesta en Gave, cuya sonrisa quedaba medio oculta por la copa de vino, al igual que el destellar de sus ojos. Para alguien como él, estaba claro que Steris y Wax eran un blanco fácil—. Pero todo eso ya es agua pasada. Lord Gave, quería darle las gracias por todos estos años en los que hemos llevado a cabo intercambios mercantiles mutuamente beneficiosos.

—¡Por favor, lord Waxillium, no saquemos los negocios a colación ahora! —replicó Gave, inclinando la copa—. Esto es una fiesta.

Los demás se rieron. De nuevo, Wax ignoraba por qué.

«Maldición —pensó mientras los observaba de hito en hito—. Sí que estoy oxidado.» Pese a todas sus protestas y su enfurruñamiento, no esperaba sentirse así de torpe.

Concentración. Gave sabía algo acerca de los Brazales de Duelo, o al menos así lo creía ReLuur.

—¿Tiene usted alguna afición, lord Gave? —preguntó Wax, cuyo comentario fue celebrado por Steris con un vehemente asentimiento de cabeza.

—Nada reseñable —contestó el aludido.

—¡Le apasiona la arqueología! —inquirió al mismo tiempo su acompañante. Gave le lanzó una mirada desabrida.

—¡La arqueología! —repitió Wax—. Me parece un pasatiempo de lo más reseñable, lord Gave.

—¡Le entusiasman las reliquias! —añadió la damisela—. Se pasa horas en la casa de subastas, adquiriendo todo lo que...

—Me gusta la historia —matizó Gave—. Las obras de arte de épocas pretéritas son una fuente de inspiración para mí. Pero tú, querida, estás haciéndome quedar como si fuese uno de esos intrépidos caballeros. —Pronunció el término con una mueca—. Seguro que se encontró usted con alguno de ellos en los Áridos, lord

Waxillium. Hombres que, tras vivir toda su existencia en sociedad, de un día para otro decidieron partir en busca de emociones a escenarios en los que no podrían encajar jamás.

Steris se crispó junto a Wax, que sostuvo la mirada del hombre. Su insulto, aun velado, era similar a los que ya había tenido que tolerar en las altas esferas de Elendel.

—Mejor probar algo nuevo —dijo Wax—, que malgastar su vida con las mismas actividades de siempre.

—¡Lord Waxillium! —repuso Gave—. ¡Deceptionar a la familia no tiene nada de original! La gente lleva haciéndolo desde los tiempos del Último Emperador.

Wax apretó el puño contra su muslo. Estaba acostumbrado a las ofensas, pero había conseguido escocerle de todas maneras. Quizá por tener los nervios de punta, o quizás debido a la preocupación que sentía por su hermana.

Ante el apretón en el brazo que le propinó Steris, reprimió su ira e intentó cambiar de estrategia.

—¿Su prima está bien?

—¿Valette? Como una rosa. Su reciente matrimonio nos ha complacido lo indecible a todos. Lamento que su relación con ella no llegara a buen puerto, porque el hombre que la cortejó después de usted era un espanto. Cuando hay títulos de por medio en una unión, siempre resulta desagradable ver qué sale arrastrándose de entre la bruma buscando algún hueso que roer.

No miró a Steris mientras hablaba. No le hacía falta. Mientras probaba un sorbo de vino, sus labios esgrimieron de nuevo aquella sonrisita insufrible que denotaba lo pagado de sí mismo que se sentía.

—Rata miserable —gruñó Wax—. Herrumbroso, cobarde... —Su mano voló hacia la pistola que, afortunadamente, no estaba allí.

Los otros tres jóvenes nobles lo miraron fijamente, consternados. Gave sonrió con petulancia antes de adoptar una expresión indignada.

—Con permiso —dijo, tomando a su acompañante del brazo y alejándose dando zancadas. Los demás se desbandaron poco después.

Wax suspiró mientras bajaba el brazo, todavía enfadado.

—Lo ha hecho a propósito, ¿verdad? —masculló—. Buscaba una excusa para acabar con la conversación, de modo que me insultó. Al ver que eso no funcionaba, se metió contigo a sabiendas de que así conseguiría hacerme perder los estribos.

—Hmmm... —dijo Steris, asintiendo con la cabeza—. Sí, lo has resumido a la perfección. —Seguía habiendo corrillos a su alrededor, pero todos los invitados conversaban manteniendo una distancia prudencial con respecto a ellos.

—Lo siento —se disculpó Wax—. He dejado que me desquiciara.

—Por eso hemos probado primero con él. Como ensayo, no ha estado mal. Además, sí que hemos aprendido algo. El comentario acerca de la arqueología pasó rozando algo sobre lo que no le apetecía abundar. Recurrió a los insultos velados para

distraernos.

Wax se llenó los pulmones de aire mientras procuraba reprimir la cólera que le producía toda la situación.

—¿Y ahora? ¿Probamos con otro?

—No —replicó Steris, pensativa—. Sería contraproducente que nuestros objetivos se dieran cuenta de que estamos abordándolos específicamente a ellos. Si interactúas con alguien al azar entremedias, les resultará más difícil descubrir nuestra pauta.

—De acuerdo. —Wax escudriñó el bullicioso salón mientras la arpista se retiraba y una orquesta al completo, con sección de viento incluida (algo que no se vería jamás en ninguna fiesta de Elendel), comenzaba a colocar los instrumentos en su lugar.

Steris y él probaron sus respectivas bebidas mientras sonaban los primeros acordes. Aunque la música era lo bastante lenta como para animar a bailar en pareja, poseía un brío que a Wax le resultó inesperado. Descubrió que le gustaba. Parecía ser capaz de mitigar la frustración que sentía, transformándola en algo más animado.

—¿Por qué no te diriges ahí a continuación? —preguntó Steris, inclinando la cabeza hacia una distinguida señora mayor que llevaba el pelo gris recogido en un moño—. Se trata de lady Felise Demoux, acompañada de su sobrino. Has cerrado algunos acuerdos comerciales con ella. Es la clase de persona cuya compañía cabría esperar que buscas. Nos pediré otro trago mientras tanto.

—Pídeme un agua carbonatada —dijo Wax—. Necesitaré tener la cabeza despejada para esto.

Steris asintió y se perdió de vista entre la muchedumbre, que había dejado un espacio libre para los bailarines en el centro de la sala. Wax se acercó a lady Demoux y se presentó dándole una tarjeta al sobrino antes de solicitar un baile, al cual la mujer accedió.

Una charla sin mayor trascendencia. Podía hacerlo, seguro. «¿Cuál es tu problema, Wax? —se reconvino mientras salía a la pista de baile con lady Demoux—. Interrogar a un delincuente no te supone ningún esfuerzo. ¿Por qué te cuesta tanto mantener una mera conversación?»

A una parte de él le gustaría achacárselo a la simple pereza, pero esa era su respuesta a todo lo que no le apetecía hacer, un pretexto. ¿A qué se debía realmente? ¿Por qué se sentía tan remiso?

«Porque estas son sus reglas. Si me rijo por ellas, estaré aceptando su juego.» Era como consentir que le pusieran un collar para domesticarlo.

Se giró y levantó la mano al costado, esperando que lady Demoux la cogiera. Sin embargo, fue otra mujer la que se adelantó a la anciana y tiró de él hacia el interior de la sala, alejándolo del perímetro de la pista de baile. La sorpresa de Wax fue tal que tardó en reaccionar.

—¿Perdone?

—No hace falta disculparse por nada —dijo la desconocida—, solo le robaré una fracción de su tiempo. —Parecía terrisana, a juzgar por el moreno de su piel, si bien su bronceado era más oscuro que la mayoría de los que Wax había visto. Llevaba el pelo recogido en apretadas trenzas veteadas de gris, y agraciaban su rostro unos seductores labios carnosos. Tomó la iniciativa del baile, provocando que Wax diera un traspie—. Es usted un espécimen muy raro, ¿sabe? Chocador: la combinación de lanzamonedas y ajustador.

—Por lo que a los nacidos del metal respecta —replicó Wax—, no tiene nada de insólito.

—Ah, pero es que cualquier combinación de nacidoble es poco frecuente. Los brumosos son uno entre mil; la mayoría de los ferrins son todavía más raros, y sus linajes están sujetos a restricciones. Conseguir una combinación específica de dos cualesquiera es sumamente improbable. Usted es uno de los tres únicos chocadores que hayan nacido jamás, lord Waxillium.

—¿Qué? ¿De verdad?

—No puedo ratificar esa cifra sin sombra de duda, claro. Las cifras de mortalidad infantil no son tan altas en Scadrial como en otras regiones, pero sigue siendo alarmantemente elevada. Dígame, ¿alguna vez ha probado a incrementar su peso estando en el aire?

—¿Quién es usted? —preguntó Wax, recuperando el compás y tomando la iniciativa para lanzarla a su derecha con una vuelta.

—Nadie importante.

—¿La envía mi tío?

—Sus políticas locales me interesan muy poco, lord Waxillium —fue la respuesta de la desconocida—. Si tiene la bondad de contestar a mis preguntas, lo dejaré en paz enseguida.

Wax giró con ella al son de la música. Bailaban más deprisa de lo que él estaba acostumbrado, aunque los pasos le resultaban familiares. La constante intromisión de aquellos instrumentos de viento daba alas a la canción, imprimiendo un brío inusitado a sus movimientos. ¿Por qué había tenido que mencionar a su tío? Descuidado.

—He incrementado mi peso en movimiento —dijo despacio—. No cambia nada... todas las cosas caen a la misma velocidad, con independencia de lo que pesen.

—Sí, la uniformidad de la gravedad —replicó la mujer—. No es eso lo que suscita mi curiosidad. Imagínese que estuviera surcando los aires con un empujón de acero y se volviera más pesado de repente. ¿Qué ocurriría?

—Me ralentizaría. Pesaría demasiado como para seguir impulsándome hacia delante.

—Ahh... —murmuró la desconocida—. De modo que es cierto.

—¿El qué?

—La conservación de la inercia. Lord Waxillium, cuando incrementa su peso,

¿está almacenando masa o cambiando la capacidad del planeta para reconocerlo como algo susceptible de ser atraído? ¿Hay alguna diferencia? Su respuesta me da una pista. Si frena al aumentar de peso en pleno vuelo no es porque le cueste seguir empujando, sino debido a las leyes de la física.

Se apartó de él en pleno baile, soltándole las manos y esquivando a otra pareja, que los miró con enfado por perturbar la fluidez de sus movimientos. Sacó una tarjeta y se la ofreció.

—Siga experimentando y avíseme, por favor. Gracias. Y, ahora, si consiguiera dilucidar por qué la creación de burbujas de velocidad no conlleva ningún desplazamiento hacia el rojo...

Dicho lo cual la mujer salió de la pista de baile, dejándolo patidifuso. Consciente de súbito de la cantidad de miradas puestas en él, Wax levantó la barbilla y se marchó tan discretamente como le fue posible en busca de lady Demoux, a quien presentó sus más sinceras disculpas por la interrupción. La dama accedió a concederle el baile siguiente, que transcurrió sin más percances que la pormenorizada descripción a la que la buena señora tuvo a bien someterlo sobre sus perros de competición, ganadores al parecer de innumerables medallas.

Una vez superado ese trance intentó localizar de nuevo a la desconocida de las trenzas, llegando incluso al extremo de abordar al portero y preguntarle por ella. La tarjeta que le había dejado contenía una dirección de Elendel, pero sin nombre.

El recepcionista de la fiesta afirmaba no haber dejado pasar a nadie que coincidiera con esa descripción, lo cual dejó a Wax todavía más preocupado. Su tío intentaba diseñar alomantes. Que aquella mujer hubiera aparecido de repente para interrogarlo acerca de los pormenores de las facultades alománticas no podía ser ninguna casualidad, ¿o sí?

Se cruzó con MeLaan. El kandra lucía un mentón cuadrado, medía más de metro ochenta y exhibía una figura viril cuyos músculos llamaban la atención incluso disimulados como estaban bajo su esmoquin, todo lo cual había atraído a una jauría de jovencitas curiosas. Le guiñó el ojo cuando pasó junto a él, pero Wax no se dio por aludido.

Steris tenía una bebida esperándolo encima de la mesa, donde estaba pasando las páginas de su libreta y murmurando para sí misma. Al aproximarse, Wax vio que un joven la abordaba e intentaba entablar conversación, pero ella lo ahuyentó agitando la mano, sin levantar la cabeza siquiera. El hombre se batió en retirada, desalentado.

—¿No te apetece bailar? —preguntó Wax cuando hubo llegado a la mesa.

—¿Qué sentido tendría?

—Bueno, yo estoy socializando y danzando, así que a lo mejor tú podrías hacerlo también.

—Tú eres el señor de tu casa —replicó distraídamente Steris, sin interrumpir su lectura—. Tienes obligaciones políticas y económicas. Quien intentara congraciarse conmigo solo estaría intentando acercarse a ti, algo para lo que no tengo tiempo ahora

mismo.

—Podría tratarse de eso —dijo Wax—, o quizás estaría pensando que eres bonita.

Steris apartó la mirada de sus apuntes y ladeó la cabeza, desconcertada, como si esa posibilidad ni siquiera se le hubiera ocurrido.

—Estoy prometida.

—Somos nuevos aquí, anónimos en gran medida, salvo para los que siguen de cerca la actualidad política de Elendel. Ese muchacho seguramente no sabía quién eres.

Steris pestañeó varias veces seguidas. Parecía preocuparle la idea de que un desconocido pudiera considerarla atractiva. Wax sonrió mientras cogía la copa que ella le había pedido.

—¿Qué es esto?

—Soda.

Wax examinó la bebida al trasluz.

—Pero si es amarilla.

—Aquí es el último grito, por lo visto —le explicó Steris—. Y sabe a limón. Wax estuvo a punto de atragantarse cuando probó el primer sorbo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Steris, alarmada—. ¿Veneno?

—Azúcar —dijo Wax—. Siete tazas, por lo menos.

Steris se mojó la punta de la lengua en la bebida y apartó la cabeza de golpe.

—Qué raro. Parece champán, pero... sin serlo.

Wax sacudió la cabeza. Qué ideas más extrañas se les ocurrían a los habitantes de esta ciudad.

—Ya he decidido cuál va a ser nuestro próximo objetivo —dijo Steris, señalando con el dedo en dirección a un hombre que estaba en la otra punta de la habitación, apoyado en un arco junto a unos tanques llenos de peces exóticos. Treintañero, llevaba puesta una chaqueta desabotonada en una suerte de desaliño calculado. De vez en cuando alguien se le acercaba e intercambiaba unas breves palabras con él para, acto seguido, volver a perderse de vista entre la multitud.

—¿Están presentándole informes? —preguntó Wax.

—Devlin Airs —respondió Steris, asintiendo con la cabeza—. Informador. En todas las fiestas hay alguien como él. Una de las personas menos importantes de toda la sala o la que más, dependiendo de los secretos que te interese descubrir. También aparece en la lista de ReLuur.

Wax dedicó unos instantes a fijarse en el hombre; cuando volvió a mirar a Steris, la mitad de su burbujeante bebida amarilla se había esfumado. Steris giró la cabeza con expresión inocente:

—Probablemente sea mejor que lo abordes tú solo —dijo—. A los de su clase no les gusta tener mucho público.

—De acuerdo. —Wax respiró hondo.

—Puedes hacerlo, lord Waxillium.

Wax asintió en silencio.

—Habla en serio —insistió Steris, apoyando una mano en la suya—. Lord Waxillium, esto es lo mismo que has hecho durante los últimos veinte años, en los Áridos.

—Allí podía disparar a la gente, Steris.

—¿De verdad? ¿Así resolvías los casos? ¿La emprendías a tiros cuando no obtenías las respuestas que buscabas?

—Bueno, me conformaba con emprenderla a puñetazos, por lo general.

Steris enarcó una ceja.

—Con franqueza, no, no tenía que emprenderla a tiros... ni a puñetazos... demasiado a menudo. Pero las reglas eran distintas. Diablos, podía dictarlas yo si era preciso.

—Aquí sucede lo mismo —dijo Steris—. Estas personas saben cosas que tú necesitas saber. Para obtener esa información deberás engatusarlas u ofrecerles algo a cambio. Como has hecho siempre.

—Quizá tengas razón.

—Gracias. Además, ¿quién sabe? A lo mejor desenfunda un cuchillo y te proporciona la excusa perfecta para atizarle un porrazo de todas maneras.

—No me pongas la miel en los labios —suspiró Wax, despidiéndose de ella con una inclinación de cabeza antes de disponerse a cruzar el salón.

Vigilaba las puertas del cementerio del distrito de Nueva Seran una estatua del Superviviente, con las alas cubiertas de cicatrices desplegadas en toda su envergadura, sujetando el armazón metálico del arco a ambos lados. Marasi se sintió empequeñecida por la sombría majestuosidad de la figura: los faldones de su capa de bronce se extendían en una llamarada radial a su espalda, mientras que su escrutinio metálico parecía seguir a todos los que cruzaban el pórtico. La punta bruñida de la lanza que le atravesaba la espalda hasta descollar en su pecho sobresalía un palmo bajo el centro del arco.

Cuando Wayne y ella pasaron por debajo, la aprensión hizo temer a Marasi que en cualquier momento pudiera caerle encima alguna gota de sangre. Se estremeció, pero no aminoró el paso. Se negaba a dejarse intimidar por la iracunda mirada del Superviviente. La educación que había recibido seguía los dictados del supervivencialismo, por lo que las truculentas imágenes asociadas con la religión no le resultaban desconocidas.

Cada vez que veía una efigie del Superviviente, sin embargo, su actitud se le antojaba demasiado exigente. Era como si quisiera que la gente se diera cuenta de los contradictorios que eran sus dictados. Ordenaba sobrevivir a sus fieles, pero la sórdida imaginería asociada con él les recordaba cruelmente que, tarde o temprano, su empresa estaba abocada al fracaso. El objetivo del supervivencialismo, por tanto, no era la victoria, sino aplazar la derrota durante el mayor tiempo posible.

El Superviviente en sí, por supuesto, incumplía las normas. Siempre lo había hecho. La doctrina explicaba que no había perecido, sino sobrevivido, y que planeaba regresar cuando sus fieles más lo necesitaran. Pero, si ni siquiera el fin del mundo había sido suficiente para restaurarlo en todo su esplendor, ¿qué haría falta para conseguirlo?

Recorrieron los sinuosos senderos del camposanto en busca de la casa del sepulturero. Había oscurecido ya, y las brumas habían decidido levantarse esa noche. Marasi se esforzó por no tomárselo como un presagio, pero lo cierto era que contribuían a aumentar la atmósfera siniestra del lugar. Había ocasiones en las que la niebla le parecía juguetona, incluso, pero esta noche el carácter impredecible de sus movimientos le sugería más bien una horda de espíritus fluctuantes que estuvieran observándolos a Wayne y a ella, furiosos por su intromisión.

Wayne empezó a silbar, provocando que un nuevo escalofrío se deslizara por la espalda de la muchacha. El edificio que buscaban, por suerte, ya no quedaba muy lejos; podía ver la difusa esfera macilenta que generaban sus luces entre la bruma.

Se pegó a Wayne, pero no porque se sintiera más cómoda teniéndolo junto a ella.

—Nuestro objetivo se llama Dechamp —dijo—. Debería ser el vigilante nocturno, y los libros de cuentas reflejan picos de actividad frecuentes en sus ingresos. Se dedica a profanar tumbas, seguro. Este cementerio mostraba los índices más elevados en ese sentido, de hecho, y los cuadernos lo reseñan como el lugar por el que la ciudad paga para acoger a los cadáveres inidentificados. Abrigo la fundada sospecha de que los restos del kandra acabaron aquí. Solo tenemos que encontrar a este hombre y pedirle que los desentierre para nosotros.

Wayne asintió con la cabeza.

—No será como con el banquero —añadió Marasi—, que terminó cooperando pese a todas sus reticencias iniciales.

—¿En serio? Porque a mí me pareció un capullo...

—Concéntrate, Wayne. Deberemos aplicar todo el peso de la ley para convencer a este hombre. Sospecho que habrá que ofrecerle algún aliciente si queremos que nos ayude.

—Espera, espera —dijo Wayne, deteniéndose en mitad del sendero, con la frente envuelta en tentáculos neblinosos—, ¿qué vas a hacer, enseñarle la mercancía?

—Preferiría que lo hubieras formulado de otra manera, la verdad.

—Veamos, escucha —continuó Wayne, bajando la voz—, tenías razón con lo del banquero. Hiciste un trabajo fabuloso con él, Marasi, no soy tan orgulloso como para no saber apreciarlo. Pero la autoridad funciona de otra forma aquí fuera, en el mundo de la gente normal. Enséñale tus credenciales a este fulano y te garantizo que saldrá corriendo como una liebre asustada. Buscará la madriguera más próxima, se esconderá en lo más profundo de su hoyo y no soltará prenda.

—Las técnicas de interrogatorio adecuadas...

—No valen un pimiento cuando el tiempo apremia —la atajó Wayne—, como

sucede en este caso. Yo pienso apretarle bien las clavijas. —Tras unos instantes de vacilación, añadió—: Además, ya te he soplado las credenciales.

—Que me... —Sobresaltada, Marasi hurgó en su bolso y descubrió que la pequeña placa grabada que la identificaba como alguacil había desaparecido, reemplazada por una botella vacía de Syles—. Ay, por favor. Esto no vale ni de lejos lo mismo que mis credenciales.

—Me consta que el trato es sobradamente justo —se defendió Wayne—. Porque lo tuyo no era más que un trozo de chatarra inservible... por lo menos aquí, en este cementerio.

—Me las devolverás en cuanto hayamos acabado con esto.

—Claro que sí. Siempre y cuando tú me rellenes esa botella.

—Pero si acabas de decir que...

—Gastos de gestión, ya sabes. —Wayne dirigió la mirada al frente, hacia la casa del enterrador. Se quitó la chistera y la pisoteó.

Marasi dio un paso atrás, con la mano en el pecho, mientras Wayne aplastaba el sombrero con los talones antes de recogerlo y volverlo del revés. A continuación, tras inspeccionarlo con expresión calculadora, sacó un cuchillo de su cinturón de metales y practicó un agujero en el lateral de la chistera. Tiró el guardapolvo a un lado y cortó una de las correas de sus tirantes.

Cuando el sombrero regresó a su cabeza, su aspecto recordaba poderosamente al de un vagabundo. Ciento era que siempre parecía estar al borde de la indigencia, pero así y todo seguía resultando asombroso comprobar la diferencia que podían llegar a marcar un par de cambios de nada. Hizo girar el cuchillo en la mano y miró a Marasi con ojo crítico. El sol se había puesto ya por completo, pero con las luces de la ciudad propagándose difusas a través de la niebla, en noches como aquella la claridad era mucho mayor que si el cielo estuviera despejado.

—¿Qué? —preguntó Marasi, incómoda.

—Tu aspecto es demasiado elegante —respondió Wayne.

La muchacha echó un vistazo a su atuendo. Llevaba puesto un sencillo vestido de color azul celeste cuyo dobladillo le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla, con ribetes de encaje en las mangas y el cuello.

—Esto es de lo más normal, Wayne.

—No para lo que estamos haciendo.

—Podría hacerme pasar por tu jefa o algo por el estilo.

—Los hombres como este no le abren la puerta a la gente respetable. —El muchacho hizo girar de nuevo el cuchillo con una mano y alargó la otra hacia el pecho de Marasi.

—¡Wayne!

—No seas tan mojigata. ¿Quieres que lo hagamos en condiciones o no?

—Vale —suspiró Marasi—. Pero ata corto esos dedos.

—Antes me proposaría con una leona que contigo, Mara. Te lo aseguro.

Cortó la ventana opaca de encaje de su corpiño, dejándola con un escote vertiginoso. A continuación, les tocó a las mangas, recortadas hasta un palmo por encima del codo. Cogió las tiras de encaje y las anudó como una cinta alrededor del vestido, justo por debajo de los senos, y después tiró para sujetarlas a su espalda, ciñéndolas con firmeza. Aquello levantó y proyectó escandalosamente hacia delante el busto de la muchacha.

Una vez hecho eso, practicó una serie de rasgaduras calculadas en su falda antes de embadurnar de tierra la parte inferior. Dio un paso atrás, se dio unos golpecitos con el dedo en la mejilla, contemplativo, y asintió con la cabeza.

Al bajar la mirada para examinar su trabajo, Marasi se sintió impresionada. Aparte de realzarle el pecho, Wayne había roto y deshilachado algunas costuras, consiguiendo un efecto más desgastado que estropeado.

—Todo el mundo se fija primero en el torso —dijo el muchacho—, incluso las mujeres, lo cual no deja de resultar extraño, pero así están las cosas. De este modo nadie se dará cuenta de que las manchas son demasiado recientes, ni de que el resto de tu atuendo no está igual de raído.

—Wayne, me dejas de piedra. Eres un sastre excelente.

—Jugar con la ropa es divertido. No veo por qué no deberíamos poder hacerlo los hombres. —Sus ojos se recrearon en el escote de la joven.

—Wayne.

—Lo siento, perdona. Estoy metiéndome en mi papel, eso es todo. —Le indicó que lo siguiera, por señas, y continuaron recorriendo el sendero. Mientras caminaban, Marasi cayó en la cuenta de algo.

No se había ruborizado.

«Vaya, para todo hay una primera vez», pensó, sintiéndose curiosamente reafirmada en su confianza.

—Procura no abrir mucho la boca —le aconsejó Wayne cuando ya estaban cerca de la cabaña—. Suenas demasiado inteligente, por lo general.

—Haré lo que pueda.

El muchacho partió una rama sobre la marcha, la hizo girar alrededor de su dedo y la sostuvo ante él, apuntando hacia abajo, a modo de cayado nudoso. Llegaron al edificio iluminado: una pequeña estructura con el techo de paja en cuyo patio cubierto de musgo se erguían unas cuantas estatuas de espectros de la bruma, deterioradas por los elementos. Las esculturas (representadas como esqueletos con la piel atirantada sobre la osamenta) constituían una protección tradicional frente a sus contrapartidas de carne y hueso, ferozmente territoriales. Marasi sospechaba que aquellos seres sabrían distinguir entre un genuino ejemplar de su especie y una burda imitación de piedra... aunque, por otra parte, los científicos aseguraban que los espectros de la bruma ni siquiera habían salido con vida del Catacandro, por lo que cualquier duda que se pudiese abrigar al respecto en realidad era ociosa.

Había un individuo menudo, con el pelo rubio recogido en una coleta grasienta,

silbando para sí junto a la cabaña, afilando una pala con una piedra de amolar. «¿Desde cuándo se afilan las palas?», pensó Marasi mientras Wayne se presentaba, sacando pecho, esgrimiendo su improvisado bastón ante él como si se tratase del invitado de honor a una fiesta de gala.

—¿Es usted —preguntó Wayne— el llamado Dechamp?

—Dechamp —lo corrigió el hombrecillo, levantando la cabeza con parsimonia—. A ver, ¿acaso he vuelto a dejarme abierta la reja? Porque se supone que debería dejarla cerrada todas las noches. Voy a tener que pedirle que salga de esta propiedad, caballero.

—Enseguida me voy —dijo Wayne, apuntando con el bastón pero sin moverse del sitio—, pero antes me gustaría hacerle partícipe de una insólita propuesta comercial que nos incumbe a usted y a mí.

El muchacho había exagerado su acento hasta tal punto que Marasi debía prestar estricta atención a lo que estaba diciendo para entenderlo. Aparte de eso, la cadencia de sus palabras era ahora más brusca, con más sílabas acentuadas, lo que imprimía un ritmo especial a las frases. Comprendió que estaba imitando el acento del sepulturero.

—Soy una persona honrada, la rectitud encarnada —replicó Dechamp mientras deslizaba la piedra a lo largo del filo de la pala—. No veo necesidad alguna de ponerse a hablar de quién sabe qué turbios negocios, y menos con la hora que es y la noche que hace.

—Ah, la fama de su integridad lo precede —dijo Wayne, meciéndose sobre los talones, con las manos apoyadas en el bastón ante él—. No hay calle en la que no se hable de ella. Unos y otros ponen su honradez por las nubes, Dechamp. Está en boca de todos.

—Puesto que tantas conversaciones suscita, sabrá ya que la comparto con muchas personas. Soy muy... generoso con ella.

—Circunstancia que no nos afecta en lo más mínimo.

—Fíjese que diría yo lo contrario.

—En absoluto, antes bien —insistió Wayne—, puesto que mis necesidades se ciñen a un solo artículo, el cual no tiene por qué suscitar el interés de ningún otro particular.

Dechamp miró al muchacho de arriba abajo, primero, y después a Marasi, en la que su escrutinio se demoró tal y como Wayne había predicho. Transcurridos unos instantes sonrió, enderezó el espinazo y se volvió hacia la cabaña.

—¿Niño? —voceó—. ¡Niño!

Un chiquillo surgió atropelladamente de entre las brumas, legañoso, vestido con un guardapolvo y unos pantalones mugrientos.

—¿Señor?

—Date una vuelta por el cementerio, hazme el favor —dijo Dechamp—. Asegúrate de que no nos moleste nadie.

El pequeño abrió los ojos de par en par, asintió con la cabeza y volvió a perderse

de vista en la niebla. Dechamp se echó la pala al hombro mientras se guardaba la piedra de amolar en un bolsillo.

—A ver, ¿en qué le puedo ayudar, caballero?

—Llámeme señor Monedas —dijo Wayne—, y yo lo llamaré a usted señor Tipo Listo, por lo acertado de la decisión que acaba usted de tomar.

Estaba alterando su acento. El cambio era sutil, pero Marasi se percató de que le había imprimido una modificación casi imperceptible.

—Todavía no hay nada decidido —replicó Dechamp—. Me gusta que el chico haga ejercicio de vez en cuando, eso es todo. Velo por su salud.

—Por supuesto. Y soy consciente de que aún no hemos llegado a ningún compromiso. Pero le garantizo que esto que busco es algo por lo que nadie más estaría dispuesto a darle un recorte.

—¿A qué viene tanto interés por su parte, en tal caso?

—Valor sentimental —dijo Wayne—. Pertenecía a una de mis amistades, y le supuse un duro golpe separarse de ello.

Marasi resopló, sorprendida por el comentario, atrayendo la atención de Dechamp.

—¿Es usted la amistad en cuestión?

—*No hablo skaa* —respondió Marasi en la antigua lengua de Terris—. ¿Podría repetírmelo en terrisano, por favor?

Wayne le guiñó un ojo.

—No se moleste, Dechamp. Soy incapaz de conseguir que hable como las personas normales, y mire usted que lo intento. Pero es mona, ¿a que sí?

El enterrador asintió en silencio, despacio.

—Y si, por algún casual, el artículo en cuestión estuviera bajo mi esmerada tutela, ¿dónde podría encontrarlo?

—Se produjo un trágico accidente en la ciudad hace unas semanas —dijo Wayne—. Explosivos. Víctimas mortales. Tengo entendido que le trajeron los restos a usted.

—Los recogió Bilmy, el encargado del turno de día. Los cadáveres que no reclama nadie, la ciudad los mete en una bonita fosa común. Es donde suelen ir a parar las prostitutas y los mendigos.

—Siempre injusta su muerte —dijo Wayne, quitándose el sombrero y colocándoselo sobre el pecho—. Vayamos a verlos.

—¿Quiere ir esta noche?

—Si no es demasiada molestia.

—Molestia, ninguna, señor Monedas —dijo Dechamp—, pero más le vale que su nombre esté en consonancia con sus intenciones.

Ni corto ni perezoso, Wayne sacó un puñado de billetes y los agitó en el aire. Dechamp los agarró, los olisqueó (por el motivo que fuera) y se los guardó en el bolsillo.

—Bueno, no son monedas, pero valdrán. Arreando.

Cogió una lámpara de aceite y se internó en la bruma.

—Has cambiado tu acento —le susurró Marasi a Wayne mientras lo seguían a escasa distancia.

—Lo he envejecido un poquito —replicó el muchacho, hablando en voz baja a su vez—. Una generación, más o menos.

—¿Hay alguna diferencia?

—Pues claro que la hay, mujer —se escandalizó Wayne—. Así parezco mayor, como sus padres. Me confiere más autoridad. —Meneó la cabeza como si le costase creer que Marasi no hubiera sabido darse cuenta de algo tan evidente.

La luz de la lámpara de Dechamp se reflejaba en el banco de niebla mientras caminaban, empeorando la visibilidad en la noche, pero seguramente la necesitaría cuando empezase a cavar. El efecto no contribuía en nada a aligerar el tétrico ambiente de las tumbas intercaladas entre los grotescos espectros de la bruma cincelados en piedra. Ateniéndose a la lógica, Marasi entendía que aquella tradición se hubiera extendido: si había un sitio del que uno querría ahuyentar a los monstruos que se alimentaban de carroña, ese era el cementerio. Solo que este lugar contaba con sus propias manadas de rapiñadores humanos, por lo que las estatuas no daban ningún resultado.

—Bueno —dijo Dechamp, y Wayne se situó a su altura para escucharlo—, ya hemos convenido que soy una persona honrada.

—Desde luego.

—Pero también soy frugal y ahorrativo.

—Como todos. Yo, por mi parte, nunca pido la cerveza más cara, ni siquiera cuando la taberna está a punto de cerrar y el dueño rebaja el precio a la mitad para apurar el barril.

—Es usted de los míos, entonces. Frugal y ahorrativo. Siempre he dicho que dejar que las cosas se estropeen y se echen a perder es una lástima. El Superviviente tampoco era nada derrochador.

—Salvo con sus nobles —replicó Wayne—. Esos le duraban muy poco.

—No cuenta —dijo Dechamp con una risita—. Eran ensayos armamentísticos. Hay que cerciorarse de que los cuchillos de uno no tengan el filo embotado.

—¡Sin la menor duda! Yo pongo a prueba constantemente la punta del mío, no sea que se me vaya a partir en plena faena.

Se carcajearon juntos mientras Marasi sacudía la cabeza. Wayne estaba en su salsa; podía pasarse el día entero hablando de apuñalar ricachones. Como si él mismo no tuviera más dinero ahora que la mitad de Elendel.

No le apetecía seguir escuchando sus chanzas y sus risotadas, pero, por desgracia, tampoco quería quedarse rezagada en la oscuridad. Ciento, se suponía que las brumas pertenecían al Superviviente, pero, herrumbres, una de cada dos lápidas parecía una figura que intentara abalanzarse sobre ella al amparo de la noche.

Al cabo, el sepulturero los condujo hasta una tumba cubierta recientemente,

oculta tras un par de mausoleos de mayor tamaño. Carecía de distintivos salvo por la señal de la lanza, grabada en piedra y encajada en la tierra. Cerca de ella, unas cuantas fosas más (estas abiertas) aguardaban a sus cadáveres.

—Quizá le convenga sentarse —dijo Dechamp, sopesando la pala—. Iré rápido, puesto que la tierra está recién removida, pero tampoco tanto. Además, la señorita debería apartar la mirada. Quién sabe qué partes podrían salir de aquí.

—Sentarme... —Wayne paseó la mirada por el campo de tumbas—. ¿Dónde, buen hombre?

—Donde más rabia le dé. —Dechamp empezó a cavar—. Aquí nadie se queja. Ese es el lema de los enterradores, ¿sabe? «No pasa nada, recuerda que aquí nadie se queja.»

Y, con esas palabras, puso manos a la obra.



Debo aceptar sus reglas —pensó Wax mientras cruzaba la sala en dirección al informador—. Son distintas, diga lo que diga Steris, pero yo sé cuáles son.»

Había decidido quedarse en la cuenca y hacer lo que pudiera allí. Había visto los peligros que asolaban las calles de Elendel y se había esforzado por desterrarlos. Pero esos eran simples rasguños; era como parchear una herida mientras la gangrena se cebaba con el resto del brazo.

Perseguir a los esbirros del Grupo... probablemente eso era lo que querían que hiciese. Tendría que apuntar más alto si de veras quería proteger a la gente. Lo cual conllevaba no perder la calma, bailar al son que tocase en cada momento y poner buena cara. Todo lo que sus padres, e incluso su tío, habían intentado inculcarle.

Detuvo sus pasos junto al hueco de la pared que ocupaba el informador, Devlin. El hombre estaba observando la pecera cercana, situada bajo una reproducción de Tindwyl, Madre de Terris, encaramada a las murallas durante el último asalto de las hordas de la oscuridad. Unos pulpos diminutos surcaban el agua detrás del cristal.

Después de un momento de espera, el informador asintió con la cabeza en su dirección. Wax se acercó y apoyó el brazo en la pecera junto a Devlin, un hombre de corta estatura, pero apuesto, con el labio superior y el mentón recubiertos de pelusilla.

—Esperaba que fuera más arrogante —dijo el informador.

—¿Qué le hace pensar lo contrario?

—Se ha quedado esperando.

—La arrogancia no está reñida con los buenos modales.

Devlin esbozó una sonrisa.

—Supongo que no le falta razón, lord Waxillium. —Uno de los pulpos usó los tentáculos para apresar un pez que pasaba por su lado y se dejó caer de la pared a la que estaba agarrado, sosteniendo con firmeza a su víctima mientras la atraía hacia el pico—. Dejan de alimentarlos aproximadamente una semana antes de cualquier fiesta. Les gusta que den espectáculo —explicó Devlin.

—Me parece una brutalidad —dijo Wax.

—A lady Kelesina le gusta imaginarse que ella es la depredadora y nosotros, el pescado, invitados a nadar en sus aguas y tal vez acabar devorados. —La sonrisa de Devlin se ensanchó—. No se da cuenta, por supuesto, de que también ella está encerrada en la misma pecera.

—¿Sabe usted algo de dicha pecera?

—¡Es la misma en la que nadamos todos, lord Waxillium! Esta cuenca que

Armonía creó para nosotros. Tan perfecta, tan... exuberante. Nadie escapa de ella.

—Yo lo hice.

—Y consiguió llegar a los Áridos —repuso Devlin, desdeñoso—. Pero ¿qué hay al otro lado, Waxillium? ¿Más allá del desierto? ¿De los mares? A nadie le importa.

—No es la primera vez que alguien se lo pregunta.

—¿Y alguna vez ha puesto alguien dinero para encontrar la respuesta?

Wax negó con la cabeza.

—Todos podemos hacernos preguntas —dijo Devlin—, pero donde no hay dinero, tampoco hay respuestas.

Wax se descubrió riéndose por lo bajo, a lo que Devlin respondió con un modesto ademán. Había desarrollado un método sutil para explicar que necesitaba cobrar antes de proporcionar información alguna. Curiosamente, pese a la inmediata (y algo grosera) exigencia, Wax se sentía más cómodo en su compañía que junto a lord Gave.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la extraña moneda.

—Dinero —dijo—. Me interesa el dinero.

Devlin la cogió y enarcó una ceja.

—Si alguien supiera decirme en qué gastar esto —continuó Wax—, me enriquecería. Todos lo haríamos, en realidad.

Devlin le dio vueltas entre los dedos.

—Aunque no había visto nunca la imagen exacta que sale en esta moneda, me consta que varias como ella cambian de manos con regularidad en las subastas de antigüedades del mercado negro. Me desconcierta bastante el porqué. No hay razón para guardarlas en secreto, puesto que no sería ilegal venderlas a la vista de todos.

La lanzó por los aires para devolvérsela a Wax, que la capturó al vuelo, sorprendido.

—No se imaginaba que fuese a contestarle con tanta franqueza —observó Devlin—. ¿Por qué será que la gente a menudo hace preguntas para las que no espera obtener respuesta?

—¿Sabe algo más?

—Gave empezó a comprar unas cuantas, inmediatamente después dejó de hacerlo, y las piezas que adquirió ya no están expuestas en su hogar.

Wax asintió en silencio, pensativo, y hurgó en uno de sus bolsillos para darle algo de dinero al informador.

—Aquí no —lo detuvo Devlin, poniendo los ojos en blanco—. Cien. Hable con su banco y dígales que transfieran esa suma a mi cuenta.

—¿Va a fiarse de mí?

—Lord Waxillium, saber en quién confiar forma parte de mi trabajo.

—Así lo haré, entonces. Siempre y cuando tenga algo más que ofrecerme.

—Sea lo que sea que se está encubriendo —dijo Devlin, contemplando la pecera de nuevo—, más de una cuarta parte de la nobleza de la ciudad está metida en el ajo. Al principio me sentía intrigado; ahora, aterrado. Está relacionado con un gigantesco

proyecto de construcción al noreste de aquí.

—¿En qué consiste ese proyecto? —preguntó Wax.

—No tengo forma de averiguarlo. Algunos granjeros lo han visto. Había alomantes involucrados, según su testimonio. La noticia murió antes de llegar aquí. Aniquilada. Arrasada hasta los cimientos. Todo se ha vuelto muy raro en Nueva Seran de un tiempo a esta parte. Primero aparece un asesino de los Áridos que se dedica a asaltar los hogares de nacidos del metal adinerados, después usted acude a una fiesta...

—Ese proyecto del noreste... —dijo Wax—. ¿Alomantes?

—No sé nada más al respecto. —Devlin dio unos golpecitos en la pecera, intentando que uno de los pequeños pulpos se asustara.

—¿Qué hay de la explosión de hace unas semanas? ¿La que se produjo en la ciudad?

—Obra del antedicho asesino de los Áridos, se rumorea.

—¿Se cree usted esos rumores?

—Ningún nacido del metal perdió la vida en la explosión —respondió Devlin.

«Ninguno que usted sepa», pensó Wax. ¿Dónde encajaba la hemalurgia en todo eso?

Devlin se irguió e inclinó la cabeza en dirección a Wax, tendiéndole la mano como si quisiera despedirse.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Poco, para lo que cuesta —dijo Wax mientras le estrechaba la mano.

Devlin se acercó un poco más y le susurró al oído:

—Permita que le ofrezca algo más: se ha metido en algo más peligroso de lo que sospecha. Lárguese de aquí. Es lo que pienso hacer yo.

—No puedo —replicó Wax mientras Devlin se retiraba.

—Lo conozco, vigilante. Y puedo asegurarle que no hace falta que se preocupe por el grupo al que está persiguiendo. Pasarán décadas, siglos quizás, antes de que se conviertan en un verdadero peligro. Ignora usted la mayor amenaza de todas.

—¿Que es...?

—El resto de las personas que hay en esta sala —respondió Devlin—, las que no están envueltas en su pequeña conspiración... a las que solo les importa el trato que están recibiendo sus ciudades.

—Disculpe —dijo Wax—, pero no me parece que este problema sea comparable.

—Entonces es que no está prestando atención. Personalmente, siento curiosidad por ver cuántas vidas se cobra la primera guerra civil de la cuenca. Que pase usted un buen día, lord Ladrian.

Devlin se alejó, chasqueando los dedos al cruzarse con un corrillo de invitados. Uno de ellos se separó del resto para seguirlo.

Wax se descubrió reprimiendo un gruñido gutural. Primero aquella mujer durante

los bailes y ahora este sujeto. Se sentía como si estuviera dando tumbos, sacudido por el tirón de unos hilos que manejaba alguien desconocido. ¿Qué había logrado, además? ¿Confirmar que se estaban vendiendo los artefactos? ¿Que alguien más había encontrado el lugar que figuraba en los evanotipos de ReLuur?

«Un proyecto de construcción —pensó—. Alomantes.»

Guerra civil.

Con un escalofrío, Wax volvió a internarse en la multitud. Tras dar un rodeo para sortear a un grupo de personas, descubrió que Steris ya no estaba en su mesa; aunque se había terminado la copa de gaseosa edulcorada antes de irse. Se giró y volvió a deambular entre los demás invitados, buscándola.

Así, por casualidad, acabó topándose de brúces con una mujer escultural que llevaba el cabello recogido en un moño y un anillo en cada dedo.

—Por fin, lord Waxillium —dijo Kelesina, indicando por señas a sus acompañantes que se retiraran y la dejases a solas con Wax—. Estaba esperando que se me presentara la oportunidad de hablar con usted.

Le sobrevino un fulgurante ataque de pánico... que Wax se apresuró a abatir de un tiro en la cabeza para luego enterrar su cadáver en el fondo de un lago. No pensaba dejarse intimidar por ningún lacayo de Elegante, por mucho dinero e influencia que poseyera.

—Lady Shores —dijo, tomando la mano de la mujer y estrechándosela en vez de besarla. Quizá no estuviera en los Áridos, pero eso no significaba que tuviera la menor intención de perder de vista a su contrincante.

—Espero que se lo esté pasando bien en la fiesta. La atracción principal comenzará dentro de media hora; quizás le resulte de interés. Hemos invitado al alcalde de Bilming en persona para que pronuncie unas palabras. Me aseguraré de conseguirle una transcripción para que se la enseñe al rústico de su gobernador, así no hará falta que memorice usted los detalles.

—Muy gentil por su parte.

—Me...

Herrumbres, qué harto estaba de dejar que fueran los demás quienes llevasen la voz cantante esta noche.

—¿Ha visto a lord Gave? —la interrumpió Wax—. Lo insulté sin proponérmelo hace un rato. Me gustaría pedirle disculpas.

—¿Gave? —dijo Kelesina—. No se preocupe por él, Waxillium. No merece la pena.

—Aun así. ¡Me siento como si me hubiera calzado unos zapatos de cemento y estuviera intentando bailar! A cada paso que doy, le machaco los dedos a alguien. Herrumbres, no me imaginaba que los habitantes de este lugar fuesen tan tiquismiquis como los de Elendel.

La mujer sonrió. Las palabras de Wax parecían haberla tranquilizado, como si estuviera obteniendo de él exactamente lo que esperaba.

«Aprovéchalo», se dijo Wax. Pero ¿cómo? Esta mujer tenía décadas de experiencia desenvolviéndose en círculos sociales. Steris podía opinar lo que quisiera de sus virtudes, pero lo cierto era que se había pasado años practicando el tiro al blanco en vez de frecuentando este tipo de actos. ¿Cómo iba a ser rival para estas personas en su terreno?

—Me apena ver que no se ha traído a su socio —dijo Kelesina.

—¿Wayne? —preguntó Wax con genuina incredulidad.

—Sí. Tengo amigos en Elendel que me hablan de él en sus cartas. ¡Me parece tan pintoresco!

—Por decirlo de alguna manera —murmuró Wax—. Con el debido respeto, lady Kelesina, antes traería mi caballo a una fiesta. Tiene mejores modales.

La mujer se rio.

—Es usted encantador, lord Waxillium.

Esta señora era culpable sin remisión, y Wax lo sabía. Podía notarlo. Decidió dejarse guiar por el instinto. Se sacó la moneda del bolsillo y la sostuvo en alto ante él.

—Quizá me pueda resolver una duda que tengo —dijo, y se dio cuenta de que había empezado a imprimir un sutil acento de los Áridos a su entonación. «Gracias por eso, Wayne». Me la han dado fuera, creo que por equivocación. Les he preguntado al respecto a unos cuantos de los invitados, y algunos se pusieron tan pálidos que temí que les hubieran pegado un balazo.

Kelesina se había quedado petrificada.

—Personalmente —continuó Wax, haciendo girar a la moneda entre sus dedos—, sospecho que debe de tener algo que ver con esos rumores sobre lo que está sucediendo en el noreste. Algo acerca de unas excavaciones tremendas, ¿no es cierto? En fin, me imagino que será algo de eso. Una reliquia del pasado. De lo más interesante, ¿verdad?

—No se fíe usted de los rumores, lord Waxillium. Cuando comenzaron a circular todas esas habladurías, la gente se puso a acuñar monedas como esa en la ciudad para vendérselas a los incautos.

—¿En serio? —se extrañó Wax, esforzándose por sonar desilusionado—. Qué lástima. La historia me parecía de lo más fascinante. —Volvió a guardarse la moneda en el bolsillo mientras la orquesta iniciaba otro tema—. ¿Me concede este baile?

—Lo cierto es que ya me había comprometido con otra persona. ¿Lo veré más tarde, lord Waxillium?

—Desde luego que sí, por supuesto —respondió Wax, inclinando la cabeza en su dirección mientras lady Kelesina se retiraba. Regresó a su mesa para observar cómo la mujer atravesaba vigorosamente el gentío, con expresión atemorizada.

—¿Era esa lady Kelesina? —preguntó Steris al reunirse con él, sosteniendo otra copa de la dulce bebida amarilla.

—En efecto.

—No había previsto hablar con ella hasta después del discurso —resopló Steris—. Me has puesto el programa entero patas arriba.

—Lo siento.

—Habrá que conformarse. ¿Qué le has sonsacado?

—Nada —dijo Wax, sin perder de vista a lady Kelesina, que acababa de reunirse con un grupo de hombres trajeados. Pese a la serenidad de sus facciones, lo sincopado de sus ademanes... sí, era indudable que estaba alterada—. Le he contado lo que había descubierto.

—¿¡Que has hecho qué!?

—Le he confesado que estaba siguiéndoles la pista —prosiguió Wax—, aunque procuré hacerme el tonto. No sé si se habrá tragado esa parte. A Wayne se le da mucho mejor que a mí. Tiene un don especial, ¿sabes?

—¿Lo has estropeado todo, entonces?

—Es posible. Por otra parte, si esto fuesen los Áridos y yo estuviera enfrentándome a un sospechoso, sin pruebas concluyentes que lo incriminaran, es lo que haría. Dejaría caer que ando tras su pista y observaría cuál es el siguiente paso que dan.

Lady Kelesina abandonó el salón caminando a zancadas, dejando que uno de los hombres se disculpara por ella. Wax prácticamente podía escuchar la conversación. «La señora tiene asuntos urgentes que atender en estos momentos. Regresará enseguida.»

Steris siguió la dirección de su mirada.

—Diez billetes a que ha ido a ponerse en contacto con Elegante —dijo Wax—, para avisarle de que los tengo en el punto de mira.

—Ah —murmuró Steris.

Wax asintió con la cabeza.

—Supuse que no sería capaz de tirarle de la lengua por mucho que lo intentara, pero no está acostumbrada a que la persiga la justicia. Cometerá algún error tonto, deslices en los que no incurría ni el salteador de caminos más novato del mundo.

—Habrá que apañárselas para seguirla, en tal caso.

—Esa sería la segunda parte del plan, sí. —Wax tamborileó con los dedos encima de la mesa—. Tendré que empezar una pelea y conseguir que me echen.

—¡Lord Waxillium! —exclamó Steris, que empezó a rebuscar en su bolso.

—Lo siento, pero me cuesta imaginarme otra solución. —Como plan, sin embargo, era endeble. Su expulsión seguramente alertaría a Kelesina—. Necesitamos una distracción, una excusa para ausentarnos. Algo creíble, pero no demasiado desconcertante... ¿Qué es eso?

Steris había sacado un frasquito del bolso.

—Jarabe de ipecacuana y raíz salobreña, un emético para provocar el vómito.

Wax parpadeó varias veces seguidas, estupefacto.

—Pero ¿por qué...?

—Daba por sentado que alguien intentaría envenenarnos —le explicó Steris—. Por pequeña que fuese la posibilidad, merece la pena estar preparados. —Una risita incómoda brotó de sus labios.

Y, a continuación, se tomó el vial entero de golpe.

Wax quiso detenerla, pero reaccionó demasiado tarde. Horrorizado, la vio tapar de nuevo el frasquito vacío y guardarlo en el bolso.

—Deberías apartarte del «radio de acción», por decirlo finamente.

—Pero... ¡Steris! Te acabarás humillando tú sola.

La muchacha cerró los ojos.

—Querido lord Waxillium. Antes has mencionado el poder inherente a que a uno no le importe lo que los demás piensen de él. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Bueno, verás —concluyó Steris, abriendo los ojos mientras una sonrisa afloraba a sus labios—. Estoy practicando esa habilidad.

Dicho lo cual, procedió a vomitar violentamente hasta dejar toda la mesa cubierta.

La excavación seguía su curso, de modo que Marasi se dedicó a matar el tiempo leyendo las inscripciones de las lápidas. Wayne, por su parte, se había acomodado encima de una tumba con la espalda apoyada en la piedra, como si fuese la cosa más natural del mundo. Cuando la joven se acercó para comprobar cómo iba la faena, lo encontró rebuscando en uno de sus bolsillos. Instantes después, Wayne sacó un sándwich y empezó a zampárselo. Al ver a Marasi contemplándolo fijamente, lo extendió en su dirección, agitándolo en el aire para invitarla a pegarle un bocado.

Mareada, la muchacha le dio la espalda y continuó buscando inscripciones. Esta era, a todas luces, la sección más pobre del cementerio; las tumbas estaban muy cerca unas de otras, y las lápidas eran sencillas y de pequeño tamaño. La niebla serpenteaba entre ellas, arremolinándose a su alrededor cuando se arrodilló junto a una de las piedras, barrió el musgo con la mano y leyó el epitafio de la niña que allí yacía enterrada. *Eliza Marin. 308-310. Asciende y sé libre.*

El incesante golpeteo de la pala del sepulturero la acompañó mientras deambulaba entre las tumbas. No tardó en alejarse demasiado de la claridad de la lámpara como para distinguir las inscripciones. Dio media vuelta, suspirando... y descubrió que había alguien de pie cerca de ella, medio oculto por las brumas.

Despegó casi literalmente los pies del suelo, tal fue el respingo que dio, pero el movimiento de los jirones de niebla (más el porte de la figura, demasiado rígido) enseguida le revelaron que solo era una estatua. Marasi se acercó a ella con el ceño fruncido. ¿Quién habría pagado por algo así para adornar la sección de los indigentes en el cementerio? La escultura, antigua, se veía escorada tras haberse hundido aproximadamente un palmo en el suelo con los movimientos del terreno. También era una obra de arte, una figura extraordinaria cincelada en majestuoso mármol negro que se erguía hasta los dos metros y medio de altura, resplandeciente con el vaporoso

manto de bruma que la envolvía.

Al rodearla, a la muchacha no le sorprendió descubrir una representación femenina de cabellos cortos y delicado rostro acorazonado. Se hallaba ante la Guerrero de la Ascensión, instalada entre las tumbas de los olvidados y los desfavorecidos. Al contrario que la estatua de Kelsier, que se cernía sobre quienes pasaban por debajo de su mirada, esta parecía estar a punto de emprender el vuelo, con una pierna levantada y los ojos vueltos hacia el firmamento.

—Durante años —musitó Marasi— quise ser como tú. Todas las niñas sueñan con lo mismo, supongo. ¿Quién no lo haría tras escuchar las historias? —Había llegado incluso a apuntarse al club de tiro para señoritas porque pensó que, ya que no podía empujar el metal, disparar con un arma de fuego era lo más parecido a lo que podía aspirar—. ¿Te sentirías insegura alguna vez? ¿O sabías siempre cómo actuar? ¿No te asaltaban nunca los celos? ¿El miedo? ¿La ira?

Si Vin alguna vez había sido una persona corriente, las leyendas y las canciones habían olvidado esa parte. La proclamaban Guerrero de la Ascensión, la mujer que había acabado con el lord Legislador. Nacida del metal y mito que había sostenido el mundo entero en sus brazos mientras Armonía se preparaba para la divinidad. Capaz de matar con una sola mirada, de desentrañar secretos inalcanzables para los demás y de repeler ejércitos de koloss enfurecidos sin ayuda de nadie.

Extraordinaria en todos los sentidos. Para bien, probablemente, o de lo contrario el mundo no habría sobrevivido a la Guerra de Ceniza. Pero, herrumbres... a las demás les había legado una reputación de mil demonios a cuya altura jamás podrían llegar.

Le dio la espalda a la estatua y encaminó sus pasos por el terreno esponjoso en dirección a Wayne y Dechamp. Al llegar a su altura, el enterrador salió de la fosa, dejó la pala clavada en la tierra y le pegó un buen trago a la petaca que había sacado de su mochila.

Marasi se asomó a la tumba. Dechamp se había dado prisa; la montaña de tierra acumulada junto al agujero media más de un metro de alto.

—¿No va a compartir eso con un camarada? —le preguntó Wayne al sepulturero, poniéndose en pie.

Dechamp negó con la cabeza mientras enroscaba el tapón de la petaca.

—Como le gustaba decir a mi abuelo, no compartas nunca la bebida con quien no la haya compartido contigo.

—Pero entonces nadie compartiría la bebida con nadie!

—No —dijo Dechamp—. Lo único que pasa es que a mí me toca doble ración. —Apoyó la mano en la pala, con la mirada fija en la fosa. Sin el cadencioso golpeteo de su trabajo, el silencio había vuelto a adueñarse del cementerio.

Ya debían de estar cerca de los cadáveres. El paso siguiente sería desagradable: rebuscar entre los cuerpos hasta encontrar uno que estuviera descuartizado y comprobar que contuviera alguna púa. La idea le revolvió el estómago a Marasi.

Wayne le pegó otro mordisco al sándwich, titubeó y ladeó la cabeza.

De improviso, agarró a la muchacha por debajo del brazo y empujó con fuerza, arrojándola a la sepultura. El impacto la dejó sin aliento.

El primer disparo atronó sobre su cabeza un segundo después.



Marasi jadeó cuando Wayne se coló en los estrechos confines de la fosa, dejándose caer directamente encima de ella y cortándole la respiración. Otra vez.

El muchacho gruñó, y las detonaciones cesaron un momento después. Intentando recuperarse todavía, Marasi contempló fijamente la negrura del firmamento y los remolinos de niebla. Tardó un instante en darse cuenta de que las brumas se habían quedado paralizadas en el sitio.

—¿Burbuja de velocidad? —preguntó.

—Sí —dijo Wayne, con un gemido, mientras se giraba para apoyar la espalda en la pared de tierra a fin de quitarse de encima de la muchacha. Algo húmedo relucía en su hombro.

—Te han dado.

—Tres veces. —Wayne hizo una mueca al mover la pierna—. No, cuatro. — Suspiró mientras le daba un mordisco al sándwich.

—Entonces...

—Dame un segundo.

Marasi se contorsionó en la fosa para asomarse por encima del borde de tierra. Junto a ella, Dechamp se desplomaba muy despacio en el suelo, como si estuviera sumergido en melaza, proyectando surtidores de sangre desde sus numerosas heridas de bala. Las gotas de sangre flotaban en suspensión en el aire. Un fogonazo evanescente en la oscuridad revelaba el origen de los disparos: un grupo de figuras en el sendero, casi invisibles entre las sombras. Las balas trazaban surcos en los jirones de bruma.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Los grillos se habían callado —respondió Wayne—. Dechamp debió de vendernos. Me apuesto el sombrero de Wax a que envió al chico a buscar a estos tipos.

—El Grupo estuvo aquí antes —dijo Marasi, con un nudo en la garganta.

—Pues sí. —Wayne introdujo un dedo en uno de los agujeros de su camisa, meneándolo para comprobar que la herida se hubiese cerrado. Usó la otra mano para meterse el último trozo de sándwich en la boca y se reunió con ella junto al borde de la sepultura. Sobre sus cabezas, una bala aletargada golpeó el límite invisible de la burbuja de velocidad del muchacho. En un abrir y cerrar de ojos, atravesó el aire como una exhalación (a un palmo escaso de la cabeza de Marasi) hasta llegar al otro

lado, donde volvió a ralentizarse.

La joven se encogió, aunque fuese a destiempo. Cualquier objeto que entraba en una burbuja de velocidad se veía refractado y alteraba su trayectoria. Aunque era poco probable que alguna de aquellas balas rebotase tan radicalmente como para desviarse hacia abajo e impactar contra ellos, distaba de ser imposible. Al margen de todo lo cual, el bendaleo de Wayne se consumía enseguida. No tardaría en tener que desactivar la burbuja.

—¿Plan? —preguntó Marasi.

—No morir.

—¿Algo un poquito más detallado que eso?

—¿No morir... hoy?

La muchacha le lanzó una mirada iracunda. Otro par de balas silbaron sobre sus cabezas mientras, fuera de la burbuja de velocidad, el cadáver de Dechamp golpeaba el suelo por fin.

—Tenemos que acercarnos a ellos —dijo Wayne, sacando uno de sus bastones de duelo de la brida que llevaba en el cinto.

—Será complicado. Me parece que te tienen miedo.

—¿En serio? —preguntó Wayne, envalentonado—. ¿Tú crees?

—Están descargando munición suficiente como para abatir a un ejército —respondió Marasi, agachándose cuando otra bala entró en la burbuja de velocidad—, y apretaron el gatillo sin importarles que la cortina de fuego pudiera llevarse por delante a Dechamp. Aunque me extrañaría que sintieran mucho aprecio por él, eso indica que estaban lo bastante asustados como para no atreverse a perder ni un momento esperando a que volviera a entrar en la fosa.

La sonrisa de Wayne se ensanchó mientras asentía con la cabeza, despacio.

—Qué te parece eso, mi reputación me precede. Me pregunto...

Marasi miró de reojo a su espalda. La tumba en la que estaban se encontraba cerca de varias tumbas más excavadas con anterioridad, todavía desocupadas.

—¿Puedes agrandar la burbuja de velocidad hasta incluir en ella alguna de esas fosas de ahí?

Wayne siguió la dirección de su mirada y se acarició la barbilla.

—La más próxima, a lo mejor, si desactivo esta y me desplazo hasta el fondo de esta tumba antes de crear otra. —No podía mover una burbuja que ya estuviera en su sitio, ni trasponer sus confines sin que se desintegrara.

—En tal caso —dijo Marasi—, habrá que conseguir que vengan a ver si seguimos con vida. Lo cual quizás no resulte tan sencillo, habida cuenta del miedo que te profesan.

—Qué va. Será lo más fácil del mundo.

—¿Cómo...?

—El tiempo se agota. ¿Todavía llevas esa pistolita de juguete en el bolso?

Marasi sacó el arma.

—Su alcance es lamentable —dijo—, y solo tiene dos balas.

—Da igual. Cuando deje caer la burbuja, dispara contra esos tipejos. Y prepárate para entrar en acción.

La muchacha asintió con la cabeza.

—Vamos allá —dijo Wayne.

La burbuja se desvaneció.

Las brumas reanudaron su movimiento de súbito, arremolinándose sobre sus cabezas, y el estampido de las detonaciones volvió a atronar en el cementerio. Dechamp sufrió una convulsión, entre estertores, vidriosa ya su mirada a la luz de las lámparas. Marasi esperó a que sus asaltantes dejaren de atacar y, con el eco de los disparos resonando aún en la noche, levantó la pequeña pistola y apretó el gatillo dos veces, apuntando a las sombras.

Volvió a agazaparse de inmediato, sin saber muy bien qué había conseguido con ello.

—No sé si te habrás dado cuenta, Wayne —dijo—, pero ahora estamos desarmados además de atrapados.

—En efecto, pero si a esos individuos realmente les preocupa tanto mi temible reputación...

—¿Qué? —preguntó la muchacha, observándolo de soslayo mientras se asomaba por encima del borde.

Sonaron unos pocos disparos cuando las figuras amparadas en la oscuridad respondieron al fuego, pero el tiroteo distaba de ser tan feroz como antes. Lo cual era...

—¡Ahora! —exclamó Wayne, dirigiéndose de un salto a la parte de atrás de la fosa para generar una burbuja de velocidad—. ¡Ja! Han venido preparados, ya lo creo. Bien por ellos.

Marasi se arriesgó a echar otro vistazo... y a punto estuvo de toparse de bruces con un cartucho de dinamita paralizado en el aire. La mecha proyectaba una nube de chispas y humo que se entremezclaban con la niebla. Se le escapó un gritito mientras se apartaba gateando de espaldas. Estaba muy cerca de la burbuja.

—Crucemos —dijo Wayne, quitándose el sombrero y lanzándolo a la fosa contigua desde su posición. Salió corriendo detrás de él. Marasi lo imitó, agachándose y rezando para que sus agresores no los descubrieran. La burbuja de velocidad de Wayne los reduciría a meras manchas borrosas a ojos de los hombres, y la oscuridad y las brumas contribuirían a camuflarlos.

Se introdujo en la otra sepultura, más profunda que la anterior. Wayne asintió con la cabeza en su dirección y dejó que la burbuja se desintegrara.

Marasi pegó la espalda a la pared de la fosa, cerró los ojos con fuerza, se tapó los oídos y empezó a contar para sus adentros. Solo le dio tiempo a llegar hasta el dos antes de que una explosión sacudiera el suelo y vertiera una oleada de tierra en su tumba. ¡Herrumbres! Eso debían de haberlo oído en media ciudad.

Miró de reojo a Wayne, que desenfundó el otro bastón de duelo e hizo girar uno de ellos en cada mano. La muchacha oyó rozaduras de pasos en el exterior; se imaginó a sus misteriosos asaltantes acercándose con cautela para echar un vistazo a las personas que supuestamente acababan de eliminar.

—¿Puedes derrotarlos tú solo? —medio susurró, medio silabeó Marasi para Wayne, que sonrió y respondió en silencio, moviendo tan solo los labios a su vez:

—¿Le pican las pelotas a un tío sin manos?

Dicho lo cual, se apoyó en el borde de la fosa y se izó a pulso hasta la superficie. Al instante siguiente, las brumas se quedaron paralizadas sobre la cabeza de Marasi, inmersa en una nueva burbuja de velocidad. Wayne la había creado para atrapar a la mitad de los hombres dentro de ella con él.

La muchacha se había acostumbrado ya al sonido que producía la madera al chocar con el cráneo de un hombre, pero eso no evitó que hiciera una mueca. La burbuja de velocidad estalló cuando alguien consiguió perforarla con un disparo, pero los gemidos y las maldiciones continuaron.

Wayne reapareció un rato después en lo alto de la fosa, recortado entre las brumas por la oscilante luz de las lámparas. Encajó los bastones de duelo en sus bridas, se arrodilló y le tendió una mano a Marasi.

La joven imitó su gesto, dispuesta a aceptar su ayuda para salir de la sepultura.

—Ah, no —dijo Wayne, sin tocarla—. Si lo que quería era que me dijeses el sombrero.

—Enviaremos a alguien a buscar su carroaje, lord Waxillium —dijo la auxiliar del mayordomo de la casa—. Lamentamos de corazón la desafortunada indisposición de su señora. ¿Seguro que no ha comido nada que le haya podido sentar mal?

—Solo ha bebido —respondió Wax—, y muy poco, además.

La cocinera se tranquilizó visiblemente. Se alejó, llevándose a una de las doncellas agarrada del brazo, en cuanto vio que Wax se había fijado en ella. Estaba en la puerta de una cámara de invitados, y tras él Steris yacía en la cama, con los ojos cerrados.

La auxiliar —una terrisana ataviada como dictaba la tradición— chasqueó la lengua de forma casi imperceptible, mirando por encima del hombro hacia la cocinera y la doncella que se batían en retirada. A pesar de su contrariedad, Wax se dio cuenta de que también para ella suponía un alivio escuchar que no había culpa que atribuir al menú de la fiesta. Los demás asistentes no tenían que preocuparse de nada.

Una voz penetrante resonó en el pasillo. Alguien (un hombre dotado de un timbre estridente) estaba anunciando la llegada de un nuevo invitado por el micrófono de la recepción. Wax podía oírlo con nitidez; el heraldo contaba con la asistencia de altavoces eléctricos. Los cachivaches de la joven Tarscel habían llegado incluso hasta Nueva Seran, al parecer. La auxiliar dio un paso atrás de forma instintiva, en dirección a la sala de baile.

—Retírese usted sin miedo —dijo Wax—. Esperaremos aquí media hora o así, hasta que mi señora se haya repuesto, y para entonces es seguro que nuestro carruaje estará ya en la puerta.

—Si lo cree conveniente...

—Desde luego que sí. Cerciórese tan solo de que no nos moleste nadie. El bullicio incomoda en grado sumo a la señorita Harms cuando se siente aquejada.

La auxiliar ensayó una reverencia y se perdió de vista por el pasillo, camino del salón. Wax cerró la puerta con un chasquido y se acercó a la cama en la que reposaba Steris, que entreabrió un ojo y echó un vistazo de soslayo a la puerta para comprobar que estuviera cerrada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Wax.

—Mareada —respondió Steris, apoyándose en un codo para recostarse—. Me precipité un poquito, ¿verdad?

—Y te lo agradezco —dijo Wax, consultando la hora en el reloj de pared—. Aguardaré unos minutos para cerciorarme de que el pasillo esté despejado antes de salir a hurtadillas. Ignoro hasta cuándo piensa ausentarse Kelesina, pero tendré que actuar deprisa si quiero averiguar algo.

Steris asintió con la cabeza.

—¿Crees que podría estar aquí? Me refiero a tu hermana.

—Lo dudo —replicó Wax—, pero todo es posible. Me conformaré con cualquier tipo de pista, por pequeña que sea.

—¿Cómo es?

—Tan engreída como cualquier otra dama de la nobleza, convencida de que...

—Lady Kelesina, no, Waxillium. Tu hermana.

—Pues... —Wax tragó saliva mientras volvía a mirar el reloj—. Hace décadas que no la veo, Steris.

—A pesar de lo cual, no cejas en tu empeño por encontrarla.

El vigilante exhaló un suspiro y se sentó junto a su prometida.

—Siempre fue la más atrevida de los dos, cuando éramos niños. Yo era muy serio y precavido, me devanaba los sesos intentando encontrar la manera adecuada de hacer las cosas. Mientras que Telsin... parecía tenerlo todo controlado. Hasta que me fui de la Aldea y ella se quedó.

—Más terrisana que tú, entonces.

—Tal vez. Siempre creí que odiaba ese sitio, teniendo en cuenta lo a menudo que aprovechaba el menor pretexto para escapar. Pero al final se quedó allí. —Wax sacudió la cabeza—. Nunca llegué a conocerla, Steris. No como debería. Estaba demasiado absorto en mí mismo. No puedo dejar de pensar que los dejé a todos en la estacada... a mi madre, a mi padre, a la propia Telsin... alejándome de ella para irme a los Áridos. Y lo estoy haciendo otra vez, dejándola en poder de mi tío.

Steris, recostada aún en la cama, le dio un apretón en la mano.

—La encontraré —dijo Wax—. Lo arreglaré. Me fui a los Áridos pensando que

no los necesitaba a ninguno de ellos. Pero conforme pasan los años, Steris, descubro que cada vez me apetece menos estar solo. No puedo explicarlo, supongo. Ella es mi familia. Mi única familia.

Una voz nueva empezó a hablar fuera de la habitación. Hechas las presentaciones, lord Severington había comenzado su discurso. Wax miró el reloj de reojo y se levantó.

—Bueno, tengo que salir a explorar mientras todos los demás están distraídos.

Steris asintió con la cabeza, descolgó los pies por el lateral de la cama y respiró hondo.

—Deberías esperar aquí —le sugirió Wax—. Esto podría ser peligroso.

—¿Ya se te ha olvidado lo que me dijiste anoche?

—El lugar más seguro del mundo no es a mi lado, Steris, te lo aseguro.

—De todas formas, quizás necesites escapar a toda prisa. No te dará tiempo a volver a buscarme. Y si alguien te ve, se preguntará qué haces solo... pero si estamos juntos podemos decir que nos íbamos y estábamos buscando nuestro carroaje.

Como argumentos eran muy válidos. Wax asintió a regañadientes y le indicó que lo siguiera. Steris se apresuró a obedecer, aguardando junto a la puerta mientras él la abría y se asomaba al pasillo. La voz de lord Severington sonó con más claridad.

—... hora de enseñarles a los habitantes de Elendel que su tiranía no solo es injusta, sino que atenta además contra la voluntad del Superviviente, que murió en nombre de la libertad...

El pasillo estaba desierto. Wax salió acompañado de Steris mientras le susurraba:

—Procura no dar la impresión de que intentas pasar inadvertida.

Ella asintió con la cabeza, y juntos recorrieron el largo pasillo equipado con lámparas de bronce, antiguamente de gas y adaptadas ahora para funcionar con electricidad. Según el plano de la mansión que Wax había memorizado, la sala de baile y estas dependencias para los huéspedes se hallaban en un ala al margen, en el este. Si avanzaban hacia el oeste siguiendo el pasillo, doblaban por esta esquina...

Pasaron bajo un arco que conducía al atrio central del edificio, por el que discurría un canal que atravesaba el centro de la mansión; alimentado por una de las cascadas, se extendía hasta formar un salto de agua que se precipitaba sobre un conjunto de rocas cubiertas de campanillas. Solamente unas pocas luces brillaban en las paredes, confiriendo al atrio una atmósfera crepuscular.

—Esta humedad debe de ser espantosa para los muebles de la mansión —comentó Steris—. ¿Qué razón práctica podría alegar nadie para permitir que todo un río atraviese su casa?

—Estoy seguro de que las razones no son prácticas en absoluto —dijo Wax. No muy lejos de ellos apareció una doncella, procedente de otro portal. Se quedó petrificada al verlos.

Wax le lanzó una mirada iracunda, atiesando la espalda e imprimiéndole a su expresión todo el desdén y el desprecio que fue capaz de reunir. Lejos de desafiarlo,

la muchacha agachó la cabeza y se escabulló de inmediato con el montón de sábanas que acarreaba en los brazos.

Cruzaron el atrio en penumbra. Los amplios ventanales que se veían sobre sus cabezas deberían haberles ofrecido un atisbo del cielo, pero la bruma fluctuaba y se arremolinaba tras ellos. Wax empezó a levantar los dedos en actitud de saludo hacia la niebla distante, pero se contuvo.

Armonía observaba a través de las brumas. Armonía el impotente, Armonía el insignificante. Apretó los dientes y volvió la espalda a las ventanas, conduciendo a Steris por uno de los senderos del jardín interior, decorado con rocas y plantas. A juzgar por sus mapas, dedujo que Kelesina debía de estar en algún lugar del segundo piso. Mientras seguían el camino hacia el norte, a la vera del riachuelo, divisó un balcón en lo alto.

—De verdad —musitó Steris—, ¿cómo saben si el agua es salubre? ¿No les bastaba con tener un río atravesando sus jardines? ¿Tenían que hacer que pasara por el centro de la casa?

Wax sonrió mientras observaba el balcón.

—Voy a adelantarme para explorar. Levanta la voz si alguien te pregunta qué haces aquí. Eso me pondrá sobre aviso, y me retiraré sin llamar la atención.

—Entendido.

Wax metió la mano en el bolsillo para agarrar unas cuantas monedas, sintiéndose anticuado mientras quemaba el acero y se preparaba para saltar.

—¿Quieres algo más consistente? —le preguntó Steris.

Wax la miró de reojo, primero, y después a su bolso.

—¿No lo habían registrado?

—Sí. —Steris se recogió el dobladillo de la falda, levantándola para revelar la pequeña pistola que llevaba sujetada al muslo con cinta adhesiva—. Temía que hicieran algo por el estilo, de modo que preví otra estrategia.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó las facciones de Wax.

—Podría acostumbrarme a trabajar contigo, Steris.

La muchacha se ruborizó en la penumbra.

—A lo mejor, esto... necesito que me ayudes a soltar este chisme.

Al arrodillarse, Wax vio que Steris había utilizado por los menos siete rollos de cinta para afianzar el arma en su sitio. Además, siendo como era ella, se había puesto unos pololos bajo el vestido, por si acaso tenía que hacer lo que estaba haciendo. Dos pares, a juzgar por el trozo de tela que vio asomando bajo el primero.

Puso manos a la obra para liberar la pistola.

—Veo que no querías que se accionara por accidente.

—No dejaba de imaginármela cayéndose y disparándose —replicó Steris— en pleno baile.

Wax gruñó mientras forcejeaba con su muslo bajo el vestido.

—¿Te das cuenta de que, si estuviésemos en una obra de teatro, este sería el

momento exacto en el que alguien nos pillaría por sorpresa?

—¡Lord Waxillium! —se escandalizó Steris—. Pero ¿tú qué teatros frecuentas?

—Los que se suelen encontrar en los Áridos —dijo Wax, desencajando la pistola de un último tirón. Resultó ser un calibre .22 de seis disparos que llevaba siempre en el maletín de las armas, aunque rara vez lo utilizara. Serviría. Se incorporó, dejando que Steris se alisara la falda.

—Buen trabajo.

—Primero probé con una escopeta —replicó ella, sonrojándose—. ¡Tendrías que haberme visto intentando caminar con una de esas entabillándome la pierna!

—Procura que no te descubran, en la medida de lo posible. —Wax soltó una moneda y se impulsó hacia el balcón del segundo piso.

Marasi entró en la cabaña del enterrador y cerró la puerta con un chasquido a su espalda. Wayne, que estaba rompiendo las patas de una silla, levantó la cabeza.

—¿Eso es necesario? —preguntó la muchacha.

—Pues no lo sé —dijo él mientras partía otra—. Es divertido, eso sí. ¿Qué se cuentan nuestros matones?

Marasi se asomó a la ventana, tras la cual un grupo de alguaciles de la localidad estaban utilizando una carretilla para llevarse a los últimos de sus asaltantes. Resultaba que detonar dinamita en medio de la ciudad era una forma inmejorable de llamar la atención de las autoridades.

—No saben nada. Músculos de alquiler, contratados y enviados para dar el golpe. Quienes les pagaron mencionaron tu nombre, lo cual resultó haber sido un error.

—Soy famoso —dijo Wayne, risueño, mientras rompía otra pata. La cabaña había sido saqueada a conciencia, volcados los cajones, destripados los cojines y hecho trizas el mobiliario. Wayne examinó la pata de la silla que acababa de partir, aparentemente para comprobar si estaba hueca, y la tiró hacia atrás por encima del hombro.

—Podemos probar a seguir la pista del dinero que han recibido esos hombres —continuó Marasi—, pero sospecho que Elegante se habrá encargado de borrar bien sus huellas. Y no hay ni rastro del mensajero.

Wayne gruñó mientras aporreaba el suelo con un pie antes de dar unos pasos y pisotear otra sección.

—La policía ha venido con un alomante —prosiguió Marasi—. No hay metal en esa tumba, así que, si la púa estuvo allí alguna vez, ahora no. —Apoyó la espalda en la pared con un suspiro—. Herrumbre y Ruina... espero que Waxillium esté teniendo más suerte que nosotros.

Wayne practicó un boquete en el suelo con el talón de la bota. Intrigada, Marasi se aproximó mientras el muchacho hurgaba en el compartimento que había encontrado.

—¡Ajá! —exclamó.

—¿Qué es? —preguntó Marasi.

Wayne sacó una botella.

—El alijo oculto de Dechamp.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco? ¡Es genial! Los sujetos como él ocultan bien su bebida. Demasiados compañeros de trabajo que podrían soplársela.

—Así que estamos en un callejón sin salida.

—Bueno, también está el libro de cuentas que te he dejado ahí, encima de la mesa —observó Wayne mientras pegaba un trago del líquido oscuro que acababa de desenterrar—. Lo encontré en el fondo falso de un cajón. Contiene una lista con todos los que han pagado a los empleados de este sitio para que saqueen las tumbas en los últimos años.

Marasi dio un respingo.

—¿Cuándo lo descubriste?

—Nada más empezar —dijo Wayne—. Casi no tuve ni que buscarlo. El alcohol, en cambio, eso sí que estaba bien escondido. Esta gente sabe cuáles son sus prioridades.

Marasi sorteó la montaña de relleno de uno de los divanes destripados y cogió el cuaderno en cuestión. No pertenecía a Dechamp, sino al conjunto del cementerio. Enumeraba fosas, qué se había encontrado en ellas y quién se lo había comprado.

«Está pensado para que el jefe del lugar pueda seguir la pista de lo que han vendido y lo que no», se dijo Marasi. Y para tener controlados a sus secuaces, por si acaso se les ocurría montar su propio negocio al margen como saqueadores de tumbas.

Junto a una entrada reciente, de hacía unos días, había una nota del director. *Avisadme inmediatamente si viene alguien a investigar esta fosa.*

Marasi cerró el libro de cuentas y buscó en su bolsillo la lista de empleados del cementerio.

—Vamos —le dijo a Wayne—. Todavía nos queda otra parada por hacer esta noche.

LLEGÓ EL PRIMER DÍA DE VACACIONES, igual que los días de mi infancia.
lendo su velocidad mientras sacaba (Continúa por debajo del pliegue)

LLEGÓ EL PRIMER DÍA DE VACACIONES, igual que los días de mi infancia.
de blindaje reforzado, telémetros (Continúa en la parte de atrás.)

Pasajeros atrapados por la avería de un funicular

Según la Autoridad de Transportes de Nueva Seran, un fallo no identificado detuvo ayer la Línea de Zinc alrededor del anochecer. La ATNS llevó a los pasajeros a sus hogares a la antigua usanza, recorriendo los caminos llenos de altibajos montados en burros y velocipedos. Consideramos esto prueba suficiente de que sería necesario diseñar un sistema de transporte de emergencia.



(Continúa en la parte de atrás.)

¡Beba a la salud de Elendel!

El whiskey de marca siempre se ha cultivado y destilado exclusivamente en las ciudades exteriores. Puesto que no se vende en Elendel, no pasa nunca por la Guarida del León y, por consiguiente,

está libre de impuestos. Sabe mejor que cualquier producto central, y su carácter autóctono le garantiza que su dinero no va a parar a los bolsillos de la tiranía. ¡Larga vida a nuestra marca!

¿Busca aventuras? ¡Gon Bill de la Guenga las encontrará!



En la Ascensión Final se perdieron cuentos de ciudades. ¡Artefactos mágicos, tesoros y fama pueden ser tuyos! Persójense en la Antigua Taberna & Casa de Apuestas de Bill de la Cuenca.

Le hablan sus herramientas metálicas?



Sus vecinos seguramente no querrán ni oír hablar de ello, ¡pero nosotros sí! Visite la Plaza de Ralen 27 y pregunte por K. o por N. Lleve con usted sus metales parlantes.

¡ESTRENO! En el Teatro Trío del Gento LA GUARIDA DEL SUPERVIVIENTE!

Un equipo de luchadores por la libertad
SE ALZA CONTRA LA OPRESIÓN
y
DERROCA UN GOBIERNO CORRUPTO

Protagonizada por Javier DaLeuc y Penelope Portreau.

Asista a la representación de esta historia atemporal hasta finales del próximo mes!

Se necesitan alomantes en potencia para probar nuevas aleaciones metálicas. Gracias a los nuevos adelantos científicos se ha descubierto un método COMPLETAMENTE SEGURO para descubrir nuevas habilidades alománticas. ¡Desata su potencial latente! Persójense en la Vivienda 1447, Distrito de la Caja, en la esquina frente a la planta para el aprovechamiento de residuos animales de Meprisable.

Escríba fantasías científicas! — ¡B. Sablerfils, creador de *Un héroe para todas las eras*, le enseñará cómo hacerlo! Pregunte en la Universidad de Nueva Seran.

¡El funesto funicular!



Los monjes de Baz-Kor me habían entrenado bien; sus ágiles movimientos están diseñados para conseguir que las sangujuelas se acerquen lo suficiente a otro alocante y drenar sus reservas. Pero fueron las clases de danza lo que me permitió llegar de un salto desde el andén al funicular en marcha.

Executé un aterrizaje perfecto en la pequeña plataforma que rodeaba el fondo del vagón y conseguí agarrarme con firmeza a las manillas de la puerta. Estaba a salvo, de momento, pero el asidero donde tenía apoyados los pies media unos escasos centímetros de ancho. Como no encontrase una forma de entrar en el funicular, y pronto, ni siquiera mis dedos reforzados por el bálsamo serían capaces de sostenerme. Me encontraba a casi treinta metros de altura sobre la ciudad, cuyos tejados relucían como los compartimentos de un bolso abierto con los últimos rayos de sol.

La claridad etérea que emanaba del interior de la cabina proyectaba la sombra del hombre encantado sobre las ventanillas. Cada nueva ráfaga de luz lo mostraba pugnando por preparar algún tipo de artefacto arcano, sin duda con la intención de escapar.

Saqué de mi bandolera el instrumento que le había sustraído la última vez que forcejeamos. Cubierto de símbolos extraños y curiosamente cálido al tacto, pesaba mucho más de lo que parecía a simple vista; no tenía ni idea de cómo accionarlo.

La ignorancia, sin embargo, no es rival para la inventiva. Utilicé la varilla de metal para, de un golpe, hacer aflojar el cristal de la puerta.

Me recibió una violenta explosión, y los reflejos adquiridos en Baz-Kor me impulsaron de súbito a un lado al tiempo que un proyectil pasaba aullando por mi lado. No era ni una flecha ni una bala, sino una ráfaga de energía pura en forma de espectro. Su alarido, espeluznantemente humano, me puso el vello de punta; el marco de la puerta dañada se oxidó y deformó tras su estela. ¿Qué clase de persona era capaz de dominar así aquellos poderes de ultratumba? Si la energía me hubiera envuelto también a mí, ¿me habría desintegrado acaso de la misma manera, en un mero instante? Respiré honda e irrumpí en el interior del vagón.



EL LEÓN RAMPANTE DE ELENDEL



Templeton Fig atusó las plumas del cuervo blanco disecado. Le constaba que el animal era un auténtico albino y no una imitación cualquiera, obra de algún oportunista que hubiese oído hablar de su afición. Había visto criaturas desteñidas de sobra como para reconocer una falsificación.

Había rellenado el ave con sus propias manos, la joya de su colección, y la había colocado mirando por encima del ala con un jirón de piel de conejo prendido en el pico. Qué criatura tan extraordinaria. A todos les parecía asombrosa, puesto que su color era el extremo opuesto de lo que se esperaban. Puesto que había gatos y perros blancos de nacimiento de forma natural, los ejemplares albinos de esas especies no resultaban igual de espectaculares.

Dejó la campana de cristal encima del cuervo, dio un paso atrás y entrelazó los dedos de las manos mientras recorría la fila de animales con la mirada. Petrificados en muerte. Perfectos. Aunque... el jabato. ¿No se veía ligeramente torcido? Más le valía al ama de llaves no haber decidido sacudir el polvo de su colección otra vez.

Se acercó a la cría de jabalí para recolocarlo. El fuego crepitaba en la chimenea a su espalda, aunque no hacía especialmente frío en la calle. Tenía la ventana abierta, incluso. Le gustaba el contraste entre la calidez de las llamas y el frescor que traía la brisa de fuera. La puerta del estudio emitió un chirrido mientras intentaba dejar el jabato en la posición ideal.

—¿Templeton? —sonó una voz meliflua en el umbral. Destra tenía el pelo alborotado y presentaba unas bolsas abultadas bajo los ojos. El camisón amenazaba con devorarla. No dejaba de perder peso. Pronto se quedaría hecha un verdadero esqueleto—. ¿No vienes a la cama?

—Luego —contestó él, girándose de nuevo hacia el jabalí. Así estaba bien.

—Luego, ¿cuándo?

—Luego.

La mujer hizo una mueca ante el tono de su respuesta y volvió a cerrar la puerta al salir. Ya debería haber aprendido que no le gustaba que lo importunaran. Dormir... ¿Cómo iba a conciliar el sueño antes de averiguar qué había ocurrido en el cementerio? Uno no fallaba sin más a las personas con las que él había hecho tratos. Si te encargaban una misión, esperaban resultados.

No tardaría en saberlo. Dio un paso para colocar su ardilla albina al final de la fila. ¿Se veía mejor allí? Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano y volvió a dejar la ardilla en su sitio. No, así tampoco estaba bien. ¿Entonces cómo iba

a...?

El fuego dejó de crepitar.

Templeton contuvo la respiración. Se giró lentamente sobre los talones mientras buscaba el pañuelo que llevaba en el bolsillo del chaleco. Las llamas todavía estaban allí, pero no se movían. ¡Por el alma de Trell! ¿Qué podría haberlas dejado congeladas?

Algo golpeó la puerta. Templeton retrocedió con los dedos engarfiados en el bolsillo, buscando aún el pañuelo. De nuevo aquel ruido, y su espalda chocó con la balda que contenía su colección. Quiso preguntar quién andaba allí, siquiera en susurros, pero le faltaba el aliento.

La puerta se abrió entonces de golpe, y el sepulturero Dechamp (con los ojos vidriosos abiertos de par en par y la camisa empapada de sangre) se desplomó en el suelo de la habitación.

Templeton profirió un alarido mientras se alejaba de la puerta, trastabillando, y pegaba la espalda a la pared opuesta de su pequeña guarida. Encontró la repisa de la ventana con los dedos y se apoyó en ella para sostenerse en pie mientras contemplaba fijamente el cadáver que yacía en el umbral.

Oyó unos golpecitos en la ventana.

Cerró los ojos con fuerza, resistiéndose a mirar. Fuego congelado. Un muerto en el suelo. Estaba soñando. Era una pesadilla. No podía...

Tap. Tap. Tap.

Encontró el pañuelo, por fin, y lo aferró con la misma firmeza con la que había apretado los párpados.

—Templeton. —La voz, rasposa, atravesó la ventana como un soplo de aire helado.

Se dio la vuelta muy despacio y abrió los ojos.

La muerte lo esperaba en la calle.

Embozada en un manto negro, con las facciones ocultas bajo su capucha. De esta, sin embargo, sobresalían dos largos punzones en los que se reflejaba la luz de las llamas, oscilante sobre sus cabezas.

—Estoy muerto —jadeó Templeton, con un hilo de voz.

—No —susurró la muerte—. Morirás cuando yo lo diga. No antes.

—Ay, Armonía...

—No eres suyo —murmuró la muerte, envuelta en las tinieblas del exterior—. Sino mío.

—¿Qué quieres de mí? ¡Por favor! —Templeton se dejó caer de rodillas. Se obligó a mirar de soslayo en dirección a Dechamp. ¿Se alzaría su cadáver? ¿Se abalanzaría sobre él?

—Tienes algo que me pertenece, Templeton —susurró la muerte—. Una púa. —Levantó los brazos, dejando que la capa se replegara y expusiera su piel, blanca como el mármol. Un punzón le atravesaba un brazo de lado a lado. El otro se veía desnudo,

salvo por un agujero sanguinolento.

—¡No fue culpa mía! —gritó Templeton—. ¡Insistieron! ¡Yo no la tengo!

—¿Dónde?

—¡La envié con un emisario! ¡A Dulsing! No sé nada más. Ay, por favor... ¡Por favor! Me exigieron que la recuperase para ellos. ¡Ignoraba que fuese tuya! Solo era un herrumbroso trozo de metal. ¡Soy inocente! Soy...

Dejó la frase inacabada flotando en el aire al percatarse de que el fuego había empezado a crepitarse otra vez. Parpadeó, concentrándose de nuevo en la ventana. Estaba desierta. ¿Habría... habría sido un sueño, después de todo? Encontró el cadáver de Dechamp al girarse, desangrándose aún en el suelo.

Gimoteando, Templeton se encogió sobre sí mismo hasta formar un ovillo. El alivio que experimentó fue sincero cuando los alguaciles irrumpieron en la habitación poco después.

Wayne se sacudió de encima aquella capa tan fea y pesada y levantó el brazo mientras restañaba sus heridas. Su mente de metal comenzaba a agotarse. Tendría que dosificarse después de esto. Las heridas de bala recibidas antes le habían pasado factura.

—No hacía falta que te perforaras el brazo de verdad, Wayne —dijo Marasi al reunirse con él en el jardín; el muchacho había pisoteado unas petunias preciosas para llegar a la ventana.

—Pues claro que sí —replicó Wayne mientras se limpiaba la sangre—. Todo en aras de la autenticidad. —Se rascó la cabeza, descolocando en el proceso los alambres que sujetaban las dos medias púas que flotaban frente a sus ojos.

—Quítate eso, anda. Tienes una pinta ridícula.

—Que se lo pregunten a él. —En el interior de la casa, los alguaciles habían detenido ya a Templeton Fig y comenzaban a escoltarlo fuera del edificio. La información que había encontrado Wayne en el libro de cuentas debería ser más que suficiente para que el hombre pasara una buena temporada entre rejas. Pobre diablo. Lo cierto era que no había cometido ningún delito. No se le puede robar nada a alguien que ya está muerto. Por otra parte, la gente era muy maniática con sus cosas. Wayne había desistido ya de intentar dilucidar los pormenores de todas sus reglas.

Le enviaría fruta a la cárcel. Quizás eso le levantase el ánimo.

—¿Qué te ha parecido el acento?

—Dio resultado.

—No tenía muy claro cómo debería sonar la muerte, ¿sabes? Supuse que debería de darse aires de importancia, como hace Wax cuando me pide que baje los pies de los muebles. Con una mezcla de tonos añejos, como el abuelo de un abuelo. Y rechinante, como la de quien está asfixiándose o algo por el estilo.

—En realidad —dijo Marasi— es bastante elocuente, y no «rechina» en absoluto. Además, su acento es exótico... no se parece a ninguno otro que haya oído yo antes.

Wayne gruñó mientras se quitaba los punzones de la cabeza.

—¿Lo puedes imitar para mí?

—¿Qué? ¿El acento?

El muchacho asintió vigorosamente con la cabeza.

—No. Ni en sueños.

—Bueno, la próxima vez que la veas, dile que me busque y hable conmigo. Tengo que oír cómo suena.

—¿Qué más da?

—Tengo que oírlo —insistió Wayne—. Para la próxima.

—¿Qué «próxima»? ¿Cuántas veces esperas imitar a la muerte?

Wayne se encogió de hombros.

—Esta ya es la cuarta hasta la fecha, así que... Nunca se sabe. —Le pegó un último trago al brandi de Dechamp, se echó la capa al hombro y encaminó sus pasos hacia la carretera a través de la bruma.

—Dulsing —dijo Marasi.

—¿Lo conoces?

—Es un pequeño asentamiento rural. A unos ochenta kilómetros al noreste de Nueva Seran. He leído algo sobre él en mis libros de texto... Hubo un caso sonado sobre derechos del agua... pero está aislado y es diminuto, indigno de la atención de nadie. ¿Qué rayos buscará el Grupo allí?

—A lo mejor es que les gustan los tomates recién cogidos del huerto —sugirió Wayne—. Como a mí.

Marasi se quedó callada, visiblemente absorta en sus pensamientos, preocupada por el motivo que fuese. Wayne la dejó tranquila mientras sacaba su latita de goma de mascar, la sacudía, abría la tapa y seleccionaba una de las esponjosas pellas recubiertas de azúcar antes de metérsela en la boca. Cartuchos de dinamita, porrazos, brandi gratis y darle el susto de su vida a un fulano.

El secreto de la felicidad estaba en las cosas sencillas de la vida.

La suerte no había acompañado a Wax en el primer conjunto de habitaciones que registró. Aunque pertenecían a Kelesina, en teoría, resultaron estar vacías. Se sintió tentado de ponerlas patas arriba en busca de información, pero decidió que eso le llevaría demasiado tiempo... y resultaría incriminatorio en exceso, dadas las circunstancias. Que lo encontraran a uno vagando por los pasillos tras haberse extraviado aún se podía justificar; que lo descubrieran revolviendo los cajones de una dama era harina de otro costal.

Tras regresar al atrio, furtivo, agitó la mano para que Steris lo viera y se internó en otro pasillo. Este bordeaba la pared exterior y estaba jalonado de ventanas abiertas a las brumas, las cuales penetraban en el edificio formando sus propias cascadas en miniatura. Seguro que había algún lacayo encargado de cerrar aquellas ventanas en noches como esa, pero el ajetreo de la fiesta debía de mantenerlo ocupado.

Aguzó el oído al llegar a una puerta, pero solo escuchó la voz que entraba por las ventanas: lord Severington, que seguía desgranando su plúmbeo discurso en la sala de baile. Gracias a los artefactos para amplificar el sonido, Wax podía distinguir alguna que otra palabra suelta.

—... tolerar el gobierno... ¿nuevo lord Legislador?... impuestos injustos... debe llegar a su fin...

«Tendré que prestar más atención a esos asuntos», pensó Wax mientras cruzaba con discreción el pasillo hasta llegar al siguiente conjunto de habitaciones. Severington era el alcalde de Bilming, una ciudad portuaria ubicada al oeste de Elendel. La segunda más poblada de la cuenca después de la capital y un importante enclave industrial. Si estallaba el conflicto, sus habitantes serían la punta de lanza.

«Ya lo son», recapituló conforme los fragmentos aislados de aquella arenga continuaban llegando hasta él.

Siguió avanzando, escuchando frente a las puertas que le salían al paso. Se disponía ya a dar media vuelta cuando le llamó la atención una voz. Había alguien dentro. Wax se agazapó y pegó la oreja a la puerta, lamentando no ir acompañado de un ojo de estaño que pudiera ayudarle a espiar la conversación. Aquella voz...

Era la de su tío.

Se aplastó contra la puerta, sin importarle lo que pudiese pensar cualquiera que apareciese ahora en el pasillo. Herrumbres... no lograba discernir gran cosa. Media palabra aquí y allá. Pero se trataba de Edwarn, sin duda. Y la otra voz que lo acompañaba, casi con toda seguridad, pertenecía a Kelesina.

No despuntaba claridad alguna bajo el resquicio que mediaba entre la puerta y el suelo. Wax metió la mano en el bolsillo, empuñó la pequeña pistola que ocultaba en él y giró el pomo de la puerta para entreabrirla. Tras ella se extendía una especie de estudio, completamente a oscuras salvo por la fina franja de luz que escapaba bajo la puerta del fondo. Wax se coló dentro, cerró la puerta a su espalda y se adentró furtivo en la estancia; contuvo una maldición cuando se golpeó el brazo contra una mesita auxiliar. Con el corazón martilleándole en el pecho, aplastó la espalda contra la pared junto a la otra puerta.

—Eso da igual —estaba diciendo su tío. La voz sonaba amortiguada, como si estuviera hablando a través de un pañuelo de tela, una máscara o algo—. ¿Por qué me has interrumpido? Ya sabes lo importante que es mi trabajo.

—Waxillium está al corriente del proyecto —replicó Kelesina—. Y ha encontrado una de las monedas. Se hace el tonto, pero lo sabe.

—¿Y las distracciones?

—No ha picado el anzuelo.

—Eso es que no estás esforzándote lo suficiente —dijo Elegante—. Secuestra a alguno de sus amigos y déjale una nota, como si la firmase cualquiera de sus enemigos acérrimos. Desafía su ingenio, oblígale a iniciar una investigación. Waxillium no podrá resistirse a saldar una cuenta personal. Dará resultado.

—El asalto al tren no lo dio —protestó Kelesina—. ¿Qué hay de eso, Elegante? Malgastamos unos recursos cruciales, contactos importantes que tardé años en cultivar, con aquel ataque. Prometiste que, si atacábamos mientras él estuviera a bordo, sería incapaz de resistirse a investigar. Pero no hizo ni caso. Salió de Pie de Hierro aquella misma noche.

Wax sintió un escalofrío mientras en su cabeza se desplegaba un nuevo abanico de conjeturas. El asalto al tren... ¿había sido una estratagema orquestada para distraer su atención y evitar que persiguiera al Grupo?

—Valió la pena correr ese riesgo —adujo Elegante— con tal de recuperar el artefacto.

—¿Te refieres al mismo que perdió Irich acto seguido? —inquirió Kelesina—. No se le debería confiar ninguna misión importante. Es demasiado impulsivo. Tendrías que haber dejado que me encargara yo de recuperar el artefacto cuando Waxillium bajó del tren.

—Todo apuntaba a que picaría el anzuelo —dijo Edwarn—. Conozco a mi sobrino. Seguro que arde en deseos de perseguir a esos bandidos. Si está en tu fiesta, no obstante, eso significa que no estás haciendo bien tu trabajo. No tengo tiempo para guiarte de la mano en esta ocasión, Kelesina. Debo partir hacia el segundo escenario.

Wax arrugó el entrecejo. Lo del tren no había sido una mera distracción, por lo visto. Pero las palabras de su tío le infundían un profundo desasosiego. Había seguido media docena de pistas en el transcurso del último año, dando por sentado que le estaba pisando los talones a Edwarn. ¿Cuántas de ellas habrían sido simples sueños? ¿Cuántos de sus demás casos habrían sido distracciones premeditadas? ¿Y Ape Manton? ¿Estaría realmente en Nueva Seran? Lo más probable era que no.

Edwarn había dicho una verdad, al menos. Conocía bien a Wax. Demasiado bien para tratarse de alguien con quien apenas se había cruzado en los últimos veinte años.

—Bueno —continuó Elegante—, ahora tienes tu oportunidad de recuperar el artefacto, como prometiste que podrías hacer. ¿Qué tal va eso?

—No estaba entre los efectos que llevaba encima cuando llegó a la fiesta —respondió Kelesina—. La espía que tenemos infiltrada entre el personal del hotel se ocupará de registrar su habitación. Insisto en que Irich...

—Irish ya ha recibido su castigo —la interrumpió Elegante. ¿Por qué sonaba tan apagada su voz, comparada con la de Kelesina?—. Eso es lo único que necesitas saber. Recupera el artefacto y cualquier otro error podría ser perdonado. Es solo cuestión de tiempo antes de que practiquen la alomancia por accidente cerca de él.

—¿Y entonces seremos testigos de ese «milagro» que no dejas de prometernos, Elegante? Otro par de discursos como el de hoy y Severington habrá conseguido enfervorizar a toda la cuenca. Obviando por entero el hecho de que Elendel nos supera tanto en número como en potencia de fuego.

—¡Paciencia! —exclamó Elegante, con un dejo de diversión en la voz.

—Tenla tú, siquieres. Como esto siga así, nos exprimirán hasta la última gota.

Prometiste arrasar esa ciudad, proporcionarnos un ejército y...

—Paciencia —repitió Elegante, conciliador—. Pararle los pies a Waxillium: esa es ahora tu parte del trato. Que no salga de la ciudad. Distráelo como sea.

—No dará resultado, Elegante —insistió Kelesina—. Ya sabe demasiado. Ese condenado cambiaformas debe de haberle contado...

—¿Permitiste que escapara?

Kelesina guardó silencio.

—Creía —prosiguió con voz glacial Elegante— que habías eliminado a esa criatura. Me enseñaste su púa y me aseguraste que la otra había sido destruida.

—Es posible que... nos precipitáramos al extraer conclusiones.

—Ya veo.

Los dos se quedaron callados durante un incómodo instante. Wax levantó la pistola junto a su cabeza, con la frente perlada de sudor en la oscuridad imperante en la habitación. Acarició la idea de sorprenderlos en ese momento. El kandra herido y su propio testimonio serían pruebas suficientes para inculpar a Kelesina. Varias personas habían perdido la vida en aquella explosión. Era una asesina.

Pero ¿bastaría para incriminar a Edwarn? ¿O volvería a escurrírsele entre los dedos su tío? Herrumbres... ¿un ejército? Hablaban de destruir Elendel. ¿Se atrevería a esperar? Si los apresaba ahora, quizás ella se derrumbaría y testificaría en contra de él...

Pasos.

Procedentes del pasillo. Cuando llegaron a la altura de la puerta, tomó una decisión impulsiva, dejó caer una moneda (no la especial, que guardaba en otro bolsillo) y empujó contra ella.

La claridad del pasillo entró a raudales en la habitación al abrirse la puerta, revelando a la misma doncella de antes. La mujer cruzó la estancia apresuradamente y, por suerte, no encendió ninguna lámpara; en vez de eso, se encaminó directamente a la puerta ante la que se había apostado Wax para espiar la conversación entre Edwarn y Kelesina.

Si hubiera levantado la cabeza habría visto a Wax aplastado contra el techo por encima de ella, empujando contra la moneda, pero no dio muestras de haberlo descubierto mientras llamaba a la puerta golpeando con los nudillos. Kelesina la invitó a entrar.

—Mi señora —dijo la criada, apremiante—. Burl ordenó que me avisaran mientras vigilaba la fiesta en busca de alomantes. Ha detectado que alguien estaba quemando metales en esta dirección.

—¿Dónde está Waxillium?

—Su prometida se encontraba indisposta —explicó la doncella—. La llevamos a uno de los cuartos de invitados para que se recuperara.

—Interesante —dijo el tío Edwarn—. ¿Y dónde está ahora?

Wax se dejó caer al suelo con un topetazo y apuntó la pistola hacia los ocupantes

de la habitación.

—Aquí mismo.

La criada se giró en redondo, sobresaltada. Kelesina se levantó de su asiento, con los ojos abiertos de par en par. Y el tío Edwarn...

El tío Edwarn no estaba allí. Además de ambas mujeres, lo único que había en la estancia era un artilugio parecido a una caja encima de la mesa que Kelesina tenía delante.



Caramba, Waxillium! —exclamó la caja, proyectando la voz de su tío—. Qué alegría me da volver a escuchar ese acento tan melodioso. Doy por sentado que tu entrada habrá sido lo suficientemente melodramática.

—Un telégrafo con sonido —murmuró Wax mientras avanzaba. Su pistola no dejaba de apuntar a Kelesina, que se había retirado hasta pegar la espalda contra la pared del fondo de la pequeña habitación. Sus facciones habían adquirido la palidez de la cera.

—Algo por el estilo —replicó Edwarn, cuya voz aún se oía ligeramente amortiguada. El mecanismo eléctrico no la reproducía con fidelidad—. ¿Qué tal está lady Harms? Espero que su indisposición no haya sido demasiado grave.

—Está bien —replicó Wax, desabrido—, no gracias al hecho de que intentaras acabar con nosotros en aquel tren.

—Bueno, bueno. Ese no era el objetivo. Lo de matarte se me ocurrió después, la verdad. Dime, ¿te fijaste en las víctimas del tren? Uno de los pasajeros perdió la vida, por lo que tengo entendido. ¿De quién se trataba?

—Intentas distraerme.

—Sí, en efecto. Pero eso no significa que mienta. De hecho, tengo comprobado que contarte la verdad suele ser el método más indicado, por lo general. Deberías investigar la identidad del cadáver. Lo que averigües te dejará impresionado.

«No. Concéntrate.»

—¿Dónde estás? —preguntó Wax.

—Lejos —respondió Elegante—, ocupado con unos asuntos de vital importancia. Me disculpo por no haber podido reunirme contigo en persona. Te ofrezco a lady Kelesina en compensación.

—Kelesina se puede ir al infierno —dijo Wax, que agarró la caja y la levantó de su base, a punto de arrancar en el proceso los cables que la unían a la pared—. ¿Dónde está mi hermana!?

—Cuánta impaciencia hay en el mundo —sonó la voz de Edwarn—. Deberías haberte ceñido a tu ciudad, sobrino, y haber volcado tu atención sobre los delitos de poca monta que se te servían en bandeja. He procurado ser razonable, pero me temo que ya no me queda más remedio que tomar medidas drásticas y hacer algo que acaparará tu interés por completo.

A Wax se le quedó la sangre helada en las venas.

—¿Cuáles son tus intenciones, Elegante?

—No se trata de mis intenciones, sobrino. Sino de mis actos.

Wax miró de soslayo a Kelesina, que había introducido una mano en el bolsillo de su vestido. Levantó las dos, asustada, justo cuando Wax recibía un impacto tremendo que lo arrojó contra la mesa, derribándola.

Parpadeó varias veces seguidas, desconcertado. ¡La doncella! Había multiplicado su tamaño hasta adquirir unas proporciones colosales. Los músculos de sus brazos amenazaban con desgarrar su uniforme, y su cuello se había vuelto tan grueso como el muslo de un hombre. Wax masculló una maldición y levantó la pistola, que la criada se apresuró a mandar por los aires de un manotazo.

Un estallido de dolor le atenazó la muñeca y sus facciones se crisparon mientras empujaba contra los clavos de la pared para impulsarse y rodar por el suelo, alejándose de la doncella. Se incorporó con las manos hundidas en los bolsillos, hurgando en ellos en busca de alguna moneda, pero la criada no estaba dedicándole la menor atención. Recogió el arma de Wax del suelo y se giró hacia Kelesina, que profirió un alarido.

«Oh, no...»

Le pitaron los oídos con la violencia de la detonación. Kelesina se desplomó en el suelo, desmadejada, con un agujero en la cabeza del que manaba un reguero de sangre.

—¡Asesino! —resonó una voz procedente del pasillo. Wax giró sobre los talones para encontrar allí a otra doncella, la misma con la que se había cruzado antes, tapándose la cara con las manos—. ¡Lord Ladrian ha matado a nuestra señora!

La mujer se alejó corriendo, gritando una y otra vez las mismas palabras, aunque era evidente que había visto a la perfección lo que sucedía en el cuarto.

—¡Bastardo! —insultó Wax a la caja.

—Bueno, bueno. Eso es patentemente falso, Waxillium. Bien sabes tú lo irreprochable que es mi linaje.

La criada se acercó a Kelesina y registró su cuerpo inerte en busca de algo. A continuación, por el motivo que fuese, le descerrajó otro tiro al cadáver.

En cualquier caso, esto le brindó a Wax la oportunidad de agarrar la caja, que se había caído de la mesa cerca de él.

—Ándate con pies de plomo, sobrino. Les he ordenado que te eliminen a las primeras de cambio. Y, en el caso que nos ocupa, que el chivo expiatorio esté vivo o muerto surtirá el mismo efecto.

Con un rugido, Wax arrancó la caja de la pared y la sacó por la puerta de un empujón que la envió a la habitación adyacente. Levantó la mano y empujó de nuevo, esta vez contra la pistola que empuñaba la criada, que apuntaba contra él en esos momentos.

La mujer masculló una maldición en terrisano. Wax se giró y adentró gateando en la habitación contigua, donde se había ocultado antes. Cerró la puerta de una patada a fin de parapetarse, empujó contra la misma moneda de antes y saltó por encima de un

diván, atravesando la estancia por los aires. Recogió el artefacto de comunicación y salió corriendo al pasillo.

Por él, en su dirección, avanzaba media docena de hombres uniformados con abrigos negros y guantes de color blanco. Tras quedarse petrificados por un instante, levantaron las armas que portaban.

¡Herrumbres!

Wax empujó contra los marcos de las ventanas y regresó a la habitación mientras los hombres abrían fuego. Cuando se abrió la puerta del interior del cuarto, donde antes se encontraba el telégrafo, Wax usó su alomancia para volver a cerrarla de golpe, estrellándola contra el rostro de la criada.

Otra salida. ¿Pasillos de servicio? Había líneas azules apuntando en todas direcciones a su alrededor. Buscó alguna que pareciese estar fuera de lugar... ¡Esa! Al empujar contra ella se abrió una trampilla en la pared que comunicaba con un pequeño pasadizo iluminado con bombillas colgadas del techo, diseñado para que la servidumbre se desplazara con discreción de una punta a otra de la mansión. Con la caja del telégrafo aún en los brazos, se coló por ella mientras sus perseguidores irrumpían en tropel en la sala de estar a su espalda.

El enrevesado laberinto de pasadizos le permitió mantener la ventaja que les sacaba, aunque se vio obligado a gastar una moneda para abatir a uno de ellos cuando le pareció que comenzaban a acercarse en exceso. Aquello ralentizó a los demás. Curiosamente, no percibía nada de metal en sus cuerpos. Armas de aluminio. Este debía de ser uno de los escuadrones asesinos de Elegante, probablemente puesto sobre aviso con órdenes de entrar en acción sin tiempo que perder en cuanto Kelesina hubo utilizado aquel artefacto para ponerse en contacto con él.

Wax dejó atrás los pasillos de servicio y se encontró en una habitación desde donde, con suerte, podría regresar al atrio dando un rodeo. Si descubrían a Steris...

Cruzó corriendo un conservatorio iluminado por la claridad mortecina de varias luces eléctricas, con las paredes cubiertas de mapas, y se adentró en uno de los pasillos que ya había explorado antes. Excelente. Apretó el paso en dirección al atrio central, pero nada más llegar a la escalera que descendía desde la galería, algo surgió de entre las sombras para abalanzarse sobre él por sorpresa.

La mujer de Terris, con el rostro ensangrentado después de que el portazo que había recibido le rompiera la nariz, profirió un gruñido y cerró las manos sobre su cuello. Wax le lanzó una moneda, pero sin tiempo para imprimirlle impulso. La golpeó en el pecho y se quedó allí, sostenida por la presión del empujón con el que Wax intentaba quitársela de encima. Redobló sus esfuerzos, con la vista cada vez más enturbiada por la falta de aire, hasta que un puñetazo inesperado impactó en la cara de la terrisana.

Esta aflojó su presa y trastabilló de espaldas, estremeciéndose. Jadeando sin resuello, Wax levantó la cabeza y vio a MeLaan en pie ante él.

—¡Herrumbres! —exclamó el kandra, con voz profunda—. Al final sí que habéis

empezado sin mí.

La terrisana volvió a la carga; Wax se arrojó a un lado mientras buscaba más monedas. Terminó de reunir las tres últimas que le quedaban justo cuando la criada le devolvía el golpe a MeLaan. Un fuerte crujido retumbó de repente, y Wax titubeó mientras la criada trastabillaba de espaldas, aferrándose la mano mutilada, con los nudillos aparentemente astillados y el pulgar casi desgajado de cuajo.

MeLaan sonrió de oreja a oreja. El desgarrón que presentaba su rostro, allí donde había recibido el impacto, dejaba al descubierto la reluciente osamenta metálica que se ocultaba bajo su piel.

—Deberías tener más cuidado cuando sueltes la mano.

La terrisana se irguió, tambaleante. Sin inmutarse, MeLaan se agarró el antebrazo izquierdo con la mano derecha y se lo arrancó de un tirón seco, desvelando una hoja de metal acoplada al muñón. Cuando la mujer se abalanzó sobre ella, el kandra le clavó el arma en el pecho. La criada boqueó, sin aliento, y se desplomó de rodillas antes de desinflarse como un odre perforado.

—Armonía, mira que me encanta este cuerpo —dijo MeLaan, observando a Wax de reojo con una sonrisa socarrona dibujada en los labios—. ¿Cómo pude llegar a plantearme siquiera la posibilidad de utilizar otro?

—¿Todo ese pincho es de aluminio? —preguntó Wax.

—En efecto.

—Debe de costar una fortuna. —Wax se levantó y apoyó la espalda en la pared. La galería estaba enfrente de él; el pasillo por el que había bajado, a su izquierda. El escuadrón asesino no tardaría en llegar.

—Por suerte —dijo MeLaan—, he podido juntar unos ahorrillos a lo largo de mis varios cientos de años de edad. Me...

Wax la puso a cubierto contra la pared, a su lado; pesaba menos de lo esperado, habida cuenta de que tenía los huesos de metal.

—¿Qué? —preguntó el kandra en voz baja.

Wax levantó una moneda, atento por si se oía algún paso. En la galería, ante él, la mujer de Terris se convulsionaba. Cuando hubo detectado el sonido que esperaba, aumentó su peso una fracción, dobló la esquina de repente y agarró la pistola del primero de los hombres con una mano, apuntándola al suelo. Se disparó sin peligro, y Wax apoyó la otra mano en el pecho de su contrincante y empujó contra la moneda que sostenía en ella.

Tanto la moneda como el agresor volaron por el pasillo en dirección a los camaradas del hombre, que se apartaron de un salto. Wax retenía la pistola de aluminio; la hizo girar en el aire, la empuñó y apretó el gatillo cuatro veces seguidas. La primera bala se desvió ligeramente a la izquierda, golpeando a su blanco en el brazo, pero los siguientes disparos impactaron en el pecho de sus objetivos.

Los tres cayeron fulminados. El cuarto gemía en el suelo, adonde Wax lo había enviado de un empujón.

—Maldición —murmuró MeLaan.

—Dijo la mujer que se acaba de arrancar medio brazo.

—Se puede volver a encajar en su sitio. —El kandra recogió el antebrazo y lo utilizó para envainar la hoja de aluminio. La sangre goteaba entre los desgarrones que había sufrido su piel—. ¿Lo ves?

Wax respondió con un soplido mientras se guardaba la pistola requisada en la cinturilla del pantalón.

—¿Podrás salir de aquí tú sola?

El kandra asintió con la cabeza.

—¿Quieres que recupere las armas que dejaste en consigna?

—¿Puedes?

—Probablemente.

—Sería estupendo. —Wax se acercó a la terrisana y, tras cerciorarse de que no respiraba, hurgó en sus bolsillos hasta encontrar la pistola que había empleado para matar a Kelesina. Descubrió también algo más. Un brazalete metálico, de oro macizo.

«Debió de arrebatarlo a Kelesina», pensó Wax mientras lo hacía girar entre los dedos, recordando que la asesina se había arrodillado junto al cadáver de su difunta señora.

Quemó acero y comprobó que su intuición no se equivocaba. Aunque podía percibir el brazalete, la línea era mucho más fina de lo que debería. Se trataba de una mente de metal, fuertemente imbuida de poder curativo.

—¿Kelesina era de Terris?

—¿Cómo quieras que lo sepa? —replicó MeLaan.

Wax se guardó el brazalete, agarró la caja del telégrafo (que quería enviar a Elendel para que lo examinaran) y se la lanzó al kandra.

—Llévate eso, si no te importa, y reúnete con nosotros en el hotel. Estate preparada para abandonar la ciudad. No creo que pasemos la noche aquí.

—Y tú que estabas seguro de que nos iríamos sin meternos en ninguna pelea.

—Nunca dije nada por el estilo, tan solo que no sería tan grave como para necesitar a Wayne. Y tenía razón.

—Tecnicismos.

—Por mis venas corre sangre de noble. Algo se me tenía que pegar de mis iguales. —Levantó la pequeña pistola a modo de despedida, se arrojó por el balcón y usó una moneda para frenar su caída—. ¿Steris?

Su prometida salió de entre unos arbustos cercanos.

—¿Cómo ha ido todo?

—Regular. —Wax elevó la mirada hacia el techo y se quitó la chaqueta de gala—. Cabe la posibilidad de que, accidentalmente, les haya dado pie para involucrarnos en el asesinato de lady Kelesina.

—Vaya por Dios.

—El peso de sus pruebas dependerá de si son capaces de seguir el rastro de las

balas hasta mí y encontrar alguna huella mía en los alrededores. En cualquier caso, llamarán a declarar a falsos testigos en un intento por lograr que parezca que vine aquí con el objetivo específico de eliminar a Kelesina. Agárrate bien.

Steris se abrazó a él con un brío que no se le pasó inadvertido. Le gustaba esta parte, de eso no cabía duda. Sacó las balas de su .22, las sostuvo en una mano y lanzó la moneda contra el suelo para propulsarse hacia el techo. Arrojó las balas en dirección a las claraboyas, empujó contra ellas para generar un enjambre de metralla con el que debilitar la estructura de uno de los tragaluces, levantó el brazo (alrededor del cual se había enrollado la chaqueta) por encima de la cabeza y, tras atravesar el cristal, salió a la bruma que se arremolinaba en la noche.

Miró a su alrededor cuando hubieron aterrizado en el tejado, intentando orientarse. Se sintió mejor casi de inmediato, envuelto en la niebla, e incluso el doloroso palpitante de su mano (magullada desde que la terrisana lo desarmara de un golpe) pareció mitigarse.

—¿Has averiguado algo útil? —preguntó Steris.

—No estoy seguro. Casi todo lo que he podido escuchar de refilón giraba en torno a una rebelión contra Elendel. Sé que Edwarn se dirige a algún sitio importante. Creo que se refirió a él como el «segundo escenario». Y dijo algo acerca de lo que sospecho que es ese cubo tan pequeño que encontró Marasi.

La atrajo hacia sí con fuerza de nuevo y, de otro empujón, se elevó entre las brumas en dirección a su hotel. Pese a estar sujetándose a él con todas sus fuerzas, Steris contemplaba embelesada las luces de la ciudad a sus pies.

—Provocó el asesinato de Kelesina —dijo Wax—. Tendría que haberlo visto venir. Debería haberme anticipado a él.

—Por lo menos —replicó Steris, forzando la voz para imponerla al estruendo del viento que atronaba en sus oídos— se ha levantado la niebla. Les costará seguirnos la pista.

—Has sido valiente esta noche, Steris. Mucho. Te lo agradezco.

—Ha sido emocionante —respondió ella mientras aterrizaban en lo alto de una azotea. Su sonrisa, siempre tan pronta a dibujarse en sus labios, lo enterneció. Steris era la prueba viviente de que, pese al rechazo que sentía por los politiques de la cuenca, en ella vivían personas buenas y honradas. Le sorprendió reflexionar que se había visto obligado a reconocer prácticamente lo mismo sobre los habitantes de los Áridos cuando se trasladó allí.

Era asombrosa. Como una esmeralda en bruto abandonada en medio de una montaña de falsificaciones, meras cuencas de vidrio cuyo resplandor era puro artificio. Su entusiasmo había conseguido apaciguar, al menos en parte, la preocupación que suscitaba en Wax cuanto había ocurrido. Que Elegante se le hubiera vuelto a escapar. Que lo hubieran involucrado en un crimen. Lessie diría que...

No. No necesitaba pensar en Lessie ahora mismo. Le devolvió la sonrisa a Steris,

la estrechó con firmeza contra su cuerpo y empujó, propulsándose en vertical por los aires. Más arriba que antes, lejos de este distrito. Los edificios más altos de la ciudad resultaban visibles tan solo como hileras de luces en la noche, señalando hacia el firmamento a través de las brumas. Tras tomar nuevo impulso en otro tejado, dejaron atrás una góndola bamboleante, impulsada por electricidad y repleta de pasajeros que los observaban boquiabiertos. Wax empujó contra el costado de la embarcación, zarandeándola más todavía, para desviar su trayectoria hacia los rascacielos.

Dos de ellos se encontraban muy cerca entre sí; con una rápida sucesión de poderosos empujones, Wax consiguió elevarse junto a Steris entre los remolinos de niebla trazando varios arcos seguidos, primero en una dirección y después en la otra. Dio un último empujón al coronar la cima del primero de los edificios, proyectándose todavía más hacia arriba. Esperaba que la elevación de la terraza más alta de la ciudad le permitiera...

Sí. Surgieron de entre la niebla como una exhalación para irrumpir en un reino que solo estaba al alcance de unos pocos privilegiados. El Campo de la Ascendente, lo llamaban los lanzamonedas: el techo de las brumas durante la noche. Un manto blanco se extendía ante sus ojos en todas direcciones, tan fluctuante como la superficie del océano, bañado por la luz de las estrellas.

Steris contuvo la respiración, impresionada, mientras Wax sostenía su posición empujando contra las cumbres de los dos rascacielos que tenían a sus pies. Sin un tercero, ignoraba durante cuánto tiempo sería capaz de aguantar el equilibrio, pero por el momento se mantenían estables.

—Es precioso... —murmuró Steris, aferrada a él.

—Gracias de nuevo —dijo Wax—. Todavía me cuesta creer que te colaras en la fiesta con una pistola.

—Era de esperar: sabía que tarde o temprano acabarías convirtiéndome en una contrabandista.

—Y tú conseguirás convertirme en todo un caballero.

—Ya lo eres.

Wax la observó, sujetándose a él con todas sus fuerzas mientras se esforzaba por mirar en todas direcciones a la vez. Sintió un fogonazo dentro de él, de repente, como si estuviera quemando metal. El deseo de proteger a esta mujer que estaba en sus brazos, tan racional y tan apasionada al mismo tiempo. Además de un cariño incontrolable.

No se molestó en intentar controlarlo, por tanto, y dejó que aquel sentimiento lo empujara a besarla. Steris reaccionó con sorpresa, al principio, pero no tardó en reafirmar su abrazo y fundirse con él. Comenzaron a escorarse y perdieron altura, trazando un arco, cuando el anclaje que los sostenía se descompensó, pero Wax no quería renunciar a aquel beso. Muy despacio, descendieron hasta sumergirse de nuevo en las inquietas profundidades de la bruma.

Wayne apoyó los pies encima de la mesa de la *suite* del hotel, con un libro nuevo abierto ante él. Se lo había encontrado antes, mientras husmeaba por la ciudad.

—Deberías leer esto, Mara —le dijo a Marasi, que deambulaba sin cesar de un lado para otro detrás del diván en el que él se había sentado—. Es la cosa más rara que hayas oído en tu vida. Dos tipos, ¿vale?, a los que les da por construir una nave. Solo que esta va para arriba. Utiliza como una explosión gigantesca o algo por el estilo para llegar hasta las estrellas. Entonces aparecen unos fulanos que les roban la nave, ¿vale?, como siete de ellos, todos convictos. Buscaban llevarse no sé qué botín, pero al final acaban en una estrella que no tiene ni...

—¿Cómo puedes leer? —lo interrumpió Marasi, sin detenerse.

—Bueno, no te creas que no me lo pregunto yo mismo a veces también. Debería ser más bruto que un arado, según comentan por ahí.

—No, quiero decir... ¿No estás nervioso?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Quizás haya salido algo mal.

—Nah. Permíteme que lo dude. La cantidad de problemas en los que Wax puede meterse sin mí tiene un...

Marasi dio un respingo cuando algo golpeó la ventana. Wayne se giró para encontrarse con Wax encaramado a una de las repisas, con Steris sujetada bajo un brazo como si de un saco de patatas se tratara; un saco de patatas dotado de un generoso escote, eso sí. Wax tiró de la hoja de la ventana para abrirla, depositó dentro a Steris y se coló en la habitación a su vez.

Wayne se metió un cacahuete en la boca.

—¿Cómo ha ido todo?

—Regular —respondió Wax. Había perdido la chaqueta de gala en alguna parte, y llevaba una de las mangas de la camisa cubierta de sangre (que no sería suya, con suerte). Su pañuelo para el cuello colgaba a medio desanudar.

—Hemos descubierto dónde podría estar la guarida de Elegante y sus compinches —dijo Wayne mientras Marasi se acercaba corriendo a su hermana, que parecía alterada, pero por lo menos aún respiraba.

—Me tomas el pelo.

—Te aseguro que no. —Wayne sonrió de oreja a oreja mientras masticaba otro cacahuete—. ¿Qué habéis encontrado?

—Pistas sobre el cubo de Marasi. —Wax terminó de quitarse el pañuelo—. Y algo relacionado con un proyecto de construcción y un ejército en potencia. Los planes de Elegante están más avanzados de lo que pensaba.

—Fabuloso. Así que...

Wax exhaló un suspiro, sacó la cartera y le lanzó un billete a Wayne.

—Tú ganas.

—¿Teníais una apuesta? —preguntó Marasi.

—Un acuerdo amistoso. —Wayne hizo desaparecer el dinero—. ¿Puedo llevarme estos cacahuetes?

—¿Adónde? —Marasi se puso de pie.

Wayne apuntó con el pulgar hacia Wax, que ya había sacado su bolsa de viaje.

—Nos vamos. Marasi, Steris, os sugiero que no cojáis mucho equipaje. Disponéis de unos quince minutos.

—Mi maleta ya está lista —dijo Steris, levantándose a su vez.

—Pero... —La mirada de Marasi saltó del uno a la otra, desconcertada—. ¿Qué habéis hecho en la fiesta?

—Con suerte —contestó Wax—, no habremos iniciado ninguna guerra. Aunque tampoco pondría la mano en el fuego.

Marasi reaccionó con un gemido.

—¿Tú no estabas controlándolo? —acusó a Steris, que se ruborizó.

A Wayne siempre le extrañaba cuando la chica se ruborizaba, habida cuenta de que, por lo general, exhibía la misma expresividad que un pedrusco.

Los instantes siguientes transcurrieron en medio de un torbellino de agitación, con Wax y Marasi empaquetando sus enseres a toda velocidad. Wayne se arrimó a Steris y se metió otro cacahuete en la boca.

—Eso de dejar las maletas hechas con antelación lo has aprendido de mí, ¿a que sí?

—No... Bueno, sí, la verdad.

—¿Y qué piensas darme a cambio? Siempre hay que corresponder en su justa medida cuando uno recibe una cosa.

—Me lo pensaré —dijo Steris.

Un cuarto de hora más tarde, los cuatro se apilaron en el interior de un carro conducido por MeLaan en su versión masculina. Una atribulada tía Gin los observaba desde el umbral de su hotel. Sostenía un fajo de billetes en la mano, entre los que se contaba el dinero que Wayne le había ganado a Wax. Se lo había dejado de propina, en agradecimiento por haberle dejado poner los pies en los muebles.

Un campaneo insistente resonaba en la distancia, aproximándose por momentos.

—¿Los alguaciles? —preguntó la tía Gin, horrorizada.

—Eso me temo —respondió Wax mientras cerraba la puerta.

El carro se puso en movimiento con una sacudida; Steris se asomó por la ventanilla para decirle adiós con la mano a la pobre mujer.

—¡«Acusados injustamente de asesinato»! —exclamó mientras se despedía—. ¡Está en la página diecisiete de la lista que le pasé! ¡No permita que atosiguen demasiado a nuestros criados cuando aparezcan!

Unas cuantas horas después, Wax subió a lo alto de un acantilado en la oscuridad y se dejó envolver por la bruma.

Echaba de menos las sombras. En la ciudad nunca era por completo de noche, no

como en los Áridos; circunstancia que se veía agravada por las luces eléctricas. Todo resplandecía, desterrando la oscuridad, y con ella, la calma. El silencio. La soledad.

Únicamente a solas se podía encontrar uno a sí mismo. Solo había una persona con la que hablar, una persona a quien echar las culpas de todo. Rebuscó en el bolsillo de su gabán de bruma y le sorprendió encontrar un cigarro puro. Creía que ya no le quedaban de estos, recios Tingmars de buena calidad, importados desde Erosión.

Cortó la punta con el cuchillo que colgaba de su cinto y lo encendió con una cerilla. Aspiró el humo, reteniéndolo en la boca para paladearlo, antes de expulsarlo y dejar que se arremolinara, fundiéndose con la niebla. Un poquito de él mezclado con Armonía. Ojalá se le atragantara.

Hizo girar entre los dedos la pequeña tachuela metálica que sostenía a su lado. El pendiente que le había enviado VenDell. Era casi idéntica a la que había utilizado para matar a Lessie.

Al cabo, unos pasos sobre el manto de agujas de pino que cubría el suelo le indicó que alguien estaba acercándose. Le dio una calada al puro, tiñendo las brumas con su cálido resplandor y desvelando las facciones de MeLaan. Femeninas, de nuevo. Había terminado de cambiarse y estaba abrochándose los botones de la camisa mientras se aproximaba a su posición.

—¿No vas a dormir? —preguntó el kandra en voz baja.

—A lo mejor.

—La última vez que miré, los humanos seguían necesitándolo. Por lo menos de vez en cuando.

Wax chupó con fuerza el cigarro y exhaló otra vaharada que se confundió con las brumas.

—Elegante quiere que vuelvas a Elendel, me imagino —dijo MeLaan—. Intenta organizarlo de tal modo que parezca que no te queda elección. A tus ojos, al menos.

—Estamos en aprietos, MeLaan. ¿El emisario que envía Aradel a una asamblea política termina asesinando a la anfitriona? Si las ciudades exteriores no estaban lo suficientemente tensas antes, lo estarán ahora. En el mejor de los casos, será un embarazoso revés diplomático. En el peor, habrá desencadenado una guerra.

El viento soplabía, susurrando entre las ramas de unos árboles que Wax no podía ver. Ni siquiera veía a MeLaan; el cielo debía de haberse poblado de nubes que bloqueaban la luz de las estrellas. Dulce oscuridad envolvente.

—Si estalla la guerra —murmuró el kandra—, la habrá empezado Elegante. No tú.

—Pero yo podría haberla evitado. El gobernador Aradel necesita saberlo, MeLaan. Si las ciudades exteriores denuncian este asesinato, si lo esgrimen para avivar las llamas de la rebelión, no puedo desvanecerme sin más. Tengo que llegar a Elendel. Entonces podré escudarme en la corrupción de la justicia de Nueva Seran y decir que hui buscando ponerme a salvo. Podré exponer mi caso en los pasquines

antes de que la noticia se extienda y convencer a Aradel de que yo no he matado a esa mujer. De lo contrario, parecerá que me estoy ocultando.

—Como decía antes, lo ha orquestado para que parezca que no te queda elección... a tus ojos.

—¿Lo ves tú de otra manera?

—He sido muchas personas, Ladrian. He visto las cosas a través de muchos ojos. Siempre hay otra perspectiva, solo hay que buscarla.

Wax le pegó una calada al cigarro y retuvo el humo un momento antes de expulsarlo despacio, en lentas volutas. MeLaan se alejó discretamente. ¿Necesitarían dormir los de su especie? Había dado a entender que no, pero nunca se sabía con ella.

A solas con su puro, barajó las opciones que se le ofrecían. Regresar a Elendel, como pretendían obligarle a hacer los secuaces de Elegante, o seguir la pista de un misterio... como pretendían obligarle a hacer los secuaces de Armonía. Continuó dándole vueltas al pendiente entre los dedos, refrenando el odio que palpitaba en su seno.

Nunca antes había odiado a Dios. Tras la presunta primera muerte de Lessie, no había culpado a Armonía. Herrumbres, no había reaccionado con odio ni siquiera después de que Sangradora sembrara el germen de la duda en su mente, preguntándose por qué no le había ayudado Armonía.

Pero ahora... sí, ahora era odio lo que sentía. En los Áridos era habitual recibir algún que otro golpe. Perder a algún que otro amigo. A veces uno se veía obligado a matar a quien no deseaba. Pero había algo que no se hacía nunca: traicionar a un compañero. Los amigos eran un bien demasiadopreciado en aquellos páramos agrestes, donde todo parecía querer acabar con tu vida.

Al ocultarle la verdad, Armonía le había asestado una puñalada por la espalda. Wax podía perdonar muchas cosas. No estaba seguro de que esta fuese una de ellas.

El cigarro se apagó solo, al cabo. Los interrogantes persistían. Para cuando emprendió el camino de regreso al campamento, las brumas comenzaban ya a retirarse en la noche. Dio de comer a los caballos; seis, comprados en los muelles de la terraza inferior de Nueva Seran, junto con una diligencia de las que se utilizaban para cubrir la ruta del sur de los Áridos.

Habían escapado de Nueva Seran por los pelos. Forzando la marcha de su carroaje habían logrado descender por las rampas antes que la policía, pero solo después de que Wax se viese obligado a destruir los cables de un funicular.

Las autoridades habían desistido de perseguirlos después de aquello, como si admitieran no disponer de los recursos necesarios para dar caza a alguien como Waxillium *Disparo al Amanecer*; al menos no sin un montón de refuerzos. Wax seguía resistiéndose a la inactividad. Pese a sentirse agotado hasta la médula, no podía permitirse el lujo (ni permitírselo a los demás) de descansar mucho tiempo. Por si acaso.

Mientras los demás montaban en el vehículo, adormilados todavía, MeLaan tomó

las riendas que Wax le ofrecía y se encaramó al pescante del conductor. Wayne se sentó junto a ella de un salto; el kandra le dedicó una sonrisa.

—¿Adónde, jefe? —preguntó MeLaan, girándose hacia Wax—. ¿Volvemos a casa?

—No. Nos dirigimos a Dulsing, el lugar que han encontrado Wayne y Marasi. —La ubicación del proyecto de construcción.

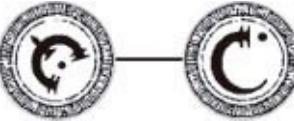
—Veo que ya has encontrado esa nueva perspectiva de la que hablamos.

—Todavía no —murmuró Wax mientras subía a la diligencia—. Pero vamos a comprobar si Armonía se atreve a proporcionármela.



TERCERA PARTE





Marasi había leído mucho de pequeña acerca de la vida en los Áridos y sabía qué esperar de un viaje en diligencia: tedio, polvo e incomodidad.

Era maravilloso.

Debía contenerse para no sacar medio cuerpo por la ventana, como hacía Wayne a veces, para ver pasar el paisaje. Aún no habían llegado a los Áridos, pero ya se encontraban muy cerca. El olor de los caballos, los baches de la carretera, el chirrido de la madera y los muelles... Había presenciado y hecho muchas cosas notables en el tiempo que llevaba con Waxillium, pero ahora sí que se sentía realmente como si estuviera viviendo una aventura.

Waxillium estaba reclinado frente a ella, con los pies apoyados en el asiento a su lado, con los ojos cubiertos por el ala de su sombrero y las mejillas hirsutas tras una jornada sin afeitarse. Se había quitado las botas, que descansaban en el suelo junto a su escopeta.

Se le antojaba surrealista rememorar cómo había contemplado la posibilidad de mantener una relación con él, ahora que llevaban tanto tiempo trabajando juntos. No, ya no le interesaba. Pero sí que admiraba la estampa tan perfecta que constituía, con su pistola, sus botas y su sombrero.

Aunque debía reconocer que la imagen quedaba un poco distorsionada por la figura de Steris acurrucada en el asiento junto a él, roncando suavemente con la cabeza apoyada en su hombro. ¿Cómo de extraño tenía que haberse vuelto el mundo para que la escrupulosa hermanastra de Marasi hubiera terminado embarcándose con ellos en aquella aventura? El lugar de Steris estaba en una salita, acompañada de una taza de té y un mamotreto sobre horticultura, y no viajando en diligencia campo a través con rumbo a un potencial ejército de alomantes. Hela allí, no obstante, acaramelada con Disparo al Amanecer en persona.

Marasi sacudió la cabeza. No sentía celos de Steris, lo cual era francamente asombroso, habida cuenta de sus respectivos pasados. Costaba mucho odiar a Steris. Una podía aburrirse con ella y sentirse desconcertada o frustrada, pero... ¿odiárla? Imposible.

Marasi sacó la libreta a fin de retomar su informe para VenDell y el comisario Reddi, el cual esperaba enviar antes de llegar a Dulsing.

Waxillium se revolvió y levantó el ala de su sombrero, observándola.

—Deberías dormir un poco.

—Descansaré en la primera parada.

—¿Parada?

Marasi titubeó. Llevaban ya medio día de viaje, evitando las carreteras principales para dar esquinazo a cualquier perseguidor que pudiera haber salido de Nueva Seran tras su pista. Tras atravesar varios sembrados, se habían pasado toda una hora traqueteando por colinas abruptas para sortear las granjas de los alrededores dejando el menor rastro posible de su paso.

El camino que seguían discurría hacia el noreste de Nueva Seran, bordeando las montañas que se elevaban a su derecha; se abrazaba a las estribaciones, con los inevitables altibajos del terreno que eso conllevaba, pero esas seguían siendo buenas tierras de cultivo. Toda la cuenca lo era, incluso allí en la periferia, donde el clima era más árido que en el interior.

—Pensaba que tras la carrera de anoche... —murmuró Marasi—. Cielos. ¿Pretendes ir directamente hasta allí?

—«Directamente» quizá sea exagerado —dijo Waxillium—, teniendo en cuenta los rodeos que está dando MeLaan para evitar que nos intercepten. Pero sí, en efecto. No deberíamos tardar más de cuatro horas o así.

El tren los habría llevado a su destino en una fracción de ese tiempo, con comodidad. Quizá las ciudades exteriores tuvieran razones fundadas para protestar por la flagrante desigualdad de medios que existía entre ambas regiones.

—¿Waxillium? —lo llamó Marasi cuando vio que volvía a rebullirse en su asiento.

—¿Mmm?

—¿Crees que son reales? ¿Los Brazales de Duelo?

Wax se levantó del todo el sombrero.

—¿Alguna vez te he contado por qué me fui a los Áridos?

—¿De joven? Porque detestabas los politiqueos, las expectativas... los tejemanejes de una sociedad que de noble solo tenía el nombre.

—Por eso me fui de Elendel —dijo Waxillium—. Pero ¿por qué a los Áridos? Podría haber elegido como destino una cualquiera de las ciudades exteriores, podría haber buscado una plantación en la que dedicarme a leer y llevar una vida tranquila.

—Bueno... —Marasi arrugó el entrecejo—. Me imagino que siempre quisiste ser un vigilante.

Waxillium sonrió.

—Ojalá hubiera encontrado mi vocación con tanta facilidad. Podría haberme pasado toda mi infancia regañando a los demás chiquillos por cualquier cosa que hicieran.

—Entonces, ¿cuál fue el motivo?

Waxillium se arrellanó en el asiento y cerró los ojos.

—Perseguía una leyenda, Marasi. Quería encontrar el oro del Superviviente, desenterrar tesoros, que contaran historias sobre mí...

—¿Tú? —preguntó Marasi—. ¿Querías ser un intrépido caballero?

Waxillium hizo una mueca ostensible al escuchar aquel término.

—Lo dices como si me compararas con ese necio de los pasquines. Créeme, Marasi, aquellos primeros meses fueron muy duros. Las minas estaban cerrando y una oleada de personas sin empleo desbordaba todas las ciudades. No podía entrar en ninguna cantina sin tropezarme con algún cretino imberbe como yo, recién llegado de la cuenca con la cabeza llena de sueños de gloria y riquezas.

—Y te convertiste en cazarrecompensas. Ya me has contado esa parte. Algo relacionado con no sé qué botas.

—A la larga, sí —replicó con una sonrisa Waxillium—. Pasé muchas penurias allí antes de recurrir a las recompensas. Al principio, sin embargo, solo pensaba en el oro. Tardé en quitarme aquellas fantasías de la cabeza, pero incluso después, si me convertí en vigilante lo hice movido por la codicia. Empecé a perseguir proscritos por el dinero. Además..., en fin, siempre había tenido algo en mi interior que se rebelaba al presenciar alguna injusticia. Acabé en Erosión. Otra ciudad de los Áridos, decrépita y olvidada, que no le importaba a nadie. Aún habrían de transcurrir otros seis años antes de que alguien me entregase mis credenciales y mi nombramiento se hiciera oficial.

La caja de la diligencia se mecía sobre sus ballestas. Marasi podía oír a Wayne y MeLaan conversando sobre sus cabezas. Mientras no intentasen enrollarse y conducir a la vez...

—Cuando VenDell nos habló de esto, deseé que los brazaletes no fuesen reales —continuó Waxillium, mirando por la ventana—. Me enfurecía la idea de que un sueño estúpido pudiera capturarme de nuevo, cuando por fin había encontrado la estabilidad en Elendel. No necesitaba sentir de nuevo la tentación de la aventura, el recordatorio de un mundo del que había terminado encariñándome aquí fuera, en medio del polvo.

—Así que crees que son reales.

—La cuestión es la siguiente. —Wax se inclinó hacia delante, obligando a Steris a cambiar de postura mientras seguía durmiendo—. Mi tío no ha tenido tiempo de crear ningún alomante, como sospecho que se propone. Los planes que hayan ideado el Grupo y él son proyectos a largo plazo. Pero le había prometido algo a Kelesina, y me dio la impresión de que está convencido de poder cumplir con su parte del trato. ¿Tienes el artefacto?

Marasi extrajo el pequeño cubo de metal de su bolso. Waxillium rebuscó en su bolsillo y sacó la moneda que le había dado aquel pordiosero. Colocó ambos objetos uno junto al otro; la luz del sol que entraba por la ventana se reflejaba en el cubo y ponía de relieve los extraños símbolos que exhibían sus caras.

—Está ocurriendo algo extraño, Marasi —dijo Waxillium—. Algo lo suficientemente importante como para despertar el interés de mi tío. Todavía no tengo ninguna respuesta. Antes debo buscarlas.

La muchacha se descubrió sonriendo ante la intensidad que veía en sus ojos.

—No es el cazador de tesoros que hay en ti el que ha decidido ir a Dulsing, sino

el detective.

Wax sonrió.

—¿Estabas escuchando lo que me dijo MeLaan anoche?

Marasi asintió con la cabeza.

—Tendrías que haber estado durmiendo. —Waxillium lanzó la moneda al aire, la recogió al vuelo y le devolvió el cubo a la joven—. Acudir a Aradel habría sido lo más sensato y maduro, pero tengo que encontrar esas respuestas. Además, ¿quién sabe? Quizá los brazaletes sean reales. En tal caso, arrebátáselos a Elegante sería por lo menos igual de importante que informar al gobernador de lo ocurrido en Nueva Seran.

—Crees que tu tío intenta crear alomantes por medios tecnológicos en vez de biológicos.

—Un poder aterrador en las manos de alguien como él —dijo Waxillium, acomodándose de nuevo en su asiento—. Duerme un poco. Cuando lleguemos a Dulsing, lo más probable es que aprovechemos la oscuridad para infiltrarnos en ese proyecto de construcción.

Volvió a taparse los ojos con el ala del sombrero. A Marasi le pareció buena idea imitar su ejemplo e intentó conciliar el sueño. Lamentablemente, los pensamientos que se agolpaban en su cabeza eran demasiados como para permitirle dormir.

Desistió de su empeño, al cabo, y retomó la misiva. En ella explicaba lo que habían hecho y qué habían averiguado. Debería enviarla cuanto antes. Quizá pudiera encontrar una estafeta de telégrafos cuando cambiaran los caballos, así no tendría que preocuparse de que la carta llegara o no a tiempo.

Una vez redactado el informe, pasó a sus notas sobre la desaparecida púa de kandra. Kelesina, actuando por orden del Grupo, había intentado matar a ReLuur y creía haberlo conseguido. Cuando Elegante le exigió pruebas, ordenó desenterrar la púa y enviársela a Dulsing. Pero ¿la guardarían allí? En tal caso, cabía suponer que estaría a buen recaudo. ¿Cómo diablos iba a encontrarla?

Contempló el cubo. Elegante había mostrado interés en él. ¿Podría utilizarlo de alguna manera?

Marasi frunció el ceño mientras lo hacía girar entre los dedos. Las caras estaban separadas por unos pequeños surcos. Al fijarse mejor, a la luz del sol, detectó algo que hasta entonces se le había pasado por alto. Una protuberancia diminuta, oculta en una de aquellas estrías. Parecía... en fin, un interruptor. Disimulado de tal manera que nadie pudiese oprimirlo por accidente.

Se valió de una horquilla para el pelo a fin de accionar la pequeña palanca. Se movió, tal y como esperaba.

«Un interruptor.» Parecía algo tan... burdo. Esto era o bien una reliquia mística, o bien algún tipo de tecnología secreta. No se le acoplaba un interruptor a algo así; lo más lógico sería que hubiese que exponerlo a la luz de las estrellas, o pronunciar una orden específica, o ejecutar cualquier clase de danza exótica el último día del mes

mientras alguien se comía un *kumquat*.

La palanquita, en cualquier caso, no daba la impresión de haber hecho nada. De modo que Marasi tragó saliva y quemó una pizca de cadmio.

El cubo empezó a vibrar en sus dedos.

El carroaje entero se estremeció, tambaleándose como si acabara de recibir un fuerte impacto. Marasi se golpeó la cabeza contra el techo y, acto seguido, se vio arrojada de nuevo contra su asiento.

Los caballos relincharon, asustados, pero MeLaan consiguió controlarlos. La diligencia se detuvo por completo instantes después.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Waxillium mientras se levantaba del suelo, adonde había ido a parar, enredándose con Steris.

Marasi gimió, enderezándose en su asiento con la cabeza apoyada en las manos.

—He hecho una tontería.

—¿Qué tontería?

—Estaba investigando el artefacto y usé la alomancia.

Wayne asomó la cabeza por la puerta un instante después, colgando bocabajo.

—¿Has creado una burbuja de velocidad? —preguntó.

—Sí.

—Esa sacudida no se ha cargado a los caballos por poco.

—Perdón, perdón.

Waxillium ayudó a Steris a sentarse.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —preguntó la muchacha, desconcertada.

—Marasi ha creado una burbuja de velocidad mientras nos movíamos —le explicó Waxillium—. Rebasamos su límite y la sacamos de ella, provocando que estallara y nos arrojara de un marco temporal al siguiente.

—Pero —se extrañó Steris—, ya utilizó una en el tren.

—Las burbujas de velocidad se desplazan contigo si viajas a bordo de algo lo suficientemente grande —explicó Waxillium—. De lo contrario, la traslación del planeta te sacaría de todas las que hicieras. El tren era veloz y pesado. La diligencia es pequeña y no lo bastante rápida. Así que...

—Así que debería habérmelo pensado mejor antes de actuar —concluyó Marasi, ruborizándose—. No cometía ese error desde que era pequeña. Pero, Waxillium... vibraba.

—¿Cómo?

—El cubo se... —Marasi se interrumpió al darse cuenta de que se le había caído el artefacto en medio de la confusión. Tras echar un vistazo a su alrededor, desesperada, lo localizó junto al pie de Waxillium. Lo recogió con una expresión triunfal en el rostro—. Tiene un interruptor.

—¿Un interruptor?

La muchacha lo giró para enseñarle la pequeña palanca.

—Hay que introducir algo por la ranura para pulsarlo —dijo—, pero funciona.

Wax se quedó mirándolo, perplejo, y se lo mostró a Steris, que entornó los párpados para observarlo con detenimiento y murmuró:

—¿Qué clase de artilugio arcano utiliza un interruptor?

—Tiene su lógica, supongo —dijo Waxillium—. A nadie le gusta que sus artilugios arcanos se activen por accidente.

—Podrías desnucar sin querer a los conductores de tu diligencia —refunfuñó Wayne.

—¿No te impidió usar la alomancia? —le preguntó Wax a Marasi, acariciándose la barbilla.

La muchacha negó con la cabeza. Todavía podía sentir sus reservas de metal.

—Creo que no hizo nada.

—Hmm. —Waxillium lo sostuvo ante sus ojos—. Podría ser peligroso.

—¿Vamos a probarlo? —preguntó Wayne, agarrado aún a la ventanilla.

—Por supuesto que sí —respondió Wax—. Pero lejos del vehículo.

Wax sostenía el cubo vibrante en la mano. Respondía a la combustión del metal, pero no parecía hacer nada más.

Se habían detenido cerca de un bosquecillo de grandes nogales. Wayne estaba aprovechando para llenarse los bolsillos de frutos secos mientras Marasi asistía a los experimentos de Wax desde una distancia prudencial. MeLaan se había llevado los caballos para que abrevaran en un arroyo que discurría algo más adelante. No muy lejos de su ubicación se extendía un campo de zanahorias cubierto de tallos verdes, sin tocar por la mano del hombre. El aire olía a frescor, a vitalidad natural.

Wax dejó que sus metales se apagaran. El cubo dejó de vibrar. Los quemó otra vez, y el artefacto reaccionó; despacio, al principio, pero aumentando de intensidad transcurridos un par de segundos. Pero ¿qué hacía? ¿Por qué no bloqueaba su alomancia, como había ocurrido en el tren?

«A lo mejor no afecta a la persona que lo active», pensó. Eso tendría sentido, en cierto modo, aunque ignoraba cómo podría detectarlo el artefacto.

—Oye, Wayne —dijo.

—¿Qué pasa, compañero?

—Atrápalo.

Le lanzó el cubo. Wayne lo cogió al vuelo y dio un respingo cuando las hebillas de seguridad de su cinturón, en el que transportaba sus viales de metal y todas las monedas que llevaba encima, se abrieron de golpe y la correa se separó volando de él. Se giró para verlo caer al suelo a unos seis metros de él, colina abajo; cuando dio un paso en su dirección, el cinturón volvió a alejarse.

Wax corrió hacia él; mientras lo hacía, la escopeta que llevaba en la funda de la pierna empezó a tirar de él hacia atrás, como si alguien estuviera empujando contra ella. El efecto desapareció instantes después; para cuando hubo llegado a la altura de Wayne, el cubo había dejado ya de vibrar.

Wayne levantó el artefacto.

—¿Qué ha sido eso?

Wax se lo quitó de las manos mientras Marasi se apresuraba a reunirse con ellos.

—No roba la alomancia, Wayne. Nunca lo ha hecho.

—Pero...

—Captura el metal que estás quemando y de alguna manera... lo extiende.

Acabas de verlo. Empujó tu metal lejos de ti, como si tuvieras un lanzamoneda al lado. El cubo utiliza alomancia.

Los tres se quedaron atónitos, contemplando fijamente el pequeño artefacto.

—Tenemos que probarlo otra vez —dijo Wax—. Wayne, sostenlo y quema bendaleo. Marasi, tú ponte allí. Wayne, cuando estés preparado, lánzale el cubo.

Así lo hicieron. Wax se apartó unos pasos. Cuando Wayne quemó sus metales, de repente se transformó en una mancha borrosa dentro de su burbuja de velocidad. El cubo salió disparado en un abrir y cerrar de ojos y surcó el aire hacia Marasi, ligeramente desviado pero en la dirección correcta.

Se activó justo antes de alcanzarla, y la muchacha se convirtió en una mancha borrosa a su vez. Recogió el cubo y regresó a su posición original como una exhalación. Le dio tiempo a contar hasta diez antes de que el artefacto dejase de funcionar y la devolviera a su tiempo normal.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Marasi, asombrada, sosteniendo el cubo en las manos—. Ha creado una burbuja de velocidad para mí. ¡Se alimentó de la alomancia de Wayne y la replicó!

—¿Es lo que buscábamos, entonces? —Wayne se había reunido con ellos tras deshacer su burbuja.

—No exactamente —dijo Wax mientras recuperaba el artefacto—. Pero es alentador, sin duda. Parece que hace falta ser alomante para usar esto. No te concede nuevos poderes, pero extiende los que ya posees. Es como... como una granada alomántica.

Marasi asintió vigorosamente con la cabeza.

—Lo que significa que el hombre del tren, el que empleó esto contra nosotros, es una sanguijuela. Puede eliminar la alomancia de los demás y le confirió ese poder al cubo antes de lanzártelo.

—Se activa un par de segundos después de arrojarlo —asintió Wax—. Muy práctico.

—Esto demuestra que Elegante dispone de tecnología secreta —añadió la muchacha.

—Ya lo sabíamos —dijo Wax—, tras haber visto el aparato de comunicación. Pero sí, esto es aún más curioso. Me siento tentado de pensar que todos estos rumores acerca de los Brazales de Duelo provienen de esta tecnología que estaba desarrollando el Grupo.

—¿Y los símbolos?

—Ni idea. ¿Algún tipo de código en clave? —Wax tamborileó con los dedos sobre el artefacto y se lo entregó a Marasi.

—¿Por qué yo?

—Porque es tuyo. Tú lo encontraste; tú has descubierto cómo se activa. Además, tengo la coronada de que será más eficaz en tus manos.

Tras quedarse pensativa un momento, la muchacha abrió mucho los ojos. Ser una pulsadora no era muy útil cuando estabas atrapada dentro de una burbuja en la que te movías comparativamente más despacio que los demás. Sin embargo, si se pudiera atrapar a otro en esa burbuja...

Wayne emitió un silbidito.

—Procuraré no perderlo —dijo Marasi, guardándose el artefacto—. Deberíamos seguir investigándolo más adelante, desentrañar su funcionamiento.

«Me pregunto...», pensó Wax, acordándose de algo más. Se dejó llevar por la intuición, rebuscó en el bolsillo y sacó el brazalete dorado de Kelesina.

Se lo lanzó a Wayne.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven, sosteniéndolo en alto—. Una bonita argolla de oro macizo, eso es lo que es. ¿A cambio de qué te lo han dado? Me vendría de perlas, compañero. Sería una mente de metal estupenda.

—Sospecho que ya lo es —replicó Wax, desinflándose. Sabía desde el principio que la idea era absurda.

Wayne jadeó, sorprendido.

—¿Cómo? —dijo Marasi.

—Una mente de metal... —musitó Wayne—. Que me aspen, ya lo creo que lo es. La percibo. Wax, ¿llevas encima el cuchillo?

Wax asintió con la cabeza y desenfundó el arma de su cinturón. Cuando Wayne extendió la mano en su dirección, le practicó un pequeño corte en el dorso. La herida se cerró de inmediato.

—Haaalaaa —susurró Wayne—. Es la mente de metal de otra persona, pero la puedo usar yo.

—Tal y como dijo VenDell —declaró Wax, recuperando el brazalete de entre los dedos de Wayne—. Una mente de metal sin Identidad. Herrumbres. Tengo que consumir mi metal para obtener siquiera una línea sutil que apunte hacia ella. Este chisme debe de estar lleno a reventar de poder.

Más que ninguna otra mente de metal que hubiera percibido en su vida, de hecho. Contra las demás podía empujar sin demasiados problemas, por lo general. Esta apenas si sería capaz de moverla.

—¿Por qué no me di cuenta inmediatamente de lo que era? —se lamentó Wayne—. Han tenido que explicármelo. Además... ¡ay, herrumbres! Esta es la prueba que demuestra la existencia de los Brazales de Duelo, ¿verdad?

—No —dijo Wax—. Yo no puedo percibir ni rastro de reservas en el brazalete. No puedo usarlo, puesto que no soy hacedor de sangre. No es una mente de metal que

pueda utilizar cualquiera, solo quienes posean los poderes adecuados.

—Sigue siendo un artefacto notable —observó Marasi.

—Y perturbador —añadió Wax, contemplando fijamente aquella argolla de aspecto inofensivo. Para crear algo así habría hecho falta un feruquimista con dos poderes. De modo que, o bien el Grupo tenía acceso a feruquimistas de pleno derecho, o bien sus temores se estaban cumpliendo. Habían descubierto cómo usar la hemalurgia.

«O bien se trata de una reliquia —pensó—. Cabe esa posibilidad.» Quizá la caja y esto fuesen artefactos de otra época.

Le devolvió el brazalete a Wayne.

—¿Cuánto hay dentro?

—Un montón. Pero no es inagotable. Cerrar ese corte ha mermado sus reservas.

—Entonces quédate tú con él. —Wax se giró al oír su nombre. MeLaan estaba llamándolo desde la linde del bosquecillo, agitando los brazos. Dejó a Wayne y a Marasi y encaminó sus largas zancadas hacia la alta y esbelta figura femenina del kandra, preocupado aún por el posible significado de sus últimos descubrimientos. ¿Qué indicaba el brazalete? ¿Encontrarían aún más sorpresas? ¿Mentes de metal que conferían poderes increíbles a quienes las tocaran, quizás? Por primera vez, se descubrió contemplando la posibilidad de que los Brazales de Duelo existieran realmente. ¿Cuál sería el impacto sobre la sociedad si los poderes de los nacidos del metal se convirtieran en algo que cualquiera pudiese conseguir con dinero?

—Creo que deberías ver esto —le dijo MeLaan cuando hubo llegado a su altura, indicándole por señas que la siguiera en su ascenso por una empinada ladera cubierta de vegetación. Una vez en lo alto, la vista se extendía hasta los territorios del noreste. Una porción del terreno aparecía cultivada, compartimentada en hileras y anillos, pero en su mayor parte era igual que el paisaje que habían dejado atrás esa jornada: inhóspito, salpicado al azar de hortalizas y árboles frutales. Soplaba una brisa fresca, suficiente apenas para atemperar los embates del sol que resplandecía sobre sus cabezas.

Contemplando aquello mientras se deleitaba con las caricias del viento, Wax comprendió qué era lo que tanto le irritaba de los problemas entre Elendel y las ciudades exteriores. ¿No se daban cuenta esas personas de lo dura que era la vida en los Áridos, donde plantar cualquier semilla era una apuesta sin garantías de éxito? ¿Donde el peligro de morirse de hambre era una amenaza real?

«Toman por insensatos a quienes deciden vivir en los Áridos —pensó Wax mientras cogía el anticuado catalejo que le ofreció MeLaan—. No entienden lo que es pasarse generaciones enteras atrapado aquí, demasiado pobre o testarudo para volver a la cuenca.»

En los Áridos, la libertad tenía un precio. Se mirara como se mirase, la cuenca era literalmente un paraíso, diseñado para el ser humano por una deidad deseosa de recompensar al mundo tras un milenio de cenizas y escombros. Pero, al parecer,

incluso en el paraíso encontraban los hombres pretextos para enemistarse y luchar.

Levantó el catalejo.

—¿Qué estoy buscando?

—Apunta hacia la carretera, a unos mil quinientos metros o así —dijo MeLaan—. Junto al puente que cruza un arroyo.

Wax divisó a un par de hombres descansando en el campo, armados con hachas. Tenían toda la pinta de haber estado cortando el tronco de un árbol caído. Había otro de estos atravesado en la carretera.

—¿Qué ves?

—Una barrera que quiere parecer otra cosa. Ese árbol cruzado en medio del camino está colocado para que parezca que se desplomó de ese modo, pero los surcos del suelo indican que alguien lo ha arrastrado intencionadamente hasta allí. Además, ya lo han reubicado un par de veces, al menos.

—Buen ojo —dijo MeLaan.

—No voy a dárte lo. —Wax apuntó el catalejo hacia las granjas de la zona—. Soldados estacionados en esa hacienda de ahí, me imagino. No hay ninguna chimenea encendida en los demás edificios. Abandonados, seguramente. A esta hora del día es difícil encontrar una granja sin comida en el horno.

—¿No están esperando?

—No, esta región es demasiado grande para eso. Están formando un perímetro. Intentan disimular para evitar que se corra la voz, pero ya deben de haber acordonado toda la zona. ¿Qué diablos se traerán entre manos?

MeLaan sacudió la cabeza, desconcertada.

—En fin, tendremos que dejar la diligencia aquí —dijo Wax, devolviéndole el catalejo—. ¿Tienes experiencia con las monturas sin silla?

—Bueno, hace tiempo que no tiro a ningún jinete, pero tampoco se me presentan muchas oportunidades de ser un caballo, así que no sabría decirte lo que va a pasar hoy.

Wax parpadeó varias veces seguidas.

—Ah, te refieres a que monte yo a pelo, no a dejar que me monten —dijo MeLaan—. Sí, tengo algo de experiencia. Sospecho que la mayor de tus preocupaciones no debería ser yo.

El kandra inclinó la cabeza en dirección a Steris, que caminaba por el calvero seguida de Wayne. El muchacho acarreaba su sombrero como si fuera un capazo, lleno hasta los topes de nueces.

—Ya —murmuró Wax.

Con suerte, alguno de los caballos resultaría ser dócil.

El crepúsculo se asentó sobre el páramo por etapas, batiendo como unos párpados cansados que pugnaran por mantenerse abiertos. Otra característica del terreno allí abajo, en el sur, pensó Wax. Tan pronto podía estar uno cabalgando entre los árboles

de una hondonada, envuelto en un manto de sombras, como coronaba un cerro colindante con una pradera para descubrir que el sol aún no había terminado de ponerse sobre el horizonte.

La oscuridad llegó, a pesar de todo, aunque no lo hizo acompañada de bruma. Solo entonces se percató Wax de cuánto anhelaba sentir su abrazo otra vez.

Steris lo sorprendió. Se las arreglaba sin problemas, aun a pesar de la falda. Había metido en la maleta una lo bastante recia como para poder recogérsela debajo y montar a pelo sin desvelar demasiado. Cabalgaba sin rechistar, como hacía prácticamente con todo desde que empezara este viaje.

Las pocas granjas y campamentos de cazadores con los que se habían cruzado estaban desiertos. El desasosiego de Wax iba en aumento. Se encontraban en una pequeña región escasamente poblada de los confines más recónditos de la cuenca, cierto, pero seguía pareciéndole profundamente inquietante que el control que ejercía el Grupo sobre ella fuese tan férreo.

Cuando llegaron a la última línea de árboles de un soto que limitaba con una aldea, MeLaan se adelantó para reconocer el terreno, regresó y le indicó por señas que la siguiera. Wax se reunió con ella para inspeccionar el poblado desde la linde del bosque.

Unos brillantes focos eléctricos iluminaban el perímetro alrededor de una estructura enorme que se erigía en lo que alguna vez debía de haber sido el centro de la aldea de Dulsing. De madera, sin ventanas e inmensa, la construcción aún no estaba acabada, a juzgar por los andamios que se ceñían a sus laterales y el tejado abierto en lo alto. Los demás edificios del pueblo se habían derruido, en su mayoría; tan solo unos cuantos se veían intactos aún en la periferia.

Una luz cálida emanaba del tejado abierto de la estructura. ¿De dónde obtendrían tanta electricidad? MeLaan le pasó el catalejo, y Wax lo usó para inspeccionar el perímetro. Aquellos eran soldados, sin duda; sus uniformes rojos lucían algún tipo de distintivo en el pecho que resultaba indistinguible a esa distancia. Portaban rifles apoyados en el hombro, y los focos trazaban un anillo brillante alrededor del lugar. Apuntaban hacia fuera, no hacia el edificio, lo que dejaba multitud de zonas en sombra dentro de aquel anillo. Podrían ponerse a cubierto cuando consiguieran traspasar el perímetro.

—¿Qué opinas? —le preguntó Wax al kandra—. ¿Será alguna clase de búnker?

—No se asemeja a ninguno de los fuertes que yo haya visto —susurró MeLaan—. ¿Con esas paredes tan endebles? Parece más bien un almacén gigantesco.

Un almacén tan grande como una pequeña ciudad. Wax sacudió la cabeza, desconcertado; en el extremo más alejado de la aldea divisó algo que le llamó la atención. ¿Una cascada? Quedaba fuera del alcance de los focos, pero le pareció ver una neblina que se levantaba allí donde el agua chocaba con el suelo, y un pequeño riachuelo discurría a través del poblado.

—Hay terreno elevado en esa dirección —observó.

—Sí —dijo MeLaan—. En los mapas se menciona ese salto de agua de ahí. Pequeño pero bonito, en teoría.

—Debe de haber una turbina acoplada. De allí extraen la energía. Volvamos con los demás.

Desanduvieron sigilosamente el camino entre la maleza, hasta las sombras del bosquecillo donde los aguardaban Wayne, Marasi y Steris.

—Este es el sitio, sin duda —susurró Wax—. Tenemos que encontrar la manera de entrar. Hay un montón de soldados. El perímetro está bien vigilado.

—Volando —sugirió Steris.

—No funcionaría —dijo Wayne—. Tenían un buscador en la fiesta. ¿Crees que no habrá otro aquí? En cuanto alguno de nosotros queme cualquier metal, los secuaces de Elegante acudirán corriendo a darnos la bienvenida con un efusivo apretón de manos y no pocas ganas de aplastarnos la cabeza.

—¿Entonces? —preguntó Marasi.

—Antes tendría que echar un vistazo —replicó el muchacho.

—Me parece que la posición es mejor desde el otro lado. —Wax señaló con el dedo y MeLaan abrió la marcha en la oscuridad, guiando a su caballo entre los inmensos árboles que se cernían sobre ellos. Wax se situó junto a Steris en la retaguardia del grupo, rezagándose ligeramente a propósito para hablar con ella en privado—. Steris —susurró—, he estado sopesando cuál sería la mejor manera de proceder cuando hayamos decidido cómo infiltrarnos. Pensaba pedirte que nos acompañaras, pero no lo veo factible. Creo que deberías quedarte y vigilar los caballos.

—Muy bien.

—No, en serio. Nos enfrentamos a soldados armados. No quiero ni imaginarme cómo me sentiría si te metieras ahí y te pasara algo. Te tienes que quedar aquí.

—Muy bien.

—Esto no admite discusión po... —Wax dejó la frase a medias, desconcertado—. Espera un momento. ¿No me vas a llevar la contraria?

—¿Por qué? Apenas sabría adónde apuntar con una pistola, y mis dotes para el subterfugio son prácticamente nulas... Bien pensado, lord Waxillium, poseer semejante talento me parecería indecoroso. Si bien defiendo el hecho de que la gente suele estar más segura en tu compañía, cargar contra un bastión infestado de adversarios se me antoja forzar ligeramente las cosas. Me quedaré aquí.

Wax sonrió de oreja a oreja en la oscuridad.

—Steris, eres una joya.

—¿Por qué? ¿Por tener un saludable instinto de conservación?

—Digamos que aquí, en los Áridos, me acostumbré a que la gente se empeñara en acometer empresas que excedían sus capacidades. Y siempre parecían decididos a hacerlo justo cuando mayor era el riesgo.

—Bueno, pues yo haré todo lo posible para que nadie me vea —dijo Steris— y no

me capturen.

—Dudo que necesites preocuparte por eso si te quedas aquí.

—No, si estoy de acuerdo. Pero esa es precisamente la clase de anomalía estadística que me hace la vida imposible, así que procuraré estar preparada de todas formas, por si acaso.

Obstaculizados por los desniveles del terreno, se dirigieron al límite oriental de la aldea, donde dejaron a Steris con los caballos. Wax cogió algunos enseres de la bestia de carga: redomas de metal, munición extra y armas de sobra, incluida la pistola de aluminio que había sacado de la mansión de Kelesina. Además del último de los artilugios esféricos de Ranette, el cual se guardó en la bolsa que llevaba colgada del cinto.

Tras remontar unos cuantos peñascos, consiguieron instalarse en una cresta rocosa que se elevaba sobre la cascada (la cual distaba de ser tan espectacular como se había imaginado) para inspeccionar el poblado. O lo que quedaba del mismo, al menos.

—Ojalá pudiéramos ver qué hay dentro de ese edificio —dijo Marasi, pasándole el catalejo.

Wax asintió con un gruñido. Se encontraban casi lo bastante arriba como para asomarse al interior de la misteriosa estructura. Todos aquellos destellos oscilantes denotaban una actividad frenética, eso era indudable: había muchas personas deambulando de un lado para otro allí abajo, pasando frente a las luces de la gran cámara. Pero ¿qué estarían haciendo? ¿Y por qué trabajaban a esas horas tan intempestivas de la noche?

—Colarse ahí dentro va a ser bastante complicado —murmuró Wayne.

—Podrías matar a uno de los guardias —sugirió MeLaan mientras se sentaba en un risco—. Me lo comería, adoptaría su forma y os dejaría pasar.

Wax parpadeó varias veces seguidas y miró de reojo a Marasi, que había palidecido.

—En serio —protestó MeLaan—, os agradecería que dejaseis de poner esa cara cada vez que os ofrezco alguna propuesta pragmática.

—No es pragmatismo —dijo Marasi—, sino canibalismo.

—Técnicamente, no, puesto que pertenecemos a especies distintas. La verdad, si os fijáis en nuestra fisiología, poseo menos rasgos en común con los seres humanos que vosotros con cualquier vaca... y nadie se lleva las manos a la cabeza cuando os zampáis un buen chuleton. Con la guardaespaldas de Innate no tuvisteis tantos remilgos.

—Ya estaba muerta —matizó Wax—. Gracias por la sugerencia, MeLaan, pero introducirte en el cuerpo de un guardia no es una opción.

—No nos gusta matar a la gente —terció Wayne—. A no ser que nos disparen primero, al menos. Esos muchachos se limitan a hacer su trabajo. —Se volvió hacia Marasi, como si esperase que lo respaldara.

—A mí no me mires —dijo la muchacha—. Todavía no me he recuperado de ver cómo intentas erigirte en paladín de la rectitud y los principios morales.

—Concéntrate, Wayne —ordenó Wax—. ¿Cómo vamos a entrar? ¿Probamos con un Cinturón Gordo?

—Nah, demasiado ruidoso. Creo que deberíamos hacer un Tomate Despachurrado.

—Arriesgado —replicó Wax, negando con la cabeza—. Habría que calcular la colocación al milímetro, entre el perímetro iluminado y la parte en sombra junto a las paredes.

—Tú podrías conseguirlo. Realizas disparos así a todas horas. Además, contamos con esta flamante mente de metal rebosante de salud, esperando a que alguien la rebañe.

—Un solo error bastaría para echar por tierra toda la operación, con poder curativo o sin él. Creo que deberíamos hacer un A Cubierto Bajo las Nubes.

—¿Me tomas el pelo? ¿No recibiste un balazo la última vez que lo intentamos?

—Más o menos.

MeLaan se quedó mirándolos fijamente, estupefacta.

—¿«A Cubierto Bajo las Nubes»?

—Ni caso —dijo Marasi, dándole una palmadita en el hombro—. Cuando se ponen en este plan, no hay quien los aguante.

—Cañería Rota —sugirió Wayne.

—No tenemos adhesivo.

—¿Arrasacampos?

—Demasiado oscuro.

—El Doble Salto de la Guardia Negra.

Wax titubeó.

—¿Qué narices es eso?

—No sé, me lo acabo de inventar —reconoció Wayne con una sonrisa—. Pero como nombre en clave tiene gancho, ¿verdad?

—No está mal —dijo Wax—. ¿Y en qué consistiría ese plan?

—Lo mismo que el Tomate Despachurrado.

—Ya te he dicho que el riesgo es demasiado grande.

—Ningún otro dará resultado —insistió Wayne, poniéndose en pie—. Mira, ¿nos quedamos aquí discutiendo o vamos a hacer algo?

Wax se quedó pensativo un momento, inspeccionando el terreno con la mirada. ¿Sería capaz de acertar con la colocación?

Por otra parte, ¿tenía algún plan mejor? El perímetro estaba bien vigilado, pero la noche era muy oscura. Si el tiempo pasado en los Áridos le había enseñado algo era a confiar en su instinto. Instinto que en ese momento, por desgracia, estaba de acuerdo con Wayne.

De modo que, antes de poder convencerse a sí mismo de lo contrario, desenfundó

la escopeta y se la lanzó al muchacho, que la atrapó al vuelo con cara de asco. Las armas de fuego y Wayne no hacían buenas migas. Empezaron a temblarle los brazos de inmediato.

—Procura sujetarte bien —dijo Wax—. Practica una abertura en la cara norte, si puedes.

Incrementó su peso, quemó metal y empujó contra el arma, usándola a modo de ancla para impulsar a Wayne por los aires desde lo alto del promontorio rocoso. El muchacho sobrevoló el campamento antes de precipitarse al vacío en la oscuridad; el suelo quedaba a unos quince metros por debajo de él.

Marasi jadeó, asustada.

—¿Tomate Despachurrado? —preguntó.

—Sí —dijo Wax—. El aterrizaje, por lo visto, a veces no es todo lo limpio que cabría desear.

«Herrumbres, Wax», pensó Wayne mientras caía en picado hacia el suelo, perdiendo el sombrero por el camino. «Mira que lanzarme esa escopeta sin avisar. Menuda cana...»

Se estrelló.

Despeñarse tenía su misterio. Los cuerpos hacían ruido al chocar con el suelo. Mucho más ruido de lo que se imaginaba la gente.

Lo solucionó en parte aterrizando con los pies por delante (ambas piernas se le partieron en el acto) y colocándose de costado, haciéndose añicos el hombro pero amortiguando ligeramente el estruendo al rodar con el impacto. Sondeó su coqueta mente de metal nueva justo antes de que se le estampase la cabeza contra el suelo, dejándolo commocionado.

Acabó hecho un amasijo de huesos rotos junto a una pila de rocas. Cómo no iba a lanzarlo Wax contra una pila de rocas, claro que sí. Intentó echar un vistazo a sus piernas cuando se le despejó la visión, pero no podía moverse. No sentía nada, de hecho, lo cual era bastante agradable. Siempre venían bien esas cosas cuando uno se destrozaba la columna; ayudaba a sobrellevar la agonía.

Tampoco es que el dolor se desvaneciera por completo, claro, pero el dolor y él eran viejos amigos a los que de vez en cuando les gustaba quedar para tomarse una cerveza y contarse su vida. No se caían especialmente bien, pero su relación funcionaba. La sensibilidad y la agonía regresaron a él de súbito cuando la mente de metal le restauró la columna, concentrándose primero en las heridas más graves. Respiró hondo. Uno podía asfixiarse si se partía el espinazo. La gente no lo sabía. O, en fin, quienes lo sabían se habían asfixiado ya hacía tiempo.

En cuanto fue capaz de moverse (mientras continuaban recomponiéndose sus piernas), se escorzó y utilizó el brazo sano para mover una de las grandes rocas de la pila. Las piedras daban la impresión de estar allí con la intención de servir de dique para la orilla del arroyo; para formar un camino por el que cruzarlo, tal vez. Wayne

las aprovechó, extendiendo la otra mano cuando se le curó el hombro. Wax lo había ubicado bien, justo en la zona oscura que mediaba entre las garitas del perímetro y el edificio. Pero eso no significaba que estuviera a salvo.

Wayne se puso en pie, tambaleante, arrastrando la escopeta de Wax; su pierna no dejaba de retorcerse a medida que se le soldaban los huesos. Ese brazalete dorado era una mente de metal impresionante. Un proceso curativo tan exhaustivo como este le habría costado meses de reservas, pero la argolla esta seguía estando aún prácticamente llena.

Se alejó tan sigilosamente como le fue posible, dejando una roca de buen tamaño en equilibrio sobre las demás mientras se adentraba en las sombras; dejó el arma oculta cerca del edificio para que cesaran los temblores de su puñetera mano.

Justo a tiempo. Un par de soldados se encaminaban hacia allí, procedentes del perímetro.

—Ha sido por aquí —dijo uno de ellos. Mientras se aproximaban, uno de los focos apuntó en su dirección e iluminó la zona, permitiéndoles ver mejor y prácticamente exponiendo la posición de Wayne. El muchacho se quedó petrificado en las sombras junto a un montón de herramientas, sudando con cada chasquido que emitían los dedos de sus pies; los huesos rechinaban los unos contra los otros al volver a encajar en el lugar que les correspondía.

Los guardias no oyeron nada. Llegaron a su punto de aterrizaje (esta vez no había dejado ninguna mancha de sangre, por suerte; nada de «tomate despachurrado») y miraron en rededor. Uno de ellos golpeó la piedra por accidente; se cayó del pico donde la había dejado Wayne, rodando por el costado del pequeño montón abajo y repiqueteando contra las demás rocas. Al verla, los hombres asintieron con la cabeza y se limitaron a barrer someramente la zona antes de regresar a sus puestos. El foco no tardó en apuntar de nuevo hacia su área de efecto original. El ruido que habían oído era obra de un puñado de rocas sueltas. Allí no había nada que reportar.

Wayne se irguió en la oscuridad y dejó de sondear la mente de metal del brazalete. Se sentía bien. Renovado, como le ocurría siempre que superaba un proceso curativo de estas dimensiones. Se sentía capaz de acometer cualquier proeza, como escalar una montaña entera corriendo o comerse él solo una bandeja de jabalí con patatas de las que ponían en la taberna de Findley.

Salió de las sombras a rastras, con un objetivo importante. Encontró su sombrero casi de inmediato, por suerte, junto a otra pila de rocas. Una vez hecho eso se dispuso a realizar otras tareas menos prioritarias, como facilitar el acceso de los demás al interior del complejo.

Wax había dicho algo acerca de la cara norte. «Veamos...» Se mantuvo pegado al edificio, e incluso resistió la tentación de colarse él solo para averiguar qué narices había allí dentro.

Había llegado el momento de pensar como un guardia. Cuestión complicada, puesto que no llevaba puesto el sombrero adecuado. Se ocultó entre las sombras y

aguzó el oído mientras una pareja de ellos pasaba junto a él, de patrulla; devoró sus acentos como si de un cuenco de panecillos salados con mostaza se tratara.

Tras aproximadamente quince minutos de espera, seleccionó a un posible candidato y lo siguió mientras el hombre hacía la ronda, aunque sin separarse de las sombras. El tipo era desgarbado y tenía cara de conejo, pero era tan alto que seguramente podría haber cogido todas las nueces que quisiera sin necesidad de escalera.

«Heme aquí —pensó Wayne—, en medio de la nada. Vigilando un viejo granero. Yo no me alisté para esto. Llevo ocho meses sin ver a mi hija. ¡Ocho meses! Ya debe de haber pronunciado sus primeras palabras y todo. Herrumbres. Qué vida, esta.»

Cuando el hombre se disponía ya a dar media vuelta, alguien le espetó algo desde una de las garitas de los focos. Aunque Wayne no pudo distinguir lo que le decían, el tono era inconfundible.

«Y mis superiores —pensó mientras se giraba a su vez y volvía a seguir al hombre desde las sombras, igualando su paso—. ¡Qué caña me meten! De todo hacen un grano de arena. Todo son gritos. A eso se reduce ahora mi existencia. Venga a recibir reprimendas, un día sí y el otro también.»

Wayne sonrió y se adelantó al hombre, buscando algo por encima de lo que había pasado antes. Un montón de cables de color negro, cada uno de ellos tan grueso como su índice, acoplados a una caja de gran tamaño que había cerca del edificio. Cuando el guardia llegó a su altura, distraído, Wayne tiró de los cables con cuidado.

Al guardia se le enganchó el pie con ellos, momento que Wayne aprovechó para desenchufarlos de un tirón.

Los focos que tenía más cerca se apagaron de golpe.

De inmediato se desencadenó un griterío. Al guardia le entró el pánico en la oscuridad.

—¡Perdón! —exclamó—. Ha sido sin querer. ¡No he visto por dónde iban mis pies!

Wayne salió de su escondite, furtivo, y se instaló en un cómodo hueco entre dos montones de sacos de arena mientras los guardias se desgañitaban y vociferaban, tomándola con el pobre diablo. Alguien fue a enchufar los cables de nuevo, pero Wayne los había tirado a un lado, por lo que perdieron un buen rato rastreando la zona a oscuras hasta dar con ellos y conseguir conectarlos.

Volvieron a encenderse las luces. Wayne estaba pegándose un buen trago a su cantimplora de cuero cuando Wax, Marasi y MeLaan se reunieron con él en las sombras.

—Precioso —susurró Wax.

—Todo lo contrario, en realidad —replicó Wayne—. Ha sido bastante desagradable. El pobre guardia no ha hecho nada malo, y todo el mundo está venga a gritarle.

Wax tomó la iniciativa a partir de ahí, caminando sigilosamente junto al lateral

del enorme edificio que parecía un granero. El tejado no era lo único que estaba sin terminar; los accesos estaban abiertos por completo, carentes de puertas. Se detuvieron junto a uno de ellos; Wayne señaló con el dedo y, en susurros, informó a Wax de dónde podría encontrar la escopeta.

Wax la recogió y cruzó la entrada, furtivo. Lo siguieron, con Wayne cerrando la comitiva. Iluminaban el interior cavernoso unas cuantas lámparas eléctricas desperdigadas, y pasaron frente a un largo entramado de luces que tenía toda la pinta de ir a instalarse en el techo una vez que estuviera terminado el tejado. La claridad era mayor que en el exterior, pero no por mucho, y había montones de cajas y suministros ordenados en hileras que les permitieron infiltrarse entre ellos y permanecer ocultos. Cuando llegaron al final de la fila de cajas, Wax titubeó, y las dos mujeres se asomaron para mirar por encima de su hombro. Nadie se tomó la molestia de invitar a Wayne a echar un vistazo a su vez, para variar. Primero le echaban la bronca en el trabajo y ahora esto.

Se metió entre ellos, clavándole el codo con ganas en el costado a Marasi, que lo fulminó con la mirada; como si no supiese que la correcta etiqueta para la convivencia en condiciones de hacinamiento conllevaba familiarizarse con las extremidades ajenas. Consiguió colarse entre Wax y MeLaan, y por fin pudo ver lo que había hecho que se detuvieran.

Un barco.

Aunque el término común «barco» en realidad no le hacía justicia. Ante los ojos de Wayne se erigía una construcción gigantesca, a falta de otra descripción más adecuada. Una descripción que capturara la majestuosa esencia, la descomunal escala, de lo que estaba viendo.

—Eso es un barco grande de narices —susurró, transcurridos unos instantes.

Mucho mejor.

¿Por qué estarían construyendo algo así aquí, a tantísimos kilómetros del océano? No debía de ser fácil mover aquel trasto. Ocupaba el edificio casi por completo, con su quilla curvada y una proa (a medio terminar en uno de los costados) que mediría fácilmente tres pisos de altura. Dos extensiones alargadas, como brazos, sobresalían de sus laterales. ¿Pontones? Eran inmensos. Uno de ellos, inacabado todavía, terminaba en una línea de construcción aserrada.

¿Aserrada? Wayne arrugó el entrecejo. Aquella no daba la impresión de ser la mejor manera de construir nada. De hecho, ahora que se fijaba, la proa parecía más «arrugada» que «sin terminar».

—Alguien lo ha roto —murmuró, señalando con el dedo—. Estaban intentando moverlo y partieron uno de los pontones.

—Debe de ser un buque de combate —dijo Marasi—. Están preparándose para la guerra.

—Creo que Wayne tiene razón —terció Wax—. Fijaos en esos surcos que hay en el suelo, los desperfectos del casco... Estaban transportando esa cosa, camino de

aquí, se soltó y se rompió. De modo que el Grupo ha levantado esta construcción a su alrededor para que nadie lo vea mientras lo reparan.

—Ingenieros —dijo Wayne, apuntando a un grupo de hombres y mujeres con pinta de inteligentes que caminaban alrededor del barco señalando con el dedo, portando carpetas sujetapapeles, vestidos con trajes y faldas de color marrón oscuro. La clase de atuendo que elegiría un maestro de escuela, imaginándose que era el colmo de la elegancia.

—No se parece a ningún barco que yo haya visto antes —replicó Marasi, colgándose el bolso del hombro y empuñando su rifle.

—¿Te has traído el bolso —preguntó Wayne— a una operación de infiltración en territorio enemigo?

—¿Por qué no? Los bolsos son muy prácticos. En cualquier caso, si el Grupo posee tecnología tan avanzada como ese telégrafo parlante, ¿qué podría instalar en un barco como este? ¿Y por qué querrían construirlo tan lejos del mar, ya puestos?

—Elegante tendrá las respuestas —dijo Wax, entornando los párpados—. Marasi, supongo que todavía querrás ir tras la púa.

—Sí —le confirmó con decisión ella.

—Yo voy a buscar a mi tío. ¿Con quién te quedas? ¿Wayne o MeLaan?

—Con MeLaan esta vez.

Wax asintió con la cabeza.

—Procurad que no os vean, pero si nos descubren a Wayne y a mí, ayudadnos. Nosotrosharemos lo mismo por vosotras. Si encontráis esa púa, regresad aquí y escondeos. Si todo sale bien, nos largaremos juntos de aquí.

—¿Y si no sale bien?

—Que no va a salir —añadió Wayne.

—Reagrupaos donde dejamos a Steris con los caballos —respondió Wax mientras desenfundaba una pistola. MeLaan lo imitó, solo que su pierna era la funda; la piel se desgajó, introdujo la mano por una raja que tenía en los pantalones y sacó el arma, estilizada y con el cañón muy largo.

Wayne soltó un silbidito. El kandra sonrió y le dio un beso.

—Procura que no te peguen muchos tiros.

—Lo mismo digo —replicó el muchacho.

Se separaron.



Marasi atravesó el almacén a hurtadillas, con la correa del rifle incómodamente clavada en el hombro. Se alegraba de haberse puesto los pantalones (eran más sigilosos que su falda, cuyos pliegues no habrían dejado de susurrar con el roce), pero le preocupaba que los científicos y los operarios de la nave detectaran el ruido que hacían sus botas en la tierra prensada.

Temores infundados, seguramente. En el almacén distaba de reinar el silencio. Aunque era de noche y, por consiguiente, había menos actividad, aún seguían trabajando varias personas. Un equipo de carpinteros serraba listones de madera en uno de los laterales; el eco de sus movimientos rebotaba sin cesar contra las paredes. Entre exclamaciones, el grupo de ingenieros comentaba las características de aquella embarcación tan enorme.

«Parecen sorprendidos —pensó Marasi—. Como si no la hubieran diseñado ellos.» ¿Acabarían de incorporarse al proyecto, tal vez?

Había guardias distribuidos por toda la nave, aunque su número no era tan nutrido como en el exterior. MeLaan y ella procuraban atenerse al borde en sombra del almacén, junto a las pilas de embalajes y materiales, pero eso no evitó que tuvieran que pasar incómodamente cerca de una mesita alrededor de la cual había un grupo de soldados jugando a las cartas.

Los guardias no se percataron de su presencia. Al cabo, el kandra y Marasi consiguieron llegar a la pared del lado sur, una de las caras más largas del edificio rectangular. Allí vieron que había una serie de habitaciones adosadas a la estructura principal, más acabadas que el resto; tenían puertas, al menos, y también alguna que otra ventana.

—¿Dormitorios? —susurró Marasi, señalando con el dedo.

—Tal vez —respondió MeLaan, agazapada junto a ella—. Bueno, ¿y cómo vamos a encontrar la púa?

—Supongo que la tendrán guardada en una caja fuerte o algo por el estilo.

—Es posible. O en el cajón de una mesa de cualquiera de esas habitaciones, o en una caja, o... diablos, a lo mejor la han tirado a la basura, sin más. A Elegante solo parecía interesarle porque necesitaba alguna prueba de que el pobre ReLuur había dejado de ser un problema.

Marasi respiró hondo.

—En tal caso, habrá que interrogar a Elegante cuando Waxillium lo encuentre. Aunque me extrañaría que se hubiesen desembarazado de ella. Sabemos que el Grupo

está investigando la forma de producir alomantes, como sabemos también que están interesados en la hemalurgia. Estudiarían la púa en vez de deshacerse de ella.

MeLaan asintió con la cabeza, pensativa.

—Pero podría estar prácticamente en cualquier sitio.

A escasa distancia de ellas, los científicos (con un hombre renqueante a la cabeza) subieron por una tabla que hacía las veces de rampa para asomarse al costado abierto del barco. «Es él», pensó Marasi. El mismo del asalto al tren. Estaba enseñándoles el proyecto a los recién llegados.

Entraron en el buque.

—Tengo una idea —dijo Marasi.

—¿Es muy descabellada?

—Menos que la de arrojar a Wayne desde lo alto de un risco.

—No te pones muy alto el listón, pero de acuerdo. ¿Por dónde empezamos?

Marasi señaló con un ademán el boquete en el casco por el que se habían introducido los científicos.

—Por ahí.

Wax avanzaba tras los palés de suministros en la dirección opuesta a Marasi, sintiéndose como si estuviera atravesando la sombra del progreso. No era la primera vez que reflexionaba acerca de las transformaciones que se habían operado en Elendel en su ausencia: motocarros y luces eléctricas, rascacielos y carreteras asfaltadas con hormigón. Era como si se hubiera ido de un mundo y hubiese vuelto a otro distinto.

Aquello parecía ser tan solo el principio. Gigantescos buques de guerra. Tecnología que potenciaba la alomancia. Brazaletes cargados por un feruquimista para que los utilizase otro. No podía por menos de sentirse intimidado, como si ese barco tan monstruoso fuese un guerrero que hubiera surgido de otra época con el objetivo de aplastar las polvorrientas reliquias del pasado, como él mismo.

Wayne se reunió con él cuando se detuvo junto al último montón de tablas de la fila y sacó la cantimplora, de recio cuero curtido y con forma de botella. El muchacho le pegó un trago y se la ofreció a Wax, que la aceptó y bebió a su vez.

Le dio un pequeño ataque de tos.

—¿Zumo de manzana?

—Es bueno para el organismo. —Wayne volvió a guardar la cantimplora.

—No me lo esperaba.

—Hay que tener al estómago en vilo, compañero —dijo Wayne—. De lo contrario, se confía y acaba volviéndose comodón. ¿Cómo vamos a encontrar a tu tío?

—¿Perspectiva? —Wax inclinó la cabeza en dirección a los confines centrales del almacén, donde un complejo entramado de pasarelas de construcción temporales ribeteaba el interior del edificio. Al ser de noche, la zona se veía desierta—.

Disfrutaríamos de una vista de toda la zona, pero sería difícil que nos detectaran desde abajo.

—Me parece bien. Pero ¿te sientes capaz? Tendrás que escalar como una persona normal. Nada de empujones de acero.

No llevaba ni rastro de metal en su interior; sería demasiado fácil recurrir a él en un acto reflejo. Los viales aguardaban en su cinturón, intactos.

—No te preocupes por mí —replicó Wax, sucinto. Esperó a que los guardias y los operarios de los alrededores pasaran de largo y abrió la marcha, corriendo agazapado en paralelo a las sombras del edificio. Las luces apuntaban al barco, lejos de las paredes. Cruzó los dedos para que los escasos trabajadores que deambulaban por allí no estuvieran concentrados en los recovecos más oscuros de la gran nave.

Dos pasarelas ascendían extendiéndose a lo largo de toda la pared; conducía hasta ellas una serie de escalerillas y planchas más pequeñas, a modo de rellanos, cargadas de materiales de construcción. Wax se encaramó a la escalera del fondo y comenzó a subir un nivel tras otro. Empezaron a dolerle los brazos antes de llegar al tercero. Disminuyó su peso, lo cual contribuyó a facilitarle el ascenso, pero así y todo tuvo que parar a recuperar el aliento en el quinto nivel. Del mismo modo que volver su cuerpo más pesado le confería la fuerza necesaria para accionar sus músculos agrandados, aligerarse siempre parecía reducir su energía.

—Estás haciéndote viejo —dijo Wayne con una sonrisa mientras lo adelantaba y empezaba a subir por la siguiente escalera.

—No seas obtuso. —Wax se agarró a los peldaños y trepó tras él—. Intento dosificarme, eso es todo. ¿Y si llegamos a lo alto y hay que luchar?

—Siempre puedes atizarle a tu rival con la dentadura postiza —replicó Wayne, por encima de él—. O pegarle con la cachava. Si nos damos prisa, a lo mejor hasta te da tiempo a irte pronto a la cama y todo.

Wax masculló una invectiva entre dientes mientras se encaramaba al siguiente nivel, pero lo cierto era que le faltaba el resuello hasta tal punto que incluso discutir se le antojaba agotador en exceso. El muchacho pareció percibirse de ello; en sus labios se dibujaba una sonrisa de oreja a oreja cuando terminaron de escalar otros dos tramos de escaleras y llegaron a una nueva pasarela.

—Te saltaría los dientes de un trompazo —refunfuñó Wax al llegar a la altura de Wayne—, pero sé que no te costaría nada recomponerte la boca.

—Qué va. Me echaría a rodar por los suelos, gimoteando como un condenado. A tu edad es importante fomentar la impresión de que uno ha hecho algo productivo a lo largo de la jornada.

Wax meneó la cabeza, se giró y empezó a andar por la pasarela. Las tablas emitieron un crujido bajo sus pies de inmediato. Se le coló la pierna por el boquete, y aunque se sujetó a tiempo y consiguió liberar el pie, por primera vez en siglos experimentó una punzada de lo que debían sentir los demás cuando se encontraban a tanta altura: que el suelo estaba muy muy lejos de él. Y no portaba metales en su

interior en ese momento.

Rodeó el boquete con un gruñido.

—Eso no ha sido culpa mía. Las tablas son muy endebles.

—Claro que sí, compañero —dijo Wayne—. No pasa nada. La mayoría de la gente echa unos kilitos al rebasar cierta edad. Es ley de vida, ya sabes.

—Si te pegase un tiro, nadie me culparía por ello. Antes bien, seguramente dirían: «Hala, pero ¿cómo pudiste aguantar tanto tiempo? Yo le habría disparado hace años.» Y después me invitarían a todas las pintas que quisiera.

—Oye, eso me ha dolido, ¿eh? Que lo...

—¿Quiénes sois vosotros?

Wax se quedó paralizado. A continuación, Wayne y él miraron arriba, hacia la persona que los observaba fijamente desde la barandilla de la última pasarela. Ingeniero, a juzgar por su aspecto, vestido como iba con una bata blanca sobre el chaleco con corbata. Frunció el ceño, pareció reconocer a Wax y abrió desmesuradamente los ojos.

—Herrumbres —masculló Wax, levantando las manos mientras Wayne se apresuraba a entrar en acción y se impulsaba de un salto hacia arriba. Wax formó un estribo con las manos, que el muchacho aprovechó para agarrarse a la barandilla de la pasarela superior. El ingeniero empezó a dar la voz de alarma, pero Wayne lo derribó pegándole un tirón del tobillo y terminó de encaramarse.

Instantes después sonó otro golpazo. Wax se quedó esperando, nervioso. El tiempo pasaba sin que ocurriera nada más.

—¿Wayne? —siseó—. ¿Estás ahí?

El rostro inconsciente del ingeniero se materializó sobre el borde de la pasarela momentos después, con los ojos cerrados.

—¿Dónde iba a estar si no? —dijo Wayne desde arriba, imitando la voz del desventurado ingeniero mientras le movía la cabeza como si de una marioneta se tratase—. ¡Acabas de mandarlo aquí arriba de un empujón, compañero! ¿Ya te has olvidado? Pérdida de memoria. Debes de estar haciéndote viejo de verdad.

Estrictamente hablando, todas las personas que había en el mundo estaban muriéndose, solo que muy poco a poco. La maldición de Irich no era que se estuviese muriendo, sino que podía sentir cómo ocurría.

Mientras recorría los pasillos de la gigantesca embarcación de madera debía prestar atención al suelo, puesto que el menor obstáculo o desnivel podría llevarlo a tropezar y caerse. Cuando señaló la pared donde habían encontrado los mapas quemados (explicándoselo a los otros científicos), sintió como si tuviera un lastre de veinte kilos amarrado al brazo.

Apenas si conservaba un ápice de movilidad en la mano izquierda; podía sujetar el bastón, pero no evitar que el gesto le produjera violentos temblores, y prácticamente arrastraba la pierna izquierda a cada paso que daba. Comenzaba a

faltarle el resuello. El médico le había dicho que, tarde o temprano, le fallarían las fuerzas y sería incapaz de seguir respirando.

Cuando llegara ese momento, Irich moriría solo, asfixiado e incapaz de moverse. Y podía sentir cómo se avecinaba ese día. Un agonizante paso tras otro.

—¿Qué es esto, profesor Irich? —preguntó Stanoux, apuntando hacia el techo—. ¡Qué dibujo tan fascinante!

—No estamos seguros —respondió Irich, apoyándose en el bastón mientras miraba hacia arriba; una proeza extraordinariamente difícil. Herrumbres. Antes no le costaba tanto inclinar la cabeza hacia atrás, ¿verdad?

«Paso a paso.»

—Parece un barco —dijo Stansi, ladeando la cabeza.

En efecto, el dibujo dorado del pasillo se asemejaba a algo parecido a un barco de pequeñas dimensiones. ¿Por qué pintar aquí algo así? Sospechaba que tardarían años en desentrañar todos los secretos de esta embarcación. Hubo una época en la que Irich se habría conformado con dedicar toda su vida a examinar estas curiosidades, escribiendo pormenorizadamente acerca de cada una de ellas.

Hoy, sin embargo, «toda su vida» se le antojaba un margen de tiempo demasiado estrecho como para invertirlo en semejantes empresas. Elegante y Secuencia querían sus armas y podían quedarse con ellas, porque Irich solo deseaba una cosa.

Un milagro.

—Por favor, síganme —dijo Irich, reanudando la visita guiada por el pasillo con el último de sus contoneos. Llevaba tiempo desarrollando uno nuevo cada pocos meses, a medida que aumentaba el número de sus músculos que se volvían demasiado débiles o directamente se negaban a funcionar. Paso, bastón, arrastrar el pie, respirar. Paso, bastón, arrastrar el pie, respirar.

—¡Qué madera tan extraordinaria! —exclamó Stanoux, ajustándose las gafas—. Tía, ¿te suena esta variedad?

Stansi se situó a su altura y llamó por señas al guardia que portaba la lámpara a fin de poder admirar mejor la extraña madera. Al principio Irich había mostrado un interés similar en los detalles del barco, pero cada día que pasaba se sentía más impaciente.

—Por favor —dijo Irich—. Dispondrán de todo el tiempo que deseen para estudiar, analizar y elaborar sus teorías. Pero solo después de haber resuelto el problema principal.

—¿Qué es...? —preguntó Stansi.

Irich hizo un gesto en dirección al portal arqueado que se erguía ante ellos, vigilado por una soldado con otra lámpara. La mujer se cuadró para saludarlo, puesto que, técnicamente, ostentaba el rango de colector dentro del Grupo. Elegante y sus secuaces tenían el pensamiento científico en muy alta estima. Para él, sin embargo, el poder y el prestigio eran insignificantes. Ninguno de los dos podría prolongar las bocanadas de aire que le quedaban por aspirar en su vida.

Una vez traspuesto el umbral, indicó con un gesto al quinteto de científicos que contemplase la impresionante maquinaria que abarrotaba la bodega de aquella embarcación tan extraña. Sin cables ni engranajes, no se parecía a nada que él hubiera visto antes. Su aspecto recordaba más bien al de un horno, solo que construido a partir de un material ultraligero con las paredes estriadas de líneas formadas por otros metales. Como una tela de araña.

—Esta nave —dijo Irich— está repleta de enigmas. Ya han visto los misteriosos dibujos del techo, pero ese tipo de interrogantes no son más que el principio. ¿Cuál es la función de ese cuarto en el que cuelgan decenas de capuchas negras, como las que usaría un verdugo para cubrirse la cabeza? También hemos encontrado lo que parecen ser instrumentos musicales, solo que incapaces de emitir el menor sonido. El barco cuenta con un ingenioso sistema de canalización y hemos identificado dependencias diseñadas tanto para hombres como para mujeres, pero hay un tercer conjunto de habitaciones cuyas puertas lucen una marca indescifrable. ¿Para quién se construyeron? ¿Personas de clase inferior? ¿Familias? ¿Un tercer sexo? Tenemos tantas preguntas...

»Una de ellas, sin embargo, se impone a todas las demás, y sospechamos que la clave de todo está en su respuesta. Por eso los he convocado aquí a ustedes, las mentes más brillantes de las ciudades exteriores. Si consiguen resolver esta incógnita, obtendremos la ventaja tecnológica necesaria para liberarnos de la opresión de Elendel de una vez por todas.

—¿Y cuál sería entonces esa pregunta? —inquirió el profesor Javie.

Irich se giró hacia ellos.

—Evidentemente, cómo se mueve esta cosa.

—¿No lo saben?

Irich sacudió la cabeza.

—Desafía todos los conocimientos científicos que tenemos a nuestro alcance. Es evidente que algunos mecanismos resultaron dañados en el accidente, pero, como verán, el vehículo se encuentra principalmente intacto. Deberíamos haber sido capaces de dilucidar ya su método de propulsión, pero hasta la fecha se nos escapa.

—¿Qué hay de los navegantes? —preguntó Stanoux—. La tripulación. ¿No hubo supervivientes?

—De momento se muestran poco cooperativos —respondió Irich. «Y bastante frágiles», añadió para sus adentros—. Aparte de eso, la barrera lingüística está demostrando ser insuperable. Por eso lo he invitado a usted, lord Stanoux, uno de los mayores expertos del mundo en idiomas antiguos, antevergeles. Quizás usted sea capaz de descifrar los libros que hemos encontrado a bordo del barco. Lady Stansi, usted y el profesor Javie se pondrán al frente de nuestros ingenieros. Imaginen el poder que nos conferiría una flota de navíos como este. ¡Controlaríamos la cuenca!

Los científicos intercambiaron varias miradas.

—No sé si me gusta la idea de que un solo colectivo, sea cual sea, tenga acceso a

semejante poder, profesor —dijo lady Stansi, al cabo.

Ah, claro. Estos no eran políticos. Debería cambiar el discurso que empleó cuando Elegante lo envió a recaudar fondos entre las clases adineradas.

—Sí —reconoció Irich—, será una carga tremenda. Pero ¿dónde preferiría usted ver estos conocimientos, en nuestras manos o en las de Elendel? Además, imagínese cuánta información podríamos adquirir, todo lo que aprenderíamos.

La reacción fue más positiva ante aquellas últimas palabras; todos los científicos asintieron con la cabeza. Irich tendría que hablar con Elegante y explicarle que estas personas no deberían llevarse la impresión de estar trabajando al servicio de un ejército totalitario, sino de un bondadoso movimiento de liberación con los conocimientos y la paz por todo objetivo. Labor harto complicada, con aquellos herrumbrosos soldados cuadrándose cada dos por tres y deambulando de aquí para allá con aire marcial.

Se preparó para explicarles lo que sabían, dispuesto a distraer a los científicos con promesas del conocimiento que podrían acumular, cuando oyó una voz que resonaba al fondo del pasillo.

—¿Profesor Irich?

Suspiró. ¿Y ahora qué?

—Con su permiso —dijo—. Lady Stansi, quizás desee inspeccionar esta instalación, la cual parece proporcionar algún tipo de energía a la nave. Carece de electricidad, que nosotros sepamos. Les agradecería que me dieran una opinión imparcial antes de exponerles nuestras conclusiones. Debo atender a un asunto.

Se tomaron sus palabras de buen grado; con entusiasmo, incluso. Los dejó atrás y se alejó renqueando por el pasillo. «Demasiado lento, demasiado lento», pensó, refiriéndose tanto a su propia velocidad como a la posibilidad de obtener progreso alguno por parte de los científicos. No podía esperar a que concluyeran todas sus investigaciones y experimentos. Necesitaba respuestas ahora. Había pensado que en el tren podrían encontrar...

Pero no, claro que no. Vana esperanza. Nunca debería haber abandonado el proyecto. Una vez al final del pasillo, no vio ni rastro de la persona que lo había llamado. Frustrado, terminó de cubrir la distancia que lo separaba de la puerta y se asomó a uno de los corredores secundarios. ¡Ya tendrían que saber que solo debían llamarlo si se trataba de algo importante! ¿No veían el esfuerzo que le costaba desplazarse?

Empezó a desandar sus pasos, pero titubeó al fijarse en un pequeño compartimento de carga que se había abierto en la pared. Había cientos de ellos repartidos por toda la nave, repletos de cuerdas, armas u otros objetos. Pero de este se había caído algo en el suelo. Un cubo plateado.

Se le aceleró el pulso por la emoción. ¿Otro artilugio de aquellos? ¡Qué suerte! Pensaba que ya habían registrado todos los compartimentos. Se agachó con dificultad para recogerlo, apoyando la rodilla sana en el suelo, y se volvió a incorporar con

movimientos anquilosados.

En su mente comenzaba a gestarse ya un plan. Le diría a Elegante que lo había recuperado alguno de sus espías en Nueva Seran. Quizá así le levantara el castigo y le permitiera trasladarse al segundo escenario, quizás incluso unirse a la expedición.

Exultante, dejó un soldado controlando a los científicos y salió cojeando de la nave, celebrando que la suerte hubiera decidido sonreírle de nuevo por fin.

Marasi entreabrió la puerta de uno de los armarios que había en el extraño barco y vio cómo se alejaba el hombre llamado Irich, que atravesó renqueando el boquete abierto en la pared. MeLaan salió de la taquilla que tenía frente a ella, le indicó que guardara silencio con un ademán y siguió discretamente los pasos de Irich.

Marasi se quedó esperando, nerviosa. Aunque sus obligaciones como alguacil solían estar relacionadas con el análisis y la investigación, en Elendel había participado ya en unas cuantas redadas. Se preciaba de haberse curtido en esas operaciones, pero, Armonía, esta misión empezaba a sacarla de quicio. Pocas horas de sueño y demasiadas intentando pasar inadvertida, ocultándose, sabiendo que en cualquier momento alguien podría doblar la esquina y encontrarte allí plantada, con las manos en la masa.

Por fin MeLaan le hizo una señal para que avanzara; salió de su escondite y se agazapó junto al kandra en la entrada.

—Se ha metido en esa habitación —dijo MeLaan, señalando una puerta que había en la pared—. ¿Y ahora qué?

—Esperaremos un poco más —respondió Marasi—, a ver si vuelve a salir.

Wax avanzó, furtivo, por las planchas de madera del andamio interior. El catalejo de MeLaan le permitía controlar lo que ocurría abajo, en el suelo, aunque habría preferido unos binoculares. Rastreó toda la zona, fijándose con atención en la aparición en el barco de Marasi y MeLaan.

Aquella nave... había algo en ella que lo incomodaba. Había estado a bordo de muchas embarcaciones, pero las cubiertas superiores de aquel artefacto inmenso le resultaban desconcertantes. ¿Dónde estaban los mástiles? Había dado por sentado que rotos, pero, ahora que estaba arriba, no se veía ni rastro de los desperfectos que cabría esperar. ¿Surcaría este barco las aguas impulsado por alguna clase de motor a vapor? ¿De gasolina, tal vez?

Tras rodear el edificio entero siguiendo la pasarela, su tío seguía sin dar señales de vida.

—¿Nada todavía? —le preguntó Wayne cuando hubo bajado el catalejo, dándose por vencido.

Wax sacudió la cabeza.

—En la cara norte de la estructura hay una especie de habitaciones. Podría estar allí. O dentro del barco.

—Entonces, ¿cuál es el paso siguiente?

Wax se dio unos golpecitos en la palma de la mano con el borde del catalejo. Esa misma pregunta llevaba ya un rato atormentándolo. ¿Cómo encontrar a su presa sin alertar a los guardias apostados afuera?

Wayne le dio un codazo. Abajo, el hombre renqueante estaba saliendo de nuevo del barco. Wax concentró el catalejo sobre él, siguiéndolo con la mirada mientras se dirigía a una de las habitaciones cercanas.

—¿A ti también te ha dado la impresión de que hay algo que le preocupa? —preguntó Wayne.

—Sí. —Wax bajó el catalejo—. ¿Qué estarían haciendo ahí dentro esas dos?

—A lo mejor se...

—No digas nada —lo interrumpió—. De verdad.

—Como quieras.

—Vamos, en marcha. —Wax emprendió el camino de regreso hacia las escalerillas, ateniéndose a las pasarelas en sombra.

—¿Tienes algún plan?

—Una coronada, más bien. A Elegante no le gusta hablar cara a cara con los subalternos. Todos los casos que conocemos apuntan a lo mismo: elige a uno de sus secuaces, alguien con la suficiente influencia y reputación, y deja que sea él quien se encargue de ese tipo de cosas. Miles, el Tirador... Mi tío no soporta que lo molesten con trivialidades.

—Así que...

—Así que —continuó Wax— no me extrañaría que aquí ese papel recayese sobre el hombre de la cojera. Es alomante, y oí cómo se referían a él en la mansión de lady Kelesina; se trata de un esbirro importante, aunque sospecho que en estos momentos ha caído en desgracia. En cualquier caso, responde directamente ante mi tío.

—De modo que, si lo seguimos...

—... nos conducirá hasta Elegante.

—Me parece bien —dijo Wayne—. A menos que presente sus informes por la tarde a la hora del té, en cuyo caso tendremos que esperar un buen rato.

Wax se detuvo junto a la escalera, sorprendido; el hombre de la cojera había salido ya de las habitaciones. El inmenso barco le impedía ver bien, pero lo atisbió renqueando alrededor de la proa de la nave, caminando con paso decidido esta vez.

Indicó a Wayne con un ademán que aguardara y se agachó con el catalejo. El hombre cruzó el almacén hasta una habitación solitaria, con aspecto de ser una cámara para los guardias, sita en la esquina suroccidental. Allí, un soldado se hizo a un lado para franquearle el paso. Cuando la puerta se abrió, Wax pudo ver con toda claridad el interior de la estancia.

Allí estaba su hermana.

A punto estuvo de caérsele el catalejo. La puerta se cerró enseguida, impidiéndole mirar otra vez, pero estaba seguro de que la había visto. Sentada a una mesita,

vigilada por el fornido gigantón lanzamonedas al que Wax se había enfrentado en el tren.

—¿Qué ocurre?

—Es Telsin —susurró Wax—. La tienen encerrada en esa habitación. —Se descubrió buscando uno de sus viales de metal mientras se incorporaba.

—Oye, oye, compañero —dijo Wayne, sujetándole el brazo—. Siempre estoy a favor de irrumpir temerariamente en los sitios y cosas por el estilo, pero ¿no crees que deberíamos hablarlo un poco? Ya sabes, antes de ponernos en plan «que salte todo por los aires» y ya está.

—Está aquí, Wayne. Este es el motivo de que haya venido. —Una calma glacial se había apoderado de Wax—. Poseerá información sobre nuestro tío. Ella es la clave. Voy a sacarla de ahí.

—Vale, de acuerdo. Pero, Wax, ¿no te parece un pelín preocupante que, en este caso, tenga que ser precisamente yo la voz de la razón?

Wax miró a su amigo.

—Probablemente, sí.

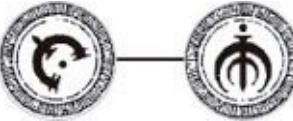
—Y tanto que sí. Mira, se me ocurre una idea.

—¿Es muy mala?

—Comparada con la alternativa de quemar alomancia, presentarnos pegando tiros sin ton ni son y atraer inevitablemente la atención de todos esos guardias, por no hablar de los escuadrones asesinos de Elegante, yo diría que es una idea herrumbrosamente buena.

—Dime.

—Bueno, veamos. —Wayne dejó un pegote de goma de mascar pegado en uno de los soportes de la pasarela—. El fulano inconsciente de ahí atrás lleva puesto un bonito uniforme de ingeniero, y después de lo que pasó en la fiesta aquella, hace ya medio año, no he dejado de pulir mi acento de cerebrito.



Marasi esperaba dentro del barco, obligándose (no sin esfuerzo) a conservar la calma. ¿Cómo se las apañaba Waxillium? Wayne y él se mostraban siempre tan relajados... como si pudieran echarse la siesta en medio de un tiroteo.

En fin, tras mucho aguantar en pie (o de rodillas, mejor dicho), su paciencia se vio recompensada. A través del boquete en el casco del barco se veía la pared del almacén donde estaban las habitaciones. Irich no tardó en salir renqueando de una de ellas, se alejó arrastrando los pies y llamó a los guardias.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Marasi.

—Les ha ordenado buscar a míster Elegante —respondió MeLaan—. ¿Crees que realmente guarda ese artefacto en el mismo sitio donde tienen la púa?

—Eso espero.

—¿Vamos?

Marasi asintió con la cabeza y se preparó para soportar otra experiencia enervante. MeLaan abrió la marcha, descendió por las tablas y salió al descubierto. Marasi la siguió manteniendo la cabeza bien alta, tal y como le había indicado el kandra. «Actúa como si trabajaras aquí —le había dicho MeLaan—. La primera regla para infiltrarse en un sitio es actuar como si no estuvieses fuera de lugar.»

Se sentía expuesta por completo, como si estuviera bailando desnuda en pleno centro de Elendel. Llegaron al final de la pasarela, caminando con tortuosa parsimonia, y cruzaron la planta del almacén hasta la puerta. ¿Eran demasiado rígidos sus pasos? MeLaan le había advertido que no podía mirar a los lados, pero seguro que no pasaba nada si echaba una miradita furtiva...

«Mantente firme.» MeLaan probó a girar el picaporte de la puerta y esta, afortunadamente, se abrió. Las dos se adentraron en un pasillo desierto, y Marasi cerró la puerta. Nadie dio la voz de alarma. Estaba segura de que los carpinteros las habían observado de reojo, pero ninguno de ellos había dicho nada.

—Buen trabajo —dijo MeLaan.

—Tengo ganas de vomitar.

—Debe de ser cosa de familia. —El kandra empezó a recorrer el pasillo, cuyas paredes eran de madera desnuda y olía a serrín. Una bombilla solitaria colgaba del techo. MeLaan se detuvo ante la sencilla puerta del fondo, escuchó con atención y probó a girar la manilla. Estaba cerrada con llave.

—¿Puedes abrirla? —preguntó Marasi—. ¿Como hiciste antes?

—Seguro que sí. —MeLaan se arrodilló junto al picaporte—. Sin problemas. Pero

antes quiero intentarlo por medios convencionales. —Giró la muñeca, y un juego de ganzúas brotó de la piel de su antebrazo. Las cogió y empezó a manipular la cerradura.

—Estás hecha una caja de sorpresas.

—¿Eso va con segundas?

—Depende —replicó Marasi, mirando hacia atrás por encima del hombro. El pasillo aún seguía estando desierto. «Miedica»—. ¿Cuántas veces te han gastado esa broma?

MeLaan sonrió mientras se concentraba en la cerradura.

—Tengo casi setecientos años, pequeña. Te costaría encontrar un chiste que no haya escuchado ya.

—¿Sabes? Me gustaría entrevistarte algún día.

MeLaan enarcó una ceja en su dirección.

—Los kandra disfrutáis de una perspectiva única sobre la humanidad —se explicó Marasi, bajando la voz—. Habéis sido testigos de tendencias y fluctuaciones a gran escala.

—Supongo que sí —replicó MeLaan mientras hurgaba con las ganzúas—. ¿Y de qué sirve eso?

—La estadística nos demuestra que, efectuando cambios sutiles en el entorno..., modificando el enfoque que le damos a nuestro sistema legal, por ejemplo, o la tasa de empleo, quizás incluso la distribución de las calles en la ciudad..., podemos influir positivamente en quienes viven en él. ¡Quizá tu mente contenga la clave para descubrir qué cambios deberían ser esos! Has visto evolucionar la sociedad, avanzar; has sido testigo de movimientos migratorios que vienen y van, como el movimiento de la marea en la playa.

—Mi muslo —dijo MeLaan mientras giraba el pomo con un chasquido y empujaba la puerta hasta dejarla entreabierta. Asintió con la cabeza y se enderezó.

—¿Tu... qué?

—Has dicho que esa clave podría estar en mi mente. —MeLaan se adentró en la cámara, pequeña y mejor amueblada de lo que cabría esperar—. Pero en realidad, ahora mismo, está en mi muslo. El sistema cognitivo de los kandra se distribuye por todo su cuerpo, pero en estos momentos mis recuerdos ocupan un compartimento de metal sólido que guardo en la pierna. Así es más seguro. La gente suele apuntar más arriba cuando te dispara.

—Entonces, ¿qué tienes en la cabeza?

—Los ojos, el sistema sensorial... Y una petaca de emergencia.

—Me tomas el pelo.

—Qué va —replicó el kandra mientras paseaba la mirada por la habitación, con las manos en las caderas. Otra puerta, situada más a su izquierda, comunicaba con el núcleo de habitaciones que ribeteaban el almacén, pero no había ninguna ventana que diese a la cámara principal, por suerte.

Aunque el cuarto apestaba a serrín fresco, como el resto de la construcción, aquí se mezclaba con un olor a barniz y un tenue tufo a humo de cigarro. La luz eléctrica de una pequeña lámpara de escritorio les reveló un estudio diminuto con varias filas de libros en una estantería, dos sillas acolchadas con dibujos granates y amarillos frente a la mesa, y varias plantas decorativas que debían de sacarse a la calle a diario para evitar que se marchitaran.

Marasi deambuló por la habitación, fijándose en sus peculiaridades. Todos los cuartos las tenían: marcas individuales, pistas sobre la vida de sus ocupantes. Las manillas de los cajones del escritorio eran exageradamente grandes. La lámpara de pie que había en un rincón estaba atornillada al suelo, al igual que las sillas, seguramente para que no se cayeran si Irich tropezaba con ellas. Marasi no estaba familiarizada con cualquiera que fuese el mal que lo aquejaba, pero al hombre le gustaba que sus dependencias fuesen capaces de resistir algún que otro encontronazo, eso parecía evidente.

MeLaan se acercó directamente a la estantería y empezó a sacar libros, apilándolos de cualquier manera en el suelo.

—Todo está siempre detrás de los libros —dijo—. A nadie le gusta leer, es mera fachada. Me...

—¿MeLaan? —la llamó Marasi, señalando la enorme caja fuerte que había en la esquina.

—Ah —dijo el kandra, interrumpiendo su acto vandálico. Tiró los últimos libros que quedaban en la estantería, quizás en aras de no dejar las cosas a medias, y se acercó a la caja de caudales—. Hmm... Esto va a ser un poquito más complicado. No se puede forzar algo así con un par de ganzúas.

—¿Lo conseguirás?

—Paciencia. Tráeme esa lámpara.

Marasi la levantó de la mesa, tensó el cable al máximo y apuntó la luz hacia el kandra.

—Hmmm... —MeLaan apoyó la mano en la caja fuerte, desentendiéndose de la rueda para introducir la combinación. Los dedos y la palma se volvieron translúcidos y su piel comenzó a ondular, introduciéndose en las articulaciones y dejando al descubierto unos huesos cristalinos, unidos entre sí por unos pocos tendones.

Marasi tragó saliva en un intento por borrar el sabor a bilis que de repente le llenaba la boca. Sabía que MeLaan podía hacer eso, pero ser testigo directo de ello era harina de otro costal. Apoyó la lámpara en el brazo de la silla para alumbrar mejor a MeLaan, pero el kandra ahora estaba de rodillas con los ojos cerrados, así que ignoraba si todavía necesitaba la luz. Empezó a revolver los cajones, por si encontraba algo importante.

«Armonía, haz que Irich vaya a reunirse con los científicos cuando acabe lo que sea que esté haciendo ahora —pensó—, en vez de volver aquí para ponerse al día con el papeleo pendiente.»

—Antes el mundo —dijo MeLaan de repente— no era tan diferente.

Marasi titubeó. MeLaan seguía en la misma postura, con los ojos cerrados y sus extraños huesos expuestos. La piel se le había vuelto translúcida hasta el codo.

—¿A qué te refieres?

—La gente habla de aquel entonces. De la época del lord Nacido de la Bruma, antes del Catacendro. Siempre en voz baja, como si hubiera sido un tiempo de leyenda.

—Y lo fue —dijo Marasi—. El Consejero de los Dioses, Hammond, Allrianne Ladrian... forjaron un nuevo mundo.

—Sí, claro. Pero también se peleaban como chiquillos, y cada uno de ellos tenía su propia opinión acerca de cómo debería ser ese «nuevo mundo». Si tenéis tantos problemas ahora es, en parte, porque los asentamientos ajenos a Elendel les importaban un bledo. Los Originadores eran gente de ciudad, hasta la médula. ¿Quieres tendencias? ¿Quieres saber lo que he visto? Las personas son eso, personas. Diablos, incluso los kandra nos comportamos igual, a nuestra manera. La vida entonces era idéntica a la de ahora, aunque la comida de los puestos ambulantes no estaba tan rica.

Marasi se quedó pensativa un momento antes de seguir registrando la mesa. Seguía interesada en entrevistar a los kandra, aunque quizás tuviera que buscar a alguno que fuese un poquito más... reflexivo que MeLaan.

En el escritorio encontró una libreta en la que Irich había plasmado con trazo tembloroso algunas observaciones y bocetos del barco, además de un mapa de la zona. Cuanto más averiguaba, más convencida estaba de que el Grupo no había construido esa nave. Estaban reparándola, sí, pero también estudiándola.

Se guardó la libreta en el bolso. «¿Lo ves, Waxillium? —pensó—. Te dije que era muy práctico.» A continuación, se levantó con la intención de comprobar la otra puerta que conducía fuera de la habitación. No les convenía que a un carpintero cualquiera le diese por entrar allí y las pillara con las manos en la masa. La abrió una rendija, se asomó a un cuarto que estaba totalmente a oscuras y de inmediato la asaltó un fuerte olor, tan penetrante como el de las barriadas. Cuerpos sin lavar, suciedad y mugre. Arrugó el entrecejo y empujó la puerta un poco más.

La tenue claridad de la lámpara (que apuntaba en la dirección opuesta para iluminar directamente a MeLaan) parecía colarse de puntillas en la habitación, como si la misma luz titubeara. Un puñado de mesas desnudas y cajas amontonadas proyectaban largas sombras que se extendían ante ella. Y al otro lado... ¿eran jaulas eso de ahí? Sí. De algo más de un metro de alto, dotadas de gruesos barrotes, parecían diseñadas para contener animales de gran tamaño.

Estaban vacías.

—¿MeLaan? —Marasi miró de reojo al kandra, que no reaccionó. Estaba absorto en su cometido.

La muchacha se internó en la habitación, deseando disponer de otra fuente de luz.

¿Qué guardaban allí? ¿Perros guardianes? No había visto ninguno en el perímetro. Se detuvo junto a una de las tres grandes jaulas y se agachó para ver si podía determinar qué clase de animal había estado encerrado en ella.

Algo se agitó en la jaula contigua. A Marasi se le cortó la respiración. Lo que había tomado por un montón de mantas o cojines se estaba moviendo. Lanzó una mirada furtiva al escritorio de la otra habitación, donde había dejado el rifle.

La criatura dio un salto y se estrelló contra los barrotes.

Marasi jadeó y retrocedió de un respingo; su espalda chocó con el montón de cajas que tenía detrás. Dentro de la jaula, la tenue claridad se reflejaba en un rostro achatado, rojo y negro. Los ojos eran dos pozos oscuros.

Las imágenes. Marasi se había olvidado de las imágenes que les había legado ReLuur. Espantosas facciones de color rojo y negro, con aquellos mismos ojos profundos y oscuros. Imágenes que parecían extraídas de una pesadilla, dibujadas con trazos frenéticos y apresurados.

Los monstruos eran reales. Y uno de ellos estaba encerrado en aquella jaula, cubierto por un espeso pelaje, de rojo pulido sus rasgos. Se quedó observándola, en silencio, antes de extender una mano sorprendentemente humana entre los barrotes y susurrar una sola palabra sin que se movieran sus labios.

—Ayuda.

Wayne atenuó el brío de su paso y le imprimió una parsimonia morosa. A este ingeniero no le hacía ni pizca de gracia estar aquí, rodeado de soldados. Tras toda una vida dedicándose a construir casas y diseñar rascacielos, helo aquí ahora: ¡prácticamente atrapado en un piojoso vivaque!

El barco aquel era un portento, sin duda, pero adolecía de una tara fundamental. Su existencia debía mantenerse en secreto. En los proyectos de ese tipo, una vez finalizados, era donde las personas como él tenían la mala costumbre de desaparecer sin dejar rastro.

«No, algo anda mal», pensó Wayne, en medio de la planta del almacén. No llegó a detenerse, pero sí que empezó a trazar un pequeño círculo con sus pasos, como si estuviera enfrascado en sus cavilaciones. Algo andaba mal, sí, pero ¿de qué se trataba?

—¡Wayne! —siseó Wax desde las sombras, agazapado junto a un barril de brea no muy lejos de él.

El muchacho hizo como si no hubiera oído nada y siguió deambulando sin rumbo fijo. Era... era un científico. No, no, ingeniero. Era un tipo práctico. Había estudiado, sí, pero no se parecía en nada a esos profesores tiquismiquis que cobraban por pasarse el día entero de chábbara, sin mancharse nunca las manos. Él construía cosas y detestaba estar allí, en ese sitio infestado de armas. La vida era fundamental para él, mientras que los soldados representaban una filosofía radicalmente opuesta. Para ellos, ellos...

«No», se dijo de nuevo, levantando las manos a la altura de la cabeza. ¡Mal, mal, mal!

«Aclárate, Wayne. Este plan ha sido idea tuya. Tienes que conseguir que funcione.»

¿Qué andaba mal? Él... era un...

Se detuvo. Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un lapisero. Lo sostuvo ante sus ojos, inspeccionándolo, antes de colocárselo detrás de la oreja. Exhaló un largo suspiro.

Era un ingeniero. Un tipo práctico que se encargaba de llevar las cosas a cabo. Le gustaba este sitio, con el aire marcial que se respiraba en el ambiente; todo el mundo hablaba sin tapujos y se dirigían a él con franqueza. El esfuerzo se veía recompensado.

No le gustaban todas esas armas. Como tampoco le caían nada bien los que dirigían el cotarro. Había algo en ellos que no terminaba de encajar. Pero se mordía la lengua al respecto.

Ya más relajado, Wayne recorrió el resto del camino hasta el guardia de la puerta. Nariz y bigote postizos, los carrillos ligeramente hinchados para suavizar sus facciones y el ojo derecho siempre entrecerrado. Fruto de tanto tiempo como pasaba estudiando sus planos, o al menos esa era la idea. No le hacía falta ningún monóculo, sin embargo. Esos chismes lo dejaban a uno con cara de lelo.

Se acercó al guardia.

—¡El entramado apriorístico se va a trefilar por completo!

El hombre parpadeó varias veces seguidas.

—¡Pero no te quedes ahí plantado, hombre! —lo apremió Wayne, abarcando las paredes del almacén con un gesto—. ¿No ves que la errona manderecha está empezando ya a alabearse? ¡Podríamos enfrentarnos a una reacción de mojábana acantonada cuando menos nos lo esperemos!

—¿Cómo...? Pero ¿qué tengo que hacer?

—Con permiso. —Wayne empujó a un lado al hombre (que no opuso resistencia) y abrió la puerta de golpe.

La escena, al otro lado, era tal y como Wax se la había descrito. Allí estaba Telsin, en efecto, vivita y coleando. Cabello moreno, rasgos marcados... Casi como una mujer de los Áridos. Había visto sus evanotipos por toda la mansión. Ahora parecía mayor. Desventajas de que lo secuestraran a uno.

El Patachula y Cuello Toro flanqueaban la mesa a la que estaba sentada; los dos se volvieron hacia él, irritados.

«Y ahora —pensó Wayne, concentrándose en el primero—, la prueba de fuego.»

—Tenemos un serio problema —empezó—. ¡He estado comprobando la integridad de la estructura y el nefelómetro apunta a que los carenotes están que se caen! Como no hagamos algo, y pronto, nos enfrentaremos a un caso de melolagnia galopante.

El tipo de los anteojos se quedó mirando a Wayne, pestañeó una vez y dijo:

—Bueno, mentecato, pues claro que habrá que hacer algo. Pero ¿qué?

Wayne reprimió una sonrisita, reservándosela para más adelante. Hacía tiempo que sabía que, cuanto más inteligente era uno, más probabilidades tenía de ir por ahí dándoselas de listo. Como el fulano más borracho de la cantina, que siempre era el que más seguro estaba de ser capaz de aguantar otra pinta. El Patachula preferiría vender a su abuela para que la usaran de taburete antes de reconocer que no tenía ni idea de lo que Wayne le estaba contando.

—Deprisa —dijo el muchacho, gesticulando—. ¡Tenemos que contenerlo mientras aprieto el trinquete de los relés halítósicos! ¡Necesitaré que usted supervise la operación!

El Patachula exhaló un suspiro de resignación, pero lo siguió. Afortunadamente, Cuello Toro decidió imitar su ejemplo. En cuestión de meros momentos, Wayne tenía al tipo empujando contra los soportes del pontón de la nave mientras el Patachula observaba y un puñado de guardias arrimaban el hombro.

El suave golpe que sonó a su espalda le indicó que Wax acababa de encargarse del guardia de la puerta. Si las circunstancias fueran distintas, Wayne se habría sentido excluido por no haber podido repartir ningún mamporro; en esta ocasión, sin embargo, se le brindaba la oportunidad de conseguir que un hatajo de idiotas se quedasen quietos como estatuas con las manos apoyadas en un montón de listones de madera, creyendo estar evitando así que el barco entero volcase o algo por el estilo.

Lo cual igualaba en algo las cosas.

—Ayuda.

Aunque la criatura hablaba con un acento extraño, su voz era inconfundiblemente humana. Con la respiración entrecortada, Marasi contempló la mano que se extendía hacia ella. Una mano humana.

Labios que no se movían... la piel pulida... Aquello no era ningún rostro, sino una careta. Esto no era ninguna criatura espantosa, sino una persona con una máscara de madera en cuyos agujeros para los ojos se condensaban las sombras.

Lo que Marasi había tomado por una capa de pelaje no era sino un montón de recias mantas que rodeaban los hombros de aquella persona.

—¿Marasi? —la llamó MeLaan. El kandra apareció en la entrada—. La he abierto. ¿Qué haces...? ¿Qué diablos es eso!?

—Es una persona —dijo Marasi. El enmascarado se giró hacia MeLaan, y el nuevo ángulo iluminó los agujeros de la careta, revelando los iris castaños de unos ojos humanos.

Marasi dio un paso adelante.

—¿Quién eres?

El prisionero se volvió hacia ella y murmuró algo ininteligible. Tras hacer una pausa, añadió:

—¿Por favor? —Era una voz masculina.

—Tenemos que irnos —dijo MeLaan—. La caja está abierta.

—¿Y la púa?

—Míralo por ti misma.

Marasi se dirigió a la habitación de al lado tras un instante de vacilación, pasando junto al kandra.

—¡Por favor! —exclamó el desconocido, arrumbado contra los barrotes, estirando los brazos tras ella.

La caja de caudales estaba en la esquina del cuarto, abierta de par en par. La balda superior se veía atestada de objetos, entre ellos la pequeña granada alomántica. En medio del batiburrillo descollaba una varilla de metal, plateada. Las púas de los kandra, como había podido constatar en el caso de Sangradora, eran más pequeña de lo que Marasi pensaba: de menos de diez centímetros de longitud y muy estilizadas, no se parecían en nada a las de los ojos de la Muerte.

Se arrodilló junto a la caja fuerte y la sacó.

—La tenemos —dijo Marasi, volviéndose hacia MeLaan—. ¿Quieres llevarla tú? El kandra negó con la cabeza.

—Nunca tocamos las púas de otro.

Marasi frunció el ceño, recordando algunas historias.

—Pero ¿el Guardián no...?

—Sí.

Aunque las facciones de MeLaan se mantuvieron impasibles, su tono denotaba firmeza. Marasi se encogió de hombros, guardó la púa en su bolso y procedió a registrar a fondo la caja de caudales. Dejó todos los billetes (era una estupidez, lo sabía, pero se sentiría aún más como una ladrona si se llevaba aquel dinero) y recuperó el cubo que almacenaba cargas alománticas.

Junto a él había varias reliquias de pequeño tamaño, todas ellas con forma de moneda, con tiras de tela acopladas a los laterales. También ellas lucían extrañas inscripciones en un idioma desconocido. Marasi cogió una y miró por encima del hombro de MeLaan en dirección a la habitación contigua, donde el hombre de la máscara aguardaba apoyado en los barrotes de su jaula.

Metió el disco en el bolso y hurgó un poco más en el interior de la caja, de donde extrajo algo que le había llamado la atención antes. Un pequeño juego de llaves. Se incorporó y cruzó el cuarto caminando a zancadas.

—¿Marasi? —dijo MeLaan, con una nota de escepticismo en la voz—. A lo mejor esa criatura tiene algún tipo de enfermedad.

—No es ninguna «criatura» —replicó la muchacha mientras se acercaba a la jaula.

La figura se contorsionó para mirarla.

Con manos temblorosas, Marasi consiguió introducir la llave en la cerradura al segundo intento y abrió la jaula. En cuanto sonó el chasquido del mecanismo, la

figura se abalanzó sobre la puerta, abriéndola de golpe. Una vez fuera, se tambaleó; era evidente que llevaba tiempo sin poder ponerse de pie.

Marasi retrocedió hasta situarse junto a MeLaan. La alta mujer kandra asistía a la escena con cara de escepticismo y los brazos cruzados. La figura enmascarada se irguió trastabillando contra las cajas, apoyándose en ellas. Jadeante, se apartó de las cajas y se dirigió al fondo del cuarto. Allí había una puerta que Marasi no había visto antes a causa de la penumbra; el hombre la abrió desesperadamente de un empujón y se metió en la habitación adyacente. Las luces se encendieron con un parpadeo cuando el hombre encontró el interruptor que había dentro.

—Como alerte a los guardias, te culparé a ti —dijo MeLaan, acompañando a Marasi mientras esta seguía al hombre—. Odiaría tener que contarle a Wax que... —El kandra dejó la frase inacabada flotando en el aire cuando llegaron al cuarto—. Por el Padre y el Primer Contrato —susurró.

El suelo estaba teñido de rojo. Las mesas metálicas de operaciones que ocupaban una de las paredes resplandecían en estridente contraste con el piso macabro. En otra pared colgaban decenas de máscaras de madera como la que llevaba puesta el hombre.

Este se había puesto de rodillas delante de ellas, con el rostro vuelto hacia arriba. La pared estaba cubierta de manchas de sangre seca allí donde esta había goteado de algunas de las máscaras.

Marasi se tapó la boca con una mano mientras contemplaba la truculenta escena. Pese a no haber ningún cadáver a la vista, la sangre indicaba que allí se había cometido una carnicería. El desconocido al que acababan de rescatar se levantó la máscara con manos temblorosas, inclinándola hacia atrás hasta dejarla apoyada en lo alto de su cabeza, descubriendo el rostro. Un rostro joven, mucho más de lo que Marasi se esperaba. El muchacho aún no debía de haber cumplido los veinte, pensó; adornaban sus facciones un bigotito ralo y una sombra de barba. Se quedó contemplando fijamente las máscaras de la pared, sin parpadear, con los brazos extendidos a los costados en señal de incredulidad.

Marasi avanzó un paso, haciendo ademán de levantarse el dobladillo de la falda para no barrer el suelo cubierto de sangre, hasta que recordó que llevaba puestos unos pantalones.

Cuando llegó junto al muchacho, este se volvió rápidamente hacia ella.

—Por favor —murmuró una vez más, con los ojos anegados de lágrimas.

Wax entró en la habitación.

Telsin estaba sentada, dándole vueltas a un lápiz entre los dedos. Frente a ella, encima de la mesa, había una caja parlante, aunque en esos momentos no parecía que estuviese emitiendo ningún sonido. Se giró perezosamente para ver quién acababa de entrar y se quedó petrificada en el sitio, boquiabierta.

Wax cerró la puerta sin hacer ruido, empuñando la pistola de aluminio con la otra

mano. Empezó a decir algo, pero Telsin se levantó de la silla de un salto y se abalanzó sobre él para darle un abrazo. Con la cabeza apoyada en su pecho, comenzó a sollozar suavemente.

—Herrumbres —masculló Wax mientras la abrazaba a su vez, sin saber muy bien cómo reaccionar—. ¿Qué han hecho contigo, Telsin? —Nunca había podido imaginarse con exactitud cómo iba a ser su reencuentro, pero esto era lo último que se esperaba. Nunca había visto llorar a su hermana. No que él recordara, al menos.

Telsin sacudió la cabeza mientras se apartaba, sorbió por la nariz y apretó las mandíbulas. Parecía... mayor. Tampoco es que estuviera hecha una anciana, pero en su memoria era una muchacha, no la mujer de mediana edad que se erguía ahora ante él.

Por estúpido que sonara, nunca se había esperado que los años pudieran cebarse con Telsin. Siempre le había parecido invencible.

—¿No hay otra forma de salir de este cuarto? —preguntó Wax, mirando a su alrededor de reojo.

—No. ¿Tienes más armas?

Wax desenfundó uno de sus Sterrions y se lo dio.

—¿Sabes usarlo?

—Aprendo rápido. —Su hermana se mostraba más relajada ahora que tenía una pistola en la mano.

—Telsin... ¿Está aquí? Nuestro tío.

—No. Acababa de hablar con él por ese artefacto. Le... le gusta ver cómo estoy. Siempre tengo que decirle lo maravillosos que me parecen mis aposentos. Todavía hace como si yo fuese su invitada.

—Bueno, pues no lo eres. Ya no. En marcha. —Con un poco de suerte, la maniobra de distracción de Wayne aún estaría dando resultado.

Telsin, sin embargo, volvió a sentarse en la silla. Aferraba la pistola con ambas manos, empuñándola ante ella con expresión ausente.

—Tengo tantas preguntas. ¿Por qué has vuelto? Herrumbres... ¿por qué te fuiste, Waxillium? No volviste cuando envié a buscarte, cuando estaba prometida con Maurin, cuando nuestros padres murieron...

—No hay tiempo —replicó Wax, apoyando una mano en su hombro.

Telsin elevó el rostro hacia él, desconcertada.

—Siempre fuiste tan callado... tan pensativo. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Me... Tu cara, Waxillium. Estás muy mayor.

La puerta se abrió de repente, con estrépito. En el umbral apareció el fortachón al que Wax se había enfrentado en el tren, con cara de asombro. Miró a Wax, primero, después a su hermana, y abrió la boca.

Telsin apretó el gatillo.

—Tenemos que irnos —insistió MeLaan.

—Nos lo llevamos —dijo Marasi, señalando al hombre.

—¿Por qué?

—¿Todavía no has unido las piezas, MeLaan? Ese barco de ahí fuera no lo construyó el Grupo. Viene de otro sitio, lejano y extraño. Debió de naufragar frente a nuestras costas, y el Grupo lo ha transportado hasta aquí para estudiarlo.

El kandra ladeó la cabeza.

—A veces Armonía cuenta historias increíbles sobre otros pueblos ajenos a la cuenca... —Parpadeó, concentrándose en el hombre arrodillado en el suelo manchado de sangre—. Guau... ¡Guau!

Marasi asintió con la cabeza. Aquella era la prueba de que había vida más allá de los Áridos y los desiertos con los que colindaba. No podía abandonarlo allí, y menos a merced del Grupo.

—De acuerdo —dijo MeLaan mientras salía de la habitación—. Volvamos al punto de encuentro.

Marasi indicó la puerta con gestos, esforzándose por transmitirle el mensaje de que debían darse prisa al hombre enmascarado, pero este permaneció inmóvil, con la mirada fija en las máscaras de la pared.

De súbito, con manos temblorosas, se volvió a poner la careta mientras se incorporaba. Se arrebuscó en las mantas y siguió a Marasi mientras esta atravesaba el cuarto de las jaulas en dirección al estudio.

MeLaan ya había salido al pasillo. Marasi recuperó su rifle y se dispuso a reunirse con el kandra. Herrumbres, ¿qué diría Waxillium cuando viera que habían recogido a un extraño? Prácticamente podía oír su voz. «Tú lo has liberado, Marasi. Pero, que él sepa, formas parte del mismo colectivo que al parecer ha asesinado a sus amigos. Ten cuidado.»

La muchacha se detuvo en la puerta y miró atrás, reafirmando su presa sobre el arma. Quizá Waxillium fuese un cascarrabias, pero la mayoría de las veces tenía razón. El enmascarado podría ser peligroso.

Se había parado en la habitación de la caja fuerte y estaba mirándolo todo, abrumado. ¿Cuánto tiempo habría pasado encerrado en aquella jaula tan pequeña, atrapado en la oscuridad? Oyendo cómo sus amigos eran inmovilizados, torturados y asesinados.

Herrumbre y Ruina...

Los ojos del hombre se posaron en la caja de caudales, concentrándose en ella; cruzó el cuarto arrastrando los pies. Rebuscó en su interior, y por un momento Marasi pensó que iba a coger los billetes. Pero no, claro; sacó uno de los pequeños discos con cintas.

Lo sostuvo ante sus ojos, aparentemente fascinado, y se sacudió las mantas que llevaba encima a modo de capa. Marasi esperaba que llevase puesto un taparrabos o algo igual de primitivo debajo, pero en vez de eso vio que iba vestido con unos pantalones que le llegaban justo por debajo de las rodillas, debajo de los cuales lucía

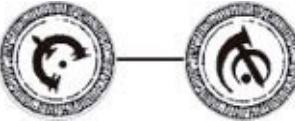
unas calzas blancas ceñidas. También su camisa era de color blanco, y holgada, y por encima de ella lucía un chaleco rojo ajustado (del mismo tono que la máscara) con una doble hilera de botones en la pechera.

Marasi no había visto nunca un atuendo parecido, pero distaba de poder considerarse «primitivo». El hombre se levantó una manga, exponiendo el brazo, y se ató el disco con las correas. Exhaló un suspiro de alivio.

Se giró para mirarla de nuevo, ahora con más confianza. Era bajito (debía de medir varios centímetros menos que Wayne, incluso), pero daba la impresión de haber crecido dos palmos ahora que se conducía más erguido y se había desembarazado de las recias mantas. Así y todo... herrumbres, ¿cómo iban a sacarlo de allí sin que alguien diera la voz de alarma? Era imposible que aquella máscara pasase inadvertida. Quizá Marasi y MeLaan pudieran pasearse por los alrededores sin que nadie se fijase en ellas, pero estaba claro que el hombre despertaría sospechas.

De repente, el eco de varios disparos resonó por todo el almacén.

Después de todo, quizás no les costaría tanto escabullirse sin llamar la atención.



El cuerpo sin vida se desplomó en el suelo de la habitación, con una mano apoyada todavía en el picaporte y las facciones congeladas en una expresión de incredulidad. Telsin había disparado cuatro veces y solo había acertado dos, pero con eso bastaba.

Wax masculló una maldición, agarró a su hermana del brazo y la sacó a rastras del cuarto. Usó la otra mano para tantear en busca del vial de copos de metal que llevaba en el cinto.

—Los mataré a todos, Waxillium —susurró Telsin—. Hasta el último de ellos. Me secuestraron...

Estupendo. Por una parte, comprendía su sed de venganza; por otra, no podría ser más herrumbrosamente inoportuna. Apuró la redoma de metal y se asomó al hueco de la puerta. Los ingenieros y los carpinteros estaban huyendo en desbandada y poniéndose a cubierto mientras los guardias corrían hacia su posición. Algunos ya estaban cerca de allí, los que Wayne se había encargado de distraer; uno de ellos lo señaló con el dedo y gritó algo ininteligible.

Las endebleas paredes de la habitación tenían tanta pinta de ser capaces de detener las balas como una retahíla de palabras bonitas de convertir en abstemio al borracho de la ciudad. Cuando el primer soldado disparó contra él, Wax repelió la bala con un empujón de acero y tomó una decisión.

—Agárrate bien —dijo, estrechando a Telsin contra su costado. Dio un paso fuera del cuarto, disparó contra el suelo y se impulsó por los aires de un empujón. Los soldados levantaron las armas y apuntaron con el dedo, pero Wax llegó a lo alto del inmenso barco en un abrir y cerrar de ojos. Como ya había visto antes, esta parte era amplia y lisa, aunque las tablas estaban más pulidas que la cubierta de cualquier otra nave que él conociera, y las regalas semejaban el remate almenado de las murallas de un fortín o una torre antigua.

Soltó a Telsin.

—Enseguida vuelvo —le prometió mientras saltaba por el costado del barco. El hombre que le había atacado antes no se daba por vencido y seguía apretando el gatillo. Una lluvia de astillas se levantó a su alrededor cuando Wax disparó a *Vindicación* y lo abatió. Aterrizó a continuación, se dio impulso contra un clavo al azar y resbaló hasta detenerse junto al montón de cajas que le servían de parapeto a Wayne.

—¿Qué? —dijo este—. ¿Comenzabas a impacientarte?

—Mi hermana le ha pegado un tiro a uno de ellos.

—Genial.

Wax sacudió la cabeza. Los soldados empezaban a llegar en tromba por ambos extremos de la enorme estructura.

—De genial, nada. Entre esos guardias habrá escuadrones asesinos, Wayne. Balas de aluminio. Tenemos que buscar a Marasi y MeLaan e irnos. Cuanto antes.

Wayne mostró su conformidad con un gesto. Wax pegó otro trago de copos de acero, por si acaso perdía el cinturón en medio del alboroto, y asintió con la cabeza.

—Llévanos hasta el otro lado.

Salió corriendo detrás de Wayne cuando este echó a correr. Los disparos seguían sonando, pero el muchacho creó una burbuja de velocidad. Pese a cubrir tan solo tres metros, bastaría para estropearle la puntería a cualquiera. Wayne dejó que Wax se situara a su par y atravesaron el borde de la esfera al unísono. La burbuja se desvaneció, y las balas silbaron al surcar el aire donde habían estado los dos.

Para cuando los soldados hubieron vuelto a localizarlos, Wayne creó una nueva burbuja sobre la marcha. Esto los proyectó hacia delante de nuevo, a tirones, y no tardaron en ponerse a cubierto tras la sección dañada del pontón de la nave. Los soldados gritaban, desconcertados por la alomancia; si hubiese algún escuadrón asesino entre ellos, mataneblinos bien entrenados, no habrían podido burlarlos con tanta facilidad.

Wax tomó la delantera otra vez para correr en paralelo a la proa del barco, ocultándose entre las sombras. En cuanto volvieron a disparar contra ellos, Wayne creó otra burbuja y los dos reajustaron sus posiciones. El muchacho hizo ademán de acelerar otra vez, pero Wax lo detuvo apoyando una mano en su hombro.

—Espera.

A salvo en el interior de la burbuja de velocidad, Wax volvió la vista atrás para inspeccionar el cavernoso almacén. Se encontraban cerca de la cara oriental; los soldados estaban formando un perímetro a cámara lenta, obstaculizando la salida y arrodillándose en formación. Los capitanes se desgañitaban en la retaguardia, señalando con el dedo, mientras las balas volaban hacia el último punto donde Wayne y Wax se habían dejado ver.

Preocupantemente, cada vez eran más los proyectiles que surcaban el aire donde (si hubieran mantenido su trayectoria original) habrían abandonado la burbuja de velocidad.

—Maldición —dijo Wayne, contemplando las balas. Le pasó la cantimplora a Wax, que bebió mientras calculaba las distancias; tenía algo de surrealista, estar bebiendo zumo de manzana plácidamente en medio de una tormenta de fuego enemigo—. Están poniendo toda la carne en el asador.

—Nuestra reputación nos precede. ¿Cuánto tiempo te queda?

—Dos minutos, quizá. Tengo más bendaleo en el caballo, por si acaso. Los kandra me aprovisionaron generosamente antes de que partiéramos.

Wax respondió con un gruñido. Dos minutos podían pasar muy deprisa. Apuntó al boquete del costado del barco, donde una rampa conducía a las entrañas de la nave.

—He visto que las chicas se metían por ahí.

—Tiene gracia —dijo Wayne—. Porque yo estoy viéndolas agazapadas por allá.

Wax siguió con la mirada la dirección que le indicaba el muchacho con un ademán y, efectivamente, allí estaba MeLaan, medio oculta tras la puerta entreabierta de una de las habitaciones que había en el lateral del almacén. Respiró hondo.

—De acuerdo. Este ejército nos hará trizas, con alomancia o sin ella, como no nos pongamos pronto a cubierto. Esas habitaciones servirán. Nos desplazaremos por ellas hasta la pared exterior del edificio, la romperé y huiremos en esa dirección en la oscuridad.

—Vale. ¿Y tu hermana?

—Debería estar a salvo, por ahora. Una vez que hayamos escapado, me encaramaré al tejado y volveré a entrar por la parte inacabada para recogerla.

—Suena bien —dijo Wayne—. Salvo por un pequeño detalle.

Wax le devolvió la cantimplora.

—Toma.

—¡Ja! Gracias, pero me refería a eso. —El muchacho apuntó al barco. Había una figura descendiendo por una de las escalerillas de cuerda que colgaban del costado de la nave. Telsin no se había quedado en su sitio.

—Herrumbre y Ruina —masculló Wax.

—Menos de un minuto, compañero.

—¡Rodéala con una burbuja! Yo iré a reunirme con MeLaan y Marasi. ¡Vamos!

La burbuja de velocidad se desintegró en cuanto se separaron. Una violenta tormenta de fuego asaltó los oídos de Wax mientras se dejaba caer al suelo, con los pies por delante, y empujaba contra los soportes metálicos del barco que quedaban ahora a su espalda. Con un enjambre de balas zumbando sobre su cabeza, se deslizó por el firme de tierra prensada y llegó a la puerta que MeLaan había abierto de par en par para él. Sus talones chocaron con el umbral (el suelo del pasillo era de madera), se incorporó como impulsado por un resorte y aterrizó dentro con un golpe seco, en medio de una nube de polvo.

—Te informo —dijo Marasi— de que nosotras hemos cumplido nuestro objetivo sin alertar a nadie.

—Os encargaré un diploma. —Wax apuntó con el dedo al desconocido menudo que estaba detrás de ella—. ¿Y quién diablos es ese?

El hombre lo señaló a su vez.

—Este barco debió de construirlo su pueblo —respondió Marasi—. Lo tenían encerrado en una jaula, Waxillium.

—Maldición —masculló desde la puerta MeLaan—. Ese ejército no se anda con chiquitas. —El intenso tiroteo amortiguaba sus palabras.

—He encontrado a mi hermana. Los esbirros de Elegante saben que eso lo

enfurecerá. Tenemos que...

—¡Wax! —lo interrumpió el kandra, apuntando con el dedo.

Al situarse a su lado, vio que Wayne ya casi había llegado hasta Telsin, que tenía la espalda pegada al costado del barco y miraba de un lado a otro con ojos desesperados. Pero Wayne había recibido un disparo. Se tambaleaba, aferrándose el hombro, cuando otra bala le alcanzó directamente en el cuello. Se desplomó trazando una estela de sangre.

Wayne podría recuperarse de esa herida gracias a la extraña mente de metal, pero, por desgracia, los soldados no dejaron de disparar. Otro proyectil le alcanzó en las costillas mientras se hacía el muerto en el suelo, y otro más. Se incorporó, restablecido, en un abrir y cerrar de ojos, pero lo abatió una nueva andanada.

Estaban preparados. Sabían lo que se hacían. ¿Quieres acabar con un hacedor de sangre? Derríbalo y no levantes el dedo del gatillo.

Ver a su amigo sangrando, enfrentándose en solitario a cincuenta adversarios, despertó algo primitivo en el fuero interno de Wax. No se detuvo a reflexionar; no impartió ninguna orden. De un furioso empujón contra los clavos de la pared, salió disparado del pasillo y surcó el almacén a un metro aproximado del suelo, levantando una estela de polvo a su paso.

Los soldados se lo esperaban. Habían formado a los lados del almacén, aprovechando los montones de cajas a modo de barricadas, y lo recibieron con varias ráfagas de disparos; les traía sin cuidado el riesgo que corrían de herirse los unos a los otros con el fuego cruzado. Habría merecido la pena con tal de abatir a un alomante.

Solo podían confiar en que les sonriera la suerte.

A los ojos de Wax, la sala se transformó en un febril entramado de líneas azules, un telar poseído por los diseños de un tejedor desquiciado. Profirió un alarido mientras empujaba a los lados, formando un cono ahusado de espacio despejado a su alrededor al desviar la tormenta de balas en ambas direcciones.

Varios proyectiles prosiguieron su trayectoria, aunque solo se dio cuenta porque uno de ellos le rozó el hombro. Wax se giró mientras desenfundaba a *Vindicación*. Disparó una sola vez (relacionando mentalmente al instante cada una de las líneas azules con las balas disparadas) mientras una segunda andanada se cernía sobre él y consiguió eliminar a uno de los agresores, el cual empuñaba un arma de aluminio.

Cuando la tormenta de fuego se abatió sobre él, Wax la barrió a un lado como si estuviera derribando los platos de encima de una mesa. Se hallaba a merced de cualquiera que lo atacase con aluminio, de modo que continuó moviéndose, surcando la planta del almacén y saltando, empujando a su espalda y reduciendo drásticamente su peso una vez completado el impulso. El resultado fue instantáneo; salió disparado como una flecha, cortando el aire con el rugido del viento atronando en los oídos.

Aterrizó deslizándose ante Wayne y, con un rugido, empujó las balas lejos del muchacho, que intentaba sanarse; a continuación, incrementó su peso y empujó

contra el casco de la nave con todas sus fuerzas. La madera se deformó, los clavos saltaron de sus remaches y las planchas se desgajaron ante la ferocidad de su asalto, originando un segundo boquete.

—¡Adentro! —le gritó a su hermana, postrada en el suelo cerca de él.

Telsin asintió con la cabeza y se apresuró a obedecer, y Wayne (que seguía desangrándose por una decena de heridas distintas) la siguió con esfuerzo, introduciéndose a rastras por la abertura.

«No podemos quedarnos aquí», pensó Wax mientras repelía de un empujón la nueva andanada de proyectiles que se abatió sobre su posición. Uno de ellos no se desvió de su trayectoria, pero no consiguió identificar al hombre que lo había disparado entre la miríada de ellos que persistían en aquel asalto incesante. Maldición.

El barco era una trampa letal. Les proporcionaría un parapeto, sí, pero las tropas los rodearían si se refugiaban allí. Wayne necesitaba tiempo para sanar, no obstante, lo que significaba que debía distraer a sus...

Tres hombres vestidos con sendos trajes negros como el carbón se impulsaron en veloz sucesión sobre las cabezas de los soldados atrincherados. Las armas que empuñaban no dejaban ningún rastro alomántico. Wax masculló una maldición, soltó a *Vindicación* y sacó la escopeta que llevaba en la funda sujetada a la pierna.

El primero de los alomantes en aterrizar empujó contra él. Wax sintió como si algo tirase de su arma mientras la levantaba (incrementando su peso antes de apoyársela en el hombro) e intentaba apuntar.

Con una sonrisa, el alomante sonrió mientras empujaba contra el cartucho cuando este salió del cañón. Pero la tremenda carga de pólvora del arma, diseñada para derribar violentos, lanzó al hombre hacia atrás con la fuerza del retroceso. Aturdido, apenas si le dio tiempo a levantar la cabeza justo antes de que el siguiente proyectil impactase en su cara.

«Gracias, Ranette.»

Los otros dos alomantes se agazaparon al aterrizar, esperando más disparos, pero la potente escopeta solo tenía capacidad para dos cartuchos. Wax la enfundó mientras se arrodillaba y recogía a *Vindicación*.

«¡Detrás!» Si había un escuadrón asesino en esa dirección, seguramente también habría otro acercándose a él desde la otra. Los soldados normales eran más una distracción que otra cosa.

Se giró, empujando a su alrededor y levantando a *Vindicación* para sorprender a la pareja trajeada que se cernía sobre él por la espalda. Abatió a la mujer.

Su compañero abrió fuego. Demasiados disparos. Ninguna línea de metal. Wax...

Las balas se quedaron congeladas en el aire.

Wax parpadeó varias veces seguidas, desconcertado, y se fijó en algo que había caído al suelo cerca de su rival: un pequeño cubo metálico. Marasi estaba agachada en el portal que le servía de escondite, con MeLaan de pie a su lado para atraer el

fuego; su cuerpo absorbía las balas como si aquello fuese la cosa más natural del mundo.

La sonrisa de Wax se ensanchó mientras se hacía a un lado. La granada alomántica se agotó un segundo después, y el hombre que estaba atrapado en el interior de la burbuja, intentando rematar a una víctima que ya no estaba donde él se esperaba.

Wax levantó el arma y lo eliminó.

Marasi desearía saber dónde se habían metido sus tapones para los oídos. En serio, ¿cómo sobrevivía Waxillium sin ellos? Ya debía de estar medio sordo.

Junto a ella, una bala levantó un penacho de polvo en el suelo. MeLaan se arrodilló a su lado, cubriendola de los ataques procedentes de esa dirección, y recibió otra serie de impactos. Gruñó.

—No duele —dijo—, pero tampoco me resulta especialmente agradable.

Frente a ellas, Waxillium esquivó los disparos de otros dos miembros del escuadrón asesino y recogió el artefacto. Marasi apuntó con el rifle, esforzándose por imponer algo de orden en sus pensamientos. Todo el mundo se movía tan deprisa... ¡y todas aquellas balas! No dejaban de surcar el aire a su alrededor. Derribó a varios soldados, intentando concentrarse en los que disparaban en su dirección. Muchos se habían parapetado tras las cajas que había a ambos lados, por lo que ya no lanzaban ráfagas coordinadas contra ellas. Sabían que su misión consistía en hacer ruido y distraer a Wax mientras sus compañeros alomantes, mejor equipados y adiestrados, se encargaban de reducirlo.

Pese a todo, era asombroso que aún no hubiera recibido ni un solo impacto. Waxillium pasó frente a ellas como una exhalación, con los faldones del gabán de bruma ondeando a su espalda, y barrió un puñado de balas en pleno vuelo antes de propulsarse hacia las pasarelas que se extendían sobre su cabeza.

Lo perseguían dos hombres trajeados. Alomantes. Marasi apuntó contra uno de ellos y apretó el gatillo, pero su disparo se vio desviado.

Hablando de lo cual... Aunque todavía sonaban disparos en el enorme almacén, ninguna bala golpeaba el suelo cerca de Marasi, como tampoco ninguna parecía estar impactando en MeLaan.

«Pero ¿por qué?» Marasi divisó entonces el cubo. Waxillium lo había dejado caer frente a ellas mientras pasaba corriendo. La muchacha sonrió y sacó una bala de aluminio del bolso. Notaba cómo el artefacto empujaba contra su pistola, pero la distancia era suficiente para amortiguar el efecto.

Dio un respingo cuando alguien le apoyó de repente una mano en el hombro. Al girarse, descubrió al desconocido enmascarado tras ella. ¡Herrumbres! Casi se había olvidado de él. El hombre sostenía la otra mano en el aire, a medio camino de la careta, tras la cual se entreveían sus ojos abiertos de par en par.

Marasi siguió la dirección de su mirada, fija en Waxillium, que aterrizó ahora

delante de ellos. Debía de haber incrementado varias veces su peso, pues consiguió empujar contra los clavos de una montaña de cajas para lanzarlas volando hacia atrás, junto con varios de los soldados parapetados tras ellas.

—*Fotenstall* —murmuró el hombre de la máscara, asombrado.

—Alomante —tradujo Marasi, asintiendo con la cabeza.

¿*Hanner konge*?

—Eso no tengo ni idea de lo que significa, pero el cubo dejará de zumbar enseguida, así que tenemos que largarnos de aquí. MeLaan, ¿nos retiramos?

—Por favor —dijo el hombre, abarcando la nave con un ademán. Apuntó con el dedo, desesperado—. ¡Por favor!

Marasi hizo como si no hubiera oído nada, gateó por el suelo (adentrándose en el almacén propiamente dicho) y agarró el artefacto. Había dejado de zumbar, en efecto.

Waxillium aterrizó cerca de su posición, barriendo una ráfaga de disparos lejos de ella, y Marasi cargó el cubo que sostenía ahora en la mano. Experimentó la misma sensación de la vez anterior... sí, quemando tan solo una pizca de cadmio logró que vibrara de nuevo, pero sin ralentizarse en exceso a sí misma. Sin saber muy bien cómo, vertió la energía en el artefacto y se lo arrojó a los perseguidores de Waxillium, que acababan de posarse en el suelo.

Se quedaron petrificados en el acto.

—Buen trabajo —la felicitó Waxillium—, por ahora. Pero vamos a tener que separarnos. Volved a meteros por esos pasillos. Yo os seguiré enseguida. Estáis demasiado expuestas aquí fuera.

Los alomantes del escuadrón asesino salieron a trompicones de la burbuja de velocidad. Se agazaparon cuando Waxillium disparó contra ellos, y uno de los dos consiguió hacerse con el cubo.

Marasi lo derribó con la bala de aluminio que había cargado en el arma.

Waxillium sonrió de oreja a oreja.

—¡En marcha! —la apremió mientras embestía al superviviente, que se impulsó por los aires de un empujón, alejándose. Waxillium recogió el cubo sobre la marcha y saltó a su vez para levantar el vuelo.

—Vamos —dijo MeLaan, agarrando a Marasi del hombro. Una bala se incrustó en el rostro del kandra, arrancándole un trozo de mejilla y exponiendo el hueso cristalino de color verde que ocultaba su carne.

El hombre enmascarado soltó un grito, aterrado, señalando y farfullando algo en su idioma.

—Deberías verme por las mañanas, recién levantada —dijo MeLaan. Hizo un gesto en dirección al pasillo. Marasi emprendió la marcha.

El hombre tiró de su brazo, indicando el barco con aspavientos cada vez más desesperados.

Marasi titubeó. Mala idea en medio de un tiroteo. Por suerte, casi todo el mundo parecía estar concentrado en Waxillium.

Sintió un picotazo en el costado izquierdo. Al agachar la cabeza para ver de qué se trataba, la sorprendió ver una mancha roja que se extendía por su abrigo alrededor de un agujero.

Un agujero de bala.

—¡Me han dado! —exclamó, más sorprendida que lastimada. ¿No debería dolerle? ¡Acababa de recibir un disparo!

Se quedó mirando fijamente la sangre, su sangre, hasta que el hombre enmascarado la agarró por los hombros y empezó a remolcarla hacia la nave. MeLaan masculló una maldición y lo ayudó. Marasi forcejeó con ellos cuando se dio cuenta de que se le había caído la pistola, intentando recuperarla, desesperada de repente por no dejársela atrás.

Lo cual carecía de toda lógica y ella en su fuero interno lo sabía, pero, herrumbres...

«Shock —pensó—. Estoy en shock.»

«Ay, diablos.»

Wax sobrevolaba la planta del almacén zigzagueando entre las pasarelas, donde se habían apostado varios francotiradores armados con rifles. Proyectó la esfera de Ranette hacia delante, enganchándola en una de las barandillas, y se sujetó con firmeza para pivotar bruscamente en el aire. Sobresaltados, los francotiradores intentaron apuntar contra él mientras aterrizaba a su espalda.

Dio un paso atrás y empujó contra uno de ellos en el momento preciso, lanzándolo por los aires mientras los últimos alomantes del escuadrón asesino pasaban corriendo por delante de las pasarelas, sorprendidos por el inesperado cambio de dirección de su objetivo. Wax colisionó con el francotirador y se giró en pleno vuelo, empujando al hombre lejos de él. El infeliz se precipitó al vacío con un alarido.

En la misma pasarela, algo más adelante, otros dos guardias lo observaban armados con ballestas y escudos de madera. Estupendo.

Wax incrementó su peso. La pasarela entera se hizo pedazos cuando se dejó caer a través de la madera, destrozando los soportes. Empujó contra uno de los barrotes que lo acompañaba en su caída y remontó el vuelo mientras imprimía un giro al cordel que sujetaba el artilugio esférico de Ranette. Por encima de él, el hombre trajeado se sacudió de encima al desesperado francotirador, dejándolo caer y empujando para impulsarse por los aires.

Wax lanzó la esfera de Ranette hacia arriba y soltó el cordel, cayendo todavía de espaldas. El alomante, desconcertado, atrapó el artefacto al vuelo cuando pasó junto a él.

Wax le pegó un tiro en el pecho.

«No hay que bajar nunca el escudo alomántico —pensó, contorsionándose en el aire mientras caía—. Ni siquiera para coger un bonito juguete.»

Ya cerca del suelo, Wax frenó su caída empujando contra un casquillo de bala y aterrizó envuelto en el despliegue de los faldones de su gabán de bruma. El cadáver del alomante se estampó contra el suelo a su lado.

La esfera se escurrió de entre sus dedos sin vida y rodó hacia Wax.

—Gracias —dijo este mientras la recogía. Y ahora, ¿dónde estaba...?

Marasi. Herida, desangrándose y metida a rastras en el interior del barco. «¡Maldición!» Con un gruñido, Wax volvió a impulsarse por los aires mientras los soldados abrían fuego de nuevo. Este sitio era una ratonera. Demasiados guardias, muchos de los cuales estrechaban el cerco alrededor de la nave, ocultando a sus espaldas a un grupo de hombres armados con ballestas modernas. Cuando uno de ellos se aproximaba ya al barco, Wayne asomó la cabeza.

—¡Wayne! —lo llamó Wax, que pasaba en esos momentos por encima de él. Se guardó el artefacto esférico de Ranette, sacó la granada alomántica (que zumbaba furiosamente) y la dejó caer.

Wayne levantó la cabeza justo a tiempo de atraparla en el aire y se quedó mirándola, sorprendido. Cuando la primera bala se alejó de él trazando una curva, el muchacho sonrió de oreja a oreja, profirió un grito de júbilo y se la lanzó a los hombres que tenía delante. Se paseó rodando entre ellos, arrancándoles las armas de las manos con su poder.

Wax aterrizó con un suspiro en lo alto del barco. Tenía que desembarazarse de ella, claro; cómo no.

A continuación, Wayne se metió de un salto en medio de la horda de soldados que pretendían acorralarlo y comenzó a repartir energéticas estocadas con sus bastones de duelo. Una bala pasó silbando preocupantemente cerca de Wax. ¿Más aluminio? Mientras Wayne se dedicaba a aporrear cabezas con entusiasmo, Wax saltó de la nave y aterrizó entre la avanzadilla de guardias, incrementó su peso y empujó a su alrededor con un estallido de energía. La onda expansiva derribó a varios de los soldados que lo rodeaban.

Una vez en el suelo la mayoría de los hombres, tan solo quedaron en pie tres de ellos, estupefactos. Las armas que empuñaban eran invisibles a los sentidos de Wax.

Los abatió con un Sterrion (el resto de su arsenal se había quedado sin munición) y se giró al oír un estruendo lejano. Cornetas, órdenes... Se hizo a un lado de un salto; había suficientes agresores sin vida o heridos en el suelo como para permitirle ver una de las puertas que daba al exterior.

De los edificios de la aldea salían decenas de personas, una auténtica marabunta. Experimentó una punzada de temor. ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que sus metales se agotaran? ¿A cuántos sería capaz de hacer frente antes de que alguien armado con una ballesta o con balas de aluminio tuviera suerte y lo derribara? Con un rugido, se propulsó por los aires, pasando por encima de los hombres a los que había derribado con su empujón. Muchos de ellos empezaban ya a incorporarse. Era un solo hombre, no todo un ejército. No le quedaba más remedio que batirse en retirada.

—¡Atrás! —le gritó a Wayne, que ya tenía un virote de ballesta clavado en el muslo. El muchacho se apresuró a reunirse con él, corriendo para ponerse a cubierto en el interior de los restos del barco.

Marasi cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados a causa del dolor. Este, ahora que por fin había llegado, se estaba ensañando con ella. MeLaan le había dado un analgésico para que lo masticara, pero aún no había surtido ningún efecto.

—*Dieten*. —El hombre enmascarado le cogió una mano y la presionó contra su herida, la cual había vendado con un jirón de tela arrancado de su propia camisa. Marasi entreabrió un ojo y lo descubrió asintiendo con la cabeza para darle ánimos, aunque, con el rostro cubierto por la máscara, solo podía verle los ojos.

En fin, no estaba muerta. Pero... herrumbres, cómo dolía. Y recordó haber leído en alguna parte que recibir un balazo en el estómago, aunque fuese en el costado, no era nada positivo.

«No pienses en eso.» ¿Qué estaba ocurriendo? Apretó los dientes, reprimió el pánico que le producía el haber recibido una herida e intentó evaluar la situación en la que se encontraban. MeLaan observaba el campo de batalla desde el boquete abierto en el costado del barco. Junto a ella, la hermana de Waxillium acunaba una pistola en las manos, ceñuda. Fuera, un coro de disparos, gruñidos y gritos acompañaba a Waxillium y a Wayne mientras estos se dedicaban a su especialidad: sembrar el caos.

Debían de haber satisfecho ya el cupo de la jornada, pues instantes después Waxillium apareció atravesando el enorme agujero. Saludó al kandra con un ademán, relucientes de sudor sus facciones, sin resuello. Wayne llegó un momento más tarde. Tenía una flecha clavada en la pierna.

—Caray, menuda aventura —dijo el muchacho mientras se sentaba de golpe en el suelo y aspiraba una honda bocanada de aire—. No me pegaban semejante paliza desde la última vez que jugué a las cartas con Ranette.

—Marasi —dijo Waxillium, acercándose a ella. Apartó al hombre enmascarado de un empujón—. Gracias a Armonía que estás viva. ¿Es muy grave?

—Pues... la verdad, me faltan referentes con los que poder compararlo —respondió entre dientes la joven.

Waxillium se arrodilló junto a ella, levantó el vendaje y masculló algo ininteligible.

—Sobrevivirás, a menos que te haya rozado los intestinos. Entonces sí que podría ser malo.

—¿Cómo de malo?

—Dolorosamente malo.

—A lo mejor yo podría echarle una mano —dijo MeLaan—. Examinaré la herida cuando nos hayamos puesto a salvo. Hablando de lo cual, ¿cómo vamos a escapar de aquí, exactamente?

Waxillium no respondió de inmediato. Parecía agotado. Miró de soslayo a su

hermana, que seguía murmurando en voz baja mientras sostenía la pistola. Fuera del barco reinaba un silencio inquietante.

—La opción más segura sigue siendo la de salir a través de una de las paredes del almacén —dijo Waxillium, al cabo—. Tendremos que abrirnos paso hasta esas habitaciones en las que estaban MeLaan y Marasi.

—Será peligroso, Wax. —Wayne se puso en pie con esfuerzo, con el virote sobresaliendo aún de su muslo—. Ya se habrán reagrupado, sabiendo que vamos a arriesgarnos a escapar como sea.

—Lo conseguiremos. Empujaré para protegernos y, cuando lleguemos a las habitaciones, buscaremos una pared que dé al exterior y abriremos una brecha en ella.

—¿Y si nos están esperando al otro lado? —preguntó MeLaan.

—Esperemos que no. Sería...

—Chicos —los interrumpió Wayne—. Me parece que se nos ha agotado el tiempo para hacer planes.

Volvían a sonar disparos en el exterior y las balas comenzaron a impactar en el casco. Wayne se apartó del boquete. A Marasi le pareció oír a Irich allí fuera, gritando a los soldados que no dañaran la nave, pero el tiroteo se prolongó. Quizá por orden de alguien con más autoridad que él.

—Por favor —imploró el hombre enmascarado, cogiendo a Marasi del brazo y señalando con el dedo.

La muchacha consiguió ponerse de pie, aunque el dolor provocó que se le anegaran los ojos de lágrimas. El hombre no dejaba de gesticular, sin soltarle el brazo.

Lo siguió. Era más fácil que intentar resistirse.

—Tendremos que abrirnos paso a la fuerza —dijo Waxillium, tras ellos.

—Quiero matarlos —masculló de repente su hermana—. Necesito más balas.

—Ya, bueno... Tú por ahora concéntrate en salir por piernas, Telsin. Todos atentos a mi señal. Wayne, ¿recogiste aquella granada, por casualidad?

—Sí.

—La usaremos para crear una burbuja de velocidad a medio camino.

—Mala suerte —replicó Wayne—. No me queda ni pizca de bendaleo.

—Maldición. En tal caso... —Waxillium dejó la frase a medias—. ¿Marasi? ¿Adónde vas?

La joven siguió renqueando, apoyándose en el hombre enmascarado.

—Quiere enseñarnos algo —dijo.

—¡Se acercan! —exclamó de súbito Wayne, apostado en la esquina—. ¡Y a toda velocidad!

Presionando contra la herida con una mano, Marasi se concentró en recorrer penosamente el pasillo. Oyó que Waxillium mascullaba una maldición, primero, y después disparos procedentes del corredor. Waxillium estaba intentando repeler a los hombres que empezaban a agolparse en la brecha del casco. «Nos hemos quedado

atrapados», pensó la muchacha.

El hombre enmascarado la soltó de repente y tomó la delantera, corriendo por el pasillo.

—No... —musitó Marasi, pero el hombre se detuvo frente a uno de los paneles que recubrían la pared, lo abrió e introdujo una mano para accionar algún tipo de mecanismo oculto en el interior de aquel hueco.

Una sección del techo, pintada con uno de aquellos extraños dibujos dorados, se abatió hacia abajo y dejó caer una escalera de cuerdas que se quedó colgando a medio camino del suelo. El hombre enmascarado se agarró a ella de un salto.

—¡Aquí hay un compartimento secreto! —informó Marasi a sus compañeros.

—Menos da una piedra —refunfuñó Waxillium—. ¡Todo el mundo, arriba!

Wayne fue el siguiente; de un brinco, se agarró a la escalera y trepó con agilidad. MeLaan, que llegaba sin necesidad de saltar, subió detrás de él. La hermana de Waxillium logró sujetarse a las cuerdas a duras penas, pero consiguió encaramarse gracias a la mano que le echó el kandra.

Marasi se quedó mirando la escalera con cara de desesperación, intentando imaginarse cómo sería escalar por ella con el dolor que sentía, hasta que Waxillium le pasó un brazo por la cintura y ascendió con ella impulsándose con un empujón. Tras aterrizar al otro lado de la trampilla se encontraron en un cuarto angosto, con el techo bajo, equipado con unas pocas sillas atornilladas al suelo. A la izquierda, una pequeña ventana solitaria que daba al casco permitía que entrase un resquicio de luz. Por su aspecto, el habitáculo recordaba los compartimentos para pasajeros de un vagón de ferrocarril.

—Estupendo —dijo Wayne—. Por lo menos ahora podremos morir con comodidad.

El hombre enmascarado estaba toqueteando algo que había cerca de la pared. ¿Una especie de baúl? Consiguió abrirlo y sacó otro de aquellos pequeños medallones como monedas con cintas en los laterales. Con un escalofrío visible, sustituyó el que llevaba puesto por el que acababa de encontrar.

—¿Y ahora qué tal? —preguntó, volviéndose.

Marasi parpadeó, sorprendida. Lo había dicho en su idioma; con un acento extraño, cierto, pero inteligible.

—¿No? —preguntó el hombre—. Seguís mirándome con extrañeza. Estos chismes nunca funcionan como deberían. Me prometió que...

—¡No, sí que funciona! —lo interrumpió Marasi—. Yo te entiendo, al menos. —Se giró hacia los demás, que asintieron con la cabeza.

—¡Ajá! —dijo el hombre—. Bien, excelente. Poneos esto. —Les lanzó un medallón a cada uno—. Que haga contacto con la piel, por favor, bárbaros sin máscara. Salvo tú, Metálico. A ti no te hace falta, ¿verdad?

Marasi cogió el suyo y se acomodó en uno de los asientos, sintiéndose mareada. El analgésico parecía estar surtiendo efecto, por fin, pero seguía estando agotada.

Sonaron gritos en el pasillo, bajo sus pies.

—Convendría que alguien cerrara esa puerta —dijo el hombre enmascarado mientras se desplazaba por el piso y manipulaba algo que había bajo un mostrador.

Wayne recogió la escalera, que estaba amarrada a la trampilla. Esta se cerró con un chasquido, sumiéndolos en una penumbra aún mayor. Abajo resonó una detonación, seguida de otra poco después. Marasi dio un respingo cuando las balas aporrearon el suelo del cuarto.

—¿Cuenta este sitio con alguna otra salida? —preguntó Waxillium.

El hombre enmascarado tiró de algo, y la habitación experimentó una sacudida.

—Pues no.

—Entonces, ¿por qué nos has traído hasta aquí? —insistió Waxillium, agarrándolo por el brazo.

El hombre enmascarado se giró para mirarlo.

—Medallones puestos, ¿verdad?

Cada vez eran más las balas que golpeaban el suelo, sin que ninguna consiguiera penetrar en el cuarto, por suerte.

—¿Para qué sirven? —preguntó MeLaan.

—Te vuelven más ligero.

En cuanto el hombre hubo pronunciado aquellas palabras, en cuanto ella se hubo enterado de lo que hacían, Marasi lo entendió de repente. Estaba sosteniendo un metal que, de alguna manera, se podía «sentir». Quería algo de ella, y la muchacha lo vertió en su interior, llenando el metal... la mente de metal.

Se elevó de su asiento al volverse más ligera; el peso de su cuerpo ahora le oprimía menos la espalda. Telsin jadeó, experimentando sin duda una sensación parecida.

—Vale —murmuró Wayne—, esto sí que es raro.

—Gran Metálico —dijo el hombre enmascarado, observando de reojo a Waxillium—. Jamás osaría darle órdenes a alguien de tu talla, por supuesto, aunque lleves el rostro al descubierto en todo momento. ¿Quién soy yo para juzgar a nadie? Aunque parezcas tan hosco como los demás... incluso esa tan linda... estoy seguro de que no lo eres. Pero, si me permites el atrevimiento de sugerir...

—¿Qué? —lo apremió Waxillium.

—Un empujoncito —dijo el hombre enmascarado, señalando hacia abajo—. A mi señal.

—Si empujo contra el suelo —replicó Waxillium—, saldré volando y chocaré contra el techo. —Titubeó mientras su interlocutor apuntaba a un par de correas conectadas al piso, con asas de madera en los extremos. Tras observarlas durante unos instantes, miró al hombre enmascarado, que asintió vigorosamente.

Incluso en la penumbra, Marasi vio la curiosidad que denotaban las facciones de Waxillium. Pese al griterío que atronaba a sus pies y el estruendo amortiguado de los disparos, seguía siendo el mismo vigilante, el mismo detective de siempre. No podía

dejar ningún misterio por resolver. Se acercó a las correas, las cogió y las asíó con firmeza, afianzando los pies en el suelo.

—Preparado.

—Un momento. —El hombre enmascarado extendió la mano hacia una palanca y tiró con fuerza, provocando que la habitación entera se estremeciese, primero, para deslizarse de costado a continuación. Como el cajón de un tocador que acabara de abrirse, ahora Marasi podía ver al otro lado del casco a través de la pared de delante, la cual resultó estar equipada con una gran ventana de cristal que la madera había bloqueado hasta ese momento—. ¡Ya!

Waxillium debía de haber empujado, pues el cuarto experimentó otra sacudida y se elevó por los aires. No se encontraban en ninguna habitación, sino a bordo de un pequeño bote que podía separarse de la embarcación principal.

Q
I
G

ie hágiles i para las se a alo- Pero o que y des- iurcha. no en deaba i agan- nillas e mo- tenia esca- Como entrar ique- el ba- erme, a me- cuyos npar- o con

inaba recta- tanta- nueva gnan- arte- inten-

I ins- ido la . Cu- y cu- esaba a sim- cómo

jo, no licé la golpe, uerta, explosos en un níbito oyec- lado.

bala, pura arido, , me co de fe- for- se de ar así mba?

uelto siente- mera,

hon- el va-



El suelo estaba sembrado de extraños componentes mecánicos, y sobre ellos se alzaba el hombre encantado. La última vez que nos enfrentamos llevaba puesto un gabán de bruma, cuya capucha le ocultaba el rostro, pero ahora pude ver sus facciones con toda claridad. Sus fríos ojos relampagueaban, y el viento le alborotaba los cabellos del color de la arena. En una mano sostenía el tapiz enrollado, empuñándolo como si de un bastón se tratara. Con la otra apuntaba hacia mí una pistola cuyo modelo me resultaba desconocido. Origen, sin duda, del fantasma que acababa de disparar.

Las runas que cubrían los costados del arma centellaban con un resplandor esmeralda. Quemé cromo y me abalance sobre él con un movimiento de Baz-Kor diseñado para incapacitar a los lanzamonedas antes de que estos pudieran dejarte como un colador. Cuando las runas verdes empezaban a emitir un fulgor rojo, mi mano rozó el metal del artefacto.

Cuando drené las reservas de metal de un brumoso, me sobrevino una sensación que solo puedo describir como si extrajera poder del metal y lo devolviera a algún tipo de fuente externa. El metal se queda en su sitio, pero la energía se desvanece.

Supongo que ocurrió algo parecido cuando toqué la pistola. Extraje el poder que habitaba en su interior y lo envié de regreso a... otra parte.

El resplandor rojo de las runas se apagó como la llama de una vela azotada por el viento.

¡Funcionó! El artefacto encantado sin duda provenía de otro mundo, no era feruquímico ni alemántico, pero había reaccionado al contacto con mi cromo.

El hombre encantado observó la pistola de reojo y rechinó los dientes.

—Helmore... ¿qué has hecho? Tocó unas cuantas de las runas que cubrían el costado de su artefacto, parecido a una pistola, y los símbolos empezaron a brillar otra vez. Me apuntó con el arma, en esta ocasión a escasos centímetros de mi cara. La estrategia con el cromo no había estropeado la pistola, como esperaba. Ya que no podía absorber su poder por completo, tendría que arrebatársela al hombre encantado.

Me dejé llevar por el adiestramiento que había recibido en Baz-Kor y ejecuté una maniobra diseñada para desarmar a cualquier agresor. Una agil finta me llevó detrás de mi adversario, lejos del alcance de la pistola. Ahora el hombre encantado se interponía entre la herrumbrosa puerta del funicular y yo. Mi siguiente movimiento lanzó la extraña pistola lejos de la mano del hombre, volando por los aires.

El hombre encantado se giró en redondo para encararse conmigo, con un brillo de sorpresa en los ojos. Aproveché la ocasión para coger el mapa.

Solo pude agarrar un extremo, por desgracia, y se desenrolló entre el hombre encantado y yo. Cada uno de nosotros tiraba de un extremo distinto del mapa. Únicamente necesitaba encontrar el bol-

sillo secreto cosido en su interior que contenía las instrucciones de mi padre. Después de aquello, que el ladrón se quedase con el resto del tapiz o no carecería de importancia.

—¡Sombras, mujer! ¡Déjame en paz!

Reafirmó su presa sobre el extremo del mapa y saltó por el boquete practicado en el lateral del vagón.

El inesperado tirón sobre el tapiz me derribó y me arrastró por el suelo hasta que mi cabeza y mis brazos quedaron en suspensión sobre el vacío, aunque conseguí sujetar con ambas manos mi extremo del mapa, lo único que evitaba que el hombre encantado se precipitara a su fin.

—Helmore! —chilló—. ¿Por qué no te das por vencida?

—Nuncal —Me aferré a la tela aún con más fuerza.

—No es más que un estúpido mapa. —Observé el tapiz. Ajustando su presa unos centímetros hacia el costado, arrugó la tela entre los dedos y empezó a trepar.

—Es mi legado! —grité a mí vez.

—Como si es el alboroz del Superviviente. ¡Dámelo!

—Eres un ser miserable!

—Veo que empiezas a conocerme.

Espero que no seas muy duros conmigo si os confieso que el agradable timbre de aquel desconocido tan cómico me tenía absolutamente embelesada. Sus ojos dorados, sus ojos de hielo azul... Si alguna vez nos vemos en persona, con mucho gusto os proporcionaré una descripción más detallada.

—En verdad —dije—, un ápice de cortesía por tu parte podría haber evitado toda esta debacle y ahora no estarías colgando a quince metros de tu muerte, agarrado a los hilos de un mapa mal dibujado. Sube. Lleguemos a un acuerdo.

Extendió la mano, como si se dispusiera a aceptar mi oferta, pero algo centelleó en ella a la luz de las estrellas. Quemé metal por instinto, liberando una mano para tocar el objeto.

Era un cuchillo de caza corriente y moliente.

—Cortesía... —se burló—. Eso no va conmigo.

Sujetó su extremo del tapiz y rebanó el borde con el cuchillo. Entre nosotros se formó una V de tela antes de que el mapa se partiera completamente por la mitad.

Me quedé sin aliento cuando se precipitó de espaldas hacia la bruma, agarrado a su trozo del tapiz.

Me aparté del borde, tanteé desesperadamente mi mitad del mapa en busca del bolsillo oculto, y lo encontré casi al instante. A falta de un cuchillo, sin embargo, tendría que esperar hasta que volviera a la mansión para abrirlo. Pese a todo, me aliviaba saber que, si bien el hombre encantado ya no existía y el mapa de mi padre había quedado arruinado, poseía la información necesaria para proseguir con mi misión. Aunque confieso, no obstante, que si el hombre encantado hubiera llegado a sobrevivir a la caída, se habría quedado con la mitad más importante del mapa.

Tras desembarcar del funicular, encaminé mis pasos hacia el punto donde mi adversario tendría que haberse estrellado contra el suelo. No hallé ni rastro de él, y aunque nadie presenció su final, un joven con el pelo blanco que andaba por los alrededores se ofreció a contarme una historia... Oferta que decliné.

Una vez en casa, encendí la lámpara eléctrica y encontré a Rodena Alhumaja III dormida en mi cama con sus gatitos. Con cuidado para no despertarlos, utilicé un cuchillo de costura para abrir el bolsillo oculto del tapiz en un abrir y cerrar de ojos. Dentro, en una hoja de vitela plegada, la elegante caligrafía de mi padre rezaba:

*Mi queridísima Nicolle,
En esta misiva habré de desvelarte,
por fin, el secreto de los misteriosos ar-
tefactos de la antigüedad...*

*¡Continuará la semana
que viene!!!*



D e pie en el centro del bote, Wax empujaba contra algún tipo de placa instalada a sus pies, evidentemente diseñada a tal efecto. Debía de estar acoplada a la plataforma sobre la que descansaba el vehículo; no era algo que se elevase con él, sino una especie de lanzadera que los alomantes podrían utilizar como punto de apoyo.

La embarcación, pese a lo reducido de su tamaño, debería haber pesado demasiado como para remontar el vuelo. Wax tendría que haber roto las correas a las que estaba agarrado, o haber perecido aplastado por la violencia de su propio empujón. Estaba dando resultado, no obstante. Sujeto a las agarraderas que lo unían a la nave, la elevó junto con todos sus ocupantes desde una plataforma que se extendía desde la embarcación principal.

«Son esos medallones —pensó—. Les permiten a todos hacer lo mismo que yo: volverse más ligeros, casi como el aire.» Lo cual significaba que en realidad solo estaba levantando el bote, más el equipo que transportaba.

El vehículo era pequeño (su manga media apenas un metro ochenta, aunque debía de tener el doble de eslora) y presentaba unas amplias aberturas, como escotillas, a los costados. Estas, que antes daban a las paredes de la carlinga envolvente de la que habían salido, se encontraban ahora expuestas al exterior.

En su conjunto, el artefacto semejaba el armazón de un motocarro al que le hubieran arrancado las puertas de cuajo. A medida que ganaba altura, unos pequeños pontones montados en brazos extensibles se plegaron y encajaron en posición con un chasquido. Wax entrevió fugazmente a los sorprendidos soldados que los observaban desde la porción intacta de la pasarela, y un abrir y cerrar de ojos después atravesaron el techo abierto del almacén.

El desconocido de la máscara roja se acercó a uno de los agujeros de las paredes para mirar abajo. Con gesto solemne, dedicó un saludo marcial al barco que quedaba ahora a sus pies, agachó la cabeza y susurró algo.

Instantes después, se volvió hacia Wax.

—¡Oh, Divino! ¡Estás haciéndolo de maravilla!

—No seré capaz de empujarlo mucho más alto —dijo Wax con un gruñido—. El punto de apoyo está demasiado lejos.

—Tampoco hará falta. —El enmascarado pasó junto a Marasi (a la que le dio una palmadita en el hombro) y manipuló unos controles que había en la parte frontal de la máquina—. Primero necesitaré el cubo, por favor —dijo, extendiendo la mano hacia

Wayne.

—¿Eh? —replicó el muchacho, apartándose de la escotilla a la que estaba sujetándose para mirar abajo. Sonaron unos cuantos disparos lejanos mientras los soldados seguían intentando derribar el vehículo volador—. Ah, ¿esto? —Wayne sacó la granada alomántica.

—Sí —dijo el hombre, arrebatándosela de las manos—. ¡Gracias! —Se giró y la presionó contra el brazo de Wax hasta que (mientras este seguía quemando acero para mantenerlos en el aire) empezó a vibrar.

El enmascarado se dio la vuelta y depositó el cubo bajo la consola de la proa del bote. La máquina se estremeció, y a continuación algo empezó a martillear bajo sus pies. ¿Un ventilador? Sí, y de enormes dimensiones; expulsaba el aire hacia abajo, alimentado por un motor invisible.

—Ya puedes parar, Gran Ser de Metales —dijo el hombre, dirigiéndose a Wax—. Si complace tus divinos deseos.

Wax dejó de empujar. Comenzaron a desplomarse de inmediato.

—¡Reduce tu peso! —exclamó el hombre—. Quiero decir, si es que tal acción coincide con tu espléndida voluntad, oh, Metabólico.

—¿«Metabólico»? —Wax llenó su mente de metal y disminuyó su peso. La nave se estabilizó en el aire.

—Hmm —murmuró el hombre enmascarado mientras se sentaba en la parte delantera—, bueno, se supone que debemos emplear siempre un título distinto, ¿verdad? Nunca se me han dado muy bien estas cosas, Magnificencia. Por favor, no me incrustes ninguna moneda en el cráneo. No es insolencia, solo estupidez. —Empujó una palanca hacia delante, y otros ventiladores más pequeños comenzaron a silbar en los extremos de los pontones.

—No son barcos —murmuró MeLaan—. Ni este ni el grande de abajo. Son naves volantes.

—Por los brazaletes de Armonía —dijo Marasi, con las manos apoyadas en el estómago herido; estaba muy pálida.

Naves volantes que funcionaban con algún tipo de alomancia. Herrumbre y Ruina. Wax sintió como si el mundo estuviera dando vueltas a su alrededor. Después de los cambios tan drásticos que se habían operado en la vida de todos merced a la electricidad, ¿qué podría hacer algo así? Se obligó a salir de su estupor y miró al hombre enmascarado.

—¿Cómo te llamas?

—Allik Nuncalejos, Elevado.

—Pues quédate aquí esperando un momento, Allik.

—Como deseas, oh...

Wax saltó del vehículo antes de que el hombre pudiera alabarla (o insultarla, no sabía muy bien cómo tomarse todos aquellos apelativos) de nuevo. Una vez fuera de la pequeña aeronave, pudo examinarla mejor. Sí, se parecía más a una cabina de

motocarro alargada que a un bote, con el fondo liso. La pequeña distancia que mediaba entre la gigantesca hélice y el vehículo permitía que las aspas capturasen el aire desde arriba. Las escotillas de las paredes carecían de puertas; era una suerte que los asientos estuvieran equipados con correas.

Se dejó caer, temeroso de empujar contra la pequeña aeronave, pero pudo utilizar las plataformas de abajo para aminorar y poner rumbo a los bosques que se extendían al norte del campamento.

Quería darse prisa. La nave no volaba a tanta altura como para poder considerarse a salvo si los soldados disponían de cañones. Aterrizó de golpe en el bosque y sorprendió a Steris, que esperaba sentada en su caballo con los demás ordenados en fila, cargados con sus enseres y listos para partir.

—¡Lord Waxillium! Me imaginaba que vendrías y he preparado...

—Estupendo —dijo Wax, acercándose al caballo—. Desmonta y coge tu mochila y la de Marasi.

Así lo hizo Steris, sin objetar ni preguntar nada; descolgó su pequeño hato de suministros imprescindibles, primero, y después el de Marasi. Wax se encargó de recoger el equipaje de MeLaan y Wayne.

—¿Vamos a dejar los caballos aquí?

Wax soltó a los animales y rodeó con un brazo la cintura de Steris.

—Resulta que hemos encontrado un medio de transporte más rápido. —Desenfundó una de sus viejas pistolas, la dejó caer al suelo (necesitaba un trozo de metal lo bastante grande como para elevarse a la altura requerida) y empujó, propulsándose por los aires desde el piso del bosque.

Le preocupaba ser capaz de maniobrar; no era tarea sencilla a esa altura sin rascacielos contra los que empujar. Allik dirigió la nave hacia él, sin embargo, lo que le permitió a Wax coger uno de los brazales para Steris; la depositó a bordo antes de montar a su vez. El vehículo resistió el peso añadido de los equipajes, aunque Allik tuvo que accionar una palanca para evitar que se hundieran.

—Siete personas —dijo el hombre enmascarado—. Más suministros. Es más peso del que debería transportar la *Wilg*, pero lo conseguirá. Hasta que se nos agote el metal. La cuestión es, ¿adónde quieres que nos lleve?

—A Elendel —respondió Wax, dirigiéndose hacia la proa de la pequeña embarcación.

—Estupendo. Y... ¿dónde está eso?

—Hacia el norte. —Wax señaló con el dedo. La consola de la parte delantera del vehículo (parecida al salpicadero de un motocarro) tenía una brújula integrada—. Si pones rumbo al oeste primero, sin embargo, y encuentras el río, podremos...

—No. —Telsin agarró a Wax por el brazo—. Tenemos que hablar.

Sonaron disparos abajo, seguidos de una reverberación atronadora. Genial. Sí que tenían cañones.

—Tú sacanos de aquí —le ordenó Wax a Allik mientras dejaba que Telsin tirara

de él hacia la popa del bote. Pasaron junto a Wayne, con medio cuerpo asomando aún por fuera de una de las dos escotillas, boquiabierto. Marasi estaba en el suelo, con MeLaan examinando su herida, mientras que Steris había empezado ya a colocar sus mochilas en una práctica pila entre dos de los asientos.

Las hélices zumbaron y la nave comenzó a moverse (no excesivamente deprisa, pero a un ritmo constante), alejándose del campamento enemigo. Wax se instaló con su hermana en uno de los bancos que había en la parte posterior de la nave. Herrumbres... Telsin. Por fin. Hacía un año y medio desde que prometiera detener a su tío y liberarla. Y aquí estaba ella ahora, sentada a su lado.

Ofrecía un aspecto muy moderno con los cabellos ensortijados y el elegante vestido que llevaba puesto, a la moda y sofisticado; de tela muy fina, con el dobladillo justo por debajo de las rodillas, el escote realzaba su largo cuello y las delicadas cadenas que colgaban de él. Si uno no la miraba a los ojos, podría tomarla por una noble dama camino de una fiesta de gala.

Mirándola a los ojos, en cambio, solo encontraría un frío glacial.

—Waxillium —dijo en voz baja—, hay un arma de algún tipo en el sur, oculta en las montañas que separan la cuenca de los Áridos. El tío Edwarn la ha encontrado. Se dirige hacia allí.

—¿Cuánta información posees? —preguntó Wax, tomándola de la mano—. Telsin, ¿sabes cuál es su plan? ¿Se trata de una revolución?

—Nunca me cuenta gran cosa. —La voz de su hermana sonaba mucho más fría y serena que antes. Siempre había sido apasionada, incluso cuando lo empujaba a hacer lo que no debería. Era como si los meses de cautiverio le hubieran drenado la vitalidad—. Cenamos juntos la mayoría de las noches cuando está aquí, pero se enfada si le pregunto por su trabajo. Me quería para uno de sus... proyectos, en principio, pero mi edad hace que eso ya sea imposible. Ahora solo soy un peón. Para utilizarme contra ti, creo.

—Ya no —dijo Wax, apretándole la mano—. Eso se acabó, Telsin.

—¿Y si encuentra esa arma? Parece convencido de que está allí, y le dará a su grupo la fuerza necesaria para controlar la cuenca. Waxillium, no podemos permitir que caiga en sus manos. —Sus ojos recuperaron una chispa de pasión, un atisbo de la Telsin que él recordaba—. Si se adueña de la cuenca, me secuestrará de nuevo. Primero te matará a ti, y después volverá a capturarme.

—Llegaremos a Elendel, informaremos al gobernador y organizaremos una expedición.

—¿Y si tardamos demasiado? ¿Sabes de qué arma se trata? ¿Qué es lo que busca?

Wax bajó la mirada al medallón que llevaba anudado en el brazo.

—Feruquimia y alomancia al alcance de cualquiera.

—El poder del mismísimo lord Legislador, Waxillium —dijo Telsin, vehemente—. Los Brazales de Duelo. Podríamos buscarlos por nuestra cuenta, adelantarnos a él. Tiene que viajar a pie por un terreno abrupto y traicionero. Los he oído hablar de

los preparativos. Nosotros, en cambio... —Dejó vagar la mirada por el paisaje que se deslizaba al otro lado de la escotilla. Esta era una vista al alcance de muy pocos. Una vista que antes estaba reservada en exclusiva para los lanzamoneda.

—Déjame hablar con Marasi —replicó Wax—, y entonces lo decidiremos.

Marasi sobrevolaba el mundo, contemplando un paisaje bañado por la luz de las estrellas. Los árboles parecían arbustos; los ríos, arroyos; las montañas, meras colinas. La tierra era el jardín de Armonía. ¿Era así como la veía Él, con la perspectiva de Dios?

Las enseñanzas del Camino predicaban que estaba en todas partes, que su cuerpo era las brumas; que lo veía y lo era todo. La niebla era omnipresente, pero solo se manifestaba cuando él así lo deseaba. A Marasi siempre le había gustado esta idea, pues le hacía sentir Su proximidad. Otros aspectos del Camino, sin embargo, la molestaban. Carecía de estructura, y a causa de ello todo el mundo defendía su versión particular sobre cómo seguirlo.

Los supervivencialistas, entre los que se contaba Marasi, veían de otra forma a Armonía. Era Dios, sí, pero para ellos era una «fuerza» más que una deidad benévolas. Estaba allí, pero tenía las mismas probabilidades de ayudar a una cucaracha que a una persona, pues ambas eran iguales para él. Si querías resultados, rezabas al Superviviente, que para algo había sobrevivido (de alguna manera) incluso a la muerte.

Marasi hizo una mueca de dolor mientras MeLaan continuaba atendiéndola.

—Hmm, sí —murmuró el kandra—. Muy interesante.

Marasi yacía tendida en el suelo del vehículo, junto a la puerta, con la cabeza apoyada en un cojín improvisado con una chaqueta doblada. El viento no era excesivo, en contra de lo que Marasi esperaba, puesto que no avanzaban excesivamente deprisa, aunque las hélices sí que hacían muchísimo ruido.

MeLaan le había abierto el uniforme de par en par, de forma harto indecorosa, dejando cubiertos apenas los detalles más importantes. A nadie parecía importarle, no obstante, por lo que la muchacha optó por no armar revuelo. Además, eso era menos desconcertante que lo que estaba haciendo el kandra. Tras arrodillarse a su lado, el kandra había apoyado una mano en su costado y había dejado que su piel se licuara, fundiéndose con la herida.

Se parecía inquietantemente a lo que había ocurrido cuando forzó aquella cerradura, como si Marasi no fuese más que otro rompecabezas susceptible de que MeLaan lo manipulara a su antojo. Herrumbres, podía sentir perfectamente cómo el kandra tanteaba por su interior con unos filamentos de tejido que parecían tentáculos.

—Voy a morirme, ¿verdad? —preguntó Marasi en voz baja.

—Sí —dijo MeLaan, con el rostro iluminado por la luz de una pequeña linterna que había sacado de su petate—. No puedo hacer nada al respecto.

Marasi cerró los ojos con fuerza. Le estaba bien empleado, por correrse por ahí

como un forajido de los Áridos, metiéndose en tiroteos y creyéndose invencible.

—¿Es grave? —sonó la voz de Waxillium. Marasi abrió los ojos para verlo inclinado sobre ella, y se descubrió ruborizándose ante su estado de semidesnudez. Por supuesto. La última emoción que experimentaría en su vida tendría que ser de vergüenza por culpa del condenado Waxillium Ladrian.

—¿Hmm? —La carne volvió a recomponerse sobre sus huesos cristalinos cuando MeLaan retiró el brazo—. Ah. He encontrado una perforación en los intestinos, como dedujiste. La he cosido bien usando como hilo de sutura unas tripas de repuesto que tenía en el horno y le he injertado un trozo de mi propia piel a modo de parche.

—Rechazará el tejido.

—Nah. Le pegué un bocado a su piel para replicarla. Su cuerpo pensará que es suya.

—¿¡Te has comido un trozo de mí!?

—Guau —murmuró Waxillium—. Eso es... guau.

—Sí, ya lo sé, soy increíble —dijo MeLaan—. Con vuestro permiso. —Sacó la mano por la escotilla abierta del vehículo volador y expulsó un chorro de aspecto nauseabundo—. He tenido que absorber alguna que otra cosa que tenías ahí dentro para limpiarlo bien todo. Era lo más seguro. —Miró a Marasi—. Me debes una.

—¿Eso era la parte de mí que te habías... esto... que te habías comido?

—No, solo las supuraciones. El injerto que recubre la herida debería aguantar hasta que sanes por tus propios medios. Te lo he soldado a las venas y los vasos sanguíneos. Notarás un picor, pero no te rasques, y avísame si ves que se empieza a necrosar.

Titubeante, Marasi deslizó los dedos sobre la herida, palpándola con cuidado. Encontró el orificio cubierto por una pequeña franja de piel tirante, como la de una cicatriz. Apenas si le dolía; era como una magulladura, más bien. Se sentó en el suelo, asombrada.

—¡Dijiste que me iba a morir!

—Porque es verdad, claro —replicó MeLaan, ladeando la cabeza—. Eres mortal. No vas a convertirte en un kandra tan solo porque te... Ah, que tú te referías a «hoy». Diablos, niña. Pero si el disparo ese no hizo más que rozarte.

—Eres un ser despreciable —dijo Marasi—, y lo sabes.

MeLaan sonrió de oreja a oreja y asintió con la cabeza para Waxillium, que se dispuso a ayudar a levantarse a Marasi. La muchacha se apresuró a arreglarse el uniforme, aunque los cortes practicados por el kandra dificultaban recuperar el recato. Tendría que hurgar en la mochila para buscar otro atuendo, pero ¿cómo iba a cambiarse en los abarrotados confines de la nave?

Con un suspiro de resignación, aceptó la mano que le tendía Waxillium y dejó que este la pusiera de pie. Por el momento se conformó con evitar que se le cayeran los pantalones. Waxillium le ofreció su gabán de bruma y, tras un instante de vacilación, se lo puso.

—Gracias —dijo Marasi, fijándose en que él había ocultado su propio vendaje bajo el abrigo, en el brazo izquierdo, justo por debajo del hombro. ¿También habría recibido algún impacto durante el tiroteo? En ningún momento había dicho nada al respecto, lo que hizo que se sintiera aún más tonta.

Waxillium inclinó la cabeza en dirección a la parte delantera del vehículo, donde Allik se había repantigado con los pies encima del panel de control. La máscara imposibilitaba interpretar su expresión, pero a Marasi le pareció que su postura era de reflexión.

—¿Te sientes con fuerzas para hablar con él? —preguntó Waxillium.

—Supongo que sí —dijo Marasi—. Me siento un poco mareada y muy humillada, pero, aparte de eso, estoy bien.

Waxillium sonrió mientras la tomaba del brazo.

—¿Tienes la púa de ReLuur?

—Sí. —Marasi rebuscó en el bolso para cerciorarse; para tocarla con los dedos, por si acaso. La sacó.

—Se deterioran fuera del cuerpo, ¿verdad? —Waxillium lanzó una mirada de reojo a MeLaan, que se había acomodado en el suelo con las piernas fuera de la puerta, despreciando la comodidad de los asientos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el kandra.

—El libro que me dio Ojos de Hierro.

—Ah, claro. —La expresión de Marasi se ensombreció—. Eso. ¿Sabes?, el lord Legislador obró mal escribiéndolo.

—Me lo he leído, de todas formas.

MeLaan suspiró mientras dejaba vagar la vista por el exterior.

—Cuanto más tiempo pase lejos de ReLuur, más se debilitará su bendición. Pero son poderosas y pueden resistir algún tiempo... además, aunque se degrade la bendición, la púa restaurará su mente de todas maneras. Con alguna... pérdida de memoria. —Se le truncó la voz al pronunciar las últimas palabras; desvió la mirada.

—Bueno, la hemos recuperado gracias a ti —dijo Waxillium, mirando a Marasi—. Y también he encontrado a mi hermana. Así que deberíamos regresar a Elendel y averiguar qué sabe Allik.

—Deberíamos —convino Marasi—, pero tu tío...

—¿Has escuchado mi conversación con Telsin?

—Un poco. —«Cuando no estaba distraída por el miedo a morir. Estúpido kandra.»

—¿Y qué te parece?

—No sé, Waxillium. ¿Vinimos aquí por la púa, realmente? ¿O por tu hermana?

—No —respondió él, con voz queda—. Vinimos para detener a Elegante.

Marasi asintió con la cabeza, hurgó de nuevo en el bolso y sacó la libreta que había sustraído del estudio de Irich. Buscó la página con el mapa y lo sostuvo en alto para que tanto Waxillium como ella pudieran echarle un vistazo.

Contenía un punto marcado claramente como «segundo escenario», algún tipo de campamento base en las montañas. Y a cierta distancia de él, algo elevado entre otros picos, señalado como peligrosamente alto. Los apuntes de Irich decían: «Según los informes, el templo está aquí.»

—El arma —murmuró Waxillium, acariciando el mapa con los dedos—. Los Brazales de Duelo.

—Son reales.

—Así lo cree mi tío. —Waxillium titubeó antes de añadir—: Y yo.

—¿Te lo imaginas como nacido de la bruma y feruquimista de pleno derecho? Inmortal... como Miles, solo que mucho peor. Poseería la fuerza de todos los metales. Sería como si el lord Legislador viviera de nuevo.

—Mi tío dijo que iba a visitar el segundo escenario —observó Waxillium mientras estudiaba el mapa—. Sin embargo, cabe la posibilidad de que su expedición todavía no haya llegado hasta el templo. Conocen su ubicación, tras tantos interrogatorios, pero todavía están planeando el viaje. Con esta máquina, podríamos adelantarnos a él.

Respiró hondo e inclinó la cabeza hacia Allik, reclinado en su asiento.

—¿Hablarás con él? Pregúntale cuánto sabe.

—Ese hombre ha sufrido muchísimo, Waxillium —afirmó en voz baja Marasi—. Sospecho que asesinaron a sus amigos después de torturarlos. No se merece un interrogatorio ahora mismo.

—No nos merecemos muchas de las cosas que nos pasan, Marasi. Habla con él, por favor. Lo haría yo, pero el modo en que me trata..., en fin, creo que las respuestas que obtengas tú serán más fiables.

La muchacha exhaló un suspiro, pero asintió con la cabeza y pasó por encima de Wayne, que se había arrumbado en un asiento y estaba (para sorpresa de nadie) roncando plácidamente. Steris se había acomodado con las manos recogidas en el regazo, tan tranquila como si montar en una máquina voladora fuese algo que le ocurriera a diario. Telsin se había sentado al fondo de la nave.

Marasi se tambaleó. Herrumbres, sí que estaba mareada. Por suerte, la parte delantera del vehículo contaba con dos sillas: la que ocupaba Allik y un taburete adyacente, algo más pequeño. Allik la observó de reojo, y Marasi comprendió que había malinterpretado su pose. No estaba reflexionando, sino aterido. Tenía los brazos envueltos a su alrededor, e incluso tiritaba un poquito.

Aquello la sorprendió. Hacía más frío aquí arriba que en tierra firme, cierto, pero ella no se sentía especialmente incómoda. Por otra parte, ahora llevaba puesto el abrigo de Waxillium.

Allik volvió a concentrarse en el parabrisas mientras Marasi se sentaba en el taburete.

—Pensaba —dijo el hombre— que aquí, en la tierra del Soberano, solo había bárbaros. Nadie usa máscara, y lo que hizo tu gente con mis compañeros de

tripulación...

Volvió a estremecerse. No a causa del frío, en esta ocasión.

—Pero entonces me liberaste —continuó—. Y te acompañaba uno de ellos, un gran Nacido del Metal de las artes preciosas. Así que me siento desconcertado.

—No me considero una bárbara —dijo Marasi—, aunque sospecho que nadie salvo las personas menos civilizadas se tiene por tal. Lamento lo que les pasó a tus amigos. Tuvieron la desgracia de tropezarse con unos seres perversos.

—Había quince máscaras en la pared, pero a bordo de la *Brunstell* viajaban casi cien tripulantes, ¿verdad? Sé que algunos perdieron la vida en el accidente, pero el resto... ¿Sabes dónde podrían estar? —Allik la miró, y Marasi pudo ver el dolor que anidaba en sus ojos detrás de la máscara.

—Quizá —respondió la muchacha, sorprendida al comprender de repente que podía ser cierto. Le dio la vuelta a la libreta para enseñarle el mapa—. ¿Esto te suena de algo?

Allik lo contempló fijamente.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo encontré en el escritorio de uno de tus captores.

—No podían comunicarse con nosotros —murmuró Allik mientras cogía la libreta—. ¿Cómo consiguieron sonsacarnos esta información?

Marasi hizo una mueca. Si bien la tortura era un método de interrogación extremadamente ineficaz, al menos en aquellos casos que se atenían a la legalidad, supuso que debía de ser un poderoso motivador para superar cualquier posible barrera lingüística.

—Crees que están aquí —dijo Allik, señalando el mapa—. Crees que los hombres que los capturaron, esos seres perversos, quieren que mis compañeros de tripulación les ayuden a encontrar el templo del Soberano.

—Me imagino perfectamente a Elegante haciendo algo así. —Marasi observó de soslayo a Waxillium, que había ocupado una silla detrás de ella y se había inclinado hacia delante para escuchar la conversación—. Se acompañará de guías o expertos, por si acaso. El líder de los asesinos de tus amigos se dirige hacia aquí.

—En tal caso, ese tiene que ser mi destino. —Allik se enderezó en la silla y cambió el rumbo de la nave—. La *Wilg* y yo os dejaremos donde me digáis, si ese es vuestro deseo, pues no quiero que él se enfade. —Usó el pulgar para apuntar a Waxillium por encima del hombro—. Pero yo tengo que encontrar a mis compañeros.

—¿Quién es el Soberano? —preguntó Wax, a su espalda.

Allik hizo una mueca.

—Nadie tan grande como tú, oh, Notable.

Waxillium no dijo nada.

—Está mirándome fijamente, ¿verdad? —susurró Allik para Marasi.

La muchacha asintió con la cabeza.

—Sus ojos, como témpanos de hielo, me taladran la nuca. —Ya en voz más alta,

Allik añadió—: El Soberano fue nuestro rey hace tres siglos. Nos contó que antes había sido vuestro monarca. Y vuestro dios.

—¿El lord Legislador? —dijo Waxillium—. Murió.

—Sí. Eso también nos lo había contado.

—Hace trescientos años... ¿Exactos?

—Trescientos treinta, oh, Persistente.

Waxillium sacudió la cabeza.

—Armonía ya había ascendido. ¿Estás seguro de que esas fechas son correctas?

—Por supuesto que sí. Pero si deseas que revise mis creencias para...

—No —lo interrumpió Waxillium—. Me conformo con la verdad.

Allik suspiró y puso los ojos en blanco, una expresión curiosa en alguien que ocultaba su rostro detrás de una máscara.

—Dioses —volvió a susurrarle a Marasi—. Es muy temperamental. En cualquier caso, el Soberano llegó diez años después de la Muerte de Hielo, ¿sí? Ya sé que es un nombre ridículo, pero había que llamarla de alguna manera. La tierra era cálida y hermosa, y de repente se congeló.

Marasi arrugó el entrecejo y miró de reojo a Waxillium, que se encogió de hombros.

—¿Se congeló? —dijo la muchacha—. No recuerdo haber oído hablar de ninguna glaciación.

—¡Sigue estando congelada! —exclamó Allik, estremeciéndose—. También pasó aquí, seguro. La Muerte de Hielo se produjo hace más de tres siglos.

—¿El Catacendro? —aventuró Waxillium—. Armonía reconstruyó el mundo. Lo salvó.

—Lo congeló —insistió Allik, sacudiendo la cabeza—. La tierra era cálida y apacible, y ahora es un páramo agreste y glacial.

—Armonía... —murmuró Marasi—. Allik es del sur, Waxillium. ¿No has leído los libros antiguos? El pueblo del Imperio Final no fue nunca en esa dirección. Los océanos hervían, supuestamente, si te acercabas demasiado al ecuador.

—Los habitantes del sur se adaptaron —dijo Wax en voz baja—. No había Montes de Ceniza que inundaran el cielo de polvo, provocando el descenso de las temperaturas...

—El mundo estuvo a punto de ser destruido —prosiguió Allik—, pero apareció el Soberano para salvarnos. Nos enseñó esto. —Indicó con un gesto el brazalete que llevaba puesto, con el medallón, e hizo una pausa—. Bueno, no me refiero a este en particular, sino a esto. —Buscó en la mesa y sacó el otro medallón que lucía antes, el que había rescatado de la caja fuerte en el almacén. Se lo puso, cambiándolo por el de los idiomas, y exhaló un suspiro de satisfacción.

Marasi extendió una mano, como si quisiera tocarlo, y el hombre mostró su conformidad asintiendo con la cabeza. Su piel empezó a caldearse enseguida.

—Calor —murmuró Marasi, mirando de reojo a Waxillium—. Este medallón

almacena calor. Esa es una de las propiedades de la feruquimia, ¿verdad?

Waxillium asintió en silencio.

—La más arquetípica. En la antigüedad, mis antepasados de Terris vivían en los altiplanos y a menudo debían cruzar pasos de montaña cubiertos de nieve. La habilidad de almacenar el calor para recurrir a él más adelante les permitió sobrevivir donde nadie más habría sido capaz.

Allik se quedó sentado, disfrutando de la calidez, antes de (con visible reticencia) quitarse el medallón y sustituirlo por el que, de alguna manera, le permitía hablar con ellos.

—Sin estos —dijo, sosteniendo en alto el primer medallón—, estaríamos muertos. Habríamos desaparecido. Los cinco pueblos se habrían extinguido, ¿verdad?

Marasi asintió con la cabeza.

—¿Y esto os lo enseñó él? ¿El Soberano?

—Claro que sí. Nos salvó, bendito sea. Nos enseñó que los nacidos del metal eran fragmentos de Dios, todos y cada uno de ellos, aunque al principio no teníamos ninguno de esos. Nos dio unos artefactos y creamos los Padres y Madres del Fuego, que viven para recargar estos medallones y permitirnos así a los demás salir de nuestros hogares y sobrevivir en este mundo helado. Cuando se marchó, utilizamos sus dones para inventar el resto, como estos que nos ayudan a volar.

—El lord Legislador —murmuró Marasi—, buscando redimirse por lo que hizo aquí salvando a los habitantes de allí abajo.

—Estaba muerto —dijo Waxillium—. Los informes...

—No sería la primera vez que se equivocan. Tuvo que ser él, Waxillium. Y eso significa que los brazaletes...

Waxillium se situó al otro lado de Allik. El hombre enmascarado lo observó con el rabillo del ojo, como si su proximidad lo incomodara.

—Estos —dijo Waxillium, levantando el medallón calefactor del panel de control—. ¿Podéis crearlos a voluntad?

—Si tenemos el nacido del metal necesario para ello y los supresores adecuados, sí. Los supresores son los dones que el Soberano hizo para nosotros.

—Entonces, con uno de esos artefactos, ¿un nacido del metal podría crear un medallón como este? ¿Uno para cualquier habilidad feruquírica o alomántica?

—Santas palabras —replicó Allik—. Pero si alguien tiene permiso para pronunciarlas, oh, Blasfemo, ese eres tú. Sí. Cualquiera.

—¿Existe alguno de estos medallones que confiera todos los poderes?

Allik se carcajeó.

—¿De qué te ríes? —preguntó Marasi, con el ceño fruncido.

—¿Nos tomáis por dioses? —respondió Allik, sacudiendo la cabeza—. ¿Ves eso? ¿El que tienes en la mano? Es muy complejo. Está cargado con la facultad de concederte una esquirla de santidad.

—Investidura —dijo Waxillium—. Este anillo interior es nicrosil. Si lo sondeas,

te concederá Investidura... transformándote temporalmente en un feruquimista con la habilidad de llenar de peso una mente de metal. —Sostuvo el medallón en alto—. El hierro que contiene es por comodidad, ¿cierto? Podéis llenarlo, pero mientras sondees la Investidura, podrías tocar cualquier fuente de hierro y convertirla en una mente de metal.

—Sabes mucho de esto, oh, Misterioso. Eres sabio y...

—Aprendo rápido. —Waxillium miró de reojo a Marasi, que lo animó a continuar asintiendo con la cabeza. Esto era fascinante, pero las artes metálicas no se contaban entre sus especialidades. Waxillium, en cambio, era un apasionado de la materia—. ¿Qué es este otro anillo incrustado en el medallón?

—De él se desprende el calor —respondió Allik—. Se trata de una combinación extraordinaria: dos atributos, de anillos distintos. Tardamos mucho en conseguir que funcionaran, ¿verdad? El que llevo puesto ahora también tiene dos. Peso y Conexión. He visto medallones con tres. Solo dos veces en toda mi vida. Todos los intentos por conseguir cuatro han sido infructuosos.

—Ponte múltiples medallones —dijo Waxillium—. Amárrate treinta y dos al cuerpo y tendrás todas las habilidades.

—Lo siento, gran Sabio. Es evidente que sabes mucho de esto... Sabes cosas que a ninguno de nosotros se le ocurriría intentar siquiera. ¿Cómo pudimos ser tan ingenuos como para no darnos cuenta de que bastaba con...?

—Cierra el pico —gruñó Waxillium.

Allik se encogió en el asiento.

—¿No da resultado?

Allik negó con la cabeza.

—Interfieren los unos con los otros.

—Pues cread uno con múltiples poderes...

—Habría que ser muy diestro —dijo Allik—. Más que ningún hombre que haya vivido entre nosotros. O... —Se rio por lo bajo—. O tendrías que poseer todos los poderes, en vez de añadir los tuyos al medallón y pasárselo a otro para que se sumaran a los suyos. En tal caso serías un gran dios, en verdad. Tan poderoso como el Soberano.

—Él creo uno de esos —murmuró Waxillium mientras acariciaba el medallón con el pulgar—. Uno con todas las habilidades. Un brazalete, o un juego de ellos, que confería a su portador las dieciséis destrezas alománticas más las dieciséis feruquínicas.

Allik se encogió un poco más.

—Por eso estás aquí, ¿no es cierto, Allik? —preguntó Waxillium, mirando al hombre a los ojos.

Marasi se inclinó hacia delante. Waxillium decía que no se le daba bien entender a la gente, pero se equivocaba. Se le daba de maravilla, aunque para ello antes tuviera que intimidarla.

—Sí —susurró Allik.

—Abandonaste tu tierra en pos de los Brazales de Duelo. ¿Qué hacen aquí?

—Están escondidos. Cuando nos dejó, el Soberano se los llevó consigo, junto con sus sacerdotes y los sirvientes más cercanos a él. Pues bien, algunos regresaron al cabo, ¿verdad? Con historias que contar. Los había embarcado en un largo viaje y les había pedido que erigieran un templo para él en una cordillera remota. Allí se quedaron los sacerdotes, con el cometido de proteger los brazaletes hasta que él volviera a buscarlos. Solo que... eso fue un poco tonto, ¿verdad? Porque nos vendrían de perlas para hacer frente a los Negadores de Máscaras.

—¿«Negadores de Máscaras»? ¿Como nosotros?

—No, no —replicó Allik, riéndose—. Vosotros solo sois bárbaros. Los Negadores entrañan verdadero peligro.

—Oye —dijo Wayne detrás de ellos, con el pelo alborotado por el viento y el sombrero en las manos. ¿Cuándo se había despertado?—. Derribamos tu barco gigante del cielo, ¿no?

—¿Vosotros? —A Allik se le escapó otra carcajada—. No, no. Vosotros no podríais haberle hecho nada a la *Brunstell*. La abatió una fuerte tormenta. Es la mayor amenaza a la que se enfrentan nuestras naves... tan ligeras, tan vulnerables a las inclemencias del tiempo. Podríamos haber realizado un aterrizaje de emergencia, pero sobrevolábamos las montañas, rastreándolas. Estábamos tan cerca del templo, y entonces..., en fin, salimos disparados de las montañas hacia vuestras tierras. Nos estrellamos en aquella pobre aldea... Los bárbaros que la habitaban se mostraron amables con nosotros, al principio. Después llegaron los otros.

Se dejó hundir en su silla.

Waxillium le dio una palmadita en el hombro.

—Gracias, oh, Maravilloso. —Allik exhaló un hondo suspiro—. En fin, llevamos buscando los brazaletes desde que la élite del Soberano nos contó todas esas historias.

—¿Buscando? Has dicho que los dejó allí para él solo.

—Bueno, sí, pero todo el mundo lo interpreta como un desafío. Una prueba dictada por el Soberano... Era muy aficionado a ellas. ¿Por qué dejar que los sacerdotes nos hablaran de ellos si no quería que viniéramos a reclamarlos?

»Solo que, tras años de búsqueda, todo el mundo empieza a sospechar que el templo no es más que una bonita leyenda cuyos orígenes ya se han perdido en el tiempo. Salen mapas hasta de debajo de las piedras, ¿verdad? Con menos valor que el papel en el que están dibujados. Hasta que, recientemente, comenzaron a circular unos rumores interesantes sobre estas tierras del norte y unas montañas inexploradas. Enviamos varias naves cargadas de exploradores que regresaron con historias sobre tu pueblo, en este lugar.

»Y así, hace cinco o seis años, los Cazadores prepararon un gran barco con la misión de encontrar el templo por fin. Creemos que tuvieron éxito. Uno de los exploradores regresó con un mapa del lugar en el que habían estado. Los demás

habían perecido congelados; una tormenta de nieve demostró ser superior al poder de sus medallones en las montañas.

El viento meció la pequeña embarcación mientras Allik guarda silencio.

—Vamos a buscar ese templo, ¿a que sí? —preguntó Marasi, mirando a Waxillium.

—No lo dudes ni por un puñetero instante.



Marasi tuvo tiempo de sobra para pensar mientras se dirigían al sur, hacia las montañas. Para su sorpresa, Allik había calculado que el viaje duraría alrededor de dos horas. Se imaginaba que una aeronave sería un vehículo veloz, pero esta era más lenta que el tren. Pese a todo, la posibilidad de viajar en línea recta en vez de tener que atenerse a los accidentes geológicos constituía una ventaja innegable.

Aun con las hélices silbando en sus marcos, la aeronave parecía pasarse la mayor parte del tiempo planeando. Allik aumentaba o disminuía su peso, según correspondiera, para aprovechar los vientos más favorables (y se quejaba de no conocer las corrientes de esa región). Utilizaba para orientarse unos instrumentos que Marasi no conocía, además de unos mapas asombrosamente exactos de la cuenca inferior. ¿Cuánto tiempo llevaría esa gente merodeando por los cielos allí arriba, ocultos en la oscuridad, observando y cartografiando el terreno?

Casi todos los demás dormían ahora, sondeando cómodamente el calor tal y como Allik les había enseñado. Cuando Marasi contemplaba la posibilidad de imitarlos, sin embargo, no lograba desterrar de su cabeza el temor a caerse por una de aquellas escotillas y abrir los ojos justo antes de estrellarse contra el suelo... a pesar de los cinturones de seguridad que todos llevaban abrochados.

Wayne le había dado otro remedio para aliviar el dolor, aunque no quiso decirle de qué se trataba. La sensación era agradable, en cualquier caso, y le permitía desoír las protestas de su costado magullado. La muchacha se sentó junto a Allik para darle conversación. Se sentía culpable, puesto que eso lo obligaba a usar el medallón que le permitía traducir sus palabras, pero el hombre parecía tan desesperado como ella por hablar con alguien. Marasi ignoraba si se debía a lo mucho que extrañaba interactuar con otras personas después de su cautiverio, o a la necesidad de distraerse como fuera para no pensar en las vidas de todos sus amigos que se había cobrado aquel viaje.

En el transcurso de las dos horas siguientes, Allik le contó más detalles acerca de los medallones que llevaban puestos y las leyendas sobre los Brazales de Duelo. Según la tradición de su pueblo, el lord Legislador los había imbuido con una generosa cantidad de todos los atributos, pero también los había diseñado para conceder a su portador la facultad de invocarlos. Para la humanidad era un desafío encontrarlos, con advertencias en contra o sin ellas. Allik no daba la impresión de pensar que eso supusiera una contradicción.

También le desveló más cosas sobre la vida en su lugar de origen, al otro lado de

las montañas, más allá del sur de los Áridos y los páramos con los que lindaban. Una tierra tan maravillosa como lejana donde todo el mundo usaba máscaras, aunque no todos las utilizaran de la misma manera.

El pueblo de Allik prefería utilizar distintas caretas según cuál fuese su profesión o su estado de ánimo. No a diario, por supuesto, aunque no era inusitado que cambiases de máscara tan a menudo como las damas de Elendel de peinado. Había otros grupos, empero. Uno de ellos tenía por costumbre dar una máscara a cada recién nacido, y estos solo la cambiarían por otra una vez en la vida, al cumplir la mayoría de edad. Allik afirmó que las máscaras de esas personas (denominadas Cazadores) llegaban a crecer con ellas, incluso, aunque a Marasi le costó imaginarse tal cosa. Otro colectivo distinto, al que se refirió en términos peyorativos, únicamente lucía máscaras simples y sin pintar hasta haberse ganado el derecho a ponerse otras más elaboradas con sus acciones.

—Estos son los Caídos —le explicó, agitando una mano ante él en un gesto que la muchacha no supo interpretar—. Nuestros monarcas de antaño, ¿verdad? Antes de que el mundo se helara. Ofendieron al Jaggenmire, motivo por el cual todo salió mal, y...

—Espera —dijo Marasi, bajando la voz para no despertar a los otros—. El... yayg...

—Jaggenmire. ¿No se ha traducido? Eso significa que no tenéis ninguna palabra equivalente en vuestro idioma. Es como una deidad, solo que no.

—Muy descriptivo.

Allik la sorprendió levantándose la careta, algo que Marasi solo le había visto hacer una vez, cuando se arrodilló ante las máscaras de sus amigos. Continuó hablando, sin que pareciera considerar que estaba cometiendo algún tipo de infracción. A la muchacha le gustaba ser capaz de verle el rostro, aunque el bigotito y la barba rala le confiriesen un aspecto un poco ridículo; le hacían parecer más joven de lo que en realidad era, a menos que hubiera mentido al decir que tenía veintidós años.

—Es como... —reanudó su discurso Allik, haciendo una mueca—, como una cosa que gobierna el mundo, ¿verdad? Cuando algo crece, o muere, es porque el Jaggenmire así lo habrá decretado. Están Herr y su hermana, Frue, que también es su esposa. Ella hace que las cosas se detengan y él hace que las cosas se muevan, pero ninguno de los dos puede...

—... crear vida propia —terminó Marasi la frase por él.

—¡Eso es!

—Ruina y Conservación. Los antiguos dioses de Terris. Ahora son uno solo. Armonía.

—No, siempre han sido uno —dijo Allik—. Y siempre han estado separados. Muy extraño, muy complicado. De todas formas, estábamos hablando de los Caídos, ¿verdad? Trabajan en lo que pueden para aligerar la carga de su fracaso. Cualquier

logro, por pequeño que sea, significa mucho para ellos. Pero debes tener cuidado, porque si les dices que han hecho algo bien, tu cumplido podría llegarles al alma y regresarán con los suyos para contárselo a todo el mundo. Después es posible que te llamen a declarar sobre el buen trabajo que han hecho, para que puedan cambiarse la máscara. Y su idioma es una tortura. Lo hablo un poco... siempre es práctico, así no hace falta ponerse el medallón... y hace que la cabeza me dé vueltas, como si hubiera pasado demasiado tiempo volando a demasiada altura.

Marasi sonrió mientras lo escuchaba. Allik acompañaba su discurso de gestos exagerados, lo cual ella supuso que tenía su lógica, habida cuenta de que llevaban el rostro cubierto en todo momento.

—¿Conoces muchos idiomas? —le preguntó de repente, aprovechando el momento de pausa que hizo para recuperar el aliento.

—Ni siquiera domino el mío —respondió él con una sonrisa—, pero me esfuerzo. Me parece una habilidad recomendable para cualquier piloto de deslizador, pues a menudo debo utilizar la *Wilg* para transportar personas de una nave a otra, o entre distintas torres. Y ya que tengo que pasarme media jornada en clase, por lo menos que sea para aprender algo útil. Aunque las matemáticas me...

—¿En clase? —preguntó Marasi, arrugando el entrecejo.

—Pues claro. ¿A qué te crees que dedicamos todo el tiempo que pasamos a bordo de la nave?

—No sé. ¿A fregar cubiertas? Amarrar cuerdas. Arreglar... hmm... cosas. Lo normal en una tripulación.

Allik se quedó mirándola fijamente, con los ojos amenazando con salírsele de las órbitas, y se bajó la máscara de golpe.

—Haré como si no acabaras de compararme con un vulgar navegante, señorita Marasi.

—Hmmm...

—Hace falta ser un poquito más especial que eso si quieres volar. Se espera de nosotros que nos comportemos como lores y damas. Más de uno ha acabado saltando por la borda por no saberse los pasos de un baile.

—Hala, ¿en serio?

—En serio, sí. —Allik titubeó—. Vale, ocurrió solo una vez. Y antes le habíamos atado el pie con un cabo. —Hizo un gesto que Marasi había aprendido a interpretar como equivalente a una carcajada o una sonrisa—. Se pasó por lo menos cinco minutos colgando bajo la quilla de la *Brunstell*, blasfemando hasta quedarse ronco. ¡Pero nunca se volvió a equivocar con los tres pasos del aljibe! Y Svel le decía siempre...

Allik enmudeció de repente, dejando la frase a medias.

—¿Qué le decía? —lo azuzó Marasi.

—Perdona. Su máscara... a la de Svel, me refiero. Estaba en la pared...

«Oh.» La conversación tocó así a su fin, con Allik dejando vagar la mirada frente

a él antes de realizar unos pequeños ajustes sobre el rumbo. Reinaba la oscuridad en el exterior, salvo por las luces de unas pocas ciudades que quedaban hacia su izquierda, a lo lejos. Si bien habían comenzado bordeando la cordillera de Seran, hacía aproximadamente media hora que Allik había reconducido el deslizador hacia el interior de las montañas. Ahora sobrevolaban las cumbres, tras ascender a una altura superior a la que habían volado cuando estaban atravesando la cuenca.

—Allik —dijo Marasi, apoyándole una mano en el brazo—. Lo siento.

No obtuvo respuesta. Vacilante, muy consciente de estar haciendo algo que para él probablemente fuese tabú, estiró el brazo y le levantó la máscara. El hombre no se lo impidió; su gesto reveló unos ojos que miraban sin ver y dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—No volveré a verlo —murmuró Allik—. La *Brunstell* está destrozada. Nunca volveré a navegar en ella. Diablos... no volveré a ver nunca mi hogar, ¿verdad?

—Pues claro que sí. Puedes ir volando hasta allí.

—La *Wilg* no aguantará con la piedra que tengo —replicó él mientras se secaba una mejilla con la mano, primero, y después la otra.

—¿Piedra?

—Combustible. —Allik la observó de reojo—. ¿Te pensabas que la *Wilg* volaba impulsada por nubes y sueños?

—Creía que su combustible era la alomancia.

—La alomancia empuja los impulsores, pero el *ettmetalla* sostiene en el aire.

—Me parece que eso tampoco tiene traducción —dijo Marasi, con el ceño fruncido.

—Ven, fíjate. —Allik se arrodilló y abrió el compartimento en el que había metido el pequeño cubo al que Waxillium se había referido como «granada alomántica». Estaba acoplado a una placa metálica que resplandecía con delicadeza en el centro. El hombre apuntó con el dedo, y Marasi vio un fulgor más intenso hacia un lado, de un blanco intenso. Una piedra, ardiendo como un fuego fatuo.

«O como la misma alomancia», pensó la muchacha.

—¿Qué clase de metal es ese?

—Ettmetal —respondió Allik, encogiéndose de hombros—. El cubo básico también contiene un poco, por eso funciona. Para impulsar una nave como la *Wilg* se necesita más cantidad, y mucho más para impulsar a la *Brunstell* por el aire. ¿No conocéis este metal?

—Me parece que no.

—Bueno, lo que queda en la *Wilg* bastará para seguir volando uno o dos días más. Después de eso necesitaríamos que un alomante empujara constantemente. Así que, a menos que a Su Adormilada Grandeza le apetezca volar conmigo todo el camino de vuelta, me veo aquí atrapado, ¿verdad?

—Has dicho que había más a bordo de la *Brunstell*.

—Sí, pero lo tienen ellos. —En sus labios se dibujó una sonrisa traviesa—. Al

principio, los malvados no sabían cómo manipularlo. Dejaron que se humedeciese. Aquel sí que fue un buen día.

—¿Por qué?

—El ettmetal explota al contacto con el agua.

—¿Qué clase de metal «explota» al mojarse?

—Este de aquí. En cualquier caso, vuestros malvados se llevaron la mayor parte de nuestras reservas.

—Y ahora nosotros vamos a detenerlos —replicó con firmeza Marasi—. Rescataremos a tus compañeros de tripulación, te meteremos en tu nave... o en alguno de esos deslizadores, si la grande se niega a volver a volar... y te enviaremos a casa.

Allik se reclinó de nuevo en el asiento y cerró el panel que había debajo de los controles.

—Eso haremos —convino, asintiendo con la cabeza antes de mirarla fijamente de nuevo, levantada aún su máscara—. Claro que sí. Como vuestro pueblo no posee lo mismo que el nuestro, ni aeronaves ni nada que se le parezca, me dejarán suelto y a mi aire para que me largue sin antes interrogarme con la intención de desentrañar los secretos de toda esta tecnología.

Herrumbres. Qué listo era.

—Podríamos darle algo de tecnología al gobernador —sugirió Marasi—. Un puñado de medallones, tal vez, con la promesa de establecer un futuro intercambio entre nuestras respectivas culturas, en recompensa por haberos ayudado a volver a casa. Eso borraría en parte la vergüenza de lo que ha hecho Elegante.

—Hay en mi tierra quienes encontrarían esta cuenca vuestra de aquí arriba... tentadora, sin recursos para defenderse de los ataques aéreos.

—Razón de más para contar con aliados entre los tuyos.

—Es posible. —Allik volvió a colocarse la careta—. Aprecio mucho tu naturaleza, tan genuina. No tienes ninguna máscara detrás de la cual ocultar tus emociones. Extraño, pero de agradecer, en este caso. De todas formas, no puedo por menos de preguntarme si esto no será más complicado de lo que te imaginas. Si encontramos esas reliquias, lo que vosotros llamáis los Brazales de Duelo, ¿quién va a quedarse con ellos? Aunque sean nuestros, no veo a vuestro lord Nacido del Metal dejando que se le escapen de las manos.

Otra pregunta peliaguda.

—No... no lo sé, la verdad —dijo Marasi—. Por otra parte, cabría pensar que nos pertenecen tanto como a vosotros, puesto que fue nuestro gobernante el que los creó.

—Gobernante al que vosotros mismos asesinasteis —matizó Allik—. Pero no discutamos ahora por eso, ¿verdad? Encontremos lo que estamos buscando, y ya decidiremos qué hacer cuando llegue el momento. —Tras un instante de vacilación, añadió—: Debo confesarte algo, señorita Marasi. Es posible que solo encontremos destrucción en el templo.

La muchacha arrugó el entrecejo mientras se acomodaba en el asiento, deseando que el hombre aún tuviera la máscara levantada para leer sus facciones.

—¿A qué te refieres?

—Ya te he hablado de quienes vinieron en busca del templo.

—Los Cazadores.

Allik asintió con la cabeza.

—Eran guerreros en la época anterior a la glaciación. Ahora cazan respuestas sobre lo que nos sucedió, y secretos para evitar que se repita. Señorita Marasi, conozco a muchos de ellos y sé que pueden ser buenas personas... pero también son muy muy estrictos. Según ellos, los Brazales de Duelo nos fueron legados a modo de prueba, sí, pero no la que todos pensamos. Lo que pretendía el Soberano, en su opinión, era comprobar si intentaríamos arrogarnos un poder que no nos correspondía. Por eso...

—Continúa.

—Su nave —dijo Allik, observándola—, la primera en llegar hasta aquí, transportaba explosivos, y de los grandes. Bombas de ettmetal. Su intención era destruir los brazaletes. No lo consiguieron, se rumorea, pero podría haber sucedido cualquier cosa. Cuentan que el templo está ubicado en el punto más frío de esta parte del mundo. Un lugar muy peligroso para los míos.

Lo sobrevino un estremecimiento visible mientras contemplaba con anhelo el medallón que tenía delante, encima del panel de control.

—Adelante —lo animó Marasi—, póngelo.

El hombre asintió con la cabeza. Habían repetido ya varias veces la misma operación a lo largo del vuelo, dejando que Allik entrase en calor con el artefacto feruquímico. Marasi, que llevaba puesto uno a su vez, se sentía agradablemente abrigada a pesar de que, a la altura a la que se encontraban, el aire debía de estar helado.

Mientras Allik volvía a sentarse, Marasi sucumbió a la curiosidad y recogió el medallón de Conexión que acababa de soltar él. Le dio vueltas entre los dedos, fijándose en las sinuosas líneas del centro que dividían los distintos metales. Hierro para el peso, duralumín para la Conexión y, lo más importante, nicrosil para conferirle a su portador la habilidad de sondear los metales.

Poseía los conocimientos suficientes sobre teoría metálica como para identificar los metales, pero la Conexión... ¿para qué servía realmente? ¿Y cómo era posible que le permitiera a Allik hablar otro idioma?

Sintiéndose un poco tonta de repente, sonrió y se quitó el medallón. La nave se escoró de inmediato en respuesta al súbito aumento de peso. Con un gritito de alarma, Marasi se apresuró a ponerse el peso/conexión, aligerándose de nuevo y ruborizándose al ver que Waxillium se levantaba de un salto al tiempo que desenfundaba la pistola. Así que no estaba dormido, sino escuchando a hurtadillas. Miró a su alrededor, buscando el origen de la sacudida.

Nadie más se había movido. Wayne seguía roncando.

Marasi levantó el disco frente a Allik y sondeó la conexión. Esperaba que se produjera algún tipo de reacción en su seno, pero no le dio la impresión de que hubiera ocurrido nada.

—Qué memos hemos sido —murmuró—. Podría haberme puesto esto desde el principio y haber hablado tu idioma. Así tú no habrías pasado frío en ningún momento.

Allik sonrió de oreja a oreja mientras decía algo completamente ininteligible.

—¿Qué ocurre? —preguntó Waxillium detrás de ella.

—Nada —replicó Marasi, ruborizándose de nuevo. No funcionaba. ¿Por qué no?

El hombre le hizo una seña, y la muchacha volvió a ponerse el medallón de antes; procuró no provocar ninguna sacudida esta vez, sin demasiado éxito. ¿Cómo conseguiría él que la transición fuese tan fluida? Allik ensayó otro gesto, como si se pasase la mano por la cara, que ella interpretó como una sonrisa.

—Muy inteligente, pero no dará resultado contigo.

—¿Por qué no?

—Porque estamos en tu tierra. Es el visitante el que debe portar el medallón en todo momento. Está cargado de conexión, ¿verdad? Conexión en blanco, con ningún lugar en particular. Pero la conexión no puede conectarse con «nada», así que, cuando la sondeas, se extiende y te conecta con el lugar del que provienes. Hace que tu alma piense que te criaste en este lugar, por eso cambia tu idioma.

Marasi frunció el ceño, pero Waxillium, intrigado, se arrimó entre los asientos.

—Curioso —murmuró—. Muy curioso.

—Así funciona el mundo —dijo Allik, encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿por qué tienes acento todavía? —preguntó Marasi—. Si tu cerebro cree que se crio aquí...

—Ah. —Allik levantó un dedo—. Mi alma piensa que crecí aquí, en vuestras tierras, pero sabe que desciendo de malwish y que mis padres son de Wiestlow, por eso es inevitable que hable con acento, ¿verdad? Lo heredé de ellos. El medallón funciona así siempre.

—Qué raro.

—Sí —convino Allik. Waxillium, en cambio, estaba asintiendo con la cabeza, como si todo aquello fuera la cosa más lógica del mundo. Señalando con el dedo, dijo:

—Esas montañas que quedan a nuestra derecha. Las cumbres son más altas que las que hemos sobrevolado antes.

—¡Ciento! Buena vista, oh, Observa...

—Para ya con los títulos.

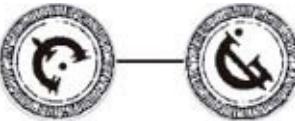
—Sí, hmm, oh, Desconcertante... esto... —Allik respiró hondo—. Esas son las cumbres que buscamos. Estamos acercándonos. Tendremos que elevar la *Wilg* todavía más. Bajas temperaturas, altitudes peligrosas...

Titubeó cuando Waxillium apuntó frente a ellos con el dedo. A Marasi le costó distinguir de qué se trataba, pero resultaba inconfundible cuando lo vio. En medio de la oscuridad flotaba una luz; apenas un destello, aunque llamativo contra el fondo negro que lo rodeaba.

—La cordillera de Seran está deshabitada —dijo Waxillium—, a excepción de unos pocos valles. Demasiado frío, demasiadas tormentas.

—Entonces, si hay luz... —musitó Marasi.

—La expedición de Elegante ya está en camino —concluyó Waxillium, enderezándose—. Ha llegado el momento de despertar a los demás.



Wayne se vio arrastrado al mundo de la vigilia sin miramientos, arrancado de súbito del extraordinario sueño que estaba teniendo, en el que era el rey de los perros. Hasta tenía una corona con forma de tazón y todo. Parpadeó varias veces seguidas, sintiéndose cómodo y abrigado, hasta que una ráfaga de aire lo golpeó de repente. Adormilado, recordó que estaba volando en algún tipo de herrumbrosa «aeronave» pilotada por un fulano sin rostro. Era casi mejor que lo de los perros.

—¿Puedes acercarnos un poco más? —preguntó Telsin.

—Si lo hago —respondió el tipo enmascarado—, nos oirán, incluso con las hélices de la *Wilg* a baja potencia. Tenemos que adelantar a esas personas de abajo, pero lo faremos a gran altura.

¡Herrumbres! La hermana de Wax tenía medio cuerpo fuera del costado abierto de la máquina, mirando hacia abajo, aunque a Wayne le costaba distinguirla con tan poca luz. Jamás habría adivinado que esa mujer estaba hecha toda una aventurera, con lo tranquilo y cuidadoso que era casi siempre su hermano. Allí estaba, sin embargo, empeñada en imitar el cartel de una taberna agitado por el viento. Wayne asintió con la cabeza, impresionado, se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó para ver qué era lo que tanto la fascinaba.

Pasó por encima de las mochilas, que se habían caído del pulcro montón en el que Steris las había ordenado, y se asomó junto a Telsin. Aquello le permitió contemplar una larga columna de personas que, alumbrándose con linternas, caminaban fatigosamente a través de un manto de nieve que parecía llegarles por la cintura. Pobres diablos.

Wax se acercó a la otra escotilla y sacó el telescopio. Wayne no conseguía ver mucho más. Sujetándose con una mano, cogió su cajita de goma de mascar y la sacudió. Solo le quedaba una pella. Maldición. En fin, por lo menos estaba bien recubierta de azúcar en polvo. Aquello le levantaría el ánimo, seguro.

—¿Lo ves? —preguntó Telsin.

—Creo que sí —respondió Wax—. Espera... Sí, ahí está. Seguro que la expedición emprendió la marcha en cuanto se enteraron de lo que había ocurrido en el almacén. —Bajó la mano hasta la cartuchera y desenfundó una de sus pistolas. Les había puesto nombre a los herrumbrosos chismes aquellos, pero Wayne siempre los confundía. Este era uno de los largos, con el tubo ese tan largo que escupía trocitos de metal contra los malos.

—Déjame hacerlo —dijo Telsin, con un dejo apasionado en la voz.

Wayne titubeó con la bolita de chicle a medio camino ya de sus labios. Qué sed de sangre tenía aquella mujer, era increíble.

—No acertarías nunca en estas condiciones —replicó Wax—. Ni siquiera estoy seguro de que yo sea capaz.

—Deja que lo intente —le imploró Telsin—. Quiero que muera, cueste lo que cueste. Otro ocupará su lugar, pero a él lo quiero ver muerto.

Wax se quedó apuntando un buen rato; a bordo de la nave, todo el mundo parecía estar conteniendo el aliento. Al cabo, Wax bajó el arma.

—No —dijo—. Tu testimonio ante un tribunal perjudicará más al Grupo que asesinar a un hombre sin más motivo que la venganza. Y preferiría interrogarlo, de todos modos. —Enfundó la pistola.

Wayne asintió con la cabeza. Un chico de fiar, Wax. Firme. Daba igual que tuviese el día bueno o malo. Wayne empezó a retirarse hacia el interior de la nave, pero al intentar encaramarse por encima de los asientos, de alguna manera se acabó enredando con Telsin y, en el proceso, mandó uno de los petates volando por la escotilla de una patada.

El muchacho se quedó mirando fijamente hacia abajo, consternado, hasta ver cómo le daba a uno de los hombres en la cabeza.

—Pero ¿cómo eres tan torpe? —se encaró Telsin con él.

Wayne hizo una mueca.

—¿Qué ha hecho Wayne ahora? —preguntó Marasi, con una nota de resignación en la voz.

—Acaba de lanzarles una mochila de una patada —respondió Telsin.

—No ha sido culpa mía —protestó el muchacho—. Wax me ha despertado demasiado pronto. Me aturullé. —Miró a los demás ocupantes de la nave. Wax suspiró mientras se situaba junto al piloto. Steris y MeLaan estaban sentadas en el banco del fondo, sin molestar a nadie; el kandra haraganeaba en una pose de lo más sensual, mientras que Steris estaba encorvada sobre una libreta de buen tamaño. ¿Tomando apuntes? ¿Ahora? Pero ¿qué herrumbres le pasaba a esa mujer?

Abajo, los hombres de la nieve barrían el cielo con sus linternas, desconcertados.

—Aléjanos de aquí —le ordenó Wax al piloto enmascarado, apuntando con el dedo—. Sigue la dirección de su ruta.

—Sí, oh, Decidido —dijo el piloto, y las hélices de los costados empezaron a girar con más brío—. Agarraos bien, todos.

La nave viró. No muy rápido, pero pronto empezó a moverse otra vez. Buen truco ese, mantener la posición en pleno vuelo. Los pájaros no podían hacerlo, solo los lanzamonetas. Wayne se acercó a la proa, pasando junto a Marasi para echar un buen vistazo por la ventana de la máquina.

—El viento arrecia —observó el piloto—. Quizá se avecine una tormenta, por si no hiciese ya bastante frío.

—Allí —dijo Wax, señalando—. ¿Qué ha sido eso?

—Daré la vuelta —replicó el piloto mientras maniobraba la nave, que se bamboleó de forma preocupante. Una nueva ráfaga de viento, cargada de copos de nieve, se introdujo por las escotillas abiertas de los costados del vehículo.

—Ahí está —murmuró Wax, escudriñando entre la ventisca—. Por los Anillos de Armonía... está aquí de verdad.

—Yo no veo nada —protestó Wayne, entornando los párpados.

—Sujetaos a lo que podáis —dijo el piloto—, o abrochaos los cinturones. Voy a aterrizar.

Wayne se agarró al brazo del hombre.

—Sujétate en cualquier otra parte, mejor.

Wayne se agarró al respaldo de la silla, y menos mal, porque la nave se ladeó al emprender el descenso. El aterrizaje no estuvo mal, siempre y cuando entre las aficiones de uno se contase el que lo zarandearan a lo bruto antes de estamparle los morros contra una pared.

Parpadeó, encontrándose a oscuras. MeLaan consiguió encender su linterna de nuevo instantes después y la levantó, revelando así que la nave se había asentado de costado después de que una de las alas con hélice (replegable, para encajar en el armazón del vehículo) se hubiera doblado a la altura del mecanismo de retracción. Una avalancha de nieve se había colado a través de una escotilla.

—¿Esto es así siempre? —preguntó Wax mientras se ponía de pie con dificultad a causa de la inclinación del suelo.

—Aterrizar es complicado —reconoció el piloto.

—No lo es —dijo Marasi desde la parte de atrás—, en teoría. Probablemente sea la parte más sencilla de conducir una nave voladora, siempre y cuando uno no se ponga quisquilloso.

Wayne resopló, cruzó el vehículo hasta la zona más elevada y bajó de un salto. Se hundió en la nieve con un crujido. Eso no se lo esperaba; solo había visto la nieve en alguna que otra ventisca en los Áridos, pero nunca tan profunda. ¿Por qué crujiría? Estaba hecha de agua, no de copos de avena.

Tambaleándose, salió de la montaña de nieve a una porción de terreno rocoso azotado por el viento. La nieve lo manoteaba como granos de arena, pero no parecía estar cayendo del cielo, sino volando de lado. Sondeó más calor, tiritando. Quiso el azar que las nubes se despejaran en ese momento, franqueando el paso a la luz de las estrellas como un portero que acabara de hacerse a un lado para dejar que la gente accediese al club más exclusivo de la ciudad.

Aquella claridad cayó como una cascada blanca y serena sobre un herrumbroso castillo que se alzaba en medio de las montañas. Una sombría fortaleza de piedra, del mismo color que el terreno que la rodeaba. Parecía tener un solo piso, achaparrada para guarecerse del viento, pero a la luz de las estrellas resplandecía como el espíritu de un antiguo edificio de tiempos antevergeles.

Wayne exhaló lentamente, dejando que su aliento formara un blanco penacho brumoso ante él.

—Bonito —dijo, asintiendo con la cabeza—. Me gusta. —La gente que había construido eso tenía estilo.

Marasi desembarcó a trompicones (se había puesto el gabán de bruma de Wax, por alguna razón), y a punto estuvo de caerse de brúces en la nieve. Se levantó encima de aquella loma blanca esponjosa, otro golpe de viento amenazó con derribarla de nuevo, y de repente se hundió con un crujido. Por fin se había acordado de dejar de llenar de peso su mente de metal. Era fácil cometer ese error cuando uno no estaba acostumbrado a pensar como un feruquimista.

Se abrió paso a través de la nieve y se reunió con Wayne, enjugándose la nieve derretida del ceño. Tenía buen aspecto, considerando que le habían pegado un disparo.

—Elegante y los suyos no andan lejos —anunció—. Y ahora saben que estamos aquí.

—En tal caso —dijo Wax, detrás de ellos—, habrá que encontrar los brazaletes antes que ellos. —Era injusto de narices el modo en que bajó de la máquina planeando, deslizándose por los aires tras dar un saltito para aterrizar junto a ellos, sin tropezar ni una sola vez en la nieve. En serio. ¿Para qué había hecho Armonía esa cosa? No daba la impresión de cumplir ninguna función—. Que todo el mundo recoja sus cosas. Allik, saca la granada de la nave, por si acaso.

Se apresuraron a obedecer. Marasi volvió a entrar en la máquina y ayudó a Steris a repartir el equipaje. Allik apareció con su máscara y se quedó junto a la nave, contemplando fijamente la fortaleza mientras sacudía la cabeza. Al cabo, se giró y le dio unas palmaditas a su embarcación, como si esta fuese un cachorrillo o algo por el estilo, hasta que Steris lo ahuyentó de allí por alguna razón. Marasi salió instantes después, con un vestido en vez del uniforme, aunque llevaba pantalones debajo. Le lanzó su gabán de bruma a Wax.

Lógico. Una mujer tenía que cambiarse de ropa para esto. No estaría bien infiltrarse en un antiguo templo remoto sin el atuendo adecuado. Wayne se pasó una mano por el pelo... y le sobrevino un ataque de pánico. ¡Su sombrero! Empezó a regresar a la nave, mirando desesperadamente a su alrededor, pero no tardó en divisarlo medio enterrado en un montón de nieve cercano. Debía de haber salido volando cuando aterrizaron. Lo recogió con un suspiro de alivio.

—Atrás, todo el mundo —les indicó Wax, afianzando los pies en el suelo mientras los faldones de su gabán de bruma ondeaban en todas direcciones al viento. Cuando los demás se hubieron apartado de la nave, empujó con un gruñido. La máquina retrocedió deslizándose con suavidad por la nieve, apilándola contra uno de sus costados en una especie de ola hasta quedar enterrada por completo.

—Estupendo —dijo Wayne.

—Esperemos que no la encuentre ninguno de sus lanzamonedas o algún atraedor.

—Wax se giró hacia el templo y se colgó la escopeta del hombro—. En marcha, guarezcámonos de este viento.

Recogieron las mochilas y encaminaron sus pasos hacia la fortaleza a través del abrupto terreno. Steris, que había encontrado otra linterna en alguna parte, la encendió. Wayne apretó el paso para situarse junto al piloto enmascarado.

—¿Sabes?, yo también soy alomante.

El hombre no dijo nada.

—He pensado que te interesaría saberlo —continuó Wayne—, habida cuenta de que vuestra religión parece girar en torno a nosotros y eso. Por si te apeteciera adorar a alguien más.

De nuevo, no obtuvo respuesta.

—Soy un deslizador. Burbujas de velocidad, ya sabes. Esos títulos tan coquetos me vendrían de perlas, en mi opinión. Oh, Apuesto. Oh, Ingenioso. Hmm... oh, Portador de Tan Glorioso Sombrero.

Tan solo se oían sus pasos y el ulular del viento.

—Mira, un momento, esto es injusto. Wax no quiere que lo adores, ¿vale? Pero tienes que adorar a alguien. Forma parte de la naturaleza humana. Para nosotros es algo congénito. Así que estoy dispuesto a sacrificarme y dejar que me...

—No te entiende, Wayne —dijo Marasi sobre la marcha mientras los adelantaba

—. Ha cambiado de mente de metal para no morirse de frío.

Wayne se quedó clavado en el sitio mientras los demás proseguían su camino.

—Bueno, pues cuando se le vuelva a reactivar la sesera, que alguien me haga un favor y le explique que soy una deidad, ¿vale?

—Cuenta con ello —replicó Wax desde la vanguardia de la comitiva.

Wayne suspiró y se dispuso a darles alcance, pero volvió a detenerse. ¿Qué era aquello que había a un lado del camino? Se ajustó la mochila en los hombros y fue a averiguarlo, desoyendo las advertencias de Marasi para que volviera. Había algo allí, sí, cerca de un precipicio. Una forma inmensa, mayor que una casa, con las zonas expuestas cubiertas de escarcha.

Wax le dio alcance caminando a zancadas, con los párpados entornados para protegerse del viento, y soltó un gruñido.

—Otra nave —dijo—. La que enviaron los Cazadores.

—¿Los qué?

—Otro grupo de personas de la región de Allik. Vinieron para arrasar este sitio. Al parecer, por suerte, sin éxito.

Wax giró sobre los talones, pero Wayne le dio un codazo para llamar su atención e inclinó la cabeza en dirección a una mano que sobresalía en medio de uno de los bancos de nieve. Tras fijarse mejor, distinguió una decena de cadáveres, quizás más, abandonados en aquel páramo helado, congelados para toda la eternidad.

Wax asintió con la cabeza, y regresaron junto a los otros. Marasi y Steris los esperaban junto con el tipo enmascarado, que había recorrido la mitad de la distancia

que los separaba de la nave antes de quedarse inmóvil, contemplándola fijamente. La hermana de Wax se había adelantado, con MeLaan pisándole los talones. Una vez reunidos con el grueso del grupo, partieron tras los pasos de Telsin y el kandra.

—Tu hermana —le dijo Wayne a Wax— está un poquito...

—¿Obcecada? —aventuró Marasi.

—Iba a decir «mal de la cabeza» —confesó Wayne—. Aunque todavía no he tenido tiempo de evaluarla en condiciones y no sé muy bien si eso es algo negativo o positivo.

—Lo ha pasado muy mal —dijo Wax, con la vista fija al frente—. Cuando volvamos a casa, les pediremos a los médicos que hablen con ella. Se recuperará.

Wayne asintió con la cabeza.

—Aunque, por otra parte, si se recupera, ya no encajará con nosotros.

Prosiguieron la marcha. Aquella fortaleza..., herrumbres, era impresionante. Estaba construida con grandes bloques de piedra (probablemente, el tipo que los acarreó hasta allí acabó con la espalda hecha cisco), con una escalinata en la parte delantera que conducía a una estatua gigantesca. Al principio, le extrañó, pues plantar algo así allí, en medio de la nada, no parecía tener demasiado sentido; pero, pensándolo mejor, las que había en Elendel servían de letrina para un millón de aves distintas, así que quizás este fuese el emplazamiento más digno que se le pudiera encontrar a una estatua.

Ascendieron juntos por los escalones, contra los embates del viento. Gracias al medallón, este no era tan frío como para dejarle las peladillas heladas, pero seguía suponiendo un fastidio. Una vez en lo alto tuvieron que rodear la estatua, la cual representaba a un fulano embozado en un largo abrigo que sostenía una lanza al costado, con la punta apoyada en las piedras. Wayne dio un paso atrás y estiró el cuello para observarla mejor, rascándose la mejilla.

—¿Qué le pasa en el ojo? —preguntó, señalando con el dedo.

Marasi se puso a su lado y entornó los párpados para ver mejor en la oscuridad.

—Una púa —murmuró—. Como la efigie de esa moneda que tiene Waxillium.

Sí, eso era. El tipo tenía un punzón clavado en el ojo derecho. Wayne rodeó la estatua, contra cuya base se amontonaba la nieve.

—Un ojo con una púa —dijo Wax, pensativo—. Este sitio lo construyó el lord Legislador. ¿Por qué ordenaría erigir una escultura suya con el ojo perforado?

—Porta una lanza —musitó Marasi—. ¿Como la que usó para matar al Superviviente?

—Una lanza metálica —apuntó Wax—, pero sin líneas. De aluminio. Parece que su cinturón está hecho del mismo material. Es una estatua muy cara.

Marasi asintió con la cabeza.

—El lord Legislador fue traspasado por tres lanzas, según el testimonio del lord Nacido de la Bruma. «Ensartado una vez por un pordiosero, por la miseria que había causado; otra vez por un trabajador, por la esclavitud que imponía, y, por último, por

un príncipe, por los nobles a los que había corrompido.» Las lanzas no lo lastimaron.

—Vamos —los apremió Telsin desde el interior del edificio, donde Steris se había reunido con ella.

Wax y el tipo enmascarado reanudaron la marcha, pero Wayne se quedó contemplando la estatua.

—El caso —dijo cuando MeLaan pasó junto a él—, es que he estado pensando.

—¿Sí? —replicó el kandra, observándolo de reojo.

Herrumbres. A Wax le parecería extraño, con eso de que MeLaan debía de tener como mil millones de años o así, pero debía de hacer todavía más tiempo que ninguna mujer lo miraba de esa manera. No con lujuria ni nada por el estilo, sino con... cómo era esa palabra...

Ternura.

Sí, eso era.

—¿Wayne?

—Ah, sí. Bueno, hmm... Este sitio está abandonado, ¿verdad? Así que nada de lo que contiene le pertenece ya a nadie.

—Bueno, seguro que mucha gente estaría encantada de «reclamarlo» —dijo MeLaan—, pero no sería tarea sencilla demostrar que uno es el legítimo propietario de todo esto.

—Así que...

—Así que, de todas formas, tú no toques nada.

—Ah. Vale.

MeLaan le dedicó una sonrisa y cruzó el portal abierto que había detrás de la estatua, grande y redondo como un embudo; como la boca que pondría uno al recibir una patada en toda la huevera.

Volvió a fijarse en la estatua y usó la puntera del zapato para darle unos golpecitos a la punta de la lanza. Después hizo lo propio con el tacón. Y con una roca, a continuación. Por último, la giró un par de veces de un lado a otro.

Se cayó de repente, resonando con estrépito contra el suelo de piedra. Estaba prácticamente suelta. Y Wax se equivocaba, solo la punta era metálica; el resto de aquel mondadientes exagerado estaba hecho de madera. «Conque aluminio, ¿verdad?», pensó Wayne con una sonrisa.

Le interesaba muy poco lo que los ricos dijeran que costaba dinero. A menos que, por sí solo, valiera más que una casa. La pequeña Sophi Tarcsel, la inventora, necesitaba más fondos.

Envolvió la enorme punta, tan grande como la palma de su mano, con un pañuelo para evitar que se le cayeran los dedos de frío y empezó a silbar mientras trotaba detrás de los otros. Sobre la marcha se percató de que había habido puertas allí alguna vez, y de las grandes, pero ahora solo quedaba un montón de astillas congeladas para dar fe de su existencia.

Los demás se habían congregado dentro, donde el templo ofrecía una especie de

antesala. Había murales a los lados, como los que aquel kandra tan extraño les había enseñado en la mansión de Wax. Wayne se acercó a uno de ellos y se situó junto a Wax, que estaba inspeccionándolo.

Sí. El mismo mural. Uno representaba un par de brazaletes sobre un pedestal; el otro, en la pared de enfrente, al lord Legislador con ellos puestos.

—Hemos encontrado el lugar que buscábamos —dijo Wax—, ya no hay duda. La estatua era prueba suficiente, pero esto lo confirma. ReLuur pasó por aquí.

Salieron juntos de la antesala, trasponiendo la única puerta para salir a un largo pasillo en penumbra. ¿Qué eran esos bultos que había ahí delante? MeLaan y Steris levantaron un poco más las linternas, aunque nadie parecía mostrarse inclinado a ser el primero en aproximarse.

El fulano enmascarado, por su parte, había empezado a murmurar algo en aquel dialecto suyo, tan chistoso como ininteligible. Parecía estar siguiendo algo con la mirada. ¿Un dibujo metálico en la pared? Se hizo a un lado y sacó la diminuta granada de su bolsillo. La manipuló de alguna manera, abrió el lateral y, con ayuda de unas tenacillas, extrajo algo semejante a una pequeña pepita de metal. La encajó en una cavidad de la pared y accionó una palanca.

Wayne oyó algo parecido a un zumbido lejano, y una serie de pequeñas luces azules empezaron a encenderse en las paredes. En consonancia con la atmósfera de aquel herrumbroso lugar, daban más repelús que la cara de Steris recién levantada por la mañana. No eran bombillas ni nada igual de racional, sino simples secciones que parecían estar hechas de cristal y emitían un fulgor tétrico de narices.

Suficiente para alumbrar los bultos del suelo. Cadáveres. Una inquietante cantidad de ellos, desperdigados en posiciones antinaturales. Y los charcos que los rodeaban... sangre congelada.

Wayne lanzó un silbidito.

—Se lo han currado a la hora de conseguir que este sitio le ponga a uno los pelos de punta.

—Esos cuerpos no estaban aquí originalmente —dijo Wax, sucinto—. Deben de ser... Wayne, ¿qué diablos es eso?

—Se cayó sola. —La punta de lanza que sostenía el muchacho en las manos estaba fría al tacto, incluso a través del pañuelo. El extremo asomaba por un lateral—. Ni siquiera la miré, Wax. Debió de soltarse con el viento. Mira, tiene un agujero con rosca en la base y...

—No toques nada... —lo interrumpió Wax, apuntándolo con el dedo— más.

MeLaan le dirigió una miradita elocuente.

—Cierra el pico.

—No he dicho nada, Wayne.

—Pero lo estabas pensando, que es peor.

Wax exhaló un suspiro mientras se volvía hacia el piloto, que estaba inspeccionando unas marcas grabadas en la pared.

—¿Allik? —Wax se dio unos golpecitos en el medallón que llevaba anudado a la muñeca.

El hombre enmascarado suspiró, pero cambió uno de sus medallones por otro. Empezó a tiritar de inmediato.

—Ya he estado en el infierno —dijo—. Estas montañas se alzarán hasta él, seguro.

—¿Crees que el infierno está en el cielo? —preguntó Steris, arrimándose a Wax; pegándose a él, prácticamente.

—Pues claro —replicó Allik—. Si uno excava lo suficiente en el suelo, la temperatura es cada vez más elevada. El infierno debe de estar en la dirección opuesta. ¿Qué querías de mí, oh, Gran Destructor Metálico?

—Cadáveres —suspiró Wax, resignado, inclinando la cabeza en dirección al pasillo—. ¿Trampas?

—Sí —dijo Allik—. Quienes construyeron este lugar tenían el cometido de proteger el arma del Soberano. Sabían que vendría alguien tarde o temprano y ellos no iban a quedarse aquí para repeler a los intrusos personalmente, no en este depósito de hielo y muerte, de modo que se propusieron sembrar su camino de obstáculos. Pero...

—¿Qué?

—Esas máscaras.

—¿Las máscaras de los Cazadores? —preguntó Wax.

Allik lo miró, sorprendido.

—¿Cómo los has reconocido?

—No lo he hecho. —Reanudó la marcha, cauteloso. Wayne se sumó a él, al igual que MeLaan. Wax indicó por señas a Marasi, Steris y Telsin que se quedaran atrás, aunque avisó a Allik para que se reuniera con ellos.

Juntos, los cuatro se acercaron al primer conjunto de cadáveres. Wax se arrodilló frente al charco de sangre congelada. El tipo que tenían más cerca había sufrido una muerte espantosa, con un punzón traspasándole el pecho. Wayne podía ver la punta ahora, sobresaliendo todavía de la pared. Los compañeros del pobre diablo debían de haber intentado liberarlo, tan solo para caer en la trampa a su vez.

Las máscaras eran distintas de la de Allik, sin duda. Hechas de madera, estaban recubiertas de trocitos de cristal que dibujaban formas extrañas, distintas para cada una de ellas. Estas solo ocultaban la mitad superior de la cara y las mejillas, dejando la boca de su portador al descubierto. A los lados de cada una de ellas, la piel parecía haberse «fundido» con la madera, aunque quizás se debiera tan solo a que aquí hacía más frío que en el dormitorio de una solterona.

Wax dio unos golpecitos con el dedo en la máscara.

—Dijiste que los Cazadores habían venido para destruir este sitio.

—En efecto —replicó Allik.

—Pues bien, o te engañaron, o cambiaron de opinión. —Wax inclinó la cabeza en

dirección a las puertas destrozadas, primero, y después hacia el pasillo, sembrado de cadáveres—. La tentación de los brazaletes resultó ser irresistible para estos hombres. Mi teoría es que los restos que encontramos cerca de la nave pertenecen a quienes estaban decididos a seguir adelante con el plan y volar este lugar por los aires. Fueron traicionados, y después las trampas se encargaron de eliminar a sus asesinos. Los que regresaron a casa... ¿Qué fue de ellos? ¿Se desvanecieron?

—Sí —respondió Allik, ladeando la cabeza. Se levantó la máscara, desvelando una barba y un bigotito maravillosamente ridículos, y miró a Wax con asombro—. Regresaron con los Cazadores y... desaparecieron. Todos pensábamos que habrían vuelto con sus familias.

—Ejecutados. —Wax se puso de pie—. Salió a la luz que habían ayudado a matar al resto de su tripulación e intentado robar los brazaletes. Volvieron porque las trampas eliminaron a demasiados de sus compañeros, usaron un deslizador porque era lo único que podían manejar y se inventaron la historia de que los había sorprendido una ventisca. Su intención era reunir otra tripulación e intentarlo de nuevo. Sus superiores se les adelantaron.

Allik parecía haberse quedado atónito.

—¿Cómo... cómo has deducido que...?

—Se pone así siempre —dijo Wayne—. Lo mejor es no darle alas.

—Solo es una teoría, aunque las pruebas la corroboran. Steris, Telsin, quiero que os quedéis atrás mientras...

—Os acompañó —lo interrumpió su hermana. Dio un paso al frente, tan fría como los fiambres desperdigados por el suelo—. No pienso hacerme a un lado, Waxillium. No voy a quedarme aquí sentada, de brazos cruzados, esperando a que nuestro tío nos alcance y vuelva a capturarme otra vez.

Con un suspiro, Wax miró a Marasi y Steris.

—Yo me quedo —dijo esta—. Alguien tiene que vigilar la entrada por si aparecen Elegante y los suyos.

Wax asintió con la cabeza, observando a Wayne de soslayo.

—No la pierdas de vista. —Se volvió hacia Marasi—. Y tú, no lo pierdas de vista a él. Volveremos a buscarlos en cuanto hayamos averiguado algo.

Marasi asintió con la cabeza. Wayne suspiró.

—¿Pretendes avanzar? —exclamó Allik, incorporándose. Parecía que se le fueran a saltar los ojos de las órbitas—. Oh, Impetuoso, nada más lejos de mi intención, como humilde piloto que soy, poner en tela de juicio tus ridículas intenciones, pero... ¿en serio!? ¿No has visto los cadáveres?

—Los he visto. ¿MeLaan?

—Preparada —dijo el kandra, echando a andar con decisión.

—Oh, Grande —insistió Allik—, no puedo por menos de sospechar que habrá trampas diseñadas para acabar con los de tu especie. Si urdieron todo esto, estarán prevenidos para enfrentarse a alguien como tú.

—Sí —dijo Wax—. Esa estaca era de madera.

El nerviosismo de Allik se intensificó.

—Entonces, ¿por qué...?

MeLaan pisó una placa con resorte que había en el suelo, provocando que saliera disparada una lanza de uno de los numerosos agujeros que había en la pared. A una velocidad vertiginosa, el proyectil atravesó el torso del kandra de parte a parte hasta sobresalir por el otro lado.

MeLaan agachó la cabeza para inspeccionarlo y exhaló un suspiro.

—Esto me va a dejar la ropa hecha unos zorros.

Boquiabierto, Allik se llevó la mano a la máscara como si quisiera quitársela, solo que ya estaba levantada. Titubeó, incapaz de dejar de mirar a MeLaan, que se arrancó la lanza con un gesto de indiferencia.

—Las trampas —dijo Wax— resultan menos amenazadoras cuando te acompaña un inmortal.

—A menos que tengan explosivos —matizó MeLaan—. Como pierda una púa, más os vale estar dispuestos a volver a colocármela en su sitio. Y hablo en serio: esto va a ser un verdadero estropicio para mi ropa.

—Te la podrías quitar —sugirió Wayne.

El kandra se quedó pensativo un momento, se encogió de hombros y empezó a levantarse la parte de arriba.

—Te comprará ropa nueva, MeLaan —dijo Wax, interrumpiéndola—. No queremos que al pobre Allik le dé un síncope.

—En realidad —terció el aludido—, creo que podré resistirlo.

—Buen chico —dijo Wayne—. Sabía que me ibas a caer bien.

—Ni caso. Wayne, vigila la puerta. Allik, necesito que me acompañes, por si nos encontramos con algo escrito en tu idioma.

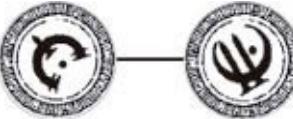
El hombre asintió con la cabeza y volvió a ponerse la máscara. Wayne entendía ahora por qué la llevaba. A él la barba tampoco le salía en condiciones, pero al menos tenía la sensatez de afeitarse.

MeLaan reanudó la marcha por el pasillo.

—Telsin —dijo Wax—, quédate detrás de mí y pisa exactamente donde lo haga yo. Eso también va por ti, Allik.

Dejaron atrás a Wayne con las chicas. Frente a ellos, un tronco enorme erizado de pinchos salió disparado de un compartimento oculto y estrelló a MeLaan contra la pared. Se lo sacudió de encima como una campeona y siguió renqueando pasillo abajo, con la pierna aplastada.

—¿Sabéis? —dijo Wayne, mirando a Steris y Marasi—, sospecho que el Doble Salto de la Guardia Negra se le daría mejor incluso que a mí.



Flanqueada por Steris y Wayne, Marasi seguía atentamente el avance de la expedición por el interior del templo. La luz de las linternas delataba la posición del grupo de Elegante a lo lejos. Pero cada vez estaban más cerca.

¿Qué harían si el hombre llegaba hasta ellos? ¿Luchar? ¿Hasta cuándo? Sus medallones se quedarían sin calor tarde o temprano, y por lo que a víveres respectaba, andaban escasos de ellos.

Tendrían que confiar en que Waxillium encontrara los brazaletes, y pronto; después podrían escapar a bordo del deslizador y poner tierra de por medio antes de que a Elegante le diese tiempo a hacer nada. Sonrió al pensar en aquel hombre tan irritante atrapado allí arriba, rodeado de nieve, tras haber recorrido kilómetros y más kilómetros de terreno escabroso para encontrarse con un templo vacío.

Cuando menos, imaginarse la reacción de Elegante le sirvió para distraerse por unos instantes del otro pensamiento insidioso que la carcomía por dentro.

«Quédate aquí sentada, Marasi. No te metas en líos. Haz de niñera con Wayne.» Sabía que no lo había dicho con esa intención, pero eso no lo volvía menos mortificante.

En vez de seguir regodeándose en su petulancia, Marasi hurgó en el bolso y sacó la púa que había pertenecido a ReLuur. Tan pequeña y tan limpia, una reluciente esquirla de... peltre, ¿verdad? Mientras la contemplaba a la luz de la linterna de Steris, deseó no estar al corriente de su historia. Alguien había perdido la vida para crear aquello, descuartizada su alma para crear un kandra con uno de los pedazos.

Aunque hubiera ocurrido hacía mucho y ese alguien llevase muerto ya varios siglos, se sintió como si una sangre imaginaria le manchase los dedos y tornara resbaladiza la púa. No debería estar tan inoculada.

«Sin embargo —se dijo—, ¿qué sería del hombre si los kandra no actuaran como las manos de Armonía, protegiéndonos y guiándonos? Que de algo tan espantoso pueda surgir algo tan positivo...» Según la Historia, sin el atium que los kandra habían recolectado a través de las eras, lo más probable era que la humanidad ya se hubiese extinguido.

«Podría decirse lo mismo del lord Legislador —pensó Marasi—. Era un monstruo. Mató a alguien para crear esta púa y, sin embargo, consiguió llegar hasta el pueblo de Allik y salvar toda su civilización.»

Waxillium buscaba justicia. Era bondadoso (le había perdonado la vida a Wayne hacía años, al fin y al cabo), pero, en última instancia, su mayor aspiración era

imponer la ley. Frente a ese punto de vista tan limitado, Marasi soñaba con un futuro en el que todo el mundo respetaría la justicia por voluntad propia y los castigos serían innecesarios.

—¿Estás teniendo cuidado con eso? —preguntó Wayne, inclinando la cabeza en dirección a la púa—. A ver si te vas a pinchar y te transformas en kandra.

—Juraría que no es así como funciona. —Marasi volvió a guardar la púa en su bolso.

—Nunca se sabe. Creo que debería llevarla yo. Por si acaso.

—La cambiarías por la primera baratija con la que nos tropezásemos, Wayne.

—Qué va, te aseguro que no —protestó el muchacho. Tras unos instantes de vacilación, sin embargo, añadió—: ¿Por qué lo dices? ¿Has visto algo interesante ahí atrás?

Marasi se levantó y se acercó a Steris, que se había acomodado recatadamente en una cornisa de piedra que sobresalía de la pared de la antesala del templo. Sentada como una señorita, con las rodillas apuntando hacia delante y la espalda recta, estaba escribiendo con esmero en una libreta a la luz de la linterna.

—¿Steris?

La muchacha levantó la cabeza y parpadeó.

—Ah. Marasi. A lo mejor tú puedes resolverme una duda que tengo. ¿Soy un estorbo muy grande?

—¿Disculpa?

—Que si soy un estorbo —repitió Steris, sujetando la libreta. No era la pequeña, de bolsillo, sino otra más grande que transportaba en la mochila. La que utilizaba para elaborar listas en sus arrebatos de inspiración.

Hoy estaba escribiendo en la parte de atrás.

—Intento cuantificarlo para tener un punto de referencia. Me consta que, por lo que a mi lugar en el grupo respecta, no soy más que un lastre accidental. La persona que hay que dejar al cuidado de los caballos o evitar que se acerque a las trampas. Si lord Waxillium hubiera podido dejarme a salvo en alguna parte, lejos de aquí, estoy segura de que no se lo habría pensado dos veces.

Marasi suspiró mientras se dejaba caer en la cornisa, junto a su hermana. ¿Habrían encontrado por fin algo con lo que ambas podían identificarse?

—Sé cómo te sientes. El primer año que me asignaron con él me lo pasé sintiéndome mal recibida, como si Waxillium me considerase un cachorrillo molesto que no dejaba de mordisquearle los talones. Y ahora, cuando por fin parece haberme aceptado, me trata como una simple herramienta que usar o volver a dejar en la estantería, según mejor le convenga.

Steris ladeó la cabeza.

—Me parece que no me has entendido.

«Para variar», pensó Marasi con resignación.

—¿No?

—No —dijo Steris—. No pretendía dar a entender que me moleste este trato. Estaba limitándome a constatar un hecho: para esta expedición soy un estorbo. Algo lógico, habida cuenta de mi experiencia vital personal. Si deseo cambiarlo, no obstante, necesito saber hasta dónde debo llegar. Mira.

Le dio la vuelta a la libreta para enseñarle a Marasi la parte de atrás, donde había estado escribiendo. ¿Por qué habría usado el dorso? En cualquier caso, había dibujado un pequeño gráfico marcado con puntos. En un eje había escrito «Utilidad», mientras que el otro consistía en una lista de nombres. Herrumbres... había asignado un número a cada uno de ellos, en función del nivel de su valía dentro de la misión. Waxillium se llevaba un cien, al igual que MeLaan. Wayne tenía un setenta y cinco.

Marasi era un ochenta y tres. No se lo esperaba.

—Yo diría que diez es el umbral por debajo del cual la inutilidad de cada uno pesa más que lo poco que pueda aportar al proyecto. Estaba pensando que mi valor podría ser de siete, pues hay ocasiones en las que merece la pena tenerme a mano, por pocas que sean. ¿Qué te parece?

—Steris —dijo Marasi, apartando el cuaderno a un lado—. ¿Por qué te importa tanto ser o dejar de ser un estorbo?

—Pues... ¿y a ti?

—Porque esto es lo que soy. Lo que quiero ser. Pero tú no. Tú serías perfectamente feliz sentada en un saloncito, con la nariz enterrada en tus libros de cuentas. Y, sin embargo, aquí estás, en la cumbre de una montaña en plena tormenta de nieve, esperando a que se produzca un tiroteo.

Steris frunció los labios.

—Pensaba —dijo, al cabo— que le sería de ayuda a lord Waxillium en la fiesta, y lo fui. La idea original era que esta misión tuviese un carácter marcadamente político.

Por supuesto. Siempre analizándolo todo. Marasi enderezó la espalda y observó de reojo el acceso, atenta a las luces que no dejaban de aproximarse. Wayne estaba montando guardia, por suerte. A veces se comportaba como un majadero, pero se tomaba sus responsabilidades en serio.

—Por otra parte —murmuró Steris—, cabe la posibilidad de que me embarcara en esta aventura por lo que me hace sentir...

Marasi se volvió de repente hacia su hermana.

—Como si el mundo entero estuviera del revés —continuó Steris, con la mirada fija en el techo—. Como si las leyes de la naturaleza y el hombre ya no tuvieran ninguna autoridad y se hubiesen vuelto flexibles y maleables, como la cuerda de un instrumento que se hubiera quedado sin tensión. Somos como pompas de jabón. Me encanta la idea de poder olvidarme de todo... de las expectativas, de las opiniones propias y ajenas... y volar libre, dejándome llevar por el viento.

»Lo descubrí primero en sus ojos, ese afán... ese fuego. Y después lo he descubierto también dentro de mí. Es una llama, Waxillium, y su pasión es contagiosa. Cuando estoy aquí, cuando estoy con él... ardo, Marasi. Es maravilloso.

A Marasi se le desencajó la mandíbula mientras la escuchaba. ¿Realmente habían brotado esas palabras de los labios de su siempre cauta, predecible y aburrida hermana?

Steris la miró, ruborizándose.

—Lo quieres con toda tu alma, ¿verdad?

—Bueno, el amor es una emoción muy poderosa que requiere esmerada deliberación para...

—Steris.

—Sí. —Steris bajó la mirada al cuaderno—. Soy una boba, ¿verdad?

—Desde luego que sí —dijo Marasi—. El amor atonta a cualquiera. Por eso funciona. —Se descubrió estirando un brazo para estrechar contra ella a su hermana—. Me alegra mucho por ti, Steris.

—¿Y tú? ¿Cuándo encontrarás a alguien que te haga feliz?

—No se trata de encontrar a nadie, Steris. En mi caso, no, al menos.

Pero ¿de qué se trataba, entonces? Le dio otro abrazo a su hermana y, distraída por los pensamientos que se atropellaban en su mente, fue a ver qué hacía Wayne.

—¿Qué te ronda la cabeza? —preguntó este cuando se reunió con él junto al portal que daba al exterior.

—Nada, que acaban de desmontarme en un abrir y cerrar de ojos los prejuicios sobre cierta persona que había tenido siempre. Me pregunto si todo el mundo es igual de profundo, y si existe alguna manera de evitar quedarse en la superficie para no volver a llevarme una sorpresa cuando alguien me desvele su auténtica complejidad. ¿Y tú?

—Yo estaba observándoos a las dos —respondió Wayne, contemplativo, mientras dejaba vagar la vista por el paisaje nevado—, dándole vueltas a una duda que me corroea. ¿Será cierto que hay hermanas que se ponen cariñosas la una con la otra para disfrute del tipo que las está mirando, o eso solo pasa en las canciones de taberna?

Marasi exhaló un hondo suspiro.

—Gracias por devolverme la fe en mi capacidad de juicio, Wayne.

—A mandar.

—Esas luces todavía están lejos... ¿Crees que se habrán quedado atrapados en la nieve?

Wayne sacudió la cabeza.

Marasi frunció el ceño al fijarse mejor en su pose; se mostraba relajado, en apariencia, pero había desenfundado uno de sus bastones de duelo y este descansaba atravesado encima de sus rodillas.

—¿Qué ocurre?

—Supongo —dijo Wayne— que si yo supiera que me han descubierto, decidiría que lo mejor para seguir acercándome por sorpresa sería dejar las linternas atrás y fingir que estoy avanzando a paso de tortuga.

Marasi volvió a mirar. En esta ocasión hizo caso omiso de las luces y escudriñó la

oscuridad que se extendía ante ellos, interrumpida tan solo por la nieve arremolinada. Y allí, casi a la altura del pasadizo rocoso barrido por el viento que discurría cerca del templo, detectó un movimiento. Sombras entre las sombras.

—¿Hora de avisar a Waxillium?

—Me parece... —Wayne dejó la frase inacabada flotando en el aire. Marasi levantó el rifle, nerviosa.

—¿Qué?

Wayne apuntó con el dedo a una sombra que estaba aproximándose a ellos. Enarbola una bandera en la que podía verse una X. El símbolo que denotaba la intención de parlamentar.

Wax tiró de la cuerda para ayudar a MeLaan a salir trepando del pozo. El kandra se arrastró por el borde y se dejó caer como un fardo. Había acertado en lo de la ropa: la tenía hecha jirones, perforada por varias decenas de sitios, con la pernera izquierda desgarrada por completo a la altura del muslo.

Había compactado su cuerpo, de alguna manera. La mayoría de sus curvas se habían transformado en músculos tensos, y se había «quitado» el cabello, almacenándolo en la mochila de Allik y quedándose calva.

Wax se arrodilló junto a ella mientras observaba de reojo el pasillo sembrado de lanzas, fosos, dardos envenenados y otros mecanismos extraños. El templo entero parecía consistir en un solo pasadizo interminable, diseñado para dificultar al máximo cualquier desplazamiento por él.

«Aquí hay algo que huele a chamusquina», pensó. Pero ¿el qué?

MeLaan se agitó en el suelo.

—Descansa un momento —le dijo Wax, apoyando una mano en su hombro.

—No sé si tenemos «un momento», Ladrian —replicó el kandra, sentándose y aceptando la cantimplora con agua que sostenían las manos temblorosas de Allik. Telsin aguardaba cerca de ellos con los brazos cruzados, visiblemente irritada por lo mucho que estaban tardando. No dejaba de mirar atrás a hurtadillas, por encima del hombro, como si temiera que Elegante pudiese aparecer de un momento a otro para volver a apresarla.

—¿Cómo tienes los huesos? —le preguntó Wax a MeLaan.

Esta levantó el brazo izquierdo... o lo intentó. Se lo había partido y colgaba sin fuerza a la altura del húmero.

Wax exhaló un aliento.

—¿Seguro que no te duele?

—He desactivado los nervios encargados de detectar el dolor. Un truco que hemos aprendido en los últimos siglos. Y como mi esqueleto es de cristal, no siento nada. —Hizo una mueca mientras su brazo se enderezaba, aparentemente restablecido. Pero Wax sabía que no lo estaba; el kandra no podía generar material óseo, ni repararlo.

—¿Otro parche?

MeLaan asintió con la cabeza. Había atirantado los ligamentos que bordeaban la fractura para contenerla, repitiendo así la misma operación realizada ya tantas veces desde que emprendieran la marcha.

El kandra intentó levantarse.

—Podemos buscar otra vía —dijo Wax, poniéndose de pie a su vez—. Atravesar una de esas paredes de ahí delante, tal vez, o el techo.

—¿Y cuánto tiempo nos llevaría eso?

—Depende de cuánto nos importe lo que haya ahí dentro.

—¿No tendría gracia haber llegado hasta aquí y estropear los Brazales de Duelo por culpa de un arrebato de impaciencia?

Wax contempló el pasadizo. Habían recorrido ya la mitad, por lo que optó por no seguir empujándola. Se veía una puerta algo más adelante.

—De todas formas —dijo—, es posible que no tengas que hacer mucho más. Creo que ya he descubierto la pauta.

—¿Qué pauta? —preguntó el kandra.

—Placa con resorte bajo la segunda losa a tu derecha. Dardos.

MeLaan lo miró de soslayo, dio un paso y pisó con la punta del pie. Una andanada de dardos salieron disparados de la pared, surcaron el aire ante ella y rebotaron en el muro de enfrente.

—La siguiente está dos losas más adelante —dijo Wax—. Bajo ella se insinúa una línea metálica. Hasta ahora, todas ellas han sido trampas en la pared.

Otra presión con la punta del pie. Una porción del muro se abrió, dejando caer un gran tronco erizado de pinchos.

—Bien —dijo MeLaan.

—La última debería ser un foso. —Wax se reunió con ella para rodear el tronco caído—. Comprueba la cuerda. Las losas bajo las que se encuentran están ligeramente levantadas.

Así lo hizo el kandra, tirando con la mano derecha porque tenía los dedos de la izquierda aplastados. El cristal había quedado irreparable, y caminaba ahora con esa mano permanentemente cerrada, encapsuladas en una férula de tendones las astillas de hueso.

—Detesto estos pozos —refunfuñó—. No se acaban nunca. Me da miedo pensar qué podría haber en el fondo.

Pisó la sección del suelo que le indicaba Wax mientras este sujetaba con fuerza un extremo de la cuerda, anudada a su cintura. En lugar de abrirse una trampa a sus pies, sin embargo, lo hizo en el techo, del que cayó un gran trozo de hielo que tenía un color extraño. MeLaan retrocedió de un salto mientras el bloque se estrellaba contra las losas. Su superficie presentaba un aspecto misteriosamente oleaginoso.

—Por los Anillos de Armonía, ¿qué...? —El kandra se puso en cuclillas para inspeccionar el hielo.

—¿Ácido, tal vez? —dijo Wax—. Parece que lo que hubieran almacenado ahí dentro estuviese en estado líquido, pero con el tiempo habrá ido separándose y medio congelándose.

MeLaan lo observó fijamente en silencio un buen rato.

—¿Qué? —preguntó Wax.

—Nada —replicó el kandra, sacudiendo la cabeza—. Entonces, ¿ya está?

—Me parece que sí. —Llegaron juntos al final del pasillo, que desembocaba en una puerta de piedra sin tirador ni manilla de ningún tipo. El resto de la pared era de recia roca a su vez.

Había unos símbolos grabados en la puerta, si se la podía denominar así. Círculos con símbolos inscritos en el centro, taraceados en plata. Wax miró a Allik.

—No me suenan —dijo el piloto tras cambiar una de sus mentes de metal por la otra—. Si significan algo, no se trata de un idioma que yo conozca.

—¿Qué hacemos? —preguntó MeLaan.

—Busquemos a los demás —respondió Wax, pensativo—. Cuantos más ingenios reunamos para resolver este acertijo, mejor. Además, quizás a Marasi le suenen de haberlos visto en los apuntes de ReLuur.

Emprendieron el camino de regreso, dejando que MeLaan tomase la delantera; Wax se mantuvo alerta por si detectaba cualquier indicio de que hubiese más trampas. Avanzaron despacio, pues el kandra quería cerciorarse de haberlas descubierto todas.

Telsin se situó junto a Wax tras echar un último vistazo de reojo por encima del hombro a la puerta, abrazada a sí misma, aunque era imposible que sintiese frío con el medallón puesto. Allik cerraba la retaguardia, de nuevo con el medallón calefactor activado.

—¿No te preguntas nunca, Waxillium —murmuró Telsin—, cómo has llegado hasta donde estás?

—A veces, supongo. Aunque seguirle la pista a mi trayectoria no es tan complicado. No repetiría exactamente cada uno de los pasos que he dado a lo largo de mi vida, pero, si me paro a pensar, todos me parecieron lógicos en su momento.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo. Cuando era pequeña, recuerdo pensar que el mundo me pertenecía. Que podría adueñarme de él cuando creciera, hacer realidad todos mis sueños y convertirme en alguien importante. Con los años, sin embargo, siento que cada vez son más las cosas que escapan a mi control. No puedo por menos de decirme que no debería ser así. ¿Cómo es posible que me sintiese tan grande cuando solo era una niña, y tan insignificante ahora que ya soy adulta?

—Es por culpa de nuestro tío. Por mantenerte cautiva.

—Sí y no, Wax. Soy casi una anciana... tengo el pelo gris y más de la mitad de mi vida a las espaldas. ¿No debería intuir al menos cuál es el significado de todo esto? —Sacudió la cabeza—. Edwarn no tiene la culpa. ¿Qué hemos hecho, Waxillium? Estamos solos. Nuestros padres han muerto. Nosotros somos los adultos ahora, pero ¿dónde están nuestros hijos? ¿Nuestros logros? ¿Cuál es nuestro legado?

—¿No te sientes nunca como si no hubieras madurado en absoluto? ¿Como si todos los demás lo hubieran conseguido, pero tú estuvieras fingiendo en secreto?

No, no se había sentido así nunca, pero mostró su conformidad con un gruñido de todas formas; era agradable escucharla y verla mostrar otra faceta de su ser, algo que no fuese el odio febril que les profesaba a Elegante y sus secuaces.

—¿Por eso te empeñaste tanto en acompañarnos? ¿Crees que conseguiremos algo con lo que descubramos aquí?

—Ayudará a la sociedad, por lo menos.

—Si antes no la destruye.

—Impulsar la sociedad hacia delante no va a destruirla. Aunque podría dejarnos atrás en el proceso.

Volvió a retraerse en sí misma. Wax no podía tenérselo en cuenta, después del calvario que había sufrido. Ojalá hubieran tenido tiempo de volver a Elendel, de ponerla a salvo antes de venir volando hasta aquí.

Desanduvieron sus pasos, cruzándose con las trampas que ya habían desarmado. Bloques de piedra desprendidos del techo, dardos y lanzas de las paredes... incluso un muro entero que había intentado interponerse en su camino, aunque MeLaan evitó que cayera hasta el suelo calzándolo a tiempo con una roca de gran tamaño. Wax se introdujo en el hueco, empujó contra unas monedas para levantarla un poco más y, juntos, lo aseguraron introduciendo más piedras en las guías de los laterales. Así y todo, había que agacharse para pasar por debajo.

Encontraron dos trampas más, las cuales activaron también. El desencanto de Wax iba en aumento. «Cuánto trabajo», pensó mientras volvía a observar la sección de la pared que se había abatido hacia dentro para liberar unas guadañas que cortaron el aire. Aquella trampa en concreto se había embrollado sola, sin ponerlos en peligro en ningún momento, pero el ingenio necesario para diseñar algo así era portentoso.

—Allik —dijo de repente, invitando al hombre a ponerse el medallón de conexión otra vez—. ¿Por qué creó tu gente un escondite tan poco discreto para los brazaletes? ¿Por qué construir todo un templo, proclamando a los cuatro vientos que debe de haber algo valioso en su interior, y tomarse después tantas molestias para diseñar todas estas trampas? ¿Por qué no elegir un sitio menos llamativo, como una cueva o algo por el estilo?

—Son un desafío, como ya he dicho antes, oh, Pensativo —respondió Allik—. Y no fue «mi gente» la que hizo esto, no en el sentido estricto de la palabra. Los sacerdotes originales que diseñaron este lugar no pertenecían a ningún pueblo que viva ahora entre nosotros.

—Ya, y me habías contado que el Soberano dejó su arma aquí, con órdenes de protegerla porque iba a volver a por ella. ¿Correcto?

—Según la leyenda, sí.

—En tal caso —dijo Wax, apuntando al pasillo con un ademán—, estas trampas no tienen sentido. ¿No les preocupaba la seguridad de vuestro monarca?

—Una burda trampa no podría hacerle daño, oh, Poco Observador Amo —repuso Allik con una risita. Una risita nerviosa. Volvió a mirar de reojo a MeLaan—. Las trampas son una declaración de intenciones, un reto.

Reanudaron la marcha, pero Wax seguía sin sentirse convencido. Las explicaciones de Allik tenían su lógica; la misma que construir un templo remoto en medio de las montañas. Aquel sitio se ajustaba al pie de la letra a lo que uno podría esperar de él.

Quizá fuera ese el problema.

—¡Wax! —Wayne asomó la cabeza por el pasillo, ante ellos. Ya casi habían desandado todo el camino hasta el portal de la entrada—. Wax, ahí estás. Tu tío, compañero. Está cerca.

—¿Cómo de cerca? —preguntó Wax mientras apretaba el paso.

—Mucho. Demasiado. Como que solo le falta ponerse a aporrear la puerta para pedirnos que le dejemos pasar.

Esperaba haber encontrado los brazaletes antes de que esto ocurriera.

—Habrá que bloquear la entrada —dijo Wax al llegar a la altura de Wayne—. O quizás este pasillo. Les cortaremos el paso mientras terminamos aquí.

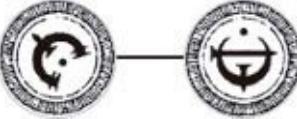
—Podríamos hacer eso —musitó Wayne—, o...

—¿O qué? —preguntó Wax, deteniéndose en seco.

—Lo hemos capturado —dijo Wayne, apuntando con el pulgar por encima del hombro—. Marasi tiene una pistola apoyada en su herrumbrosa cabeza.

—¿Capturado? Imposible.

—Ya —replicó Wayne, preocupado—. Se plantó aquí directamente, enarbolando una bandera. Dice que quiere parlamentar. Contigo.



Wax pasó de la antesala del templo al rellano exterior. Edwarn Ladrian, su tío, se encontraba en lo alto de la escalinata, justo a los pies de la estatua del lord Legislador. Puesto que Wax estaba acostumbrado a verlo trajeado y rodeado de lujos, le resultó extraño y satisfactorio al mismo tiempo encontrar a Edwarn embozado en un recio abrigo, con las mejillas enrojecidas a causa del frío enmarcadas por el ribete de piel de su capucha y la barba entreverada de nieve. Sus manos enguantadas descansaban sobre el puño de su bastón. Recibió a Wax con una sonrisa.

Marasi estaba arrodillada en la puerta, apuntándolo con el rifle. Edwarn había venido solo, aunque sus hombres (al menos un centenar de ellos, quizá más) estaban montando las tiendas y descargando víveres en el acceso rocoso.

—¡Waxillium! Hablar aquí, a la intemperie, no sería una experiencia agradable. ¿Te importa que me reúna dentro contigo y los tuyos?

Wax lo observó. ¿Qué tramaba? Edwarn jamás se pondría voluntariamente en sus manos, ¿o sí?

—Ya puedes bajar el arma —le dijo a Marasi—. Gracias.

La muchacha se incorporó, vacilante. Wax asintió con la cabeza para Edwarn, que traspuso el umbral con aire risueño. Era un hombre achaparrado, rubicundo y rechoncho. Mientras Wax cruzaba el portal tras sus pasos, Edwarn se quitó los guantes y la capucha, desvelando una mata de pelo con más cabellos plateados que negros. A continuación, hizo lo propio con la parka; debajo llevaba unos pantalones de abrigo con tirantes y una recia camisa blanca. Mientras se colgaba la chaqueta del brazo, sin embargo, sus mejillas adoptaron un tono más natural y dejó de tiritar.

—Ya habéis descubierto cómo funcionan los medallones —observó Wax.

—En efecto. Aunque sus reservas de calor no son eternas, y no sabemos cómo recargarlos. Hemos tenido que restringir su uso para los integrantes de la expedición más afectados por el frío. —Edwarn miró de soslayo a Allik, que se había situado junto a Marasi; con una mano apoyada en su brazo, el enmascarado se dedicaba a fulminarlo con la mirada.

«Telsin», pensó Wax de repente, buscándola. Si disparaba contra su tío, como había hecho con aquel hombre en el almacén...

Pero su hermana estaba en la otra punta de la antesala, al borde del pasadizo infestado de trampas. Wayne había tenido la sensatez de acercarse y apostarse cerca de ella, dándole la espalda al portal. Asintió discretamente con la cabeza para

indicarle a Wax que él se encargaba de vigilarla.

—Ya veo que me has robado un salvaje —dijo Edwarn, señalando a Allik con un gesto—. ¿Te ha enseñado a usar los medallones? ¿El calorífico y el de ingrávida?

Wax frunció los labios y no le ofreció ninguna respuesta.

—No hace falta que te hagas el tonto, sobrino. Dedujimos su naturaleza a partir de los metales implicados, por supuesto. Lástima no haber descubierto antes las máquinas voladoras de menor tamaño que había ocultas en la principal. Me habría facilitado mucho el trayecto hasta aquí.

—¿Para qué has venido, tío? —Wax se apartó del portal y apoyó la espalda en la pared, en previsión de que hubiera algún francotirador al acecho. Se fijó, impresionado, en que Marasi había hecho lo mismo.

—¿Qué para qué he venido? Por lo mismo que tú, sobrino. Para buscar un arma.

—Me refería a ahora, a dejarte capturar por mí. ¿Estás entregándote?

—¿Entre...? Sobrino, estoy aquí para negociar.

—No tengo ninguna necesidad de negociar nada. Ya eres mío. Quedas detenido por traición, asesinato y secuestro. Allik testificará contra ti.

—¿El salvaje? —se rio Edwarn.

—También tengo...

El bastón de Edwarn araño el suelo de piedra. Estaba revestido de metal. Mala idea; Wax podría utilizarlo en su contra.

—Déjalo, no hace falta —lo interrumpió Edwarn—. No estoy bajo la custodia de nadie, sobrino. Olvida esta imaginaria especulación tuya de que vas a obtener algo de mí acosándome. Aunque te las apañas para llevarme a rastras hasta Elendel y consiguiases que me metieran entre rejas, me soltarían en cuestión de días.

—Eso ya lo veremos. —Wax levantó a *Vindicación* y apuntó directamente a la cabeza de Edwarn—. Huye. Proporcioname la excusa que necesito. Te desafío.

—Qué melodramático. Supongo que eso te lo enseñarían en los Áridos. —Edwarn sacudió la cabeza—. ¿Te has asomado ahí fuera? Me acompañan veinte alomantes y feruquimistas, hijo. Todos bien adiestrados, y todos listos para matar. Eres tú el que está bajo mi custodia, si acaso.

Wax amartilló a *Vindicación*.

—Es una suerte que te tenga aquí, entonces.

—No soy tan importante para el Grupo como tú te crees —dijo Edwarn con una sonrisa—. No te pienses que no estarán dispuestos a atravesarme de un disparo para que la bala llegase hasta ti. Pero eso no será necesario. No vas a utilizarme como rehén. ¿Qué obtendrías con eso? Ya hemos desenterrado vuestra pequeña nave voladora. No saldréis con vida de aquí. No a menos que yo dé la orden.

Wax apretó las mandíbulas mientras Edwarn se acercaba a un lado del pórtico y se sentaba en una repisa de piedra. Hurgó en uno de sus bolsillos, sacó una pipa y saludó con un asentimiento de cabeza a Steris, instalada también allí. La muchacha se apresuró a alejarse de él.

—¿Me prestas esa linterna? —le preguntó Edwarn.

Steris se la ofreció. Elegante le acercó un fósforo con el que, a continuación, encendió la pipa. Tras darle unas cuantas caladas, se reclinó y esbozó una sonrisita engreída.

—¿Y bien?

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Wax.

—Acompañarte. —Edwarn inclinó la cabeza en dirección al pasillo—. Nuestro interrogatorio de los esclavos... ahora que ya hemos conseguido obligarles a hablar como es debido... indica que hay un pasadizo lleno de trampas más allá de este punto. Y... —Titubeó—. Ah, así que ya has desactivado las trampas, ¿verdad? En tal caso, habrás llegado a la puerta.

—¿Cómo sabes todo esto? —intervino de repente Allik, dando un paso al frente con los puños apretados. Marasi lo retuvo apoyando una mano en su hombro—. ¿Qué les has hecho a mis compañeros de tripulación?

—Veo que tú también le has enseñado a hablar al tuyo —dijo Edwarn—. Es una pena que el lord Legislador les legara a ellos este conocimiento tan fabuloso, ¿no te parece? Apenas si son humanos. Deben ocultar sus...

—¿Cómo lo sabes? —insistió Allik, levantando la voz—. ¿Lo del pasillo? ¿Lo de la puerta?

—Vuestra capitana poseía mucha más información que tú, sospecho. ¿No te contó lo del grupo de Cazadores que comandaba cuando era joven? ¿Cómo los emborrachó para empaparse de sus secretos? Planeaban regresar aquí, según ella, por la recompensa.

—Mi capitana... —murmuró Allik, con la voz estrangulada—. ¿Está viva?

Elegante sonrió, le dio otra calada a la pipa y se volvió hacia Wax.

—Puedo ayudarte a cruzar esa puerta. Tengo la clave, transmitida por boca de un sacerdote moribundo a un Cazador malogrado, primero, a la capitana de una aeronave, después, y por último a mí. —Extendió los brazos en cruz, sosteniendo la pipa humeante con una mano.

—Intentas engañarme —replicó Wax, entornado los párpados.

—Por supuesto que sí —dijo Elegante—. La cuestión es ¿serás capaz de evitarlo? Sin acuerdo, nos quedaremos atascados en un punto muerto. Mis hombres no pueden acceder aquí dentro. Es una posición demasiado fortificada y no podemos arriesgarnos a utilizar explosivos, so pena de dañar la recompensa. Vosotros, por vuestra parte, no podéis salir. No podréis encontrar los brazaletes sin mi ayuda, pero tampoco podréis derrotar a mi ejército de alomantes. Pereceréis de inanición encerrados aquí.

Wax rechinó los dientes. Herrumbres, cómo odiaba a este hombre. Edwarn... Elegante... era la infección que se cebaba con las heridas de la nobleza. Propagando su enfermedad. Provocando la fiebre. Era la definición misma de todos los juegos que Wax detestaba.

—Waxillium —dijo Telsin desde el portal—. No te fíes de él. Te engañará. Vencerá. Siempre lo hace.

—Probaremos a hacerlo a tu manera, tío —masculló Wax, contrariado—. Dejaré que abras la puerta, pero después deberás volver aquí.

Edwarn respondió con un soplido.

—Cruzaré la puerta, entraré y veré qué hay ahí. De lo contrario, no obtendrás ninguna ayuda de mí.

—Te vigilaremos. Estaré apuntándote a la cabeza con una pistola.

—Ninguna objeción, por mi parte. —Edwarn le pegó una calada a su pipa, retuvo el humo en la boca y sonrió mientras lo dejaba escapar entre los dientes.

Wax lo sometió a un minucioso cacheo. No llevaba encima ningún metal alománticamente reactivo, a excepción hecha del de su bastón, pero tampoco nada de aluminio. Al menos no en la concentración necesaria para resultar peligroso.

—Tú primero —le dijo Wax, señalando el portal con la pistola. Hizo caso omiso de la mirada furibunda de Telsin. Wayne se levantó y la sujetó aparte mientras Edwarn desfilaba ante ellos pavoneándose, dejando una estela de humo. Con los nudillos lívidos a causa de la fuerza con la que empuñaba el rifle, Marasi se situó junto a Wax mientras este seguía a Elegante. Allik, Steris y MeLaan fueron los siguientes en ponerse en marcha. Wayne y Telsin cerraron la retaguardia, dejando a la hermana de Wax lo más lejos posible de su tío Edwarn.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Marasi mientras sorteaban los cascotes, las lanzas y los dardos desperdigados.

Wax no respondió, esforzándose como estaba por anticiparse a lo que pudiera estar planeando su tío. ¿Qué se le había pasado por alto? Le dio tiempo a elaborar varias teorías distintas antes de llegar a la puerta.

Edwarn se plantó frente a ella y observó los símbolos de arriba abajo.

—Empuja contra ese de ahí —le ordenó, señalando uno de los círculos grabados—. Con tu alomancia.

A una orden de Wax, todos menos Wayne se quedaron atrás. El muchacho asintió con la cabeza; llevaba puesto el brazalete que le permitiría sanar en grandes cantidades, listo para crear una burbuja de velocidad en caso de que Edwarn hubiera planeado activar alguna trampa cuando manipulasen la puerta.

Wax empujó. Sonó un chasquido.

—Y ahora, aquí —dijo Edwarn, apuntando con el dedo—. El que tiene forma de triángulo.

Clic.

—Por último, este. —Con el dorso de la mano, Elegante le dio unos golpecitos a otro de los símbolos.

—¿Ya está?

—Si no se oprimen en el orden correcto, tengo entendido que el mecanismo entero se bloquearía —respondió distraídamente Edwarn—. Está equipado con un

temporizador. Tardaría diez años en volver a estar listo para intentarlo. Podrías pasarte la vida probando combinaciones distintas, y la probabilidad de abrirla seguiría siendo ínfima. —Miró a Wax y sonrió—. Estos símbolos, al parecer, deletrean un mensaje que al lord Legislador no le habría costado nada entender.

Wax consultó con una mirada furtiva a Allik, que sacudió la cabeza, desconcertado.

—Para mí no tienen ningún sentido, de verdad.

Wax se giró, aguantó la respiración y empujó contra el último símbolo. Sonó un chasquido. A continuación, con un atronador chirrido de piedra contra metal, el bloque entero se deslizó a un lado, despejando el camino. Edwarn dio un paso al frente, pero se detuvo, titubeante, cuando Wax levantó la pistola.

—Te informo —dijo Elegante— de que llevo mucho tiempo detrás de averiguar qué se oculta en este lugar. Considero injusto que sea otro el que cruce esa puerta antes que yo.

—Lástima. —Wax agarró a Telsin por el hombro cuando su hermana intentó pasar por su lado y colarse—. ¿MeLaan?

—Vale —dijo el kandra. Herrumbres, traspuso el umbral cojeando. Una de sus piernas se veía más larga que la otra, a causa de las fracturas. Aseguraba no sentir el dolor, pero si había decidido mentirle al respecto, jamás lo sabría.

MeLaan entró en la estancia contigua, de la cual emanaba un tenue resplandor azulado. Había más de aquellos cristales encendidos en las paredes.

—No me ha golpeado nada al entrar —anunció el kandra una vez dentro—. ¿Quieres que haga una batida de reconocimiento?

—Solo por la zona de la entrada —respondió Wax, sin dejar de apuntar a Edwarn con la pistola—. Asegúrate de que no haya ninguna amenaza para nosotros.

La espera se prolongó durante unos tensos instantes. Ningún sonido delató la activación de más trampas.

—¿Cómo puedes contenerte? —preguntó Telsin—. ¿Sabiendo lo que podría haber ahí dentro? Un prodigo inimaginable...

—Que no se va a mover de su sitio.

—Nunca te llamó la atención saber qué se esconde detrás de las puertas cerradas —susurró Telsin—. Nunca te preguntaste qué había al otro lado del horizonte. ¿Dónde está tu curiosidad?

—Goza de buena salud, gracias. Pero las cosas que la despiertan en mí no son las mismas que a ti te emocionan, tan sencillo como eso.

—Todo despejado —anunció MeLaan.

Wax asintió con la cabeza para indicar a los demás que pasaran, todos menos Edwarn y él mismo.

—No os alejéis de la puerta —les dijo.

Cuando hubieron entrado, se acercó un poco más a su tío.

—Amenazador —dijo Edwarn, recorriéndolo con la mirada de la cabeza a los

pies—. Nos has separado del resto, Waxillium. ¿Pretendes intimidarme?

—Pretendo evitar que a los ocupantes de esa habitación les pase algo malo —repuso Wax, bajando la voz—. Aunque sospecho que eso es algo que escapa a la comprensión de una monstruosidad como tú.

—¿Te crees que no tengo emociones? —replicó Edwarn, sombrío—. Intenté convencerlos para que te perdonaran la vida, Waxillium. Me enfrenté al Grupo por ti. Hubo un tiempo en el que te quise como a un hijo.

Wax levantó de nuevo a *Vindicación*.

—Cuando hayamos terminado con esto —dijo—, me vas a dar una lista de nombres. Quiero saber quién más hay en el Grupo. Te llevaré a Elendel, y hablarás.

—Aunque para ello tengas que torturarme, sin duda.

—Yo respeto la ley.

—Una ley que puede alterarse... o modificarse... como mejor se ajuste a tus necesidades en cada momento. Dices que soy un monstruo. Me odias porque persigo el poder y, sin embargo, sirves a quienes hacen exactamente lo mismo que yo. ¿Tu Senado? Sus políticas económicas estrangulan a la ciudadanía. —Edwarn dio un paso adelante; el movimiento le colocó el cañón de la pistola de Wax justo en la sien—. Cuanto más vivas, Waxillium, más te darás cuenta de que tengo razón. La diferencia entre las personas «buenas» y «malas» no reside en los actos que están dispuestos a cometer, sino en el nombre de lo que estén dispuestas a cometerlos.

—¿Waxillium? —lo llamó Marasi desde la puerta de piedra—. Tienes que ver esto.

Wax rechinó los dientes mientras notaba unas palpitaciones incontrolables en uno de sus párpados. Apartó la pistola de la sien de su tío y apuntó con ella en dirección a la puerta.

Edwarn se puso en marcha caminando con indolencia, humeante aún su pipa. Wax entró detrás de él en la solitaria habitación que ocupaba el centro de aquel templo que parecía una fortaleza. Vio un estrado, como el que aparecía en el mural de la antesala, que se elevaba en mitad de la estancia, estilizado y dorado, con unos escalones que conducían a él. Sobre él se erguía un pequeño pedestal cuadrado, cubierto de terciopelo rojo, que sostenía un expositor reluciente, digno de albergar valiosas reliquias. Una suave luz blanca, en vez de la claridad azulada de los laterales del cuarto, caía sobre la tarima desde arriba e iluminaba todo el conjunto.

Conjunto en el que, por lo demás, no había nada.

El suelo estaba sembrado de esquirlas de cristal alrededor del estrado. Wax distinguió los ángulos de unas esquinas; restos de la vitrina que alguna vez debía de haber coronado el pedestal, protegiendo su contenido.

La habitación estaba en silencio, recubierta de escarcha en algunos puntos; en el aire flotaban nubes del polvo reinante, perturbado por la apertura de la puerta de piedra. Las paredes no contenían más accesos ni ventana alguna.

—Vacío —musitó Wax—. Alguien se nos ha adelantado.



Por qué estáis mirándome todos? —preguntó Wayne.

—Es una reacción lógica —dijo Marasi. Apuntaba a Edwarn con una pistola, al igual que MeLaan.

Wax empezó a deambular por la habitación, absorto en sus cavilaciones. «Parece la sala de un trono», pensó distraídamente. Cuando los demás comenzaron a seguirlo, levantó la mano para detenerlos.

—Quedaos en esta franja central si os acercáis al estrado —les ordenó, sin mirar—. Hay una trampa con foso a cada lado, y ese cuadrado ligeramente hundido de ahí dejaría caer una hoja afilada del techo.

—¿Cómo se ha dado cuenta? —preguntó Steris aferrada a su libreta, en la que no dejaba de elaborar una lista tras otra.

—Wax posee una afinidad natural para las cosas que matan —dijo Wayne—. Seguís mirándome. Herrumbres, ¿creéis que me colé aquí sin que nadie se diera cuenta para llevarme ese chisme?

—No —reconoció Marasi—. Pero alguien habrá tenido que ser. ¿El kandra ReLuur?

—No. —Wax se agachó para examinar el manto de trozos de vidrio que cubría los escalones que conducían al pedestal—. Esto lleva así mucho tiempo, a juzgar por el polvo.

Era imposible que el kandra hubiera cruzado aquel pasadizo exterior. Quedaban demasiadas trampas, y todas las que habían saltado tenían algún cadáver en las proximidades.

Lo más probable era que el kandra hubiese hecho sus dibujos antes de volver a casa, en un ejercicio de sensatez, para reunir a más de los suyos y organizar una expedición en condiciones. Los kandra eran inmortales; no tendría ninguna prisa por acceder a este sitio. Había dedicado años a planearlo todo, estudiando el templo y desentrañando sus secretos.

Entonces, ¿quién?

Telsin pasó junto a él, camino del estrado. Los cristales crujieron bajo sus pies. Al observarla de reojo, Wax la descubrió contemplando fijamente el pedestal vacío.

—¿Cómo? —murmuró, consternada.

MeLaan sacudió la cabeza.

—¿Qué habrías hecho tú si te hubieras llevado el tesoro en secreto? ¿Dejar este sitio abierto de par en par para que todo el mundo se enterara, o armar las trampas de

nuevo antes de salir a hurtadillas?

«No», pensó Wax. ¿Rearmar las trampas? Poco probable. Miró de soslayo a su tío, que estaba de pie con la pipa en la mano, observando el estrado sin molestarse en disimular la rabia que lo poseía. Eso lo sorprendió.

¿O estaría fingiendo? ¿Se habría llevado ya los brazaletes y esto no sería más que una farsa diseñada para desconcertarlo? Wax limpió el polvo de una esquirla de cristal, la soltó y seleccionó un trozo más grande. El resto de una de las esquinas. Tras inspeccionarlo con atención, cogió otro pedazo y lo puso a su lado.

—Qué decepción —dijo Edwarn. Parecía genuinamente contrariado.

«No ha sido él», pensó Wax mientras estiraba uno de los faldones de su gabán de bruma y lo usaba para calcular la longitud de la esquirla. «No, esto se remonta a mucho antes.»

Se incorporó. Las conversaciones que lo rodeaban se convirtieron en un zumbido lejano mientras contemplaba el supuesto lugar de descanso de los Brazales de Duelo. Un pequeño pedestal recubierto de terciopelo, congelado en el tiempo.

—Supongo que se acabó —dijo Edwarn—. Ha llegado el momento de poner punto final a esto.

Wax se giró en redondo y desenfundó la pistola. No apuntó a Elegante, sino a su hermana.

Telsin, con la mano oculta en un bolsillo, le sostuvo la mirada con firmeza. Muy despacio, extrajo el arma que ocultaba en su ropa. ¿De dónde la había sacado? Él no detectaba nada... Aluminio.

—Telsin —dijo Wax con voz ronca.

Edwarn jamás podría haber llegado hasta allí sin un topo. Ella era la candidata más plausible. Pero, herrumbres...

—Lo siento, Waxillium.

—No lo hagas. —Wax titubeó. Demasiado tarde. Telsin levantó la pistola.

Apretaron el gatillo a la vez. La bala de Wax se alejó de ella describiendo una curva, empujada por la alomancia. En cambio la de Telsin, hecha de aluminio, le acertó justo debajo del cuello.

Marasi reaccionó sin pararse a pensar. Con el rifle ya preparado, disparó contra Elegante. No entendía qué estaba ocurriendo, pero eliminándolo no empeorarían las cosas.

También su proyectil se desvió, lamentablemente, errando el blanco antes de que el arma escapara de sus manos volando. Elegante sonrió con irritante despreocupación.

Waxillium trastabilló de espaldas en lo alto del podio. La bala lo había alcanzado en la clavícula. Intentó recuperar el equilibrio, pero Telsin le pegó un segundo tiro, esta vez en el abdomen. Waxillium se desplomó, rodó escalones abajo hasta aterrizar al pie del estrado y se quedó tendido, gimiendo.

Edwarn era un alomante.

Telsin pertenecía al Grupo.

Marasi volvió a reaccionar antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Wayne se abalanzó sobre Elegante, pero este encajó sin inmutarse el impacto de uno de los bastones de duelo y utilizó el suyo, revestido de metal, para empujarlo contra el muchacho.

Wayne voló por los aires en dirección a ella mientras sus bastones repicaban en el suelo. Aterrizó con un gruñido. Marasi intentó sorprender a Elegante de un salto. Quizá si lo encerraba con ella en una burbuja de velocidad, Wayne podría...

Sus reservas de metal se habían agotado. Wayne se tambaleaba tras ella, aparentemente igual de desconcertado. Telsin había lanzado un objeto entre ambos.

Un pequeño cubo metálico. Otra granada alomántica. También ella era una alomante. Le arrojó una bolsa a su tío. Monedas.

Wayne se recuperó de su sorpresa y volvió a abalanzarse sobre Edwarn, pero este empujó contra un puñado de monedas. Horrorizada, Marasi vio que el muchacho se encogía en el aire con una maldición, acribillado en pleno vuelo. Hasta sus oídos llegó un grito distante.

Estaba conmocionada... No. No podía permitirse el lujo de dejarse atenazar por la impresión. Embistió contra Elegante como un ariete, pero el hombre la apartó de un empujón, sin esfuerzo. Se agarró a su camisa mientras caía, pero no tardaron en resbalársele los dedos y se golpeó la cabeza contra las losas del suelo.

Pese a haberse quedado aturdida, vio que Waxillium lograba reincorporarse con dificultad. Se tambaleó, ensangrentado, mientras Telsin abría fuego de nuevo. Waxillium se lanzó a la carga, pero no en dirección a la puerta ni contra Elegante, sino hacia uno de los laterales de la habitación, lejos de todo. Lo único que había allí era una esquina, iba a quedarse acorralado él solo...

El suelo se abrió a los pies de Waxillium, arrojándolo a un foso.

Wayne se puso en pie con esfuerzo.

—¡Que no se levante! —exclamó Elegante mientras le arrojaba otro puñado de monedas.

Telsin disparó contra Wayne desde lo alto del estrado. Su puntería dejaba mucho que desear, pero entre Edwarn y ella consiguieron acertar varias veces.

Aquello no amilanó a Wayne, con sus facultades potenciadas por la mente de metal dorada. Le dedicó un gesto grosero y atravesó la puerta corriendo, recuperándose de las heridas casi a medida que las recibía.

Elegante gruñó cuando el arma de Telsin emitió un chasquito, indicando que se había quedado sin munición. Marasi intentó agarrarlo por las piernas, con la esperanza de derribarlo, pero el hombre le propinó una patada en el pecho. La muchacha resopló, sin aliento, y Elegante apoyó un pie en su garganta.

—¡Wayne! ¡Vuelve aquí si no quieres que mate a los otros!

No obtuvo respuesta. Wayne, al parecer, había aprovechado la oportunidad para

escapar por el pasadizo. Bien. No estaba abandonándolos; tan solo había comprendido que todos tendrían más posibilidades si no lo capturaban también a él.

—¡Hablo en serio! —volvió a gritar Elegante—. ¡La mataré!

—¿Te crees que le importa? —preguntó Telsin.

—La verdad, con ese nunca se sabe. —Tras esperar unos instantes por si Wayne se entregaba, suspiró y levantó el pie del cuello de Marasi.

Aturdida, con la respiración aún entrecortada, la muchacha hizo balance de la situación. MeLaan estaba retorciéndose en el suelo. ¿Eso cuándo había ocurrido? Allik y Steris lo observaban todo con los ojos fuera de sus órbitas, paralizados. Había sido visto y no visto. Hacía tan solo unos años, Marasi habría reaccionado igual que esos dos, sintiéndose desorientada y confusa. No dejaba de ser impresionante, en cierto modo, que hubiera hecho gala de semejante rapidez de reflejos.

Aunque siguiera sin haber estado a la altura de las circunstancias. Edwarn recogió su rifle y la apuntó con él.

—Para allá —dijo, moviendo el arma para indicarle a Marasi que se arrastrara junto a Steris y Allik a fin de poder controlarlos mejor a todos. La muchacha contempló la posibilidad de hacer algo, lo que fuera, pero ¿qué? Sus reservas de metal se habían agotado, y su mente todavía no había terminado de asimilar la gravedad de lo que acababa de suceder.

Waxillium debía de estar desangrándose en el fondo de aquel pozo. Wayne había conseguido escapar, pero no tenía más bendaleo. MeLaan había caído.

Tendría que apañárselas ella sola.

—Por favor —dijo Allik, agarrándola desesperadamente del brazo cuando hubo llegado hasta ellos—. Por favor.

Estaba aterrado, pero Marasi no podía culparlo. Había visto caer a Waxillium, el hombre al que adoraba, y volvía a verse en poder de Elegante. Steris observaba a Telsin con los ojos entrecerrados.

Waxillium había descubierto la verdad, aunque demasiado tarde. No había cacheado a su hermana y había titubeado en vez de disparar. A pesar de lo astuto que era, por lo que a Elegante y Telsin respectaba, la sensatez de Waxillium hacía aguas por todas partes. Siempre había sido así.

«Como si tú te hubieras lucido», pensó con amargura Marasi.

Telsin bajó tranquilamente por los escalones, empuñando la pistola ante ella.

—Menuda pifia.

—¿Pifia? —replicó Edwarn—. Yo diría que no nos ha salido tan mal.

—Dejé que Waxillium se me escapara.

—Le disparaste tres veces. Puede darse por muerto.

—¿Te atreverías a poner la mano en el fuego por eso?

Edwarn exhaló un suspiro.

—No.

Telsin asintió con la cabeza. Sin que su expresión se alterara, sacó un cuchillo del

bolsillo, se arrodilló y apuñaló a MeLaan. Steris lanzó un grito mientras daba un paso en su dirección.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó Marasi.

Aunque no obtuvo respuesta, sospechaba ya lo que podía haber ocurrido. Había líquidos que, al inyectarse en los kandra, los inmovilizaban y provocaban que empezasen a perder su forma. Era algo temporal, pero Marasi dedujo que, mientras ella estaba distraída con Elegante, Telsin habría aprovechado para utilizar alguna de esas substancias contra MeLaan. Con los brazos retorcidos, partidas las piernas, el esqueleto del kandra no estaba en condiciones de ofrecer resistencia.

Tras hurgar durante unos macabros instantes, Telsin extrajo una púa. Se la guardó en el bolsillo y siguió excavando en el cuerpo del kandra. Elegante, mientras tanto, se acercó a Marasi; a través de los desgarrones de su camisa, esta atisbió un destello metálico entre dos de sus costillas. No se trataba de un punzón de gran tamaño, como el de Ojos de Hierro, sino de algo más sutil.

No se habían limitado a experimentar con la hemalurgia: habían empleado púas para concederse poderes a sí mismos.

Telsin extrajo por fin la segunda púa de la desventurada MeLaan y se la guardó. El kandra estaba derritiéndose, reducido a una masa informe de piel parduzca y músculos sin nada a lo que aferrarse que se derramaba fuera de sus ropas, desprendiéndose de los huesos. El cráneo de cristal verde se quedó contemplando el techo sin verlo, con la mirada perdida.

Telsin señaló el foso que se había tragado a Waxillium.

—Ve a buscarlo.

—¿Yo? —dijo Elegante—. Deberíamos esperar a...

—No hay tiempo. Tú lo conoces mejor que nadie. Persíguelo. Sé que todavía está vivo. He conocido piedras menos resistentes que mi hermano.

Elegante suspiró de nuevo, pero esta vez asintió con la cabeza mientras intercambiaba sus armas con Telsin a fin de quedarse con la pistola de aluminio, que recargó. Se acercó al borde del pozo. Marasi miró de soslayo a Telsin, que vigilaba los restos de MeLaan con el rifle preparado.

¿Debería abalanzarse sobre ella? Elegante acataba sus órdenes. No era un simple miembro del Grupo; superaba en rango al tío de Waxillium. Y era una alomante, sin duda; el modo en que había utilizado la granada alomántica lo atestiguaba.

Elegante descendió empleando una cuerda. Instantes después, Marasi oyó pasos procedentes del pasadizo, y pronto irrumpió en la habitación un despliegue de soldados uniformados como los que custodiaban aquel almacén.

—El retaco —los interpeló con apremio Telsin—. Wayne. ¿Os habéis cruzado con él?

—¿Señor? —replicó uno de los soldados—. No, no lo hemos visto.

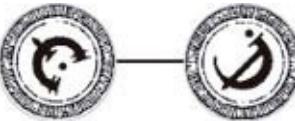
—Maldición. ¿Dónde se habrá metido esa rata? Necesito que todos los hombres de los que podamos prescindir peinen ese pasillo y los alrededores, hasta la llanura en

el exterior. Es extremadamente peligroso, sobre todo si le queda alguna redoma de bendaleo.

Marasi se volvió hacia Steris, que seguía aturdida y con los ojos abiertos de par en par, contemplando sin parpadear el agujero por el que había desaparecido Waxillium. Los ojos de Allik, agarrado al brazo de Marasi, resultaban visibles detrás de la máscara.

—Nos sacaré de esta —les susurró la muchacha a sus compañeros.

Aunque no sabía cómo.



Se chivará de nosotros... Lo sabes.

Wax rodó hasta quedar tendido de espaldas, mirando hacia arriba. Oscuridad.

El pozo había descrito un giro mientras caía (recordaba haberse golpeado contra una de las curvas) y lo había depositado allí.

Herrumbres... ¿Cómo era posible que tuviera la vista nublada si no podía ver nada? Tanteó su cinto y encontró un vial; consiguió ingerir el contenido, restableciendo así sus reservas de metal.

¿Vienes? Claro que no. Nunca te arriesgas a meterte en problemas.

No. Sí que podía ver algo. Una vela solitaria en un cuarto oscuro. Parpadeó, pero ya se había esfumado. Una visión del pasado. Un recuerdo...

Una luz en una habitación a oscuras. Dejada allí para desviar la...

Eso era el estrado de arriba. Los brazaletes no habían estado allí nunca. Los cristales rotos, el expositor vacío, la tarima y el pedestal... una estratagema, todo ello, orquestada por los diseñadores de ese lugar. Pero habían cometido un error.

La urna de vidrio que habían hecho añicos era demasiado grande para encajar en aquel pedestal.

«Una vela en un cuarto oscuro...», pensó Wax. Eso significaba que los brazaletes estaban en otra parte. Parpadeó de nuevo y le pareció distinguir algo de claridad, ahora que sus ojos empezaban a acostumbrarse a las sombras.

No se encontraba en ningún foso angosto. Aquel agujero lo había depositado en otro lugar. Se retorció para incorporarse, consiguió ponerse de rodillas y se palpó el vientre. Encontró sangre. La herida era fea, lo traspasaba de lado a lado, a juzgar por el reguero de humedad que notaba deslizándose por la parte de atrás de su muslo. También había recibido un disparo en la pierna, pero daba igual; se la había roto en la caída de todas formas.

La herida de bala que había sufrido en el cuello era la más grave de todas. Lo sabía sin necesidad de tocar nada merced al modo en que estaba reaccionando su cuerpo, por cómo empezaban a entumecerse las articulaciones y algunos músculos habían dejado de funcionar como deberían.

Esa luz... azulada. No se trataba de ninguna vela, sino de una de aquellas lámparas empotradas en las paredes del edificio. Se arrastró hacia ella remolcando su pierna maltrecha, arañándose contra las piedras, con el sudor cayéndole a chorros por las mejillas y mezclándose con la sangre que estaba derramando en el suelo.

—Armonía —musitó—. Armonía.

No obtuvo respuesta. ¿Ahora iba a ponerse a rezar? ¿Qué había pasado con su odio?

Aquella luz se convirtió en su única razón de ser. Podría haber pasado una hora arrastrándose, o quizás hubiera sido tan solo un minuto. Conforme avanzaba, distinguió centinelas en la oscuridad. Personas sentadas ante la luz que proyectaban largas sombras en las profundidades de la habitación. El techo era bajo, demasiado como para que uno se pusiera de pie. Por eso... por eso aquellas personas tenían que estar sentadas...

«¡Concéntrate!», se reconvino a sí mismo, quemando metal. Los centinelas llevaban metal encima. Y... sí, otra de aquellas líneas tan finas, apuntando hacia una zona concreta en el suelo ante él. Otra trampa.

El metal consumido pareció reportarle algo de claridad, ayudándole a repeler aquel molesto embotamiento. Había perdido mucha sangre. No tardaría en desmayarse. Sin embargo, ahora, un ápice más alerta que antes, vio a aquellos centinelas por lo que en realidad eran. Cadáveres. Sentados, de alguna manera, embozados en ropa de abrigo. Al reptar frente a ellos contempló sus rostros congelados, apergaminados por el paso del tiempo, pero asombrosamente bien conservados. Todos tenían una máscara en el regazo. Formaban cuatro anillos concéntricos, con la mirada fija en la luz que resplandecía más adelante.

Esta era la tumba de los que habían construido aquel sitio. Entonces, ¿cómo...? ¿Cómo se había transmitido la combinación de la puerta hasta...?

Wax siguió arrastrándose entre los cadáveres arracimados, congelados pese a su cálido atuendo. Se los imaginó allí sentados, aguardando su final, a medida que disminuía el calor de sus mentes de metal. El frío se habría abatido sobre ellos igual que cae la noche al terminar el ocaso, trayendo consigo una oscuridad inapelable y definitiva.

Y, frente a él, otro pedestal. Más pequeño, labrado en una roca de color blanco. La modesta luz que relucía en lo alto le desveló un juego de brazaletes metálicos. Nada de efectos teatrales aquí, tan solo el silencio reverencial de los muertos.

Oyó algo a su espalda, el roce de unas botas contra las losas del suelo; un torrente de claridad inundó la estancia a continuación, procedente de la misma dirección que el sonido.

—¿Waxillium? —lo llamó la voz de Edwarn.

Wax se agachó.

—Sé que estás aquí, hijo. Menudo rastro de sangre has dejado. Esto ya se ha terminado, como comprenderás.

«Ahora es un alomante», pensó Wax, recordando lo que había hecho su tío con el arma de Marasi. El hombre portaba una pistola de aluminio, la misma que había usado Telsin.

Telsin... ¿Cuánto tiempo llevaría colaborando con ellos? Odiaba haberlo adivinado, odiaba que su primera reacción instintiva (por acertada que fuese) hubiera

sido apuntar con un arma a su única hermana. Ahora todo cobraba sentido. Había provocado que Wayne tirase la mochila de una patada por la puerta de la aeronave. Había eliminado al bruto del almacén cuando este se disponía a hablar; posiblemente dirigiéndose a ella, desenmascarándola como miembro del Grupo.

Elegante no... no se habría reunido en el templo con ellos sin un as en la manga...

Necesitaba centrarse. Edwarn se acercaba. Wax sintió la tentación de empujar una bala contra él, pero se contuvo. Su tío levantó la linterna, iluminando el inmenso vacío mientras miraba lentamente a su alrededor. No parecía haberlo divisado todavía y todos los cuerpos llevaban algo de metal encima, por lo que la vista de acero de Edwarn no delataría a Wax. Pero sí el rastro de sangre, y pronto.

Aun así, Wax esperó. Se agachó, encogiéndose entre el montón de figuras, imitando sus poses encorvadas.

«Tengo que coger esos brazaletes...»

Aunque consiguiera cubrir la distancia que lo separaba de ellos, recibiría un disparo antes de llegar hasta allí.

—He intentado protegerte —dijo Elegante.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —La voz de Wax despertó ecos en la oscuridad.

Elegante sonrió mientras seguía avanzando, escudriñando los cuerpos. Si pudiera hacer que se acercase un poco más...

—No le he hecho nada. Hijo, fue ella la que me reclutó a mí.

—Mentiras —siseó Wax.

—¡El viejo mundo agoniza, Waxillium! Te advertí que pronto nacería uno nuevo, un mundo en el que las personas como tú no tienen cabida.

—Sabría encontrar mi lugar en un mundo lleno de naves voladoras.

—No hablaba de eso —repuso Elegante—. Me refiero a los secretos, Waxillium. Un mundo donde los alguaciles solo existirán para hacer que la gente se sienta segura. Será un mundo repleto de sombras, de gobiernos ocultos. El cambio está operándose ya. Quienes ostentan el mando hoy en día no son los hombres que prodigan sonrisas ante la multitud y pronuncian discursos.

Edwarn rodeó uno de los cadáveres y siguió el rastro de sangre de Wax con la mirada. Solo unos pocos pasos más.

—La época de los reyes se ha terminado —continuó Edwarn—. La época en que se adoraba a los privilegiados ya es historia, al igual que el derecho de los alomantes a ostentar el poder. Sus dones dejarán de depender de los caprichos de la historia. Ahora, en vez de eso, el poder será para quienes se lo merezcan. Para quienes sean capaces de usarlo.

Levantó el pie para dar otro paso, pero titubeó, mirando hacia abajo. Su sonrisa se ensanchó mientras llevaba el pie hacia atrás, provocando que a Wax le diera un vuelco el corazón en el pecho.

—¿Intentas distraerme para que pise una trampa? Qué plan más osado, Waxillium. —Edwarn miró de reojo hacia arriba—. Sospecho que se desplomaría toda esta sección del techo. A ti también te atraparía el alud.

Se giró y miró directamente al lugar en que Wax estaba sentado, intentando mimetizarse con los cadáveres.

Wax levantó la cabeza.

—Habría merecido la pena. —Aún tenía la escopeta, pero dudaba que le quedasen fuerzas para utilizarla. En vez de eso, de rodillas, extendió una mano ensangrentada en la que aferraba una bala—. ¿Quieres que comprobemos lo bueno que eres, tío?

Un desafío. Quizá pudiera derrotarlo si libraban un duelo.

Edwarn lo observó durante unos instantes y sacudió la cabeza.

—Mejor no.

Apoyó el pie con fuerza en la placa del suelo, accionando la trampa.

Telsin hizo desfilar fuera del templo a Marasi y el resto. Una vez fuera, le arrancó el medallón del brazo a la muchacha.

Marasi jadeó, aferrando su bolso con fuerza cuando el frío se abatió sobre ella como un enjambre de insectos, ensañándose hasta con el último ápice de su piel descubierta. De súbito su vestido se convirtió en algo insignificante, inservible. Le habría dado lo mismo encontrarse desnuda. Telsin repitió la operación con Steris y extendió la mano en dirección al brazo de Allik.

—Por favor —dijo Marasi—. Se...

Telsin agarró el medallón. Allik intentó zafarse, pero uno de los guardias le propinó un golpe en el rostro, agrietando su máscara y derribándolo en el suelo nevado. El mismo agresor se agachó para arrancarle el medallón.

Con un aullido estentóreo, Allik se ovilló sobre las piedras heladas. Ante ellos, el páramo era un hervidero de actividad. Las tiendas de campaña ondeaban al viento mientras los hombres se afanaban en torno a la aeronave siniestrada de los Cazadores. Un grupo de personas enmascaradas desfilaban en dirección a una tienda que destacaba por sus grandes dimensiones; los compañeros de tripulación de Allik todavía estaban con vida, por tanto.

Remontó los escalones un hombre uniformado de rojo bajo el recio abrigo que lo cubría.

—Lady Secuencia —se dirigió a Telsin cuando hubo llegado a lo alto de la escalinata—. Hemos localizado lo que creemos que debe de ser el arma.

—¿Los brazaletes? —preguntó Marasi.

Telsin le lanzó una mirada sardónica.

—Los brazaletes eran una posibilidad. Tentadora, eso sí, y no voy a negar mi desilusión. Irich se sentirá particularmente contrariado. Pero no hemos venido por ellos.

«La nave —comprendió Marasi, observándola—. Cargada con una bomba diseñada para destruir el templo.»

Una bomba que no se había usado nunca. Varias personas deambulaban alrededor del enorme vehículo, inspeccionándolo. Esto era lo que buscaban Elegante y los suyos.

Marasi dio un paso al frente, pero uno de los guardias la agarró mientras otro registraba su bolso en busca de cualquier posible amenaza. Otro le arrebató la libreta de las manos a Steris antes de cacheárla, sin miramientos.

—La nave se encuentra en buen estado a pesar de los elementos, Secuencia —informó a Telsin el soldado ante la impotente mirada de Marasi—. No se estrelló como la otra.

—Excelente. Veamos si queda algo de metal propulsor a bordo de ese armatoste. —Telsin empezó a bajar por los escalones, ajena al frío paralizante merced al efecto de su medallón calefactor. Parecía un espíritu con su vestido, tan elegante y vaporoso, junto a aquellos hombres cubiertos con ropa de invierno de la cabeza a los pies.

Titubeó y volvió la mirada atrás, hacia Marasi y los otros.

—Registradlos a conciencia —ordenó a los soldados—. Percibí un tenue rastro de metal en la mayor de las mujeres, pero ya se ha esfumado. Su libreta debe de tener encuadernaciones metálicas. Creo que no llevan encima ninguna pistola de aluminio, aparte de la que tenía Waxillium. En cualquier caso, no los perdáis de vista. Nos servirán de seguro contra el bajito, que todavía anda suelto por ahí fuera, en alguna parte.

El techo se derrumbó sobre sus cabezas.

Con un grito, Wax se abalanzó sobre el pedestal y los dos sencillos brazales. Elegante optó por una estrategia distinta; empujó contra los brazaletes para impulsarse de un salto hacia atrás, lejos del alud.

Las piedras cayeron sobre Wax como un mazazo, aplastándolo contra el suelo. Oyó cómo crujían los huesos dentro de él. Al boquear, sin aliento, se le llenó la boca de polvo.

Reconoció la gravedad de los daños que había sufrido en cuanto hubo pasado el dolor. Al asentarse la polvareda, se descubrió incapaz de mover ni una sola parte de su cuerpo. Un peso le oprimía la espalda, paralizándolo con la cabeza ladeada. Una de sus manos yacía inerte en su campo visual, con los dedos deformados. No podía sentirlos. Nada. Tan solo su rostro. Lo justo para notar las lágrimas de dolor y fracaso que se deslizaban por sus mejillas.

«Acero.» Intentó quemarlo.

Percibía unos jirones de metal en su interior, una calidez que se transformó en lo único que podía sentir.

Los escombros se agitaron cerca de él, repicando al chocar entre sí los cascotes. Instantes después apareció Elegante, con un corte en el brazo que ya había empezado

a cerrarse. Se sacudió el polvo y miró a Wax de soslayo.

—Lo malo de la hemalurgia son sus limitaciones —dijo—. Si matas a alguien y le robas sus habilidades metálicas, el don resultante que obtienes es débil. ¿Lo sabías? Además, si te clavas demasiadas púas, te vuelves susceptible de padecer la... interferencia de Armonía. Más aún, según las historias, podrías abrirte a la intervención de cualquier aplacador o encendedor sin dos dedos de frente pero con suficiente talento. —Edwarn sacudió la cabeza—. Me veo, por tanto, limitado a tres dones, aunque hayamos descubierto la manera de imponer esa debilidad a un tercero mientras nosotros nos quedamos con las ventajas.

Lanzó una mirada de reojo a los brazaletes.

—En cambio, si existiese una forma de obtener más poderes sin ser vulnerable a Armonía... eso sí que sería digno de verse. Entiendo el entusiasmo de Telsin.

Se alejó de Wax pasando frente a los cadáveres congelados de los enmascarados, cuyos restos sobresalían entre las rocas. Aplastados. Algunos incluso parecían haberse roto en pedazos.

Elegante llegó al pedestal.

—Sé testigo, Waxillium. Hoy voy a convertirme en un dios.

Wax intentó gritar algo, pero sus pulmones fueron incapaces de reunir el aire necesario. Quiso incorporarse, liberarse, pero su cuerpo no lo obedecía. Estaba agonizando. Pese al acero que ardía tímidamente en su seno, se iba a morir.

No. Ya estaba muerto. Su cuerpo, sencillamente, aún no se había percatado de ello.

Elegante cogió los brazaletes. Wax ladeó la cabeza como pudo, inmovilizado como se encontraba, para verlo. La barba del hombre enmarcaba una amplia sonrisa, expectante.

No pasó nada.

Las facciones de Elegante se ensombrecieron. Giró los brazaletes de un lado a otro, estudiándolos. Se los puso.

Nada.

—Agotados —masculló con irritación—. Después de tantos esfuerzos, los encontramos vacíos de atributos. Qué desperdicio. —Encaminó sus pasos hacia Wax con un suspiro mientras sacaba el arma de aluminio de su bolsillo—. Seguro que los científicos de Irich sabrán desentrañar su composición. Llévate ese pensamiento a la eternidad, Waxillium. Y saluda de mi parte a Ojos de Hierro. Dile que no tengo la menor intención de reunirme con él.

Apoyó la pistola en la cabeza de Wax.

Y entonces algo se estrelló contra él. Elegante profirió un alarido, seguido de un forcejeo en el que se disparó la pistola. Maldiciones. Pasos entre los cascotes.

Un segundo después, Wayne se materializó ante los ojos de Wax. Se arrodilló junto a él mientras lo observaba de arriba abajo, horrorizado.

—Wayne —musitó débilmente Wax—. ¿Cómo...?

—Bah, no ha sido nada —dijo su compañero—. Me escaqueé y acabé cayéndome en otro pozo de esos. Aquel tenía el fondo cubierto de pinchos, por desgracia. Pero conseguí sanarme, escalé y, cuando los soldados hubieron pasado de largo, me colé en este sitio. Encontraste un agujero mucho mejor que el mío para caerte por él, eso seguro.

—Elegante...

—Ha huido. No le apetecía enfrentarse a mí cara a cara, ahora que ya estoy recuperado. Menudo cobarde está hecho... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire mientras contemplaba el cuerpo de Wax, aplastado bajo el alud—. Me...

—Busca a Marasi y Steris —murmuró Wax—. Ayúdalas a escapar.

—Wax —dijo el muchacho, sacudiendo la cabeza—. No. ¡No! No puedo hacer esto sin ti.

—Sí que puedes. Corre.

—No me refería a esa parte —replicó Wayne—, sino a todo lo demás. A vivir. Tenemos... tenemos que sacarte de esta. —Se restregó los ojos con las palmas de las manos, mirando la piedra que había encima de Wax y el charco de sangre que tenía debajo.

Se echó hacia atrás a continuación, atusándose el pelo con los ojos abiertos de par en par, como si estuviera conmocionado. Wax intentó apremiarlo, pero sus labios se negaban a obedecerle.

Las fuerzas lo habían abandonado.

Acurrucado en el suelo helado junto a Steris y Allik, rodeada de hombres armados que estaban registrando sus pertenencias. Seguía siendo de noche, aunque no debía de faltar mucho para que amaneciera.

«Waxillium ya habría encontrado alguna manera de escapar de este atolladero.»

«Deja de compararte con él —pensó—. No me extraña que no logres escapar de su sombra, cuando pareces empeñada en desconfiar de tus propias posibilidades.»

Necesitaba encontrar una solución. En su cabeza se agolpaban una decena de planes, todos ellos estúpidos. El guardia todavía tenía su bolso.

La púa de ReLuur podría estar dentro. Investida hemalúrgicamente, podría haber pasado inadvertida a los ojos de cualquier alomante que hubiese buscado metales en ella. El guardia le dio la vuelta al bolso, derramando su contenido sobre las piedras heladas.

Ninguna púa. En vez de eso, entre el revoltijo de cuadernos y pañuelos, salió rodando una cuña metálica del tamaño de la palma de su mano. ¿La punta de aluminio de la lanza de la estatua?

«Wayne, te voy a...» Rechinó los dientes. ¿Cuándo se la habría cambiado por la púa? ¡Menudo granuja!

—Ese bolso ya lo había registrado yo antes —dijo otro de los guardias—. No hay armas.

—Bueno, entonces, ¿qué es esto? —replicó el primero, recogiendo el trozo de aluminio en forma de cuña.

Su compañero respondió con un resoplido.

—Intenta matar a alguien con eso. No tiene punta.

Marasi se encogió, sintiéndose estúpida. Aunque tuviera la púa, ¿qué haría? No sería capaz de reducir a tantos guardias armados.

¿Qué podía hacer?

Alguien cayó del cielo y aterrizó en el suelo con un golpe seco no muy lejos de ella. Marasi se animó de repente, pensando que sería Waxillium. Se trataba de Elegante, sin embargo, desgarradas y sucias de polvo sus ropas, empuñando una pistola. Los guardias lo saludaron poniéndose firmes y, en el proceso, el que sostenía su bolso lo dejó caer junto con la cuña metálica. Uno de sus frasquitos de maquillaje, de cristal, se alejó rodando.

El pobre Allik estaba acurrucado junto a Steris. Había dejado de tiritar y su piel estaba volviéndose azul. Steris lo miró a los ojos con expresión resignada.

Elegante pasó frente a ella andando a zancadas. Resultaba mucho más amenazador surcando los aires por medio de sus habilidades alománticas que antes, embozado en ropas de abrigo en la escalinata del templo.

—¿Mi hermano está muerto? —preguntó Telsin, dando la espalda al grupo de ingenieros con los que había estado conversando cerca de allí.

—Sí —dijo Elegante—. Aunque tuve que enfrentarme al retaco.

—¿Lo has eliminado?

—Lo he dejado ocupado. ¿No quieres ver qué he encontrado? —Elegante levantó algo que resplandecía bajo las potentes luces montadas por la expedición. Dos brazaletes plateados, ambos tan largos como su antebrazo—. Había una cámara secreta ahí abajo, Secuencia. Y no te vas a creer la sorpresa que se ocultaba en su interior.

Telsin se abrió paso a empujones entre los científicos y ascendió a la altura de Elegante. Cogió los brazaletes, asombrada.

—No funcionan —dijo Elegante.

—¿A qué te refieres?

—Se han quedado sin atributos, creo. Sus reservas se han agotado.

—Pero también confieren la alomancia. —Telsin se los puso y le hizo una señal a uno de los guardias, que le lanzó un vial de metales. Se lo bebió de un solo trago, con avidez.

—¿Y bien? —preguntó Elegante.

—Nada.

«Un señuelo», pensó Marasi. Igual que la vitrina y el pedestal vacío... Sí, también eso lo había sido. Ahora entendía por qué Waxillium había tomado aquellas medidas.

Waxillium. Era imposible que...

No. ¿Qué podía hacer ella? Luchar, no. Pero sí pensar. Esos brazaletes eran un cebo. Una segunda capa de falsedad para confundir a los intrusos.

Así que, ¿dónde estaban los auténticos?

Velas en una habitación a oscuras.

«Son otra añagaza —pensó Wax, con la cabeza embotada—. Esos brazaletes eran demasiado perfectos, como en las historias. Los dejaron ahí para engatusarnos.»

Como los símbolos del antiguo adversario de Wax, pintados en la puerta de aquella mansión. Una distracción. Un mero entretenimiento.

«Este lugar fue diseñado para el lord Legislador —se dijo—. Esas trampas... esas trampas son absurdas. ¿Y si cayera él en una? Todo esto tiene que ser un sueño.»

Entonces, ¿qué? ¿Habría otro templo ahí fuera, en alguna parte? ¿Los habrían escondido en una cueva, quizás?

Ya apenas si podía ver nada. Wayne le sostenía la mano con las mejillas surcadas de lágrimas. Todo empezaba a desvanecerse. El frío... cerniéndose sobre él... como un manto de tinieblas...

«No —pensó Wax—. No está en otra parte. Él debería ser capaz de encontrarlo. De reconocerlo...»

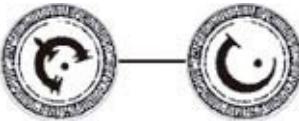
Estaba...

¡Estaba aquí!

Wax jadeó con los ojos abiertos de par en par, sin aliento, e intentó vocalizar las palabras que pugnaban por brotar de sus labios. Los nudillos de Wayne palidecieron cuando le apretó la mano.

Pero él ya no sentía nada.

La oscuridad se abatió por fin sobre Wax, y murió.



Max se quedó inmóvil.

Wayne dejó caer su mano inerte, sin fuerza. Lo único que quería era quedarse allí sentado, junto a él. Con la mirada perdida en el vacío, como aquellos tipos ordenados en hileras que lo rodeaban; los que no habían quedado aplastados. Quedarse allí y dejar que lo envolviera la nada.

En toda su vida, tan solo una persona había creído en él. Solo una persona lo había perdonado y le había dado ánimos. Por lo que a Wayne respectaba, el resto de toda esta cochina especie que era la humanidad podía arder hasta quedar reducida a cenizas. Los odiaba a todos.

Pero... ¿qué diría Wax?

«Qué cabrón —pensó Wayne mientras se secaba los ojos—. Me ha abandonado.» También odió a Wax en ese momento. Sin embargo, lo amaba más que lo odiaba. Wayne se incorporó con un gruñido, tambaleándose. Estaba desarmado; se le habían caído los bastones de duelo allí arriba.

Contempló fijamente el cadáver de Wax, se arrodilló y le tanteó la pierna. Tiró con fuerza al notar algo con los dedos. La escopeta.

Comenzaron a temblarle las manos de inmediato.

—Quietas —siseó—. Ya hemos pasado por eso.

Amartilló la escopeta y se dispuso a buscar la manera de salir del sepulcro.

«El templo entero es una artimaña —pensó Marasi, tiritando de frío—. Así que, ¿dónde están los brazaletes de verdad?»

El lugar se había construido para el lord Legislador, que supuestamente iba a volver para recuperar su arma. ¿Dónde la habrían dejado?

«Él sabría reconocerla —se dijo la muchacha—. Es obra suya. Creemos que tiene forma de brazaletes, pero no tiene por qué ser así. Podría tratarse de cualquier cosa.»

Sería una decisión inteligente a la hora de fabricar un arma. Estas mentes de metal... Uno tenía que saber qué hacían para que funcionaran. Podías protegerte, de modo que solo alguien que supiera lo que estaba buscando podría emplear tu arma.

Y, en tal caso, las personas que habían erigido el templo podrían haber dejado el arma donde el lord Legislador la viese cuando regresara, mientras que cualquier otro pasaría por delante de ella sin sospechar nada, internándose cada vez más en el templo para enfrentarse a todas aquellas trampas, fosos y seíuelos diseñados con el fin de acabar con los intrusos o convencerlos de que habían saqueado el lugar con éxito.

¿Dónde esconderías tú el arma? En la puerta, bajo la marca del propio Soberano, en su misma mano. Marasi se giró, desesperada, buscando la exagerada punta de lanza.

Yacía justo a su lado, donde el guardia la había dejado caer. Waxillium había dicho que era de aluminio porque no podía percibirla, pero no se había fijado con detenimiento.

De lo contrario habría visto que estaba compuesta de distintos metales entrelazados, ondulantes, como los pliegues forjados en la hoja de una espada. No podía empujar contra ella, pero no porque fuese de aluminio.

Sino porque era una mente de metal, cargada con más poder del que nadie hubiera sido testigo jamás.

Envolvía a Wax una neblina difusa. La caverna, las rocas, el suelo mismo... todo era bruma. Pero podía ponerse de pie encima de ella, de alguna manera.

Armonía surgió de las tinieblas fluctuantes para situarse a su lado. Comenzaron a caminar el uno junto al otro, paseando con toda la naturalidad del mundo. El aspecto de Dios era tal y como Wax siempre se lo había imaginado. Alto, sereno, entrelazadas las manos ante Él. Su rostro era un óvalo estilizado, plácido y de facciones humanas, aunque dejaba a Su paso un rastro de atemporalidad. Wax podía verla, ondeando a Su espalda. Vientos y tempestades, nubes y lluvia, desiertos y bosques por igual, todo ello encontraba su reflejo de alguna manera en la estela de esta criatura. Su manto estaba estampado con las uves de Terris, donde cada una de las letras simbolizaba, no un color, sino toda una era. Símbolos de una cronología estratificada, como el perfil de una antigua roca desenterrada.

—Dicen —musitó Wax— que nos visitas a todos cuando nuestra hora ha llegado.

—Lo considero el más sagrado de mis deberes —repuso Armonía—. Aun cuando me acucien otros menesteres, siempre encuentro el tiempo necesario para dar este paseo. —Su voz, apacible, sonaba familiar en los oídos de Wax. Como la de un amigo olvidado.

—Así que estoy muerto.

—Sí. Tu cuerpo, tu mente y tu alma se han separado. Uno regresará pronto a la tierra, otra al cosmere, y la tercera... Ni siquiera yo puedo saberlo.

Siguieron caminando. La caverna umbría se desvaneció, y sobrevino a Wax una súbita sensación de borrosidad. Las nieblas devinieron en oscuridad, y todo cuanto podía ver ahora era una claridad distante, como la del sol oculto tras el horizonte.

—Si tienes tiempo para andar con nosotros —refunfuñó Wax, desabrido—, ¿por qué no apareces un poco antes? ¿Por qué no evitar el paseo antes de que se convierta en algo inaplazable?

—¿Debería librados de todas las penurias, Waxillium?

—Ya sé por dónde van los tiros. Sé lo que vas a decir. Que valoras el libre albedrío. Todo el mundo teoriza al respecto. Pero Tú puedes intervenir. Lo has hecho

antes, llevándome adonde se me necesitaba. Actúas... pero ¿por qué no lo haces más? Impide que mueran los niños. Asegúrate de que los alguaciles lleguen a tiempo para evitar los asesinatos. No es preciso que elimines nuestra capacidad de elección, pero podrías hacer algo más. Lo sé.

«Podrías haberla salvado. O informarme al menos de lo que iba a ocurrir.»

Esa última parte se la guardó para sus adentros.

Armonía asintió con la cabeza. Era extraño venirle con exigencias a Dios, pero... herrumbres. Ya que este era el final de su trayecto, al menos Wax esperaba obtener alguna respuesta.

—¿Qué significa ser Dios, Waxillium?

—No creo que pueda contestar a eso.

—Tampoco Yo esperaba tener que responder a esa pregunta —dijo Armonía—. Pero es evidente que no me queda elección. Te gustaría que interviniere y evitase la muerte de los inocentes. Podría hacerlo. Me lo he planteado. Pero ¿y después, qué? ¿Evito también las mutilaciones?

—Por supuesto.

—¿Y dónde trazo la línea, Waxillium? ¿Me dedico a evitar todas las heridas o solo aquellas infligidas por gente malvada? ¿Evito que un hombre se quede dormido para que no derribe sin querer la vela que habrá de reducir su casa a cenizas? ¿Impido todos los males que podrían acaecerle a una persona?

—Quizá.

—Y cuando ya nadie vuelva a sufrir ningún daño —continuó Armonía—, ¿os conformaréis con eso? ¿O seguiréis elevándome vuestras plegarias, pidiéndome más? ¿Habrá quienes todavía maldigan y escupan al oír mi nombre porque ellos son pobres y a otros les sobra el dinero? ¿Debería mitigar también eso, Waxillium? ¿Volveros a todos iguales?

—No pienso caer en esa trampa —replicó Wax—. Tú eres la deidad, no yo. Tú sabrás trazar la línea para evitar el peor de los casos, una línea razonable que nos permita seguir adelante con nuestras vidas.

La luz que despuntaba ante ellos se desplazó a un lado, de súbito, y Wax descubrió que habían rodeado un planeta. Se encontraban encima de él, a gran altura, y habían salido de la oscuridad al resplandor del sol. Wax podía ver ahora el orbe que flotaba a sus pies, bañado por una claridad fría y serena.

Tras él acechaba una neblina escarlata, envolvente, presionando contra el planeta. Podía sentir cómo lo estrangulaba, un miasma de terror y devastación.

—A lo mejor —dijo en voz baja Armonía— ya he hecho exactamente lo que sugieres. Solo que tú no te das cuenta porque el peor de los casos no te ha afectado nunca.

—¿Qué es eso? —preguntó Wax, intentando abarcar con la mirada aquella nebulosa rojiza, palpitante e inmensa. Se dio cuenta de que había algo que la retenía, una fina franja de luz, como una burbuja que envolviera el mundo, ejerciendo de

barrera.

—Una representación —respondió Armonía—. Un poco burda, quizá. —Miró a Wax y esbozó una sonrisa, como un progenitor ante su retoño asombrado.

—Nuestra conversación no había acabado. La dejaste morir. ¡Me dejaste matarla!

—¿Y hasta cuándo —preguntó con delicadeza Armonía— deberás odiarte por eso?

Wax apretó las mandíbulas, incapaz de detener los temblores que se habían apoderado de él. Volvió a revivirlo todo: sostenerla en sus brazos mientras agonizaba. Saber que la había asesinado.

El odio hervía en su seno. Un odio dirigido contra Armonía. Contra el mundo entero.

Y también... sí. Contra sí mismo.

—¿Por qué? —preguntó Wax.

—Porque tú me lo pediste.

—¡Yo jamás hice algo así!

—Sí. Una parte de ti sí lo hizo. Puedo ver esta eventualidad, uno de los muchos Waxilliums posibles, todos ellos tú... pero separados. Conócete a ti mismo, Waxillum. ¿Habrías preferido que la matase otro? ¿Un desconocido?

—No —susurró Wax.

—¿Habrías preferido que continuase viviendo como una esclava de su propia mente? ¿Corrompida por aquella púa maldita que, incluso reemplazada, la habría dejado marcada para siempre?

—No. —Wax había empezado a llorar.

—¿Y si hubieras sabido —continuó Armonía, sosteniéndole la mirada— que jamás habrías sido capaz de apretar el gatillo sin esa venda sobre tus ojos? Consciente de lo que habría supuesto conocer la verdad, que habría detenido tu mano y la habría dejado atrapada en una prisión de locura por toda la eternidad, ¿qué me habrías pedido?

—No me lo digas —murmuró Wax, cerrando los ojos con fuerza.

El silencio pareció prolongarse hasta el infinito.

—Lo siento —dijo Armonía con delicadeza—, lamento el dolor que te he causado, lo que hiciste... lo que tuvimos que hacer. Pero no lamento haberte empujado a hacer lo correcto.

Wax abrió los ojos.

—Cuando me contengo, cuando detengo mi mano para no proteger a los seres de ahí abajo —concluyó Armonía—, lo hago confiando en lo que sois capaces de hacer por vuestros propios medios. —Observó de reojo la neblina rojiza—. Y porque me ocupan otros problemas.

—No me has contado de qué se trata —dijo Wax.

—Porque no lo sé.

—Eso... me asusta.

Armonía lo miró.

—Debería.

A sus pies, sobre una de las masas de tierra, titiló una chispa diminuta. Wax parpadeó. La había visto, pese a la inimaginable distancia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Dios sonrió.

—Confianza.

Marasi aferró la punta de lanza con las dos manos.

Y lo sondeó todo.

La tromba de poder que la inundó de repente la iluminó como una conflagración. La nieve se quedó flotando en suspensión en el aire, inmóvil. La muchacha se incorporó, tanteó el cinturón de uno de sus captores y le quitó un frasquito de metal. Los cogió todos, un puñado de cada uno de los guardias, y se los bebió. La mente de metal que estaba sondeando le permitía moverse tan deprisa que, cuando levantaba una mano, podía atisbar fugazmente la bolsa de vacío que dejaba a su paso. Sonrió.

A continuación, quemó los metales. Todos.

En aquel momento transcendental se sintió cambiar, expandirse. Dejó que el poder del lord Legislador almacenado en los Brazales de Duelo, la punta de lanza que sujetaban con firmeza sus dedos, se propagara por todo su ser, sintiéndose como si estuviera a punto de reventar. Era como si acabasen de inyectarle un océano de luz hasta en la última de las venas y arterias que componían su cuerpo.

Ante sus ojos se produjo una explosión de líneas azules que, tras apuntar a los distintos metales de los alrededores, se multiplicaron, cambiando y transformándose. A través de ellas, Marasi lo veía todo de color azul. Ya no había personas ni objetos, tan solo energía condensada. Los metales emitían un resplandor cegador, como portales que dieran a otro lugar. Esencia concentrada, allanando el camino que conducía al poder.

Estaba utilizando sus reservas a una velocidad asombrosa. Aminoró y, por alguna razón, quienes la rodeaban dieron un respingo, tapándose los oídos. Ladeó la cabeza y... EMPUJÓ.

Los guardias salieron despedidos a más de quince metros de distancia de ella, dejándola frente a Telsin y Elegante, que la observaban horrorizados. Los reconoció incluso a pesar del fulgor que emitían. Tenían púas en su interior.

Muy práctico. Aquellas púas eran resistentes a los empujones, pero no tanto como para suponer un obstáculo ahora. Marasi levantó una mano y los envió volando lejos de sí, utilizando los mismos metales con los que ellos se habían perforado.

A su alrededor, los guardias empuñaron las armas y se volvieron hacia ella. Los repelió de espaldas con un barrido y se impulsó por los aires, empujando contra los minerales que componían el suelo de piedra.

Se quedó en suspensión, sorprendida al ver algo que se arremolinaba en torno a

ella. ¿Niebla? ¿De dónde salía?

«De mí», comprendió.

Remontó el vuelo, rebosante de poder. En aquellos momentos era la Guerrero de la Ascensión. Poseía la máxima dimensión de aquello que Waxillium apenas si había llegado a saborear en toda su vida. Podría convertirse en él, eclipsarlo. Podría llevar la justicia a naciones enteras. Con toda aquella energía en su seno, tras sopesarla y analizarla, por fin hubo de reconocer la verdad para sus adentros.

«Esto no es lo que quiero.»

No iba a permitir que los sueños de su niñez continuaran dictando sus actos. Se impulsó por el aire con un empujón, sonriendo, y se internó como una exhalación en el templo.

Steris vio cómo su hermana se alejaba volando.

—Esto sí que no me lo esperaba —murmuró. Y ella que creía estar preparada para cualquier contingencia...

Marasi comenzó a resplandecer, apartando con su alomancia a todo el que se interponía en su camino como si fueran peleles antes de ganar velocidad y alejarse dejando una estela de brumas. En fin, aquello sí que no estaba en ninguna de sus listas. Ni siquiera en los apéndices.

Miró al pobre Allik, tan aterido de frío que ya incluso había dejado de tiritar.

—¿Crees que debería ensanchar mis horizontes sobre lo que es plausible durante actividades como esta?

Allik murmuró algo en su idioma.

—¡*Foralate* a los hombres! —Hizo un gesto con la mano—. *Forsalvin!*

—¿Quieres que escape sin ti? —Steris recogió su cuaderno—. Sí, huir aprovechando la confusión sería lo más sensato, pero no tengo la menor intención de irme todavía. —Abrió la libreta, la cual había vaciado con el cuchillo de Wax en la parte posterior del deslizador mientras Marasi hablaba con Allik en la proa y los demás dormían—. ¿Sabías que, cuando evalué la utilidad de todos los integrantes de nuestra expedición, me di un siete de cien? No es mucho, lo sé, pero tampoco podía ponerme la nota más baja de todas. A veces sirvo para algo.

Le dio la vuelta al cuaderno, revelando uno de los medallones extras de las reservas de emergencia del deslizador, oculto en la cavidad que había practicado con el cuchillo.

Sonrió a Allik, sacó el medallón y se lo puso en la mano. El hombre exhaló un hondo suspiro de alivio mientras los copos de nieve que tenía adheridos al rostro se derretían.

Los soldados comenzaban a ponerse de pie a su alrededor, vociferantes.

—Y ahora —dijo Steris—, creo que tu sugerencia inicial no iba desencaminada.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Wax a Armonía—. ¿Me desvanezco en la nada?

—Yo no lo llamaría «nada». Hay algo al otro lado. Aunque quizá sea mi deseo de que así sea lo único que sustenta esa creencia.

—No estás dándome ningún ánimo. ¿Tú no eras omnipotente?

—Qué va —replicó Dios con una sonrisa—. Aunque sospecho que alguna parte de mí podría serlo.

—Eso no tiene sentido.

—Ni lo tendrá a menos que yo se lo dé. —Armonía extendió las manos a los costados—. En respuesta a tu pregunta, sin embargo, te diré que todavía no vas a desvanecerte. Pronto, eso sí. Pero ahora mismo sigues teniendo elección.

La mirada de Wax saltó de una mano de la deidad a la otra.

—¿Recibe todo el mundo esta oportunidad?

—No hay dos elecciones iguales. —Armonía extendió las manos hacia Wax, como si lo estuviera invitando a tomarlas entre las suyas.

—No entiendo en qué consiste la mía.

—En mi mano derecha —dijo Armonía— está la libertad. Intuyo que puedes sentirla.

Y así era, en efecto. Majestuosa, libre de toda atadura, volando en alas de un resplandor azul. La aventura de adentrarse en lo desconocido, sin más afán que el satisfacer la propia curiosidad. Era glorioso. Era lo que siempre había anhelado, y todo su ser se estremeció ante la tentación que constituía.

«Libertad.»

Wax jadeó, sin aliento.

—¿Qué... qué hay en la otra?

Armonía levantó la mano izquierda, y Wax oyó algo. ¿Una voz?

—¿Wax? —decía.

Sí, una voz preocupada. Femenina.

—Wax, tienes que saber lo que hace. Te curará, Wax. ¡Waxillium! Por favor...

—Esa mano —musitó Wax, contemplándola—. Esa mano es el deber, ¿verdad?

—No, Waxillium —dijo con delicadeza Armonía—. Aunque así es como tú lo has visto siempre. Libertad o deber. Responsabilidad o aventura. Siempre has sido tú el que debía tomar la decisión correcta mientras los demás se dedicaban a jugar. Y siempre te has sentido resentido por ello.

—Eso no es cierto.

Armonía sonrió. La comprensión que denotaban Sus facciones era exasperante.

—Esta mano —continuó Dios— no simboliza el deber, sino otro tipo de aventura.

—Wax... —dijo la voz a sus pies, estrangulada por la emoción. Pertenecía a Marasi—. Tienes que sondar la mente de metal.

Wax intentó tocar la mano izquierda de Armonía, pero este, sorprendentemente, la retiró de golpe.

—¿Estás seguro?

—Tengo que hacerlo.

—¿Seguro?

—Tengo que hacerlo. Es lo que soy.

—En tal caso —dijo Armonía—, creo que ya va siendo hora de que dejes de odiarte por ello. —Volvió a extender la mano.

Wax vaciló.

—Dime algo antes.

—Si me está permitido.

—¿Vino aquí ella? ¿Al morir?

Armonía sonrió de nuevo.

—Me pidió que velara por ti.

Wax tomó la mano izquierda de Dios en la suya. De inmediato se sintió atraído hacia algo, como el aire que escapa por un agujero. Lo bañó una calidez, primero, que no tardó en convertirse en una llamarada. Se llenó los pulmones de aire y gritó, empujando hasta sacudirse la roca de encima. Cayó junto a él con estruendo, y volvió a encontrarse en la cámara que había debajo del templo.

¡Esa fuerza! No había empleado los músculos para apartar la roca, sino el acero. Su cuerpo empezó a regenerarse mientras se incorporaba de un salto, empujando contra las diminutas trazas de metal que había en el suelo, a sus pies. Al aterrizar, bajó la mirada a su mano izquierda. La que había colgado inerte, destrozada, frente a sus ojos justo antes de morir.

Aferraba en ella una punta de lanza de enormes dimensiones, forjada con dieciséis metales distintos entrelazados. Su mirada saltó de ella a Marasi, que lo observaba con los ojos empañados de lágrimas y una sonrisa radiante.

—Lo has encontrado —murmuró Wax.

La muchacha asintió con vehemencia.

—Solo tuve que recurrir a mis anticuadas dotes detectivescas.

—Me has salvado la vida.

Herrumbre y Ruina... este poder. Se sentía capaz de arrasar ciudades enteras, o de construirlas de la nada.

—Elegante y tu hermana están fuera —dijo Marasi—. He dejado a los demás allí. No... en fin, no pensaba con claridad. O quizá sea que pensaba demasiado. Toma. —Le entregó un vial de metales.

Wax lo aceptó y levantó los Brazales.

—Podrías haberte encargado tú sola.

—No. Te equivocas.

—Pero...

—No —repitió Marasi—. Sencillamente... no está en mi naturaleza. —Se encogió de hombros—. ¿Te parece que tiene sentido?

—Sorprendentemente, sí. —Wax flexionó la mano alrededor de los Brazales.

—Ve —lo apremió Marasi—. Haz lo que mejor se te da, Waxillium Ladrian.

—¿Y eso qué es? ¿Destrozarlo todo?

—Destrozarlo todo. —La muchacha hizo una pausa—. Pero con estilo. Con una sonrisa de oreja a oreja, Wax apuró la redoma de un solo trago.



Los seguidores de Waxillium tienen los brazaletes! —masculló Elegante con un hilo de voz mientras recorría el páramo, pedregoso y umbrío. Había comenzado a caer una nevada desapacible y cortante, lejos de los suaves copos que se dejaban ver ocasionalmente en la cuenca oriental—. Esto supone un problema. Vendrán a por nosotros. ¡Debemos adelantar el programa!

Pronunció cada palabra como si estuviera masticándolas, rumiándolas mientras se arrebujaaba en su abrigo. Pese al artefacto calefactor, la ventisca resultaba irritante.

¿Se tragaría ese argumento? No, distaba de ser lo suficientemente acuciante.

—¡Waxillium y los suyos se han hecho con los brazaletes! —susurró para sí—. Esto sin duda les permitirá a los kandra descubrir la manera de crear mentes de metal que podrá usar cualquiera. Debemos adelantar el programa y apoderarnos de Elendel ya, si no queremos enfrentarnos a una desventaja tecnológica insuperable.

Sí. Sí, esa era la idea. Incluso al ser más cauto le preocuparía la posibilidad de verse tecnológicamente superado. Esto los convencería para concederle el margen de maniobra que necesitaba.

Todo tenía su lado positivo. Había querido quedarse con los brazaletes, pero, en vez de eso, obtendría otra cosa.

Elegante siempre se salía con la suya.

Se cruzó con los soldados que deambulaban atropelladamente de un lado a otro, descargando sus armas sobre aquel pedregal congelado. Librar una batalla aquí era una contingencia que tenían prevista, pues a Edwarn le preocupaba la posibilidad de toparse con más de aquellos salvajes enmascarados.

—¡Señor! —lo llamó uno de los hombres—. ¿Órdenes?

Elegante indicó el cielo con un ademán.

—Si alguien más aparte de Secuencia se deja caer desde arriba o se aproxima a vuestra posición, disparad a matar. Y después seguid apretando el gatillo.

—¡Sí, señor! —Tras hacerles una seña a sus hombres, el soldado se volvió hacia un armero vacío y se detuvo de pronto, desconcertado—. ¿Y mi rifle? ¡Quién se ha llevado mi rifle!

Elegante prosiguió su camino, abandonó los falsos Brazales de Duelo en la nieve y dejó que las tropas se encargaran, con suerte, de frenar a los esbirros de Waxillium. Embarcó en la aeronave con ilusión renovada. Este aparato sí que constituía una ventaja. Los brazaletes podían servirle a un solo hombre, convertirlo en una divinidad, pero una flota de máquinas como esta sería capaz de desafiar a todo un

ejército.

El pasillo de madera del interior estaba equipado con lámparas de gas montadas en austeras carcásas metálicas. Toda la decoración, en conjunto, era notablemente más sencilla que la de la nave que se había estrellado en Dulsing; aquí la madera se mostraba carente de ornamentos, sin lustre. La otra embarcación parecía un refugio; esta, un almacén.

«Seguro que cuesta menos producirlas así», pensó, asintiendo con aprobación.

Sobre su cabeza resonó un estruendo de pasos a la carrera cuando los hombres irrumpieron en tromba por uno de los pasillos de la cubierta superior. Elegante se sacudió la nieve de los brazos mientras un técnico se acercaba apresuradamente, vestido con el uniforme rojo de la Guardia Oculta del Grupo.

—Mi señor —dijo el hombre, ofreciéndole un medallón—. Necesitará esto.

Elegante lo aceptó y se arremangó para ceñírselo al brazo.

—¿Está operativa esta nave?

Al hombre se le iluminó la mirada.

—¡Sí, señor! Los mecanismos funcionan, resguardados como estaban de las inclemencias del tiempo. Señor... es asombroso. Se puede sentir la energía que late por todo el metal. Tuvimos que desatascar las hélices... Un puñado de lanzamonedas arrimó el hombro... y ya giran con normalidad. Fed está abajo, utilizando su feruquimia para calibrar los sistemas encargados de regular las variaciones de peso a fin de aligerar la nave. ¡Ese debería ser el último paso!

—En tal caso, despeguemos. —Edwarn encaminó sus pasos hacia donde suponía que debía de encontrarse el puente de mando.

—¿Mi señor? —lo llamó el hombre a su espalda—. ¿No vamos a esperar a Secuencia?

Elegante titubeó por unos instantes. ¿Dónde se habría metido esa mujer?

«¿Otra ventaja?», pensó. No le importaría convertirse en la nueva Secuencia.

—Se reunirá con nosotros cuando estemos en el aire —dijo—, si puede. En estos momentos nuestra prioridad consiste en llevar esta nave, junto con todos los secretos que contiene, a un lugar seguro.

Mientras el técnico se despedía con un saludo marcial y se apresuraba a cumplir sus órdenes, Elegante llenó el medallón y se tornó más ligero. Qué fácil era, en comparación con lo que le había costado conseguir aquellas púas. En retrospectiva, se sintió tentado de calificar sus experimentos con la hemalurgia de callejón sin salida; una pérdida de tiempo.

La nave experimentó una sacudida cuando los ventiladores se pusieron en marcha; hacían mucho ruido de lo que esperaba. Aún no había llegado al puente cuando el aparato entero se estremeció, y oyó el crujido del hielo por encima del clamor de las aspas. Al asomarse a una de las portillas, vio que comenzaban a alejarse del suelo.

«Funciona.» En su mente se agolpó de repente un tropel de posibles

implicaciones. Viaje. Comercio. Guerra. Se podrían poblar nuevas regiones. Harían falta nuevos tipos de edificios y dársenas.

Y todo iba a pasar por sus manos.

Reprimió una sonrisa (lo mejor sería reservar las celebraciones para cuando estuviera a salvo), pero no pudo evitar que lo embargara una sensación embriagadora. El Grupo había trazado planes que aún tardarían un siglo o más en dar sus frutos, siguiendo sus indicaciones para poner en marcha estrategias meticulosamente orquestadas. Se enorgullecía de ello, pero, la verdad, preferiría ostentar el poder ahora que todavía estaba con vida.

Y gracias a esto lo conseguiría.

Acurrucada en la tienda, Jordis veía morir a su tripulación.

Se había hecho de rogar, esta muerte. Como el último resollo de una fogata que, chisporroteante, se resistiera a apagarse. Durante la angustiosa marcha a través de la lluvia muerta, su gente había aguantado con las diminutas dosis de calor de una mente de metal. Lo justo para mantenerse apenas con vida, como plantas que se pasaran la mayor parte del día encerradas en un cobertizo sin luz.

Pero ahora, en este lugar, la ubicuidad del frío resultaba excesiva; los rigores de la marcha, devastadores. Se arrastró entre los miembros de su tripulación susurrándoles palabras de ánimo, a pesar de que ella misma había perdido ya la sensibilidad en los dedos. La mayoría de los hombres y mujeres de la nave ni siquiera podían asentir con la cabeza. Unos pocos habían empezado incluso a quitarse la ropa, quejándose del calor sofocante que los asfixiaba. La fiebre había hundido sus garras en ellos.

No les quedaba mucho. Los demonios sin máscara parecían saberlo, pues solo habían apostado un guardia ante la puerta de la tienda. Su gente podría haberse escabullido por la parte de atrás, quizás, pero ¿para qué? ¿Para sucumbir azotados por el viento en vez de allí dentro?

«¿Cómo lo resisten los que van sin máscara?», se preguntó. Tenían que ser auténticos diablos, nacidos de la mismísima escarcha, para ser capaces de soportar aquel frío.

Jordis se arrodilló junto a Petrine, jefa de ingenieros y la más veterana de su tripulación. ¿Cómo habría conseguido sobrevivir tanto tiempo esa mujer? No era una enclenque, ni mucho menos, pero superaba ya las seis décadas. Petrine levantó la mano y se agarró al brazo de Jordis; esta, pese a la máscara que velaba sus ojos rodeados de arrugas, no necesitaba ningún gesto ni expresión para conocer cuáles eran sus emociones.

—¿Atacamos? —preguntó Petrine.

—¿Con qué objetivo?

—Podríamos dejar que nos matasen sus armas en vez del frío.

Sabias palabras. Quizás...

Sonó un golpazo en el exterior. Jordis consiguió incorporarse, sorprendentemente,

aunque casi todos los demás se quedaron acurrucados en el sitio, inmóviles. La puerta de la tienda se abrió de golpe, revelando a un hombre que lucía una máscara familiar, aunque rota.

—Imposible. ¿Estaría afectándole la fiebre también a ella?

El hombre se levantó la máscara para desvelar su rostro, juvenil y barbudo.

—Me disculpo por presentarme así, de improviso —dijo Allik—, pero traigo obsequios, como es tradicional cuando se visita una casa extraña sin haber avisado antes, ¿sí?

Extendió una mano enguantada, en la que sujetaba los cordeles de un puñado de medallones.

La mirada de Jordis saltó de ellos a las facciones del joven Allik. Ni siquiera le importó que se hubiera tomado la libertad de quitarse la máscara. Se acercó a él, tambaleante e incrédula, y cogió uno.

Una calidez prodigiosa se extendió por todo su ser, como si albergara un amanecer en su seno. Exhaló un suspiro de alivio mientras sus pensamientos empezaban a desembotarse. Era él, sin duda.

—¿Cómo? —susurró.

—He entablado amistad con un pequeño grupo de demonios —proclamó Allik mientras apuntaba a su espalda con un ademán.

Una hembra sin máscara entró a trompicones en la tienda, ataviada con uno de los largos vestidos que eran tradicionales allí y cargada con una brazada de rifles.

Tras farfullar algo en su idioma, soltó las armas en el suelo de la tienda y dio unas palmadas para sacudirse las manos.

—Creo que quiere que empecemos a disparar contra los otros —explicó Allik mientras Jordis se apresuraba a recoger los demás medallones y comenzaba a distribuirlos entre los miembros de su tripulación más afectados—. Por lo que a mí respecta, estaría encantado.

Petrine se encargó de seguir con el reparto mientras Jordis cogía uno de los rifles. Aunque el calor era maravilloso, seguía sintiéndose débil; temía descascararse para ver si se le habían gangrenado los dedos de los pies.

—No sé si podré ser de mucha ayuda en una pelea.

—Mejor eso que no luchar en absoluto, ¿sí, capitana?

—Eso es cierto. —Jordis se tocó el hombro derecho con la mano izquierda antes de bajarla a su muñeca, en señal de respeto—. Lo has hecho bien. Me siento tentada de perdonarte por tus deplorables dotes como bailarín. —Se volvió hacia Petrine—. Que todos empuñen un arma. Vamos a matar a tantos demonios como nos sea posible.

Wax salió del templo como una exhalación, envuelto en un estallido de poder y alomancia. Sobrevoló el edificio describiendo una espiral mientras los cascotes lanzados al aire por su explosiva salida surcaban el aire a su alrededor, trazando

estelas de bruma. A sus pies, una tormenta de disparos se adueñó de la hasta entonces silenciosa ladera, aunque no iban dirigidos contra él.

Una aeronave recorría pesadamente el cielo sobre su cabeza; los ventiladores montados en sus pontones emitían un chirrido portentoso. La imagen era espectacular, aunque saltaba a la vista que el aparato distaba de ser un dechado de agilidad. Se movía con la gravedad propia del vehículo grande y pesado que era, pese a la ligereza que le conferían los medallones.

Se sintió tentado de aplastar la nave. Empujar contra los remaches para arrancarlos de cuajo, descuartizar el aparato entero en un arrebato de destrucción y dejar que Elegante y la traidora de su hermana se estamparan contra el suelo helado. Estuvo a punto de hacerlo, pero... Herrumbres. Todavía era un agente de la ley. Preferiría morir antes de traicionar sus principios.

O morir «otra vez», mejor dicho.

Se dejó caer y aprovechó las trazas de metal de las piedras del templo como ancla para surcar el páramo volando a ras del suelo. Unos cuantos soldados dispararon contra él, pero sin demasiado interés; la mayoría de ellos estaban enfrascados en un tiroteo con un grupo de enmascarados que se habían atrincherado tras una cornisa rocosa.

«Steris, Allik —pensó Wax, identificándolos—. Bien.»

Aterrizó entre los soldados y los derribó de un empujón. Agarró una pistola de aluminio de uno de sus armeros, la cargó e hizo una señal a los enmascarados antes de elevarse por el aire en persecución de la nave.

Era fuerte. Increíblemente fuerte. Los brazaletes, aferrados aún en su mano izquierda, de alguna manera le conferían no solo alomancia, sino alomancia antigua. La energía de quienes habían vivido mucho, en tiempos del lord Legislador. Quizás incluso antes. ¿Era posible tal cosa?

«¿Qué habéis creado? —se preguntó—. ¿Y hasta cuándo resistirá?»

Sus reservas disminuían. No solo los metales de su interior, sino las reservas almacenadas dentro de los brazaletes. Reservas que cambiaban su nivel de Investidura.

Debería haberse dosificado, lo sabía (debería haberlos reservado para estudiarlos o para usarlos en caso de que surgiese alguna emergencia futura), pero, herrumbres, era embriagador. Dio alcance a la nave con facilidad pese a no disponer de nada más que unos cuantos casquillos desperdigados por el suelo, a sus pies, contra los que empujar para impulsarse. Se posó en el morro del aparato con una pируeta y, de un puñetazo, rompió una de las ventanas que daban al puente de mando. Los cortes que se hizo se volvieron a cerrar de inmediato.

Elegante estaba sentado a solas en el interior. No había ni rastro de pilotos, técnicos o sirvientes. Únicamente una amplia cubierta semiovalada, sin alfombrar siquiera, y Elegante en su silla.

Wax entró y levantó la pistola de aluminio. Sus botas repicaron con fuerza sobre

la madera. Echó un vistazo rápido a su alrededor. «Hay alguien en el pasillo —pensó—. Y un trozo de metal en la boca de Elegante.» El viejo truco de la moneda escondida, una estratagema para camuflar pequeñas fuentes de metal frente al escrutinio de otro alomante. Todo lo que estuviese dentro del cuerpo era sumamente difícil de detectar.

A menos que ese otro alomante ostentara los poderes mismos de la creación, claro.

—Y así —murmuró Elegante mientras encendía su pipa—, nuestra confrontación toca de una dichosa vez a su fin.

—No eres rival para mí, tío —replicó Wax, llameante de poder—. Podría aniquilarte de mil maneras distintas.

—No me cabe la menor duda al respecto. —Elegante agitó la cerilla en el aire para apagarla y le pegó una calada a la pipa. Intentando ocultar la moneda. Hablar con la pipa entre los dientes le proporcionaba una excusa para sonar un poco raro—. Yo, en cambio, solo puedo destruirte de una.

Wax levantó la pistola.

Elegante la miró directamente, con una sonrisa.

—¿Sabes por qué he conseguido derrotarte siempre, sobrino?

—No me has derrotado nunca —replicó Wax—. Siempre te has negado a luchar. Son dos cosas totalmente distintas.

—Pero es que, a veces, la única forma de ganar pasa por negarse a luchar.

Wax avanzó, atento a cualquier posible trampa. Pensaba y se movía más deprisa que nunca. Las líneas azules que se extendían desde él formaban una red reluciente, buscando fuentes de metal más pequeñas y lejanas de lo que podría haber detectado en circunstancias normales. Esta red parpadeaba en ocasiones, permitiéndole ver por un momento el resplandor que anidaba dentro de todas las personas y objetos. Se sentía capaz de influir en ese brillo también.

«Todos son la misma cosa —murmuró en el fondo de su mente una voz asombrada—. Metales, mentes, personas... todo es la misma substancia.»

—¿Qué has hecho, tío? —preguntó Wax con cautela.

—Veo que seré yo mismo el que tenga que responder a mi propia pregunta. —Edwarn sacudió la cabeza mientras se ponía de pie—. Te derroto siempre, Waxillium, no gracias a mis esmerados preparativos, ni a mi intelecto superior, ni a que mi brazo sea más fuerte que el tuyo, sino porque poseo algo de lo que tú careces: creatividad.

—¿Vas a abrirme la cabeza lanzándome un cuadro?

—¡Siempre con un comentario ingenioso en la punta de la lengua! —dijo Elegante—. Bravo.

—¿Qué has hecho? —repitió Wax.

—He programado una bomba. La explosión se producirá dentro de meros instantes. A menos que yo la detenga.

—Que estalle —dijo Wax, levantando el triángulo de metal entrelazado de estratos

metálicos que simbolizaba los brazales—. Estoy seguro de que sobreviviré.

—¿Y los de abajo? —preguntó Elegante—. ¿Tus amigos? ¿Mis cautivos? A juzgar por el escándalo, yo diría que están luchando por su libertad con uñas y dientes. ¿No sería una lástima que acabasen vaporizados por una explosión que, por lo que tengo entendido, podría arrasar una ciudad entera con todos sus...?

Wax sondeó el cinc e incrementó la velocidad de sus pensamientos. Contempló una decena de posibilidades distintas. ¿Buscar los explosivos y sacarlos de la nave con un empujón? ¿Hasta dónde conseguiría alejarlos? ¿Detonaría Elegante la bomba antes de que le diera tiempo a encontrarlos?

Su velocidad física ya casi se había agotado (Marasi debía de haberla empleado para llegar hasta él), de modo que sí, Elegante podría adelantársele, pero ¿lo haría? ¿Realmente estaba dispuesto a saltar por los aires, junto con su nave, con tal de alzarse con la victoria?

Si se tratase de un delincuente normal, la respuesta de Wax habría sido un «no» rotundo. Por desgracia, Elegante en particular y el Grupo en general habían demostrado ya poseer un nivel de fanatismo exagerado. Solo había que recordar el modo en que se había comportado Miles en el momento de su ejecución. Estas personas no eran un simple hatajo de matones y carteristas, sino reformadores políticos, esclavos de sus ideales.

¿Qué más? ¿Qué otras opciones tenía? Descartó un curso de acción tras otro. Poner a salvo a Marasi y a los otros: demasiado lento. Disparar ahora a Elegante: podría sanarse y, de todas formas, quizás a Wax siguiese sin darle tiempo a encontrar la bomba y desactivarla antes de que estallara. ¿Impulsar la nave hacia arriba? No lograría hacerlo lo bastante aprisa; si no empujaba con cuidado, el aparato se rompería en mil pedazos.

—... habitantes —terminó Elegante su frase.

—¿Qué quieres? —preguntó Wax—. No pienso dejarte escapar.

—No hace falta. Estoy seguro de que me perseguirías hasta el fin del mundo, Waxillium. Quizá yo sea más creativo, pero tú... tu tenacidad no tiene rival.

—Entonces, ¿qué?

—Tira los brazales por la ventana —dijo Elegante— y ordenaré que desactiven la bomba. Así podremos enfrentarnos cara a cara, como hombres de verdad, sin ventajas antinaturales.

—¿Crees que voy a fiarme de ti?

—Tampoco hace falta. Me conformaré con que me des tu palabra.

—Hecho.

—¡Desactivad el artefacto! —gritó Elegante en dirección a la puerta. Se acercó al tubo que había instalado en la proa de la nave y añadió—: Desactivadlo y quedaos a la espera.

Sonaron pasos que se alejaban de la puerta. Wax los vio alejarse: no por sus metales, sino por la firma de sus almas. El pasillo y los alrededores del puente se

quedaron vacíos en cuestión de momentos.

—Hecho, mi señor —replicó una voz a través del tubo. El estano que había quemado Wax le permitía escucharla—. Gracias a Trell. —Quienquiera que estuviese hablando, parecía aliviado.

Elegante se volvió hacia Wax.

—Tienen una tradición en los Áridos, ¿me equivoco? Dos hombres, un camino polvoriento, pistolas en las caderas... Hombre contra hombre. Uno vive, el otro muere. Disputa zanjada. —Le dio unas palmaditas al arma que colgaba de su cinturón —. No te puedo ofrecer ningún camino polvoriento, pero podríamos entornar los párpados y fingir que la escarcha representa ese papel.

Los labios de Wax formaron una línea apretada. Edwarn parecía ir totalmente en serio.

—No me obligues a hacer esto, tío.

—¿Por qué no? ¡Sé que anhelabas esta oportunidad! Veo que tu arma es de aluminio. La mía también. Así no habrá empujones de acero que interfieran. Tan solo dos hombres y sus pistolas.

—Tío...

—Soñabas con esto, hijo. La oportunidad de dispararme, sin preguntas, sin cometer ninguna ilegalidad. ¡Además, para la justicia ya he muerto! Podrás dormir con la conciencia tranquila. No pienso echarme atrás y estoy armado. La única forma de detenerme pasa por pegarme un tiro. Prepárate.

Wax acarició los Brazales de Duelo y sintió que una sonrisa afloraba a sus labios.

—No entiendes nada, ¿verdad?

—Oh, al contrario. ¡Lo he visto en tus ojos! El apetito oculto de un agente de la ley que desea librarse de sus ataduras para matar. Es lo que os define a ti y a los tuyos.

—No. —Wax se desabrochó la funda de la pierna, la que utilizaba para guardar la escopeta, e introdujo los brazales en la bolsa de cuero. A continuación hizo lo mismo con las balas y los viales que le quedaban, dejándose sin metales, salvo por el arma de aluminio—. Quizás haya sentido ese «apetito oculto» del que me hablas, pero no es eso lo que me define.

—Vaya. ¿De qué se trata, entonces?

Wax lanzó por la ventana rota la funda que contenía los brazales y guardó la pistola en la cartuchera del cinto.

—Te lo enseñaré.

Telsin gateaba por la nieve, abriéndose paso a través de ella, desesperada.

Elegante era un necio. Siempre lo había pensado, pero lo de hoy confirmaba sus sospechas. ¿Huir a bordo de la aeronave? Era el primer sitio donde lo buscarían. Podía darse por muerto.

La jornada había sido un desastre. Un desastre sin precedentes. Waxillium

conocía su secreto. El Grupo había quedado expuesto. Sus planes se desmoronaban.

Tenía que haber algo que se pudiera salvar. Tambaleándose, llegó hasta un pequeño claro en la nieve, junto a la entrada del templo, donde su gente había depositado el deslizador en el que Waxillium y ella habían llegado hasta allí. Esperaba que aún funcionase. Sabía cómo funcionaba, se había fijado con atención durante el trayecto. Lo único que necesitaba era...

Sonó un estruendo a su espalda.

Parpadeó ante la repentina nube roja de salpicaduras que cayó a su alrededor en la nieve. Gotas.

Su sangre.

—Hoy has matado a uno de mis amigos —dijo tras ella una voz entrecortada—. No permitiré que hagas lo mismo con otro.

Telsin cayó de rodillas ante el aparato y giró la cabeza. Con el rostro demacrado, erguido en la nieve, Wayne empuñaba una escopeta.

—Tú... —murmuró Telsin—. Pero si no puedes... las armas de fuego...

—Ya, bueno. —El muchacho amartilló la escopeta—. Siempre se puede hacer un esfuerzo.

Wayne bajó el cañón a la altura de su rostro y apretó el gatillo.

Marasi había emprendido el ascenso de la escalera, antes oculta, que conducía a la cámara de los cristales rotos y el pedestal ornamentado. Ignoraba por qué se había abierto ese pasadizo secreto, pero se alegraba de ello. Siempre tan brusco, Waxillium se había limitado a practicar un boquete para salir de las catacumbas, atravesando directamente la roca (de resultas de lo cual se había desplomado la mitad de esa cámara), pero seguir su ruta habría supuesto practicar una ardua escalada.

El poder se había agotado. Marasi se lo había entregado a Waxillium, pero en vez de agotamiento lo que sentía era... paz. La embargaba la serenidad propia de quien se tiende en la hierba un día de verano perfecto para disfrutar de los últimos rayos del sol que comienza a ocultarse tras el horizonte. La luz se había apagado ya, sí, pero... ah, qué maravilloso había sido.

Allí estaba todavía la pobre MeLaan, cuya forma había empezado a recomponer su esqueleto, reensamblando lentamente los huesos en una configuración extraña. Sin sus púas, se convertiría en un espectro de la bruma. Marasi se arrodilló junto a ella, aunque no sabía muy bien qué consuelo podría ofrecerle. Por lo menos, el kandra parecía seguir aún con vida.

Tras incorporarse, Marasi cruzó corriendo el pasillo de las trampas hasta llegar a la antesala de los murales. En el exterior se estaba librando una guerra: el eco de cientos de disparos resonaba en la noche helada, cuajada de nieve. Se sorprendió al ver que la gente de las máscaras parecía estar ganando. Habían empujado a los soldados hasta la linde del pedregal, arrinconándolos contra una barrera de riscos y abismos. Ya no podían seguir replegándose, y muchos de ellos estaban muertos o

heridos.

Le pareció distinguir la mano de Waxillium en el modo en que yacían algunos de los cadáveres, como si los hubieran arrojado desde las alturas para aterrizar convertidos en un amasijo. Marasi asintió con la cabeza, satisfecha. Que hiciera aquello para lo que había venido.

Ella aún debía completar su misión. Salió del templo caminando a zancadas y, al bajar por los escalones, pasó frente a la estatua del lord Legislador, que, retirada ahora la punta de su lanza, daba la impresión de empuñar un simple cayado.

Veamos, ¿dónde podría encontrar...?

Sonó un fuerte estampido no muy lejos de ella. Miró a su alrededor, buscando el origen. Oyó una segunda detonación.

Wayne emergió de la ventisca un momento después, con la cabeza agachada, ensombrecidas sus facciones. Llevaba una escopeta apoyada en el hombro. En la otra mano sostenía, no una, sino hasta tres pequeñas púas metálicas.

En el puente de mando de la nave, Wax aguardaba pacientemente a que su tío hiciera el primer movimiento.

Esto no funcionaba como en las historias. Nadie podía desenfundar más deprisa que su rival; no era posible, no sin velocidad feruquírica. Si uno esperaba a que el otro comenzara a moverse, sería demasiado tarde. Lo había probado con los pistoleros más rápidos que conocía, armados con munición de fogeo.

El primero en desenfundar disparaba primero. Así de sencillo.

Elegante desenfundó.

Wax empujó contra el marco de metal de la ventana que tenía a su espalda. Salvó la distancia que los separaba como una exhalación mientras Elegante apretaba el gatillo. A pesar del impacto de bala que recibió en el hombro, Wax logró colisionar con un sorprendido Elegante, derribándolo sobre el suelo del puente.

Elegante le agarró el brazo. Las reservas de metal de Wax se desvanecieron.

—¡Ajá! ¡Me he convertido en una sanguijuela! Puedo absorber los metales de todo el que me toque, Waxillium. Estás muerto. Sin brazales. Sin alomancia. Yo gano.

Wax gruñó, aferrándose con fuerza a Elegante mientras los dos rodaban por el suelo.

—Se te olvida una cosa. No me sorprende. Es algo que siempre has odiado, tío: soy terrisano.

Incrementó varias veces su peso.

Sondeó todo cuanto le quedaba en el brazalete, cientos de horas invertidas en ser más ligero de lo que debería. Lo extrajo todo de golpe en un arrebato de desesperación.

La aeronave se escoró violentamente... y el suelo se hizo pedazos.

Wax se agarró a Elegante mientras caían, sujetándolo con firmeza, pese a tener una mano debilitada a causa del disparo. Atravesaron dos niveles del aparato (el

cuerpo de Elegante, que estaba sondeando poder curativo, absorbió la mayor parte del daño) antes de romper el fondo, magullados, ensangrentados y lacerados por la madera astillada.

—¡Necio! —exclamó Elegante, horrorizado—. Eres un...

Wax hizo que ambos giraran en el aire, apuntando a su tío hacia abajo mientras se precipitaban al vacío. El aire cargado de copos de nieve, como estelas borrosas, formaba un viento rugiente a su alrededor.

Elegante profirió un alarido.

Y empujó.

Soltó la moneda que tenía en la boca y usó su alomancia para impulsarla hacia abajo, en línea recta. Al golpear el suelo, que acudía veloz a su encuentro, los frenó en seco con un estremecimiento.

Wax redujo su peso lo suficiente como para que el empujón de Elegante pudiera salvarles la vida. Se hundieron en la nieve, a cierta distancia de la planicie del templo.

Wax fue el primero en recuperarse. Tambaleante, se incorporó y tiró de Elegante con una mano para levantarla a su vez. Estaban los dos solos, en medio de una vasta llanura nevada. Elegante lo observó, aturdido por la caída y el impacto.

—Lo que define a un agente de la ley, tío, es muy simple —masculló Wax, sintiendo la sangre de una decena de cortes distintos que se escurría por sus facciones. Agarró a Elegante por la pechera y lo atrajo hacia él—. Somos los que estamos dispuestos a parar una bala con nuestro cuerpo para evitar que alguien más resulte herido.

Dicho lo cual, le pegó un golpe seco en la cara y lo dejó caer en la nieve, inconsciente.

MeLaan se ahogaba en un mar de terror. Un terror insidioso, agazapado en las profundidades de su propia mente. Una parte de su ser sabía que eso no estaba bien: ese dejarse gobernar por el instinto, esa cobarde conjura de sus impulsos.

Pero no podía oponer resistencia. Comida. Necesitaba alimento.

No. Antes, un sitio en el que ocultarse. De aquel estruendo ensordecedor. Esconderse, encontrar un refugio. Siguió forjando un cuerpo que le permitiera moverse. Escapar.

Qué frío... No entendía el frío. Era algo que no debería existir. Y no notaba tierra en la boca, solo roca. Había piedras por todas partes.

Piedras congeladas.

Sintió deseos de gritar. Le faltaba algo. No era solo el sustento, ni un lugar donde cobijarse, sino... algo. Algo iba espantosa, espantosa, espantosamente mal.

La golpeó un objeto. Estaba frío, pero no era una roca. Tampoco era comida. Se envolvió a su alrededor e intentó escupirlo, pero entonces sucedió algo.

Algo maravilloso. Engulló el segundo en cuanto cayó sobre ella y comenzó a ondular, desesperada. Lo recuperó todo. Sus recuerdos. Sus conocimientos. Su

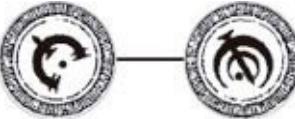
racionalidad.

Su ser.

Se regodeó en aquella sensación, exultante, haciendo caso omiso de las pequeñas lagunas que agujereaban su memoria. Recordaba la mayor parte del viaje que la había llevado hasta allí, pero había ocurrido algo en la habitación de los brazaletes... No, los brazaletes no estaban allí, y...

Recompuso sus ojos, primero, sabiendo lo que iba a ver cuando los abriera. Había percibido ya su rastro en el aire, y conocía su olor.

—Bienvenida —dijo Wayne, sonriendo de oreja a oreja—. Me parece que hemos ganado.



Marasi aceptó la cantimplora que le ofrecía Allik. Pese al vapor que escapaba de ella, solo estaba tibia al tacto. La muchacha se había sentado en los escalones del templo, envuelta en cuarenta mantas, por lo menos. Le había prestado su medallón a uno de los malwish, hasta que pudiera sacar más de la nave. Y su recuperación había sido un espectáculo digno de verse, por decir algo.

En la franja rocosa que se extendía ante la planicie, Waxillium estaba usando las dos manos para tirar de algo invisible. Más adelante, la aeronave fugitiva descendía lentamente del firmamento cuajado de nieve, atraída hacia Waxillium por una cuerda incorpórea.

—¿Se romperá? —preguntó Allik.

Marasi lo miró, sorprendida, antes de fijarse en el medallón lingüístico que llevaba puesto.

—Por ahora podré conformarme con un choc caliente y algo de abrigo —dijo el hombre mientras se sentaba y se arrebujaba en su manta—. Otros lo necesitan más que yo, ¿sí? La nave. ¿Se romperá?

Marasi elevó la mirada hacia ella. Podía imaginarse a la gente de Elegante a bordo del aparato, esforzándose desesperadamente por imprimir más potencia a los motores para que las aspas girasen más rápido. Continuaba hundiéndose en el aire de todas maneras. Waxillium Ladrian, armado con los Brazales de Duelo y extraordinariamente enojado, era una fuerza de la naturaleza.

La muchacha sonrió y probó su bebida.

—¡Herrumbres! —exclamó, contemplando fijamente la cantimplora—. ¿Qué es esto? —El líquido era dulce, espeso, cálido, chocolateado y delicioso.

—Choc. A veces es el único consuelo que le queda a uno en este mundo solitario y helado, ¿sí?

—¿Os bebéis el chocolate?

—Claro. ¿Vosotros no?

Ella nunca lo había probado. Además, este chocolate estaba más dulce que el que ella conocía. No sabía nada amargo. Probó otro sorbo, largo y placentero.

—Allik, esta es la cosa más maravillosa que haya experimentado en mi vida. Y eso que acabo de poseer los mismísimos poderes de la creación.

El hombre respondió con una sonrisa.

—No creo que vuestra nave corra peligro —dijo Marasi—. Está tirando de ella de forma continuada y pausada. Es cuidadoso, Waxillium.

—¿Cuidadoso? A mí me da la impresión de que es un experto en destrozar todo. Eso no me parece particularmente cuidadoso, ¿sí?

—Bueno. —Marasi le pegó otro trago a la cantimplora—. Si le da por romper algo, siempre lo hace con una precisión asombrosa.

No hubo de transcurrir mucho más tiempo antes de que la aeronave se posara en las rocas, aún de una pieza. Waxillium la asentó en su sitio y levantó los Brazales de Duelo con una mano, envuelto en un remolino de viento, nieve e incluso jirones de bruma.

Los ventiladores se apagaron. Poco después, los soldados salieron con las manos en alto. Wayne y MeLaan acudieron corriendo a su encuentro y empezaron a requisarles las armas mientras la gente de Allik subía para asegurar el aparato y registrarlo en busca de cualquier rezagado que pudiera ocultarse dentro.

Marasi se quedó esperando, observándolo todo mientras bebía aquel chocolate fundido, absorta en sus cavilaciones. Llevaba la púa de ReLuur guardada en un bolsillo, envuelta en un pañuelo y a salvo. En su mente volvió a ver a Wayne otra vez, atravesando penosamente la nieve con la escopeta apoyada en el hombro y la piel veteada de sangre congelada. Acompañaba a esta imagen el júbilo con el que Waxillium se había impulsado por el aire para dar caza a su tío.

Anidaba en el interior de estos hombres una oscuridad que no habían sabido reflejar las historias. Marasi se alegraba de que así fuera, aunque ella misma, tras asomarse al borde de ese precipicio, hubiera terminado volviéndole la espalda. Por muy orgullosa que se sintiera de haber completado la misión de los kandra, había decidido que, de ahora en adelante, las cosas habrían de cambiar para ella. No era una elección que le pesara.

La había tomado por voluntad propia.

—Qué frío —musitó Allik, al cabo—. Será mejor que nos pongamos en movimiento, ¿sí?

La mirada de Marasi se apartó de la cantimplora de chocolate, ya vacía, para seguir el gesto de Allik. La tripulación de la aeronave había regresado de su inspección y los malwish se habían llevado a los soldados enemigos, Marasi supuso que para encerrarlos en la bodega del aparato.

Elegante estaba donde Waxillium lo había dejado: atado en lo alto de la lanza del lord Legislador, con los pies colgando. Tras amordazarlo y despojarlo de sus mentes de metal, Waxillium había empleado la alomancia para drenar sus metales. Y todas estas precauciones seguían sin parecer suficientes. Aún poseía sus púas, puesto que no estaban seguros de que cómo arrebataráselas sin matarlo. No debería ser capaz de hacer nada sin sus metales, pero Marasi no conseguía evitar preocuparse.

Steris se había reunido con Waxillium en la planicie, y él le había rodeado los hombros con un brazo. Marasi sonrió. Esa sí que era una imagen que nunca se habría imaginado que podría parecerle reconfortante. Pero hacían buena pareja.

Por desgracia, un nuevo problema se abatió sobre Waxillium y Steris en forma de

la capitana de Allik y algunos de sus tripulantes. Los dos grupos se quedaron frente a frente, observándose, con MeLaan y Wayne situándose junto a Waxillium. El muchacho empuñaba relajadamente su escopeta, mientras que el kandra, al menos cinco centímetros más alto que cualquiera, se cruzó de brazos y adoptó una postura inamovible.

En fin.

—Vamos —le dijo Marasi a Allik.

La capitana Jordis, que llevaba puesto un medallón de traducción, no se inmutó ante la ráfaga de viento que acompañó la llegada de Marasi.

—Os agradecemos vuestra ayuda —estaba diciendo Jordis, cuya voz exhibía el mismo acento que la de Allik—, pero nuestra gratitud no se extiende hasta el punto de permitirnos pasar por alto que nos robéis. Esperamos que nuestras pertenencias nos sean devueltas.

—Yo no veo ninguna propiedad vuestra por aquí —replicó fríamente Waxillium—. Tan solo un artefacto que hemos recuperado nosotros. Bueno, eso y mi aeronave.

—Tu... —farfulló Jordis, dando un paso al frente—. Desde que nos estrelláramos en vuestro territorio, mi tripulación ha sido encarcelada, torturada y asesinada. Pareces ansioso por iniciar una guerra, alomante.

Porras. Marasi esperaba que la capitana compartiera la veneración por Waxillium de Allik. Lo cierto era que la mayor parte de la tripulación se mostraba nerviosa en su presencia, pero Jordis, evidentemente, no pensaba dar su brazo a torcer.

—Si vamos a entrar en guerra —dijo Waxillium—, daros un arma tan poderosa no me parece el método más indicado para proteger a mi pueblo. Lamento lo que os hicieron Elegante y los suyos. Son unos proscritos y su conducta fue deplorable. Me encargaré de llevarlos ante la justicia.

—Y de robarlos, a pesar de todo.

—¿Niegas —preguntó Waxillium— que este templo estuviera vacío cuando llegué? ¿Niegas que esta aeronave pertenezca a una nación distinta de la tuya? No puedo robar lo que no es propiedad de nadie, capitana. Por el derecho de rescate, reclamo esta reliquia y ese aparato. Podéis...

Marasi se disponía a intervenir cuando, sorprendentemente, Steris abrió la boca para interrumpir a Wax.

—Lord Waxillium —dijo—. Considero que lo más prudente sería dejar que se lleven la nave.

—¿Qué? Y un cuerno voy a...

—Waxillium —insistió con delicadeza Steris—. Están cansados, apesadumbrados y muy lejos de casa. ¿Cómo sugieres, si no, que regresen junto a sus seres queridos? ¿Es así la justicia?

Wax apretó los labios.

—El Grupo va a estudiar una de esas naves, Steris.

—En tal caso —sugirió esta, volviéndose hacia Jordis—, les rogaremos... a

cambio de la generosidad de este regalo... que el pueblo malwish establezca relaciones comerciales con nosotros. Sospecho que acabaremos antes comprándoles naves a ellos que el Grupo construyendo las suyas.

Marasi asintió con la cabeza. «No está mal, Steris.»

—Si acceden a vendérnoslas —dijo Waxillium.

—Creo que lo harán —dijo Steris, mirando aún a Jordis—. Porque su noble capitana los convencerá de que vale la pena renunciar a su monopolio tecnológico con tal de tener acceso a nuestros alomantes.

—Eso es cierto —dijo Marasi, acercándose al resto en compañía de Allik—. No hay muchos como nosotros entre los vuestros, ¿verdad?

—¿«Nosotros»? —preguntó Allik mientras la capitana se giraba hacia ella.

—Yo también soy alomante —le explicó la muchacha, risueña—. ¿No me viste cargar el cubo en aquel almacén?

—Estaba un poco... distraído... —replicó él. Parecía mareado—. Ay, cielos. Hmm... oh, Grande.

Marasi exhaló un suspiro mientras se volvía hacia Jordis.

—No puedo prometer nada —se dirigió a Steris la capitana, remisa—. Los malwish solo son uno de muchos. Otra de nuestras naciones podría considerarlos débiles y decidir atacaros.

—En ese caso —dijo Steris—, quizás quieras informarles de que los Brazales de Duelo están aquí, listos para castigar a cualquier agresor.

Jordis siseó. Marasi no podía ver sus rasgos detrás de la máscara, pero el barrido con la mano que hizo no parecía un gesto de alegría.

—Imposible. Queréis darmes un premio de compensación para que me olvide del trofeo más importante, ¿sí? No vamos a dejar el arma del Soberano en vuestro poder.

—No nos lo estaríais dando a nosotros. —Steris miró a MeLaan, que seguía observándolo todo cruzada de brazos—. Allik. Tu pueblo tiene historias de criaturas como ella, ¿no es cierto?

—Cuéntaselo a los demás —lo apremió Marasi—. Por favor.

Allik se quitó el medallón y se enfrascó en una apasionada disertación en su idioma, agitando las manos y señalando a MeLaan. El kandra enarcó una ceja y dejó que su piel se volviera translúcida, exhibiendo un esqueleto tan agrietado y retorcido que Marasi tardó un momento en recuperarse de la impresión. ¿Cómo se las apañaba para mantenerse en pie?

La capitana escuchó toda la información.

—Nosotros —dijo Steris— dejaríamos los brazales al cuidado de los kandra inmortales. Son sabios e imparciales, y tienen el deber de servir a todos los pueblos por igual. Prometerán impedirnos usar los Brazales de Duelo a menos que nos ataquéis.

Con su expresión oculta tras la máscara, resultaba imposible saber qué pasaba por la cabeza de la capitana Jordis. Cuando habló de nuevo, ensayó una serie de gestos

secos; Marasi pensó que esos eran más fáciles de fingir que las expresiones faciales. ¿Cómo sería vivir en una sociedad en la que todo el mundo disimulaba sus verdaderos sentimientos detrás de una máscara, dejando traslucir únicamente sus reacciones calculadas?

—Como solución intermedia —dijo Jordis, al cabo—, me parece algo incómoda. Esto significa que regresaré junto a los míos lamiéndome las heridas, con la mitad de mi tripulación muerta y mi nave intercambiada por otra con décadas de antigüedad.

—Ciento. —Steris aún no se había movido del lado de Waxillium, que asistía a la conversación con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. Su especialidad—. Pero, capitana, regresarás con algo más valioso que una vieja reliquia o incluso vuestra nave siniestrada, pues habrás conseguido nuevos socios comerciales en una tierra rebosante de nacidos del metal. ¿Había mencionado ya que lord Waxillium ocupa un puesto importante en nuestro gobierno? ¿Y que posee una influencia tremenda sobre las tarifas mercantiles, aranceles e impuestos? Aquellos de entre los vuestros que se aseguren un acuerdo favorable podrían ganar muchísimo dinero.

Jordis los observó a ambos, cruzó los brazos sobre el pecho y miró directamente a Waxillium.

—Sigue pareciéndome una solución incómoda. —Aunque Jordis era mucho más baja, conseguía imprimirle una actitud igual de beligerante a su pose. A Marasi le dio la impresión de que la mujer ardía en deseos de desgañitarse con ellos, dejarse llevar por la rabia y atacar, vengarse por lo que habían sufrido ella y los suyos. Cualquier cosa menos conformarse con cerrar un simple acuerdo comercial.

Había emociones tan fuertes que ninguna máscara conseguiría ocultarlas.

Transcurridos unos instantes, Jordis asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Así se hará. Pero no pienso irme sin el borrador de ese acuerdo. Una promesa de intenciones, al menos.

Marasi exhaló un suspiro de alivio y le lanzó a Steris una mirada de gratitud. A pesar de todo, no se le escapó la rigidez del porte de Jordis cuando esta y Waxillium se estrecharon la mano. Hoy la cuenca no había ganado una amiga. Solo el azar había querido que, en el último momento, no se hubieran forjado una nueva adversaria.

—Tengo una petición más —dijo Waxillium.

—¿De qué se trata? —preguntó Jordis, con suspicacia.

—No es nada terrible ni oneroso. Me gustaría pediros que nos dierais un paseo, eso es todo.

Los sureños accedieron, por suerte, aunque no les entusiasmase la idea de cargar con una bodega llena de soldados enemigos durante todo el trayecto. Wax tuvo que dejarles muy claro que no podrían quedarse con Elegante, a lo que la capitana no opuso demasiadas objeciones. Parecía comprender que, si quería que se hiciera justicia con todos los responsables del suplicio que había padecido su tripulación, lo mejor sería dejar que Wax los sometiera a sus exhaustivos interrogatorios.

Wax, por su parte, se abstuvo de manifestar que Edwarn y él estaban emparentados.

Mientras la tripulación malwish preparaba la nave para el despegue, Wax se colocó frente a la estatua del lord Legislador, con aquella púa solitaria en el ojo. Había comprobado ya el cinturón, que era de aluminio. No había ningún tipo de carga. Si alguna vez habían existido dos brazaletes, debía asumir que los habían fundido en esta única punta de lanza.

Marasi pasó por detrás de él.

—Voy a echar un vistazo al deslizador, por si encuentro algún suministro que se nos pueda haber quedado atrás.

Wax asintió con la cabeza. «Poseo tu poder —pensó, dirigiéndose a la estatua—, aunque solo sea una pequeña fracción. Herrumbres... creo que lo entiendo.»

Le había dado los brazales a MeLaan, que los había hecho desaparecer en su carne. Se alegraba de saber que estaban inalcanzablemente lejos de sus manos. Demasiado poder.

Se despidió del lord Legislador llevándose un dedo a la sien y apretó el paso en pos de Marasi.

—A Aradel y al Senado no les va a hacer ni pizca de gracia este acuerdo —dijo cuando la alcanzó—. Sobre todo la parte en la que nos sepáramos de los brazaletes.

—Lo sé.

—Mientras pueda decirle que no fue idea mía...

Marasi lo observó de soslayo.

—No pareces muy desolado por haber perdido los brazaletes.

—No lo estoy —admitió Wax—. Estaba más preocupado que otra cosa, la verdad. Los brazaletes están prácticamente agotados, pero supongo que podríamos recargarlos mediante un proceso de hibridación. El poder que ofrecen es...

—¿Sublime y devastador a la vez? ¿Peligroso por lo que podría hacer en las manos equivocadas, pero, de alguna manera, más peligroso todavía en las tuyas?

—Sí.

Compartieron algo en aquel momento, azotados por el fuerte viento. Algo que habían tocado, algo que (con suerte) no volvería a experimentar nadie más.

Se giraron juntos sin mediar palabra, buscando el deslizador. Jordis querría cargarlo a bordo de la nave, pero antes había un cadáver que Wax necesitaba ver. No culpaba a Wayne por lo que había sucedido con Telsin. Cierto, llevarla a Elendel para juzgarla (e interrogarla) habría sido lo mejor. Y sí, habría preferido ser él quien apretase el gatillo. Armonía llevaba razón al respecto.

Pero, fuera como fuese, Telsin ya había dejado de suponer un problema. Lo que significaba...

Sangre en la nieve.

El deslizador no estaba en su sitio.

Y, lo más importante, el cadáver tampoco.

Marasi se quedó petrificada en el sitio mientras se acercaban, pero Wax llegó hasta el parche de terreno desierto. Se había esfumado, una vez más. Descubrió que, más que sorprendido, se sentía impresionado. Había montado en el deslizador y lo había puesto en marcha durante la reyerta, aprovechando la confusión para huir.

«Wayne debería haber sabido que podría ser capaz de sanarse a sí misma», pensó Wax mientras apoyaba una rodilla en el suelo, junto al macabro rastro de gotas de sangre que parecían siluetear un cuerpo.

—Así que no se ha acabado —murmuró Marasi.

Wax acarició las gotas de sangre, congeladas en el suelo. Se había pasado los últimos dieciocho meses intentando salvar a esa mujer. Y cuando por fin lo logró, ella lo había matado.

—No se ha acabado —convino—. Pero, en cierto modo, es mejor así.

—¿Porque tu hermana no ha muerto?

Wax se volvió hacia Marasi. Pese a las largas horas que llevaban en aquel páramo inhóspito, era como si el frío acabase de hundir por primera vez sus garras en él.

—No —dijo—. Porque así tengo a alguien que cazar.



Wax, tienes que ver esto!

Wax inclinó la cabeza hacia atrás, adormilado. Estos catres no eran especialmente cómodos, pero al menos la aeronave volaba de forma apacible y constante. Resultaba agradable, puesto que viajando a bordo del deslizador siempre se había sentido como si el menor golpe de viento pudiera arrojarlos en picado contra la falda de una montaña.

Wayne colgaba con medio cuerpo por fuera de la ventana del cuarto.

—¿Esa ventana se abre? —preguntó Wax, sorprendido.

—Todas las ventanas se abren —dijo Wayne—, si uno empuja lo suficiente. Mira, tienes que verlo.

Con un suspiro, Wax se incorporó y sacó la cabeza por la ventana, junto a Wayne. A sus pies, Elendel se desplegaba como un inmenso mar de luces.

—Como ríos de fuego —murmuró Wayne—. Mira las pautas que sigue. Las zonas ricas están más iluminadas, todas las carreteras están alineadas... Qué preciosidad.

Wax respondió con un gruñido.

—¿Eso es todo lo que vas a decir, compañero?

—Wayne, veo esto prácticamente todas las noches.

—Vaya, pues... me parece injusto. Deberías sentirte culpable.

—¿Por ser un lanzamoneda?

—Por hacer trampas en la vida, Wax.

—¿Y si me sintiera agradecido por ello?

—Supongo que habrá que conformarse.

Wax se sentó en el catre, se puso las botas y empezó a anudar los cordones. Le dolía todo, como si le hubieran pegado una paliza hasta dejarlo inconsciente. Desearía poder echar la culpa al ajetreo de los últimos días, pero había tenido en sus manos los Brazales de Duelo y estos se habían encargado de regenerar su organismo.

Lo que significaba que esas molestias venían del simple hecho de haberse pasado unas pocas horas durmiendo en esa cama. Herrumbres. Sí que estaba haciéndose viejo. Reflexionando al respecto, sin embargo, descubrió que su mortalidad ya no le asustaba tanto como en el pasado.

—Deberíamos subir al puente —sugirió mientras se incorporaba. Había pasado un día entero desde que salieron de las montañas. Ante su insistencia, se habían detenido en una ciudad para enviar un telegrama de aviso, y después habían esperado

a la noche siguiente para realizar el resto del trayecto volando. No tenía la menor intención de llevar un gigantesco buque de guerra volador a los alrededores de Elendel sin prevenir antes a las autoridades, al menos.

Jordis se había mostrado cooperativa, tras recibir la promesa de que, en pago por sus servicios, recibiría suministros suficientes para el viaje de retorno a sus tierras. Sabía que a Marasi le preocupaba la capitana, pero Wax había mirado a la mujer a los ojos detrás de la máscara. Era una guerrera, una asesina, por mucho que insistiera en que su aeronave era un simple vehículo comercial.

La mujer lo sabía. Wax había ostentado el poder de los brazaletes. Podría haber barrido a los malwish y robado su nave sin pestañear. En vez de eso, había aceptado la solución intermedia de Steris. Bravuconadas al margen, Jordis sabía que, con ese acuerdo, había obtenido más de lo que razonablemente cabría esperar.

Wayne se reunió con él fuera del camarote; se hicieron a un lado para que pasara un grupo de tripulantes cansados. No podía verles la cara, pero sí leer un mundo de emociones en sus hombros encorvados y sus voces apagadas.

—Los han destrozado —murmuró Wayne, mirando hacia atrás por encima del hombro mientras los malwish se alejaban—. Lo que le ha pasado a esta gente no es justo, Wax.

—¿Cuándo es justa la vida?

—Lo ha sido conmigo —repuso el muchacho—. Más que justa, sospecho. Teniendo en cuenta lo que en realidad me merezco.

—¿Quieres hablar de eso?

—¿De qué?

—Disparaste un arma, Wayne.

—Bah, solo era una escopeta. Eso no cuenta.

Wax apoyó una mano en el brazo de su amigo.

Wayne se encogió de hombros.

—Supongo que mi cuerpo debió de pensar: «¿Qué narices?»

—Creía que podría significar que te habías perdonado a ti mismo.

—Nah —dijo Wayne—. Estaba muy cabreado con tu hermana, eso es todo.

—Lo sabías, ¿verdad? —preguntó Wax, frunciendo el ceño—. Que se sanaría.

—Bueno, no quería matar a nadie a sangre fría...

—Eso está bien, supongo.

—... pero no había ninguna antorcha a mano para prenderle fuego y calentársela antes.

—Wayne...

El muchacho suspiró.

—Vi las mentes de metal asomando bajo sus mangas. Me dije, si te vas a conceder alguno de los poderes de un feruquimista, seguro que es el de curarse. No quería matar a tu hermana, socio. Pero no me importó darle un buen susto, y necesitaba las púas de MeLaan.

La expresión de Wayne se volvió ausente.

—Debería haberme quedado allí, supongo. Para evitar que escapara, ya sabes. Pero no estaba pensando con claridad, por así decirlo. Creía que estabas muerto. De verdad. Y no paraba de decirme, ¿la mataría realmente Wax? ¿O le daría otra oportunidad, como hizo conmigo? Así que le perdoné la vida. Me contuve, porque era lo último que podía hacer por ti. ¿Te parece que eso tiene sentido?

Wax le dio un apretón en el hombro.

—Gracias. Celebro que estés aprendiendo.

Se le antojaba hipócrita decir algo así cuando, en su fuero interno, lo cierto era que desearía que Wayne la hubiera despojado de las mentes de metal y hubiese dejado que su cadáver se congelara a la intemperie.

Los labios de Wayne dibujaron una sonrisa radiante. Wax inclinó la cabeza en la dirección que habían seguido los tripulantes.

—Nos vemos arriba.

—¿Vas a buscar a tu mujer? —preguntó Wayne—. Lo pasará mal reajustándose a la vida aquí, en la ciudad, lejos de su hábitat natural en las montañas, inhóspitas y glaciales...

—Wayne —lo interrumpió Wax, sin brusquedad pero con firmeza.

—¿Hmm?

—Ya está bien.

—Pero si solo es...

—Basta.

Wayne se quedó callado con la boca abierta, se humedeció los labios con la lengua y asintió con la cabeza.

—Bueno, vale. Pues ahí arriba nos vemos.

—Tardaremos solo un momento.

Wayne se alejó en dirección al puente de mando. Wax siguió recorriendo el pasillo, dejando atrás varias puertas antes de llegar a la de la habitación que compartían Marasi y Steris. Levantó la mano para llamar con los nudillos, pero, al ver que estaba entreabierta, se asomó. Steris estaba tendida en un catre, arropada con una manta, durmiendo plácidamente. No había ni rastro de Marasi; había mencionado que quería estar en el puente cuando se acercasen a la ciudad.

Se quedó en el umbral, vacilante, viendo cómo dormía. Estuvo tentado de irse; había vivido muchas emociones en los últimos días. Debía de estar agotada. Cuando llegaran a Elendel, aún tendrían que desembarcar a los prisioneros y llevar los suministros a bordo; podrían pasar horas antes de que la nave tuviera que partir de nuevo. Podía descansar un poco más, ¿no?

La puerta crujío al apoyarse él en ella, y Steris se despertó de golpe, sobresaltada. Su mirada lo encontró de inmediato. Sonrió, tranquilizándose, y se acurrucó contra las almohadas. Llevaba puesto un vestido de viaje bajo la manta.

Wax entró en el camarote y se sentó en el catre que había enfrente de Steris; el

espacio era tan reducido que sus rodillas tocaban la cama de ella. Y estas eran las habitaciones más grandes, según la tripulación. Se inclinó hacia delante y tomó la mano de Steris entre las suyas.

Ella le dio un suave apretón, cerró los ojos de nuevo, y se quedaron allí sentados. En silencio. Los demás podían esperar unos minutos.

—Gracias —dijo Wax en voz baja.

—¿Por qué?

—Por acompañarme.

—No he hecho gran cosa.

—Me fuiste de inestimable ayuda en la fiesta. Y tus negociaciones con los malwish... Steris, eso fue increíble.

—Quizá. Aunque sigo pensando que, durante la mayor parte del viaje, solo he sido como otra maleta más.

Wax se encogió de hombros.

—Steris, creo que todos somos un poco así. Llevados de un lado a otro por el deber, o la sociedad, o el mismo Dios... Somos meros pasajeros, incluso en el viaje de nuestras vidas. Pero, de vez en cuando, nos enfrentamos a una elección. Una decisión importante. Quizá no seamos capaces de escoger lo que nos pase, ni dónde vamos a detenernos, pero nos está dado apuntarnos a nosotros mismos en una dirección en particular. —Le apretó la mano—. Tú has elegido apuntarte en la mía.

—Bueno —dijo ella con una sonrisa—, ya sabes que el lugar más seguro del mundo suele ser a tu lado...

Wax le acarició el rostro con la mano, áspera y encallecida. «Otra aventura.»

Uno de los tripulantes vino a buscarlos, al cabo. Wax se puso de pie, a regañadientes, y ayudó a Steris a incorporarse a su vez. Juntos, cogidos del brazo, recorrieron los pasillos de la nave y subieron al puente, donde los estaban esperando los otros.

Una vez allí, Wax pudo apreciar lo que Wayne había visto. Con la panorámica que se disfrutaba desde el puente de mando, la ciudad se mostraba realmente impresionante en la noche. «¿Se convertirá alguna vez esta vista en algo habitual?», pensó mientras Steris le apretaba el brazo, sonriendo de oreja a oreja ante aquel espectáculo. La tecnología de esa aeronave era nueva, pero no hacía tantos años desde que Wax viera su primer motocarro circulando por las carreteras.

Marasi estaba dándole instrucciones a Jordis para guiarla por la ciudad. Wax era incapaz de interpretar el lenguaje corporal de la capitana y su tripulación. ¿Se sentirían impresionados por el tamaño de Elendel y la altura de sus rascacielos? ¿O serían estas cosas algo normal en el sur?

Se acercaban a la Torre Ahlstrom, y Wax se imaginó las historias que poblarían los pasquines a la mañana siguiente. Bien. Detestaba los subterfugios; que los habitantes de Elendel supieran, hasta el último de ellos, que el mundo acababa de convertirse en un lugar mucho más grande.

El tejado de la Torre Ahlstrom, de la que Wax era copropietario, era una terraza plana. Jordis le había asegurado que podía posar su nave «en la cabeza de un clavo, siempre y cuando sea lo suficientemente lisa». Fiel a su palabra, aterrizaron sin incidencias.

—¿Seguro que no te quieres quedar? —le preguntó Marasi a la capitana—. ¿Visitar la ciudad, descubrir cómo somos en realidad?

—No. Gracias. —Las palabras sonaron forzadas a oídos de Wax, pero ¿qué sabría él, con aquel acento que tanto dificultaba las cosas?—. Aceptaremos vuestra oferta de reabastecernos y partiremos esta misma noche.

Había llegado el momento de desembarcar. Juntos, con los demás desfilando tras ellos, Wax y Steris volvieron a recorrer los pasillos.

—Me siento casi —musitó Steris— como si esta experiencia hubiera sido un sueño. Necesito ponerlo todo por escrito, lo antes posible, no sea que se desvanezca.

Wax asintió con la cabeza, rememorando su encuentro con Armonía.

El corredor los condujo a una bifurcación en la que se había abierto una de las paredes; una larga pasarela descendía hasta la azotea. Abajo, Wax distinguió varias figuras que observaban la nave con el cuello estirado. El gobernador Aradel había acudido en persona.

Allik estaba en la puerta, y se levantó la máscara cuando llegó Wax. Ni reverencias ni inclinaciones de cabeza, tan solo ese gesto. Entre los suyos, quizá simbolizara lo mismo; tras él, los demás tripulantes lo imitaron.

—Oh, Poderoso. Espero que tu próximo fuego te sea conocido.

—Lo mismo digo, Allik.

—Ah, ya lo es —repuso este con una sonrisa—. Pues mi próximo fuego es mi hogar, ¿sí?

Miró a Marasi, levantó los brazos y se quitó la máscara; la rota, que él mismo había reparado con adhesivo. Sosteniéndola con ambas manos, se la ofreció, lo que suscitó varios jadeos de sorpresa a su espalda.

—Por favor —dijo Allik. Sus palabras denotaban un acento más fuerte que antes.

La capitana, que no se había descubierto el rostro ante Wax, se envaró al ver su gesto. Marasi titubeó, pero aceptó la máscara.

—Gracias.

—Gracias a ti, señorita Marasi —respondió Allik—. De por vida. —Cogió la sencilla máscara sin adornos que colgaba de su cintura y se la puso, sujetándola con una modesta correa de cuero. No era nada más que un trozo de madera curvada con dos agujeros para los ojos—. Tengo muchas ganas de volver a casa, pero, después de eso, mi próximo fuego podría estar aquí otra vez. Pienso tomarte la palabra y aceptar tu ofrecimiento de enseñarme esta ciudad.

—Mientras traigas un poco de choc —dijo Marasi—, puedes venir siempre que quieras.

Wax sonrió. A continuación, los cinco le dieron a la capitana sus mentes de metal

en forma de medallones de gravidez, una formalidad que, según les habían explicado, era algo tradicional. Jordis también había obsequiado a Wax con uno de cada, lingüístico y calefactor respectivamente, para que se los quedara. Seguro que Wayne había escamoteado ya otro juego, aunque Wax no pensaba interrogarlo al respecto para salir de dudas hasta que todos hubieran bajado por fin de la nave.

Wax fue el primero en bajar por la pasarela, con Steris del brazo.

—En serio, Waxillium —dijo Marasi, poniéndose a su altura—. Tenéis que importar ese chocolate suyo. No sé qué le echan, pero está buenísimo. ¿Crees que las aeronaves van a ser de las grandes? Espera a probar esa maravilla.

—Oye. —Wayne se situó al otro lado de Wax, con el cuello girado para mirar a las personas que se habían quedado en el aparato, a su espalda—. Marasi, me parece que al piloto ese le haces tilín.

—Gracias por compartir con nosotros tus fabulosas dotes de observación, Wayne.

—Eso podría sernos muy útil —apuntó Steris—, desde un punto de vista político.

—Por favor —dijo Marasi—. Pero si es prácticamente un crío comparado conmigo. Y tú, no te rías.

—Jamás osaría hacer algo así —replicó Wax, con la vista al frente. No se le pasó por alto el cuidado reverencial con el que Marasi sujetaba la máscara, sin embargo.

Frente a ellos, varios auxiliares y guardias del gobernador se arracimaban formando una burbuja protectora, como si intentasen repeler la escena tan extraña que se representaba ante sus ojos (y lo que representaba) mediante el calor corporal combinado de sus organismos. Aradel, por su parte, aguardaba a cierta distancia, como si lo hubieran expulsado del grupo.

Wax encaminó sus pasos hacia él, con Steris todavía a su lado, y se quedó a la espera.

—Maldición —masculló por fin Aradel, transcurridos unos instantes.

—Se lo advertí —dijo Wax.

Aradel sacudió la cabeza, maravillado, con los ojos abiertos de par en par.

—Bueno, a lo mejor esto consigue desviar la atención del desastre que habéis desencadenado en Nueva Seran.

—¿Es grave? —preguntó Steris.

Aradel respondió con un gruñido.

—El Senado lleva dos días seguidos amenazando con asarme las pelotas a fuego lento, pidiendo mi pellejo a gritos por haber provocado una guerra y acusándome de irresponsabilidad diplomática. Como si alguna vez hubiera tenido la menor influencia sobre... —Se interrumpió de repente, apartando por fin la mirada de la aeronave, y carraspeó, como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho y en presencia de quién lo había hecho.

Wax sonrió. Aradel nunca había tenido pelos en la lengua, pero solía hacer gala de más tacto que en esta ocasión. Nadie llegaba muy lejos como alguacil sin saber apaciguar, siquiera en parte, los egos ajenos.

—Le pido disculpas, lady Harms. Ladrian, necesito escuchar qué ha ocurrido en Nueva Seran. La verdad, sin paliativos y según tus propias palabras.

—Prometido —dijo Wax—. Mañana.

—Pero...

—Gobernador, comprendo su postura, pero no se imagina por lo que hemos pasado en los últimos días. Mi gente necesita descansar. Mañana. Por favor.

Aradel respondió con un gruñido.

—De acuerdo.

—¿Ha preparado lo que le pedí?

—Está abajo. —Aradel se volvió hacia la aeronave—. En el ático. —El gobernador respiró hondo mientras contemplaba de nuevo el gigantesco aparato, donde el comisario Reddi estaba dirigiendo al grupo de alguaciles encargado de aceptar el intercambio de prisioneros.

Wax vio ahora que solo la mitad de la nave se había posado en el edificio. Uno de los ventiladores giraba lánguidamente, manteniendo el vehículo en equilibrio. «Lo habrán hecho de forma intencionada —se dijo, pensando en el aterrizaje—, a modo de mensaje. La tripulación quiere recordarnos que, aunque en breve vayamos a poseer esta tecnología, seguirán sacándonos muchos años de ventaja sobre su uso.»

—Creo que saldremos de esta —le dijo Wax a Aradel—. Si las ciudades exteriores quisieran atacarnos, sospecho que esto hará que se lo piensen dos veces. Difunda la noticia de que una embarcación voladora se ha posado en el centro de Elendel y me ha dejado bajar antes de proseguir su camino pacíficamente.

—Hemos sentado las bases de unos tratados, señoría —añadió Steris—. Favorables para nosotros, comercialmente hablando. Eso debería frenar a los halcones y concedernos algo de margen para suavizar las cosas.

—Sí, es posible —suspiró Aradel—. Aunque al Senado le costará digerir este metal, Ladrian. No me refiero a la existencia de esta aeronave en sí misma, sino al hecho de que, aparentemente, haya permitido que se marche de rositas. —Titubeó—. Aún no le he contado a nadie lo que me dijiste acerca del otro artefacto.

—¿Los Brazales de Duelo?

Aradel asintió con la cabeza, demasiado diplomático como para expresar de viva voz lo que Wax sabía que estaba pensando. «¿En qué atolladero me vas a meter esta vez, Ladrian?»

—¿MeLaan? —preguntó Wax—. ¿Te importaría tomar el relevo?

—Cómo no —replicó el kandra, acercándose a ellos caminando a zancadas. Llevaba puesto el atuendo que le habían prestado los sureños, pantalones de hombre y botas altas que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla. Apoyó un brazo en el hombro del gobernador.

—Sagrado —dijo Aradel, con voz tensa pero reverente. Miró a Wax de soslayo—. ¿Te das cuenta de lo injusto que es intentar regañarte cuando puedes recurrir a mensajeros celestiales para que te saquen las castañas del fuego?

—Eso no es nada —replicó Wax mientras guiaba a Steris hacia los escalones que conducían abajo—. Pregúnteme alguna vez por la conversación que mantuve con Dios la última vez que morí.

—Te ensañas con él —murmuró Steris mientras descendían por la escalera.

—Bobadas —dijo Wax—. Ahora es un político. Necesita practicar para que sus interlocutores no lo pillen con el pie cambiado. Le vendrá bien a la hora de afrontar los debates y cosas de esas.

Steris lo observó de reojo.

—Prometo enmendarme —le aseguró Wax mientras le abría la puerta. Marasi se dispuso a reunirse con ellos, pero Wayne la cogió por el brazo y sacudió la cabeza.

—¿Seguro? —preguntó Steris desde el hueco de la escalera—. ¿Significa eso que ya no vas a volver a quejarte cuando tengamos que asistir a alguna fiesta?

—Pues claro que pienso quejarme —respondió Wax mientras la seguía, dejando atrás a los otros—. Es uno de los rasgos que define mi personalidad. Pero me esforzaré por refunfuñar exclusivamente delante de ti y de Wayne.

—Y yo —dijo Steris— prometo mostrarme debidamente asombrada ante tus hazañas cada vez que salves el mundo. —Sonrió—. Y llevar siempre encima unos cuantos viales de metal, por si acaso. ¿Adónde vamos, por cierto?

Wax sonrió a su vez mientras la conducía a la planta alta del rascacielos, un elegante ático que se encontraba vacío en esos momentos, después de que sus ocupantes eligieran Elmsdel para pasar un prolongado período de vacaciones. En el pasillo exterior del apartamento propiamente dicho había una silla, y en ella, un hombre de aspecto cansado. Llevaba puesto el hábito propio de los sacerdotes supervivencialistas, con el gabán de bruma oficial (poco más que un chal, en realidad) echado por encima de una túnica con bordados en las mangas que simbolizaban cicatrices.

Steris miró a Wax, intrigada.

—Me preguntaba si accederías a convertirte en mi esposa.

—Ya habíamos acordado que...

—Sí, pero la última vez que te lo pregunté esperaba formalizar un contrato —dijo Wax—. Era el representante de una casa, solicitándole a una mujer los medios necesarios para forjar una unión. En fin, esa petición aún sigue en pie, y te lo agradezco. Pero me gustaría preguntártelo de nuevo. Es importante para mí.

»¿Accederías a convertirte en mi esposa? Quiero casarme contigo. Ahora mismo, ante el Superviviente y este sacerdote. No porque haya unas palabras sobre un papel que me obliguen a hacerlo, sino porque así lo deseo. —La tomó de la mano y añadió, con delicadeza—: Estoy dolorosamente cansado de sentirme solo, Steris. Ha llegado el momento de reconocerlo. Y tú... en fin, tú eres increíble. De verdad.

Steris empezó a sorber por la nariz. Liberó la mano y la usó para enjugarse los ojos.

—¿Esas lágrimas... son buenas o malas? —preguntó Wax. Tantos años

relacionándose con mujeres y, en ocasiones, seguía sin entender la diferencia.

—Bueno, es que... esto no estaba en ninguna de mis listas, ¿sabes?

—Ah. —Wax sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

—Pero —continuó Steris—, no recuerdo cuándo fue la última vez que se me pasó por alto prever una contingencia, tan solo para descubrir que podía tratarse de algo tan maravilloso. —Asintió con la cabeza, con la nariz goteante y enrojecida—. Porque esto lo es. Gracias, lord Waxillium. —Hizo una pausa—. ¡Pero esta noche! ¿Tan pronto? ¿No se merecen los demás asistir a una boda?

—Ya lo hicieron —repuso Wax—. No es culpa nuestra que la ceremonia terminase antes de tiempo. Entonces... ¿qué te parece? Quiero decir, si estás cansada del viaje, no dejes que te presione. Es solo que me...

Steris lo besó por toda respuesta.

Epílogo



AMarasi le resultaba inspirador trabajar a la luz de las velas. Quizá se debiera al riesgo primigenio que conllevaba. Las luces eléctricas le infundían una sensación de seguridad; estaban contenidas, domesticadas. Pero una llama al descubierto... en fin, eso era algo puro. Vivo. Una pequeña chispa de furia que, si se desbocara, podría destruirla a ella y todo cuanto la rodeaba.

De un tiempo a esta parte se relacionaba con muchas chispas por el estilo.

Cubría su mesa en la comisaría del octante un manto de apuntes, archivos y entrevistas, en la mayoría de las cuales había estado presente en el transcurso de las dos últimas semanas, aconsejando al comisario Reddi. La relación profesional entre ambos se había vuelto tan estrecha estos días que a veces a Marasi le costaba recordar hasta qué punto le había hecho la vida imposible aquel hombre en los inicios de su andadura profesional.

Aunque Elegante seguía sin dejarse doblegar, muchos de sus hombres habían hablado. La información que poseían era suficiente para sacar a cualquiera de sus casillas. Los habían reclutado entre los jóvenes disidentes de las ciudades del margen, llenándoles la cabeza con historias sobre el Superviviente y su lucha contra la autoridad imperialista. Habían recibido su adiestramiento en ciudades como Rashekin y Bilming, lejos del gobierno central, en complejos cerrados que estaban mucho mejor equipados de lo que nadie se imaginaba.

Aradel y los demás se habían concentrado en estos detalles. Tropas, horarios, tecnología... como el artefacto para comunicarse a distancia que Waxillium había robado de la mansión de lady Kelesina. Mientras hablaban de paz, estaban preparándose para la guerra.

Estaban asustados, y con motivo. Ese embrollo era fruto de décadas de negligencia, no siempre bienintencionada. Con suerte, aún se podría desenredar la madeja de forma pacífica. Eso Marasi se lo dejaba a los políticos. Haciendo oídos sordos a la retórica patriota, había volcado su atención en otro lugar: en los rumores que circulaban entre aquellos hombres acerca de algo muy poco usual, más allá de las anécdotas sobre aeronaves y nuevos metales alománticos.

Cogió una hoja cubierta de notas. Menciones veladas, confesiones pronunciadas entre miradas furtivas, siempre en susurros. Historias de seres con los ojos rojos que los visitaban de noche. Añadió estos testimonios a los archivos que contenían su investigación sobre Trell, la antigua deidad que, de alguna manera, la gente estaba empezando a adorar otra vez. Una deidad que había forjado púas para corromper al

kandra Paalm, y cuyo nombre estaba en boca de muchos de los prisioneros.

Había dedicado meses a documentarse, y hasta la fecha se sentía como si todavía no hubiese averiguado nada. Pero, de un modo u otro, no pensaba descansar hasta haber encontrado las respuestas que buscaba.

Los captores de Elegante intentaban impresionarlo con la austeridad de su confinamiento, encerrándolo en una celda corriente ubicada en las entrañas de la prisión, sin nada más que un cubo para asearse y una manta en la cama. Qué estrategia tan manida y pueril. Como si solo hubiera conocido pétalos de rosa y almohadones de pluma en su vida; como si nunca hubiera tenido que dormir sobre la roca desnuda.

En fin, allá ellos. Todo tenía sus ventajas. En este caso, la situación le brindaba la oportunidad de demostrar su entereza. Resistiría y les daría su merecido.

No le sorprendió, por tanto, que tras dos semanas de cautiverio, la puerta del pasillo que comunicaba con su celda se abriera una noche con un suave chasquido y apareciera un desconocido, furtivo. Varón en esta ocasión, con la barba rala y el cabello alborotado. Un pordiosero cualquiera recién salido de las calles, dedujo Elegante.

Los delataba el modo en que caminaban. Nunca con languidez, ni arrastrando los pies. Su paso era siempre veloz, resuelto. Decidido.

El fulgor rojo de su mirada, por supuesto, era otro indicio. Que Elegante hubiera podido colegir hasta la fecha, ni Waxillium ni los memos de sus asociados albergaban la menor sospecha sobre la existencia de estas criaturas. Ellos no lo entendían; no podían entenderlo.

El Grupo contaba con sus propios Inmortales Sin Rostro.

Se levantó, se bajó las mangas de su uniforme de presidiario y se alisó las arrugas de los hombros.

—Dos semanas es más de lo que esperaba.

—Nuestro calendario y el tuyo no son iguales.

—No estaba quejándose. Me limitaba a constatar un hecho. Estoy más que dispuesto a esperar cuanto dicten los designios de Trell.

—¿Seguro? —preguntó el inmortal—. Teníamos entendido que abogabas por acelerar el proceso.

—Solo quería manifestar mi punto de vista —dijo Elegante—, en aras de fomentar un debate lo más productivo posible.

La criatura lo observó entre los barrotes.

—No te has derrumbado ni has desvelado ningún secreto.

—No.

—Nos sentimos impresionados.

—Gracias.

Todo tenía sus ventajas. Incluso dos semanas en prisión podían servir para

demonstrar que uno estaba en lo cierto.

—El programa se adelantará —dijo el inmortal—, como solicitabas.

—¡Excelente!

La criatura metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un objeto que parecía un paquete rodeado de cables. Uno de los primeros intentos de Irich por crear un artefacto explosivo a partir del metal que propulsaba las aeronaves. Había resultado ser muy poco eficaz, apenas más volátil que la dinamita, cuando lo que buscaban era algo capaz de arrasar ciudades enteras.

—¿Qué es eso? —preguntó Elegante, nervioso.

—Nuestro programa acelerado no contempla la necesidad de que el Grupo conserve toda su jerarquía.

—¡Pero si somos imprescindibles! Os hacemos falta para dirigir, para conducir a la sociedad a...

—Ya no. Los últimos avances hacen que esta civilización se haya vuelto demasiado peligrosa. Permitiendo el desarrollo de los acontecimientos nos arriesgamos a que se produzcan descubrimientos que escapen a nuestro control, por lo que hemos decidido eliminar por completo la vida de esta esfera. Gracias por tus servicios; han sido aceptables. Se te permitirá continuar trabajando para nosotros en otro Reino.

—Pero...

La criatura activó el artefacto explosivo, enviándose a sí misma (y a Elegante) al olvido.

Wax se despertó de golpe, sobresaltado. ¿Eso había sido una explosión?

Paseó la mirada por el apacible dormitorio del ático de la torre. Steris dormía acurrucada junto a él en la cama, perfectamente inmóvil, aunque agarrada con delicadeza a su brazo. Lo hacía a menudo, como si temiera soltarse y arriesgarse a que todo eso se terminara.

Al verla allí tendida, a la luz de las estrellas, le sorprendió el hondo afecto que sentía por ella. No fue una sorpresa desagradable. Recordaba haberse despertado más de una mañana al lado de Lessie, sintiéndose igual de maravillado. Asombrado por la suerte que tenía, por la magnitud de aquella emoción que anidaba en su pecho.

Le apartó la mano con suavidad y la arropó con la sábana antes de levantarse de la cama y, desnudo de cintura para arriba, cruzar el cuarto hasta llegar al balcón.

Habían optado por pasar su luna de miel aquí, en el ático, en vez de volver a la mansión. Les había parecido una buena forma de celebrar un nuevo comienzo, y Wax empezaba a pensar que quizás no fuese mala idea mudarse allí con carácter permanente. Era un hombre nuevo, por enésima vez en su vida, y soplaban vientos de cambio. Esta no era ya una época de mansiones solemnes y tertulias en salones de fumadores, sino de rascacielos insolentes y atrevidas políticas puestas en práctica a pie de calle.

Las brumas fluctuaban y se arremolinaban en el exterior, aunque el edificio era tan alto que le pareció ver las estrellas y la Grieta Roja entre los jirones de niebla. Se dispuso a abrir las puertas para salir al balcón, pero se detuvo, fijándose en la mesa del tocador, sobre la que Drewton había desplegado una auténtica batería de enseres. El ayuda de cámara había sacado todos sus efectos personales, tanto el contenido de sus bolsillos como sus pertenencias recuperadas del hotel de Nueva Seran. Seguramente querría saber cuáles tenía que conservar y de cuáles debería desembarazarse.

Wax sonrió mientras acariciaba con los dedos el arrugado pañuelo para el cuello que se había puesto para asistir a aquella fiesta con Steris. Recordaba haberlo tirado al suelo mientras se ponía los pantalones y el gabán de bruma en la habitación, antes de su apresurada huida de la ciudad. Drewton lo había dejado extendido junto con una de las servilletas de la fiesta, con sus iniciales bordadas, e incluso el tapón de una botella que había afanado por si acaso necesitaba algo contra lo que empujar. Reposaba encima de su propio mantelito para él solo, como si fuese la cosa más importante del mundo.

Sacudió la cabeza mientras apoyaba una mano en la puerta, dispuesto a salir al balcón. Pero, de repente, se quedó petrificado y volvió a fijarse en la mesa.

Allí estaba. La moneda que le había dado aquel pordiosero, rutilante a la tenue luz de las estrellas. Drewton debía de haberla encontrado en algún bolsillo. Wax extendió la mano, titubeante, y la recogió del tocador antes de salir a las brumas.

«¿Sería posible?», se preguntó, sosteniendo en alto la moneda. Dos metales distintos, uno de ellos plateado. ¿Podría tratarse de nicrosil? El otro era cobre. Un metal feruquímico. Aunque el dibujo impreso en la cara no fuese idéntico y la moneda en sí fuera más pequeña, no parecía tan diferente de aquellos medallones sureños.

Nada más formarse esa idea en su mente, en cuanto supo de qué podría ser capaz ese objeto, la mente de metal empezó a funcionar y Wax descubrió toda una reserva en su seno. Una reserva que podía sondear. Contuvo la respiración, asombrado.

Las llamaban mentes de cobre, un tipo de depósito feruquímico muy especial que servía para almacenar recuerdos.

La sondeó.

De inmediato, Wax se encontró en otro lugar. Un yermo desolado, sin nadie en los alrededores y tan solo el viento por toda compañía. La perspectiva era difícil de experimentar, puesto que únicamente la mitad de la vista del observador era normal.

La otra mitad estaba repleta de líneas azules. Era la vista de un hombre con una púa clavada en el ojo.

La figura estaba cruzando aquel páramo, dejando atrás cultivos desatendidos cuyos brotes secos cascabeleaban al son de la brisa. Frente a él se extendía una ciudad... o sus restos.

Oyó el crujido de sus propias botas sobre las rocas polvorrientas, el aullido del

viento, y lo sobrevino un escalofrío. Continuó adentrándose en la ciudad, cruzándose con cimientos expuestos por llamas antiguas, apagadas hacía ya tiempo. De alguna manera, supo que los habitantes de ese lugar (al igual que los de otras poblaciones por las que había pasado) habían demolido sus propias paredes para convertirlas en leña, desesperados por sobrevivir.

Las calles estaban sembradas de cadáveres desnudos. También sus ropas se habían utilizado como combustible tras perecer congelados ante lo que la mayoría de la gente consideraría unas temperaturas moderadamente bajas.

Frente a él se alzaba ahora una morada de piedra, semejante a un bunker. La construcción, estrecha y alargada, le recordaba algo... no algo que conociera Wax, sino el hombre en cuya mente se había almacenado esta experiencia. Aquel recuerdo lejano aleteó en su conciencia y, en un abrir y cerrar de ojos, se desvaneció.

El viajero prosiguió su camino y llegó a la entrada, abierta de par en par. Habían quemado la puerta.

Dentro había una nutrida congregación de personas arracimadas para compartir el calor de sus cuerpos, inútilmente envueltas en mantas. No ardía ya ningún fuego.

Habían quemado incluso sus máscaras.

El viajero anduvo entre ellos, despertando no pocos recelos, aunque casi todos se limitaban a observarlo con expresión ausente. Aguardando la muerte. Encontró a los líderes cerca del centro, los de mayor edad, cubiertos sus rostros apergaminados por trozos de tela, lo único que les quedaba. Una anciana elevó la mirada hacia él y se quitó la máscara.

La vio con normalidad en un mundo, y perfilada de azul en el otro. El viajero extendió una mano para apoyarla en el hombro de la mujer, se arrodilló y murmuró una sola palabra.

Wax salió de aquel recuerdo de golpe, sobresaltado, soltó la moneda y dio un paso atrás.

La moneda golpeó el suelo del balcón con un tintineo y rodó hasta detenerse a sus pies.

El brazo... Aquel brazo. Surcado por un entramado de cicatrices superpuestas, una capa encima de otra, como si fueran el fruto de una tormenta de araños que llevasen toda la eternidad asaltando su piel. El eco de aquella palabra solitaria que había brotado de sus labios resonaba aún en la mente de Wax.

«Sobrevivid.»

RECAPITULACIÓN

Marasi, Wax y Wayne volverán en *The Lost Metal*, la épica conclusión de Nacidos de la bruma: segunda era. Está previsto que se publique después de *Oathbringer*, el tercer volumen de El Archivo de las Tormentas, en cuya escritura me encuentro enfrascado en estos momentos.

A fin de que la espera hasta que salga *Oathbringer* se os haga más llevadera acabo de publicar una novela corta muy especial, solo en formato digital, que está pensada para leerse después de *Brazales de Duelo*, si bien la acción transcurre durante los acontecimientos de la trilogía original de Nacidos de la bruma. Tras diez años de gestación, *Mistborn: Secret History* quizá resuelva algunas de vuestras incógnitas.

Aunque siempre habrá otro secreto.

Brandon Sanderson

Enero de 2016

Ars Arcanum

GUÍA RÁPIDA SOBRE LOS METALES

METAL	PODER ALOMANTICO	PODER FERUQUIMICO
₡ Hierro	Tira de metales cercanos	Acumula peso físico
₡ Acero	Empuja metales cercanos	Acumula velocidad física
₡ Estaño	Amplía los sentidos	Acumula sentidos
₡ Peltre	Amplía las habilidades físicas	Acumula fuerza física
₡ Cinc	Enciende emociones	Acumula velocidad mental
₡ Latón	Aplaca emociones	Acumula calor
₡ Cobre	Oculta pulsos alománticos	Acumula recuerdos
₡ Bronce	Permite oír pulsos alománticos	Acumula desvelo
₡ Cadmio	Frena el tiempo	Acumula aliento
₡ Bendaleo	Acelera el tiempo	Acumula energía
₡ Oro	Revela el pasado propio	Acumula salud
₡ Electrum	Revela el futuro propio	Acumula determinación
₡ Cromo	Elimina las reservas alománticas del contrario	Acumula fortuna
₡ Nicrosil	Permite quema alomántica del contrario	Acumula investidura
₡ Aluminio	Elimina las reservas alománticas internas	Acumula identidad
₡ Duralumín	Permite quemar el metal próximo	Acumula conexión

LISTA DE METALES

ACERO: Los brumosos lanzamoneda que queman acero pueden empujar fuentes cercanas de metal. Los empujones deben ser impelidos directamente desde el centro de gravedad del lanzamoneda. Los ferrins mensajeros de acero pueden almacenar velocidad física en una mente de metal de acero, reduciéndola mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para aumentar su velocidad.

ALUMINIO: Un nacido de la bruma que quema aluminio metaboliza instantáneamente todos sus metales sin producir ningún otro efecto, anulando todas sus reservas alománticas. Los brumosos que pueden quemar aluminio se llaman «mosquitos de aluminio» por la poca efectividad de esta habilidad. Los ferrins auténticos pueden almacenar su sentido espiritual de la identidad en una mente de metal de aluminio. Es un arte del que rara vez se habla fuera de las comunidades de Terris, e incluso entre ellos no se entiende bien. El aluminio y unas cuantas de sus aleaciones son alománticamente inertes: no pueden ser empujados ni tirados y se pueden usar para proteger a un individuo de la alomancia emocional.

BENDALEO: Los brumosos deslizadores queman bendaleo para comprimir el tiempo en una burbuja, haciendo que pase más rápidamente dentro de la burbuja. Esto hace que los hechos fuera de la burbuja se muevan a ritmo glacial desde el punto de vista del deslizador. Los ferrins subsumer incluyentes pueden almacenar nutrición y calorías en una mente de metal de bendaleo; pueden comer grandes cantidades de comida sin sentirse llenos ni ganar peso, y luego pueden pasarse sin comer mientras decantan la mente de metal. Una mente de metal de bendaleo diferente puede utilizarse igualmente para regular la toma de líquidos.

BRONCE: Los brumosos buscadores queman bronce para «oír» los pulsos emitidos por otros alománticos que queman metales. Diferentes metales producen pulsos diferentes. Los ferrins centinelas pueden almacenar desvelo en una mente de metal de bronce, adormilándose mientras almacenan activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para reducir el sueño o ampliar su conciencia.

CADMIO: Los brumosos pulsadores queman cadmio para estirar el tiempo en una burbuja a su alrededor, haciendo que pase más despacio dentro de la burbuja. Esto causa que lo que sucede fuera de la burbuja se mueva a velocidad cegadora desde el punto de vista del pulsador. Los ferrins susurrantes pueden almacenar aliento dentro de una mente de metal de cadmio; durante el almacenamiento activo deben hiperventilar para que sus cuerpos obtengan suficiente aire. El aliento puede ser recuperado más tarde, eliminando o reduciendo la necesidad de respirar usando los pulmones mientras se decanta la mente de metal. También pueden oxigenar enormemente su sangre.

CINC: Los brumosos encendedores queman cinc para inflamar (encender) las emociones de los individuos cercanos. Puede dirigirse a un solo individuo o a una

zona general, y el encendedor puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins chispeantes pueden almacenar velocidad mental en una mente de metal de cinc, nublando su capacidad para pensar y razonar mientras almacenan activamente, y pueden decantarla más tarde para pensar y razonar con más rapidez.

COBRE: Los brumosos de nube de cobre (también conocidos como «ahumadores») queman cobre para crear una nube invisible a su alrededor, que oculta a los alománticos cercanos para que no sean detectados por un buscador y que protege a los individuos cercanos de los efectos de la alomancia emocional. Los ferrins archiveros pueden almacenar recuerdos en una mente de metal de cobre: el recuerdo desaparece de su cabeza mientras se almacena, y puede ser recuperado perfectamente en un momento posterior.

CROMO: Los brumosos sanguijuelas que queman cromo mientras tocan a otro alomántico anulan las reservas de metal de ese alomántico. Los ferrins tejedores pueden almacenar fortuna en una mente de metal de cadmio, volviéndose desafortunados durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para aumentar su suerte.

DURALUMÍN: Un nacido de la bruma que quema duralumín abrasa instantáneamente todos los otros metales que arden al mismo tiempo, liberando un enorme estallido de poder de esos metales. Los brumosos que pueden quemar duralumín se llaman «mosquitos de duralumín» debido a la poca efectividad de esta habilidad en sí misma. Los ferrins conectores pueden almacenar conexión espiritual en una mente de metal de duralumín, reduciendo la conciencia de otro ente y su amistad con ellos durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para formar rápidamente relaciones de confianza con otros.

ELECTRUM: Los brumosos oráculos queman electrum para tener una visión de los posibles rumbos que puede tomar el futuro. Habitualmente está limitada a unos pocos segundos. Los ferrins pináculo pueden almacenar determinación en una mente de metal de electrum, entrando en un estado depresivo durante el almacenamiento activo, y pueden decantarla más tarde para entrar en fase maníaca.

ESTAÑO: Los brumosos ojos de estaño que queman estaño aumentan la sensibilidad de sus cinco sentidos. Todos se incrementan al mismo tiempo. Los ferrins susurraientos pueden almacenar la sensibilidad de uno de los cinco sentidos en una mente de metal de estaño; hay que usar una mente de metal diferente para cada sentido. Mientras se almacena, la sensibilidad de ese sentido se reduce, y cuando la mente de metal se decanta ese sentido se amplía.

HIERRO: Los brumosos atraedores que queman hierro pueden tirar de fuentes cercanas de metal. Los tirones deben ser dirigidos hacia el centro de gravedad del atraedor. Los ferrins deslizadores pueden almacenar peso físico en una mente de metal de hierro, reduciendo su peso efectivo mientras almacenan activamente, y pueden decantarlo más tarde para aumentar su peso efectivo.

LATÓN: Los brumosos aplacadores queman latón para aplacar las emociones de

los individuos cercanos. Puede hacerse con un individuo concreto o con un área general, y el aplacador puede concentrarse en emociones concretas. Los ferrins de alma de fuego pueden acumular calor en una mente de metal de latón, enfriándose mientras almacenan activamente. Pueden decantar más tarde la mente de metal para calentarse.

NICROSIL: Los brumosos nicroestallantes que queman nicrosil mientras tocan a otro alomántico quemarán instantáneamente cualquier metal que queme ese alomántico, liberando un enorme (y a veces inesperado) estallido del poder de esos metales. Los ferrins portaalmas pueden almacenar investidura en una mente de metal de nicrosil. Es un poder del que muy pocos saben algo; de hecho, tengo la seguridad de que la gente de Terris no sabe realmente lo que hace cuando usa estos poderes.

ORO: Los brumosos augures queman oro para tener una visión del yo pasado o de cómo habrían resultado las cosas de haber tomado opciones distintas en el pasado. Los ferrins hacedores de sangre pueden almacenar salud en una mente de metal de oro, reduciendo su salud mientras almacenan activamente, y pueden decantársela en un momento posterior para sanar rápidamente o curarse más allá de las capacidades habituales del cuerpo.

PELTRE: Los brumosos brazos de peltre (también conocidos como «violentos») queman peltre para aumentar su fuerza, velocidad y resistencia física, aumentando también la capacidad de su cuerpo para sanar. Los ferrins brutos pueden almacenar fuerza física en una mente de metal de peltre, reduciendo su fuerza mientras almacenan activamente, y pueden decantársela más tarde para aumentar su fuerza.

SOBRE LAS TRES ARTES METÁLICAS

En Scadrial hay tres manifestaciones principales de Investidura. Localmente, son conocidas como «Artes Metálicas», aunque también reciben otros nombres.

La alomancia es la más común de las tres. Es de fin-positivo, según mi terminología, lo que significa que quien la practica extrae su poder de una fuente externa. El cuerpo entonces lo filtra en diversas formas. (La extracción de poder no es elegida por quien lo practica, sino que está imbuida en su redespíritu.) La clave para extraer este poder viene en forma de diversos tipos de metales, donde se requiere diversas composiciones específicas. Aunque el metal se consume en el proceso, el poder en sí no procede del mismo. El metal es un catalizador, podríamos decir, que inicia una Investidura y la mantiene en marcha.

En realidad, no es muy distinta de las Investiduras basadas en la forma que se encuentran en Sel, donde la forma específica es la clave; aquí, sin embargo, las interacciones son más limitadas. Con todo, no puede negarse el poder crudo de la alomancia. Es instintivo e intuitivo para quien la practica, en oposición a la gran cantidad de estudio y exactitud que se requiere en las Investiduras basadas en la forma de Sel.

La alomancia es brutal, cruda y poderosa. Hay dieciséis metales básicos que funcionan, aunque otros dos (llamados los Metales Divinos localmente) pueden usarse en aleación para crear un grupo de dieciséis completamente distinto cada uno. Sin embargo, como estos Metales Divinos ya no se encuentran fácilmente, los otros metales no se usan.

La feruquimia es todavía ampliamente conocida y utilizada en este punto en Scadrial. De hecho, se podría decir que está más presente hoy que en muchas eras pasadas, cuando estaba confinada en la lejana Terris o los guardadores la ocultaban a la vista.

La feruquimia es un arte de fin-neutral, lo que significa que no se gana ni se pierde poder. Este arte también necesita metal como foco, pero en vez de ser consumido, el metal actúa como medio por el que las habilidades de quien la practica se intercambian en el tiempo. Invierte ese metal un día, retira el poder otro. Es un arte bien redondeado, con algunos elementos en lo físico, algunos en lo cognitivo, e incluso algunos en lo espiritual. Los últimos poderes están siendo experimentados por la comunidad de Terris, y no se mencionan a los extranjeros.

Debería advertirse que la mezcla de los feruquimistas con la población general ha diluido el poder en algunos aspectos. Ahora es corriente que la gente nazca con acceso a solo una de las dieciséis habilidades feruquimistas. Se especula que, si pudieran hacerse mentes de metal con las aleaciones de los Metales Divinos, se podrían descubrir otras habilidades.

La hemalurgia es ampliamente conocida en el mundo moderno de Scadrial. Sus secretos fueron guardados por quienes sobrevivieron al renacimiento de su mundo, y

los únicos practicantes conocidos ahora son los kandra, quienes (en su mayor parte) sirven a Armonía.

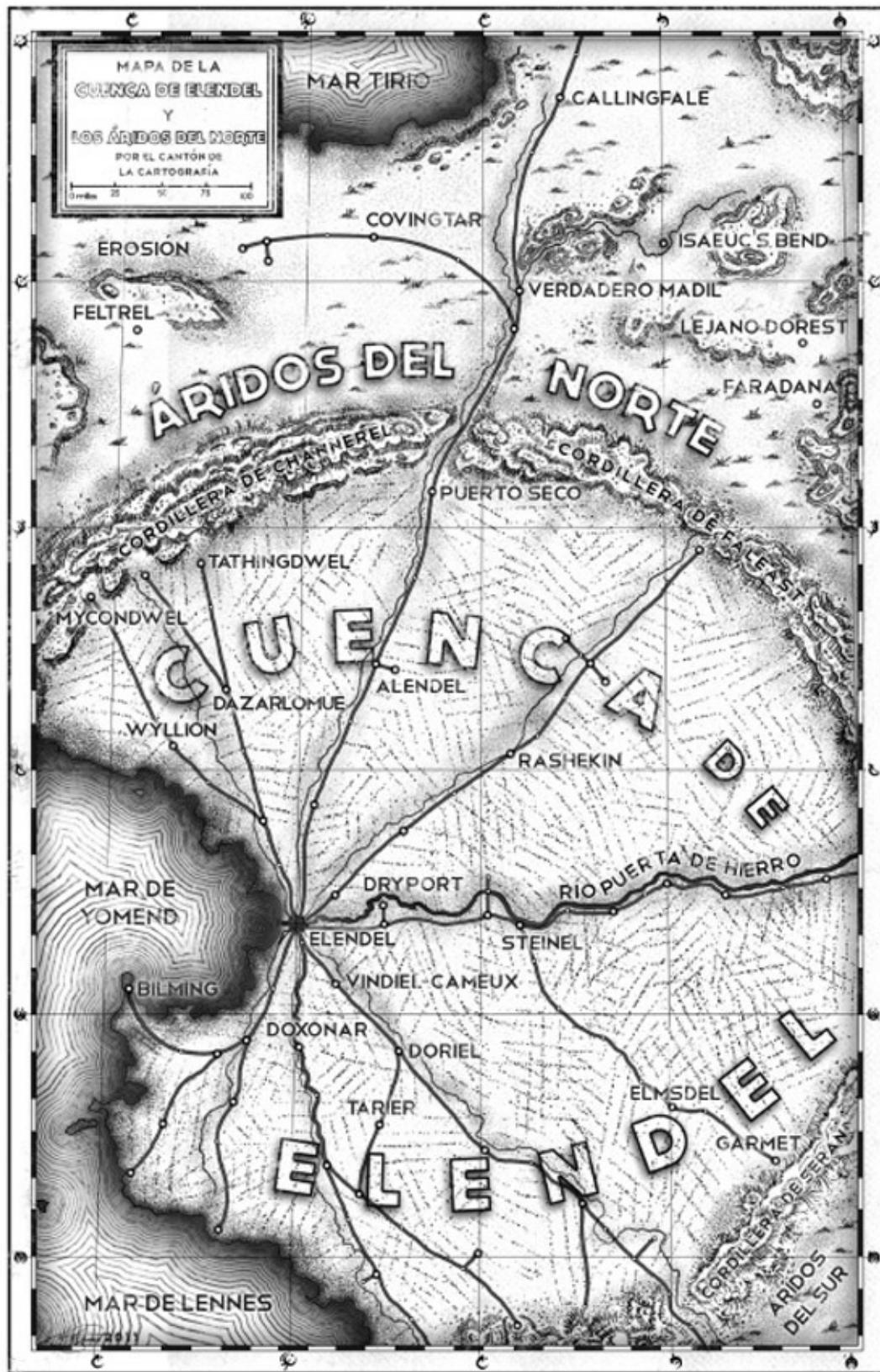
La hemalurgia es un arte de fin-negativo. Se pierde algo de poder al practicarla. Aunque a lo largo de la historia muchos la han entendido como un arte «maligno», ninguna de las Investiduras lo es. En el fondo, la hemalurgia trata de quitar habilidades (o atributos) a una persona y concedérselas a otra. Principalmente se ocupa de cosas del reino espiritual, y me resulta del mayor interés. Si una de estas tres artes es de máximo interés para el Cosmere, es esta. Creo que hay grandes posibilidades para su uso.

COMBINACIONES

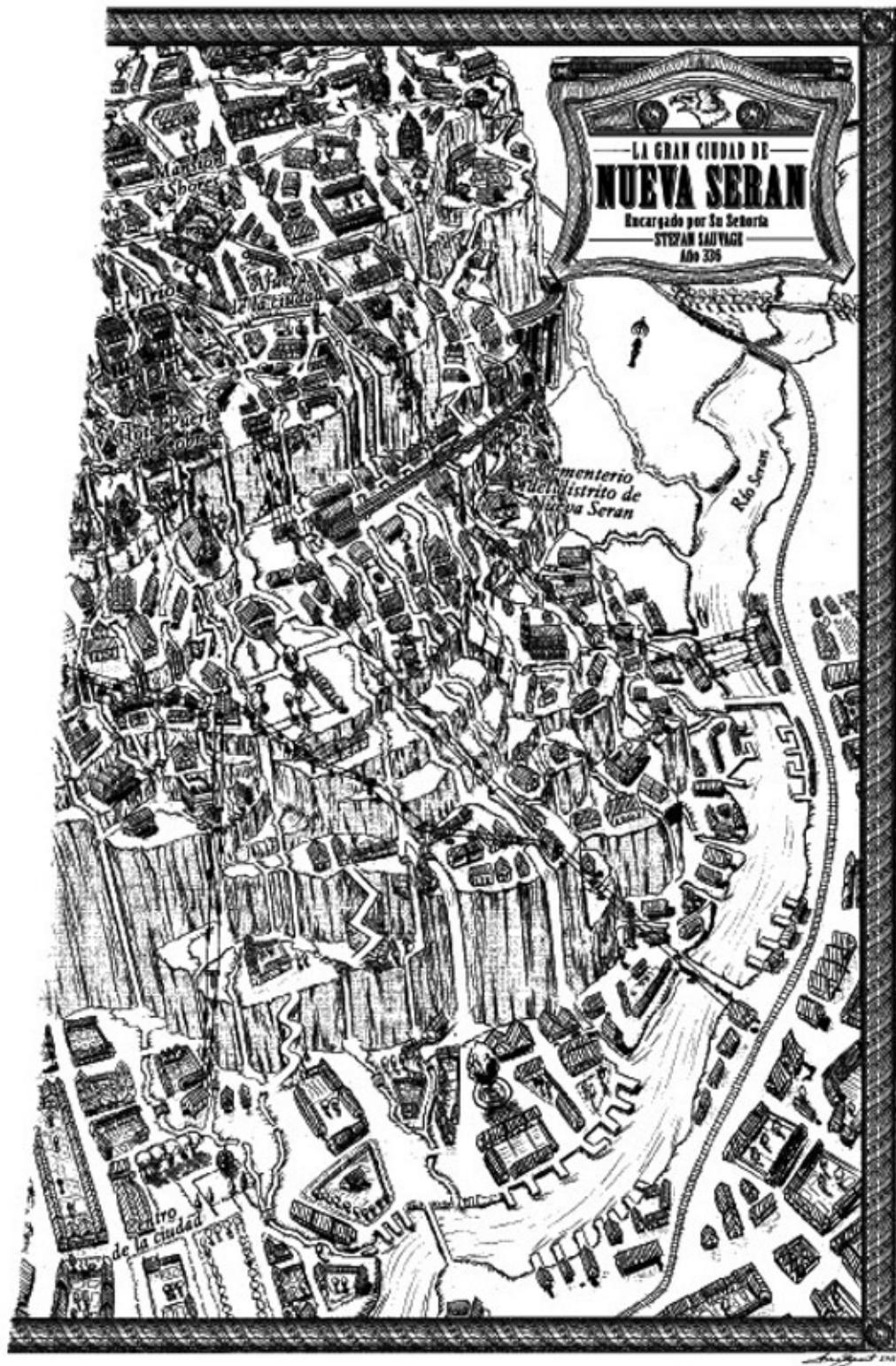
Cabe la posibilidad, en Scadrial, de nacer con la habilidad de acceder tanto a la alomancia como a la feruquimia. Esto es algo que suscita un interés especial en mí de un tiempo a esta parte, puesto que la mezcla de distintos tipos de Investidura surte peculiares efectos. Solo hay que fijarse en lo ocurrido en Roshar para ver de qué manera pueden manifestarse: dos poderes, combinados, a menudo producen una reacción casi química. En lugar de obtener exactamente lo que se ha introducido, se extrae algo nuevo.

En Scadrial, quien posee un poder alomántico y otro feruquímico recibe el nombre de «nacidoble». Aquí los efectos son más sutiles que cuando se mezclan potencias en Roshar, pero estoy convencido de que cada combinación única genera a su vez algo exclusivo. No solamente dos poderes, por así decirlo, sino dos poderes... y un efecto. Habría que analizar esto en profundidad.

Mapa de la cuenca de Elendel



Mapa de la ciudad de Nueva Seran



Mapa de la ciudad de Elendel

